

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA
LOS NAUFRAGIOS

ENRIQUE FUFO-WALKER (Ed.)

NR

9

12104

9

12 104

LOS NAUFRAGIOS

NAUFRAGIO

17/02/62

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

WUENA BIBLIOM Y CRITICA LOS NAUFRAGIOS

DIRECTOR
PABLO JAURALDE

LOS
NAUFRAGIOS

Volúmenes publicados:

1. Alarcón Pizarro
CORPUS DE LA ANTIGUA LIRICA POPULAR HISPANICA (SIGLOS XV A XXII)
2. John E. Voss
COSMOVISION Y ESCENOGRAFIA: EL TEATRO ESPAÑOL
EN EL SIGLO DE ORO
EDICIÓN DE ENRIQUE PUIG I GUARDIA
3. María del Carmen Martínez
ESCRITORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX
Manual Bio-Bibliográfico.
4. Ignacio Ribera - Juan Carlos
CRITICA TEXTUAL Y ANOTACION FONOLOGICA EN OBRAS
DEL SIGLO DE ORO
5. Alvar Núñez Cabeza de Vaca
LOS NAUFRAGIOS
Edición de Enrique Puig-I-Guardia

NB
EC

WUENA BIBLIOM Y CRITICA

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA
CASTAÑA

7 251257

17/324662

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

Copyright © Enrique Pupo Walker y Editorial Castalia, S.A. 1982
Sudamerica, 36 - 28001 Madrid - Tel. 319 28 77
C/Alfonso de Vives 24
Impreso en España - Printed in Spain
Unidad 2. A. T. (Castalia) (S.A.)
I.S.B.N. 84-709-450-7
Deposito Legal: M. 1663-1982

LOS NAUFRAGIOS

EDICIÓN DE
ENRIQUE PUPO-WALKER

<i>Delicatas</i>	7
I. SECCIÓN INTRODUCTORIA	9
<i>Abreviaturas de otras obras</i>	11
(a) Advertencias	15
<i>Reconocimientos</i>	16
(b) Alvar Núñez: su aventura descubridora y narrativa	17
El ensayo de Alvar Núñez en la primera mitad del siglo XVI	17
El perfil biográfico	24
El texto y los fragmentos de los últimos años	37
(c) Trayectoria de Cabeza de Vaca	43
Impedimentos inherentes y una pesquisa de esta hidalgo	45
La trayectoria: breve esquema de sus hitos principales	50
(d) Identificación de las culturas americanas descritas en los Naufragos	59
(e) Evolución del texto	65
(f) Criterio que rige esta edición	79
II. VALORACIONES DEL TEXTO	81
(a) Sobre la configuración narrativa de los Naufragos	83
Delicatas y estirpe de	83
Notas sobre la dirección de	90
Conclusiones	101
(b) La importancia histórica	103
(c) Relevancia antropológica	113
(d) El texto como documento	122



NUEVA BIBLIOTECA DE ERUDICIÓN Y CRÍTICA

EDITORIAL CASTALIA

NUEVA BIBLIOTECA DE ERUDICIÓN Y CRÍTICA

DIRECTOR
PABLO JAURALDE

Volúmenes publicados:

1. *Margit Frenk*
CORPUS DE LA ANTIGUA LÍRICA POPULAR HISPÁNICA (SIGLOS XV A XVII).
2. *John E. Varey*
COSMOVISIÓN Y ESCENOGRAFÍA: EL TEATRO ESPAÑOL EN EL SIGLO DE ORO.
3. *María del Carmen Simón Palmer*
ESCRITORAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.
Manual Bio-Bibliográfico.
4. *Ignacio Arellano - Jesús Cañedo*
CRÍTICA TEXTUAL Y ANOTACIÓN FILOLÓGICA EN OBRAS DEL SIGLO DE ORO.
5. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca*
LOS NAUFRAGIOS
Edición de Enrique Pupo-Walker

R.1747257

Copyright © Enrique Pupo-Walker y Editorial Castalia, S.A. 1992

Zurbano, 39 - 28010 Madrid - Tel. 319 58 57

Cubierta de Víctor Sanz

Impreso en España - Printed in Spain

Unigraf, S. A. Fuenlabrada (Madrid)

I.S.B.N. 84-7039-630-7

Depósito Legal: M. 1005-1992



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	7
I. SECCIÓN INTRODUCTORIA	9
<i>Abreviaturas de obras citadas</i>	11
(a) Advertencias liminares	15
<i>Reconocimientos</i>	16
(b) Alvar Núñez: su aventura descubridora y narrativa	17
El entorno de Alvar Núñez en la primera mitad del siglo XVI ..	17
El perfil biográfico	24
El tedio y los fracasos de los últimos años	37
(c) Trayectoria de Cabeza de Vaca	43
Impedimentos inherentes y una pesquisa de esta ludale	45
La trayectoria: breve esquema de sus hitos principales	50
(d) Identificación de las culturas americanas descritas en los <i>Naufragios</i>	59
(e) Evolución del texto	65
(f) Criterio que rige esta edición	79
II. VALORACIONES DEL TEXTO	81
(a) Sobre la configuración narrativa de los <i>Naufragios</i>	83
Delineamientos y estirpe del texto	83
Notas sobre la directriz autobiográfica	90
Conclusiones	101
(b) La importancia histórica de la obra	103
(c) Relevancia antropológica de los <i>Naufragios</i>	113
Categorías de la información antropológica	114
El chamán evangelizador: la construcción paradójica de lo relatado	122

(d) El texto de Cabeza de Vaca y la narrativa de viajes: vestigios de codificaciones literarias	127
Ecos de la tradición literaria	135
(e) Los <i>Naufragios</i> en la tradición narrativa hispanoamericana	141
III. SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA	155
(a) Obras excepcionales: imágenes de Alvar Núñez en la creación artística	157
(b) Bibliografía comentada	161
I. Ediciones de la <i>Relación</i> o <i>Naufragios</i> en orden cronológico	161
II. Traducciones de la <i>Relación</i> o <i>Naufragios</i>	162
III. Selección de estudios que elucidan el contexto historicocultural y posibles relaciones textuales de los <i>Naufragios</i>	163
(a) Libros	163
(b) Artículos	168
IV. Estudios sobre Cabeza de Vaca y sus escritos	169
(a) Libros	169
(b) Artículos	171
IV. EL TEXTO	175
Tablas de los capítulos contenidos en la presente <i>Relación</i> y <i>Naufragios</i> del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca	315
V. ÍNDICE DE LÁMINAS E ILUSTRACIONES	317
VI. ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO	323

Para Roberto González Echevarría

SECCIÓN INTRODUCTORIA

SECCIÓN INTRODUCTORIA

I

Abreviaturas de Obras Citadas

- Arc.: Voz arcaica.
- Aut.: *Diccionario de autoridades*, III Vols. (Madrid: Editorial Gredos, 1964).
- Bancroft: Hubert H. Bancroft, *History of Mexico. The Works of Hubert H. Bancroft*, Vols. IX-X, XV (San Francisco: A.L. Bancroft & Co. Publishers, 1883).
- Bandelier: *The Journey of Alvar Núñez Cabeza de Vaca (and his companions from Florida to the Pacific, 1528-1536)*. Ed. de A.F. Bandelier. Trad. de Fanny Bandelier (New York: A.S. Barnes & Co., 1905).
- Bishop: Morris Bishop, *The Odyssey of Cabeza de Vaca* (New York: The Century Co., 1933).
- C.D.I.: *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino, y muy especialmente del de Indias*. Ed. de Luis Torres de Mendoza (Madrid: Imprenta de José María Pérez, 1864-1884).
- Cor.: J. Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (Madrid: Gredos, 1978).
- Cov.: Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611). Ed. de Martín de Riquer (Barcelona: S.A. Horta, 1943).
- Curtius: Ernst R. Curtius, *European Literature and the Latin Middle Ages*. Trad. de W.R. Trask (Princeton: Princeton University Press, 1973).
- D.A.: Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*. III Vols. (México: Editorial Pedro Robredo, 1942).
- Dic.: *Diccionario de la lengua española*. 19ª. Ed. (Madrid: Real Academia de la Lengua Española, 1970).

- Dic.2:* *Diccionario de la lengua castellana* (Madrid: Real Academia de la Lengua Española, 1780).
- Elliott:* John H. Elliott, *El Viejo y el Nuevo Mundo: 1492-1650*. Trad. de Rafael Sánchez (Madrid: Alianza Editorial, 1970).
- Enci.:* *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (Barcelona: Hijos de J. Espasa Editores, 1909-1933).
- Gerbi:* Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. Trad. de A. Alatorre (México: Fondo de Cultura, 1978).
- Hallenbeck:* Cleve Hallenbeck, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: The Journey and Route of the First Europeans to Cross the Continent of North America, 1534-1536*. (Port Washington, New York: Kennikat Press, 1971).
- H.B.N.A.I.:* *Handbook of North American Indians. (Southwest)* Ed. de W.C. Sturtevant (Washington: Smithsonian Institution, 1983).
- Hodge:* Frederick W. Hodge, *Spanish Explorers in the Southern United States, 1528-1543* (New York: Barnes and Noble, Inc., 1907).
- Keniston:* Keniston, Hayward, *The Syntax of Castilian Prose: The Sixteenth Century* (Chicago: University of Chicago Press, 1937).
- Lapesa:* Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española* (Madrid: Gredos, 1984).
- M.M.:* María Moliner, *Diccionario de uso del español*. II Vols. (Madrid: Editorial Gredos, 1970).
- Mor.:* Marcos A. Morínigo, *Diccionario de americanismos* (Buenos Aires: Mucknik Editores, 1985).
- Morison:* Samuel Eliot Morison, *The European Discovery of America: The Southern Voyages, 1492-1616* (New York: Oxford University Press, 1974).
- Newcomb1:* W.W. Newcomb, Jr. *The Indians of Texas from Prehistoric to Modern Times* (Austin: University of Texas Press, 1961).
- Newcomb2:* W.W. Newcomb, Jr. *North American Indians: an Anthropological Perspective* (Pacific Palisades, Cal.: Goodyear Publishing Co., 1974).
- O:* Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. V Vols. Ed. de Juan Pérez de Tudela (Madrid: B.A.E., 1959). La relación de Cabeza de Vaca aparece en el Vol. IV, Libro 35, Caps. I-VIII.
- R:* *Relación de Cabeza de Vaca, tesorero que fue en la conquista*. C.D.I., Vol. XIII, pp. 269-279.
- Ramos:* Demetrio Ramos, *Ximénez de Quesada cronista*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos-C.S.I.C., 1972).
- Sauer1:* Carl O. Sauer, *Sixteenth Century North America* (Berkeley: University of California Press, 1971).
- Sauer2:* Carl O. Sauer, *The Early Spanish Main* (Berkeley: University of California Press, 1966).

- Sauer3:* Carl O. Sauer, *The Road to Cibola* (Berkeley: University of California Press, 1932).
- Smith:* Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Ed. y trad. de Buckingham Smith (New York: Edición particular, 1871). Se incluyen documentos complementarios.
- Swanton:* John R. Swanton, *The Indians of the Southeastern United States*. (New York: Greenwood Press, 1969).
- V:* *La relación y comentarios del gouernador Aluar nuñez cabeça de vaca de lo acaecido en las dos jornadas que hizo a las indias*. (Valladolid: Francisco Fernandez de Cordova [impresor], 1955) (sic).
- V.A.:* Antonio Alcalá Venceslada, *Vocabulario andaluz* (Madrid: Real Academia Española, 1951).
- V.M.:* Julio Cejador y Franca, *Vocabulario medieval* (Madrid: Sucesores de Editorial Hernando, 1929).
- Z:* *La relación que dio Alvar nuñez cabeça de vaca de lo acaecido en las indias en la armada donde yua por gouernador Pamphilo de narbaez desde el año de treynta y seys que bolvio a Sevilla con tres de su compañía*. (Zamora: Agustin de Paz y Juan Picardo [impresores], 1542) (sic).

[Para esclarecer el marco de referencias bibliográficas, en algunos sectores de esta edición se repiten los títulos completos que he abreviado aquí.]

entonces de la obra la próxima edición, se preferido en sus orígenes, no reunir ambos textos. Las razones en que me apoyo son diversas. Como bien sabemos, la redacción de los *Comentarios* se debe al amanuense Pedro Hernández y por lo tanto el proceso de elaboración que resultó en ambos textos tuvo que ser desigual. Además, no sabemos, con suficiente exactitud, hasta qué punto Alvar Núñez participó en la preparación de los *Comentarios*. Más aún: al considerar el problema de autores, esta obra posterior se revela, necesariamente, como una formulación de segundo grado y ubicada en un contexto de polémica y de reivindicaciones personales. Pocos rasgos, de por sí, desvirtúan la posibilidad de una correlación inmediata y coherente entre ambos narraciones. Más allá de la mano que redacta, no es claramente identificable la voz narrativa que permeaba en los *Comentarios*, y en un orden más concreto hay que destacar también que en esta última narración predominaba otro régimen de apreciaciones y tradiciones. La inspección detenida del texto no revela una estructura lingüística y argumentativa que, en su base, remita al círculo cerrado de documentos y prácticas con un se redujeron las afirmaciones hechas contra Cabeza de Vaca, a raíz de su fructuosa gestión política y gubernamental en el Río de la Plata. En más de un sentido los *Comentarios* vienen a ser una reafirmación de la labor que Alvar Núñez quiso desempeñar en aquellas distantes regiones americanas.

1. Una edición general que yo Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Vol. VI (Madrid: Editorial Castalia, 1966).

Las diferencias que agotan no dicen de todo algunos rituales que sin duda existen entre los *Naufragios* y los *Comentarios*; se trata, sin embargo, de relaciones que verificaremos más en los próximos que en los textos propiamente dichos. En un estudio reciente, Pedro Larraz ha destacado algunas zonas de similitud entre ambas narraciones, pero a su vez el estudio chileno reconoce que en los *Comentarios* el escribano es escrutador y también que el voz de los *Naufragios* es un «él» en los *Comentarios*. Hay, además, otras dudas que se advierten inclusive sin llegar a un cuerpo numeroso de los textos.

Observamos, por ejemplo, que el *Comentario* no menciona la redacción del amanuense al menos algunas de las expresiones que resultan en la comparación *Naufragios* con *Comentarios*. En definitiva, son esas dimensiones del texto del *Naufragios* que nos transmiten las virtudes y particularidades de la escritura en los *Naufragios*, son esas dimensiones del texto que con frecuencia nos dan la impresión más profunda de la condición humana.

EL TEXTO QUE AQUÍ SE OFRECE constituye la primera edición crítica de los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; obra esta de notable importancia para la historiografía americana y que a lo largo de siglos ha logrado una amplia difusión internacional. De ordinario esta *Relación* (ese fue su título inicial) suele editarse acompañada por los *Comentarios*. Así se hizo, por primera vez, en la edición vallisoletana de 1555. Aunque desde entonces esa ha sido la norma editorial, he preferido, en esta ocasión, no reunir ambos textos. Las razones en que me apoyo son diversas. Como bien sabemos, la redacción de los *Comentarios* se debe al amanuense Pedro Hernández y por lo tanto el proceso de elaboración que respalda a ambos textos tuvo que ser desigual. Además, no sabemos, con suficiente especificidad, hasta qué punto Alvar Núñez participó en la preparación de los *Comentarios*. Más aún: al considerar el problema de autoría, esta obra postrera se revela, necesariamente, como una formulación de segundo grado y ubicada en un contexto de polémicas y de reivindicaciones personales. Esos rasgos, de por sí, desvirtúan la posibilidad de una correlación inmediata y coherente entre ambas narraciones. Mas allá de la mano que redacta, no es claramente identificable la voz narrativa que percibimos en los *Comentarios*; y en un orden más concreto hay que destacar también que en esta última narración predomina otro régimen de apreciaciones y noticias. La inspección detenida del texto nos revela una hechura litigante y argumentativa que, en su base, remite al extenso *corpus* de documentos y probanzas con que se refutaron las acusaciones hechas contra Cabeza de Vaca, a raíz de su fracasada gestión política y gubernamental en el Río de la Plata¹. En más de un sentido los *Comentarios* vienen a ser una meticulosa apología de la labor que Núñez quiso desempeñar en aquellas distantes regiones suramericanas.

1 Ver: «Relacion general que yo Alvar Nunez Cabeza de Vaca, Adelantado... hago para le ymformar...» Ed. de Manuel Serrano y Sanz. *Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*, Vol. VI (Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1906) (sic).

Las diferencias que agotan no dicen de todo algunos rituales que sin duda existen entre los *Naufragios* y los *Comentarios*; se trata, sin embargo, de relaciones que verificaremos más en los próximos que en los textos propiamente dichos. En un estudio reciente, Pedro Larraz ha destacado algunas zonas de similitud entre ambas narraciones, pero a su vez el estudio chileno reconoce que en los *Comentarios* el escribano es escrutador y también que el voz de los *Naufragios* es un «él» en los *Comentarios*. Hay, además, otras dudas que se advierten inclusive sin llegar a un cuerpo numeroso de los textos.

Observamos, por ejemplo, que el *Comentario* no menciona la redacción del amanuense al menos algunas de las expresiones que resultan en la comparación *Naufragios* con *Comentarios*. En definitiva, son esas dimensiones del texto del *Naufragios* que nos transmiten las virtudes y particularidades de la escritura en los *Naufragios*, son esas dimensiones del texto que con frecuencia nos dan la impresión más profunda de la condición humana.

I. (a)

ADVERTENCIAS LIMINARES

EL TEXTO QUE AQUÍ SE OFRECE constituye la primera edición crítica de los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; obra esta de notable importancia para la historiografía americana y que a lo largo de siglos ha logrado una amplia difusión internacional. De ordinario esta *Relación* (ese fue su título inicial) suele editarse acompañada por los *Comentarios*. Así se hizo, por primera vez, en la edición vallisoletana de 1555. Aunque desde entonces esa ha sido la norma editorial, he preferido, en esta ocasión, no reunir ambos textos. Las razones en que me apoyo son diversas. Como bien sabemos, la redacción de los *Comentarios* se debe al amanuense Pedro Hernández y por lo tanto el proceso de elaboración que respalda a ambos textos tuvo que ser desigual. Además, no sabemos, con suficiente especificidad, hasta qué punto Alvar Núñez participó en la preparación de los *Comentarios*. Más aún: al considerar el problema de autoría, esta obra postrera se revela, necesariamente, como una formulación de segundo grado y ubicada en un contexto de polémicas y de reivindicaciones personales. Esos rasgos, de por sí, desvirtúan la posibilidad de una correlación inmediata y coherente entre ambas narraciones. Mas allá de la mano que redacta, no es claramente identificable la voz narrativa que percibimos en los *Comentarios*; y en un orden más concreto hay que destacar también que en esta última narración predomina otro régimen de apreciaciones y noticias. La inspección detenida del texto nos revela una hechura litigante y argumentativa que, en su base, remite al extenso *corpus* de documentos y probanzas con que se refutaron las acusaciones hechas contra Cabeza de Vaca, a raíz de su fracasada gestión política y gubernamental en el Río de la Plata¹. En más de un sentido los *Comentarios* vienen a ser una meticulosa apología de la labor que Núñez quiso desempeñar en aquellas distantes regiones suramericanas.

1 Ver: «Relacion general que yo Alvar Nunez Cabeza de Vaca, Adelantado... hago para le ymformar...» Ed. de Manuel Serrano y Sanz. *Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*, Vol. VI (Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1906) (sic).

Las diferencias que apunto no niegan del todo algunos vínculos que sin duda existen entre los *Naufraios* y los *Comentarios*; se trata, sin embargo, de relaciones que verificaríamos más en los proemios que en los textos propiamente dichos. En un estudio reciente, Pedro Lastra ha destacado algunas zonas de afinidad entre ambas narraciones, pero a su vez el erudito chileno reconoce que en los *Comentarios* el escribano es «encubridor» y también que «el yo» de los *Naufraios* es un «él» en los *Comentarios*². Hay, además, otras disparidades que se advierten inclusive sin llegar a un cotejo minucioso de los textos. Observaremos, por ejemplo, que en ningún momento la redacción del amanuense alcanza la desnudez expresiva, algo atropellada, que resalta en los *Naufraios*; expresividad esa que difiere, a primera vista, de la corrección expositiva que distingue a los *Comentarios*. En conjunto esta última obra carece del patetismo autobiográfico que nos transmiten las vigiliyas y peregrinaciones descritas en los *Naufraios*. En definitiva, son esas dimensiones del texto las que con frecuencia tocan la raigambre más profunda de la condición humana y las que lo hacen genuinamente memorable. Por ser así, estimo que esta obra merece una edición que destaque plenamente su excepcional singularidad.

Reconocimientos

Agradezco efusivamente a la *Guggenheim Memorial Foundation*, a la *American Philosophical Society* y al *Research Council de Vanderbilt University* la generosa ayuda que me proporcionaron cuando iniciaba esta edición; respaldo ese que me permitió el acceso a bibliotecas y archivos de España, Estados Unidos y Gran Bretaña. Además, quiero consignar las aportaciones de especialistas amigos que repetidamente me ofrecieron materiales así como sugerencias muy atinadas. Sin que pueda reconocerlos a todos, sí deseo constatar los aportes diversos de José Luis Abellán, Juan Bautista Avallé Arce, Carlos Bousoño, John Crispin, Paula Covington, Sara Castro-Klarén, Miguel Enguidanos, Juan Gil, Aníbal González Pérez, Cathy L. Jrade, Juan Pérez de Tudela, Fermín del Pino, José Porrúa Venero, Francisco Ruiz Ramón y Peter E. Russell. Con su habitual generosidad, Roberto González Echevarría leyó el estudio introductorio e hizo valiosas sugerencias. Reconozco, además, el repetido asesoramiento de Ronald Spores, catedrático de antropología americana en Vanderbilt University y especialista reconocido internacionalmente por sus trabajos sobre antropología cultural mesoamericana. En gran medida esta edición ha sido posible gracias a la paciente y generosa labor de inspección llevada a cabo por la Sra. Norma Antillón, secretaria técnica del Centro de Estudios Latinoamericanos e Ibéricos de Vanderbilt University. Gustosamente reconozco mi deuda de gratitud con todos ellos.

[Remito al lector al sistema de abreviaturas que encabezan esta edición.]

2 «Espacios de Alvar Núñez: las transformaciones de la escritura.» *Cuadernos Americanos*, CCLIV, n.º 3 (1984), pp. 150-163.

I. (b)

ALVAR NÚÑEZ: SU AVENTURA DESCUBRIDORA Y NARRATIVA

El entorno de Alvar Núñez en la primera mitad del siglo XVI

«Lo máximo se entiende incomprensiblemente.»

(José Lezama Lima)

VISTAS EN CONJUNTO, las primeras décadas del siglo XVI nos hacen evocar una secuencia de descubrimientos, de toda índole, que a menudo sólo parecen inteligibles para nuestra facultad imaginativa. Inesperadamente a ese ciclo de revelaciones se añadirían, de manera muy señalada, las relaciones y escritos que confirmaban el azorante descubrimiento de todo un nuevo mundo³. Con los años, entre ese enorme *corpus* de textos que desbordaron la imaginación geográfica del Renacimiento figuraría la *Relación* que un alférez andaluz, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, había redactado sobre sus aventuras en América; excepto que la suya estaría señalizada, desde un principio, por una patética espectacularidad que todos hemos reconocido y que

3 Si bien la Corona solicitó numerosísimas relaciones, otras muchas fueron escritas como resultado directo de los hechos; textos estos últimos en los que alternan, a veces caóticamente, la proyección individualizada y el interés oficial. En proporciones diversas la *Historia verdadera...* (1632) de Bernal Díaz y los *Naufraios* son ejemplos óptimos de lo que acabo de señalar. El comentario textual que nos ofrece Enrique Otero D'Costa en su *Gonzalo Jiménez de Quesada* (Bogotá: Ed. Cromos, 1931), pp. 11-40, pone en evidencia los rasgos que he señalado. Sobre la manera en que la Casa de Contratación organizaba estos documentos consúltese el excelente estudio de Demetrio Ramos: *Jiménez de Quesada cronista* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1972), pp. 90-91. Piénsese, además, que muchas de las peticiones de mercedes, probanzas y textos de reclamaciones también solían dar amplia relación de los hechos que se consideraban. En este contexto interesa el prólogo a la edición que hizo Antonio Ballesteros Beretta de la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, de A. de Herrera y Tordesillas (Madrid: Real Academia de la Historia, 1934), I, pp. LXIX-LXXXV. Aquella fue una época en que muchos se sintieron poseídos —como ha dicho D. Ramos— por «un afán presuroso de hacer historias», *ibid.*, pp. 175-176.

convirtió a su autor en un personaje casi novelesco⁴. Aunque son ya numerosos los estudios y ensayos que se ocupan de la biografía de Cabeza de Vaca, me ha parecido conveniente poner en orden algunos datos de especial significación que más de una vez se han visto opacados por la especulación desatinada y oportunista⁵. No es mi intención, sin embargo, ofrecer aquí una reconstrucción detallada de ese material biográfico: material por lo demás escaso y bastante fragmentado. De hecho, mi propósito se reduce a la fijación de un marco de referencias históricas y culturales que iluminen, en lo posible, el texto que edito así como la controvertida personalidad de su autor. Si insisto en subrayar el bagaje contradictorio de datos que existen sobre Cabeza de Vaca, es porque casi toda la actividad de Núñez, a partir de 1527, ha estado contextualizada por el bregar polémico que motivaron sus escritos y aventuras.

El mismo cronista imperial Gonzalo Fernández de Oviedo en su famosa y temprana *Historia general y natural de Indias* (1535)⁶, ya comentaba con ácida intención rectificadora la *Relación* y las aventuras de Alvar Núñez. Sin mayores reticencias, Oviedo calificaría de «superfluas» algunas de las noticias que habían relatado Cabeza de Vaca y sus compañeros; y en esa misma sección de su historia no sólo alude a la desastrosa e «infelice» trayectoria del conquistador, sino que además se detiene para restarle autoridad a la *Relación* (1542) de Núñez y para exaltar, caprichosamente, la supuesta actividad milagrera de éste⁷. Otros historiadores y cronistas, no menos prestigiosos, también comentarían la narración de Cabeza de Vaca, pero es siempre notable el sesgo caprichoso con que se reconstruyen hechos que nos relató, con notable sencillez, el conquistador andaluz. Así, Francisco López de Gómara le dedica al texto de Núñez un capítulo de su conocida *Historia general de Indias* (1556). Pero al referirse a la *Relación*, hará hincapié en que hacia «el

4 Según lo ha corroborado Jacques Lafaye, López de Gómara, Fernández de Oviedo, el Inca Garcilaso y otros popularizaron la *Relación* de Alvar Núñez; no obstante, la edición zamorana de 1542 debió ser muy reducida y seguramente circuló entre la escueta minoría de lectores que entonces investigaban esos temas. Ver: *Mesías, cruzadas, utopías: el judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas* (México: Fondo de Cultura, 1984), pp. 76-84.

5 Son muchos los libros que han favorecido la idealización popularizada de Cabeza de Vaca. En esa desigual categoría figuran entre otros: Carlos Lacalle, *Noticias sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca: hazañas americanas de un caballero andaluz* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1961); Darío Fernández Flores, *Drama y aventura de los españoles en la Florida* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1964); y John Upton Terrell, *Journey into Darkness* (New York: Morrow, 1962). En varias secciones de esta Introducción señalo otros libros en los que la fabulación y errores son casi tan frecuentes como los datos corroborables.

6 El *Sumario* de esa obra se había publicado en Toledo en 1526, pero la *Historia*, en su totalidad, finalmente alcanzó una integración coherente al ser editada en cuatro tomos por José Amador de los Ríos (Madrid: Real Academia de la Historia, 1851-1855).

7 Dice el cronista: «E a la vuelta fueron [Núñez y sus compañeros] a España a dar relación a Su Majestad *viva voce*, de las cosas que aquí se dirán, alargándome a su información, e acortando algunas superfluas palabras que duplicadamente dicen; e no faltaré de lo substancial y médula de lo que su carta contiene y dice.» Todas las citas de Oviedo provienen de la edición de Juan Pérez de Tudela (Madrid: B.A.E., 1959), Vol. V, p. 287.

año 41 fue al mismo río de la Plata por adelantado y gobernador, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez, el cual, como en otra parte tengo dicho, *había hecho milagros*.⁸» La inspección mínima de otros textos importantes de la época confirma esa curiosa reincidencia de aseveraciones parcializadas acerca de Cabeza de Vaca. También el cronista oficial Antonio de Herrera y Tordesillas, en su *Décadas o historia general de los hechos de los castellanos...* (1601-1615), se referirá a Cabeza de Vaca, sólo que con más afán anecdótico que informativo. Una vez más, lo que se relata incidirá notablemente en la supuesta facultad milagrera del conquistador y menos en los valiosos datos que éste recopiló. Al retomar episodios conocidos de los *Naufragios*, Herrera los relata así: «llegados al enfermo peligroso, le hallaron casi muerto y mucha gente que le lloraba [...] y estaban los ojos vueltos y sin pulso [...] y de los indios, sus amigos que allí quedaron entendieron después que él, que estaba casi muerto, se había levantado.⁹» Más de un siglo después, en 1736, el marqués de Sorito inició una aparatosa querrela contra el padre Honorio en la que, una vez más, se comentaban y rebatían otras alusiones a los dones milagrosos de Cabeza de Vaca y sus compañeros¹⁰.

Sin más, la información que he resumido hasta aquí pone de relieve ese contexto de dislates sensacionalistas que con frecuencia ha servido de marco al texto y a la biografía de Núñez. Pero esa información, ampliada tantas veces por las más peregrinas disputas, comprueba, a su manera, la creciente relevancia que desde su publicación se ha conferido a los *Naufragios*. Ante esas realidades, no me parece ocioso entonces que, a raíz de esta primera edición crítica, se intente una elucidación algo más reposada del material biográfico que hoy se conoce sobre la persona de Cabeza de Vaca. Urge hacerlo, porque inclusive sus biógrafos recientes no han podido reprimir la tentación de ficcionalizar los hechos. Esa recurrente dimensión imaginativa destaca, por ejemplo, en la valiosa biografía de Núñez que preparó el historiador norteamericano Morris Bishop¹¹; y de otra manera, la misma tendencia también resalta en una monografía del conocido historiador argentino

8 A esa observación Gómara añadiría lo siguiente: «mas cuando llegaron [Núñez y sus compañeros] allá era muerto el herido; y confiados en Jesucristo, que obra sanidades, y por conservar sus vidas entre aquellos bárbaros, lo santiguó y sopló tres veces Alvar Núñez, y revivió [el indio] que fue milagro». *Historia general de Indias y vida de Hernán Cortés*. Ed. de Jorge Gurría Lacroix (Caracas: Colección Ayacucho, 1979), p. 68.

9 Cito por la edición de J.N. González (Asunción: Editorial Guaranía), VI, pp. 188-189. Jacques Lafaye enumera otras opiniones similares. *Mesías...*, pp. 76-78. Herrera, como bien sabemos, solía repetir lo que habían recogido otros y fue susceptible de copiarles sin mayores recatos. Ver mi *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso* (Madrid: Porrúa Turanzas, 1984), p. 28.

10 *Examen apologético de la histórica narración de los Naufragios* (Madrid: Imprenta de Juan de Zúñiga, 1736). Este texto poco conocido se describe en la sección bibliográfica de esta edición.

11 *The Odyssey of Cabeza de Vaca* (New York: The Century Co., 1933). Esta obra contiene un cúmulo muy extenso y valiosísimo de datos pero con frecuencia incide en lo meramente especulativo o en evocaciones nostálgicas de los hechos. Ver, entre otras: pp. 109 y 169-171. Numerosos detalles biográficos, aunque menos precisos y extensos, se resumen en la conocida obra de Samuel Eliot Morison, *The European Discovery of America; The Southern Voyages 1492-1616* (New York: Oxford University Press, 1974), pp. 569-584.

Enrique de Gandía, quien en algún momento quiso imaginar a Cabeza de Vaca como niño tamborilero incorporado a tropas españolas que, a principios del siglo XVI, hacían campañas en Italia¹². Si bien lo mismo se ha hecho en torno a otras personalidades destacadas de la Conquista, cabe apuntar que ese legado histórico-legendario se cierne empecinadamente en torno a la personalidad histórica de Alvar Núñez. Además, si a esas incertidumbres se añade el hecho de que Núñez tuvo varios homónimos, comprenderemos por qué la documentación biográfica sobre Cabeza de Vaca tantas veces parece ofuscarse en los anales cuantiosos de la historiografía indiana¹³.

Al evocar esos acontecimientos y la cronología que enmarca la trayectoria de Núñez, advertiremos que él se inició en la empresa militar y conquistadora cuando España consolidaba su gran proyecto imperial bajo el liderazgo de Carlos I. Bien sabemos que aquel tuvo que ser un contexto deslumbrante que súbitamente se vio condicionado por una multiplicidad de nuevos factores culturales, económicos y políticos¹⁴. No es fácil ubicar en ese distante contorno histórico a un militar, de rango menor, cuya visibilidad a menudo se hace leve e intermitente. Lo que sí es razonable suponer es que Núñez, como tantos otros hombres de su tiempo, debió sentirse impelido por la asombrosa vitalidad de un proceso histórico cuyo signo primordial era la apertura en su sentido más lato. No olvidemos que a la generación de Cabeza de Vaca le tocó presenciar la transformación apresurada de reinos medi-

12 Ver: «Aventuras desconocidas de Alvar Núñez en Italia y en España», en *De la Torre del Oro a las Indias* (Buenos Aires: Talleres Rosso, 1935). En esas páginas de Gandía concluye, con más suposiciones que datos, que: «Aquel niño huérfano, a quien la vida no debía sonreír en casa de sus tíos, al oír hablar de las guerras de Italia y ver como a ellas partían los jóvenes de la ciudad, se alistó entre los hombres de Don Alonso de Carvajal, sin duda como paje o tambor, y llegó a Italia a fines de 1511 o principios de 1512 para tomar parte en la famosa batalla y sitio de Bolonia» (p. 104). Las investigaciones documentales más importantes sobre Cabeza de Vaca se deben a Hipólito Sancho de Sopranis, «Notas y documentos sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Indias* (1967), n.º 91-92, pp. 207-244; e interesan del mismo autor los trabajos siguientes: «Datos para el estudio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Indias* n.º 27 (1947), pp. 69-102, y «Pedro de Vera hasta su gobierno de Gran Canaria», *Revista de Historia* (La Laguna de Tenerife) I (1955), pp. 17-28. Datos valiosos, conservados en textos inéditos que posee el Real Convento de Santo Domingo de Jerez, fueron recogidos por Rafael Barris Muñoz en «En torno a Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», *Boletín del Real Centro de Estudios Históricos de Andalucía*, I (1927), pp. 42-48; ver además: José Torres Revello, «A propósito del homenaje a Cabeza de Vaca», *Revista del Ateneo de Jerez de la Frontera*, IV (julio-agosto-octubre) (1927), pp. 22-42; 25-35.

13 Sopranis, «Notas...», pp. 215, 227.

14 El proceso de mutaciones sociales e institucionales, así como de perspectivas históricas que ocurre en el siglo XVI, lo resumen José A. Maravall en *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad* (Madrid: Sociedad de Estudio y Publicaciones, 1966); Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo* (México: Fondo de Cultura, 1978) y John H. Elliott, *La España imperial, 1469-1716*, trad. de J. Marfany (Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 1979). En sus aspectos más imaginativos, aquel contexto de navegaciones y descubrimientos espectaculares también se caracteriza —a distancia— en el estudio de Humberto E. Robles, «The First Voyage Around the World: From Pigafetta to García Márquez» *History of European Ideas*, VI, n.º 4 (1985), pp. 385-404.

terráneos, empobrecidos por siglos de guerras y luchas intestinas, en una potencia mundial de primer orden¹⁵. Como otros andaluces de su época, Alvar Núñez debió escuchar en Jerez, y en otros pueblos cercanos, las primeras noticias que revelaban la llegada de Colón a Sevilla acompañado de siete indios que el genovés ostentaba como trofeos principales de su hazaña exploratoria¹⁶. Aquel era un acontecer sin precedentes que arrastraba a gente muy dispar hacia los puertos y principales ciudades andaluzas. El tenor de esos sucesos se recopilaría, parcialmente, en las magistrales *Cartas de relación* de Hernán Cortés y en elocuentes pasajes de López de Gómara en los que el humanista afirmaba, con grandilocuente tono profético que: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de Indias»¹⁷.

En otros ámbitos, aún más refinados, se evocaría de otro modo aquella prodigiosa secuencia de noticias. El humanista valenciano Luis Vives confirmaba en su *De Disciplinis* (1531) —como también lo harían Lazzaro Bonamico, Luis Le Roy y Francesco Guicciardini— que: «Verdaderamente el mundo ha sido abierto a la especie humana»¹⁸. Aludiendo a la dimensión política, económica e intelectual que suscitaban aquellos hechos, el historiador inglés John H. Elliott ha señalado recientemente que: «El descubrimiento y la conquista de América hacían factible el primer imperio genuinamente mundial en la historia. El mismo Cortés, astutamente, había indicado desde México a Carlos I que él podría ser el primer monarca del mundo»¹⁹. Ciertamente esas aperturas a un nuevo mundo no sólo se producían en órdenes geográficos y económicos, sino que además se verificaban en la expansión, casi vertiginosa, de conocimientos que daban al traste con un complejo legado pseudocientífico que se había acumulado a lo largo de siglos y que ya poseía rango canónico²⁰. Hacia los albores del siglo XVI, en las

15 Recordemos, a propósito, que a principios del siglo XVI la población de España era aproximadamente de seis millones y medio de habitantes; de los cuales el 82,50 % eran campesinos con recursos económicos muy limitados. Los artesanos, eclesiásticos y jornaleros apenas llegaban a un 12,50 %. Para otros datos ver: Santiago Sobreques Vidal, «La época de los Reyes Católicos», en *Historia social y económica de España y América* (Barcelona: Ed. Teide, 1957), Vol. II, pp. 417-420.

16 Sobre el ciclo de navegaciones espectaculares en el área mediterránea véase: Daniel J. Boorstin, *The Discoverers* (New York: Random House, 1985), pp. 258-262; y Samuel E. Morison y Mauricio Obregón, *The Caribbean as Columbus Saw it* (New York: Oxford University Press, 1964).

17 *Historia...*, p. 73.

18 Citado por J. H. Elliott en *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650*. Trad. de Rafael Sánchez Mantero (Madrid: Alianza Editorial, 1970), p. 23. Esta breve obra es el mejor resumen histórico del impacto que los descubrimientos tuvieron sobre la mentalidad europea de los siglos XVI al XVIII.

19 Ver: John H. Elliott, «Spain and Spanish America in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en *The Cambridge History of Latin America*. Ed. de Leslie Bethel (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), Vol. I, p. 287. La traducción es mía.

20 Recordaremos que en la cartografía medieval se daba por sentado que Jerusalén representaba el centro del mundo; y ciertamente de esas creencias derivarían nociones cosmográficas que se encaminaban más al proselitismo evangelizador que hacia verdaderas realidades geográficas. Pero sería la *Exactissima Flandriae Descriptio* de G. Mercator, entre otras, la obra que iniciaría un largo proceso de corrección cartográfica. Ver: Raymond Beazley's, *The Dawn of Modern Geography* (Londres: Grant and Cutler, 1949), pp. 42-62; y E. H. Bunbury, *A History of Ancient Geography* (Londres: 1897).

principales cancillerías europeas comenzaban a examinarse mapas desconcertantes y noticias cosmográficas que declaraban no sólo nuevas configuraciones terrestres, sino la existencia verificada de un nuevo mundo cuyo tutelaje —para envidia de otros— poseían ahora las coronas unificadas de Castilla y Aragón. Ese nuevo compendio de datos desvirtuaba, entre otras cosas, las proporciones entre mares y tierras que se dieron por sentadas desde la antigüedad clásica; datos esos que de varias maneras se habían institucionalizado en la *Geografía* (1479) de Tolomeo (150 a.C.) y en los escritos imaginativos que Pierre d'Ailly (1350-1422) reunió en su afamada *Imago Mundi* (¿1410?). No menos podría decirse de los viajes legendarios de John de Mandeville (?-1372); obras de las que tanto se había confiado el mismo Cristóbal Colón²¹ y otros navegantes y cartógrafos de su época.

Aquel nuevo inventario de conocimientos, que tan afanosamente recopilaban España, Portugal e Italia, sobrepasaban, con mucho, el mero registro de exploraciones y descubrimientos para ofrecer noticias etnográficas y de índole antropológica que ciertamente eran novedosas, pero que fluctuaban, casi sin restricciones, entre lo imaginario y la verificación objetiva de los hechos. Así, obras —en su traducción inglesa— como la *Certaine Secrete Wonders of Nature* (1556) de Pierre Boaisteran (?-1555) y la *Cosmographia universalis* (1544) de Sebastian Münster (1489-1552), propagaron un extenso acervo de noticias en las que destacaban los efectos monstruosos que otros climas y continentes podían provocar en el desarrollo físico y espiritual de seres humanos. En otros planos, eran casi tan asombrosas las afirmaciones que con anterioridad había compilado Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) en su *Sumario...*; y más distantes aún de las nuevas tierras descubiertas estaban las páginas elocuentes del humanista italiano Pietro Martire de Anghiera (1459-1526), autor de la conocida *De orbe novo decades* (1511-1530)²². Casi inevitablemente, aquel desmesurado caudal de conocimientos tan diversos que encerraban obras como la farragosa *Omnium gentium mores leges ritus ex multix clarissimus rerum scriptoribus* (1661) del místico germano Jacobo de Bohemia (1575-1624)²³ motivaron, a su vez, la reaparición de un sinnúmero de leyendas demoníacas y monstruosas que yacían en el amplio bagaje

21 Poseemos más de 1.000 notaciones que revelan las reacciones de Colón ante sus lecturas. Sabemos que también leyó con empeño *Las vidas paralelas* de Plutarco; su ejemplar contiene copiosas notas al margen. Ver: Boorstin, pp. 230-231; y Juan Manzano, *El secreto de Colón* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1977), pp. 22-65.

22 Un repaso general del contenido, exactitud y errores de las principales relaciones que se produjeron en las tres primeras décadas del siglo XVI aparece en la obra de Francisco Esteve y Barba, *Cultura virreinal* (Barcelona: Salvat Editores, 1965), pp. 579-666. Contiene amplia bibliografía.

23 Conviene tener en cuenta que J. de Bohemia partía de nociones integralistas que se superponían a toda evidencia concreta por convincente que ésta fuera. Él creyó, por ejemplo, en la existencia de una lengua primaria o natural (*lingua adamica*) que emanaba del Espíritu Santo y que revelaba, simbólicamente, la unidad primordial de todos los componentes de la naturaleza. Su obra *Aurora oder die Morgenröte in Aufgan* (1612) conocida como *Aurora o el inicio de la alborada*, explicita lo esencial de sus curiosas pero sugestivas ideas.

imaginario del Medioevo²⁴. Paradójicamente, sin que él pudiese haberlo anticipado, a toda esa desproporcionada y famosa aglomeración de relatos y noticias también se incorporaría la sobria, pero casi increíble, narración de Alvar Núñez Cabeza de Vaca²⁵.

Es ese vasto marco de paradojas y hechos inusitados el que delimitará aquel espacio histórico en el que se desenvolverían Cabeza de Vaca y su espléndida generación. Conviene recordar que con él surgen a la vida pública Hernán Cortés, Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara y Gonzalo Fernández de Oviedo, entre tantas otras figuras que se consagran en el siglo XVI; individuos que, más de una vez, dilatarían en sus narraciones la enorme significación histórica de sus propias hazañas novomundistas. También a ellos les tocó observar la transformación rápida de la sociedad del Medioevo tardío que les vio nacer en una nación que se empeñaba, casi sin pausa, en las más sorprendentes aventuras así como en la construcción de un aparato bélico y burocrático que hacia 1500 casi nadie hubiese podido imaginar²⁶. Bajo la tutela celosa de funcionarios y leguleyos²⁷ castellanos, andaluces y extremeños se crearon, en breve sucesión, nuevas instituciones —como la sevillana Casa de Contratación (1503)—, que abrían y cerraban las puertas españolas que daban al Nuevo Mundo. Años después, en 1523, se instituiría el poderoso Consejo de Indias que amplió, aún más, toda aquella red de controles administrativos; consejo ante el que Cabeza de Vaca comparecería, más de una vez, en gestiones diversas motivadas por sus cargos y prolongadas querellas. En torno a esas nuevas instituciones imperiales pronto surgió toda una nueva clase de funcionarios, que se ejemplificaban en la persona de Juan Rodríguez de Fonseca y tantos otros²⁸. Con ese nuevo y privilegiado sector burocrático tendría Alvar Núñez no pocas disputas e importantes lazos familiares que debieron favorecer su eventual acceso al rango de funcionario en Indias.²⁹

24 La supervivencia de ese legado imaginario se verifica en mi estudio sobre *El carnero* (1636) de Juan Rodríguez Freyle. Ver: *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (Madrid: Gredos, 1982), pp. 123-155.

25 La primera traducción del texto de Núñez se hizo en Venecia en 1556. Esa traducción sigue la edición de 1542. Al francés no se tradujo sino en 1837. Ver la sección bibliográfica.

26 Sobre las paradojas de aquel sistema véase: Elliott, *Cambridge History...*, pp. 300-320.

27 Importante, para entender ese contexto, es el estudio de Francisco Márquez de Villanueva, «Letrados, consejeros y justicias», *Hispanic Review*, LIII (1985), pp. 201-226.

28 Sobre la significación particular de Fonseca véase: Ernesto Schafer, *El Consejo Real y Supremo de las Indias* (Sevilla: Publicaciones del Centro de Estudios de Historia de América, 1935), Vol. II, pp. 66, 252, 366. La rica tradición leguleya de Castilla se describe en el excelente estudio de Richard L. Kagan, *Students and Society in early Modern Spain* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1974); y en la descripción de gestiones contenciosas que expone Demetrio Ramos, p. 197. En este contexto es de especial interés el estudio de Roberto González Echevarría, «The Law of the Letter: Garcilaso's Comentaríos», *Yale Journal of Criticism*, I, n.º I (1987), pp. 107-131 del *Whitney Humanities Center* de Yale University. Una versión mucho más extensa de ese trabajo está contenida en el libro *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

29 Sobre el relieve aristocrático de su familia véase: Juan Bautista Avallé de Arce, *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, II Vols. (Chapel Hill: *North Carolina Studies in the Romance Languages*

El perfil biográfico

«Una vida bien narrada es casi tan rara como una bien vivida.»

(Thomas Carlyle)

Es precisamente en el trajín, entonces tan frecuente, de expediciones y aventuras exploratorias, donde la personalidad de Alvar Núñez Cabeza de Vaca cobra, por primera vez, verdadero relieve histórico. El mismo Núñez nos dirá en los primeros renglones de su memorable *Relación* que: «A diez y siete días del mes de Junio de mil y quinientos y veinte y siete, partió del puerto de Sant Lucar de Barrameda el gouernador Pámphilo de Nafuáez³⁰, con poder y mandado de Vuestra Magestad... Los oficiales que lleuaua (porque dellos se ha de hazer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeça de Vaca, por thesorero y por alguazil mayor...». Pero los datos biográficos de Alvar Núñez que hasta hoy conocemos no han logrado explicar, de manera convincente, cómo el joven alférez, poseedor de un discreto expediente militar, logró acceso a cargos oficiales que súbitamente le conferirían responsabilidades de considerable importancia. Los servicios que él había prestado al duque de Medina Sidonia no parecen garantizar un ascenso de esa índole. Tampoco hay prueba satisfactoria de que el Duque se hubiese interesado en las aspiraciones de Cabeza de Vaca³¹. Lo que sí es lógico suponer es que el acceso del jerezano a esos cargos tuviese su razón de ser en prerrogativas familiares. Mis propias investigaciones corroboran que, entre los miembros fundadores del *Consejo Real y Supremo de Indias*, figuraba el maestro Luis Cabeza de Vaca, conde de Pernia, quien, además de ostentar el cargo de consejero, había sido obispo de Canarias, tutor de Carlos I y, años después, también sería obispo de Salamanca y Palencia³². No me parece excesivo que vínculos familiares de esa índole pudieran facilitar el acceso de Núñez a cargos en Indias que, ciertamente, no eran de alto rango administrativo, pero que sí podían servir como valiosos escaños con vistas a nom-

and *Literatures*, 1974), pp. 169, 578. Esos nexos familiares se ponen en evidencia en los epitafios y enterramientos del monasterio de Cuevas en Sevilla, según lo ha subrayado Avalor Arce. Por ellos sabemos, por ejemplo, que Leonor Cabeza de Vaca casó con Martín Fernández de Portocarrero, que fue señor feudal de Moguer. Otros datos que confirman los vínculos que tuvo Alvar Núñez con diversos linajes aristocráticos los revela De Sopranis en su valioso estudio «Notas...», pp. 217, 223, 228. Información adicional sobre la relevancia de los Vera, durante el reinado de los Reyes Católicos, se ofrece en la obra de Andrés Belloguín García, *Vida y hazañas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (Madrid: Editorial Voluntad, 1928), pp. 8-12. Curiosamente esta obra posee notables vacíos de información sobre las acciones de Cabeza de Vaca en el Nuevo Mundo. Ver: n.º 35.

30 Ver: cap. I. Todas las citas provienen de esta edición. En las notas al texto se ofrece una breve noticia biográfica sobre Narváez. Ver: n.º 19.

31 Pedro de Medina, alcaide de las casas del duque de Medina Sidonia, enumera a Cabeza de Vaca como miembro del séquito del Duque. Ver: De Gandía, p. 111.

32 Ver: Ernesto Schafer, pp. 44. Ver: 49, n.º 3 y 353.

bramientos de mayor alcance. Aunque es innegable el valor que poseen esos datos, veremos que la información disponible sobre la persona de Alvar Núñez es desigual y siempre susceptible de ser ofuscada por proyecciones contradictorias de su individualidad. En su caso, como en el de tantos contemporáneos suyos, es casi siempre más lo que sabemos sobre el marco contextual que lo que se conoce sobre la persona en cuestión³³.

En lo que se refiere a Cabeza de Vaca, casi los únicos documentos que iluminan su individualidad, de manera incontrovertible, son sus *Naufragios* y *Comentarios*, así como las probanzas que fueron reunidas para defender su persona ante el Consejo de Indias³⁴. Pero inclusive en esos textos persisten vacíos informativos que señalo en las páginas que siguen, así como en las notas del texto. Según lo he destacado, han sido especialmente valiosas las investigaciones de Hipólito Sancho de Sopranis. Gracias a sus laboriosas pesquisas en archivos andaluces, hoy sabemos, con suficiente certeza, que Alvar Núñez nació en Jerez de la Frontera hacia 1492³⁵, y no en Sevilla como tantas veces se ha repetido³⁶. Sabemos, además, que en esa comunidad andaluza debió pasar su niñez y adolescencia hasta llegar a la mayoría de edad³⁷. Los datos ofrecidos por De Sopranis no excluyen la posibilidad de

33 Los siguientes estudios ilustran lo que acabo de señalar: Carlos Enrique Aguirre Gómez, «Introducción al estudio de la crónica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Repertorio Americano*, IV (1978), pp. 18-25; Margherita Morreale, «Reflejos de la vida española en el Lazarillo», *Clavileño*, V (1954), n.º 30, pp. 28-31; Agustín G. Amezcua y Mayo, *La vida privada española en el protocolo notarial; siglos XVI y XVII* (Madrid: Archivo Notarial de Madrid, 1950); Hipólito Sancho de Sopranis, *Historia de Jerez de la Frontera, desde su incorporación a los dominios cristianos*. Introducción de Juan de Lastra y Terry (Jerez de la Frontera: Editorial Jerez Industrial, 1964).

34 Esos documentos están reunidos en la edición antes citada de Manuel Serrano y Sanz. Todo ese material está complementado por los hallazgos verificados por Sancho de Sopranis, «Notas...», p. 211.

35 *Ibid.*, p. 211. Cuando corregía pruebas de esta edición pude conocer un importante trabajo del historiador español Juan Gil, de la Universidad de Sevilla, en el que se elucidan —a través de impecables fuentes documentales— datos sobre Alvar Núñez que hasta hoy desconocíamos. Así, el martes 28 de abril de 1506, a las seis horas de la tarde, compareció Cabeza de Vaca ante el licenciado Rodrigo Guillén para hacer varias demandas y allí «dixo qu'es de hedad de diez e ocho años e menor de veinte e cinco años» (sic). Declaración que fija su fecha de nacimiento más hacia 1488 que hacia 1492; siendo esta última la fecha aceptada, hasta ahora, por la mayoría de los investigadores. El trabajo del profesor Gil corrobora, además, que familiares suyos, como Fernando Ruiz Cabeza de Vaca, tuvieron acceso a los círculos influyentes de la sociedad sevillana. También se nos revela en esos documentos que en 1506 el escribano de Jerez Martín Gil fue el curador de Alvar Núñez. El estudio en que se recogen estos y otros datos muy significativos se publicará, en breve, en un suplemento al *Anuario de Estudios Americanos; Sección de Historiografía y Bibliografía Americanista* (Sevilla, 1990).

36 Errores relacionados con la biografía y bibliografía de Cabeza de Vaca persisten inclusive en la reciente edición de los *Naufragios* y *Comentarios* preparada por Roberto Ferrando (Madrid, *Historia* 16, 1984); se alude en ella, por ejemplo, a que Cabeza de Vaca encontró cobre en las praderas de Texas y Arizona, lo cual no es cierto; en esa edición se repite, sin base documental para ello, que Alvar Núñez finalmente fue nombrado juez del Tribunal Supremo, pp. 15-25. De esas y otras cuestiones me ocupó en la sección bibliográfica de esta edición.

37 La mayoría de edad se alcanzaba entonces a los 25 años. Las escrituras de recibo, descubiertas por de Sopranis, establecen, sin lugar a dudas, el nacimiento y períodos de residencia de Alvar

que rebasada la infancia haya residido en Sevilla³⁸. Pero de lo que no cabe duda hoy es de que casi todos sus familiares eran de Jerez y sus proximidades; es a ellos a los que él alude orgullosamente al concluir sus *Naufraios*. Allí, refiriéndose a su persona, nos dice: «El tercero es Alvar Núñez Cabeça de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera el que ganó a Canaria, y su madre se llamaua doña Teresa Cabeça de Vaca³⁹, natural de Xerez de la Frontera.»

Según la evidencia documental ofrecida por De Soprani, es factible concluir que Núñez y sus hermanos quedaron huérfanos a temprana edad, y que fueron puestos al cuidado de sus tíos paternos Pedro de Vera y Beatriz Figueroa⁴⁰. En una escritura de poder, y en su calidad de tutor, Pedro de Vera hacía constar: «Sepan cuantos esta carta vieren como yo Pedro de Vera, vecino que soy de la muy noble e muy leal ciudad de Xerex de la Frontera, en nombre y en voz y como curador que soy de las personas e bienes de Juan de Vera e Fernando de Vera e Alvar Núñez y de Maria de Vera, hijos de Francisco de Vera [su hermano], veinticuatro, e doña Teresa Cabeza de Vaca, su muger, difuntos, que Dios haya, por virtud de las curanderías que me fueron discernidas por oficio de juez competente» (sic)⁴¹. No son pocos los que han querido caracterizar la infancia y adolescencia de Núñez como un período de estrecheces y desolación⁴². Pero según lo acreditan las hijuelas, escrituras y poderes asentados por escribanos de número, la infancia de Alvar Núñez debió ser más bien holgada ya que su familia disfrutaba de una situación económica bastante solvente que le permitía mantener

Núñez y sus hermanos en Jerez; todos ellos permanecieron, en esa primera juventud, bajo la curatela encomendada a su tío Pedro de Vera. De Soprani, «Notas...», pp. 212-213. Suele repetirse que el apellido Cabeza de Vaca se lo otorgó Sancho de Navarra al pastor Martín Alhaja —supuesto antepasado de la madre de Núñez— por haber señalado éste, con el cráneo de una res, un pasadizo que utilizaron con éxito los cristianos para atacar a los árabes durante la batalla de Navas de Tolosa (julio 12 de 1212). No se conocen fuentes documentales que puedan avalar esos hechos. Sin embargo, Buckingham Smith alude a una defectuosa *Cronología de la noble y antigua familia de Cabeza de Vaca* (Madrid: 1652) (sic). Al parecer se trata de un documento de valor muy desigual. Ver: *The Relation of Núñez Cabeza de Vaca* (New York: Readex Microprint Co., 1966), pp. 30-31.

38 *Ibid.*, p. 213.

39 Debe señalarse la habitual confusión de patronímicos que se evidencia en la documentación protocolar de la época. Los hermanos de Alvar Núñez fueron Fernando de Vera, Juan de Vera y María de Vera. Observaremos que la madre de ellos se reconoce en las escrituras y discernimientos como Teresa Cabeza de Vaca o Teresa de Zurita, quien a su vez fue nieta de Diego Fernández de Zurita, antiguo maestre de sala de Juan II, además de su embajador en la corte granadina. De Soprani, «Notas...», pp. 217, 223. El complejo linaje de los Zorita o Zurita se expone en la obra de Ralph H. Vigil, *Alonso de Zorita: Royal Judge and Christian Humanist*, que en breve publicará la University of Oklahoma Press.

40 La destrucción parcial de los archivos parroquiales de la iglesia colegial del Salvador, en Jerez, no ha permitido una fijación precisa del nacimiento de Alvar Núñez, pero basándonos en los documentos reproducidos por De Soprani y Juan Gil debe suponerse que ocurrió entre 1488 y 1493. *Ibid.*, p. 223. Su linaje lo resume M. Bishop de manera un tanto confusa, pp. 3-9.

41 De Soprani, p. 212.

42 De Gandía, pp. 111-115; Bishop, p. 8.

propiedades tanto en Andalucía como en Canarias⁴³. También es prudente suponer, dada la relativa holgura de su familia, que Núñez debió alcanzar una educación que seguramente era la mejor que aquella comunidad andaluza podía ofrecerle⁴⁴. De cualquier modo, si algunos datos históricos en torno a Cabeza de Vaca se prestan a múltiples confusiones, ello se debe, según lo anticipé, a que Alvar Núñez tuvo varios homónimos que se registran en los documentos de la época⁴⁵. Hay suficientes pruebas documentales de que una vez conseguida la mayoría de edad, y al quedar liberado de la curatela que le retenía en Jerez, Cabeza de Vaca asume el oficio áulico de camarero en la casa de Medina Sidonia⁴⁶. Paradójicamente, Cabeza de Vaca serviría, en aquellos años, a los poderosos Guzmanes que habían sido enemigos acérrimos de su famoso abuelo Pedro de Vera⁴⁷. Aunque esos datos exhiben toda la precisión necesaria, es poco lo que nos dicen sobre la primera juventud de Cabeza de Vaca. Es esa recurrente escasez de información, capaz de iluminar la persona, y existente ya en el siglo XVIII la que destacaba Enrique de Vedia al afirmar, en el prólogo a su edición de los *Naufraios*, que: «no ha llegado a noticia de nuestros tiempos, los particulares de su niñez y juventud»⁴⁸.

Gradualmente, y en épocas más recientes, se han esclarecido datos sueltos que van configurando el impreciso espacio biográfico de Alvar Núñez. El historiador argentino Enrique de Gandía, en su estudio antes citado, logró reunir un conjunto de datos que elucidan considerablemente las actividades de Núñez anteriores a sus experiencias americanas. Son, en su mayoría, precisiones y testimonios obtenidos por de Gandía a partir de una lectura minuciosa de probanzas y documentos que se recopilaron para defender a Núñez de diversas acusaciones que contra él se hicieron a su regreso de

43 Propiedades que fueron motivo de prolongados litigios entre los diversos herederos que las reclamaban. Según Bishop, alguna fortuna debió tener Núñez, ya que al regresar de Nueva España invertirá sumas considerables en la preparación de su expedición al Río de la Plata, p. 99.

44 Las noticias un tanto ficcionalizadas que nos ofrecen Bishop y de Gandía sobre la infancia y adolescencia de Núñez pueden equilibrarse, en parte, con los datos que sobre la actividad escolar en el siglo XVI aporta R. Kagan, pp. 1-62. Véase, además, Lorenzo Luzuriaga, *Documentos para la historia escolar de España* (Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1916-1919). Samuel E. Morison califica a Núñez de persona educada pero no documenta esa opinión. *The European...*, p. 519.

45 De Soprani demuestra la existencia de varios Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que para más confusión también fueron vecinos de Jerez. «Notas...», p. 221.

46 *Ibid.*, p. 213. En el estudio del profesor Gil (ver: n.º 35) se comprueba que Alvar Núñez figuró en el séquito de «Cavalleros de Xerez» que servía al duque de Medina Sidonia. En esa nómina, hecha el 13 de diciembre de 1503, se verifica que el duque pagaba 15.000 ducados anuales a Cabeza de Vaca. Años más tarde esa remuneración sería incrementada. En 1513, Núñez figuraba como paje del duque, y junto a su nombre aparecían otros que tendrían ecos significativos en la futura empresa americana: Diego Ponce, Pedro de Guzmán, Luis de Vargas, Luis y Francisco de Coronado, entre otros. En 1519, Núñez aparece ubicado en la collación sevillana de San Miguel y al servicio del duque. También sabemos que en 1523 participó en varias transacciones, y que en 1525 tenía a un Juan Jiménez como criado suyo.

47 *Ibid.*, p. 214.

48 *Historiadores primitivos de Indias*, Vol. XXI (Madrid: B.A.E., 1946), p. 517.

Suramérica⁴⁹. Si bien algunas de las conclusiones obtenidas por de Gandía me parecen certeras, otras, como ya lo he indicado, resultan aventuradas y de hecho han sido desvirtuadas por lo que nos ha revelado de Sopranis. Sin razones convincentes, de Gandía da el año 1500 como la fecha de nacimiento de Alvar Núñez; lo cual, entre otras cosas, haría imposibles los servicios militares de éste en Italia bajo las órdenes de Alonso de Carvajal. Es evidente que muchas de las deducciones ofrecidas por de Gandía son de carácter especulativo; sin embargo, otros datos que él aporta esclarecen las actividades castrenses de Cabeza de Vaca en Italia y en España⁵⁰. Tomando como base las respuestas de testigos que respaldaron a Núñez ante el Consejo de Indias, de Gandía pone en evidencia los datos siguientes:

Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca primo de Alvar Nuñez, declara a la VI pregunta: que vido este testigo como el dicho alvar nunez partio de casa de su madre de este testigo, para yr en servicio del rey catholico para ytalia, e que oyo dezir a muchas personas y soldados como el dicho alvar nunez sirvio a su alteza en tiempo de don ramon de cardona, bien e fielmente, y en la batalla de Rabena, lo cual oyo este tetigo especialmente al capitan bartholome de syerra, que fue su capitan del dicho alvar nunez... (sic).⁵¹

Otros testigos de ocasión corroboran esas observaciones de Estopiñán. Entre ellos, fray García de Lara añadirá que él estuvo «en compañía del dicho alvar nunez en la dicha ytalia, e ansimismo se hallo con el dicho alvar nunez este testigo cuando fueron sobre bolonia e sobre la bastida tierra e fortaleza del duque de ferrara, y este testigo se vino de las dichas partes de ytalia a espana e dexo en la dicha ytalia al dicho alvar nunez...» (sic)⁵². Declaraciones muy similares a éstas las hizo Francisco López Manuel, entre otros. Eran testimonios ofrecidos por personas informadas que verifican el servicio militar de Núñez en el virreinato de Nápoles, entonces gobernado por Ramón Cardona, conde de Alberto. Núñez figuraba entre los oficiales de tropas que, en remesas sucesivas, los Reyes Católicos enviaron para reforzar aquel virreinato y para respaldar al papa Julio II en su enconada lucha contra los franceses. Me parece factible argüir que para esa fecha Núñez era adulto, ya que participó en acciones militares de obvia importancia, como el sitio de Bolonia que llevó a cabo el mismo conde de Alberto; y participaría, por igual, en la batalla de Ravena que había provocado Luis II de Francia. Fue en esas campañas —concretamente en la ciudad de Gaeta— en las que Núñez conquistó el rango de alférez⁵³. Aunque los datos referidos hasta aquí se apoyan en fuentes documentales de validez reconocida, no

49 De Gandía aclara sobre todo, y por primera vez, la secuencia de hechos históricos en que estuvo involucrado Núñez, p. 101.

50 Esos documentos pertenecen a la *Relación general* que recopiló Alvar Núñez y que, como ya se señaló, fue recogida por Manuel Serrano y Sanz. Ver: n.º 1.

51 *Ibid.*, p. 100.

52 *Ibid.*, pp. 100-101.

53 *Ibid.*, p. 102.

queda claro, en todo caso, cuánto tiempo residió Cabeza de Vaca en Italia. Lo que sí podemos verificar es que ya estaba de regreso en España hacia 1521, fecha en la que se ve involucrado militarmente en las rebeliones que provocaron agrupaciones de comuneros⁵⁴. «En esta guerra de las Comunidades —nos dice Gandía— tomó parte Alvar Núñez Cabeza de Vaca...» El mismo Estopiñán, en su calidad de testigo, declararía: «que saue e visto este testigo que [Alvar Núñez] sirvió a su magestad en tiempo de las comunidades e alteraciones de aquestos Reinos...» (sic)⁵⁵.

En particular esos documentos se refieren a los conflictos que encabezó Juan de Figueroa en Sevilla y que, como es sabido, culminaron en la toma del Alcázar. Aludiendo a esos hechos y a su persona, Cabeza de Vaca añade que él «se hallo con los otros caualleros y criados del duque de medina sidonia en se la quitar [el alcázar] y en lo prender, en lo cual se hizo gran servicio a su magestad y seguro esta andaluzia» (sic)⁵⁶. Además, Francisco Corona, como testigo principal, nos aclara que Alvar Núñez participó en otras campañas y acciones militares de Navarra. Así lo confirma Corona: «el dicho caueca de vaca anduuo siempre con los dichos senores gouernadores y se hallo con ellos en la batalla que paso en la puente de la Reyna, en nabarra, contra los franceses y en todo lo demas que paso hasta que su magestad vino de flandes» (sic)⁵⁷. Igualmente sabemos que el mismo duque de Medina Sidonia, además de encomendarle a Núñez la custodia de una de las puertas de Sevilla, también le envió con mensajes para la Corte que entonces se encontraba en Valladolid⁵⁸. Pero, como suele ocurrir con figuras menores de aquellos siglos, entre 1522 y 1523 le perdemos el rastro a Cabeza de Vaca. Sin embargo, gracias a las minuciosas pesquisas del profesor Gil (ver: n.º 35) hoy sabemos que entre 1520 y 1525 Alvar Núñez y su mujer María Marmolejo residían en Sevilla y estuvieron involucrados en querellas y litigios relacionados con la herencia de esta última. Alvar Núñez no reaparecerá en la vida pública sino hasta el año 1527, en el que se incorpora a la desafortunada expedición de Pánfilo de Narváez. Casi todo lo que le ocurri-

54 *Ibid.*, p. 107.

55 *Ibid.*, p. 109. Otros datos biográficos sobre Núñez, relacionados con sus actividades en Paraguay, los recogió de Gandía en su *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay* (Buenos Aires: Talleres Rosso, 1931). El profesor Juan Gil nos aclara: «El enlace matrimonial explica muy bien que Alvar Núñez defendiera en Sevilla la causa del rey en el frustrado alzamiento comunero, y ello por dos causas: en primer lugar, porque la rebelión iba dirigida de manera abierta contra los conversos, pues conversos eran los Marmolejo (ese era el apellido de su mujer); y en segundo, por ser él fiel criado del duque de Medina Sidonia, protector de los judíos y siempre a la greña con la casa de Arcos, promotora en este caso de la insurgencia.» (Ver: n.º 35).

56 *Ibid.*, p. 111.

57 *Ibid.*, p. 113. Sobre estos hechos véase John H. Elliott, *La España...*, pp. 137-167.

58 Bishop, pp. 9-10. Deduce este autor que Alvar Núñez debió ver en Sevilla a Colón y a Magallanes ya que, como se sabe, el primero estuvo en esa ciudad de noviembre de 1504 a mayo de 1505. Magallanes, por su parte, residió allí entre 1517 y 1519. Pero no hay evidencia de que así fuera, aunque la suposición de Bishop es razonable en muchos sentidos, p. 15.

rá a Cabeza de Vaca a partir de ese momento hasta su regreso definitivo a España lo explicitan sus propios textos, así como el conjunto de documentos legales a que he aludido. No es necesario, por lo tanto, resumir en detalle esa información que el lector tiene a mano en esta edición. Simplemente, para orientar nuestra apreciación del texto reproduzco, a continuación, la secuencia de hechos que destacan como principales hitos biográficos en los *Naufraios* y *Comentarios*; son datos que se ofrecen a manera de boceto informativo para enmarcar las acciones de Cabeza de Vaca.

La expedición de Narváez constaba de cinco embarcaciones y de una tripulación aproximada de 600 hombres⁵⁹. Pero esa cifra está contradicha en la *Relación* hecha por el mismo Alvar Núñez el 27 de junio de 1542; en ella se alude a 700 tripulantes. Partiendo de Sanlúcar las naves harían escala en Canarias y después de casi tres meses de navegación, a mediados de agosto, llegaron a La Española; isla esta última en la que retomaron provisiones y en la que Narváez intentó con poco éxito reclutar tripulantes⁶⁰. De La Española se trasladarán a Cuba, donde pasarán el invierno de 1527-1528 con notables contratiempos (Caps. I-II). En Santiago de Cuba y en la villa de Trinidad gradualmente se harían de las provisiones que la expedición necesitaba para continuar su ruta. Gastos —dicho sea de paso— que corrieron por cuenta de Narváez y del acaudalado peninsular Vasco Porcallo de Figueroa, quien entonces residía en Cuba; se trata, por cierto, del mismo individuo que años después se incorporó a la expedición de Hernando de Soto⁶¹. En los meses que el contingente pasó en Cuba sufrieron el impacto de un huracán que ocasionó 50 muertes y pérdidas considerables de animales y matalotaje, incluidas dos embarcaciones. Cabeza de Vaca permaneció con un sector de la tripulación en la bahía de Xagua (hoy Jagua) a la entrada de Cienfuegos, y Narváez en la bahía de Santa Cruz (Caps. II y III). Según lo confirma el mismo Núñez, finalmente tomaron tierra en la Florida el 14 de abril de 1528, en un área costera cercana a la bahía de Tampa, quizá muy próxima a Saint Clements Point⁶².

59 Ver: Cap. I.

60 En Santo Domingo la tripulación pasó entre 40 y 45 días; y allí se quedaron 140 miembros de la misma. Las cédulas que autorizaban detalladamente la expedición aparecen en la *C.D.I.*, Vol. X y XVI, pp. 40 y 67, respectivamente. El nombramiento de Cabeza de Vaca como alguacil y tesorero se produjo el 15 de febrero de 1527. Esos y otros datos, así como algunas de las fuentes, los describe Bishop, pp. 17-29. Para noticias más exactas sobre la expedición consúltese: *C.D.I.*, Vol. XIV, p. 269.

61 *Bishop*, p. 32.

62 Algunas de las precisiones del desembarco están contenidas en el estudio de A.H. Phinney, «Narváez and De Soto: their Landing Places and the Town of Espíritu Santo», *Florida Historical Quarterly*, Jan. IV (1925), pp. 15-21. No hay, hasta hoy, una fijación definitiva del punto de desembarco. El número de tripulantes de la expedición lo disputa Morison; este historiador indica que sólo 260 se internaron en la Florida con Narváez, *The European...*, p. 518. Se cree que salieron de Cuba el 22 de febrero rumbo a la Florida. La expedición constaba de cinco embarcaciones y llevaban cerca de ochenta caballos. *Ibid.*, p. 519. Como se comprenderá, las variaciones con respecto a tripulación y otras cifras ponen en entredicho otros datos que la *Relación* aporta en capítulos subsiguientes.

Después de deliberaciones contradictorias entre Núñez y Narváez (Cap. IV), una tropa aproximada de trescientos hombres, dirigidos por Narváez, se internó en la península, marchando brevemente hacia el este y más tarde en dirección norte, en ruta paralela a la costa occidental de la península; regiones en las que abundan ciénagas, serpientes venenosas y una vegetación áspera y ponzoñosa. Narváez había dejado cerca de 100 hombres en las naves que, a su vez, viajarían a lo largo de la costa para efectuar un eventual encuentro entre ambos grupos. Pero esa tripulación, guiada por un piloto inexperto, perdió contacto, en cosa de días, con los que viajaban por tierra. A la postre, esas embarcaciones recalarían en Nueva España dando por perdido al grupo de Narváez. Al llegar al extremo norte de la Florida, en zonas próximas a donde hoy se ubica Tallahassee, la tropa se encontraba disminuida por el cansancio, las enfermedades y la lucha, a veces cruenta, con los indios (Caps. V-IX). Muy cerca de una aldea ocupada por indios apalaches, que ellos denominaron Aute, los sobrevivientes de la expedición optaron por la insólita tarea de construir embarcaciones en las que navegarían hacia el oeste, siguiendo la costa que los orientaba; ruta que, según ellos calculaban, los llevaría a regiones ya conocidas y conquistadas de Nueva España. Excepto que ninguno de ellos tenía una idea, siquiera aproximada, de las distancias muy considerables que aún los separaban de Nueva España. Una vez construidas las naves (Cap. IX), después de indecibles sacrificios, se hicieron a la mar, pero el mal tiempo, el hambre, la sed y las poderosas corrientes del río Misisipí (Cap. X), finalmente dejaron al garete las cinco embarcaciones en que navegaban los sobrevivientes de la expedición⁶³. Ya en el otoño de 1528, Núñez y algunos de sus compañeros se encontrarían desvalidos y menesterosos entre tribus de indios carancaguas que habitaban las costas que hoy pertenecen a la región este del Estado de Texas; y no imaginarían entonces que en esa zona agreste pasarían años de esclavitud e interminables desasosiegos⁶⁴. En muy poco tiempo las tropas de Narváez quedaron reducidas a unos pocos hombres (Caps. IX, X, XI). En definitiva, de los trescientos que desembarcaron en la Florida, sobrevivirían cuatro: Andrés Dorantes, Alonso Castillo Maldonado, el marroquí Estebanico y Alvar Núñez⁶⁵.

63 Las embarcaciones iban capitaneadas por Narváez, Enríquez y Suárez, Castillo y Dorantes y la cuarta por Téllez y Peñalosa. La quinta la guiaban Núñez y Solís. Se supone que cada embarcación llevaba en torno a 40 tripulantes. La secuencia cronológica de estos acontecimientos se indica al pie del texto, pero sólo en términos aproximados. El punto de referencia geográfica hacia el que pretendían navegar Narváez y los suyos era el Río de las Palmas —hoy Santander—, que desemboca en el golfo de México a unos 120 kilómetros al norte de Pánuco —hoy designado Soto de la Marina—; y casi a la misma distancia de la villa de Tampico que años antes había fundado Cortés. Morison, *The European...*, pp. 518-520.

64 En el cap. XVI nos dice Núñez: «Fueron casi seys años el tiempo que yo estuue en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andauan.» Cabe recordar, sin embargo, que la reconstrucción cronológica de esos hechos —según los datos que Núñez aporta— con frecuencia es defectuosa.

65 La procedencia exacta de cada uno se describe en las notas al texto, y Núñez la resume en el último capítulo de los *Naufraios*. Los cuatro supervivientes se encontraron accidentalmente y tuvieron que planear su fuga a lo largo de meses (Caps. XVII-XIX).

Existe la posibilidad de que un griego llamado Teodoro haya sobrevivido al unirse a otras tribus de aquella región. Informaciones recogidas años después por las tropas de Hernando de Soto parecen indicar que Teodoro fue sacrificado por los indios⁶⁶.

Tras largas demoras y desviaciones, Núñez y sus tres compañeros viajaron hacia el oeste haciendo escalas entre clanes y tribus de indios coahuiltecas, jumanos, ópatas y pimas, entre otros (véase: I, c). En esa dilatada peregrinación, Núñez y sus acompañantes se vieron obligados a sobrevivir en circunstancias de desesperada estrechez.⁶⁷ También entre esas tribus harían, más de una vez, las funciones de curanderos o chamanes. Viajando siempre al oeste, y luego al sur, Cabeza de Vaca y los suyos finalmente se encontraron con un grupo de soldados españoles (Cap. XXXIII) que asediaban comunidades de indígenas ubicadas en el norte de Nueva España. El encuentro deseado se producía ocho años después de andar por desiertos y regiones inhóspitas, habiendo padecido climas rigurosos en la desnudez y el más total desamparo. Pero es poco lo que se nos dice sobre el alborozo y las alegrías motivadas por el encuentro. Núñez y sus compañeros finalmente llegarían al poblado de Culiacán el primero de abril de 1536. En Nueva España se quedarían Castillo, Dorantes y Estebanico. Este último perdería la vida, algún tiempo después, al incorporarse, como guía, a la disparatada expedición que guió fray Marcos de Niza cuando este fraile —alentado por el virrey Mendoza— buscaba las míticas siete ciudades de Cíbola⁶⁸. Alvar Núñez, ya con otras miras, partió desde Veracruz el 10 de abril de 1537. Hacia el 4 de mayo pasó por La Habana y finalmente desembarcaría en la Península Ibérica el 9 de agosto de 1537. En España residiría Cabeza de Vaca desde su regreso hasta el 2 de diciembre de 1540. Ese mismo año, después de haber comparecido ante Carlos I, Alvar Núñez firmó, el 18 de marzo, las capitulaciones que le impelían a una nueva aventura americana; sólo que esta vez iba hacia regiones del Río de la Plata al mando de tres embarcaciones, y con los importantes rangos de adelantado y gobernador.⁶⁹

Los datos a nuestro alcance sugieren que los veintiocho meses que Núñez pasó en España los invirtió principalmente en la redacción de su ya amplificada *Relación*, que en 1542 se publicó en Zamora. El cariz de esas preocupaciones las resumiría Núñez, años después, en el proemio a la edi-

66 Hallenbeck, p. 47.

67 Ver: Caps. X-XVIII. Son estos los capítulos que poseen mayor interés para la investigación antropológica.

68 Bishop, p. 161. Para noticias más exactas sobre esa descabellada aventura véase: Sauer, p. 14. Núñez y sus acompañantes llegaron a la capital de Nueva España el 23 de julio de 1536. El conocido historiador Henry R. Wagner sugiere —sin poderlo demostrar— que Dorantes regresó a España. Ver: *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Relación* (Separata de *The Spanish Southwest*, Berkeley: University of California Press, 1924), p. 13.

69 Bishop, p. 170. Según este historiador, Núñez debió comparecer ante Carlos I, probablemente en Monzón, cuando el monarca se encontraba entre Zaragoza y Barcelona tratando de llegar a un acuerdo de paz con Francia.

ción vallisoletana de 1555; allí Cabeza de Vaca nos advertirá, con cultivada humildad, que ya que su «consejo, ni diligencia, aprouecharon para que aquello a que éramos ydos fuesse ganado conforme al seruijio de Vuestra Magestad, y por nuestros peccados permitiese Dios que de quantas armadas a aquellas tierras [Florida] han ydo ninguna se viesse en tan grandes peligros, ni tuuiesse tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hazer más seruijio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años [1527-1537] que por muchas y muy estrañas tierras que anduue perdido y en cueros... que dello en alguna manera Vuestra Magestad será seruido...» Además de sus escritos, Núñez también debió concentrar sus esfuerzos en las arduas negociaciones y preparativos que requería su expedición al Río de la Plata⁷⁰. Aunque la primera edición de su texto se publicaría cuando él ya estaba en Suramérica, cabe suponer que el libro tuvo alguna acogida entre el limitado círculo de lectores que podían obtener una edición tan reducida. Según lo hemos constatado, Fernández de Oviedo y López de Gómara la leyeron. Podemos suponer que también llegó a manos de otros cronistas y funcionarios que escribían sobre aquellos temas y que viajaban al Nuevo Mundo; entre ellos debió figurar el padre Las Casas, quien siempre estuvo muy al tanto de todo lo que aludía a las poblaciones indígenas en América⁷¹.

En su detallada y entusiasta biografía de Alvar Núñez, Morris Bishop nos describe el retorno jubiloso del conquistador a Jerez de la Frontera, y alude a los rumores que entonces circulaban acerca de las cosas fabulosas que Cabeza de Vaca había conocido⁷². Quizá lo más insólito de su breve estadía en España es que, al regresar a la Península, Núñez mostrará un interés casi inmediato en regresar a las mismas selvas y desiertos donde había padecido tantas calamidades. Apenas llegado, en Lisboa, en 1537, ya tendrá noticias de que la Corona ha nombrado a Hernando de Soto gobernador de Cuba y de toda la región comprendida entre Cape Fear (hoy en

70 Cabeza de Vaca tuvo dificultad en obtener las embarcaciones apropiadas. Finalmente conseguiría dos naves de considerables proporciones y una carabela menor. Iban además, como tripulantes, 6 mujeres; entre ellas debió figurar la negra Juana Núñez, criada de Cabeza de Vaca. Bishop registra las circunstancias que precedieron a la travesía, así como los utensilios y las armas que Núñez adquirió. Toda esa información reside en los legajos de justicia n.ºs 1.130 y 1.131 del Archivo de Indias. Para una elaboración de esos datos véase de Gandía, *Conquista...*, p. 97. Según la fuente acaso más fidedigna, la expedición de Cabeza de Vaca partió «el dos de Noviembre que se embarcó, e hizo su viaje [desde Cádiz] y en nueue días llegó a la ysle de la Palma». *Comentarios*, p. 158. Serrano y Sanz II, Ver n.º 1. Bishop insiste en el 2 de diciembre pero no aduce pruebas definitivas; sin embargo, su cronología de los hechos parece razonable, p. 191. Una de las embarcaciones, la Capitana, alcanzó 350 toneladas. El estudio más revelador sobre el carácter de esos preparativos y la construcción y asignación de navíos se debe a Carla Rahn Phillips, *Six Galleons for the King of Spain: Imperial Defense in the Early Seventeenth Century* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986).

71 A juzgar por las descripciones que ofrece Demetrio Ramos, en Valladolid, Núñez debió conocer, entre otros, a López de Gómara, al padre Las Casas, a Jiménez de Quesada y, tal vez, a Bernal Díaz, pp. 35 y 192.

72 Bishop, p. 169.

Carolina del Norte) y el Río de las Palmas en Nueva España; era, sin más, un territorio que aproximadamente equivalía a la mitad de Europa. La asignación tuvo que ser motivo de resentimiento para Núñez, y es tal vez por esa razón que Hernando de Soto no logró que el andaluz se decidiera a acompañarlo en aquella aventura. Con todo, y para disgusto de Cabeza de Vaca, dos primos suyos, Baltazar Gallegos y Cristóbal de Espínola se unieron a De Soto, aun a sabiendas de que Núñez se oponía a ello⁷³. En sólo unos años, la España que el jerezano había conocido en su primera juventud se había convertido en una sociedad que concebía enormes proyectos imperiales de conquista y colonización; proyectos en torno a los que ahora se aglutinaban sectores poderosos y aventureros con no pocas ambiciones. Morris Bishop observaba, al reconstruir algunos rasgos de aquella sociedad, que Núñez debió sentirse ajeno a aquel contexto que en muchos órdenes sería para él confuso y exageradamente conflictivo; sociedad en la que tantos luchaban —con razones o sin ellas— por alcanzar privilegios, riquezas, y sobre todo, las siempre deseadas prerrogativas del poder⁷⁴.

Es de suponer que durante este paréntesis de residencia en la Península Núñez llegó a vincularse con aquella amplia cofradía de viajeros, cronistas y funcionarios que intercambiaban noticias americanas mientras hacían sus complicadas gestiones reclamatorias. Años más tarde, en el sutil proemio de sus *Comentarios* (redactado por el escribano Pedro Hernández), Alvar Núñez nos explicará, con velada ambigüedad retórica, la gestión de rescate que la Corona le encomendaba por aquella época, y que debía llevarse a cabo en las zonas remotas que hoy ocupa el Paraguay. Como se verá, el encargo que le hacían daba autoridad gubernamental a Núñez en todas las inmensas áreas ubicadas entre el sur de Perú y las regiones que hoy ocupan Argentina, Uruguay y Paraguay. Estos eran los términos en los que él explicaba la misión que se le había encomendado:

Despues, queriendo su altissima magestad continuar conmigo sus marauillas, movio al Emperador, vuestro abuelo, a que me enuiasse el ano de XI con vn armada al rio Parana (que llamo Solis, rio de la Plata), a socorrer la gente y proseguir el descubrimiento de D. Pedro de Mendoza⁷⁵ (que dijeron de Guadix). En lo cual passe muy grandes peligros y trabajos, como V. A. muy particularmente vera en estos *Comentarios* (sic)⁷⁶.

Buena parte de la extensa documentación que se refiere a la colonización española en las zonas del Río de la Plata indica que aquel proyecto de

73 *Ibid.*, pp. 169-170. Bishop documenta en esas páginas la conocida gestión que hizo De Soto para persuadir a Núñez.

74 En ese sentido sus contrariedades y obstáculos fueron similares a los que experimentaron entonces Bernal Díaz, el Inca Garcilaso, Jiménez de Quesada y tantos otros. Ramos, p. 184.

75 Se trata del sobrino de Antonio de Mendoza, que fue virrey de Nueva España y Perú. Ver: Samuel Eliot Morison, *The European...*, pp. 572-584.

76 Serrano y Sanz, II, p. 148.

expansión territorial había degenerado en luchas oportunistas que provocaron violentos enfrentamientos entre indígenas y peninsulares⁷⁷. Los informes escuetos que la Corona poseía en la primera mitad del siglo XVI sugerían la necesidad de soluciones drásticas. Dada su vasta experiencia en Indias y sus conocimientos de diversas culturas americanas, Alvar Núñez debió perfilarse ante la Corona como la persona idónea para llevar a cabo aquella labor de corrección y saneamiento. Así, en las capitulaciones hechas el 18 de marzo de 1540⁷⁸, Carlos I concedía a Cabeza de Vaca la gobernación del Río de la Plata con las mismas prerrogativas y territorios que antes se le encomendaron a Pedro de Mendoza. También se le conferían los títulos de Adelantado, Gobernador, Capitán General y Alguacil de aquellas posesiones, incluida la isla de Santa Catalina que hoy forma parte de Brasil. Pero aun en esos momentos de inusitada gloria Núñez encontraría obstáculos que, de alguna manera, anticipaban el género de dificultades que con cruel tenacidad le persiguieron hasta el final de su vida. A última hora, cuando ya estaba todo listo para su partida, la familia Ayolas (vinculada al anterior gobernador de Paraguay) quiso interponer, ante el Consejo de Indias, un recurso para impedir el nombramiento de Alvar Núñez como gobernador; afortunadamente una oportuna intervención directa de la Corona logró eliminar el obstáculo⁷⁹. Sin vacilar, una cédula real ordenaba a la Casa de Contratación que se asistiera a Núñez en todo lo que se hacía necesario para la travesía⁸⁰. Con la mayor brevedad posible, Cabeza de Vaca, que entonces tenía cerca de 48 años, habilitó tres naves, la Santa Lucía, la Trinidad y otra carabela que se añadiría al hacer escala en Canarias. Su piloto mayor era Antonio López, y en la tripulación figuraban, entre otros, un tamborilero flamenco y varios esclavos negros e indios, uno de ellos originario de Nueva España⁸¹. Cabeza de Vaca dejaba en España a su mujer, quien al parecer guardó sus prolongadas ausencias, y de la que apenas tenemos algún dato corroborable⁸².

Finalmente, entrado ya el otoño de 1540 culminaban los preparativos para el largo viaje, pero ocurrirían demoras imprevistas. No es sino hasta fines de noviembre que las embarcaciones comienzan su descenso por el río

77 Bishop, pp. 205-269; y Morison, pp. 569-580.

78 Esas capitulaciones aparecen en el tomo XXIII de la *C.D.I.* que reunió Serrano y Sanz, p. XX; pp. 8-23.

79 Bishop, p. 186-187.

80 *Ibid.*, p. 189.

81 Se calcula que Alvar Núñez invirtió en torno a 14.000 ducados en la expedición. Dejaba una deuda de 5.000 ducados que, para su patrimonio, era suma cuantiosa. Serrano y Sanz, II, pp. 112, 247.

82 Sabemos que en 1565 sus herederos hicieron una demanda contra Felipe de Cáceres. Bishop, p. 290. Estos datos sueltos aluden a aspectos significativos de la vida de Núñez que aún desconocemos. Gracias a las investigaciones del profesor Juan Gil hoy sabemos, por primera vez, que la mujer de Alvar Núñez fue María Marmolejo, señora perteneciente a la burguesía sevillana y emparentada a la vez con canónigos y judíos. Sabemos además que, en Sevilla, María Marmolejo también dejó una larga trayectoria de querellas y pleitos relacionados con una herencia que ella reclamó empecinadamente. (Ver: n.º 35.)

Guadalquivir hacia Sanlúcar. Pero apenas salidas al Atlántico, una racha de mal tiempo las obligó a buscar refugio apresurado en la bahía de Cádiz, desde la cual lograron salir rumbo a Canarias el 2 de diciembre de aquel año. Una vez más, Núñez partía hacia el Nuevo Mundo desde tierras andaluzas, excepto que en esta ocasión él asumía responsabilidades mayores, y también las cargas que suponían deudas que estaban por encima de sus posibilidades económicas.

Cuatro meses invirtieron en la travesía, después de una breve escala en Canarias. El desembarco se produjo en la isla de Santa Catalina el 29 de marzo de 1541, y desde allí —pasado un largo período de reposo— se emprendería la marcha, por tierra, hacia Asunción. En breve Núñez tuvo noticias del asesinato de Juan de Ayolas, el gobernador que le había precedido. Esos acontecimientos indicaron a Cabeza de Vaca que debía intentarse, cuanto antes, el rescate de los peninsulares que estaban entonces sin protección oficial⁸³. Después de andar más de ochocientos kilómetros, el 11 de marzo de 1542 el contingente llegó a Asunción⁸⁴. En aquella trayectoria montañosa y difícilísima, el grupo dirigido por Cabeza de Vaca sería el primero que contemplaría paisajes monumentales en los que resaltaban, con enorme dramatismo, las cataratas del río Iguazú. Hoy sabemos que Cabeza de Vaca, después de presentar sus credenciales, intentó corregir los abusos que se habían cometido contra los indios; y, además, quiso restablecer el orden entre peninsulares, obligándoles a pagar los impuestos que entonces requería la Corona⁸⁵. Medidas de esa índole, contrarias a los intereses económicos de una colonia remota y belicosa, provocaron en seguida el desafecto y la oposición agresiva de muchos; oposición que fue dirigida por Domingo Martínez de Irala, quien había hecho, hasta entonces, las veces de gobernador interino. Lamentablemente, el nuevo gobernador retuvo a Irala con funciones prominentes dentro de su séquito administrativo y militar. A pesar de las fricciones internas y otras dificultades, la política compasiva de Núñez comenzó a producir algunos resultados positivos, sobre todo en la pacificación de la población indígena. Pero las extensas y curiosas relaciones del alemán Ulrico Schmidel, así como la de Díaz de Guzmán, sugieren que Cabeza de Vaca carecía de astucia política y de los dones necesarios para la labor administrativa y planificadora. Según Schmidel, sus desacertadas empresas expedicionarias gradualmente le llevaron a confrontaciones sucesivas con indios y peninsulares. La información que hoy poseemos sobre aquellos hechos sugiere, repetidamente, que Núñez confiaba más en la gestión individual que en la labor colectiva e institucionalizada⁸⁶.

83 Ver: *Comentarios*, Cap. I.

84 Un resumen muy claro del desembarco y el viaje a Asunción lo ofrece Morison, *The European...*, p. 571.

85 Bishop, pp. 205-221.

86 Morison, *The European...*, p. 575. Ver, además, la *Vera historia admirandae civisdam navigationis, quam Huldericus Schmidel, Straubingensis, ab anno 1534 usque ad annum 1554...*; obra cuya edición latina se publicó en 1599 y que conocemos con el título de *Derrotero y viaje al Río de la Plata y*

Seducido, como tantos otros, por las promesas que le hacían las leyendas sobre tesoros fabulosos, Núñez organizó una expedición bastante bien dotada para descubrir aquellos sitios de riquezas incalculables. Pero, en el curso de esa aventura, los sacrificios que imponía un viaje por selvas densas motivaron resentimientos y enfermedades ante los que Núñez finalmente optó por regresar a Asunción. Allí, disminuido por fiebres prolongadas, Cabeza de Vaca comenzaría a perder el control de su gobierno recién adquirido. Su enfermedad produjo el vacío de autoridad que sus enemigos necesitaban y que aprovecharían, sobre todo Martínez de Irala y sus partidarios, para desatar una rebelión contra el equívoco liderazgo de Cabeza de Vaca. Aunque no pocos combatieron la iniciativa de los rebeldes, el 25 de abril de 1544 el Gobernador quedaría prisionero de los que habían tomado el poder. Acaso para calmar las protestas que ese amotinamiento produjo entre indios y subalternos de Cabeza de Vaca, Martínez de Irala decidió enviar al Adelantado a España en una carabela que entonces retornaba a la Península. Haciendo constar que se le imputaban acusaciones diversas, Cabeza de Vaca fue retenido como prisionero en compañía de su primo Pedro Estopiñán y de Juan de Salazar, así como de su escribano Pero Hernández. A todos se les impusieron grillos y se los confinó a un recinto relativamente pequeño y oscuro de la embarcación. Pero, al parecer, su encarcelamiento a bordo fue breve.

El tedio y los fracasos de los últimos años

Aparte de lo ingratas que podían ser aquellas restricciones, el regreso a España añadiría otra incidencia paradójica a la trayectoria fatalizada de Alvar Núñez. Enrique de Gandía nos relata que, durante la travesía, la carabela en que viajaba Cabeza de Vaca tuvo que afrontar una tormenta muy severa frente a las costas de Brasil; al parecer, algunos de los oficiales a bordo, entre ellos Alonso Cabrera y García Venegas, interpretaron el mal tiempo como represalia divina ante las injusticias cometidas contra Núñez, quien, a pesar de todo, era el legítimo representante de la Corona⁸⁷. Nos dice

Paraguay. Ed. bilingüe de R. Quevedo (Asunción: Biblioteca Paraguaya, 1983), pp. 99-116; consúltese, además, la relación de Ruy Díaz de Guzmán, conocida como *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*. Ed. de E. de Gandía (Buenos Aires: Librería Huemul, 1974). El texto original de esta relación se desconoce; esta edición se basa en copias del siglo XVIII, que a su vez se tomaron del llamado *Códice de Asunción*. La relación de Díaz de Guzmán se inicia en 1540.

87 De Gandía, «Aventuras...», p. 120. En la página 124 de ese estudio, el historiador argentino cita un documento hasta entonces desconocido. Se trata del *Testimonio de entrega de los bienes secuestrados del gobernador Cabeza de Vaca para enviarlos a la [Casa de] Contratación*, redactado en Asunción el 4 de marzo de 1545. En ese texto se describen sus últimas posesiones: «un par de guantes blancos, una xeringa de metal, un testamento del dicho gouernador, un libro de memoria [acaso notas para los *Comentarios*], un quaderno de genealogía de los vera y un libro de mano

De Gandía que el Adelantado y sus compañeros fueron puestos en libertad y que se negaron allí las acusaciones hechas contra él. Gracias a esa afortunada inconveniencia, Núñez fue puesto en libertad y de inmediato la tormenta comenzó a disiparse. Por placenteros que parezcan esos acontecimientos —sospecho que influidos por la leyenda— veremos que los infortunios de Cabeza de Vaca reaparecen al éste tomar tierra en España hacia el 15 de agosto de 1545. Como era de esperar, en Castilla no se reconocerían las reivindicaciones hechas a bordo. Sin mayores aplazamientos, Núñez tuvo que comparecer en enero de 1546 ante el siempre impredecible Consejo de Indias para escuchar las numerosas acusaciones que contra él hacían los que habían usurpado su mandato. Lo acusaban, entre otras cosas, de robos en Canarias y en las islas de Cabo Verde cuando iba en ruta a Suramérica. Las acusaciones indicaban que Núñez no había permitido que su tripulación comerciara con los indios, y que había abandonado a trece de sus hombres cuando iban camino de Asunción. Los documentos que manejaba el fiscal Villalobos también describían una larga sucesión de abusos que supuestamente Núñez había cometido contra españoles e indígenas. Peor aún, se le acusaba de haber sustituido los símbolos de la Corona con su propio escudo de armas y de no permitir que otros oficiales de su séquito se comunicaran con las autoridades peninsulares⁸⁸. Como para acentuar las dificultades que ahora afrontaba Cabeza de Vaca, su situación económica se hizo difícil debido a las deudas que había contraído para equipar su expedición. Un compatriota suyo, que le conoció en Asunción, había declarado que el Gobernador «no tenía un real de valor en esos reinos». El mismo Cabeza de Vaca confesaría en febrero de 1546 que «estaba pobre y perdido y desgastado, él y sus deudos⁸⁹».

Aproximadamente a principios de 1546 se inician los pleitos contra Núñez, y para cerrarle el cerco aún más no se le permitirá recurrir a testigos que entonces residían en España⁹⁰. Esa restricción ya insinuaba la predisposición contra él de los tribunales que habrían de juzgarle. También sabemos que hacia 1545 Cabeza de Vaca había visitado Sevilla y Jerez, y que ese mismo año había presentado ante el Consejo de Indias documentos con los que pretendía rebatir múltiples alegatos de sus enemigos. Marcelo Villalobos fue el fiscal que asumió la responsabilidad directriz de la causa en contra

de la relación de la florida» (sic). El inventario que reproduce de Gandía es incompleto. Advértase que ese «libro de mano» bien pudo ser una nueva redacción de los *Naufragios* que ya se había publicado (sin su supervisión) en Zamora en 1542. El subrayado es mío. Para otros datos, ver: Bishop, pp. 252, 275.

88 El 7 de diciembre de 1545 Cabeza de Vaca presentó ante el Consejo de Indias las réplicas que creyó necesarias para desvirtuar las acusaciones que contra él hacían Irala y otros. En esos documentos suyos es mayor el énfasis en las calamidades que él sufrió que en las refutaciones fácticas. Ver: Bishop, pp. 275 y sigtes.

89 De Gandía, «Aventura...», p. 121.

90 Aunque la mayor parte de los investigadores responsables reconocen las injusticias cometidas contra Núñez, otros, como Serrano y Sanz, y sus seguidores, han repetido las mismas y a veces contradictorias acusaciones contra Cabeza de Vaca. Ver: Bishop, pp. 270 y sigtes.

de Núñez. Su nombramiento pareció ser, en aquellos momentos, una casualidad afortunada, ya que Villalobos, como Núñez, también era jerezano⁹¹. A la postre, será ese mismo fiscal el que exigiría a Cabeza de Vaca cuantiosas indemnizaciones, permitiendo, de ese modo, que los acusadores aparecieran como los perjudicados. Además, el mismo fiscal pedía una multa de 100.000 ducados que Núñez debía pagar a la Corona. Ante esas y otras imputaciones el Consejo dictó, en marzo de 1546, el arresto y encarcelamiento de Cabeza de Vaca en Madrid⁹². Muy poco tiempo después, en abril de ese mismo año, se le concedió libertad condicional para que pudiera alojarse en una pensión madrileña. De manera algo más generosa, el Consejo le otorgaba a Núñez tres años para preparar la defensa que dirigiría su abogado Alonso de San Juan⁹³. Esas defensas y litigios duraron más de cinco años.

Fernández de Oviedo —quien hacia 1547 encontró a Núñez en Madrid, quizá en Sevilla o Valladolid— nos dice que le vio «pobre y fatigado»⁹⁴. Es casi seguro que Oviedo lo entrevistó entonces para obtener otras noticias que necesitaba para su inconclusa *Historia general...*⁹⁵. Pero, entre tanto, el proceso de acusaciones y demandas al que se enfrentaba Núñez era cada vez más extenso y complicado⁹⁶. Todavía en 1547 seguían acumulándose los documentos necesarios para llegar a un veredicto definitivo. Sin embargo, el cotejo de los documentos parece sugerir una progresiva indisposición de los tribunales en contra de Cabeza de Vaca⁹⁷. Como incremento inesperado de sus desventuras, Martínez de Irala había logrado destacarse en el Paraguay al establecer nuevas rutas que iniciaban una precaria comunicación terrestre entre Paraguay y Perú⁹⁸. Con todo, todavía era posible alegar que Irala

91 *Ibid.*, pp. 275-276. Las acusaciones en contra de Núñez fueron reconocidas el 20 de enero de 1546. Ver: José Torres Revello, «Papeles viejos del Archivo de Indias», *Revista del Ateneo de Jerez*, VIII (1931), pp. 147-148. Cabeza de Vaca refutó las inculpaciones en feb. 20-21 de 1546. Esos y otros documentos relacionados con la causa se encuentran en el Archivo de Indias, en la Serie Justicia 1.131. *Ibid.*, p. 277.

92 Bishop, pp. 277, 287-289.

93 *Ibid.*, p. 279.

94 *Historia*, II, p. 190. Además, Oviedo nos dice que «le trujeron preso a la Corte, donde fatigado e pobre sigue su justicia contra émulos y es mucha lástima oírle e saber lo que en Indias ha padecido», II, p. 371. Esas mismas evocaciones calamitosas las reproduce el escribano de Alvar Núñez, Pedro Hernández, quien dice en sus *Comentarios*: «Y después de le haber tenido preso y detenido en la Corte ocho años, le dieron por libre y quitó; y por algunas causas que le movieron le quitaron la gobernacion [...] sin haberle dado recompensa de lo mucho que gasto en el servicio que hizo en la ir a socorrer y descubrir» (sic) (cap. LXXXIV).

95 Oviedo fue amigo personal de Narváez, pero más de una vez reprochó los desatinos de este último. *Ibid.*, pp. 285, 287.

96 Nos dice Bishop, al reconstruir el amplio contencioso a que se había enfrentado Núñez: «Entre tanto el proceso legal se ampliaba cada vez más. Las querellas en contra y a favor de Cabeza de Vaca pasaron a ser cuatro causas diferentes», p. 280. La traducción es mía.

97 La tenaz mala suerte de Cabeza de Vaca se confirma una vez más por esa época. Un extremeño rico, Juan de Sanabria, propuso una solución al contencioso que Irala y Núñez quizá hubiesen visto con agrado. Pero Sanabria falleció poco antes de que pudiera llevarse a cabo la gestión propuesta. Bishop, p. 282.

98 *Ibid.*, p. 283.

tampoco había descubierto riquezas que pudieran reivindicarle totalmente ante la Corona. Finalmente, en Valladolid, el 18 de marzo de 1551, el Consejo de Indias anunció su veredicto definitivo. Se le suspendían a Cabeza de Vaca perpetuamente los importantes títulos otorgados en 1540. También se le prohibía regresar a las Indias bajo pena de muerte, y se le condenaba al exilio y trabajos forzados en África (Argelia). Además, se reconocían derechos, de supuestos perjudicados, a personas radicadas en Asunción, quienes ahora podían exigirle a Núñez fuertes compensaciones monetarias. Cabeza de Vaca apeló en seguida esa decisión, y penosamente solicitó al Consejo que no se restringiera su libertad; al hacerlo alegaba que apenas disponía de recursos para afrontar sus necesidades más elementales⁹⁹.

Veremos que esa lastimosa petición no alteró, en sus aspectos fundamentales, la decisión del Consejo¹⁰⁰, aunque sí le perdonaría el temido exilio argelino. Desgraciadamente, también seguía vigente la imposibilidad de un retorno al Nuevo Mundo que él tal vez hubiese deseado. Al revisar la secuencia de esos hechos nunca deja de sorprendernos la tenacidad de Alvar Núñez, aun en medio de aquellas recurrentes vicisitudes. Comprobaremos que, a petición suya, el 25 de noviembre de 1551 el Consejo decide emprender una nueva revisión de la causa que se había seguido contra él. Mas, a pesar de ello, en esta ocasión, como en la anterior, se le imponían duras restricciones, ya que ni él ni los que le representaban podían tener acceso a los documentos que habían servido como base del proceso y que contenían el registro de todas las acusaciones y alegatos. En medio de aquellas y otras desgracias, Núñez —tal vez siguiendo los consejos de Fernández de Oviedo— decide sacar en edición conjunta su *Relación* y los *Comentarios*, que como sabemos se publicaron en Valladolid en 1555. Ante tantas desventuras podemos asumir que Cabeza de Vaca dedicó buena parte de sus últimas energías a la elaboración de sus manuscritos, y quizá a lecturas sobre el Nuevo Mundo que complementaban las exigencias de esas labores; lecturas que sin duda podía obtener en Valladolid, donde pasó sus últimos años. En esa época, Cabeza de Vaca debió sentirse atrapado en una red enigmática de acontecimientos y manipulaciones que siempre parecían concluir en la zozobra. Por primera vez, en esos años de desolada y menesterosa vejez, su salud se quebrantó. El 15 de septiembre de 1556 el Rey le dotaba de una reducida pensión que ascendía a 12.000 maravedíes; dinero que Núñez había solicitado para aliviar su pobreza y para alcanzar alguna atención médica. Enrique de Gandía y otros investigadores suponen, con buenas razones, que Alvar Núñez murió en Valladolid entre 1556 y 1559 como consecuencia de la enfermedad a que se alude en la cédula de 15 de septiembre de

99 En su valiosa *Relation...*, Buckingham Smith también reproduce, traducidos, documentos, peticiones y alegatos extraídos del *Archivo de Indias*, así como de otras fuentes que, a su vez, resumen las desafortunadas gestiones de Núñez ante el *Consejo de Indias*, pp. 231 y sigtes.

100 Sus peticiones fueron refutadas por el *Consejo* el 23 de agosto y el 15 de mayo de 1551. *Archivo de Indias*, Justicia, Serie 1.131; y Smith, *ibid.*, p. 232. Sabemos que Núñez continuó el proceso intermitente de litigios por lo menos hasta agosto de 1552.

1556¹⁰¹. Es prudente compartir esa opinión, sobre todo si examinamos un documento mal conocido y que muy pocos han tomado en cuenta. Me refiero a la *Verdadera relación de lo que sucedió al gobernador Jaime Rasquiza*, de Alonso Gómez de Santaya, escrita con posterioridad al año de 1560, en la que se nos dice, terminantemente, que Cabeza de Vaca «murió en Valladolid harto pobre cauallero»¹⁰². Entre las tantas noticias ficcionalizadas que aún siguen propagándose, se ha repetido que Núñez obtuvo, al final de su vida, cargos importantes y que murió rodeado de honores y reconocimientos. Por ingrato que sea reconocerlo, lo contrario es la verdad. Lo que sí parece verificable es que Cabeza de Vaca, como Bernal Díaz del Castillo, el Inca Garcilaso y otros personajes célebres de su tiempo, terminó por ver sus escritos como la única posibilidad de genuina reivindicación personal e histórica. Pero lo que él no podía prever es que su breve *Relación* figuraría de manera prominente entre las narraciones que nos relatan el descubrimiento del Nuevo Mundo¹⁰³.

101 De Gandía, «Aventura...», p. 122.

102 *Ibid.*, pp. 123-124. En una Cédula Real del 8 de abril de 1573, ubicada por de Gandía (p. 23), consta que se autorizó a Pedro Hernández «para bolver a Nueva España... y llevar un hijo suyo mestizo sin dar informacion» (sic).

103 No me parece acertado calificar de «enorme» el éxito que tuvo la *Relación* de Cabeza de Vaca, según afirma el señor Roberto Ferrando en su reciente edición de los *Naufragios*, p. 14. Lo que hoy sabemos sobre el mercado del libro en España en el siglo XVI parece desvirtuar esa posibilidad. Libros impresos, sobre América, por lo general contaban con la aceptación de pequeñas minorías ilustradas o de partes interesadas en aspectos particularizados del texto. Sin embargo, con el paso de los siglos la narración de Núñez logró una considerable difusión internacional. Sobre la hechura y mercado de libros en el siglo XVI véase la famosa obra de Konrad Haebler, *The Early Printers of Spain and Portugal* (Londres: Bibliographical Society at the Chiswick Press, 1896-1897); Antonello Gerbi, pp. 265-306; 445-464. La espesa documentación sobre la historiografía novomundista del siglo XVI, que reunió Gerbi, se elabora principalmente en torno a la obra de Fernández de Oviedo. En este contexto véase también el importante libro de Clive Griffin, *The Crombergers of Seville: The History of a Printing and Merchant Dynasty* (Oxford: Oxford University Press, 1988).

I. (c)

TRAYECTORIA DE CABEZA DE VACA

DEBO ACLARAR EN SEGUIDA que los datos y mapa que se ofrecen en este apartado sólo representan una aproximación ilustrativa de la ruta que pudo haber seguido la expedición de Narváez, y que luego ampliaron Alvar Núñez y sus tres acompañantes. Si nos basamos en la información disponible, no creo que pueda llegarse a más. Para no reincidir en los excesos y las interminables controversias provocadas por minucias geográficas, mi descripción sólo hace referencia a sitios y hechos que la mayoría de los investigadores aceptan hoy como los hitos más sobresalientes que exhiben los *Naufragios*. Los datos que he reunido sobre el derrotero de Cabeza de Vaca derivan de mi lectura del texto, y también de un cotejo de los estudios que sobre la ruta de Núñez nos legaron principalmente Carl O. Sauer y Cleve Hallenbeck. Por razones de peso, tengo mayor confianza en las conclusiones de estos dos investigadores¹⁰⁴. Sauer no sólo es un historiador reconocido, sino que además exploró amplias regiones del sur de Texas, Nuevo México, Arizona y varias de las zonas del norte de México que Núñez debió cruzar. Por su parte, el señor Hallenbeck, si bien no contaba con una amplia formación histórica¹⁰⁵, sí poseía conocimientos muy precisos sobre geografía y climas de todo el sureste de Estados Unidos y América Central¹⁰⁶.

104 Del primero interesan *The Road...*, n.º 68, y *Sixteenth Century North America* (Berkeley: University of California Press, 1932); del segundo, el ya citado estudio: *Alvar Núñez...*, y n.º 66. En todo lo que se relaciona directamente con la ruta de Núñez son de especial interés los estudios de Hubert H. Bancroft, *History of Mexico*; y su *History of the North Mexican States and Texas* (1884), Vol. XV de la serie arriba citada; Adolphe F. Bandelier, *Contributions to the History of the Southwest Portion of the United States* (Cambridge, Mass: J. Wilson & Son, 1890); Frederick W. Hodge, *Spanish Explorers...* Por los datos que aporta también interesa la traducción de los *Naufragios* que hizo Fanny Bandelier. (Remito al lector a la codificación inicial de abreviaturas.)

105 Sus precisiones geográficas y sobre flora y fauna son a veces de sorprendente minuciosidad. *Ibid.*, 14, 16, 20, 45. En algunos casos cuantifica en galones la corriente de ríos menores (p. 169).

106 La exactitud de las investigaciones de Hallenbeck se basa en encuestas detalladas del U.S. Geological Survey, y en datos obtenidos por el Instituto Geológico de México, así como

Su labor, como funcionario de las dependencias federales que estudiaban la topografía y el clima de esas vastas regiones, le autoriza para hacer fijaciones bastante precisas sobre datos que se registran en los *Naufragios*. Es evidente que Hallenbeck también consultó un amplio cúmulo informativo que le proporcionaron técnicos en meteorología, hidrología, botánica y etnología americana; y a esos datos agregó las descripciones cartográficas que poseía el Observatorio Naval de los EE.UU.¹⁰⁷. Hay que añadir que tanto Sauer como Hallenbeck leían el castellano y que consultaron un buen número de relaciones escritas de los siglos XVI y XVII, algunas de las cuales aportaban datos complementarios sobre la ruta y las experiencias de Cabeza de Vaca¹⁰⁸. Por mi parte, al reunir estos datos también he examinado los trabajos que sobre las andanzas de Núñez prepararon J. N. Baskett, B. Coopwood, Herbert Davenport y A. Krieger, entre otros¹⁰⁹.

en el análisis de mapas en relieve del sureste de Estados Unidos, México y América Central. Hallenbeck recorrió casi todas las áreas descritas por Núñez, hoy comprendidas entre Galveston y Culiacán. *Ibid.*, 9-114; 132, 220-241. Al mismo tiempo sorprende que Hallenbeck no hubiese examinado la edición de 1542 de los *Naufragios*, sobre la que tenía noticias deficientes. *Ibid.*, p. 24.

107 *Ibid.*, p. 10.

108 Ambos consultaron —entre otros textos— la transcripción hecha por Fernández de Oviedo de la relación que recibió la Audiencia de Santo Domingo, los mapas que derivaron de las exploraciones hechas por Pineda en el golfo de México, la *Relación* de Diego Pérez de Luján sobre la expedición de Antonio de Espejo (1582-1583), así como la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron los españoles desde fines del siglo XV* de Martín Fernández de Navarrete, Vol. III (Buenos Aires: Editorial Guaranía, 1945). Leyeron también, y con especial cuidado, las *Relaciones* de Castañeda y Jaramillo que tradujo G.P. Winship para el *Bureau of American Ethnology* (XIV Annual Report, Washington, 1896).

109 Brownie Ponton y Bates H. McFarland, «Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A Preliminary Report on His Wanderings in Texas», *Quarterly of the Texas State Historical Association*, I (Jan., 1898), 166-186; O. W. Williams, «Route of Cabeza de Vaca in Texas», *ibid.*, III (July, 1899), 54-64; Bethel Coopwood, «The Route of Cabeza de Vaca», *ibid.* (Oct., 1899), 108-140, (Jan., 1900), 177-208, (Apr., 1900), 229-264, IV (July, 1900), 1-32; James Newton Baskett, «A Study of the Route of Cabeza de Vaca», *ibid.*, X (Jan., 1907), 246-279, (Apr., 1907), 308-340; Herbert Davenport y Joseph K. Wells, «The First Europeans in Texas, 1528-1536», *Southwestern Historical Quarterly* (SHQ), XXII (Oct., 1918), 111-142, (Jan., 1919), 205-259; ver, además, el valioso estudio de Donald E. Chipman, «In Search of Cabeza de Vaca's Route Across Texas: An Historical Survey», *Southwestern Historical Quarterly* 91 (Oct., 1987), 127-148. En este trabajo se recopila y comenta toda la bibliografía relacionada con la supuesta ruta de Cabeza de Vaca. Ver, además, Carl O. Sauer, «The Discovery of New Mexico Reconsidered», *New Mexico Historical Review*, XII (1937), pp. 270-287; Alex Krieger, «The Travels of Alvar Núñez Cabeza de Vaca in Texas and Mexico, 1534-1536», en *Homenaje a Pablo Martínez del Río: los orígenes americanos* (México: Instituto Nacional de Antropología, 1961), pp. 459-474. El examen de estas investigaciones nos permitirá comprobar que, en lo que se refiere a la posible ruta de Cabeza de Vaca, son casi tantas las discrepancias como los acuerdos. Lo que acabo de señalar también se documenta minuciosamente en la obra de Woodbury Lowery, *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States* (New York-Londres: G.P. Putnam & Sons, 1901), pp. 172-211; 453-456.

Impedimentos inherentes a una pesquisa de esta índole

Debo señalar, de entrada, que la mayoría de los investigadores de esa ya legendaria trayectoria son norteamericanos que se han apoyado principalmente en traducciones de los *Naufragios* que hicieron Buckingham Smith (1871) y Fanny Bandelier (1905). Smith residió en España y trabajó con numerosos documentos del siglo XVI. Sin embargo, sus traducciones de muchos pasajes del texto de Cabeza de Vaca son defectuosas, sobre todo en lo que se refiere a cronología, flora y fauna¹¹⁰. Pero aun contando con esas limitaciones, la suya es superior a la traducción de la señora Bandelier. Esta última es, en muchos sectores, una paráfrasis de los *Naufragios* que ciertamente hoy nos parece más amena, pero que se obliga a la omisión de detalles significativos¹¹¹. A esas deficiencias textuales, no desdeñables, habría que añadir otras que derivan de lecturas en las que se parte de una apreciación exageradamente literal de los *Naufragios*. Es imprescindible reconocer, de antemano, que el texto no es un diario de viaje, sino una reconstrucción narrativa hecha en varias etapas que gradualmente se alejaban de los hechos. Guiados por pistas y alusiones sugestivas que el texto contiene, muchos han querido ver los *Naufragios* como la descripción progresiva y detallada de una ruta. Según lo he apuntado en otros sectores de este estudio introductorio (ver: II, d), el texto es una reconstrucción, amplificada sucesivamente y en circunstancias por cierto muy desiguales. Más aún: no puede olvidarse que el texto de Núñez también incorpora datos yuxtapuestos, interpolaciones y la exaltación deliberada de sucesos que se avienen a sus propósitos e intereses de orden político y administrativo¹¹². Las características del texto y su configuración retórica —tal y como se aprecia en las ediciones de 1542 y 1555— también nos indican, desde ángulos diferentes, que las referencias contenidas en los *Naufragios* no pueden reducirse totalmente a la facticidad del texto. En lo que se refiere a las proyecciones internas de la narración, he tratado de elucidarlas en el apartado II, a.

En otros sectores de esta Introducción he recalado que buena parte de lo que Cabeza de Vaca narra son traducciones de experiencias que él cono-

110 Algunas de esas deficiencias las comenta Hallenbeck, p. 61, n.º 86; 229, n.º 4. La señora Bandelier utilizó la edición de 1542 como base de su traducción; texto ese que contiene notables imperfecciones, sobre todo en lo que se refiere a topónimos y organización sintáctica. Es justo destacar que ambos, Smith y Bandelier, tuvieron a su alcance fuentes informativas muy inferiores a las que poseemos hoy.

111 En la traducción de sucesos narrados en el Cap. X se observa la mayor precisión de Smith; fallas de ambos las comenta Hallenbeck, p. 49, n.º 55-57. Así, leemos en los *Naufragios*: «porque cada día adolescían, que fue cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y el trabajo en que estábamos.» (Cap. VIII). La señora Bandelier (p. 25) traduce ese pasaje en estos términos: «our sufferings were afflicting». Esas condensaciones extremas son frecuentes en la traducción. En la página XIII dice la traductora que ambas ediciones Z (1542) y V (1555) fueron publicadas por Francisco Fernández de Córdoba en Valladolid. Lo cual es erróneo.

112 Ver mi estudio: «Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios*», *Revista Iberoamericana*, n.º 140 (julio-sept.) (1987), pp. 517-539.

ció en las lenguas de tribus primitivas con las que había convivido. Si más de una vez subrayo esa vertiente de traducción implícita que contiene su texto es para que comprendamos, con mayor claridad, el margen de ambigüedades y la inevitable dispersión de significados que resulta de una reconstrucción narrativa que a veces se arraiga en experiencias lingüísticas tan diversas y contradictorias¹¹³. De todo ello resultarán vacíos informativos, silencios y otras desavenencias interiores que no pueden pasarse por alto al valorar el contenido informativo de la narración¹¹⁴. Hechas estas salvedades de carácter general, me interesa destacar ahora algunos de esos equívocos que aparecen en los *Naufraios*. Son datos que nos servirán para ilustrar cuán aventuradas pueden ser las notaciones que pretenden fijar la ruta de Núñez. En lo que se refiere a la cronología del itinerario, creo que es factible determinarla, con alguna precisión, desde la partida (Sanlúcar de Barrameda) hasta que la expedición llega a la desembocadura del río Misisipí. Pero veremos que ni siquiera esas primeras etapas están exentas de contradicciones. Adelantando algunos datos que en breve comentaré, veremos, por ejemplo, que en las distintas versiones del itinerario de Cabeza de Vaca no siempre se da una misma fecha para la partida¹¹⁵. Tampoco sabemos exactamente cuánto tiempo se invirtió en la travesía, ni el número exacto de días que pasó la tripulación de Narváez en La Española¹¹⁶. Sabemos que pasan a Cuba hacia fines de septiembre de 1527, y que allí permanecerán durante el otoño y el invierno (ver: I, b). Finalmente desembarcan en la Florida el 14 de abril de 1528. A partir de ese momento, hasta que la expedición finalmente sucumbe en las costas de Texas, nos es factible precisar fechas que muchas veces las constató el mismo Alvar Núñez y que, con algunas variaciones, he indicado en notas al texto.

Observaremos que, a partir de los naufragios que sufre la expedición en el golfo de México, se hace cada vez más difícil precisar fechas. El pasaje que cito ahora caracteriza aquellas circunstancias así como el borroso margen de información que de esas páginas puede extraerse:

El norte que venía de la tierra comenzó a crecer tanto que nos metió en la mar sin que nosotros pudiésemos hazer otra cosa; y a media legua que fuymos metidos en ella fondamos y hallamos que con treynta braças no podíamos tomar hondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar, y assí nauegamos dos días, todavía trabajando por tomar tierra, y al cabo dellos, vn poco antes que el sol saliesse, vimos muchos humeros por la costa y trabajando por llegar allá nos hallamos en tres braças de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como

113 Esos rasgos y otros aspectos problemáticos de la narración los considero en mi estudio: «Los *Naufraios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: notas sobre la relevancia antropológica del texto», *Revista de Indias*, XLVII, n.º 181 (1987), pp. 755-776.

114 Véase el agudo estudio de Silvia Molloy, «Alteridad y reconocimientos en los *Naufraios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», de publicación inminente en la *N.R.F.H.*

115 El texto original de *R* que conserva el A.I. da como fecha de partida el 7 de junio y no el 17, como lo indican *Z* y *V*.

116 *Ibid.*, reza: cuarenta días; *Z* y *V*, cuarenta y cinco.

uíamos visto tantos humeros, creyamos que se nos podía rescrecer, algún peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que auíamos de hazer (Cap. X).

Utilizando todas las precisiones científicas a su alcance, Hallenbeck calcula que les tomó —contando numerosas escalas en busca de agua y provisiones¹¹⁷— cerca de cuarenta y ocho días navegar desde Apalachicola (hoy en el noroeste de la Florida) hasta la desembocadura del río Misisipí. Pero el mismo Hallenbeck pone en duda las fechas que Núñez fija; paradójicamente, al expresar esas dudas, Hallenbeck lo hace basándose en suposiciones que, a la postre, sólo consiguen incrementar las nuestras¹¹⁸. En lo que se refiere a las fijaciones de la cronología, también corroboraremos que B. Smith suele traducir la expresión «otro día» (Cap. IX) como equivalente de «al día siguiente», pero la inspección del texto demuestra que esas notaciones, fijadas por Cabeza de Vaca, pueden ser ambiguas. Me parece obvio que con ellas también podía aludirse a «un día de aquellos»¹¹⁹. Para acentuar todavía más los obstáculos que presenta toda determinación cronológica, recordemos que Núñez omite un período aproximado de seis meses sobre el que poco o nada sabemos (Cap. XIX)¹²⁰. Además, en otras ocasiones sus referencias a fechas y períodos hacen aún más difícil la corroboración temporal del itinerario. Sin embargo, en algunos pasajes anota fechas precisas: «y allí estuuieron hasta el primero día del mes de abril» (Cap. XV); en otros momentos sus afirmaciones serán menos claras: «Fueron casi seys años el tiempo que yo estuue en esta tierra [áreas del golfo de México]...» (Cap. XVI). Aunque Hallenbeck recorrió, en las mismas épocas del año, la sospechada ruta de Cabeza de Vaca en Texas, no le fue posible determinar las localizaciones exactas que él había anticipado. Entre otras, esta observación de Hallenbeck que cito a continuación nos servirá para detectar ese margen de contradicciones fácticas que reaparecen en los *Naufraios*. Refiriéndose a la estancia de Cabeza de Vaca y sus compañeros entre tribus que cazaban el bison americano, Hallenbeck nos dice: «Aquí Núñez se contradice: primero dirá que el regreso de las mujeres tardó cinco días, pero luego añadirá que

117 He recorrido una buena porción de esa parte de la ruta, y dadas las escalas que tenían que hacer me parece conservador el cálculo de Hallenbeck. (E. P-W.).

118 Véanse las precisiones que hace Hallenbeck en torno a la posible cronología que Núñez insinúa, p. 151 y sigtes.

119 No se percibe con suficiente claridad por qué Smith le atribuye el significado de una clara notación cronológica a esta descripción: «Pasados a la otra parte salieron a nosotros dozientos indios, poco más o menos...» (Cap. V). Mis indicaciones parciales sobre la cronología de la expedición difieren en varios casos de las de Smith.

120 También se verá que, en el importante Cap. XXVI, donde Núñez describe las comunidades indígenas que conoció, no se nos aclara el tiempo que pasó con algunas de esas tribus. Refiriéndose a sus estadias en esas comunidades dirá, simplemente: «En el tiempo que assí estaua... vi vna diablura...» Tampoco sabemos, en el contexto de esas descripciones, si se trata exclusivamente de una recapitulación, o de datos que aluden al entorno en que se encontraba entonces. Ver: Hallenbeck, p. 167, n.º 236.

sólo esperaron tres días. No hay otros datos en la narración que nos indiquen cuál de esas anotaciones es la correcta»¹²¹.

Otro tanto podría decirse sobre la etapa de grandes vicisitudes, aproximadamente entre 1529 y 1534, en la que Núñez se hace mercader entre las tribus (carancaguas, chorrucos, han, etc.) que habitaban las zonas costeras ubicadas en torno al área que hoy ocupan Galveston y las comunidades adyacentes. No sabemos, a punto fijo, las extensiones que recorrió y las tribus con las que comerció. Unos afirman que llegó hasta territorios que hoy abarcan el Estado de Oklahoma, y no faltan los que sostienen que su actividad mercantil se limitó a las comunidades que habitaban las costas de Texas, siempre en un radio aproximado de setenta km, y tomando a Galveston como punto central de referencia¹²². Es probable que estos últimos tengan razón, pero no hay manera de verificarlo. Inclusive, tan problemático sería precisar el desplazamiento inicial de Cabeza de Vaca cuando se decide a buscar el camino que le llevará a Nueva España. Al referirse a esa primera trayectoria costera, Núñez dice cruzar cuatro ríos y un ancón (Cap. XVI), pero Hallenbeck indica con información, que me parece irrefutable, que hay once desembocaduras o esteros en ese trayecto de la costa al que alude Cabeza de Vaca¹²³.

Parte de las dificultades con que tropiezan investigaciones de esta naturaleza radican en la disparidad informativa (ver: I, e) que existe entre la relación que reprodujo Oviedo y la que luego publicaría Alvar Núñez en 1542. Así, por ejemplo, las descripciones de sistemas montañosos al suroeste del río Pecos, que se registran en el texto que manejó Oviedo, no son las mismas que aparecen en los *Naufragios*¹²⁴. Por otra parte, la relación que obtuvo el cronista estima que Núñez pasó días con los indios avavares, pero en los *Naufragios* se indica más de una vez que fueron meses¹²⁵. Igualmente imprecisa puede ser la localización de los cuatro supervivientes en torno a

121 La traducción es mía. Se verá que en muchos casos las deducciones de Hallenbeck y del mismo Sauer derivan de un margen, no siempre amplio, de probabilidades. *Ibid.*, pp. 201-202. Es sorprendente, que, en la n.º 227, Hallenbeck cita un manuscrito anónimo como base de algunas conclusiones suyas.

122 Núñez pasó seis años (Cap. XVI), aproximadamente, en áreas adyacentes a la cuenca del río Trinity, en el este de Texas. Si, como algunos suponen, penetró hasta regiones que hoy corresponden al Estado de Oklahoma, su contacto con las comunidades indígenas de los cados hubiese sido casi inevitable. En ese caso, es lógico suponer que Núñez habría mencionado la obvia superioridad cultural y económica de los cados. El Estado de Oklahoma está inmediatamente al norte de Texas.

123 Hallenbeck, p. 132, n.º 200.

124 Esas notables disparidades informativas entre *O* y *V* son desconcertantes y ponen en duda las apreciaciones de unos y otros sobre la geografía de esas regiones. El alcance de esas contradicciones las comenta Hallenbeck, p. 176. Véase, además, que Cabeza de Vaca menciona las rancherías, posiblemente de jumanos, sumas o pimas, pero *O* las omite del todo (Cap. XXX). En el capítulo XXII es donde ocurre el ya famoso episodio de Mala Cosa que, al parecer, no figuró en la *Relación* que alcanzó Fernández de Oviedo. El cronista, dados sus hábitos, no se hubiese inhibido de comentarlo.

125 Núñez dice: «Nosotros estuimos con aquellos indios auavares ocho meses...» (Cap. XXII). Esas y otras variantes aparecen en las notas al texto.

los valles ribereños en los que numerosas tribus y clanes recogían nueces (*pecan nut*) y el fruto maduro de la tuna; frutas éstas de las que se conocen por lo menos catorce variedades en Texas y que abundan en un radio superior a setenta km al sur del área hoy ocupada por la ciudad de San Antonio. Pero, si tomamos esas alusiones a la flora como punto de referencia, debe aclararse que concentraciones muy espesas de ese cacto también podían encontrarse en una región que abarca cuatro extensos condados de Texas que son: Bexar, Atascosa, Wilson y Karne. Todavía más esparcidas estaban las arboledas de nueces que crecían entonces en los valles próximos a los ríos Colorado, Guadalupe, San Antonio, Concho y algunos de sus afluentes¹²⁶. Añadiré que si insisto en localizar las concentraciones de tunas es porque ellas puntualizan el área en que Núñez se reúne con Dorantes, Castillo y Estevanico. Son esos valles los que les sirven como punto de partida en la definitiva peregrinación que ellos emprenderían hacia Nueva España.

A esas imprecisiones, que ya he señalado, habría que añadir otras que sólo reconoceríamos al hacer una lectura minuciosa del texto. El conocido historiador norteamericano Hubert Bancroft¹²⁷ destacó, con razón, que algunos sectores del texto de Cabeza de Vaca son sutiles interpolaciones retrospectivas que se insertaron en la narración y que de hecho fragmentan el aparente flujo lineal de lo descrito. Coincido con Bancroft y Hallenbeck en que muchas aseveraciones de Núñez se intercalan como caracterizaciones globales de sus aventuras y no como referencias específicas a un contexto dado. Esas matizaciones —bien está reiterarlo— son propias de redacciones posteriores a los hechos que se cifran tanto en el dato como en la evocación y reflexiones generales. El que sigue, evidentemente, es uno de esos comentarios generales que aluden a las andanzas de Núñez por el suroeste de Texas y el extremo norte de Nueva España: «Passamos por gran número y diuersidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos fauoresció, porque siempre nos entendieron y les entendimos. Y ansí preguntáuamos y respondían por señas como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya...» (Cap. XXXI). Si a esas fragmentaciones retrospectivas se añaden otras supuestas precisiones basadas en los hábitos de la fauna localizada en el suroeste de Norteamérica, comprenderemos los obstáculos con que tropieza todo el que quiera fijar la ruta seguida por Cabeza de Vaca. Sin abundar en otros aspectos, la transformación ecológica y las alteraciones demográficas que han sufrido esas regiones —bajo el impacto de la agricultura comer-

126 Bancroft, *History of the North...*, XV, p. 390. Hallenbeck, p. 138.

127 Bancroft, *ibid.*, p. 65. Hallenbeck, p. 192. Las recapitulaciones que corresponden a los capítulos XXVI-XXVII —ya comentadas—, así como la relación oral de Esquivel (Cap. XVIII), vienen a ser interpolaciones que alteran la secuencia cronológica de lo relatado. Recuérdese, además, que en ese mismo capítulo Núñez alude al tiempo en que madura la fruta de la tuna y en ese contexto dice: «nos dezían hasta que las tunas se ouiesen de comer auía cinco o seys meses; y en fin ouimos de esperar aquestos seys meses...» Aquí, como en todas las otras citas del texto, la cursiva es mía.

cial— desvirtúan hoy muchas de las referencias que el contexto físico podría ofrecernos sobre esas inmensas áreas del suroeste norteamericano¹²⁸.

La trayectoria: breve esquema de sus hitos principales

El 17 (o tal vez el 7) de junio de 1527 partió la expedición de Pánfilo de Narváez del puerto andaluz de Sanlúcar de Barrameda. Eran cinco embarcaciones que llegarían a La Española hacia fines de septiembre¹²⁹. En esa isla permanecieron aproximadamente 45 días, y de allí viajaron a Santiago de Cuba en busca de provisiones y tripulación adicional. Satisfechas algunas de esas necesidades, de Santiago las naves se desplazaron al puerto de Santa Cruz (provincia de Camagüey). Allí quedó Narváez al mando de cuatro embarcaciones¹³⁰, y las dos restantes, dirigidas por el capitán Pantoja y Alvar Núñez, navegan hasta detenerse en las costas cercanas a la villa de Trinidad. En esa misma área sufren el impacto de un huracán que ocasionó la muerte de sesenta personas, veinte caballos y la destrucción de dos navíos. El cinco de noviembre Narváez se reunirá con el resto de la tripulación que había sobrevivido. Allí invernarán protegidos por la bahía de Jagua, hoy a la entrada del puerto de Cienfuegos. Al amparo de esas costas permanecieron hasta el 20 de febrero de 1528. En ese medio tiempo, Narváez adquirió dos bergantines, uno que se añadió en seguida a la flotilla y otro que debía unírseles al pasar por La Habana; embarcación esta última que estaba capitaneada por Álvaro de la Cerda. Esa nave añadía a la expedición cuarenta tripulantes y doce caballos.

Desafortunadamente, al salir la flotilla encallarán en los bajos de Canarreos, donde permanecen, un tanto al paio, durante quince días. Asediados por tormentas se resguardan, durante tres días, cerca del cabo Corrientes; no sin contratiempos logran rebasar el cabo de San Antonio, en el extremo oeste de la isla, hasta que se ubican entonces a unas doce leguas de La Habana¹³¹. Impulsados un tanto por el mal tiempo, navegarán a Florida, península que divisan el martes doce de abril, y el catorce desembarcarán a la entrada de una gran bahía (Cap. II) que es hoy la de Tampa y que los españoles designaron como bahía de Santa Cruz.

Aproximadamente el veinte de abril, Narváez, al mando de unos tres-

128 Sobre las variaciones ecológicas motivadas por la conquista y colonización véase: Pedro Armillas, «La ecología del colonialismo en el Nuevo Mundo», *Revista de Indias*, XXXIII, n.º 171, (1983), pp. 295-300.

129 En condiciones normales, se invertían tres meses largos en la travesía. Ver: José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias* (Madrid: Alianza Editorial, 1983), pp. 78-88.

130 Narváez había comprado otra embarcación en La Española. (Cap. I).

131 La nave que debía unírseles en La Habana no se incorporará al resto de la expedición que iba asediada por el mal tiempo. En el Cap. IV leemos: «no sabía [el piloto Miruelo] en qué parte estábamos, ni adonde era el puerto, y fuele mandado al vergantín que si no lo hallasse, traesasse a la Hauana, y buscasse el nauío que Aluaro de la Cerda tenía, y tomados algunos bastimentos nos viniessen a buscar.»

cientos hombres, decide internarse en la península. Dejaba en las naves cerca de cien tripulantes capitaneados por uno de sus oficiales apellidado Caruallo (Cap. IV). Es en las proximidades de aquella región donde algunos indios —que debieron ser timucuas—, capturados allí por los españoles, hacen, por primera vez, referencia a la región de Apalache, que ellos situaban al norte de aquellas costas. Enfrentándose con las enormes dificultades que semejantes parajes les presentaban, el sábado primero de mayo las tropas avanzan hacia el norte, pero siempre paralelamente a la costa, hasta que hacia el 25 de junio llegan a una aldea de indios apalaches situada en un área próxima a donde hoy se encuentra la ciudad de Tallahassee, Florida; probablemente muy cerca de las riberas del lago Miccosukee. Cabeza de Vaca nos dice que: «Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaua ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado» (Cap. VI). Defraudados por la pobreza de aquellas tribus, los españoles se dirigen hacia la costa, en dirección suroeste; decisión que toman después de haber tenido no pocas refriegas con los indios y tras haber sufrido bajas de tropas y caballos. Una vez inspeccionado el entorno inmediato, acamparán cerca de un caserío que ellos llamaron Aute (Cap. VII); comunidad emplazada en las márgenes del río Apalachicola y muy cerca del vértice que hoy forma Saint Marks Bay. Es esa la bahía que los españoles nombraron «de los Cauillos»¹³². Al radicarse en esos parajes, el contingente de Narváez había andado cerca de 350 km por zonas en las que abundan ciénagas y una vegetación ponzoñosa.

Es en las proximidades de Aute donde los españoles, un tanto desesperados, deciden construir barcas que, bordeando la costa en dirección oeste, les permitirían llegar a Nueva España. Sólo que ellos ignoraban las enormes distancias que aún les separaban de las áreas colonizadas de Nueva España. Con todo, una vez listas las embarcaciones, el día 22 de septiembre de 1528 comenzaron a navegar, entre isletas y hondonadas, siempre en dirección oeste. Cada una de las barcas llevaba unas 40 personas. Después de haber navegado durante siete días, finalmente entran en mar abierto (Cap. X). Desde aquellas costas en adelante navegarán aproximadamente 38 días, sin contar los que invertían en conseguir agua y algunas provisiones¹³³ (Cap. IX). Una de las frecuentes tormentas que se precipitan sobre el golfo de México en esa época del año les obligará a escalas hasta de 6 días (Cap. IX). En una bahía muy ancha que los indios de aquellas regiones costeñas llamaban Mavila (probablemente la de Mobile, Alabama) encontrarían un contingente de indios, al parecer hospitalarios, sólo que de repente éstos atacaron a los españoles: «Y en este día nos vimos muchas veces anegados y tan perdidos que ninguno ouo que no tuuiesse por cierta la muerte» (Cap. IX).

132 Así nombrada porque cerca de allí se comieron los últimos caballos que había traído Narváez (Cap. IX).

133 Navegando con alguna proximidad a la costa podían divisar los numerosos esteros que hay entre Apalachicola y el área de Mobile. Según mi cómputo, son veintidós. Es muy probable que la descripción de esa amplia bahía se refiera a la de Pensacola, a la que debieron entrar bordeando la que hoy se denomina isla de Santa Rosa.

Un examen detenido del texto nos indicará que los datos que Núñez ofrece no permiten un cómputo exacto de los días que pasaron durante esas escalas en las costas del golfo que hoy ocupan los Estados de Florida, Alabama, Misisipí y Luisiana.

Las notables entradas que hace el río Misisipí en las aguas del golfo de México les calmó la sed (Cap. X). Pero, debilitados por el hambre y el mal tiempo, las embarcaciones de Núñez, Castillo y Dorantes naufragaron en las costas de Texas; la barca de Núñez terminó encallada en una isla que se encuentra a la entrada de la bahía de Galveston, entonces habitada por indios carancaguas, quienes estaban organizados en pequeños clanes¹³⁴. La isla a que me refiero se conoce hoy como *Galveston Island*, y fue denominada, por Núñez y sus compañeros, isla del Malhado. Los que hasta allí llegaron, a principios de noviembre (Cap. X), componían un grupo de unas noventa y ocho personas que en poco tiempo se vio reducido a quince. Es en aquellos momentos cuando la necesidad de sobrevivir hizo que se fragmentara, de una vez, el núcleo de tropas que Narváez llevó a Florida (Cap. X). En la isla, al parecer muy poco acogedora, y en sus proximidades, pasaría Alvar Núñez cerca de un año (Cap. XVI). Poco tiempo después, Cabeza de Vaca escapará de los carancaguas para unirse a pequeñas tribus de indios chorrucos, han y capoques, entre otros, que habitaban las costas al sur de Galveston. Cabeza de Vaca se iniciará como mercader entre esas comunidades, liberándose así de la esclavitud que le habían impuesto los carancaguas. Es esta etapa de la trayectoria de Núñez una de las que ha motivado repetidas discrepancias entre los estudiosos del texto. Según ya lo indiqué, algunos estiman que, en sus andanzas como mercader, Núñez pudo haber llegado a zonas que hoy pertenecen a los Estados de Oklahoma y Arkansas. Al considerar las distancias (aproximadamente de 600 a 700 km), la suposición me parece aventurada en extremo.

Después de haber pasado «casi seys años... entre ellos y desnudo, como todos andauan» (Cap. XVI), Cabeza de Vaca —acompañado en parte por Lope de Oviedo y por otros indios pertenecientes a bandos costeros de coahuiltecas— se adentra en aquellas regiones próximas a las costas del golfo de México¹³⁵ donde a la postre, y accidentalmente, logrará encontrarse con Dorantes, Castillo y Estevanico. Estos tres eran entonces esclavos de primitivas comunidades de indios mariames, iguaces y camones; muy probablemente todos estos bandos también eran de filiación coahuilteca¹³⁶. En sus primeras reuniones con los otros tres supervivientes Núñez conocerá —y gracias también a relatos de los indios— el trágico final de otros expedicionarios que ocuparon las barcas restantes.

134 Ver: Albert Gatschet, *The Karankawa Indians* Vol. I. (Cambridge, Mass.: Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, 1904); y Newcomb, pp. 59, 84.

135 Según Hallenbeck, la primera etapa de su viaje-fuga les lleva a la desembocadura del río Colorado, pp. 130-132.

136 Ver: Isabel Equilaz, *Los indios del nordeste de México en el siglo XVIII* (Sevilla: Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, 1965), pp. 58-60.

Después de fracasados intentos y demoras, Núñez, Dorantes, Castillo y Estevanico logran concertar su fuga a lo largo del río Colorado, probablemente a principios del otoño de 1534¹³⁷. Los datos que han examinado Hallenbeck y otros permiten concluir que los cuatro se reúnen y escapan desde áreas muy próximas a Austin, hoy capital del Estado de Texas¹³⁸. Partiendo de regiones adyacentes a Austin, viajarán apresuradamente en dirección noroeste, después de haber cruzado el río San Antonio y, más al norte, el Pedernales. Al acampar muy cerca del río Llano¹³⁹, Núñez pierde contacto con sus acompañantes pero al cabo de cinco días de desesperada búsqueda logra encontrarse con ellos (Cap. XXI). Ese año (1535) pasarían el invierno con indios avavares, quienes también compartían rasgos culturales y lingüísticos con los coahuiltecas. Pero, como antes lo indiqué, la cronología sugerida aquí por el texto de Núñez no aclara, con suficiente exactitud, el período que pasaron entre los avavares. Algún tiempo después, al proseguir su viaje, toman la dirección noroeste que les haría cruzar el río hoy denominado San Samba, y algo después el Concho. Atravesaban entonces llanuras con una vegetación en la que proliferan arbustos espinosos: era una región marcada por senderos borrosos que los indios habían utilizado durante siglos, pero que los españoles no siempre reconocían con facilidad¹⁴⁰.

Esta es una región, entre otras, en la que la secuencia cronológica del viaje se hace confusa en más de un sentido¹⁴¹. Es de esperar que así fuese ya que el área les era desconocida, abrupta y probablemente no contaban, en aquellos momentos, con la ayuda de guías conocedores de la región¹⁴². De ahí que la información que sobre ese trecho provee el texto sea esquemática y hasta contradictoria. Hallenbeck aprovecha las referencias a la flora (peyote o *Lophophora williamsii*) y a la alimentación disponible (mezquite o *Prosopis juliflora*) para fijar una localización aproximada del pequeño grupo de supervivientes¹⁴³. Sin embargo, Sauer indica que las dificultades que esta porción del texto ofrece se deben, una vez más, a que muchos de los comentarios que Núñez hace son retrospectivos, y que por ser así no deben leerse

137 Hallenbeck, valiéndose de informaciones náuticas y climatológicas, concluye que los cuatro supervivientes escapan en los primeros días de octubre de 1534, pp. 151-152.

138 Con buenas razones, Hallenbeck indica cuán ambiguos pueden ser —como pistas— los vocablos «campo» y «monte» que Núñez utiliza en varias ocasiones, p. 156. Veremos que Cabeza de Vaca también describe aquellas llanuras inmensas como «hermosas dehesas...» (Cap. XIX).

139 *Ibid.*, p. 161.

140 Veremos que, en este tramo de la ruta, pierden de vista esos senderos que apenas estaban señalizados (Caps. XX, XXVII).

141 Recordemos, como indicio de una gradual dispersión temporal, que cuando Cabeza de Vaca estaba entre avavares medía el tiempo por lunas (Cap. XIX).

142 Al caracterizar la ruta que recorrerían de inmediato Núñez dice: «no auía camino para ellas...» (Cap. XXVII).

143 Según Hallenbeck debían estar en las zonas limitadas, a ambos lados, por los ríos Colorado y Concho.

como alusiones específicas a una región determinada¹⁴⁴. Cabe suponer que el río, que a Núñez le recuerda el Guadalquivir de Sevilla, no es otro que el Concho (Cap. XXVII); río éste que corre paralelo al Colorado en dirección sureste y próximo a uno menor hoy conocido por Big Spring (Texas), que a su vez cruza el pueblo así designado¹⁴⁵. A pesar de la especificidad que se acusa en algunos datos topográficos, otras alusiones que el texto contiene con respecto a calabacillas y al posible uso del tabaco podrían parecer desconcertantes ya que las plantas de que se obtenían esos productos no se cosechaban en esa región (Caps. XXVI y XXVII). De cualquier modo, al observar estas y otras contradicciones informativas, Sauer indica, justificadamente, que el valor ceremonial de esos productos podía difundirlos a través de intercambios tribales que solían abarcar cientos de kilómetros¹⁴⁶. En esta región, más de una vez, Cabeza de Vaca hace referencia a comunidades asentadas en rancherías de «quarenta casas» (Cap. XXIX). Pero no es fácil determinar la ruta que muy probablemente le sugieren sus guías, ya que esos senderos se definían en las cuencas de ríos y tributarios que se entrecruzan dentro de la misma región (Cap. XXIX). La región de Texas que señalo ahora es donde Núñez creyó haber encontrado, por primera vez, minerales que le parecían lascas de hierro (Cap. XXIX)¹⁴⁷.

Es razonable asumir que los senderos que recorrían entonces debieron llevarles a las riberas del río Peñasco en las proximidades de Elk Creek (Texas); eran senderos que habitualmente estaban definidos por el acceso al agua. Los piñones (*Pinus edulis*) a que alude Núñez, según Hallenbeck, le sitúan en la cuenca del río Pecos. Si bien esa aseveración me parece certera, obsérvese que el fragmento en el que se hace referencia a la caza de liebres y venados también parece tener un carácter retrospectivo que puede ofuscar un tanto la cronología y el marco topográfico de la ruta que entonces seguían Cabeza de Vaca y sus acompañantes. Veámoslo: «Destos nos partimos y anduimos por tantas suertes de gentes y de tan diuersas lenguas que no basta memoria a poderlas contar. Y siempre saqueauan los vnos a los otros y assí los que perdían como los que ganauan quedauan muy contentos/ Lleuáuamos tanta compañía que en ninguna manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde ýuamos cada vno dellos lleuaua vn garrote tan largo como tres palmos y todos yuan en ala y en saltando alguna liebre (que por allí auía hartas) cercáuanla luego, y caían tantos garrotes sobre ella que era cosa de marauilla...» (Cap. XXIX). Parece factible asumir que Núñez y los suyos viajaron a lo largo del río Tularosa, que tan hermoso le pareció a Cabeza de Vaca (Cap. XXIX). Los datos que en esa

144 En el Cap. XXVI se alude a una ceremonia en que los indios se emborrachaban «con vn humo...» Sauer y Hallenbeck especulan sobre la procedencia de esa droga. Pudo ser tabaco que se comercializaba entre tribus, aunque estuviesen distantes unas de otras.

145 Hallenbeck, p. 170.

146 *The Road*, p. 16.

147 Hallenbeck da como posible ese hallazgo (p. 187), pero sin aportar datos científicos que justifiquen su observación.

porción del texto nos facilita Núñez sugieren que ellos se alejarán del área antes citada para tomar dirección sur, hacia los áridos valles que están en las laderas meridionales de la Sierra de Sacramento¹⁴⁸; así seguirán hasta alcanzar (pero ya en dirección oeste) el río Grande en puntos seguramente muy próximos a donde hoy se ubica la ciudad de El Paso, Texas.

Desde esa región caminarán en dirección noroeste, pasando —muy probablemente— cerca de las localidades hoy designadas como Mesilla y Rincón. Por esos senderos llegarían a las laderas de Sierra Caballo, para más tarde tomar dirección oeste paralela a un río menor que hoy se cree sea el Barrendas; río que a su vez les conduciría a las montañas Mimbres y al río que lleva ese mismo nombre. Una vez superada esa zona, y aún viajando en dirección oeste, debieron cruzar las montañas del Burro, pero cambiando de derrotero y ya en dirección sur, llegarían al río Gila que más tarde abandonarían para andar hacia Indian Wells¹⁴⁹. Aunque sigamos el texto con toda minuciosidad, no es fácil determinar el tiempo que Núñez y sus compañeros pasaron con estas comunidades de indios jumanos, sumas, pimas y ópatas (Caps. XXX-XXXIII). Además, también comprobaremos que los datos que contiene la relación que reprodujo Fernández de Oviedo contradicen buena parte de lo que nos comunican los *Naufragios* sobre esta porción de la ruta¹⁵⁰. Lo que sí parece demostrable, en términos generales, es que al continuar desplazándose hacia el sur cruzarían el río San Simón en una zona próxima a las montañas de Peloncillo.

Dadas las pistas, cada vez más seguras, que los indios les daban a Núñez y a sus acompañantes sobre la proximidad de otros europeos localizados en aquellas regiones, el pequeño grupo tomó dirección sur, ya con un sentido mucho más preciso de sus objetivos (Caps. XXXI-XXXII). Abastecidos de mejores alimentos y con atuendos más apropiados, se adentrarán en las sierras Dos Cabezas, ya en el área que hoy corresponde al Estado de Chihuahua, para descender en trayectoria sinuosa que les dictaban las asperidades del terreno. Así, seguramente cruzaron las montañas de Perrilla hasta llegar al valle de San Bernardino. Se encontraban entonces entre tribus pimas y ópatas, generalmente asentadas en valles fértiles en los que prosperaba el cultivo del maíz y de legumbres menores¹⁵¹. Viajando con prolongados

148 En *O* no parece haber alusión alguna a esa región.

149 El conocimiento riguroso que Hallenbeck tuvo de estas regiones le permite fijar la ruta que sugiero, p. 225.

150 Ver, *O*, IV, p. 310. La contradicción se aprecia particularmente en las alusiones a distancias. Ver las notas al texto.

151 Es curioso, sin embargo, que en los *Naufragios* se da poca información sobre la ruta que entonces seguían, o sobre el carácter más avanzado y sedentario de aquellas culturas. Lo que apunto es aún más notable cuando advertimos que Núñez, y sus tres acompañantes, pasaron meses con esas comunidades. Al referirse a la alimentación que conseguían Núñez dirá: «más nuestro mantenimiento era cada día tanto como vna mano de vnto de venado que para estas necessidades procuráuamos siempre de guardar... allí hallamos vna gente que la tercera parte del año no comen sino vnos poluos de paja...» No he podido determinar qué tipo de alimentación era ésa. A la vez se observará que en esa misma página Núñez añade: «hallamos casas de

intervalos, de aldea en aldea, y siempre acompañados por un contingente de indios, llegarán a las inmediaciones de Ures donde ellos identifican la ya históricamente famosa aldea de «Los Corazones»¹⁵² (Cap. XXXII), comunidad localizada en las riberas del río Sonora. Es también en esta región donde Cabeza de Vaca recibe piedras cerúleas que él, a su vez, describe como esmeraldas (Cap. XXXI). En esos días, y en la misma región, Castillo identificó «Vna heuilleta de talabarte de espada... y... vn clauo de herrar» (Cap. XXXII), que eran ya indicios muy alentadores de la proximidad de otros españoles. Apartándose de aquellas comunidades descenderán hasta el río Yaqui, después de haber pasado por sitios que hoy conocemos como Álamos, Matape y Soyopa¹⁵³. En torno a diciembre 20 de 1536 estarían en las márgenes del río Yaqui, pero, al parecer, sus actividades benéficas y pacificadoras hacen cada vez más lento el itinerario. Por ello, es improbable que podamos fijar una secuencia cronológica relacionada con estas secciones del itinerario seguido por Cabeza de Vaca y sus compañeros. No llegarán a Culiacán sino el 11 de abril. Los tres españoles y el marroquí fueron recibidos por Melchor Díaz, alcalde mayor de Culiacán. En aquel lugar descansarán hasta principios de mayo. Posteriormente marcharon a la capital de Nueva España, a la que llegan el 25 de julio de 1536, en la víspera de Santiago; nueve años después de haberse iniciado la expedición. Allí los recibirán el virrey Mendoza y el propio Hernán Cortés. Hoy sabemos que Castillo, Dorantes y Estevanico permanecieron en Nueva España. Alvar Núñez regresará a Castilla, después de haber desembarcado en Lisboa el 9 de agosto de 1537¹⁵⁴.

En general, las descripciones y comentarios producidos por los estudiosos de la ruta de Cabeza de Vaca son aportaciones que deben tomarse en consideración, a pesar de que contienen no pocos errores. Desde una pers-

assiento adonde auía mucho maíz allegado, y dello y de su harina nos dieron mucha cantidad...» (Cap. XXXI). Hallenbeck y Sauer difieren sobre la ruta de Núñez en estas regiones, y sobre la cronología que dan los *Naufragios* y *O* de este trecho. Hallenbeck, p. 229. Se calcula que Cabeza de Vaca y los suyos invirtieron cerca de ocho meses en cruzar las áreas montañosas del norte de Nueva España.

152 Se cree que la aldea estaba situada en las márgenes del río Sonora, a unos ocho km al norte de Ures. Esta región puede verse como frontera entre las culturas pimas del sur y las ópatas situadas más al norte. Ver: Hallenbeck, p. 230.

153 Una vez más comprobaremos que las descripciones que Núñez ofrece de esta porción de su trayectoria son bastante imprecisas: «En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas, dieron a Dorantes más de seyscientos coraçones de venado... y por esto le pusimos nombre el Pueblo de los Coraçones, y por él es la entrada para muchas prouincias que están a la mar del Sur; y si los que la fueren a buscar [explorar] por aquí no entraren, se perderán...» (Cap. XXXII). Como bien lo señala Hallenbeck, las discrepancias entre *O* y *V*, relacionadas con distancias y longitud de estadías, son muy significativas, sobre todo en este último tramo del recorrido, pp. 234-237. Puede verificarse que los mapas que ilustran la supuesta ruta de Cabeza de Vaca difieren notablemente. Ver: Bishop, p. 62. La divergencia puede ser aún mayor si se estiman, gráficamente, los cálculos de Smith, pp. 167-188.

154 Recordaremos que Núñez sale rumbo a España, desde Veracruz, el 10 de abril de 1537, y hace escala en La Habana el 4 de mayo.

pectiva histórica esas investigaciones documentan la recepción del texto en épocas diferentes y entre lectores con objetivos muy dispares. Quizá la contradicción más obvia que se transparenta, en muchos de esos escritos, es la confusión entre la cronología real del viaje y la del texto. A ello me he referido en páginas anteriores. También es cierto que pocos estudiosos de la ruta conocieron, con suficiente precisión, las diversas relaciones que produjo Cabeza de Vaca. En definitiva, la mayor parte de los trabajos sobre las andanzas de Núñez son investigaciones de carácter regional en las que se documentan minuciosamente porciones del recorrido; en esos ensayos rara vez se toma en cuenta que los textos de Cabeza de Vaca casi siempre fueron redacciones posteriores y resumidas de los hechos. Más aún: esos escritos suelen presuponer una idealizada equivalencia entre la palabra escrita y los hechos relatados. Creo que esa suposición —susceptible de tantos equívocos— es la que se perfila como la mayor deficiencia en estudios sobre aventuras de esa índole.

«LAS COMUNIDADES de indios se identifican en el orden en que Núñez las consigna en su relato... Todas las tribus y ranchos que aquí se describen vivieron en tiempos diversos del poblamiento o período precolombiano... Los capítulos en los que se alude a estas tribus o ranchos se indican al tratar la descripción de cada cultura».

«Cacauri Estaban localizados en las regiones de la Florida, unidas al sur de Tampa, en torno al lago Ouchichoni y al parque natural de las Everglades. También habitaron las áreas costeras del este de la Florida y fueron, probablemente, los primeros indios que encontró la expedición de Núñez. Su lengua se desconoce pero se cree que era de estirpe muscogua (Swanton, p. 101). Poseían una organización social similar a la de los timucua, y como éstos, eran exclusivamente hábiles en la caza y la pesca. Su lo general se agruparon en comunidades pequeñas. Los primeros vestigio».

155 Las descripciones de las etnohistorias que Alvar Núñez ofrece sobre las tribus de las etnohistorias *Historias y viajes de Alvar Núñez*, Vol. 2, Ed. de Alfonso Galván, México: Siglo Veintiuno Editores, 1989. Para más detalles véase el libro de William W. Newcomb, Jr. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Explorador del Sur de California*, Berkeley: University of California Press, 1972. Véase también el libro de Michael H. Harkin, *The Language of Native America: Historical and Linguistic Studies*, Austin: University of Texas Press, 1979. Véase también el libro de Thomas A. Rugeley, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: The Explorer of the American Southwest*, Vol. II, New York-London: Praeger Press, 1972.

156 El paleoindiano se define como cualquier individuo que se caracterizó por tener sus actividades en función de migraciones cíclicas, con desplazamientos motivados por la búsqueda de frutos, mientras se busca el valor alimenticio. Para más detalles véase el libro de Michael H. Harkin, *The Language of Native America: Historical and Linguistic Studies*, Austin: University of Texas Press, 1979. Véase también el libro de Thomas A. Rugeley, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: The Explorer of the American Southwest*, Vol. II, New York-London: Praeger Press, 1972.

... de la expedición... documentación... Alvar Núñez... Cabeza de Vaca... 1537...

En general, las descripciones y comentarios producidos por los estudiosos de la ruta de Cabeza de Vaca son acertados que deben tenerse en consideración, a pesar de que contienen no pocos errores. Desde una pers-

154. Recuerdo que Núñez me contó a España desde Venecia, el 10 de abril de 1537, y fue recibida en La Habana el 4 de mayo...

... de la expedición... documentación... Alvar Núñez... Cabeza de Vaca... 1537...

I. (d) IDENTIFICACIÓN DE LAS CULTURAS AMERICANAS DESCRITAS EN LOS NAUFRAGIOS

LAS COMUNIDADES de indígenas se identifican en el orden en que Núñez las consigna en su texto¹⁵⁵. Todas las tribus y clanes que aquí se describen vivieron en etapas diversas del paleolítico o período paleoindiano¹⁵⁶. Los capítulos en los que se alude a estas tribus o clanes se indican al tratar la descripción de cada cultura.

Calusas: Estaban localizados en las regiones de la Florida, ubicadas al sur de Tampa, en torno al lago Oquichobi y al parque natural de los Everglades. También habitaron las áreas costeras del oeste de la Florida y fueron, probablemente, los primeros indios que encontró la expedición de Narváez. Su lengua se desconoce pero se cree que era de estirpe muscogui (Swanton, p. 101). Poseían una organización social similar a la de los timucuas, y, como éstos, eran excepcionalmente hábiles en la caza y la pesca. Por lo general se agruparon en comunidades pequeñas. Los primeros testimo-

155 Las descripciones de las comunidades que Alvar Núñez conoció se basan en datos extraídos de las obras siguientes: Handbook of North American Indians, Vol. X. Ed. de Alfonso Ortiz (Washington: Smithsonian Institution, 1983). Esta obra se designa en el texto como: H.B.N.A.I.; William W. Newcomb, Jr. North American Indians: An Anthropological Perspective (Pacific Palisades, California: Goodyear Publishing Co., Inc., 1974); se anota en el texto como: Newcomb2; y del mismo autor, The Indians of Texas (Austin: University of Texas Press, 1962), se indica como: Newcomb1. También he consultado los siguientes estudios: Lyle Campbell y Marianne Mithun, The Languages of Native America: Historical and Comparative Assessment (Austin: University of Texas Press, 1979); D. Jean Umiker-Sebeok y Thomas A. Sebeok, Aboriginal Sign Languages of the Americas and Australia, Vol. II (New York-London: Plenum Press, 1972).

156 El paleoindiano se define como período prehistórico que se caracterizó por formas de vida organizadas en función de emigraciones cíclicas; eran desplazamientos motivados por la caza o la recogida de frutas, nueces o raíces de valor alimenticio. Esas modalidades nómadas de subsistencia estaban complementadas por el consumo de otras plantas, insectos y fauna menor. La tecnología que poseían esas culturas se caracterizaba por el uso de la piedra, huesos, caracoles y fibras que se obtenían de una flora muy diversa. Casi todas las culturas que Alvar Núñez describe estaban en las fases terminales de ese período, sobre todo los jumanos, pimas, cados y ópatas.

nios de exploradores aluden a una ferocidad que en su base debió ser más bien de carácter defensivo. Se cree que en total formaban un contingente de unas 3.000 personas. Los calusas, como tales, desaparecen hacia fines del siglo XVIII (Newcomb₂, pp. 34-36) (III-IV).

Timucuas: Estaban localizados en la parte norte y central de la Florida; principalmente en el área hoy comprendida entre Tampa, Orlando y Ocala. Su denominación parece relacionarse con el río Tomoka, en cuyas riberas se ubicaron en numerosas comunidades. Hoy se estima que su base lingüística es muscogui (Swanton, p. 193). En general formaron comunidades sedentarias y practicaron el cultivo de riberas, centrado principalmente en el maíz. Se mantenían también de la pesca y la caza (Newcomb₂, p. 33). Su organización social tenía una base jerárquica definida en parte por creencias religiosas. Solían agruparse en comunidades reducidas. Hacia principios del siglo XVIII los timucuas comienzan a desaparecer al mezclarse con otras tribus; esas disoluciones de culturas singularizadas fueron motivadas por el avance colonizador (V).

Apalaches: En la lengua muscogui, según Swanton, «apalache» significaba «gente del otro lado» (p. 89). Su lengua se define en la familia muscogui y se considera hoy similar a las variantes habladas por los hitchita y alabamos. Se ubicaron en el extremo norte de la Florida y el sur de Georgia. Su principal foco de población se concentró en el territorio hoy comprendido entre Tallahassee y Apalachicola. Es precisamente en esa región donde los encuentra la expedición de Narváez. Estaban organizados en comunidades sedentarias agrupadas en torno al cultivo del maíz (Swanton, p. 90). Como los calusas y timucuas, eran hábiles cazadores. El estudio de su legado cultural verifica que vivieron en proximidad física y cultural con los indios creeks. La expedición de Narváez pasó buena parte de su primer invierno en territorio ocupado por apalaches. Como las tribus anteriormente descritas, los apalaches vivían en aldeas preferentemente ribereñas (Newcomb₂, p. 37) (VI-X). Tanto la relación de Núñez como las derivadas de la expedición dirigida por De Soto aluden a la ferocidad de los apalaches, pero hay que destacar que la reacción de estos indios se produjo como consecuencia de la invasión y los asaltos que llevaron a cabo las tropas españolas, así como otros núcleos posteriores de colonizadores europeos (Caps. VI, VII). Fueron, como otras tribus vecinas, adeptos a los rituales relacionados con la actividad guerrera. También se extinguen en el siglo XIX al fundirse principalmente con grupos seminolas¹⁵⁷.

Pensacolas: Se trata de tribus costeñas que vivieron en el extremo noroeste de la Florida; concretamente en las áreas que hoy ocupa la ciudad que lleva

157 En varias ediciones anteriores de los *Naufraios* se alude, erróneamente, a los seminolas como una de las culturas que encontró la expedición de Narváez. Los seminolas no son una cultura aborigen de la Florida. Se conoce con esa designación a grupos de indios, pertenecientes a otras culturas fragmentadas, que se unían para formar nuevas comunidades. A ellos también se unirían negros esclavos que se fugaban de plantaciones. Los seminolas se configuran a principios del siglo XVIII (Newcomb₂, p. 39).

ese mismo nombre. En costumbres y grado de desarrollo cultural se encontraban muy próximos a los mobilas y choctaws. También aparecen diseminados en la zona que hoy está comprendida, aproximadamente, entre Pensacola y la bahía de Mobile; bahía que los indios pronunciaron como «mabila» (Swanton, p. 150). Además de la pesca y la caza, cultivaron el maíz y algunas legumbres como frijoles y calabacillas, además del tabaco; poseían perros domesticados. Lograron una cerámica con rasgos distintivos muy definidos (Newcomb₂, p. 34). Su lengua se define en el grupo choctaw aunque con rasgos muscogui (Swanton, p. 136) (VIII-XI). Es muy probable que la expedición de Narváez los encontrara en las penínsulas y canales que circundan a la bellísima isla de Santa Rosa.

Carancaguas: Tribus localizadas en la costa e islas que corresponden a la zona este del Estado de Texas. Eran comunidades en régimen seminómada, dedicadas principalmente a la pesca y que se extendieron de manera intermitente hasta áreas próximas a la ciudad hoy denominada Corpus Christi. Los carancaguas se agrupaban en pequeños clanes que en algunos casos acusaban diferenciaciones culturales apreciables; entre esos clanes figuraron los capoques, caoques, cocos y han. Estos últimos, por ejemplo, pertenecían lingüísticamente a la familia atakapan y se concentraron al este de Galveston. Carancaguas son los que Núñez describe en la isla del Mal Hado (*Galveston Island*). Los copanes o cobanes estaban localizados en áreas próximas al río Brazos. Las primeras noticias que sobre ellos poseemos se deben a la relación de Alvar Núñez. Todos los que los describen señalan la corpulencia de los carancaguas y la laboriosidad de los tatuajes que exhibían. Sus viviendas eran portátiles y se denominaban *ba-ak* (Newcomb₁, pp. 67-69). Se les imputan hábitos canibalísticos, pero no hay pruebas concretas de ello. Como otras tribus vecinas, en circunstancias especiales practicaron el infanticidio. Conocieron formas elementales de la cerámica. Se cree que su base lingüística fue mayoritariamente de estirpe coahuilteca o más propiamente utoazteca. Núñez residió casi un año con clanes carancaguas (XI-XVI).

Cados: Cultura ubicada en el noreste de Texas y el suroeste de Arkansas. Se organizaron en extensas y complejas confederaciones (Swanton, p. 98). Poseían rasgos culturales propios de las culturas mesoamericanas (Newcomb₂, pp. 46-50). Estaban culturalmente vinculados a las comunidades natchitoches que habitaron el este de Luisiana. Los cados destacan por el desarrollo y variedad de su agricultura. La expedición encabezada por Hernando de Soto fue la primera en identificarlos. Se ha señalado también la compleja ritualización de sus costumbres religiosas. Su lengua es suficientemente diferente como para que se la identifique simplemente como *cado*. Se supone que Cabeza de Vaca tuvo contacto con esta cultura cuando traficaba en zonas marginales a las que ellos ocuparon. Remanentes de esa cultura persisten hoy en áreas muy limitadas del Estado de Oklahoma (XVI).

Atakapa: Esa denominación en lengua choctaw quiere decir «devoradores de hombres» (Swanton, p. 93). Aparecen localizados en el extremo este

de Texas y el oeste de Luisiana. Su desarrollo cultural era muy similar al de los carancaguas. Pudieron ser los que Cabeza de Vaca designa como han. Se supone que Núñez pudo haber tenido contacto con ellos en las rondas que llevaba a cabo como mercader a lo largo de aquellas costas (XVI-XVII).

Coahuiltecas: Es esta la cultura que, en sus diversas variantes, Núñez y sus acompañantes conocieron con mayor minuciosidad. Desafortunadamente para ellos, los coahuiltecas aún vivían dentro de las modalidades más primitivas del paleoindiano; período que la antropología contemporánea también define como arcaico. Se agruparon en clanes nómadas que habitaron las costas de Texas, desde el río Brazos hasta la frontera de México. No obstante, sus hábitos nómadas les llevaron hasta áreas interiores próximas a Austin, actual capital de Texas; se trasladaban casi siempre en busca del fruto de cactus y de nueces que abundaban en torno a las cuencas de los ríos San Antonio, Colorado y varios de sus afluentes. Esas cosechas cíclicas, el consumo de insectos, reptiles y alguna caza mayor —emprendida colectivamente— era todo el sustento que alcanzaron. Desconocieron la agricultura y la cerámica. Solían llevar auestas sus viviendas, por lo demás muy ligeras. Sus instrumentos de caza eran simples y, siempre que las circunstancias lo permitieran, preparaban algunas de sus comidas en cavidades de las rocas. A pesar de los rigores del clima en estas regiones, vivían desnudos. Su organización social parece haber sido de índole patriarcal y se agrupaban en clanes. Sabemos hoy, por la relación de Núñez, que aprovecharon el mezquite, y que utilizaron alucinógenos que preparaban con peyote. Su lengua, mal conocida y poco estudiada, también se designa como coahuilteca aunque en verdad pertenece a la amplia rama mesoamericana jocalteca que a su vez poseía numerosos dialectos (*H.B.N.I.*, p. 120). Desaparecieron hacia fines del siglo XVIII (Newcomb₂, pp. 132-140). A ellos se refiere Núñez cuando alude a doguenes, mendica, mareames, iguaces, atayos, acubadaos, quitoles, camoles, quevenes y maliacones, entre otros (XIX-XXVI).

Jumanos y conchos: Habitaron las zonas delimitadas principalmente por los ríos Grande y Conchos. Su lengua perteneció a la extensa familia utoazteca en la variedad taracahitian (*H.B.N.I.* p. 121, mapa lingüístico). Figuraron entre las culturas seminómadas que vivieron en la periferia de las culturas que hoy se designan simplemente como pueblo; comunidades esas situadas al norte y en zonas que hoy corresponden a Nuevo México y Arizona. Desarrollaron una artesanía distintiva en tejidos y cerámicas. Las comunidades sedentarias poseían viviendas de adobe y cultivaron el maíz y algunas legumbres. A la postre, como los coahuiltecas, se amalgamaron con otras tribus que hacia el siglo XVIII se agrupaban en torno a las misiones españolas. Probablemente son estas comunidades las que Núñez designa como «de las vacas», ya que ambos, jumanos y conchos, se dedicaron periódicamente a la caza del bisonte (XXIX-XXXI). Próximos a ellos y localizados en el sur de la zona que hoy pertenece al Estado de Arizona, se encontraban los pápagos; cultura ésta que en sus hábitos y filiación lingüística estaba muy

próxima a la de los jumanos. Los pápagos fueron sedentarios y agricultores exitosos en el valle del río Yaqui. Cabe asumir que Núñez puede referirse también a ellos cuando les interroga para saber de dónde provenía el maíz que poseían tan abundantemente (XXX-XXXI). (Newcomb₁, pp. 225-245).

Pimas: Habitaron la parte central y norte del territorio que hoy ocupan el Estado mexicano de Sonora y regiones adyacentes del sur de Arizona. Según la región en que se localizaron suelen distinguirse como pima alto (zona próxima al golfo de California) y pima bajo. Culturalmente estaban vinculados a los pápagos y, como éstos, eran eficaces agricultores asentados en comunidades ribereñas. Compartieron con los pápagos y ópatas su filiación lingüística de estirpe utoazteca. Se los identifica, específicamente, con las comunidades que ocuparon los valles del río Gila (Newcomb₂, p. 147). En semejanza con algunos de sus vecinos, poseían viviendas de adobe, o bien habitaban extensas rancherías (XXXI-XXXIV).

Opatas: Habitaron la parte central y este de Sonora. Su lengua era de raíz utoazteca, pero la variante usada por ellos (tahuina) hoy se considera desaparecida. Se cree que llegaron a formar un contingente que sobrepasaba las 20.000 personas (*H.B.N.A.I.*, p. 319). Eran agricultores que se agrupaban en rancherías, pero se organizaron en tribus independientes. Sus frecuentes guerras con apaches y otras culturas vecinas finalmente los unificó (Newcomb₂, p. 129). Sus comunidades comenzaron a disolverse en el siglo XVII. Es muy probable que fuesen pimas y ópatas los que en grupos seguían a Núñez y sus acompañantes. Son probablemente esas comunidades (en la llamada aldea de Corazones) las que se describen en los últimos capítulos de los *Naufraios* (XXXIV-XXXVI).

proponer la de los futuros. Los textos fueron elaborados y revisados en el taller de la Universidad de Yucatán. Cabe señalar que Núñez nos indica que a ellas corresponden los intervalos para seguir desdoblada la evolución de los textos (XXX-XXXI). Véase en I, c las referencias (XXX-XXXI).

Para Habitaron la parte central y norte del territorio hispano de Yucatán durante el primer periodo de redacción del texto de *Naufragios*. Este texto es el que se encuentra en el manuscrito de la Real Academia de la Lengua. En él se encuentran los textos que corresponden a los intervalos XXX-XXXI. Véase en I, c las referencias (XXX-XXXI).

Para Habitaron la parte central y norte del territorio hispano de Yucatán durante el primer periodo de redacción del texto de *Naufragios*. Este texto es el que se encuentra en el manuscrito de la Real Academia de la Lengua. En él se encuentran los textos que corresponden a los intervalos XXX-XXXI. Véase en I, c las referencias (XXX-XXXI).

Habitaron la parte central y norte del territorio hispano de Yucatán durante el primer periodo de redacción del texto de *Naufragios*. Este texto es el que se encuentra en el manuscrito de la Real Academia de la Lengua. En él se encuentran los textos que corresponden a los intervalos XXX-XXXI. Véase en I, c las referencias (XXX-XXXI).

proponer la de los futuros. Los textos fueron elaborados y revisados en el taller de la Universidad de Yucatán. Cabe señalar que Núñez nos indica que a ellas corresponden los intervalos para seguir desdoblada la evolución de los textos (XXX-XXXI). Véase en I, c las referencias (XXX-XXXI).

I. (e) EVOLUCIÓN DEL TEXTO

«La composición de libros no tiene fin»
(Eclesiastés, 12:12)

PARA LLEGAR A UN CONOCIMIENTO preciso de los *Naufragios* es imprescindible una descripción pormenorizada de la evolución del texto en sus diferentes etapas de elaboración. Esa pesquisa se hace necesaria porque los *Naufragios* son el producto de redacciones separadas por intervalos de varios años; además, fueron textos preparados en circunstancias desiguales y con objetivos muy dispares¹⁵⁸. El grueso de las variantes que existen entre las cuatro versiones, hoy parcialmente conocidas, se documentan en las notas al texto. Pero esas notaciones, por abundantes que sean, no esclarecen todas las discrepancias que se observan en los escritos de Cabeza de Vaca¹⁵⁹. En las dos primeras ediciones (Zamora, 1542, designada como Z, y la de 1555 que reconoceremos como V), Núñez nos indica que su primer texto se produjo cuando la expedición internaba en Cuba (1527-1528), mientras hacían preparativos para desembarcar en la Florida. Después de haber sufrido el impacto devastador de un huracán, Núñez cumple su misión de funcionario de la Corona al informar sobre aquellos desastres. «En estas partes —nos dice— nunca otra cosa tan medrosa se vio; yo hize vna prouança dello, cuyo

158 Obviamente, los tres primeros textos que comento se redactaron con un propósito informativo de carácter oficial. Los dos últimos, 1542 y 1555, responden principalmente (unidos a los *Comentarios*) a un afán personalizado de reivindicación. Es posible que Núñez hubiese elaborado otros textos que hoy desconocemos. Véase en I, c las referencias que hace Enrique de Gandía a esa posibilidad.

159 Las relaciones que Cabeza de Vaca entregó al virrey Mendoza y a la Audiencia de La Española eran parcialmente suyas. Luego Oviedo, al glosar la última de estas dos relaciones, disminuirá, aún más, la presencia de los redactores. En éste, como en otros apartados de esta Introducción, las cursivas son mías; de no serlo, se indicará.

testimonio embié a Vuestra Magestad» (Cap. I)¹⁶⁰. Ese documento, hoy perdido, inaugura humildemente la gestión narrativa de Cabeza de Vaca: es factible que se tratara de un simple informe burocrático propio de las labores de tesorería. De todos modos, esa iniciativa ya confirma una cierta inclinación, por parte de Núñez, hacia la recuperación de los hechos por vía escritural¹⁶¹.

Después de ese primer documento, Cabeza de Vaca no tendrá oportunidad de informar por escrito sino hasta 1536, cuando finalmente llega a Nueva España con otros tres supervivientes de la expedición de Narváez¹⁶². Una vez allí, Núñez y sus compañeros presentarán a las autoridades virreinales una relación escueta de lo que les había sucedido. Es parte de ese texto el que se ha reproducido, con alguna arbitrariedad, en la *Colección de documentos inéditos*, Vol. XIV, pp. 269-279¹⁶³. La relación a que aludo (y ya designada *R*) sólo abarca el contenido de los primeros dieciséis capítulos de los *Naufragios*. Su título, según la transcripción que aparece en la *C. D. I.* es: *Relación del viaje de Pánfilo de Narváez al Río de Las Palmas hasta la punta de la Florida, hecha por el thesorero Cabeza de Vaca (año de 1527)*. El texto va precedido de las instrucciones generales que la Corona daba a la expedición y a cada uno de sus funcionarios. Comienzan así las directivas: «El Rey. — Lo que vos... habéis de hacer en el cargo que lleváis de nuestro fac-

160 Oviedo refleja la existencia de ese texto: «Y este Cabeza de Vaca fue por tesoroero e oficial de su magestad; el cual dice que dende yagua [Xagua, hoy Jagua], que es un puerto o ancón en la isla de Cuba, a quince de febrero de mil e quinientos e veinte y siete años, había escripto a Su Magestad lo que hasta allí les había acaescido.» *Historia...*, p. 287. Buckingham Smith —quien hizo extensas investigaciones documentales en España— en su *Relation...*, p. 18, n.º 5, documenta, con materiales de archivos, los sucesos a que Núñez alude en el Cap. I, y que seguramente fueron la base de su probanza.

161 Hay otras referencias sugestivas a esa inclinación. En una de ellas, Núñez confiesa, metafóricamente —y de manera algo confusa— el deseo que le impele a relatar su camino: «y porque lo que allí nos sucedió fue cosa muy señalada me pareció que no sería fuera de propósito y fin con que yo quise escreuir este camino, contarla aquí» (Cap. I).

162 Me parece del todo imposible que Cabeza de Vaca, o que el escribano Hierónimo de Alaníz (Cap. IV), hubiesen redactado documento alguno durante la azarosa trayectoria que siguieron desde las costas de la Florida al golfo de México; imaginar tal hazaña presupone desconocer las regiones, climas y rigores brutales que imponía el andar —y de la manera en que ellos tuvieron que hacerlo— desde Tampa a la isla de Galveston. Quizás esa supuesta existencia de una relación o apuntes de viaje se base en las ambiguas alusiones que Núñez hace sobre lo que le relató Esquivel (Cap. XVIII).

163 Hay divergencias significativas entre el texto que contiene el Archivo de Indias y la versión impresa que acabo de citar. En el texto original (A.G.I. Patronato 20, n.º 5, Ramo 3), se da como fecha de partida el siete de junio, y no el diecisiete, como rezan *Z* y *V*. Además, la cifra del contingente expedicionario se aumenta a setecientos, cien más de lo que nos revelan *Z* y *V*. Al referirse a la estadía en La Española el original indica que el contingente de Narváez pasó allí «casi cuarenta días». En *V* se lee «cuarenta y cinco». En *R* se lee «canarreo». Además, las diferencias de fechas referentes al itinerario son frecuentes. También se observan variantes relacionadas con la topografía. Así, en *R* encontramos «Ante», pero en *Z* y *V* aparece «Aute». Existen divergencias de otra índole; en *R* leemos «pescados y gente pobre»; *Z* y *V* contienen: «algunos pescadores, gente pobre y miserable».

tor...»¹⁶⁴ La relación propiamente dicha abarca diez páginas¹⁶⁵ y está narrada en tercera persona. Advertimos en seguida una exposición fáctica y anónima propia de escribanía oficial, en la que se resume, sin mayores matizaciones, lo que ocurrió, desde la partida de Sanlúcar de Barrameda el diecisiete (o el siete) de junio de 1527, hasta que abandonan la isla que ellos denominaron del Mal Hado (Cap. XVI). En términos generales lo primero que observamos es la ausencia del protagonismo¹⁶⁶ que Núñez se atribuye a partir de *Z*. A otro nivel de inspección destaca la ausencia de matizaciones de las secuencias cronológicas; todo ello deriva, a mi entender, del afán sintetizante del relator, procedimiento que a su vez es propio de las relaciones geográficas y de viajes¹⁶⁷.

A pesar de su brevedad y tono impersonal, es evidente que esta relación constituye el texto primario de los *Naufragios*. En conjunto, lo que en ella se relata sirve de esqueleto a los primeros dieciséis capítulos de la narración. Ciertamente hay discrepancias apreciables entre esa *Relación* inicial y los textos posteriores, pero no son de gran alcance. Ya subrayé que se trata de una exposición directa y muy resumida que se ajusta, en general, a lo que nos revelarían las versiones posteriores. Con todo, destacan variantes que bien podrían ser errores de copista o simples erratas. Por ejemplo, donde *R* contiene: «estuvieron veinte y cinco días», *Z* y *V* constatan: «quince días» (Cap. II)¹⁶⁸. También observamos en *R* que «Hay muchos piélagos de agua, desde donde se desembarcaron hasta Palachen, es tierra llana, el suelo de arena; tierra donde ay nogales, laureles, cedros, salvias, ... las casas esparcidas por el campo a manera de caseríos de Vizcaya.» En *Z* y *V* se lee: «Ay en esta prouincia muchos maizales, y las casas están tan esparzidas en por

164 Cabe notar que la cédula en cuestión debió ser un simple formulario, ya que el espacio que corresponde al destinatario permanece en blanco. Sobre la impresión de documentos y libros en el siglo XVI véase: Konrad Haebler, *The Early...*, n.º 103; y sobre todo el minucioso estudio dedicado a la famosa imprenta de los Cromberger antes citado, ver: n.º 103.

165 Aunque en *R* se indica que el texto fue preparado por Cabeza de Vaca, muy probablemente fue redactado por un escribano que tomó las declaraciones de los tres españoles supervivientes; procedimiento que era habitual entonces.

166 Cuando ya se habían concluido estas anotaciones, pude conocer el estudio de Trinidad Barrera López, «Problemas textuales de los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Historiografía y Bibliografía Americanistas* XXX, n.º 2 (1986), pp. 21-30. La profesora Barrera López da una amplia e interesante noticia sobre las variantes que existen entre *R* y el texto original que reposa en el A. de I. Algunas de esas precisiones se incorporan a su reciente edición de los *Naufragios*, que cito en la sección bibliográfica.

167 Interesa subrayar que en *R* no aparece la disputa inicial entre Núñez y Narváez (Cap. IV); disputa que exalta la centralidad de Cabeza de Vaca, tanto en el acontecer que se describe como en la consolidación del proceso narrativo. Sobre los diseños habituales de las relaciones geográficas y exploratorias véase: Marcos Jiménez de Espada, *Relaciones geográficas de Indias. — Perú*. Ed. de José U. Martínez Carreras (Madrid: B.A.E., 1965). Ver también: Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, III (Buenos Aires: Editorial Guaranía, 1945).

168 Gradualmente verificaremos que el registro de discrepancias entre los textos a considerar es tal que cualquier formulación de una cronología de la expedición sería especulativa.

el campo de la manera que están las de los Gelues» (Cap. VII). Después de seguirles la pista a los textos que aquí nos interesan, he concluido que *R* es el fragmento que hoy se conserva de la relación que Núñez entregó al virrey Antonio de Mendoza «el bueno», quien tanto se interesó en la exploración de aquellas regiones nórdicas de Nueva España que Cabeza de Vaca había recorrido; tierras en las que el virrey y otros deseaban encontrar las míticas siete ciudades de Cibola¹⁶⁹. El que poseemos hoy es un texto breve pero que, como punto de partida, nos sirve para documentar un proceso de elaboración que derivará en ampliaciones diversas que parecen culminar en *V*.

No es fácil, sin embargo, proceder al cotejo informado entre *R* y la versión subsiguiente. Me refiero a la que Núñez envía desde La Habana, a La Española cuando iba rumbo a España. Se supone que ese texto resume el parecer de los tres españoles que sobrevivieron, y como tal debió ser una relación más explícita¹⁷⁰. Sólo que Oviedo la comentará tan caprichosamente como lo hizo con otras relaciones que glosa en su afamada *Historia general*; designada aquí como *O* (Vol. IV)¹⁷¹. Aunque *O* exalta un protagonismo más equilibrado entre Dorantes, Castillo y Cabeza de Vaca¹⁷², el cronista subrayará, más de una vez, la preponderancia de Núñez: «Dice más Cabeza de Vaca» (pp. 315, 316); y en otra parte lo señalará como autor del texto¹⁷³. Al contrastar la relación que Oviedo glosa con *Z*, nos dirá con su habitual mordacidad: «Pero en alguna manera yo tengo por buena la relación de los tres, e por más clara que estotra [*Z*] que el uno [Cabeza de Vaca] solo hace e hizo imprimir, puesto que, como digo, yo tomo della e del mismo auctor Cabeza de Vaca lo que en este capítulo él añade y que es bien dicho e necesario...» (p. 315)¹⁷⁴. Al reproducir esa glosa de Oviedo, lo que me interesa subrayar es que sus frecuentes intromisiones equivalen a restas e interpolaciones que disminuyen la presencia del texto glosado; queda encubierto éste por comentarios y añadiduras que aporta el cronista. Siempre que le sea posible, Oviedo asume la directriz narrativa y ética de lo que se relata: «Lo que subcediere en estas provincias donde fue Pánfilo de Narváez a poblar, o mejor diciendo a perderse, si en mi tiempo fuere, acumularse ha en prosecución de la historia, o escribirlo ha quien me subcediere en la continuación desta *General Historia desas Indias*» (sic) (p. 315); y en ese mismo capítulo, al

169 En otros apartados de este estudio introductorio se documenta el interés que tenía Mendoza en las noticias que traía Cabeza de Vaca. Ver: I (c), y *Bishop*, pp. 154-157.

170 En la versión de Oviedo, la *Relación* entregada a la Audiencia abarca veintiuna páginas impresas; texto considerablemente más extenso que *R*. Pero recordemos que de ese total de páginas habría que restar las frecuentes interpolaciones de Oviedo.

171 Véase, por ejemplo, la vehemente argumentación de Oviedo en el Vol. IV, p. 314.

172 *Ibid.*, pp. 295-302.

173 *Ibid.*, p. 293.

174 Interesa el título narrativo que Oviedo da al Cap. VII del decimoquinto libro de su *Historia*... Allí se lee: «En que el auctor de estas historias cuenta algunas cosas que en la relación susodicha no cuentan, las cuales después en España, año de mill e quinientos e cuarenta y siete años, en la corte del principe don Felipe le contó e dijo el mismo Alvar Núñez Cabeza de Vaca», p. 315.

notar la alusión que Núñez hace a la isla del Mal Hado, Oviedo añadirá: «Ni quiero consentir al Cabeza de Vaca el nombre que en su impresión [*Z*] da a aquella isla...» (p. 315).

Aparte de esas frecuentes inserciones de sus comentarios, *O* discrepa notablemente de *Z* y *V*; sobre todo en cifras, alusiones a la cronología y otros datos de orden cuantitativo. Esas variantes se cotejan, con la mayor exactitud posible, en notas al texto basadas en *R*, *O*, *Z* y *V*. De todos modos —y a manera de ilustración— anticiparé algunos ejemplos del alcance e índole de esas discrepancias. En el cap. III de los *Naufragios* *Z* y *V* contienen: «baya»; *O*, «bahía que era baja» (p. 287) y *R*, «bahía derecha» (p. 270). Como se observará, son datos de esa índole los que podrían alterar nuestro conocimiento de la ruta seguida por la expedición. En contra de lo que podría esperarse, donde *Z* y *V* apuntan: «la gente se auía ydo aquella noche» (Cap. III) en *R* se lee: «desembarcando el Gobernador, se huyeron todos de las casas» (p. 270); *O* transcribe: «e fueron a desembarcar junto a los buhíos, en los cuales no hallaron gente» (p. 287). En otros pasajes donde *Z* y *V* rezan: «tomamos cuatro indios» (Cap. IV), en *O* se lee: «tres» (p. 287); y *R* omite la cifra. Son de interés también las variantes relacionadas con topónimos. Veremos, por ejemplo, que en *R* se lee: «Palachen» (p. 271); *O* contiene «Apalache» (p. 288), *Z* «Palachen» y *V* «Apalache», (ambas Cap. V)¹⁷⁵. En todo momento es la edición vallisoletana la que más se aproxima a una ortografía y toponimia correcta. Pero en otros órdenes el cotejo de esos cuatro textos arroja datos que resultan desconcertantes. Así, en el cap. X de *Z* y *V* donde simplemente leemos «varca»; *O* apunta «sus barcas» (p. 293), y *R* «la de Vaca de Castro» (p. 275); persona esta última que no figura en el registro de la expedición de Narváez. De igual modo, en la sección de *Z* que corresponde al cap. XIV leemos «Ysla de Auía» en *V* «ysla»; *O* «aquella isla» (p. 295), pero en *R* se lee «isla que se llamaba Avia» (p. 276). Las investigaciones geográficas no nos aclaran cuál pudo ser esa isla.

En conjunto, más significativas son las variantes que se observan entre *O*, *Z* y *V*; y es natural que así sea ya que de *R* conservamos sólo un fragmento. Hay, además, otro dato que con frecuencia debe tomarse en consideración, y es que las normas ortográficas atribuidas a Oviedo en algunos casos pudieran verse afectadas por las correcciones que, en el siglo diecinueve, hizo Amador de los Ríos al texto de Oviedo. Ese hecho no me parece de importancia central, en lo que se refiere a las redacciones de Cabeza de Vaca, pero sí hay que tener presente que las transcripciones hechas por Fernández de Oviedo y las correcciones aportadas por Amador de los Ríos seguramente desfiguran, en alguna medida, la verdadera hechura de la *relación* que Oviedo manejó. Veamos un ejemplo que alude a esas posibles discrepancias de tono y exposición. En la sección que corresponde al cap. VII de *Z* y *V* leemos: «yo me boluí al Gobernador; y quando llegamos hallámsle

175 Sabemos que *Z* no está dividida en capítulos propiamente dichos. Sin embargo los fragmentos de *Z*, equivalentes a capítulos, casi siempre son identificables.

enfermo con otros muchos»; *O*, transcribirá: «hallaron al gobernador y al contador, al veedor caídos malos, e otros muchos» (p. 291)¹⁷⁶. Obviamente, los que comparamos aquí son textos redactados desde perspectivas disímiles, y en los que —como repetidamente se indica en las notas al texto— hay discrepancias, no sólo de enfoque, sino además en la verificación de lo descrito. Así, en el cap. VIII, donde *Z* y *V* precisan: «hasta quatrocientas hane-gas de maíz», *O*, simplemente, transcribe «mucho» (p. 292). En otro orden, y en ese mismo capítulo, leemos en *Z* y *V*: «a dicho y juramento de nuestros pilotos». *O* contiene: «al parecer de los más que lo anduvieron» (p. 292).

No me parece necesario abundar en compulsaciones que se documentan en otras partes de esta edición. Pero sí conviene insistir en que, al examinar *O*, nunca estaremos seguros si la que se coteja es la transcripción del cronista o lo que él leyó en la relación de Núñez, Dorantes y Castillo. Con toda la precisión necesaria, Demetrio Ramos nos ha indicado la libertad con que Oviedo utilizó algunos de los textos que tuvo a mano. Refiriéndose a la manera en que el cronista aprovechó las relaciones de Jiménez de Quesada, Ramos dice: «Precisamente, por eso aludimos a su feliz falta de método, pues esto es lo que hace de su crónica una especie de compendio de relatos directos de los protagonistas, que a su vez él adoba con reflexiones personales.¹⁷⁷» Recordemos, en ese contexto, que Fernández de Oviedo escribía con autorización oficial¹⁷⁸, y que de hecho se sentía en libertad de suprimir, añadir o comentar lo que le parecía oportuno. Sabido eso, es inconcebible que algunos hayan alabado su versión de lo ocurrido a Narváez como la más certera y precisa¹⁷⁹. Recordemos que el mismo Oviedo, antes de iniciar su transcripción, nos dirá, sin vacilar, al referirse a Núñez y sus compañeros: «E a la vuelta fueron a España a dar relación a su Majestad, *viva voce* de las cosas que aquí se dirán, *alargándome a su información*, e acortando *algunas superfluas palabras que duplicadamente dicen*; e no faltaré de lo substancial e médula de lo que su carta contiene y dice» (p. 287). Lo que muy probablemente nunca sabremos son los datos que el cronista consideró superfluos, y tampoco sabremos cuáles habrán sido los pasajes que él condensa o amplifica¹⁸⁰. Hay otro detalle que complica aún más el texto que nos legó Oviedo. Me refiero a que su transcripción y glosa también estuvieron influidas por la edición

176 Comprobaremos que en el Cap. III, del vigesimoquinto libro de su *Historia*, Oviedo confiere a Castillo y a Dorantes un protagonismo mayor que el que concede a Núñez (p. 296).

177 *Ximénes...*, p. 81. La cursiva es mía. Ver: n.º 3.

178 Sobre privilegios y autorizaciones otorgadas a oficiales véase: José Pulido Rubio. *El Piloto Mayor* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1950), pp. 273-325.

179 Inexplicablemente, el mismo C. Hallenbeck no encuentra mayor diferencia entre *V* y *O*, p. 27. Veremos que, en la p. 287 de *O*, aparece una nota de Amador de los Ríos, en la que éste añade porciones del texto de Cabeza de Vaca que el cronista había omitido. De cara al cotejo que ofrezco, ese dato es de singular interés.

180 Veamos, como indicio de lo que acabo de señalar, este comentario de Fernández de Oviedo: «En esto destos manzanillos [Núñez no los designa así] esta relación habla de oídas; e yo he visto muchos e innumerables dellos; y en otra parte destas historias se escribe por mí más largamente lo que toca a esta hierba de los flecheros» (p. 318).

de 1542 que él conoció y a la que —según vimos— alude más de una vez; todo lo cual ya nos hace presuponer una compleja interacción entre la relación entregada a la Audiencia, la glosa de Oviedo y la primera edición de los *Naufra-gios*; interacción que gradualmente complica toda posibilidad de cotejos minuciosos.

Lo que he apuntado hasta aquí nos revela que las primeras etapas de la narración de Alvar Núñez no fueron mucho más afortunadas que sus propias andanzas por el Nuevo Mundo. Ya sabemos que en 1527, desde Cuba, envía a España una probanza; luego, en Nueva España, él y sus compañeros preparan una relación de la que hoy se conserva un fragmento. Meses después entregará otra, al parecer más amplia, de la que Oviedo se aprovechó a su manera. Como se verá, de esa primera etapa americana no poseemos un solo texto completo. Luego, ya en España, redactará, con cambios y ampliaciones muy considerables, una relación mucho más personalizada que será la que se publica en Zamora en 1542. Excepto que la edición debió hacerse sin su supervisión, ya que por esa época él navegaba rumbo a Paraguay. Digo que debió hacerse esa primera edición sin su consentimiento porque no se concibe que él dejara pasar los gruesos errores de toponimia, y de otra índole, que aparecen en ese texto. De cualquier modo, el texto que publicaron los zamoranos Agustín de Paz y Juan Picardo debió redactarlo Cabeza de Vaca en España entre 1537 y 1540; años en que también preparaba su desafortunada aventura suramericana. Esa primera edición fue titulada: *La relacion que dio Alvar nuñez cabeça de vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde yua por gouernador Panphilo de narbaez desde el año de veynte y siete hasta el año d'treynta y seys que boluio a Sevilla con tres de su compañía...* (sic). El texto está impreso en octavo y en sesenta y siete pliegos no numerados y sin distinciones capitulares. En su página titular —véase la lámina— aparece el escudo de armas de la Corona y, seguidamente, la dedicatoria al Emperador. Se publica sin licencia y privilegios a la usanza, lo cual también alude a la irregularidad de esa *editio princeps*. De ese texto, hoy rarísimo, hay ejemplares en la Academia de la Historia —que no he podido examinar—, en la John Carter Brown Library (Providence, R.I., U.S.A.) y en la New York Public Library. Estas dos últimas están en excelentes condiciones, no así la que posee el Museo Británico. Bibliófilos informados me aseguran que hay dos ejemplares más en España, en colecciones particulares; uno de ellos, con toda seguridad, debió pertenecer a la biblioteca de la casa de Medina Sidonia.

La segunda edición, publicada en Valladolid en 1555, lleva como título: *Relacion y comentarios del gouernador Alvar Nuñez cabeça de vaca, de lo acaecido en las dos jornadas que hizo a las indias* (sic). Seguidamente se añade: «Con priuilegio. Esta tassada por los señores del consejo de Ochenta y cinco maravedies.» El colofón reza: «Impresso en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba. Año de mil y quiniennientos [sic] y cinquenta y cinco años.» En la página titular, grabado en rojo y negro, aparece el escudo de armas de la Corona (véase lámina). El privilegio aparece en el verso. La edición está preparada

en octavo con numeración que va del ii al clxiii. La parte que corresponde a los *Naufragios* abarca de ii a lvi; la porción restante de la edición está ocupada por los *Comentarios*. Esta última narración es más voluminosa y su título aparece como: *Comentarios de Alvar Nuñez Cabeça de vaca, adelantado y gouernador de la prouincia del Rio de la Plata* (sic). Inmediatamente aparece el escudo de la Corona y al pie de página se lee: «Scriptos por Pero hernández scriuano y secretario de la prouincia. Y dirigidos al Serenisimo y muy alto y muy poderoso señor el Infante don Carlos. N.S.» (sic) (abreviaturas resueltas). La página titular va seguida del Prohemio, por cierto mucho más extenso que el que precede a los *Naufragios*¹⁸¹.

Es en esta edición en la que por primera vez aparece el vocablo naufragios. No en el título, sino en la parte superior de las páginas dedicadas a la narración como tal. No se explica por qué se eligió esa denominación que trato de elucidar en el apartado II, d. La edición vallisoletana sí está dividida en capítulos, y no en fragmentos desiguales como es el caso de la *princeps*. Cada capítulo está titulado, pero esos títulos no siempre corresponden a los que aparecen en el índice o tabla. Suele repetirse que las diferencias entre las ediciones de 1555 y 1542 son muy ligeras. Es cierto que no se trata de discrepancias radicales; no obstante, las diferencias son más importantes de lo que suele creerse, sobre todo si lo que pretendemos es fijar un texto lo más definitivo posible. En parte, las referencias a la notable similitud que existe entre ambos textos se deben, sobre todo, a un desconocimiento de la rarísima edición zamorana. Aunque he registrado las variantes en las notas al texto conviene que veamos, como una breve anticipación ilustrativa, algunas de esas divergencias que se verifican entre ambos textos. En el cap. II Z contiene: «Lixarte», «Lixarte y Hauana», y en V: «la Auana», discrepancia ésta bastante radical y sin aparente sentido. En el capítulo I, V alude a «fray Juan Suárez»; y Z lo da como «Gutiérrez». En el cap. V, V contiene: «díxome que me fuesse», y Z, *om* «me»; V, «en el río»; Z, «en el río con su cauallo». En el capítulo siguiente en Z leemos: «anima», donde V contiene «animales». Esos detalles, en algunos pasajes, bien podrían ser erratas o equivocaciones, pero en otros no está claro que así sea. En el Cap. XVIII V alude a: «merino como vna bernia», Z lo omite. En el XXII, Z contiene: «sanos y sin calentura y muy alegres», V: «sanos y muy alegres». Otras disparidades, como se verá, son de mayor envergadura. En el Cap. XXXIV de Z leemos: «E despues que los huuimos embiado/debaxo de cautela los christianos nos enuiaron con un alcalde que se llamaba Zebreros y con el otros tres cristianos/donde parece quanto se engañan los pensamientos de los hombres/que no pensauamos que la teniamos sucedido tan al contrario/y por apartarnos de conuersacion de los indios nos llevaron por los montes despoblados/a fin que no viessemos lo que ellos hazian ni sus tratamientos» (sic). En V se lee: «Después que ouimos embiado a los indios en paz y regraciándoles el trabajo

181 El cotejo de ese proemio con el de los *Naufragios* revela contrastes de redacción y argumentación que, muy probablemente, se deben a la pluma de Hernández.

que con nosotros auían passado, los christianos nos embiaron, debaxo de cautela, a vn Zebreros, alcalde, y con él otros dos. Los quales nos lleuaron por los montes e despoblados por apartarnos de la conuersación de los indios y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hizieron, donde parece quanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andávamos a les buscar libertad y quando pensáuamos que la teníamos suscedió tan al contrario, porque tenían acordado de yr a dar en los indios que embiáuamos assegurados y de paz.»

En términos generales V es una reelaboración, estilísticamente más avanzada, de Z¹⁸². Sin embargo, repetiré que las discrepancias entre ambos textos no siempre pueden soslayarse como irregularidades sin importancia. También es cierto que las correcciones presentes en V no deben verse, en todos los casos, como enmiendas aclaratorias¹⁸³. De lo que no cabe duda es que sólo Nuñez pudo haber introducido esos cambios en el texto vallisoletano¹⁸⁴. He aquí algunos ejemplos de correcciones. En el Cap. XXIV, Z contiene «salteras», y V, «saeteras»; en Z encontramos «pareçiere», pero en V, «parece». En general Z prefiere el imperfecto de subjuntivo al de indicativo. En el Cap. XXX la discrepancia es de mayor alcance. En Z vemos «unos árboles crían que llaman chacan entre unas piedras». V lo reduce a «vna fruta que llaman chacán»; simplificación que en sí no es aclaratoria, pero que aporta una sintaxis menos ambigua e irregular¹⁸⁵. Refinamientos sintácticos más evidentes ocurren en el Cap. XXXIV. Allí leemos en Z: «vsada antes no hallamos otra por todas ellas.» En V aparece: «vsada entre ellos sin auer otra por todas aquellas tierras.»¹⁸⁶

Tal y como lo revelan numerosas notas al texto, Z es algo más propensa

182 Los ejemplos que doy a continuación ratifican lo que señalo: Z «tillas»; V, «quillas» (Cap. II); Z, «impedimiento»; V, «impedimento» (Cap. III); Z, «cierta tea que un griego llamado don Theodoro traxo de unos pinos»; V, «cierta pez de alquitrán que hizo vn griego llamado don Theodoro, de vnos pinos» (Cap. VIII); Z, «nuestros trabajos grandes»; V, «los grandes trabajos» (Cap. V); V, «que dezimos»; Z, omite, (Cap. XXXVIII); Z, «desnaturados»; V, «desuenturados» (Cap. XXXII).

183 Por ejemplo, donde V dice «esperança», en Z leemos: «entera esperança» (Cap. XXII); análogamente, donde V contiene: «hoyo», en Z se lee: «hoyo con una coçe» (probablemente la voz que se pretende es *coa*; vocablo de estirpe araguaca) (Cap. XXI).

184 La rectificación de la topografía y etnografía que contiene V así lo indica.

185 No son pocos los errores gramaticales que contienen los *Naufragios*. Veamos algunos entre los que destacan, sobre todo, errores de concordancias: ...«y que donde llegásemos robassen ellos y saqueasen lo que los otros tenían, porque assí era costumbre» (Cap. XXVIII); ...«ay por aquella tierra pinos chicos y las piñas dellos son como huevos pequeños» (Cap. XXIX); «y era necessario que anduuiésemos siete o ocho hombres abraçado» (Cap. I).

186 La organización sintáctica del texto nos revela frecuentes descuidos. Así, véase la ambigüedad en la presentación del sujeto: «Passados a la otra parte salieron a nosotros hasta dozientos indios, poco más o menos...» (Cap. V); la arbitrariedad en localización de partículas y complementos resalta en estos dos pasajes: «y como llegamos a los buihíos [sic] o casas que auíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas...» (Cap. III); «Y passado vn año, quando se hazen sus honrras todos se jassan en ellas y a los parientes dan aquellos poluos a beuer, de los huessos, en agua» (Cap. XIV).

que *V* a formas arcaicas, lo cual era propio, en el siglo XVI, de las zonas nórdicas de Castilla y León¹⁸⁷. Así, formas verbales con terminaciones de sesgo arcaico o latinizante son algo más recurrentes en *Z*. En esa edición leeremos, por ejemplo, Sanct Francisco, y observaremos una recurrencia algo más acentuada de consonantes dobles que reflejan la incertidumbre ortográfica y fonética del castellano del siglo XVI. Así, «aviades», «dubdando», «acceptallo», «matallas», «truxesse», «affirmauan», «fechas», «Joan» y formas similares son ligeramente más frecuentes en *Z*; como también lo son sustantivos en los que una vez más se repiten consonantes dobles y el uso algo más extendido de la *x* en posición inicial e intervocálica; ambas tendencias parecen ser más asiduas en el siglo XV. Aludo a vocablos como «huesos», «cáscaras», «xeme» y «lexos», entre otros. Pero, en verdad, también habría que decir que algunas formas verbales y sustantivos, como los que he citado, aún reaparecen —aunque de manera más intermitente— en la segunda mitad del siglo XVIII y en la misma edición de los *Naufragios* que preparó Andrés González Barcia en 1749. Ese texto lleva, por primera vez, como título *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y relacion de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Panfilo de Narvaez* (sic). La narración de Núñez ocupa cuarenta y tres páginas del primer tomo de la serie inicial de *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, que junto, traduxo, en parte, y saco a la luz, ilustrados con eruditas Notas y copiosos Indices, el Ilustrisimo Señor D. Andres...* (sic) (Madrid, 1749). A pesar de lo que se lee en esa página titular, no hay notas que indiquen las correcciones que Barcia hizo a la edición de 1555, que es su base textual y punto de partida, aunque obviamente también conoció la de 1542¹⁸⁸. En este texto Barcia omite el proemio y la licencia que contiene la edición de 1555. Me parece evidente que los suprime para aligerar el tomo, ya que esta colección de historiografía americana era la primera que se producía en España con un afán moderno de divulgación cultural; y será, a su vez, el texto que dará pie a las frecuentes ediciones que aparecen —modernizadas en grados diversos— en los siglos XIX y XX. Barcia también será el primero en resolver todas las abreviaturas y en dar al texto una composición algo más despejada, haciendo, por ejemplo, que en la parte superior de cada página se indique en qué porción de la ruta expedicionaria ocurren los hechos. Debe señalarse que, en esta edición, se efectúan numero-

187 Aunque esa aseveración sólo puede corroborarse mediante el examen de una documentación amplia, veremos que en *Z* abundan las formas arcaicas. *Z*, «vella»; *V*, «verla»; *Z*, «Pantoxa», *V*, «Pantoja» (Cap. I); *Z*, «mochachos»; *V*, «muchachos» (Cap. VI); *Z*, «quantidad»; *V*, «cantidad» (Cap. V); *Z*, «descubrilla»; *V*, «descubrirla» (Cap. V); *Z*, «efeto»; *V*, «efecto» (Cap. XIV).

188 Billy T. Hart en su tesis doctoral titulada «*A critical Edition with a Study of the Style of La Relación by Alvar Núñez Cabeza de Vaca*», presentada a la Facultad de Letras de la Universidad de Southern California (1974), aporta un breve cotejo paralelo de ediciones en el que se confirma que Barcia conoció la edición de 1542 (p. XV). Interesa señalar que González Barcia escribió un *Ensayo cronológico para la historia de la Florida* que sólo he podido examinar en la traducción al inglés hecha por Anthony Kerrigan (Gainesville: University of Florida Press, 1951).

sas correcciones que serán reproducidas en los textos posteriores. Se regulariza la división de palabras que en *V* aparecen como: «ha/hasta»; «hallas-semos» (Caps. I, II); y se corrigen designaciones, topografía y nombres propios: «porcalles» > «Porcalles», «Alonso del castillo» > «Castillo»; «caxcauelles» > «cascaveles», y «Avana» > «la Habana» (Cap. II). Pero en el mismo capítulo permanecerá la forma arcaica en «Sant Antón». Al mismo tiempo comprobaremos que las concordancias que retiene Barcia también pueden ser confusas en «hacían seña» (Cap. IV); y más aún en el uso de mayúsculas: «A esta hora, el Agua i la Tempestad...»; y casi seguidamente: «En esta tempestad...» (Cap. I); Placales de la Mar... (Cap. V) «de allí vna Legua...» (Cap. I); «legua i media...» (Cap. V). Tampoco se resuelven siempre las apócope «grandes ruido» (Cap. I) o las formas de distaxia que retenía con frecuencia el castellano renacentista: «nos despachásemos de allí» (Cap. I). Con ser tan importante, la edición de Barcia es un texto arbitrario ya que no hay evidencia del criterio que le sirve de pauta en el proceso de transcripción y correcciones. Es difícil discernir cuáles fueron las directrices de esa edición, que, además, carece de notas¹⁸⁹. En términos generales se moderniza —según la equívoca ortografía dieciochesca— la puntuación y el uso de letras mayúsculas; se eliminan algunas de las consonantes dobles, frecuentes en sustantivos, en los imperfectos de indicativo, subjuntivo, adjetivos y formas adverbiales. Pero veremos que en el Cap. I aún aparecen «necessario», «massassen», «hallásemos», «promessas», «oficiales», «missa» y «commissario». Se efectúa la separación, ya necesaria, en «dellos», «de'l», y en general se sustituye la función vocálica de *y* (ysla); regularmente se utiliza la *e* por *i*; y la misma sustitución se efectúa en el uso de la *y* intervocálica «aiuda» > «ayuda», «boias» > «boyas», «ruydo» > «ruido» «ia» > «ya» (Cap. V). Del mismo modo, se sustituye la *z* por *c* en «bozes», pero a la vez se conserva la *x* en «lexos», «truxesen» y «dexar»; así como la *v* en *vna* y la *q* en posición inicial («qual», Cap. III). Con la excepción de formas verbales, la *h* en posición inicial tampoco tiene un uso regularizado, «acia», pero «hasta» (Cap. V). La configuración equívoca del texto se acentúa, todavía más, por el elevado número de erratas que luego se han reproducido sin mayores escrúpulos. Véase: «Indros», «fabian», «fortnaba» (Caps. V, XXIII).

Hoy sabemos que la edición de los *Naufragios* preparada por Enrique de Vedia para el tomo I de los *Historiadores primitivos de Indias*, que a su vez viene a ser el XXII de la *Biblioteca de Autores Españoles* —que se inicia en 1852— no es más que una reproducción, casi al pie de la letra, de la que hizo Barcia, sólo que algo más modernizada en sus aspectos ortográficos. En la edición de De Vedia, el texto de Cabeza de Vaca lleva como título *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado pánfilo de Narvaez* (sic), pp. 517-548. En general, esta edición es tan inconsistente como la de Barcia. Por ser así no debe verse como un estadio verdade-

189 El prólogo de Barcia a los *Naufragios* no revela, en modo alguno, una reflexión cuidadosa sobre las características centrales del texto.

ramente significativo en la evolución del texto. De mayor interés, por ser labor de un erudito mucho más minucioso, es la edición que preparó Manuel Serrano y Sanz y que aparece en el Vol. V de la *Colección de libros y documentos referentes a la historia de América* (1906). Esta edición es la mejor transcripción que, hasta entonces, se había hecho del texto de 1555. Contiene una reproducción de la página titular de la edición vallisoletana y al texto se añaden la licencia y proemio que omiten las ediciones de Barcia y Vedia. Serrano y Sanz resuelve todas las abreviaturas y moderniza el uso de mayúsculas, pero la puntuación es equívoca. Retiene plenamente la ortografía del siglo XVI. Pero no se nos aclara, en el largo y confuso estudio introductorio, qué pautas rigen esta edición. Verificaremos que son múltiples las correcciones hechas por Serrano y Sanz, pero rara vez se indican. Las notas al texto son brevísimas y muy dispersas. El más leve cotejo de la edición de 1555 con el texto de Serrano indica el rigor de este último y el registro amplio de correcciones. Pero siempre habrá que compulsar minuciosamente los textos para poder discernir cómo establece Serrano el suyo. Se advierte en seguida la supresión de paréntesis (Cap. I). En el Cap. II se observa el uso de mayúsculas —a la usanza del siglo XIX— en «Norte» y en las referencias a la topografía. Curiosamente, el régimen de puntuación seguido por Serrano muchas veces se aproxima más a Z, «el piloto auía dicho que sabía» (Cap. III). Muchos errores evidentes —pero no todos— en V se resuelven sistemáticamente en la versión de Serrano. Así, por ejemplo, en el Cap. VII de V se lee «Oiro» que a su vez se transcribe correctamente «Otro»; en el Cap. V se corrige el verbo que en V aparece en singular, «que los indios de la tierra nos sintiessen»; en el Cap. XIX, Serrano reorganiza de manera más coherente la oración: «Estando allí surtos...» El género de correcciones que se llevan a cabo aparecen, casi accidentalmente, anotadas en el Cap. XIX; notas que no reaparecen sino hasta el Cap. XXVIII, y en ese caso con un valor aclaratorio limitadísimo. Esas anotaciones valen como indicación ocasional del régimen de correcciones que se ha llevado a cabo¹⁹⁰. Ejemplos de las correcciones hechas por Serrano aparecen también en los Caps. XXIX y XXX. Es, en todo caso, el texto de Serrano el que utilizará la edición popular de Espasa Calpe, *Naufragios y Comentarios; con dos cartas*¹⁹¹ que se publicó en Madrid en 1922. Esta edición, aunque sin pretensiones de rigor textual, moderniza la puntuación y organiza otra división de párrafos, pero omite la licencia y el proemio. Contiene notas dispersas de valor secundario¹⁹². De ella derivan otras ediciones de índole similar que se señalan en la bibliografía.

En 1986 M. Favata y José B. Fernández publicaron una edición de los *Naufragios* en la que destaca un mayor rigor metodológico. Aparece titulada

190 He aquí otras erratas significativas corregidas por Serrano: «gonernador» (Cap. X); «estouieron» (Cap. XIII); «llenavan» por «llevavan»; «dondo» por «donde» (Cap. XII); «cobo» por «cabo» (Cap. XVII).

191 Se le ha añadido la *Relación de Hernando de Ribera* que versa sobre el gobierno de Núñez en Paraguay (p. 227).

192 Se refieren, ocasionalmente, a topografía, flora y fauna.

como *La Relación o Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (Maryland: Scripta Humanistica, 1986), pp. 172. En ella se cotejan Z y V, aunque la edición de 1555 es la que les sirve como obvia base textual. Al final de la narración aparece un registro bastante completo de variantes. Se procede en este texto a una modernización parcial de la ortografía del siglo XVI. Muchas notas reproducen las de Serrano y Sanz; y en lo que respecta al aparato crítico, se observa, en las notas, una ausencia de abreviaturas que despejarían el bagaje informativo que se repite innecesariamente. Para elucidar vocablos del siglo XVI, de ordinario se recurre al *Diccionario de la Real Academia*, lo cual impone valores semánticos contemporáneos que no siempre corresponden a los vigentes en siglos anteriores. Para la información etnográfica se acude a fuentes valiosas, y a otras de muy poco rigor científico y textual como es el caso de C. Covey¹⁹³. Esta edición posee un índice onomástico y topográfico así como una bibliografía bastante más extensa que las anteriores. El prólogo no añade información biográfica o de análisis textual; acaso es así porque los autores parecen desconocer, entre otros, los importantes estudios de Sancho de Sopranis y Enrique de Gandía. Con todo, esta edición es resultado de esfuerzos mucho más metódicos, y como tal es un aporte valioso y una etapa a considerar en la evolución textual de los *Naufragios*. En conjunto, la edición más documentada y precisa es la que preparó Billy T. Hart, que describo en la sección bibliográfica. Sin embargo, esa edición no resuelve abreviaturas y está concebida principalmente para lectores de habla inglesa. La introducción es informativa y amplia, pero contiene juicios analíticos sobre el texto que no trascienden los hallazgos de la estilística general. Abundan explicaciones gramaticales que interesan al contrastar la sintaxis española con la inglesa. Pero desafortunadamente su condición inédita y su pesado ensamblaje de tesis de grado restringen su disponibilidad, atractivo y utilidad.

de Santo Domingo (1571). En esta edición se han reunido los capítulos de los *Naufragios* que se publicaron en 1870 en la *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, según ya lo he indicado. La edición es una versión parcial de la edición de José B. Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (1933). Estos dos textos iniciales, de semejante autoría colectiva, se comparan aquí con las ediciones de 1555 y 1556. Al obrar de esa manera, creo que se pone a disposición del lector la apreciación más completa que hasta hoy existe de las escritas de Cabeza de Vaca. Como en otras ediciones, las relaciones puntuales a la postre se integran en sus lugares correspondientes. El programa que me he referido indica todas las variantes que he detectado. Asimismo algunas erratas presentes en Z y V, destacan también las incongruencias notorias, y a veces notables, que existen entre esas dos ediciones y las de primeras relaciones. Al preparar el texto de esta edición, además de tomar en consideración las transcripciones que prepararon sucesivamente Andrés González Barcia (1749), Enrique de Vedia (1852) y Manuel Serrano y Sanz (1906), he consultado la más rigurosa y la que me ha servido, con frecuencia, como marco de referencia, la edición de 1986. Los datos y procedimientos están elucidados ya en el apartado I, d.

193 Ver: p. 61.

Siendo el orden capitular de *F* — y para facilitar la lectura — proporcionalmente una división de párrafos algo más ligada. He modernizado la puntuación y el uso de mayúsculas, minúsculas, acentuación y división de palabras. Pero he mantenido las normas ortográficas y sintácticas del siglo XVI. He prestado también así para no desvirtuar la lectura original del texto, y también a entidades de que el lector siempre puede recurrir a numerosas ediciones modernizadas. Las notas al texto se han preparado para documentar en lo posible el contenido histórico, antropológico, literario y filológico de los *Naufragios*. Al preparar las notas también he tomado en consideración que este texto es un documento de primer orden para el estudio de la lengua.

I. (f)

CRITERIO QUE RIGE A ESTA EDICIÓN

EL TEXTO QUE ESTA EDICIÓN aporta es el resultado de una minuciosa transcripción de la edición de los *Naufragios* y *Comentarios* que se publicó en Valladolid en 1555. Ante la ausencia de manuscritos elijo esa, y no la edición original, publicada en Zamora en 1542; hago esta elección porque todo parece indicar que la *princeps* se hizo sin la supervisión de Alvar Núñez y, como tal, contiene erratas e incorrecciones de toda índole. No obstante, esta edición impulsa las variantes que existen entre los cuatro textos que hoy conocemos de los *Naufragios*. Los dos primeros, incompletos y designados ya en el apartado I, d como *R* y *O*, son las relaciones que Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes escribieron inicialmente (1536) para las autoridades virreinales de Nueva España, y meses más tarde para la Audiencia de Santo Domingo (1537). Una porción de la primera (equivalente a dieciséis capítulos de los *Naufragios*) se conserva en el Archivo de Indias y se publicó en 1870 en la ya aludida *Colección de documentos inéditos...* La segunda, según ya lo he indicado, la reprodujo parcialmente el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (1535). Esos dos textos iniciales, de supuesta autoría colectiva, se cotejan aquí con las ediciones de 1542 y 1555. Al obrar de ese modo, creo que se pone a disposición del lector la apreciación más completa que hasta hoy existe de los escritos de Cabeza de Vaca. Como sabemos, todas esas redacciones primarias a la postre se integran en sus famosos *Naufragios*. El cotejo a que me he referido indica todas las variantes que he identificado, incluidas algunas erratas presentes en *Z* y *V*; destaco también las discrepancias menores, y a veces notables, que existen entre esas dos ediciones y las dos primeras relaciones. Al preparar el texto de esta edición también he tomado en consideración las transcripciones que prepararon sucesivamente Andrés González Barcia (1749), Enrique de Vedia (1852) y Manuel Serrano y Sanz (1906). Es esta última la más rigurosa y la que me ha servido, con frecuencia, como marco referencial. Esos datos y procedimientos se han elucidado ya en el apartado I, d.

La edición de 1555 es la que he tomado como base para esta edición. He modernizado la puntuación y el uso de mayúsculas, minúsculas, acentuación y división de palabras. Pero he mantenido las normas ortográficas y sintácticas del siglo XVI. He prestado también así para no desvirtuar la lectura original del texto, y también a entidades de que el lector siempre puede recurrir a numerosas ediciones modernizadas. Las notas al texto se han preparado para documentar en lo posible el contenido histórico, antropológico, literario y filológico de los *Naufragios*. Al preparar las notas también he tomado en consideración que este texto es un documento de primer orden para el estudio de la lengua.

EL TEXTO QUE ESTA EDICIÓN aporta es el resultado de una minuciosa transcripción de la edición de los *Naufragios* y *Comentarios* que se publicó en Valladolid en 1555. Ante la ausencia de manuscritos elijo esa, y no la edición original, publicada en Zamora en 1542; hago esta elección porque todo parece indicar que la *princeps* se hizo sin la supervisión de Alvar Núñez y, como tal, contiene erratas e incorrecciones de toda índole. No obstante, esta edición impulsa las variantes que existen entre los cuatro textos que hoy conocemos de los *Naufragios*. Los dos primeros, incompletos y designados ya en el apartado I, d como *R* y *O*, son las relaciones que Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes escribieron inicialmente (1536) para las autoridades virreinales de Nueva España, y meses más tarde para la Audiencia de Santo Domingo (1537). Una porción de la primera (equivalente a dieciséis capítulos de los *Naufragios*) se conserva en el Archivo de Indias y se publicó en 1870 en la ya aludida *Colección de documentos inéditos...* La segunda, según ya lo he indicado, la reprodujo parcialmente el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (1535). Esos dos textos iniciales, de supuesta autoría colectiva, se cotejan aquí con las ediciones de 1542 y 1555. Al obrar de ese modo, creo que se pone a disposición del lector la apreciación más completa que hasta hoy existe de los escritos de Cabeza de Vaca. Como sabemos, todas esas redacciones primarias a la postre se integran en sus famosos *Naufragios*. El cotejo a que me he referido indica todas las variantes que he identificado, incluidas algunas erratas presentes en *Z* y *V*; destaco también las discrepancias menores, y a veces notables, que existen entre esas dos ediciones y las dos primeras relaciones. Al preparar el texto de esta edición también he tomado en consideración las transcripciones que prepararon sucesivamente Andrés González Barcia (1749), Enrique de Vedia (1852) y Manuel Serrano y Sanz (1906). Es esta última la más rigurosa y la que me ha servido, con frecuencia, como marco referencial. Esos datos y procedimientos se han elucidado ya en el apartado I, d.

180 He aquí otras erratas significativas corregidas por Serrano y Sanz: Cap. XI, *comen-
tario* (Cap. XIII); *deca* por *deca*; *deca* por *deca*; *deca* por *deca* (Cap. XVII).

181 Se le ha aludido en *Estudio de Historia de Nueva España* que versa sobre el gobierno de Nuñez de
Peraza (p. 217).

182 Se refiere, ocasionalmente, a *topografía*, *lira* y *luna*.

Siguiendo el orden capitular de *V* —y para facilitar la lectura— proporciono una división de párrafos algo más holgada. He modernizado la puntuación y el uso de mayúsculas, minúsculas, acentuación y división de palabras. Pero he mantenido las normas ortográficas y sintácticas del siglo XVI. He preferido hacerlo así para no desvirtuar la hechura original del texto, y también a sabiendas de que el lector siempre puede recurrir a numerosas ediciones modernizadas. Las notas al texto se han preparado para documentar, en lo posible, el contenido histórico, antropológico, literario y filológico de los *Naufraios*. Al preparar las notas también he tomado en consideración que este texto suelen manejarlo una gran variedad de lectores no familiarizados con el castellano del siglo XVI ni con la historiografía indiana.

Hasta donde el texto lo permite, he identificado la geografía, flora y fauna de esas regiones norteamericanas, así como las principales culturas precolombinas mencionadas o descritas por Cabeza de Vaca. A riesgo de incurrir en duplicaciones informativas, en el estudio introductorio repito algunos datos que también aparecen en las notas. Me permito hacerlo así porque para muchos lectores que consultarán esta edición los datos contenidos en las notas no siempre pueden localizarse con toda la brevedad necesaria. Otras aclaraciones, relacionadas con aspectos más limitados de esta edición, se enuncian en los diversos incisos del estudio introductorio.

II.

VALORACIONES DEL TEXTO

DE LOS NAUFRAGIOS

«La imaginación es la facultad que descubre las relaciones entre las cosas»

(Daxiano Paz)

Delimitaciones y esbozo del texto

EN TERMINOS GENERALES, las secuencias episódicas de los *Naufraios* se organizan en cinco segmentos diferenciados en contenido y ritmo expositivo.¹⁰⁰ El primero abarca los dos capítulos que marcan la salida de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y la llegada a La Española y a Cuba, así como la prolongada estancia de la expedición en esta última isla. La segunda parte termina destacando la relación de amistad que se establece con el gobernador de la Florida y la incursión de los españoles en el territorio de la Florida de Aute, en el norte de la península. Los capítulos de *Naufraios* hasta la aldea de Aute, en el norte de la península, se encuentran en el Cap. III y concluye en el VI. A partir del VII se comienza a palidecer el dinamismo y las partes correspondientes a la sucesiva conquista de Tallahassee y Apalachicola, las expediciones de los españoles para escapar de los rigores brutales del invierno y la lucha por sobrevivir con los indios. Construidas las embarcaciones, se parte en dirección oeste, rumbo a Nueva España. Los capítulos correspondientes a esta última secuencia de naufragios. Ese tercer segmento de la narración se inicia en el Cap. VII y culmina en el XV. Es un capítulo que describe los sufrimientos y vicisitudes sufridas por los españoles en la isla de Santa María. De allí en adelante, y ya con otro rumbo, la narración se centra en la sucesiva conquista de

¹⁰⁰ Para una valoración más detallada del contenido de los capítulos de *Naufraios* véase la introducción de este texto en: *Los Naufragios de Alonso Núñez Cabeza de Vaca*, *UNA N.º XXVIII*, n.º 1 (1999), pp. 169-186.

Siguiendo el orden capitular de *V* —y para facilitar la lectura— proporciono una división de párrafos algo más holgada. He modernizado la puntuación y el uso de mayúsculas, minúsculas, acentuación y división de palabras. Pero he mantenido las normas ortográficas y sintácticas del siglo XVI. He preferido hacerlo así para no desvirtuar la hechura original del texto, y también a sabiendas de que el lector siempre puede recurrir a numerosas ediciones modernizadas. Las notas al texto se han preparado para documentar, en lo posible, el contenido histórico, antropológico, literario y filológico de los *Naufregios*. Al preparar las notas también he tomado en consideración que este texto es un clásico de la literatura de viajes y que debe ser familiarizado con el castellano del siglo XVI en su totalidad.

Hasta donde el texto lo permite, he identificado la geografía, flora y fauna de esas regiones norteamericanas, así como las principales culturas precolombinas mencionadas o descritas por Cabeza de Vaca. A riesgo de incurrir en duplicaciones informativas, en el estudio introductorio repeto algunos datos que también aparecen en las notas. Me permito hacerlo así porque para muchos lectores que consultarán esta edición los datos contenidos en las notas no siempre pueden localizarse con toda la brevedad necesaria. Otras aclaraciones, relacionadas con aspectos más limitados de esta edición, se encuentran en los diversos incisos del estudio introductorio.

II. (a)

SOBRE LA CONFIGURACIÓN NARRATIVA DE LOS NAUFRAGIOS

«La imaginación es la facultad que descubre
las relaciones entre las cosas»

(Octavio Paz)

Delineamientos y estirpe del texto

EN TÉRMINOS GENERALES, las secuencias episódicas de los *Naufregios* se organizan en cinco segmentos diferenciados en contenido y ritmo expositivo¹⁹⁴. El primero abarca los dos capítulos que narran la salida de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y la llegada a La Española y a Cuba, así como la prolongada estancia de la expedición en esta última isla. En segundo término, destaca la relación de hechos que se inician con el desembarco en la Florida y la incursión que hace la expedición de Narváez hasta la aldea de Aute, en el norte de la península. Esa segunda porción del relato se inicia en el Cap. III y concluye en el VII. A partir de ese momento comienzan a palidecer el dinamismo y las proyecciones futuras de la empresa conquistadora. Recordaremos que en aquellos parajes, situados hoy entre las ciudades de Tallahassee y Apalachicola, los españoles construirán naves para escapar de los rigores brutales del entorno y la lucha casi constante con los indios. Construidas las embarcaciones, navegan bordeando la costa en dirección oeste, rumbo a Nueva España, hasta dispersarse en una sucesión calamitosa de naufragios. Ese tercer segmento de la narración se inicia en el Cap. VII y culmina en el XV. Es en esas páginas donde comienzan a narrarse las vicisitudes sufridas por los españoles en la isla de Mal Hado. De allí en adelante, y ya con otro timbre, la narración se torna introspectiva e imprecisa, acaso

194 Para una valoración más detallada del texto véase mi estudio: «Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufregios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *N.R.F.H.*, XXXVIII, n.º 1 (1990), pp. 163-196.

porque refleja el largo ciclo de humillaciones y aislamiento por el que pasan los cuatro últimos supervivientes de la expedición. Esa cuarta etapa del relato, que es la más extensa y compleja, concluye en el Cap. XXXIII. En los últimos cinco capítulos —que constituyen el quinto segmento narrativo—, Cabeza de Vaca y sus compañeros finalmente detectan la presencia alentadora de tropas españolas que recorrían regiones nórdicas de Nueva España. Son esas páginas las que sirven como conclusión a los *Naufragios*, y en ellas resaltan los dos últimos capítulos, ya que en ellos se narra la llegada de los supervivientes a Nueva España, las profecías inesperadas de la Mora de Hornachos y, también, el retorno, un tanto novelado, de Alvar Núñez a Castilla¹⁹⁵.

En su configuración primaria el texto de Cabeza de Vaca acata los preceptos retóricos que guiaban la preparación de relaciones, según estas se prescribían en los reglamentos forenses derivados de las artes notariales del Medioevo¹⁹⁶. El diseño de la *relación*, como tipología diferenciada —según señaló por primera vez Roberto González Echevarría— conserva, en parte, su estirpe epistolar que de hecho nos remite a las cartas reales y de provisión. Eran éstos, documentos severos que resumían las comunicaciones oficiales entre funcionarios e instituciones de la Corona. En lo que se refería a las Indias, durante las primeras décadas de la Conquista, los funcionarios recibían, al partir, instrucciones precisas en las que se indicaba lo que debían informar a la Corona y cómo hacerlo. Tal fue el caso de Alvar Núñez cuando éste asume sus funciones como tesorero y alguacil mayor de la expedición de Narváez. Esos documentos —derivados en parte de los edictos imperiales romanos y de las *Instituciones* de Justiniano¹⁹⁷— no sólo especificaban las responsabilidades de funcionarios supervisores, sino que además señalaban cómo debían desempeñarse los cargos, tanto en el ámbito de las prerrogativas oficiales como en un plano individualizado¹⁹⁸. Se trataba de

195 El ataque de piratas y corsarios franceses, así como las exclamaciones imaginativamente transcritas por Núñez en un portugués incorrecto, son datos hoy no verificables que Cabeza de Vaca, muy probablemente, añadió a su relato como incentivo adicional, y muy afín por cierto al gusto literario de la época, según veremos en el apartado II, d.

196 El impacto de esa tradición retórica lo elucida Roberto González Echevarría en su estudio: «The Law of the Letter...», n.º 28. Véase también: James J. Murphy, *Rhetoric in the Middle Ages: A History of Rhetorical Theory from Saint Augustine to the Renaissance*. (Berkeley: University of California Press, 1974), pp. 194-268; Alfonso García Gallo, *Estudios de historia del derecho indiano* (Madrid: Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1972); pp. 123-286.

197 En las *Instituciones* de Justiniano, comentadas por Gayo, se abogaba por informes que hicieran minuciosa referencia a «personas, cosas y acciones». Ver: Eugène Petit, *Derecho romano*. Trad. de José Fernández González. (México: Editorial Época, 1977), pp. 72-73.

198 Ver: *C.D.I.*, XIII, p. 265. En esos documentos se estipulan los encargos oficiales que la Corona hacía a Pánfilo de Narváez. Por su parte, Buckingham Smith, en su ya citada *Relación...* añade, como apéndice, las instrucciones que la Corona (a través de Francisco de los Covos) daba a Cabeza de Vaca el 15 de febrero de 1527 en Valladolid, pp. 218-223. Datos mucho más precisos sobre las responsabilidades asignadas a escribanos, alguaciles y otros funcionarios de la Corona en América aparecen en *C.D.I.* Vol. XXIV. Ed. de Ángel de Altolaguirre y Duvalé (Madrid: Academia de la Historia, 1931) Libro II, p. 306; IV, p. 112; V, pp. 112, 134, 276, 324, 325.

disposiciones de gobernación emanadas del poder real en el ejercicio de sus funciones rectoras; funciones que siempre fueron vigiladas con especial esmero en Indias, según lo verifican innumerables cédulas reales y todo el vasto aparato del derecho indiano¹⁹⁹. Así, las *relaciones* que derivaban de esas medidas de gobierno eran leídas con sumo cuidado por los funcionarios del Consejo de Indias, por cronistas imperiales y, con anterioridad, por autoridades virreinales²⁰⁰.

En esas relaciones se procuraba la información solicitada, que a su vez respondía a las exigencias de la *Copulata* de leyes de Indias. Estos datos, resumidos en extremo, documentan la minuciosidad con que se administró el derecho indiano y el rigor con que la Corona vigiló sus asuntos legales —por leves que éstos fuesen— sobre todo si lo escrito estaba vinculado a procesos de gobernación y recaudaciones²⁰¹. Esa era, en la práctica, una tradición originada en las legislaciones romanas, pero que se vería incrementada por la notable tensión litigante que se había desarrollado en Castilla a lo largo del Medioevo; tradición que cobra aún mayor ímpetu al iniciarse la colonización del Nuevo Mundo. Con el tiempo, al amplio séquito de letrados y leguleyos también se incorporaría Alvar Núñez, al ocupar éste los cargos que la Corona le asignó en la expedición de Narváez. Recordaremos que es él quien, con mentalidad de funcionario estricto, informará desde Cuba sobre la marcha infortunada de una expedición que aún no había alcanzado su destino²⁰². Algún tiempo después, ya en la Florida, al suscitarse el primer desacuerdo entre Narváez y Cabeza de Vaca, este último se comportará según los formulismos legales que se convocaban para resolver desavenencias y porfías entre funcionarios con responsabilidades disímiles.

El gouernador [nos dice Núñez] siguió su parecer y lo que los otros le consejauan; yo, vista su determinación, *requeríle de parte de Vuestra Magestad* que no dexasse los nauíos sin que quedassen en puerto y seguros, *y así lo pedí por testimonio al escriuano que allí teníamos*. El respondió que, pues él se conformaua con el parecer de los más de los otros oficiales y comissario, que yo no era parte para hazerle estos requerimientos, y pidió al escriuano le dicesse por testimonio como por no auer en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni

199 Ver: *C.D.I.*, pp. 77, 80, 537, 540.

200 La carta que sobre Cabeza de Vaca y sus compañeros envió el virrey Antonio de Mendoza a la Emperatriz es prueba indirecta de ese minucioso control. *Ibid.*, p. 235. Datos muy útiles sobre esos controles aparecen en el valioso estudio de Manuel de la Puente y Olea, *Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1950).

201 Así, en el proemio de Pedro Cieza de León a su *Crónica del Perú* se esboza ya la inmediata función utilitaria que el cronista asigna a sus escritos, de cara, sobre todo, a los intereses materiales de la Corona. Edición de Carmelo Sanz de Santa María (Madrid: C.S.I.C., 1984). Es ésta, con mucho, la mejor edición que poseemos de ese importante texto.

202 Esa relación de 1527 —en contraste con los textos posteriores de 1536, 1537, 1542 y 1555— debió hacer referencia a hechos muy limitados, ya que aún no se había iniciado la exploración de la Florida. Ese texto se desconoce.

puerto para los nauíos, leuantaua el pueblo que allí auía assentado e yua con él en busca del puerto y de tierra que fuesse mejor (Cap. IV)²⁰³.

Al evaluar textos de la envergadura constitutiva de los *Naufragios* es imprescindible que comprendamos, ante todo, los imperativos que motivaron la gestación de esos escritos, así como las directrices institucionales que regían la preparación de los mismos. Son precisiones de esa índole las que nos permitirán reconocer el formato básico que sirvió como punto de partida a las relaciones de Indias en los siglos XVI y XVII²⁰⁴. Esas distinciones son aún más relevantes cuando advertimos que los documentos informativos, preparados por funcionarios, conquistadores y clérigos, al pasar los años, se convertirán en un estrato fundamental del discurso histórico y cultural que produjeron los descubrimientos y colonización del Nuevo Mundo. Al incidir en estas cuestiones hay que reparar en que el estrecho formato de la *relación* inevitablemente sufrirá alteraciones considerables ante las novedosas exigencias colectivas y personales que se afrontaron en las Indias. Puede inferirse que las fórmulas y giros canonizados por la retórica forense sirvieron para otorgar un barniz de autoridad y verosimilitud al contenido, a veces descomunal, que exhibían aquellos documentos²⁰⁵. Pero, como era de esperar, el alcance de esos rígidos convencionalismos expositivos, y los latiguillos propios de un discurso de leguleyos, pronto se vio desbordado por proyectos narrativos que iban mucho más allá de la habitual constatación de los hechos²⁰⁶. El registro descriptivo de los *Naufragios* confirma, en varios planos, ese proceso amplificativo que repetidamente trasciende el inventario fáctico propio de las relaciones.

Análogamente puede decirse que la *relación*, como modalidad expositiva, se dilató de modo tan considerable que numerosos relatores cultos y de indiscutible importancia histórica llegaron a considerarla, por extensión, como equivalente de las narraciones históricas propiamente dichas. Para Zárate, el Inca Garcilaso, Cieza de León y Bernal Díaz «hacer relación» será, en muchos trances, tarea muy similar a la reconstrucción de un complejo proceso histórico. En otros órdenes, es igualmente cierto que la *relación* novomundista, al diversificar sus objetivos, superará el programa narrativo de la crónica medieval tanto como las codificaciones de la historiografía clásica

203 Mis anotaciones al texto aclaran el vocabulario legal utilizado en esta cita. Las cursivas son mías.

204 Esas particularidades formales, emanadas en parte del *Código Rolandino*, las elucida Roberto González Echevarría en su libro *Myth and...*, n.º 28.

205 Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés ejemplifican la relevancia que asume ese legado forense en la historiografía indiana. Ver: Stephanie Merrim, «Auto-bio-graphy, History and Cortés' Segunda Carta-Relación», *Dispositio* XI, n.º 28-29 (1986), pp. 57-84.

206 *La historia verdadera...* de Bernal Díaz del Castillo y las relaciones sobre las acciones de Aguirre en Suramérica son ejemplos vívidos de ese proceso de amplificación narrativa. Estos últimos textos son asequibles en: *Lope de Aguirre: crónicas 1559-1561*. Ed. de Elena Mampel González y Neus Escandell Tur (Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona, 1981).

que tantas veces sería modelo para narraciones que, sobre las Indias, elaboraron cronistas y funcionarios²⁰⁷. Pero veremos que no es ése el caso de los *Naufragios*. No hay evidencia corroborable de que Núñez estuviese familiarizado con las formas de realización histórica que instituyó la tradición grecorromana. Por el contrario, lo que a menudo le distingue no es la presencia de conceptualizaciones historiográficas o teológicas, sino más bien un crudo exceso de literalidad, así como el afán por ensayar formulaciones testimoniales que se aproximan notablemente al diario; es decir, una redacción que pretende circunscribirse a la vivencia inmediata pero que irónicamente muchas veces también será la glosa, casi desesperada, del que no alcanza a decir lo que ha conocido.

Si bien es ése el cariz general del enunciado en los *Naufragios*, lo mismo no podría decirse de su proemio. El más ligero cotejo delata la sutileza argumentativa de ese texto liminar de ofrecimiento al monarca. Más aún: en su configuración sintáctica y conceptual el proemio aparece como antítesis formal de casi todo lo que Núñez nos relata en los treinta y ocho capítulos de su *Relación*. Pienso que es oportuno retomar, muy brevemente, las páginas de ese proemio porque en ellas se confirman refinamientos expositivos que no serían los habituales en escritos debidos a figuras de mediana extracción castrense. Los que Cabeza de Vaca maneja en ese texto no son los códigos ideados simplemente para asentar hechos, sino más bien los que solían aprovecharse para hacer glosa sutil del que escribe y de su obra²⁰⁸. Se trata, por cierto, de un texto que ilumina, indirectamente, el casi secreto trasunto cultural de Alvar Núñez. Refiriéndose al proemio de los *Naufragios*, el hispanista norteamericano Robert E. Lewis ha llegado a conclusiones de interés que quisiera esbozar ahora. Señala Lewis que el proemio escrito por Cabeza de Vaca difiere, en varios órdenes, de los que entonces se escribían como marco inicial de narraciones históricas. Destaca el mismo autor la ausencia de tópicos habituales como los rigores que impone la tarea historiográfica, la falsa modestia o la descripción de fuentes manejadas por el escritor. Es cierto que algunos de esos tópicos se atenúan en los *Naufragios*²⁰⁹. Pero, aunque así sea,

207 Sobre el vasto legado de la historiografía clásica véase: A. Gerbi, pp. 170-231; 265-306; Elliott, *El Viejo...*, pp. 9-41; mi *Vocación...*, n.º 24, pp. 15-95; y el importante libro de Margarita Zamora *Language, Authority and Indigenous History in the Comentarios Reales de los Incas* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

208 Ejemplos idóneos de esa postura expositiva aparecen en los proemios que el Inca Garcilaso redactó para su traducción de los *Diálogos de amor* (1590) de León Hebreo y para su *Florida* (1605) y *Comentarios reales* (1609, 1617). Con menos recursos argumentativos, y mayor ansiedad, otro tanto hace Bernal Díaz al confesar en su proemio: «Tengo que acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aún no se han acabado... pido... que no se quiten ni añadan más letras.» Ed. de Carmelo Sanz de Santa María (Madrid: C.S.I.C., 1982). Esta, como la de Cieza, es la única edición genuinamente crítica de ese valioso texto.

209 No olvidemos que Núñez no podía remitirse a versiones anteriores sobre aquellos hechos y regiones, como sí pudieron hacerlo Bernal Díaz, el Inca Garcilaso y el padre Acosta cuando escribieron sus respectivas obras. Esa ausencia de precedentes otorgó una libertad expositiva a Núñez que debió facilitar la obvia soltura que algunas veces alcanza su redacción.

desde otro ángulo de lectura advertiremos que tópicos de reconocida envergadura retórica se deslizan entre las mortificadas alusiones que Núñez hace a su pasado e infortunios. Creo que lo que percibimos, en ese texto introductorio, es una elección, acaso más restringida y tenue, de codificaciones retóricas propias de este subgénero²¹⁰.

En su fase inicial se insinúa la *laudatio* al monarca como merecedor de la obediencia de todos, y se ofrece su caracterización, retóricamente institucionalizada, como estandarte de la justicia y de la fe. En todo sentido, esa formulación sigue muy de cerca las normas expositivas que se observan en proemios debidos a figuras ilustradas de la época²¹¹; y de raigambre no menos tópica es la implícita alusión a la *fortuna*, a la que —como base de tantos equívocos— se atribuyen bienaventuranzas y fracasos. Además, todo lo que seguidamente se relata en su proemio, para justificar las vicisitudes que algunos padecen, le sirve al autor para expresar —veladamente— otra modalidad, sólo que más sutil, de su afectada modestia:

sin culpa de nadie, más por sola voluntad y juyzio de Dios, donde nasce que vno salga con más señalados seruicios que pensó, y a otro le suceda todo tan al reués, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia; y aún esta queda a las vezes tan encubierta que no puede boluer por sí.

Tras una cuidadosa conceptualización de sesgo paraléptico, se nos hace evidente que entre sus diligencias figuró la escritura de su propia *Relación*, y no solamente la hazaña exploratoria como tal. Excepto que, en su caso, hasta esa labor narrativa —que Núñez quiso perfeccionar casi obsesivamente hasta el fin de sus días— permanece «encubierta» al no haber logrado plenamente su objetivo como escritor. Pero queda claro, a la vez, que esa afirmación suya ya estaba contradicha por la existencia de relaciones anteriores, así como por la de un texto impreso, y por la inminencia de una segunda edición —con licencia real— de sus escritos. Obsérvese, además, que esa afectada y disminuida visión de su labor escritural aparece vinculada, en el revés de ese pasaje, a los tópicos antes mencionados de la *fortuna*, *mediocritas mea* y *excusatio propter infirmitatem*²¹². Si se explora con algún detenimiento la articulación retórica indirecta de otros formulismos —cuyos antecedentes nos son bien conocidos en la tradición clásica, así como en tratados y glosas medievales—, veremos que Núñez, al concluir su proemio, nos avisa que en su *Relación* se leerán «cosas muy nuevas, y para algunos difíciles de

210 Las codificaciones propias de los prólogos las ha estudiado detalladamente Alberto Porqueras Mayo en sus obras: *El prólogo como género literario* (Madrid: C.S.I.C., 1957); *El prólogo en el renacimiento español* (Madrid: C.S.I.C., 1965).

211 Véase, por ejemplo, los prólogos de Pedro Mexía a la *Silva de varia lección* (1540) y a su *Historia imperial y cesárea* (1547), así como el de Francisco López de Gómara a su *Historia...*, n.º 8, entre otros.

212 La utilización de esos tópicos y sus variantes se ha elucidado minuciosamente en la obra de Ernest Curtius *European...*, pp. 84, 149, 411, 460.

creer». Esa declaración, aparte de ser cierta, retoma, desde su configuración reiterada, dos vertientes retóricas que nos dirigen simultáneamente a la épica e historiografía clásica, así como a la patrística. Es fácilmente comprobable que la aseveración de Núñez tiene antecedentes en textos de Herodoto, Séneca y Dante, según veremos en las páginas que siguen.

Advertiremos, por igual, que las matizaciones que hace el relato: en los *Naufragios* equivalen a las conocidas proposiciones retóricas que emite aquel que nos «trae noticias sin precedentes»; y a ello suele añadirse que es su deber «compartir conocimientos valiosos y recién adquiridos». Con ese mismo sentido nos avisa el *Libro de Aleixandre* (1252), en su comienzo, que: «Debe de lo que sabe omne largo ser»²¹³. Vinculándose a esa tradición expositiva, Núñez caracteriza su *Relación* como una obligación que debe al monarca, y simultáneamente nos comunicará que lo que en ella se relata «es auiso, a mi parescer, no liuiano, para los que en su nombre [del Rey] fueren a conquistar aquellas tierras». Con anterioridad a esa tradicional formulación didáctica nos confesará la excepcionalidad de noticias que ahora ofrece porque «no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy estrañas tierras que anduue perdido y en cueros, pudiesse saber y ver...»²¹⁴. No menos clara es la tácita alusión —formalizada retóricamente— que Núñez hace a su memoria como espacio en el que se iba recopilando todo lo ocurrido: «y todas las otras particularidades que pude alcançar y conoser, que dello en alguna manera Vuestra Magestad será seruido; porque aunque la esperança que de salir de entre ellos [los indios] tuue siempre fue muy poca, el cuydado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo...» Las referencias literales y metafóricas a la memoria, como facultad en la que se inscriben datos y toda genuina sabiduría, son numerosísimas en la antigüedad clásica y también en la cultura del humanismo renacentista.

La memoria es, en efecto, la *tabula rasa* de Alberto Magno y santo Tomás de Aquino y «página en la que todo puede escribirse», según ya lo había señalado Aristóteles²¹⁵. Lo irónico es, como bien lo ha destacado Lewis, que

213 Para el linaje de tópicos como «noticias excepcionales o insólitas», «la necesidad de compartir lo aprendido», ver: *ibid.*, pp. 86, 88, 477.

214 Otras variantes de esa fórmula, de raíz devocional, aparecen en Curtius, *ibid.*, p. 546.

215 *Ibid.*, pp. 304, 307, 326. La vigencia literaria y teológica de la memoria, como tópico de amplia significación, se documenta, por ejemplo, en el tratado que publicó en Perusa el mexicano fray Diego Valadés (1533-?), de la Orden de los Observantes de San Francisco, titulado *Rhetorica cristiana* (1579). Se trata de un libro que instruye a futuros predicadores en el Nuevo Mundo, pero que también incide, con cierta minuciosidad, en el arte de la memoria o *ars memorativa*. Ver: Esteban Palomera, S.J., *Fray Diego Valadés O.F.M. Evangelizador humanista de la Nueva España*. II Vols. (México: Editorial Porrúa, 1962). Sabido es, por otra parte, que tanto Alberto Magno como santo Tomás de Aquino habían tratado, en detalle, el tema de la memoria que en un principio suscitó Simónides y que fue exaltado a su vez por Cicerón tanto en su *De Oratore* (II, LXXXVI) como en *Herennium libri* IV. El tratado de Valadés, como los de Gulielmus Leporeus, *Ars memorativa* (1520), y muchos otros, ofrecían explicaciones gráficas y

la memoria también será responsable, con el paso de los años, de la ambigüedad temporal e informativa²¹⁶; sólo que esa ambigüedad dará al texto una latitud semántica que parcialmente compensa las supuestas pérdidas de su facticidad. Por último, comprobaremos que, en el proemio de sus *Naufragios*, Núñez hace exégesis de su persona en términos muy próximos a las expresiones devocionales de humildad²¹⁷; matizaciones esas que, en otro orden, rimaban con su secreto propósito de regresar a Norteamérica —como gobernador— para enmendar el fracaso de Narváez y llevar a cabo la deseada conversión de los indios²¹⁸. Sin necesidad de precisiones adicionales, el texto que he glosado sugiere la discreta proximidad de Núñez a una tradición culta; hecho este que sus comentaristas han sospechado y que en alguna medida confirman las codificaciones que he identificado en su proemio, y que más adelante señalaré en varios pasajes de sus *Naufragios*. En más de un sentido, las notaciones expuestas hasta aquí revelan una confluencia de resortes expositivos que nos aclaran, por sí solos, la fisonomía diversa y a veces contrapuesta de la escritura en los *Naufragios*. En la medida que sus propósitos lo requerían, el texto asimiló las aportaciones de un legado forense, religioso y humanístico que se había consolidado en el espacio intelectual mediterráneo, sobre todo a partir del siglo XV. Así, los *Naufragios*, al igual que otras narraciones de tema americano, aparecen como una entidad discursiva pluralizada que resiste todo intento de clasificación simplista. La manifiesta urdimbre híbrida del texto contribuía, sin sospecharlo, a la consagración de una tipología novedosa del discurso histórico; tipología señalizada, desde entonces, por una flexibilidad expositiva que tiene su razón de ser en la interdependencia de sus variadísimos componentes y en la frecuente dinámica autobiográfica de los textos.

Notas sobre la directriz autobiográfica

Sabemos que la tentación y necesidad de hacer historia desde la vivencia personal es rasgo distintivo de buena parte de la historiografía indiana. Es comprensible que ante la excepcionalidad de lo que se relataba, muchos de aquellos cronistas improvisados buscaran el apoyo que podía brindarles

conceptuales de la localización y alcance de la memoria; conceptualizaciones que son, por cierto, de obvia raíz aristotélica. Para otras consideraciones ver: Francis A. Yates, *El arte de la memoria* (Madrid: Edit. Taurus, 1974); y el excelente tratado de René Taylor, *El arte de la memoria en el Nuevo Mundo* (San Lorenzo de El Escorial, Madrid: Editorial Swan, 1987). La importancia de la memoria, en la tradición retórica, la elucida Dorothy Severin en *Memory in La Celestina* (Londres: Tamesis, 1970).

216 Obsérvese que la utilización retórica de esos tópicos, así como el de «la autoexégesis» (Curtius., pp. 221-225), son, a la postre, resortes ideados para establecer un ascendente nivel de autoridad narrativa; nivel que debe verse en los *Naufragios* como complementario de la creciente proyección autobiográfica que exhibe el texto.

217 Curtius, pp. 621, 632.

218 Sobre ese proyecto de Núñez ver mi: «Pesquisas...», n.º 112.

la confirmación testimonial que genera la primera persona. Esa opción también se hizo factible, y a la vez seductora, debido a la ausencia de reglamentación historiográfica, así como de textos autorizados en los que ya se hubiesen descrito aquellas regiones y sus habitantes²¹⁹. Pero no basta con aludir a esos factores coyunturales. Además, ocurre que muchos optaron por la redacción personalizada para reivindicar prerrogativas individuales y, también, para manifestar repulsas o sustentar frecuentes querellas de todo tipo²²⁰. Es en parte por esas razones que los textos de Hernán Cortés, Bernal Díaz y el Inca Garcilaso, entre otros, exhiben formas tan eficaces, y a la vez evasivas, de argumentación; son, casi siempre, recursos compositivos que nos sorprenden, tanto por su variedad como por las sutilezas conceptuales que alcanzan²²¹. Con las salvedades del caso, otro tanto podría decirse de los *Naufragios*. Pero antes de identificar las posturas que el relator asume ante el texto —y que deben verse como parte integral del mismo— se hacen necesarias algunas precisiones que la mayoría de los comentaristas han desestimado, acaso por no estar familiarizados, en sus pormenores, con la secuencia de redacciones que a la postre se funden en los *Naufragios*. En páginas anteriores he indicado que Cabeza de Vaca comenzó a preparar probanzas y relaciones porque informar era inherente a los deberes que estipulaban sus cargos. De simple índole informativa debió ser la primera relación que Núñez enviaba a la Corona desde Cuba. Ese texto —hoy desaparecido— sería, con toda seguridad, una escueta exposición legal, como solían serlo las probanzas y testimonios que entonces requerían tribunales y consejos²²². Similar, en tono, también debió ser la relación que Cabeza de Vaca entregaría al virrey don Antonio de Mendoza cuando el andaluz y sus tres acompañantes llegaron semidesnudos a Nueva España en el verano de 1536. De ella reproduzco el fragmento que sigue:

Partio Pánfilo de Narváez de Sanlucar a siete dias del mes de Junio de mil quinientos veinte y siete años. La conquista que llevaba era desde el Río de las Palmas hasta la punta de la Florida que está en tierra firme, con cinco

219 Existieron cédulas y traslados de diversas reglamentaciones que guiaban la labor descriptiva y transmisora de cronistas oficiales. Sin embargo, la programación institucionalizada de los proyectos historiográficos de la Corona se llevaron a cabo tardíamente, y a la postre sin mejores resultados; la reglamentación se instituye sobre todo a partir de 1569, con las visitas de Juan de Ovando al Consejo de Indias. Ver: Marcos Jiménez de Espada, «El código ovandino», *Revista Contemporánea*, LXXXI (1891), pp. 229-299.

220 De esa índole serían, por ejemplo, las relaciones y probanzas que versan sobre las medidas tomadas por Alonso Dávila en Yucatán, o las que describen las acciones del piloto Andrés Niño en el Mar del Sur, entre muchas otras. *C.D.I.*, pp. 5, 128 y sigtes.

221 Ver: John H. Elliott, «The Mental World of Hernán Cortés», *Transactions of the Royal Society*, XVII (1967), pp. 41-58; y mi *Historia...*, n.º 9, pp. 6-27.

222 En su acepción más generalizada, probanzas eran testimonios que aducían las pruebas requeridas por tribunales para procesar querellas. Sin embargo, en otros contextos asumían más bien el carácter de informes. Las diferencias —en cuanto a mecanismos expositivos— se observa en las recopiladas por Torres Mendoza, *C.D.I.*, pp. 540, 553.

naos y setecientos hombres... Llegaron a Santo Domingo, donde estuvieron quarenta días: de allí fueron a Santiago de Cuba, que es puerto, a donde pasaron una muy grande tormenta, que llaman uracan en aquellas partes, y perdieron mucha gente y mantenimiento; llevó de aquí el Gobernador para la conquista cuatrocientos hombres y ochenta caballos; de aquí fueron y toparon en los bajos que llaman Canarco, donde estuvieron veinte y cinco días tocando con las quillas, y de allí fueron a Guaniguanico, donde les tomó una tormenta que estubieron para perderse, en Cabo de Corrientes otra, y de allí, yendo a la Habana, queriendo entrar, les tomó un tiempo de Sur que les desvió della y echó a la Florida... (sic)²²³

Aparte de las discrepancias informativas que obviamente existen entre este texto y las ediciones de 1542 y 1555²²⁴ percibimos, en esta relación, la tercera persona relatora de un escribano que, partiendo de fechas y ubicaciones, describe lo ocurrido. En páginas anteriores (I, d) he descrito la azarosa evolución del texto. También he indicado que Fernández de Oviedo se apoderará de la relación que Núñez, Castillo y Dorantes enviaron a la Audiencia de Santo Domingo para casi darnos la impresión de que lo que en ella se relata es principalmente suyo. «Tornemos —nos dice el cronista después de una de sus frecuentes digresiones— a la historia, que no habemos llegado al cabo, aunque de la gente de Narváez ya no nos quedan sino tan pocos hombres...» (O, p. 299). Aunque en porciones anteriores de este estudio introductorio he señalado las prerrogativas de relator privilegiado que el cronista oficial se otorgaba, he creído oportuno añadir esta cita porque en ella se comprueban las libertades que Oviedo se permitía al glosar la relación que obtuvo de Cabeza de Vaca y sus compañeros:

Hacedme agora saber los que habeis leído, si oistes ni supiste de otra gente tan desdichada ni tan trabajada ni tan mal aconsejada. Buscad esa peregrinación de Ulixes, o esa navegación de Jasón o los trabajos de Hércules, que todo eso es ficciones e metáforas, que entendidas como se deben entender, ni hallaréis de que os maravillar, ni son comparación igual con los trabajos de estos pecadores que tan infelice camino e fin hicieron... ¡Oh maldito oro! Bien creo yo que si al precio que estos [supervivientes] hobieron aquella manta (que ha dicho la historia que se le quedó a Narváez a vuelta de aquella pedrada)... pero esas [las capas y pieles de príncipes] cómpranse con dineros, y esto otras con sangre... (O, p. 299).

Ésta, entre otras glosas de Oviedo, me parece significativa de cara a nuestros propósitos. Se verá que la alusión a lo relatado por los tres peninsulares, sobre la aventura trasnochada de Narváez, aparece inserto en sus comentarios tal y como si la relación de los tres españoles no fuese más que un lateral punto de apoyo para sus conclusiones y exégesis.

223 *Ibid.*, pp. 265-266. Trinidad Barrera López, en un estudio muy reciente, destaca las diferencias entre el manuscrito que posee el Archivo de Indias y el texto que acabo de citar. Ver: n.º 166.

224 En esta edición se compulsan las variantes que existen en textos redactados parcial o íntegramente por Cabeza de Vaca.

Aunque en algunas ocasiones Oviedo designa a Cabeza de Vaca como autor principal de la relación que él comenta, debe destacarse que el cronista asigna a Dorantes y a Castillo acciones que, luego en sus *Naufragios*, Núñez reclamará como suyas. De cualquier modo, en la relación que conoció Oviedo, el texto de los supervivientes se percibe como entidad pasiva sobre la que él construye su caprichosa exégesis. Desde la perspectiva que impone el comentario textual, los tres españoles parecen ser protagonistas de aquellos hechos, pero casi en igualdad de condiciones. A la vez, confirmaremos que las aventuras de éstos se hacen algo más distantes debido a las mordaces anotaciones que Fernández de Oviedo hace, sobre todo al evocar la persona de Narváez: «Pareceos, lector —dice el cronista— que es buen pasatiempo el que estos pecadores cristianos traían... Querría yo que me dijese que les predicaron esos frailes e Pánfilo de Narváez a aquellos españoles que tan ciegos se fueron, dejando sus patrias tras falsas palabras» (p. 290).

A los efectos de las valoraciones que contiene este apartado, esa subordinación del texto que Núñez y sus compañeros redactaron al discurso oficial que Oviedo produce, no nos permite un conocimiento satisfactorio de la relación que había llegado a la Audiencia. Se interponen entre ese texto —hoy desaparecido— y nosotros las frecuentes y casi obsesivas intervenciones de Oviedo. Para colmo, el cotejo de esa relación con los *Naufragios* nos induce a pensar que el cronista mutiló porciones de la narración que no se ajustaban a su plan narrativo²²⁵. Es por ello que todo juicio sobre las características específicas de esa tercera relación ha de ser provisional y cauteloso. Lo que sí podemos asumir es que el texto recibido por Oviedo debió ser algo más explícito y quizá más extenso que los anteriores. Esa conclusión me parece aceptable porque el texto enviado a la Audiencia era, en aquel trance, el informe oficial y definitivo, que además recogía el parecer de tres individuos; por otra parte, no hay evidencia de que la relación que anteriormente recibió Mendoza fuese tan detallada²²⁶. En última instancia, lo que el resumen contenido en la *Historia* de Fernández de Oviedo nos ofrece es la posibilidad de una lectura intersticial en la que a menudo se complementan y cancelan dos redacciones logradas con propósitos y hechuras muy dispares.

En consecuencia, lo que más nos sorprenderá al cotejar los textos que he comentado hasta aquí con los *Naufragios* es la preponderancia de un *yo* relator que varía en sus proyecciones y timbre, pero que en los *Naufragios* emana, casi exclusivamente, de la *persona* histórica y narrativa de Cabeza de Vaca. También habría que decir que el *yo* que se manifiesta en los seis primeros capítulos de la narración cumple una función testimonial y a la vez contenciosa que difiere notablemente del *yo* contemplativo que reconocemos en las porciones intermedias de los *Naufragios* (e.g., Caps. VII-XVI). Más señalada aún es la voz narrativa de tono piadoso y sermónico que predomina en los últimos ocho

225 Ver: O, IV, p. 187, n.º 207.

226 Tampoco sabemos si la relación entregada a Mendoza fue preparada por los tres españoles. Ver *C.D.I.* p. 265.

capítulos. A este registro de precisiones hay que añadir otro dato crucial —que rara vez se ha tenido en cuenta— y que brevemente pone en entredicho la preeminencia de Núñez como narrador central de sus *Naufragios*, dato este que suscita otras interrogantes no menos significativas. Me refiero a que en el penúltimo capítulo, al relatarse el encuentro con piratas franceses y la llegada de Núñez a Lisboa, inexplicablemente aparece un narrador anónimo, en tercera persona, que parece hacer las veces de un escribano o amanuense, y que pudo haber cumplido la función asignada a Pero Hernández en los *Comentarios*. Es este el trozo en cuestión cuyo final he subrayado:

Y passados los quinze días nos partimos de allí con el armada y llegamos al puerto de Lisbona a nueue de Agosto, bíspera de señor Sant Laurencio, año de mil y quinientos y treynta y siete años. Y porque es assí la verdad como arriba en esta relación digo, lo firmé de mi nombre. Cabeza de Vaca. *Estaua firmado de su nombre y con el escudo de sus armas la relación donde éste se sacó.*

El dato que pongo en evidencia es curioso y nos hace pensar que quizá Núñez quiso concluir su *Relación* con ese párrafo; también la cita podría indicar que la primera edición se tomó de otro texto primario, al que se alude como: «donde éste se sacó». La deducción no nos parecerá insensata si tenemos presente que el último capítulo, con sus sorprendentes referencias a las profecías que hizo la pintoresca Mora de Hornachos, tiene el temple de un material añadido²²⁷. Lo estimo así no sólo porque esas referencias contrastan, en todos los órdenes, con el contenido de los capítulos anteriores, sino además porque la alusión a la nigromante de Hornachos no aparece en la redacción anterior que manejó Fernández de Oviedo. El cronista no hubiese perdido la oportunidad de fustigar a Núñez por ese desmán. Aparte de esas consideraciones, cabe preguntarse si esa tercera persona fue, en efecto, un escribano. De ser así, creo que nunca sabremos cuál fue el grado exacto de participación que esa voz anónima pudo tener en la preparación del texto. Esos datos, que acabo de subrayar, esbozan la configuración indeterminada de los *Naufragios*, sobre todo si examinamos la narración en sus diversos estadios de redacción: lo cual, por otra parte, me parece inevitable si se quiere llegar a valoraciones globales que eluciden el proceso de elaboración que parece culminar en los *Naufragios*.

Con no poca astucia, la concentración expresiva en la primera persona se intensifica en los *Naufragios* a medida que la expedición se desintegra hasta quedar patéticamente resumida en la persona debilitada de Alvar Núñez. En el texto que glosó Fernández de Oviedo se nos relatan las calamidades sufridas por Núñez en estos términos: «el tesorero Cabeza de Vaca esta-

227 La presencia de nigrománticas es recurso que detectaremos no sólo en la tradición celestinesca, sino que aparece por igual en *El laberinto* de Juan de Mena, y se personifica en la Camacha de Cervantes. Ver: María Rosa Lida de Malkiel, *La originalidad artística de La Celestina* (Buenos Aires: E.U.D.E.B.A., 1968), pp. 242-250; y José Antonio Maravall, *El mundo social de La Celestina*. (Madrid: Edit. Gredos, 1964), pp. 129 y sigtes.

ba en la otra parte de la tierra, muy doliente en su esperanza de vivir» (p. 295); pero en la *Relación* de 1542 el protagonismo narrativo que Núñez asume excederá las prerrogativas de sus cargos y funciones administrativas. Esas referencias sucesivas a su persona contrastan severamente con la evidencia que nos ofrecen aquellos textos noticiosos que Cabeza de Vaca y sus compañeros entregaron al virrey Mendoza y más tarde a la Audiencia de La Española. Ya en las primeras páginas de sus *Naufragios*, destaca la prominente centralidad de un narrador que se va convirtiendo en ente catalítico y a la vez en función motriz de lo que se relata. «Por esta razón yo determiné de yr a la villa, aunque primero que fuesse dexé proueydo y mandado a los pilotos...» (Cap. I); y más adelante, al cerrarse ese mismo capítulo, añadirá: «Dióme [el gobernador] a mi cargo de los nauíos y de la gente para que me fuesse con ellos a inuernar al puerto de Xagua...» Pero aunque la dimensión personal sorprende un tanto, sobre todo al cotejarla con las relaciones anteriores, lo cierto es que los primeros capítulos mantienen, en general, el tenor informativo que ya habíamos conocido en textos anteriores. La excepción más notable sería la desavenencia que surge en el capítulo IV, por razones estratégicas, entre Núñez y Narváez. Con todo, en el capítulo siguiente al intensificarse los descalabros y miserias de la tropa, Núñez comenzará a distanciar sus acciones y juicios de los de Narváez; y, en la gradación que los hechos lo permiten, la centralidad narrativa de Cabeza de Vaca se hará cada vez más sobresaliente. Ante los trastornos que sufren los españoles en el norte de la Florida, la tropa trata de obtener alguna información de los indios. Se nos dice en un fragmento:

estos nos lleuaron a sus casas, que estauan hasta media legua de allí, en las quales hallamos gran cantidad de maíz que estaua ya para cogerse, y dimos infinitas gracias a nuestro Señor por auernos socorrido en tan gran necesidad... y a tercero día que allí llegamos nos juntamos el contador y veedor y comissario e yo, y rogamos al gouernador que embiasse a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios dezían que la mar no estaua muy lexos de allí. / El nos respondió que no curássemos de hablar en aquello... Y como yo era el que más le importunaua, díxome que me fuesse yo a descubrirla... y así, otro día yo me partí con el capitán Alonso del Castillo...» (Cap. V).

Esa disparidad de criterios, y otros resentimientos, motivarán sucesivas porfias entre Cabeza de Vaca y Narváez. Es ese el ardid que facilita, en el esquema narrativo, la creciente preponderancia de Núñez como productor del discurso. Él será, a partir de ese trance, sujeto principal de lo relatado y también generador de un enunciado que gradualmente se centrará en los avatares equívocos de su persona. Destaca en esos pasajes, como bien lo señaló Sylvia Molloy, «una dimensión claramente narrativa y más aún: conscientemente narrativa de la primera persona»²²⁸. Se trata de una proyección

228 «Formulación del yo en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, II (Roma, 1982), pp. 261-266. Ver. n.º 114.

intensamente personal que pretende imponerse por encima de la dimensión informativa como tal. A medida que leemos, se observa que la narración se aleja cada vez más de su responsabilidad oficial para adentrarse en la zozobra de un andar que remite tanto a los hitos geográficos como a la expresión de ansiedades y duros escarmientos que Núñez conocerá día tras día²²⁹.

Al expresarlo así, recordemos que casi todo lo que descubren Cabeza de Vaca y sus acompañantes constituye el reverso de lo que ellos anticipaban. La naturaleza les será en extremo hostil; además, las comunidades indígenas en las que buscaron amparo las encontrarán asediadas por el hambre y los rigores incesantes de una precaria vida nómada. Todo con lo que tropiezan parece negarles el breve consuelo que nos depararan analogías con lo conocido, o con lo que deseaban encontrar. Es ese entorno opresor, y desprovisto de alicientes, el que reduce el radio de acción de Núñez, pero es también el que irónicamente le sirve para destacar su individualidad de relator. Recordaremos que, con alguna anterioridad, en los días en que todos están a punto de naufragar, se produce una breve conversación entre Cabeza de Vaca y el gobernador Narváez: intercambio que el primero ha reproducido con la efectividad de un pasaje novelesco. Es el momento difícil en que Núñez presencia el desmembramiento total de la empresa, y del contingente que hasta allí les ha servido de apoyo:

Yo, como vi esto, pedíle [al gobernador] que para poderle seguir me diese vn cabo de su varca, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiessen llegar a tierra. Yo le dixé que pues vía la poca posibilidad que en nosotros auía para poder seguirle y hazer lo que auía mandado, que me dixesse que era lo que mandaua que yo hiziesse. El me respondió que ya no era tiempo de mandar vnos a otros; que cada vno hiziesse lo que mejor le pareciesse que era para saluar la vida... (Cap. X).

Llegamos así al momento en que se disuelven los vínculos institucionales y de rango; es también el trance en el que el *yo* asume el proceso narrativo para convertirse en su núcleo referencial más inmediato y expresivo²³⁰. Comprobaremos ahora cómo las descripciones que aluden a las actividades de los demás supervivientes, y de la comunidad indígena, suelen culminar en detalles que giran en torno a la persona de Núñez. Al relatar la lenta peregrinación hacia Nueva España, Cabeza de Vaca describe así los recibimientos que le hacían algunas tribus:

229 Al observar los hábitos de los corpulentos carancaguas Núñez dirá: «y cierto, ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciesse más la pasión y la consideración de nuestra desdicha» (Cap. XII).

230 Pienso que el aprovechamiento de incidentes señalados, como puntos de apoyo para la consolidación narrativa de la primera persona, deben verse como recursos deliberados y sagaces que fortalecen la autoridad del relator. Sylvia Molloy («Formulación...», p. 763) ha notado, entre otras, la referencia sugestiva al leme o timón como metáfora de la ascendente gestión narrativa de Núñez.

Dixímosles que nos lleuassen hazia el norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no auía gente, sino muy lexos, e que no auía que comer, ni se hallaua agua. Y con todo esto nosotros porfiamos y diximos que por allí queríamos yr, y ellos todavía se escusauan de la mejor manera que podían, y, por esto, nos enojamos e yo me salí vna noche a dormir en el campo, apartado dellos; mas luego fueron donde yo estaua y toda la noche estuuieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome... (Cap. XXX)²³¹.

En otras ocasiones, al describir la aculturación de los españoles y la conducta inescrutable de algunas comunidades indígenas, las alusiones informativas desembocarán en la reacción emotiva de Núñez, sobre todo al enfrentar éste circunstancias que le parecen incomprensibles:

y después de muertos ningún sentimiento hizieron, ni los vimos llorar, ni hablar vnos con otros, ni hazer otra ninguna muestra, ni osauan llegar a ellos hasta que nosotros los mandáuamos lleuar a enterrar... antes porque vna lloró la lleuaron muy lexos de allí y con vnos dientes de ratón, agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. / E yo, viendo esta crueldad y enojado dello les pregunté que por que lo hazían... (Cap. XXX).

Por último, la notable proyección autobiográfica que hemos confirmado en los *Naufragios* incrementa, en varios planos, el carácter problematizado del texto. Como en todo discurso guiado por un propósito de autovaloración, el pasado que se relata es cada vez más el pasado del narrador. Aun sin proponérselo, ese tipo de enunciado suele procurar la difícil confluencia retórica entre el *yo* histórico y el del relator. Pero sabemos que esa yuxtaposición idónea sólo es alcanzable en los resortes que permite la estrategia narrativa como tal: aludo aquí a ese ardid de redacción que parece cancelar momentáneamente el espacio y las diferenciaciones que obviamente existen entre el acto de enunciación y los hechos ocurridos. Pienso que es ese enlace, siempre fugaz, el que ostensiblemente podría hacernos ver el pasado del relator como equivalente de un acontecer colectivo. Se trata de una postura narrativa —consagrada muchas veces en páginas de Homero, Herodoto y Plinio— que nos hace ver la función del historiador como si ésta fuera afín a la del poeta épico o del juglar; el que identifico ahora es el relator que escucha e interroga sobre un acontecer para luego hacer memoria histórica e imaginativa de lo que ha conocido²³². En los *Naufragios* ese recurso lo configurarían

231 En ese sector de la ruta los supervivientes debían estar en compañía de indios jumanos o pimas altos. Las cursivas, en estas citas y las siguientes, son mías.

232 La transferencia de tópicos literarios a la historiografía, y las variantes que esas modalidades asumen en el discurso histórico, las expone Curtius, pp. 82f, 128, 381. Herodoto en casi la totalidad de su Libro II, al narrar la historia y costumbres de los egipcios, nos muestra cómo va recopilando sus datos. «En fin, eso es lo que me dijeron sobre la crianza de esos niños; pero también alcancé otras informaciones en Menfis, cuando entré en conversaciones...» Ed. Carlos Schrader. (Madrid: Edit. Gredos, 1977), II, p. 280. Para un análisis agudo del enunciado autobiográfico, véase: William Howarth, «Some Principles of Autobiography», *New Literary History* V (1974), p. 365; y James Olney, *Metaphors of the Self: the Meaning of Autobiography*

pasajes como éste: «Esto causó muy gran admiración y espanto [sus milagros] y en toda la tierra no se hablaua en otra cosa» (sic) (Cap. XXII). Ya más seguro de su ruta, el narrador no sólo busca noticias sino que procurará ampliarlas: «Y paresciéndome a mí que eran muy buenas les pregunté que donde las auían auido [puntas de flechas que Núñez tomó por esmeraldas], e dixerón que las traían de vnas sierras muy altas que están hazia el norte y que las comprauan a trueco de penachos y plumas de papagayos; y dezían que auía allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes» (Cap. XXXI)²³³. No sería excesivo afirmar que la estrategia narrativa en los *Naufraios* representa en buena medida la lectura que hace el relator, no sólo de su pasado, sino además de sus textos anteriores, lo cual, en términos epistemológicos, problematiza aún más la naturaleza del texto que analizamos aquí. Para elucidar con mayor precisión las duplicidades que son inherentes al enunciado en los *Naufraios*, hay que tener en cuenta que el objetivo —siempre tácito de la narración— no es la simple corroboración de los hechos. A lo que con frecuencia se aspira es a un nivel de redacción que sea capaz de superar la mera enumeración de lo ocurrido. Al estar conscientes de esa dimensión, reconoceremos que la narración remite tanto a un dilatado proceso de redacciones —anteriores propias y ajenas— como al contexto que se describe. Más aún, al percibirla así comprenderemos también que el texto repetidamente superpone, en sus diversos estratos, la temporalidad histórica y la de un enunciado autobiográfico que ya he señalado.

Creo que el proceso consignado hasta aquí nos revela que Cabeza de Vaca se vio obligado a desarrollar otra percepción de sí mismo. Sospecho que, sin proponérselo, Núñez alcanzó un proceso de autodescubrimiento que se efectuó en la elaboración misma de sus textos. El desplazamiento traumático de un marco cultural a otro le obligará a reconocerse, inicialmente, en la marginalidad extrema de un ser que se siente totalmente ajeno a lo que le rodea; y más tarde, con no poca sorpresa, se reconocerá como chamán y a la vez portador de la promesa evangélica. Pero, al subrayar el carácter un tanto impreciso de esos hechos, quiero consignar que esas aparentes «tomas de conciencia» las posibilitó un complejo proceso de redacción que se efectuó a lo largo de muchos años, pero que, al parecer, no alcanzó una resolución definitiva. Lo que sugiero aquí es que la elaboración narrativa pudo ser, para el relator, otro espacio enigmático de descubrimientos y revelaciones. No sería desproporcionado concluir que *la persona* que hoy conocemos de Núñez, y la que él gradualmente discierne en su propia escritura, son dos de las tantas proyecciones que el texto posibilita.

La lectura que propongo de los *Naufraios* nos revela que Núñez com-

(Princeton: Princeton University Press, 1974), pp. 34-45. Las formas primarias del discurso autobiográfico las repasa Roy Pascal en su conocida obra *Design and Truth in Autobiography* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960).

233 Esa ya famosa referencia, entre otras, hizo pensar a las autoridades virreinales que los «pueblos de mucha gente» bien podían ser las míticas ciudades medievales de Cibola.

prendió plenamente que el hecho histórico no tenía vigencia perdurable fuera de la codificación narrativa como *rerum gestarum*. No sólo le interesó hacer relación del «viaje, entrada y salida de la tierra» [Norteamérica], sino que alude a propósitos ulteriores cuando ya iba camino de España: «quiero asimismo hazer memoria y relación de lo que hizieron los nauíos y la gente que en ellos quedó...» (Cap. XXXVIII). Pero hoy sabemos que una proporción considerable de las experiencias y conocimientos a que Núñez tuvo acceso permanecerían diferidas y atenuadas en sus textos²³⁴. Me refiero ahora a vacíos lingüísticamente insuperables. Ya en apartados anteriores de estas notas he señalado que porciones considerables de la narración que recogen, a su manera, diálogos y conversaciones que se produjeron entre Cabeza de Vaca, sus compañeros e indígenas norteamericanos son, de hecho, traducciones implícitas. En tales casos, el texto surrepticiamente resume una secuencia de traducciones en las que significados formulados en la urdimbre de antiguísimas tradiciones orales del período paleoindiano se transfieren a la sintaxis de un castellano renacentista que Núñez poseía con evidentes limitaciones.

El que he señalado es un proceso de trasposiciones y pérdidas que supone enormes escollos de orden lingüístico y que permanece latente en la narración; proceso que, en algunas instancias, se pone en evidencia sobre todo cuando el relator se empeña en lograr reducciones semánticas que puedan ser asequibles al lector europeo de la época. Las dificultades inherentes a esfuerzos de esa naturaleza se reflejan en la torpeza expresiva que nos muestran estos comentarios: «Entre éstos —nos dice Núñez— ay vna lengua en que llaman a los hombres por mira acá, arre acá» (Cap. XXVI). La complejidad de esas experiencias, vividas en un contexto de sucesivas adversidades lingüísticas, resulta todavía más visible en esta confesión que nos hace Cabeza de Vaca y que ya he citado: «Passamos por gran número y diuersidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos fauoresció, porque siempre nos entendieron y les entendimos. Y así preguntáuamos y respondían por señas como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya, porque aunque sabíamos seys lenguas no nos podíamos en todas partes aprouechar dellas, porque hallamos más de mil diferencias» (Cap. XXXI). Para percibir con mayor exactitud el posible margen de pérdidas ocasionadas por traducciones y formas variadas de la paráfrasis, es necesario apuntar que la lengua de los coahuiltecas al parecer era rica en expresiones monosilábicas que a su vez solían amplificarse mediante un complejo registro mímico que no podía tener equivalente alguno en el contexto cultural que Núñez representaba²³⁵. No es aventurado suponer entonces que el mar-

234 No le era posible aludir, por ejemplo, a la participación que como chamán pudo tener en rituales o a la intimidad que, sin duda, conoció con mujeres de aquellas tribus. Esas posibilidades están implícitas en los comentarios que Núñez nos ha legado en los Caps. XIII y XXXV, entre otros.

235 Lo que sabemos sobre esos estratos lingüísticos, hoy desaparecidos, se resume en los estudios recientes de Goddard Ives, «The languages of South Texas and the Lower Rio Grande», en *The Languages of Native America: Historical and Comparative Assessments*. Ed. de Lyle Campbell y

gen de errores y mal entendidos debió ser considerable, ya que muchas de las traducciones que Núñez resume las obtuvo de segunda mano, principalmente a través de Estevanico. «El negro les hablaba siempre, se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que auía y de las cosas que queríamos saber» (Cap. XXXI)²³⁶.

En su base, la dificultad mayor que presentan esas transcripciones libres, resumidas por Núñez, ocurre cuando se pretenden integraciones lingüísticas tan dispares en una relación cuyos destinatarios eran, sobre todo, lectores oficiales que juzgaban el texto a partir de circunstancias radicalmente ajenas a lo que se describe²³⁷. Tenían que ser omitidas, por supuesto, las inflexiones y matices de lenguas indígenas que su castellano obviamente no podía alcanzar. En los términos más simples, esos trozos de la narración de Cabeza de Vaca vienen a ser una sucesiva yuxtaposición de significantes —entre los que figura la propia escritura de Núñez; significantes que se subordinan forzosamente al régimen de representación que suponía, en tanto código cultural, el castellano del siglo XVI. A la vez, consideremos que Núñez debió retener en su texto solamente aquellos datos y alusiones que pare-

Marianne Mithun (Austin: University of Texas Press, 1979), pp. 355-389; L. Campbell, «Coahuiltecan», en *Encyclopedia of Indians of the Americas*. Vol. IV (Saint Clare Shores, Michigan, Scholarly Press, 1980), pp. 265-267; véase además: Allan R. Taylor, «Nonverbal communication in aboriginal North America: The Plains Sign Language», en *Aboriginal Sign Languages of the Americas and Australia*. Ed. D. Umiker-Sebeok y T. Sebeok. Vol. II (New York: Plenum Press, 1978), pp. 223-246.

236 La posibilidad reiterada de malentendidos, por parte de Núñez, se observa cuando repetidamente califica de festejos las ceremonias y rituales de aquellas dispares culturas indígenas. Ver Caps. XXVII, XXX y XXXI. He señalado antes que, más de una vez, Núñez confunde las ceremonias de los coahuiltecas con areítos de los indios taínos que vivían en las Antillas. La complejidad y grados de matización inherentes a una lengua, en gran medida señalizados en la mímica, no pueden resumirse con facilidad. John P. Harrington, del Bureau of American Ethnology de la Smithsonian Institution, constató, con razón, que esa lengua señalizada fue una de las grandes invenciones de los indios norteamericanos. Robert Hofsinde, en su revelador ensayo «Talk-Without-Talk», ilustra cómo se resumían, por ejemplo, entre los indios cheyene conceptos de igualdad, falsedad o amistad. Así, una narración que hubiese requerido cientos de palabras en castellano o en inglés, era resumida plenamente en 169 gestos. Ver: *Aboriginal languages, ibid.*, pp. 148-155. La presencia de esos datos sugiere la enorme dificultad que suponía para Núñez traducir formas de comunicación simbólica, condensadas hasta tal extremo, y que a su vez remitían a contextos e iconografías que le eran totalmente ajenos al lector europeo. Recordemos que, ya en citas anteriores, Cabeza de Vaca alude concretamente al uso de esas comunicaciones no verbales. «Coahuilteca» es la denominación que dio Manuel Orozco y Berra en 1864 a las lenguas que se hablaban en las áreas próximas al golfo de México, y, sobre todo, en el área comprendida entre lo que es hoy las fronteras de Texas y Luisiana y la región de Coahuila en México. Entre esos grupos hubo algunos que se extendieron hasta la zona que hoy ocupa San Antonio (Texas). La información que se conserva de la lengua coahuilteca, y sus variantes, radica en un *corpus* muy limitado de documentos redactados por frailes que organizaron misiones en esa amplia zona. Ver: Ives Goddard, *ibid.*, pp. 355-389.

237 Entre otras aportaciones, el texto de Cabeza de Vaca confirmaba un vasto espectro de diversidad cultural; datos estos que diferían, en extremo, de las concepciones generalizadas que los europeos tenían de los aborígenes americanos.

cerían tolerables a las autoridades que recibirían y aprobarían sus escritos. Pero estimo que parte de esas limitaciones están compensadas, a otro nivel, por narraciones intercaladas, hoy célebres, como el relato que describe a la enigmática figura de Mala Cosa (Cap. XXII); y no menos podría decirse de episodios escatológicos en los que presenciamos acciones de violencia extrema y el desgarrado canibalismo que cometieron los europeos. (Caps. VII, XVII)²³⁸.

Conclusiones

Al proponer una caracterización de los *Naufragios*, es necesario reiterar que en este texto, como en todo relato autobiográfico, el enunciado no sólo verifica los hechos sino que además describe implícitamente la producción misma de lo narrado²³⁹. Condición esa que, una vez más, pone en evidencia la autorreferencialidad de la escritura en los *Naufragios*; y en el contexto de estas precisiones, quiero recalcar que la narración se configuró en reescrituras sucesivas —que se inician en 1527 y concluyen hacia 1554—; reescrituras en las que la última remite tanto a la configuración del texto anterior como a la secuencia de acontecimientos evocados. Proceso que por necesidad instituye una dispersión de significados, propia, en todo caso, de elaboraciones textuales que representan ciclos de amplificación narrativa. Además, en ese quehacer, bien lo sabemos, no siempre quedarán resueltos los espacios que delimitan los argumentos, la estructuración de lo relatado y lo que en definitiva se narra²⁴⁰.

Para no juzgarlo arbitrariamente, hay que insistir en que el célebre texto de Alvar Núñez ilustra la consecución de reescrituras que al parecer no alcanzaron una formulación definitiva²⁴¹. Dicho de otro modo, los *Naufragios*

238 Ver también: Cap. XIV.

239 Al verificar esa dimensión autodescriptiva interesa destacar, por ejemplo, una forma de duplicación interior que ilustra la complejidad formal de los *Naufragios* y que podría trastocar los esfuerzos de toda lectura meramente consecutiva del texto. Observemos que el Cap. XVIII, titulado «De la relación que dio de Esquiuel» constituye la glosa y evocación resumida que hace Cabeza de Vaca del relato que su compañero le había proporcionado. Sin más, ese comentario altera la cronología de los hechos, y en él se funden dos voces narrativas en forma similar a lo que ya habíamos constatado en las glosas que hizo Fernández de Oviedo de la *Relación* de Núñez.

240 La variedad de voces narrativas que ya he señalado, las duplicaciones interiores que acabo de apuntar y los incidentes finales, algo fabulados en torno a piratas y la nigromántica, así como la secreta voz del posible escribano que aparece en el penúltimo capítulo; todos esos componentes sugieren, de diversas maneras, la irresolución problematizada del texto.

241 Aparte de las dificultades que supone la noción de texto definitivo, recordemos que tanto los escritos del Hidalgo de Elvas como los testimonios descubiertos por Enrique de Gandía (ver: I, b), y la presencia del escribano anónimo, que surge en el Cap. XXXIV, dan repetidos indicios de manuscritos que Núñez llevó consigo en diferentes ocasiones.

han retenido una condición provisional, casi de borrador, que, como el boceto, paradójicamente nos aleja y acerca al texto. Expresado en otros términos, es en su configuración inconclusa —y no en el azar marítimo— donde acaso residen algunas de las instancias más punzantes de zozobra que el texto puede ofrecernos.

II. (b)

LA IMPORTANCIA HISTÓRICA DE LA OBRA

DEDICAR UN SECTOR DE ESTE ESTUDIO introductorio a la importancia histórica de los *Naufraios* podría parecer un esfuerzo tautológico. De hecho, casi todos los incisos de este prólogo pueden servirnos para confirmar la preponderancia del texto de Núñez en la historiografía indiana y en el legado cultural hispanoamericano. En los términos más simples, no es posible concebir un tratado riguroso sobre historiografía novomundista que omita referencias a los *Naufraios*. Sólo los escritos de Colón, las *Cartas de relación* (1519-1536) de Hernán Cortés, algunos textos del padre Las Casas y los *Comentarios reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso han sobrepasado el nivel de difusión internacional que, desde el siglo XVI, alcanzó la *Relación* de Cabeza de Vaca. Ante esas realidades, al comentar la vigencia histórica de los *Naufraios* siempre nos sentimos incómodamente próximos a la reiteración de lugares comunes que nos ha transmitido el saber historiográfico. Alerta ante esa posibilidad, quisiera exponer en este apartado algunas precisiones adicionales que ampliarían nuestra apreciación histórica del texto, sobre todo al contrastarlo con otras narraciones que pertenecen al deslumbrante período de los descubrimientos. Pero antes de adentrarnos en esas consideraciones conviene tener en cuenta que, como documento de índole informativa, los *Naufraios* muestran deficiencias que serían más evidentes si el texto de Núñez se compara, por ejemplo, con las relaciones de Juan de Grijalva o las de Pedro Menéndez de Avilés y Pedro Castañeda de Nájera, entre muchos otros. Sorprende en los *Naufraios* la escasez de precisiones geográficas o que informen sobre climas, hidrografía, fertilidad del suelo, distancias, flora y fauna²⁴².

242 Numerosas relaciones de ese período se comentan en el estudio de Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana* (Madrid: Gredos, 1964), pp. 137-177. Ver también del mismo autor *Cultura virreinal* (Barcelona: Salvat Editores, 1965), pp. 539-571. Llama la atención que Núñez no haga alusión alguna al pavo americano, ni a cocodrilos, que tanto abundan en las regiones de la Florida y Texas que atravesó.

Además, ya he señalado que la cronología de los hechos se hace difusa al cotejar las diversas redacciones de Núñez. Recordaremos también que esos textos se contradicen más de una vez en cifras y fechas de importancia considerable. Esas flaquezas informativas podrían justificarse si recordamos que Núñez redactó sus manuscritos en trances disímiles y bajo la presión de circunstancias muy variadas²⁴³. Por otra parte, el flujo a veces sutil y ambiguo de la narración nos sugiere que lo que él quiso revelarnos, con mayor empeño, muchas veces lo encontraremos más allá de las cifras y datos. Pero aunque así sea, el lector atento descubrirá un caudal considerable de información que suele alojarse en condensaciones rápidas o que se detecta a través de alusiones sugestivas²⁴⁴. Es notable, a la vez, que esa recurrencia de ambigüedades y construcciones elípticas no atenuaran, en modo alguno, el interés que el texto de Núñez despertó entre las autoridades virreinales; interés que pudo acrecentarse quizá porque algunos se empeñaron en leer, en la primera relación de Cabeza de Vaca, más de lo que él había relatado en ella²⁴⁵.

En ese marco de precisiones históricas sobresale un hecho temprano que suele pasarse por alto. Me refiero a que, al entregar Núñez y sus compañeros a las autoridades virreinales de Nueva España la relación en que se describían, por primera vez, las insospechadas aventuras de los cuatro sobrevivientes, el virrey don Antonio de Mendoza advirtió en seguida la importancia de aquel documento insólito. En una carta breve y piadosa, que el conocido virrey escribía a la emperatriz Isabel, avisaba a la Corte que «Cabeza de Vaca y Francisco Dorantes, que son los que escaparon del armada de Pánfilo de Narváez», viajaban a España para ampliar, ante Carlos I, las noticias que ya ellos habían consignado en la relación de lo que «des subcedio... y que envíe a Vuestra Magestad como habra mandado ver»²⁴⁶ (sic). También Motolinia (fray Toribio de Benavente), al enviar al conde de Benavente su *Historia de los indios de la Nueva España* (1541), añadía al manuscrito una carta en la que decía, entre otras cosas: «Mas larga cuenta dará a vuestra señoría el portador de ésta, porque el [Cabeza de Vaca] con otros tres

compañeros estuvieron cautivos por esclavos más de siete años, que escaparon de la armada de Pánfilo de Narváez, después que se huyeron y otros indios los trajeron y sirvieron camino de más de setecientas leguas, y los tenían por hombres caídos del cielo»²⁴⁷. Esas últimas palabras del fraile las repetirán otros, sólo que no siempre con las mejores intenciones. En incisos anteriores de esta Introducción ya he documentado los ecos contradictorios que provocó el texto de Núñez en la obra de otros cronistas y relatores que escribieron principalmente en los siglos XVI y XVII. No es necesario repetir ese trasunto polémico que tantas veces contradice la significación de los *Naufraios*²⁴⁸.

A pesar de deficiencias que ya he apuntado, muy pocas narraciones de aquellos siglos relatan los hechos con la efectividad que exhibe el texto de Cabeza de Vaca. Podría decirse que, en más de un sentido, su redacción viene a ser el reverso del discurso histórico que produjeron cronistas, frailes y exploradores que inscribían sus textos en viejas tradiciones historiográficas²⁴⁹. Por el contrario, lo que con frecuencia destaca en los *Naufraios* es la aprehensión audaz de instancias primigenias que usurpan las funciones, habituales entonces, del proceso descriptivo. Dicho en los términos más simples, para Núñez nombrar muchas veces será equivalente a descubrir, lo cual hace que la palabra y el acto nominal en sí pase a ser una suerte de instrumento de verificación casi tan fundamental como pudo serlo la brújula o la posición de las estrellas. En las planicies secas que ocupan hoy el norte de México y el sur de Texas, Núñez identificará, por primera vez, los rasgos y usos del leguminoso mezquite y de otras plantas (Caps. XXVI y XXVII)²⁵⁰; e identificará culturas que sólo él y sus acompañantes conocieron cuando esas comunidades convivían en el flujo natural de su evolución (Caps. XXII-XXIV). Reducido a la desnudez y a los ciclos rudimentarios que impone la supervivencia, Cabeza de Vaca fue experimentando una merma gradual de sus actividades y radio de acción; es, con toda seguridad, esa existencia disminuida la que ocasionalmente le obligará a percibir los hechos y las cosas con una inmediatez que nos sorprende. La leve descripción que añado aquí por sí sola nos remite a ese plano elemental de la existencia al que también se sumaban los rigores enbrutecedores del cautiverio y la esclavitud: «En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed y para remedio desto beuíamos el cumo de las tunas y sacáuamoslo en vn hoyo que en la tierra hazíamos» (Cap. XIX)²⁵¹. Observemos que el nivel de regre-

243 En los apartados que describen la evolución (I, d) y el esquema narrativo (II, a) de los *Naufraios* he comentado las etapas de redacción y la disposición del texto.

244 Al cuantificar la información recogida, observaremos un notable desequilibrio entre las dos primeras relaciones y lo que Núñez redacta en sus versiones de 1542 y 1555.

245 No cabe duda de que las famosas expediciones de fray Marcos de Niza y la de Vázquez de Coronado fueron inspiradas, en gran medida, por los testimonios de Alvar Núñez, y en menor grado lo mismo podría decirse de la expedición marítima que en 1539 hizo Francisco de Ulloa, instado por Hernán Cortés. Ver: John Bartlet Brebner, *The Explorers of North America* (New York: The McMillan Co., 1933), pp. 70-95. Esta obra equivoca datos importantes acerca de la expedición de Narváez. Brebner indica que 600 españoles desembarcaron en la Florida el 14 de abril de 1528 (p. 84), cuando en realidad fueron unos 400 soldados y quizá menos.

246 Muy probablemente Mendoza escribe a la Emperatriz, cuando ella hacía de regente durante las prolongadas ausencias de Carlos I. Ver: *C.D.I.* XIV, p. 235. Mendoza estaba convencido de que las famosas ciudades de Cibola se encontrarían en áreas ubicadas al norte de Nueva España. Brebner, *ibid.*, p. 70. Obsérvese que Mendoza identifica erróneamente a Andrés Dorantes.

247 La cita está tomada de la epístola proemial que comenta Jacques Lafaye en su estudio «Los milagros...», n.º 4, p. 65.

248 Ver mi estudio: «Pesquisas...», n.º 112.

249 Eso es evidente, sobre todo, si los *Naufraios* se comparan, por ejemplo, con el marco referencial que muestran las respectivas *Historias* de Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, José Acosta y el padre Las Casas.

250 En las notas al texto se indican, en lo posible, las filiaciones botánicas de la flora a que alude Núñez, así como los rasgos de esas comunidades prehistóricas. Ver también el inciso (I, c).

251 Véase las descripciones de viviendas, dieta y rigores del clima en Caps. XIX, XXI y XXII. Es en ellos en los que repetidamente aludirá a su deseo de abandonar «tan miserable vida». Para más datos de esta índole consúltese: (II, c).

sión cultural experimentada por Núñez nos remite a una prehistoria nómada que, según él, a veces estaba desposeída hasta de la más elemental cerámica. En tales circunstancias el acto corroborativo irá quedando restringido, de día en día, a sus instancias más radicales. Creo que la evocación pertinaz de una existencia vivida a ras de tierra es la que hace posible esa extremada sencillez expositiva que tantas veces Núñez recuperó en sus *Naufragios*.

Ajeno a los hábitos digresivos que suele permitir el ocio, Núñez generalmente tiende a tachar lo que otros hubiesen amplificado²⁵². En otros apartados de este estudio he destacado la excepcional objetividad con que Cabeza de Vaca confirma el efecto colectivo de creencias, episodios de homosexualidad o el canibalismo que entre sí practicaron los europeos (Caps. XIV, XXII, XXV). Una vez concluida su trayectoria desesperada, la narración de Núñez recuperará, a trechos, esa facultad de observación que nos induce a contemplar una gestión de intercambio en su más tajante contigüidad: «Y como la hambre fuese tanta —dice Núñez—, nosotros comprámosles dos perros, y a trueco dellos les dimos vnas redes y otras cosas e vn cuero con que yo me cubría» (Cap. XXII). En su organización retórica el sistema descriptivo que predomina en los *Naufragios* vendría a ser el opuesto de la ostentación hiperbólica que ya resaltaba en el *Diario* de Colón, en numerosos pasajes de la *Historia general y natural* de Fernández de Oviedo, así como en las descripciones imaginadas de Pedro Mártir o del Inca Garcilaso, entre otros²⁵³. En el texto de Cabeza de Vaca destaca el uso limitado de hábitos digresivos de exposición que se ejemplificarían en dilatadas interpolaciones anecdóticas, o en otras ramificaciones ilustrativas, tan comunes entonces, y que eran recursos que, desde la antigüedad, había favorecido la tradición historiográfica. Si bien se ve, lo que se observa en los *Naufragios* es el anverso de esas complejas técnicas narrativas. En numerosos pasajes, Núñez acudirá —en detrimento de la narración— a los recursos de la *abbreviatio* ya ejemplificados en la *Rhetorica ad Herennium*, y sobre todo a la *brevitas* de estirpe bíblica²⁵⁴. En el Cap. VIII, al narrar la penosa salida de Aute, Núñez, con marcada reticencia narrativa dirá: «Dexo aquí de contar esto más largo, porque cada vno puede pensar lo que se passaría en tierra tan esstra-

252 En contraste, digamos, con Bernal Díaz, Fernández de Oviedo y la relación de Bernardino Vázquez de Tapia, Núñez rara vez se desvía para matizar sobre cuestiones morales o para desarrollar percepciones analógicas de aquellos hechos. Lo que sí hará, sobre todo en los últimos diez capítulos, es destacar su efectividad misionera entre aquellas culturas diversas del paleoindiano novomundista.

253 La escritura de Núñez nos parecerá notablemente austera, sobre todo cuando se contrasta con textos de alto contenido imaginativo que se escribieron en España, como *La Florida* del Inca Garcilaso, las *Décadas* de Pedro Mártir y la *Historia de las Indias y Conquista de México* de Francisco López de Gómara. Sin embargo, esa austeridad descriptiva de Núñez es, en gran medida, un reflejo de las condiciones de vida que padeció, y no un deliberado esfuerzo encaminado a rebajar los proyectos conquistadores de España.

254 Para ilustraciones de esas modalidades retóricas que ya he señalado en (II, a) y (II, d), véase: Curtius, pp. 83, 490, 491.

ña»²⁵⁵; y todavía más reticente será el relator en el uso de comparaciones ilustrativas de las que tanto abusaron los cronistas de Indias. Es tal vez esa notable ausencia de traslaciones metafóricas y del símil lo que a menudo nos hace conscientes de la aparente desnudez retórica del texto. Comprobaremos una vez más que Núñez evita las apoyaturas fáciles y el socorrido efecto amortiguador de las analogías²⁵⁶. Para él, la presencia majestuosa del río Misisipí se reduce a: «y del otro cabo se vía un río muy grande» (Cap. X); pero curiosamente será más explícito al describir el discreto río Suwannee, en el norte de la Florida (Cap. V). De igual modo, su asombro ante el diminuto y entonces desconocido marsupial americano —identificado hoy como *oposum*— o zarigüeya (*Didelphis virginiana*) se reduce a estos términos: «entre los quales [fauna de la Florida] vimos vn animal que trae los hijos en vna bolsa que en la barriga tiene» (Cap. VII).

La parquedad descriptiva de los *Naufragios* y su tendencia a puntualizar derivan, simultáneamente, de la intensa proyección autobiográfica de la narración y de la ausencia de aparato erudito. Quizás uno de los atributos que hoy más nos gratifica en el texto de Cabeza de Vaca es la carencia de factores intermediarios, como lo serían repetidas y afectadas alusiones a fuentes o las formas diversas del comentario textual, tan frecuentes en Oviedo, Gómara y el padre Acosta²⁵⁷. Pocos libros del siglo XVI confirman el conocimiento directo de los hechos de manera tan audaz y precisa. Cabeza de Vaca no se detiene para describir a los indios, acaso porque compartió con ellos, a lo largo de años, las experiencias más íntimas de que es capaz el ser humano. Creo que es sobre todo esa inmediatez la que le aparta de esquemas idealizados, de generalizaciones infundadas y de los habituales prejuicios que entonces compartían los europeos sobre el hombre americano²⁵⁸. Si se excluyen los pronunciamientos de índole religiosa que destacan en el último tercio de los *Naufragios*, veremos que son muy pocos los comentarios moralizantes que la narración contiene. Los que sobresalen parecen ser la consecuencia de reflexiones muy posteriores a los hechos descritos: «Y como por toda la tierra —nos dice Núñez— no se hablase sino en los misterios que Dios Nuestro Señor con nosotros obraua, venían de muchas partes a buscarnos para que los curássemos; y a cabo de dos días que allí llegaron vinieron a nosotros vnos indios...» (Cap. XXII). En general, mucha más resonancia tienen los sectores de la narración que exaltan la primordial humanidad del indígena; son, casi siempre, párrafos escuetos que subrayan la

255 Ver Cap. IX: «Cuento esto assí breuemente porque no creo que ay necessidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos»; y ver, también, Caps. XV y XXIX.

256 No obstante, algunas comparaciones un tanto ligeras y hasta disparatadas aparecen en el texto. Ver Caps. XXXIV, XXVII y XXIV.

257 Es particularmente notable el tejido de alusiones textuales que se insinúan en la *Historia natural y moral de Indias* (1590) del padre Acosta. Véase el estudio de Edmundo O'Gorman que sirve como prólogo a su edición de esa obra (México: Fondo de Cultura, 1962), pp. XL-LIII.

258 Ver el importante estudio de Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982), pp. 10-15; 119-199.

vida precaria que padecían aquellos clanes errantes que habitaban las llanuras próximas al golfo de México. Pero, en definitiva, será la inserción de Núñez en aquel entorno hostil lo que casi siempre nos dará la medida más exacta de los rigores que padecían, y especialmente de los niveles de convivencia que vincularon a los europeos con clanes que probablemente eran de filiación coahuilteca²⁵⁹. «Ya he dicho — recalca Núñez — cómo por toda esta tierra anduimos desnudos, y como no estábamos acostumbrados a ello a manera de serpientes mudáuamos los cueros dos veces en el año...» (Cap. XXII). En trozos anteriores también referiría estos incidentes:

porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí. / Y para las noches yo tenía este remedio, que me yua a las matas del monte que estaua cerca de los ríos, y paraua en ellas antes que el sol se pusiessse, y en la tierra hazía vn hoyo y en él echaua mucha leña que se cría en muchos árboles de que por allí ay muy gran cantidad, e juntaua mucha leña de la que estaua caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hazía quatro fuegos en cruz e yo tenía cargo y cuydado de rehazer el fuego de rato en rato, y hazía vnas gaullas de paja larga que por allí ay, con que me cobría en aquel hoyo, e desta manera me amparaua del frío de las noches; y vna dellas el fuego cayó en la paja con que yo estaua cubierto y estando yo durmiendo en el hoyo, començó a arder muy rezio, e por mucha priessa que yo me di a salir todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que auía estado (Cap. XXI).

Por sí solo, este párrafo que he citado pone en evidencia la prolongada inserción de Núñez en un régimen de vida propio de las sociedades prehistóricas del período paleoindiano. Es esa ardua regresión cultural —efectuada en un plano no espacial sino temporal— la ruta no visible pero acaso la más inmisericorde que recorrió Alvar Núñez; y es tal vez el más punzante testimonio de un narrador que sin sospecharlo nos revela la interioridad misma de un largo proceso de aculturación regresiva. Pero no menos significativa es, históricamente, la recurrente noción de diversidad cultural que percibimos en los *Naufragios*. El texto de Núñez desvirtúa las visiones estereotipadas que los europeos se habían formado del hombre americano. Escritores tan influyentes como habría de ser el Inca Garcilaso, sin proponérselo, confirmaron esas falsas nociones de homogeneidad cultural que se repetían sobre las culturas autóctonas del Nuevo Mundo²⁶⁰. Lo más sorprendente es que Alvar Núñez —con una instintiva modernidad analítica— hará mayor hin-

259 Ver Caps. XII-XIX.

260 Las caracterizaciones heroicas y caballerescas del indígena son, en efecto, trasposiciones de valores culturales que deformaban en su totalidad las características genuinas de esos pueblos y culturas. Es eso lo que se hizo en la novela morisca, que también se basó, a distancia, en circunstancias históricas. Tal sería el caso de *Historia del abencerraje y de la hermosa Jarifa* (1565). Deformaciones muy similares aparecen, por supuesto, en *La Araucana* (1569-89) de Alonso de Ercilla, en *La Florida* (1605) del Inca Garcilaso y en *la Historia de las Indias* (1875) del padre Las Casas; deformaciones que en el caso de este fraile emanaban de su piadosa simpatía por el indígena.

capié en las diferencias que en las posibilidades de similitud. Ya próximo a los territorios colonizados de la Nueva España, él nos dirá, al evocar su trayectoria: «porque aunque sabíamos seys lenguas no nos podíamos en todas partes aprouechar dellas porque hallamos más de mil diferencias» (Cap. XXXI); y en páginas anteriores, al referirse a las tribus y clanes que habitaban las regiones costeras del golfo de México, Cabeza de Vaca intercalará comentarios como éste: «Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diuersas» (Cap. XXVI). Esa diversidad se confirmará en numerosos datos de cariz antropológico o etnográfico. Curiosamente, la similitud suele aparecer en función de nociones menos relevantes. Con ello quiero decir que al hacer generalizaciones sobre costumbres o características, Núñez tiende a fijar su atención en rasgos más bien de carácter complementario o accidental. Este comentario suyo ilustra el tipo de generalizaciones a que me he referido: «porque toda esta gente de indios son grandes amigos de nouelas y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algún interesse» (Cap. XXIX)²⁶¹.

Pero en todo caso veremos que el margen reincidente de contrastes y diferencias es mucho mayor y preciso. Al referirse, por ejemplo, a culturas fronterizas que existieron probablemente entre jumanos, sumas y coahuiltecas, Núñez observará que: «Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos, más blancos que otros ningunos de quantos hasta allí auíamos visto» (Cap. XXVIII); análogamente de aquellas tribus que ocupaban áreas algo más interiores —en relación al golfo de México—, Cabeza de Vaca observará que «Como los indios fueron ydos y lleuaron sus indios sanos, partimos donde estauan otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches e malicones, que son otras lenguas...» (Cap. XXII). También en párrafos anteriores a ese insistirá en las diferencias que se hacían evidentes al pasar de una región a otra: «Estos tienen otra lengua e llámense Auauares...» (Cap. XX)²⁶². Es, sin más, esa rica multiplicidad de niveles y rasgos culturales la que se opone abiertamente a concepciones unificadoras que los europeos derivaban de un trasunto teológico y legendario que era ajeno, en su totalidad, a las circunstancias que designaban las relaciones novomundistas. La visión que la Europa renacentista se formaba del Nuevo Mundo remitía, ante todo, a creencias y legados que precedían los descubrimientos²⁶³. En los *Naufragios* se suspenden reiteradamente las proyecciones unificadoras basadas en categorías absolutas; por el contrario, a menudo se exalta una sostenida interferencia de significados que derivaba más de la observación empírica que de la deducción erudita²⁶⁴. En último análisis, más que la especificidad de las descripciones, son esos niveles tan dispares de testimo-

261 Véanse las generalizaciones similares que aparecen en el Cap. XXVII.

262 Referencias más extensas sobre esas observaciones de Núñez aparecen en el Cap. XXIV y en la sección (II, c) de este estudio liminar.

263 Ver Pagden, pp. 10-27.

264 Esa dimensión ejemplar del texto también se verifica en los Caps. XXII-XXXVI.

nio los que gradualmente nos inducen a reconocer la incipiente modernidad de los *Naufragios*.

Habría que insistir, desde el principio, que Cabeza de Vaca escribió — como tantos exploradores de su época — para dar relación y aviso sobre regiones desconocidas, así como para alcanzar formas de reconocimiento oficial que él apetecía y necesitaba. Escribió — es necesario recalcarlo — para dilatar sus propias hazañas, y hacia el final de su vida regresará, una y otra vez, a sus manuscritos para refutar alegatos que, en circunstancias diversas, le echaron encima enemigos y fiscales de la Corona. Pero — como suele ocurrir — habrá una distancia apreciable entre lo que se propuso hacer y lo que en definitiva redactó. Para su buena fortuna, Alvar Núñez se inicia en la tarea histórica sin el lastre de una formación teológica similar a la que arrastraran Las Casas y José de Acosta. Cabeza de Vaca no estaba inscrito, conscientemente, en el vasto saber libresco que en el siglo XVI todavía se afianzaba en los preceptos deterministas de la ley natural y las nociones epistemológicas de raíces aristotélicas y tomistas. Por lo tanto sus razonamientos no le obligaban a evocar *autoritates, loci communes* o al afán de similitud que tantas veces aflora en textos de Pedro Mártir, Pigaffeta y el propio Fernández de Oviedo²⁶⁵.

Bastante libre de esas ataduras conceptuales, Núñez no se esmera por corroborar la universalidad de costumbres y rasgos del ser humano que entonces se concebían como inevitables, fuera cual fuese el contexto cultural que las enmarcara²⁶⁶. Según ya lo he apuntado, el rigor descomunal de sus circunstancias entre los indios de Norteamérica impuso la necesidad del conocimiento directo y la primacía de la observación experimental. Cabe repetir que, en ese plano, los *Naufragios* se aproximarán notablemente a la orientación intelectual y metodológica del pensamiento histórico y científico que se consagra en el siglo XVIII²⁶⁷. Resulta claro que Núñez no se interesó o no supo cómo llegar a formulaciones metodológicas que exhibían las formas más avanzadas del pensamiento histórico de su época. Pero aunque así sea, buena parte de lo que nos relató posee dimensiones innovadoras que de por sí explican su vaga aureola de modernidad. En ese plano hemos corroborado que Núñez, en vez de borrar diferencias culturales, optará por subrayarlas. Confirmaremos que las pocas equivalencias que establece entre su propio legado cultural y los que conoció en culturas diferentes, se establecen en planos que remiten a lo primordial de la condición humana²⁶⁸. Advertiremos también que para Núñez la similitud rara vez se convierte en equivalencia, y tampoco se esmerará por demostrar que aquellas áreas que

265 Ver: Gerbi, pp. 77, 130, 298.

266 Evidencia concreta de esas creencias aparecen en la comedia de Lope de Vega titulada *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. (¿1611?). Ver Marcos Morínigo, *América en el teatro de Lope de Vega* (Buenos Aires: Instituto de Filología, 1946), pp. 114-119.

267 Ver: Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (México: Siglo XXI, 1966), pp. 26-27.

268 Nótese, a propósito, las observaciones que Núñez hace acerca del cariño que los carancaguas sentían por sus hijos (Cap. XIII).

él descubrió pudiesen verse como legítima extensión cultural de lo que entonces se conocía²⁶⁹. Pero si su manera de proceder se aproxima, en términos descriptivos, a la etnografía moderna, también es cierto que su carencia de equipo analítico rara vez le permite trascender el mero testimonio descriptivo.

Al resumir sus conocimientos, ya muy amplios, de numerosas tribus y culturas que Núñez encontró, no le preocuparán nociones de causalidad, ni la necesidad de algún criterio clasificatorio. Lo que sí hará, al concluir su texto — y por razones de conveniencia personal — es sugerir que lo aprendido entre aquellos pueblos le valdría para el conocimiento de otras comunidades indígenas, así como para gobernarlas. Al indicar esa posibilidad Núñez, con mayor sensatez, pensaba en Norteamérica, particularmente en las regiones que había explorado²⁷⁰. No así la Corona, guiada por un engaño entonces muy generalizado, razonará que lo que Núñez sabía sobre indios coahuiltecas y jumanos le valdría, por igual, para gobernar guaraníes del remoto Paraguay²⁷¹. En conjunto, los *Naufragios* destacan hoy como un notable pilar de la historiografía indiana. En contraste con otros textos oficiales, la *Relación* de Núñez no responde a los requisitos de un saber preconcebido que debía confirmarse en el Nuevo Mundo. Con osadía poco común entonces, Núñez registró, con igual espontaneidad, lo novedoso (Cap. VII), lo inexplicable (Cap. XXII), lo ausente (Cap. VI), las diferencias (Cap. XXXIX), el azar (Cap. XXIX), y sin proponérselo también registró la frecuente disolución de significados inherente a toda narración de carácter autobiográfico; narración que siempre será inconclusa, fáctica e imaginativa²⁷². Al reconocerle esos rasgos no debe sorprendernos la vitalidad que el texto conserva, o el interés que aún despierta, entre un creciente número de lectores.

269 Hay que destacar que Núñez, más de una vez, designa costumbres de culturas muy lejanas como propias de otras tribus muy diferentes. Esas designaciones debieron ser el resultado del desconocimiento de términos apropiados. Recordemos que el andaluz describe como *areíto* (que era ceremonia taína en las Antillas) los rituales entre clanes coahuiltecas y jumanos (Cap. XXVII).

270 Como vimos en el apartado (I, b), al regresar a España Núñez pensó en volver a Norteamérica con las prerrogativas oficiales que había tenido Narváez.

271 Ver: (I, b, c).

272 Las alusiones a diversos manuscritos sugieren la posibilidad de que la edición de 1555 no fuese la versión que Núñez consideró como definitiva. Véase: (I, d), sec. I.

de descubrir cuáles eran como las únicas expansiones culturales de lo que se
 tiones se conocen. Pero si en materia de proceder se aproxima en térmi-
 nos descriptivos a la etnografía moderna, también es cierto que en cambio
 de algunas cuestiones que se le plantean (sobre todo en lo referente a la
 etnografía) de control razonable que otros los etnógrafos modernos
 etc. Al mismo tiempo, los etnógrafos modernos, de cualquier época y
 culturas que los haya conocidos, se le han acercado a la etnografía
 la necesidad de algún criterio de clasificación. Lo que se hace al concluir su
 texto es por razones de conveniencia personal, es decir que lo que se
 de este estudio, incluso le vale la pena el que se ha escrito de este estudio.
 tales etnógrafos, así como para etnógrafos. Al mismo tiempo, también se
 ver con los etnógrafos modernos en particular, particularmente en las
 razones que he ahí expuesto. En el caso de la etnografía moderna por un
 aspecto muy generalizado, se trata de que el etnógrafo sabe sobre indios
 aculturados y jinetes, por ejemplo, para poder hacer un estudio de
 tanto (Farrar). En cambio, los etnógrafos modernos por un lado
 table para la etnografía moderna. En cambio, con otros textos que
 la etnografía moderna se refiere a los etnógrafos de un tipo preconcipi-
 do de cómo configurar en el Nuevo Mundo. Con respecto a los etnógrafos
 europeos. Núñez refiere, con igual exactitud, la revolución (Cap. VII),
 lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso
 (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso
 la frecuente distinción de etnógrafos modernos a los etnógrafos de carácter
 etnográfico, pero con que se refieren a los etnógrafos modernos, incluso a jinetes
 etc. Al respecto, los etnógrafos modernos no debe confundirse la etnografía que
 lo que se refiere a la etnografía que se refiere a la etnografía que se refiere a la etnografía
 de los etnógrafos modernos y la etnografía de los etnógrafos modernos.
 de interés de no sólo en el siglo XVIII. Resulta claro que Núñez no sólo
 a no sólo cómo llegar a formulaciones metodológicas que exhiben las
 la etnografía moderna de la etnografía moderna. Pero también es
 que etnógrafos modernos se refieren a los etnógrafos modernos. En
 mundo con un etnógrafo de etnografía moderna. En el mundo con un
 corroborado que Núñez no sólo de etnografía moderna, sino de etnografía
 etnógrafos. Confiaremos que los etnógrafos modernos que establecen
 entre su propio legado cultural y la etnografía moderna en cultura
 etnógrafos en planes que remiten a la etnografía moderna.

de descubrir cuáles eran como las únicas expansiones culturales de lo que se
 tiones se conocen. Pero si en materia de proceder se aproxima en térmi-
 nos descriptivos a la etnografía moderna, también es cierto que en cambio
 de algunas cuestiones que se le plantean (sobre todo en lo referente a la
 etnografía) de control razonable que otros los etnógrafos modernos
 etc. Al mismo tiempo, los etnógrafos modernos, de cualquier época y
 culturas que los haya conocidos, se le han acercado a la etnografía
 la necesidad de algún criterio de clasificación. Lo que se hace al concluir su
 texto es por razones de conveniencia personal, es decir que lo que se
 de este estudio, incluso le vale la pena el que se ha escrito de este estudio.
 tales etnógrafos, así como para etnógrafos. Al mismo tiempo, también se
 ver con los etnógrafos modernos en particular, particularmente en las
 razones que he ahí expuesto. En el caso de la etnografía moderna por un
 aspecto muy generalizado, se trata de que el etnógrafo sabe sobre indios
 aculturados y jinetes, por ejemplo, para poder hacer un estudio de
 tanto (Farrar). En cambio, los etnógrafos modernos por un lado
 table para la etnografía moderna. En cambio, con otros textos que
 la etnografía moderna se refiere a los etnógrafos de un tipo preconcipi-
 do de cómo configurar en el Nuevo Mundo. Con respecto a los etnógrafos
 europeos. Núñez refiere, con igual exactitud, la revolución (Cap. VII),
 lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso
 (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso (Cap. VII) lo que es el caso
 la frecuente distinción de etnógrafos modernos a los etnógrafos de carácter
 etnográfico, pero con que se refieren a los etnógrafos modernos, incluso a jinetes
 etc. Al respecto, los etnógrafos modernos no debe confundirse la etnografía que
 lo que se refiere a la etnografía que se refiere a la etnografía que se refiere a la etnografía
 de los etnógrafos modernos y la etnografía de los etnógrafos modernos.
 de interés de no sólo en el siglo XVIII. Resulta claro que Núñez no sólo
 a no sólo cómo llegar a formulaciones metodológicas que exhiben las
 la etnografía moderna de la etnografía moderna. Pero también es
 que etnógrafos modernos se refieren a los etnógrafos modernos. En
 mundo con un etnógrafo de etnografía moderna. En el mundo con un
 corroborado que Núñez no sólo de etnografía moderna, sino de etnografía
 etnógrafos. Confiaremos que los etnógrafos modernos que establecen
 entre su propio legado cultural y la etnografía moderna en cultura
 etnógrafos en planes que remiten a la etnografía moderna.

II. (c)

RELEVANCIA ANTROPOLÓGICA
DE LOS NAUFRAGIOS

NO SERÍA EXAGERADO AFIRMAR que la importancia documental de los *Naufra- gios* ha sido incrementada, notablemente, por la investigación antro- pológica. El registro analítico logrado en este siglo por la antropología cul- tural ha permitido que lleguemos a valoraciones a la vez más amplias y preci- sas del texto de Núñez. Es casi interminable la lista de observaciones, libros y estudios antropológicos que se apoyan en noticias suministradas por la narración de Cabeza de Vaca. Los tratados fundamentales de Justin Winsor, Frederick W. Hodge, John R. Swanton, y los más recientes de W.W. Newcomb y Alex Krieger, entre muchos otros, han destacado, repetidamen- te, el contenido testimonial de los *Naufra gios* como fuente primaria para el conocimiento antropológico de pueblos prehistóricos que ocuparon áreas diversas de Norteamérica²⁷³. Pero al examinar los datos que la antropología moderna extrae de los *Naufra gios*, advertiremos que esa información suele aprovecharse desde perspectivas que no sobrepasan la exaltación del dato aislado. Lo que no se ha hecho hasta hoy es evaluar, con mayor latitud analítica, las aportaciones diversas que el texto de Cabeza de Vaca ofrece a

273 Ver: Justin Winsor, *Narrative and Critical History of America* (Boston: Houghton, Mifflin and Co., 1886); Frederick W., Hodge, *Spanish Explorers in Southern United States, 1528-1543* (New York: Charles Scribners and Sons, 1907); John R. Swanton, *The Indians of the Southeastern United States* (New York: Greenwood Press, 1969). Alex Krieger, «Food Habits of the Texas Coastal Indians in the Early Sixteenth Century», *Bulletin of the Texas Archaeological Society*, Vol. XXVII, (1956), pp. 47-58; W.W. Newcomb, *The Indians of Texas* (Austin: University of Texas Press, 1961). De interés en este contexto, y por su relación con los *Naufra gios*, es la obra de Brian Fagan, *The Story of Early Archaeologists in the Americas* (New York: Charles Scribners' Sons, 1977). Hay traducción al castellano del Fondo de Cultura, 1984. Gerbi, pp. 273, 280-301; 265-363. La fuente más completa y al día sobre etnografía de las regiones que aquí nos conciernen es: *H.B.N.A.I.: The North East and South West*, Vols. 6 y 10, Ed. de William C. Sturtevant (Washington: The Smithsonian Institution, 1983). Agradezco las múltiples noticias e indica- ciones de mi colega y amigo Ronald Spores, catedrático de antropología en Vanderbilt Uni- versity.

la investigación antropológica como tal²⁷⁴. Desde esa perspectiva me interesa destacar, sobre todo, la información que encierran las observaciones de Núñez, así como la sorprendente modernidad científica que alcanzan algunas de sus precisiones: y más allá de la aportación fáctica también quisiera poner de relieve —porque es lo que de ordinario se omite— las dimensiones paradójicas que subyacen en los *Naufraios*.

Sin considerar de momento otras cuestiones, recordemos que Alvar Núñez podía aportar un compendio de noticias sin precedentes sobre numerosas culturas que desaparecieron hacia la conclusión del período virreinal; noticias que la mayor parte de los europeos desconocían, o que sólo habían obtenido de segunda mano²⁷⁵. Es cierto que el contacto que Cabeza de Vaca tuvo con muchas comunidades fue ligero o accidental²⁷⁶, pero nos consta, por otra parte, que en las etapas más dilatadas de su viaje Núñez sufrió un radical proceso de aculturación²⁷⁷, principalmente entre tribus carancaguas y otras de filiación coahuilteca que habitaban las regiones adyacentes al golfo de México. Aunque sabemos que la importancia e implicaciones de esos hechos es considerable, se comprenderá que en estas notas sólo me es factible esbozar algunas de las aportaciones centrales que los *Naufraios* hacen a la antropología cultural²⁷⁸.

Categorías de la información antropológica: A primera vista comprobaremos

274 Recordemos de paso que esos datos los han tomado antropólogos norteamericanos de dos traducciones de los *Naufraios* que no son ediciones críticas y que a su vez contienen inexactitudes muy diversas. Me refiero a la *Relation* de Buckingham Smith y a la de Fanny Bandelier, ver: n.º 37 y 104. Ambas traducciones se han reimpresso en varias ocasiones. Según antes lo indiqué, la de B. Smith es superior en todos los órdenes. La de la Sra. Bandelier es, en muchos aspectos, una paráfrasis del texto original. Existe una traducción más reciente: Cyclone Covey, *Adventures in the Unknown Interior of America* (New York: Collier Books, 1961). Esta última traducción se permite hacerle cambios estructurales al texto que terminan por desvirtuar su composición original.

275 Las diferencias a que aludo se hacen visibles, sobre todo, al comparar el registro de noticias que contienen los *Naufraios* con el que aportan las relaciones del Hidalgo de Elvas, Luis Hernández de Biedma y Rodrigo Rangel; relaciones estas que describen la expedición de Hernando de Soto a la Florida y otras regiones norteamericanas. Ver: Edward Gaylord Bourne, *Narratives of the Career of Hernando de Soto* (New York: A.S. Barnes and Co. 1904). Más dispersos y ambiguos aún son los testimonios culturales que sobre esa misma región recogió el Inca Garcilaso en *La Florida* (1605); véase mi *Historia, vocación...*, n.º 9, pp. 6-27.

276 Un ejemplo de esos contactos leves se producen entre indígenas y españoles en las áreas próximas a Pensacola (Florida) y Mobile (Alabama), cuando la expedición de Narváez hacía escalas en las islas costeñas para obtener agua y otras provisiones. Esas tribus muy probablemente pertenecían, culturalmente, al tronco muscoqui, aunque lingüísticamente su filiación se supone choctaw. Ver: Swanton, p. 172.

277 El concepto de aculturación suele aplicarse a comunidades, pero en los *Naufraios* ese proceso de asimilación se manifiesta en un plano individualizado; o sea a través de la proyección autobiográfica que predomina en el texto.

278 Los datos y conceptualizaciones que ofrezco se atienen a categorías analíticas formuladas, entre otros, por: Roger M. y Félix M. Kessing, *New Perspectives in Cultural Anthropology* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1971), pp. 3-28; ver, además, Claude Lévi-Strauss, «The Scope of Anthropology», en *Current Anthropology* VII (1966), pp. 112-123.

que la narración de Cabeza de Vaca no es especialmente útil en sus aspectos meramente descriptivos²⁷⁹. Lo que en ella se nos dice, por ejemplo, sobre los rasgos físicos o sobre el registro de utensilios que poseían las tribus que Núñez conoció es casi toda información abreviada que se nos transmite más desde el asombro que mediante la constatación objetiva. Refiriéndose, por ejemplo, a las comunidades de apalaches²⁸⁰ que la expedición de Narváez encontró en el norte de la Florida, Núñez apunta lo siguiente: «Quantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lexos parescen gigantes. Es gente a marauilla bien dispuesta, muy enxutos y de muy grandes fuerças y ligereza» (Cap. VII)²⁸¹. Pero a menudo la información sobre características físicas, o sobre viviendas y utensilios, apenas si las notamos: «Él fue [Lope de Oviedo] y topando con vna vereda, se fue por ella adelante hasta espacio de media legua y halló vnas choças de vnos indios que estauan solas porque los indios eran ydos al campo; y tomó vna olla dellos y vn perrillo pequeño y vnas pocas de liças y assí se boluío a nosotros.» (Cap. XI)²⁸². Al describir otros encuentros con apalaches o acaso con tribus timucuas, Núñez alude escuetamente a su vestimenta: «Los que allí se hallaron prendieron al cacique, mas como los suyos estauan tan cerca soltóseles y dexóles en las manos vna manta de martas zebelinas, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar...» (Cap. IX); y casi tan esquemática es la descripción que de otras costumbres nos da Cabeza de Vaca; sobre todo al referirse a clanes vinculados a la cultura coahuilteca: «Las casas de ellos son de esteras puestas sobre quatro arcos; lléuanlas acuestas y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprouechar.» (Cap. XVIII)²⁸³.

279 Sus observaciones, por razones obvias, se aproximan mucho más a la antropología cultural y aplicada que a la física.

280 La aseveración no puede hacerse categóricamente, ya que en esas áreas de la Florida colindaban las culturas apache y timucua, entre otras. Rasgos diferenciales de esas culturas se ofrecen en (I, c); y en Swanton, pp. 89, 191.

281 Otras descripciones significativas se ofrecen en los Caps. XII y XVII. Cabe señalar que el adjetivo «enxuto» que aparece en esta cita solía tener los significados siguientes: «delgado, enjuto de carnes; sobrio en palabras o actos». *M.M.* A juzgar por el contexto y por las ilustraciones que se hicieron en el siglo XVII, enjuto alude aquí a elasticidad muscular. «Enjuto» lo distingue *Dic.* como uso anticuado. Figuraba en la Edad Media —con un significado similar— como «enxuto». Ver: *Libro del buen amor*. Ed. de G. B. Gybbon-Monypenny. (Madrid: Edit. Castalia, 1988), p. 234; y Julio Cejador y Frauca. *V.M.*

282 Se alude aquí a tribus carancaguas que habitaban las costas e islas en torno al área que hoy ocupa la ciudad de Galveston en Texas. La domesticación de animales, y del perro en particular, se registra ya en el 7.000 a.C. En castellano varían considerablemente las transcripciones fonéticas que se han utilizado para describir las culturas prehispánicas que habitaron estas regiones. He adoptado, en muchos casos, las designaciones utilizadas por la profesora Isabel Eguilaz, *Los indios...*, n.º 136 y W. Jiménez Moreno, *Tribus e idiomas del Norte de México y Sur de Estados Unidos* (México: Sociedad Mexicana de Antropología, n.º 15, 1942), entre otros.

283 La alimentación de estas tribus consistía en ostras, almejas, otros moluscos, tortugas y una gran variedad de peces, así como en la raíz de una planta acuática designada hoy como *Lotus americano* o *Nelumbo*. Newcomb¹, p. 66. Cabe precisar que en el amplio sector coahuilteca quizá sea impropia la designación «tribu», ya que ese vocablo se referiría a un nivel de organización

Pero si los datos de esa índole son reducidos o tangenciales, lo mismo no podría decirse sobre la información que los *Naufraios* proporcionan a la antropología cultural según la definieron E.B. Taylor, Franz Boas y más recientemente Claude Lévi-Strauss²⁸⁴. Es en ese género de consideraciones donde, una y otra vez, nos sorprende el registro informativo que la narración exhibe, principalmente en su segunda mitad. Así, en múltiples pasajes no sólo se reconoce la singularidad del hecho, sino además su posible funcionalidad y significado en el contexto cultural que se describe. En varios capítulos Cabeza de Vaca se detiene para aludir a las relaciones tribales en un área determinada; relaciones que podían definirse en función de actividades en las que alternaban, con igual naturalidad, la acción bélica y las formas pacíficas de cooperación que exigían la vida nómada o el necesario intercambio de bienes²⁸⁵. Al comentar las actividades de los carancaguas y sus vecinos, a quienes tan de cerca conoció Núñez, nos dirá: «La razón porque ellos lo hazen [crueldades familiares] es, según ellos dizen, porque todos los de la [aquella] tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra...» (Cap. XVIII); pero aunque esas actitudes prevalecían, Núñez también nos deja entrever que la necesidad de comerciar podía atenuar o posponer los ciclos de animosidad entre cados, malaquites, carancaguas y otras comunidades vecinas:

Y por esto yo puse en obra de passarme a los otros y con ellos me suscedió algo mejor; y porque yo me hize mercader procuré de vsar el officio lo mejor que supe y por esto ellos me dauan de comer y me hazían buen tratamiento y rogáuanme que me fuesse de vnas partes a otras por cosas que ellos auían menester, porque por razón de la guerra que continuo traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. E ya con mis tratos y mercaderías entraua la tierra adentro todo lo que quería y por luengo de costa me alargaua quarenta o cinquenta leguas. Lo principal de mi trato era pedaços de caracoles de la mar y coraçones dellos y conchas con que ellos cortan vna fruta que es como frisoles²⁸⁶, con que se curan y hazen sus bayles y fiestas, y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos ay... (Cap. XVI)²⁸⁷.

social que sólo de manera ocasional pudo existir entre los coahuiltecas. Se trataba principalmente de bandas o grupos organizados en torno a la caza de animales pequeños y la recogida de frutas y nueces; debe señalarse que estas últimas labores las desempeñaban casi siempre las mujeres.

284 Franz Boas, *Race, Language and Culture* (New York: The McMillan Co. 1896); Claude Lévi-Strauss, *The Savage Mind* (Chicago: Chicago University Press, 1966); seminal en muchos órdenes, aunque hoy nos parezca leve y desfásado, fue el estudio de E.B. Taylor, *Primitive Culture; Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Art and Custom* (Londres: John Murray, 1871).

285 Es evidente que recoger cosechas de nueces o la fruta de plantas cactáceas tenía prioridad sobre la actividad bélica, y es eso precisamente lo que infiere Cabeza de Vaca en los Caps. XVI-XXIII.

286 *Frisoles*: arc de frijol. En el siglo XVI este vocablo era un andalucismo. Ver, n.º 365, texto.

287 Los datos aportados en los Caps. XXIV y XXX indican que los conflictos entre varios clanes que habitaron el sur de Texas con frecuencia los iniciaban y contenían las mujeres. La narración también pone en evidencia el desconocimiento de la agricultura (Cap. XVIII), así como los esfuerzos colectivos que la caza requería (Cap. XXIX). Las actividades que se

En otros pasajes de su narración Núñez indica que comunidades de indios anagados y deaguanes (ambos grupos vinculados a los coahuiltecas y en régimen nómada) solían compartir las cosechas de nueces (*Carya olival formis*) y los frutos de cactus que se producían en los valles situados en las áreas del sureste de Texas y próximas a San Antonio²⁸⁸. Esas formas de vida, en las que alternaban la cooperación y la guerra, las confirma Cabeza de Vaca al pasar de una tribu a otra: «Y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hazia donde Castillo estaua e yuan a juntarse con los que lo tenían y hazerse amigos vnos de otros, porque hasta allí auían tenido guerra, y desta manera cobramos²⁸⁹ a Castillo» (Cap. XIX)²⁹⁰.

Con igual precisión informativa Cabeza de Vaca describe los primitivos hábitos alimenticios que mantenían a aquellas culturas del paleoindiano americano en sus etapas arcaicas; etapas en las que algunas de estas comunidades aún desconocían inclusive el uso de vasijas manufacturadas o de la cerámica más elemental. «En todo el tiempo que comíamos las tunas²⁹¹ teníamos sed y para remedio desto beuíamos el çumo de las tunas y sacáuamoslo en vn hoyo que en la tierra hazíamos, y desde estaua lleno beuíamos dél hasta que nos hartáuamos. Es dulce y de color de arrope²⁹²; esto hazen por falta de otras vasijas... Todas las más destas gentes beuen agua llouediza y recogida en algunas partes, porque aunque ay ríos, como nunca están de asiento nunca tiene agua conocida ni señalada» (Cap. XIX)²⁹³.

Con un propósito descriptivo afín al que despliega la antropología moderna, Cabeza de Vaca enumera formas de organización familiar y tribal, ceremonias y ofrecimientos que él conoció principalmente durante su larga estadía con los carancaguas y grupos vecinos ubicados en las costas del golfo de México. La más somera lectura de estas páginas nos revela la precisión con que Núñez capta la severidad de ceremonias que indirectamente aluden a concepciones de parentesco, y su funcionalidad dentro de la organización social, así como el uso de bebidas con las que tal vez se pretendía la transmisión de dones y sabidurías imputados a curanderos o chamanes. Son fragmentos que merecen ser reproducidos en toda su plenitud descriptiva, pero que se distinguen, paradójicamente, tanto por lo que nos comunican como por lo que omiten:

manifiestan respecto al consumo cíclico de frutas delatan cuán precaria podía ser —en aquellas regiones semiáridas— la existencia de estas pequeñas comunidades.

288 La ubicación de esos valles las sitúa e ilustra Upton Terrell en torno al río San Antonio. Ver: *Journey into Darkness* (New York: Morrow, 1962), p. 163.

289 En el siglo XVI «cobrar vale también adquirir, y en cierta manera recuperar y recobrar lo perdido». *Aut.*

290 Para otros datos de singular interés sobre convivencia violenta entre estas tribus ver: Cap. XXIV.

291 *Tuna*: se refiere a la fruta que produce el cacto *subgenus* de esa región que se conoce en inglés como *prickly pears*. Es una dicotiledónea de la familia *Opuntia vulgaris*.

292 *arrope*: «Mosto cocido hasta que toma consistencia de jarabe. Almíbar de miel cocida.» *M.M.*

293 La ausencia de utensilios, vasijas y otros enseres alude a las circunstancias en extremo primitivas que padecían estas tribus. Ver además: Caps. XXVI, XXVII y XXX. La cursiva es mía. Esa aseveración no es correcta. Numerosas investigaciones llevadas a cabo en este siglo

La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos²⁹⁴; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la vna teta horadada de vna parte a otra, y algunos ay que las tienen ambas... traen también horadado el labio de abaxo... Las mugeres son para mucho trabajo... Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hazen; y quando acaesce que alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes y todo el pueblo, y el llanto dura vn año cumplido, que cada día por la mañana, antes que amanezca comiençan primero a llorar los padres y tras esto todo el pueblo... y passado vn año que los han llorado, házenle las honrras del muerto y láuanse y límpianse del tizne que traen. / A todos los defuntos lloran desta manera, saluo los viejos, de quien no hazen caso, porque dizen que ya han passado su tiempo... Tienen por costumbre de enterrar los muertos, sino los que entre ellos son físicos [curanderos], que a estos quémanlos... y hazen poluos los huessos. Y passado vn año, quando se hazen sus honrras todos se jassan²⁹⁵ en ellas y a los parientes dan aquellos poluos a beuer, de los huessos, en agua... Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos o tres [mujeres] y entre éstas ay muy gran amistad y conformidad (Cap. XIV)²⁹⁶.

En los *Naufragios* se registrará de igual modo la reducción del ser humano a su más radical animalidad, sobre todo en instancias que imponen la necesidad de sobrevivir. Alvar Núñez confirmó desconcertantes episodios de canibalismo entre los europeos que se habían refugiado en aquellas costas e islas:

demuestran que estas tribus y bandas conocían con bastante exactitud la ubicación de ríos, manantiales y aguadas. Véase: Hallenbeck, pp. 160-175.

294 Alvar Núñez se refiere principalmente a tribus carancaguas. Los pocos descendientes que aún quedaban de esas comunidades, a principios de este siglo, los describió un herrero y alguacil de Texas en estos términos: «Eran de aspecto muy feroz. Muchos de los jóvenes medían seis pies de altura [...] con arcos y flechas de igual tamaño. Sus caras feísimas se hacían aún más desagradables por la grasa de cocodrilo mezclada con tierra que en ella se untaban; con esa sustancia también se cubrían de pies a cabeza para protegerse de los mosquitos.» Fray Gaspar José de Solís también describió en términos similares a los indios carancaguas en el siglo XVIII. Cita de Newcomb, p. 64. La traducción es mía.

295 *Se jassan*: por se sajan. Significa hacerse corte o herida. «Hacer o dar cortaduras.» *Aut.* Es curioso, sin embargo, que el mismo verbo aparece correctamente utilizado en el Cap. XXX.

296 Tal vez por razones de pudor y temiendo a los censores, Núñez no nos deja entrever si él, como curandero, disfrutó de esos privilegios. Por los datos que le facilitó Esquivel, Núñez supo que entre algunas de aquellas tribus se efectuaba la compra de mujeres que se pagaban con arcos, flechas y redes (Cap. XVIII). El uso excepcional de la poliandria femenina se ha documentado entre los indios natchez (Kessing y Kessing, pp. 223-225). Entre las tribus que conoció Alvar Núñez, la poligamia era un privilegio de rangos elevados en la estructura social, lo cual era frecuente, dicho sea de paso, entre culturas mesoamericanas. En general, tribus que habían superado los rigores extremos del bajo paleoindiano, en el noroeste de Norteamérica, configuraron una jerarquía social en la que los ancianos contaron con la protección y deferencias de la tribu. Ver: P. Drucker, «Rank, Wealth and Kinship in Northwest Coastal Society» en *American Anthropologist* XL (1939), pp. 55-65. Repárese, además, en que la utilización de huesos como posible fuente de vida es una práctica generalizada que se ha observado en Asia, Siberia y entre esquimales. Esas creencias, mediante conceptualizaciones simbólicas, también reaparecen en la religión cristiana. La facultad fortalecedora de los huesos de san Josafat sería uno, entre muchos ejemplos. Ver: Mircea Eliade, *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy* (New York: Pantheon Books, Bollingen Series, LXXVI, 1964), pp. 62-63.

«y cinco christianos que estauan en rancho en la costa llegaron a tal estremo que se comieron los vnos a los otros hasta que quedó vno solo, que por ser sólo no huuo quien lo comiesse» (Cap. XIV). El episodio, así descrito, es de especial interés por cuanto implícitamente desmiente la creencia, entonces generalizada, de que sólo los indios y el hombre salvaje practicaban el canibalismo²⁹⁷. A raíz de estas observaciones debo añadir que en otros fragmentos de la narración se relatan actos de canibalismo que nos sorprenden, no sólo por su contenido gráfico, sino además por el carácter desapasionado con que se describen y se llevaban a cabo aquellos actos: «Y los que morían, los otros los hazían tasajos²⁹⁸, y el último que murió fue Sotomayor; y Esquiuel lo hizo tasajos y comiendo dél se mantuu hasta primero de Março...» (Cap. XVII).

No menos gráfico será Núñez al referir supersticiones y creencias que él conoció entre aquellas tribus que vivían en torno a la isla del Mal Hado: «Y preguntándoles [a los indios] por los demás, nos respondieron que todos [los españoles] eran muertos de frío y de hambre... y que los otros indios sus vecinos, con quien agora estaua el capitán Dorantes, por razón de vn sueño que auían soñado auían muerto a Esquiuel y a Méndez» (Cap. XVI). Análogamente, en fragmentos muy próximos al que acabo de citar se relata un episodio parecido a éste que ocurre entre indios mareames (coahuiltecas). De esas tribus, Cabeza de Vaca nos dice que: «ellos le contaron cómo auían tenido allí a Esquiuel y cómo estando allí se quiso huyr porque vna muger auía soñado que le auía de matar vn hijo; y los indios fueron tras él y lo mataron... Esto hazen éstos por vna costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dexan comer a perros y las echan por ay. La razón porque ellos lo hazen es, según ellos dizen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casassen sus hijas multiplicarían tanto sus enemigos que los subjetarían y tomarían por esclauos...» (Cap. XVIII)²⁹⁹. Lo narrado

297 Para un análisis muy documentado de las concepciones que los europeos tenían de pueblos bárbaros véase: Anthony Pagden, pp. 10-27. Las funciones rituales vinculadas con el canibalismo ya se habían confirmado en la antigüedad clásica. Ver: Herodoto, *Historia* (IV, 26). Es útil tener presente que el canibalismo, entre indios norteamericanos, podía estar vinculado, primordialmente, a ocasiones rituales más que a la necesidad alimenticia. Ver: A.L. Kroeber, *Cultural and Natural Areas of Native North America* (Berkeley: University of California Publications in American Anthropology, Vol. XXXVIII, 1939), p. 62.

298 *Tasajos*: «tassajo, pedazo [o cecina] trozo de carne salada y conservada seca». *M.M.* El vocablo mantiene un uso frecuente en las Antillas.

299 Los perros a que alude Núñez pudieron ser coyotes (del náhuatl coyotl, *Canis latrans*), quizá los únicos animales domesticados que poseían estas tribus. Estos animales también se utilizaban para la alimentación (Caps. XII, XXIII). Entre indígenas de Norteamérica (British Columbia y regiones adyacentes), los curanderos asimilaban la lengua secreta de los animales y en particular de los coyotes. Ver: Franz Boas, «The Shushwap», en *British Association for the Advancement of Science, Six Reports on the Northwestern Tribes of Canada (1891)*, pp. 553-715. La investigación antropológica ha confirmado el infanticidio entre muchas culturas, casi siempre como medio para limitar la población (Kessing, p. 194). En otros contextos culturales el infanticidio se hacía más tolerable al ser convertido en acto ceremonial y de ofrenda. Ver:

en este pasaje puede aludir, por supuesto, a mecanismos establecidos de manera subconsciente o deliberada para restringir la expansión demográfica e incluso para proteger la organización tribal. Pero tomemos en cuenta que la interpretación de los sueños —mencionada en la cita anterior— es una actividad sumamente compleja que Franz Boas, entre otros, registró minuciosamente al describir a los indios kwakiutl en el oeste de Canadá. En las prácticas medicinales y en nociones proféticas los sueños aparecen vinculados a rituales en los que la comunidad examina lo soñado para determinar, por ejemplo, la efectividad del curandero o los métodos de aprendizaje que éste utiliza³⁰⁰.

Aunque Alvar Núñez no es el único que confirma, en el siglo XVI, la sodomía y la homosexualidad entre indígenas del Nuevo Mundo, sí es quien con mayor naturalidad nos indica las formas de tolerancia que diversas tribus adoptaban ante ese tipo de conducta. Sus anotaciones nos revelan, además, cómo se resolvían esas diferencias en lo relacionado con la división del trabajo requerida por una determinada comunidad: «Entre éstos no se cargan los hombres, ni lleuan cosa de peso más lléuanlo las mugeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen» (Cap. XVIII); y acto seguido apunta: «Ay algunos entre ellos que vsan peccado contra natura»; pero en otros pasajes será aun más explícito: «En el tiempo que assí estaua entre éstos [camoles y coahuiltecas] vi vna diablura, y es que vi vn hombre casado con otro, y éstos son unos hombres amarionados³⁰¹, impotentes, y andan tapados como mugeres y hazen officio de mugeres y tiran arco y lleuan muy gran carga; y entre éstos vimos muchos dellos assí amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas» (Cap. XXVI)³⁰². En otras situaciones, al describir la manera en que

300 Mircea Eliade, p. 347. De nuevo, Cabeza de Vaca registra entre aquellas pequeñas comunidades costumbres excepcionales que afectaban las relaciones matrimoniales y a la postre el sistema de parentesco: «Todos estos acostumbran dexar sus mugeres quando entre ellos no ay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren; esto es entre los mancebos; mas los que tienen hijos permanescen con sus mugeres y no las dexan.» Y en ese mismo capítulo añade: «tienen por costumbre [los indios carancaguas] desde el día que sus mugeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que passen dos años que han criado los hijos, los quales maman hasta que son de edad de doze años, que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer». (Cap. XXIV).

300 Esos rituales, y la significación del proceso que se sigue para verificar las facultades del curandero, también los expone C. Lévi-Strauss en *Structural Anthropology*, pp. 166-168. Véase, además: M.C. Stevenson, *The Zuni Indians, XXIII Annual Report of the Bureau of American Ethnology* (Washington, D.C.: Smithsonian Institution, 1905), pp. 401-406. La importancia de los sueños como actividad profética e iniciatoria que conduce a revelaciones conseguidas mediante alucinaciones, las expone detalladamente Eliade, pp. 11-14. La interpretación psicoanalítica de esos procesos alucinatorios se ha explicitado —con un criterio freudiano— en la obra de Geza Thohelm, *Hungarian and Vogul Mythology* (New York: Monographs of the American Ethnological Society XXII, 1954), pp. 153-154.

301 Cap. XXVI. *Amarionados*: en el siglo XVI este vocablo es sinónimo de «amaricados». *Aut.*

302 Núñez nos deja entrever que la homosexualidad se identificaba tanto por medio de la ropa con que se cubrían como en la división del trabajo que dictaba la organización tribal. Datos similares y de interés anota Francisco López de Gómara en su *Historia...*, p. 70. Ver: n.º 8. Debe

la tribu preparaba bebidas ceremoniales, Cabeza de Vaca también nos revela que en aquellas comunidades, como en muchas otras sociedades, la menstruación imponía restricciones específicas en la actividad o el contacto que las mujeres podían tener con el resto de la población. Al referirse a las bebidas consumidas en ocasiones excepcionales, Núñez apunta que cada uno bebía «arroba y media» de aquellas aguas amarillentas que se habían hervido con notable esmero, y de paso añade: «Y quando las mugeres estan con su costumbre no buscan de comer más que para si solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen» (Cap. XXVI)³⁰³.

Dada su extracción social y los convencionalismos religiosos y éticos que prevalecían en la sociedad española de comienzos del siglo XVI, es notable que Núñez se interesara sobre todo en constatar ese registro de convencionalismos y las diferencias que existían entre aquellas comunidades. Sorprende que no intentara, *a priori*, una interpretación de los hechos a partir de su propio legado cultural. Ello no infiere, sin embargo, que sus descripciones estén libres de los recursos analógicos y de las incomprendiones que tantas veces aparecen en las crónicas de Indias, y que suelen oscurecer rasgos genuinos de lo americano. No obstante, esa dimensión de su texto tiende a ser ligera, en lo que a la obstrucción semántica se refiere; su eurocentrismo es menos tajante si se comparan sus observaciones con las de Fernández de Oviedo y López de Gómara³⁰⁴. Según lo he señalado en páginas anteriores, Cabeza de Vaca utilizará vocablos taínos que aprendió en Cuba —o que tal vez conoció en sus lecturas del *Sumario* (1526) de Fernández de Oviedo— para describir ceremonias que presenció entre tribus que habitaban las planicies del suroeste norteamericano. En varias secciones de un mismo capítulo leemos:

señalarse, en este contexto, que la homosexualidad, el incesto y otras prácticas sexuales no se consideraban, entre culturas del paleoindiano de Norteamérica, como crímenes que ofendían a la comunidad, sino más bien como desvíos individuales que podían enfermar al que cometiera esos actos. Ver: Spencer L. Rogers, *The Shaman: His Symbols and Healing Power* (Springfield, Illinois: C.C. Thomas Publisher, 1982), p. 90. Interesa también la confirmación que ofrece Eliade (p. 395) sobre la feminización del chamán en los rituales de cura que se han observado entre culturas indígenas norteamericanas. Ese hecho, en sí, podía atenuar el rechazo de la homosexualidad como conducta reprochable. En el caso de los *Naufragios*, las referencias que se hacen a «*Mala Cosa*» confirman la identidad chamánica de esa figura que aparecía «en hábito de muger vnas veces, y otras como hombre»; como suele ser habitual en esas apariciones, el sitio de residencia del aparecido se ubicaba en las profundidades de la tierra: «de preguntauan dónde venía e a qué parte tenía su casa, e que les mostró una hendedura en la tierra e dixo que su casa era allá debaxo» (Cap. XXII). La significación de esos rasgos de identidad también los confirma Eliade, pp. 258, 269, 289, 293, 393. Quiero añadir, por último, que la conducta social que suele designarse antropológicamente como *berdache* se refiere a hombres que, sin ser necesariamente homosexuales, optaban por compartir las labores asignadas a las mujeres. Ver: W.W. Newcomb², p. 97.

303 La sexualidad y la menstruación se percibían, ritualmente, como características o estadios que alteraban la organización de la tribu. Investigaciones muy dispares confirman que, en culturas tribales ubicadas en África, India y el Medio Oriente, la menstruación se percibía como un estadio de impureza. Ver: M. Douglas, *Purity and Danger* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1966), pp. 210-212.

304 Gómara, p. 73; O, IV; Caps. XVI-XXIX.

Y a puesta del sol llegamos a cien casas de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas auía a rescebirnos... traían las calabazas horadadas, con piedras dentro³⁰⁵, que es la cosa de mayor fiesta y no las sacan sino a baylar, o para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos, y dizen que aquellas calabazas tienen virtud y que vienen del cielo... Y quando de noche durmíamos a la puerta del rancho donde estáuamos, nos velauan a cada vno de nosotros seys hombres... Y desto nos hizieron los indios muy gran fiesta y ouo entre ellos muy grandes bayles y areyotos (Cap. XXVII)³⁰⁶.

En otros momentos, la conducta del indígena y sus convencionalismos sociales será demasiado tajante o diferenciada de las normas europeas como para que Cabeza de Vaca pueda contemplarla sin una expresión de rechazo. En pasajes en los que se relatan las curas que los españoles hicieron entre aquellos pueblos, Cabeza de Vaca incide, con igual especificidad, en otros aspectos de la vida social y en normas de comportamiento que no alcanza a comprender: «ni los vimos reyr, ni llorar a ninguna criatura, antes porque vna [chica] lloró la lleuaron muy lexos de allí y con vnos dientes de ratón, agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas». / E yo, viendo esta crueldad y enojado dello, les pregunté que por qué lo hazían, e respondiéronme que para castigarla porque auía llorado delante de mí» (Cap. XXX). Pero inevitablemente los pasajes más esquivos, en cuanto a la información antropológica que contienen los *Naufragios*, son los que describen las actividades que Cabeza de Vaca y sus compañeros desempeñaron como «físicos» o curanderos en beneficio de las tribus que habitaban las zonas comprendidas entre las costas de Texas y las regiones próximas a Culiacán en el norte de Nueva España.

El chamán evangelizador: la construcción paradójica de lo relatado (Caps. XXI-XXXI).

Se comprenderá que toda descripción de las actividades que Cabeza de Vaca llevaba a cabo como hechicero se exponía al repudio de censores, e inclusive podían dejar en entredicho la ortodoxia cristiana de Núñez y los

305 Se ha indicado que esas calabacitas las arrastraban los ríos Grande, Pecos y otros menores de sus respectivas Cuencas. Ver: Hallenbeck, p. 172. Se trata de la *Cucurbita perennis* que pertenece al *Genus crescentia*. El sonido de la calabacilla seca, con piedrecitas dentro, se utilizaba en una gran variedad de rituales en los que se convocaban poderes sobrenaturales que a su vez se relacionaban con la producción de la lluvia y el culto a la fertilidad. El efecto rítmico de esos sonidos también servía para estimular la participación colectiva en la ceremonia. La calabacilla podía utilizarse como objeto mágico en el que se guardaba el espíritu de personas fallecidas. Eliade, p. 312.

306 Antes he apuntado que Núñez no suele recurrir a mecanismos analógicos para explicar lo que contempla. Pero aunque así es, hay aseveraciones suyas que emergen de la incompreensión, y que más de una vez desfiguran lo que describe. Cuando ya viajaba entre comunidades que habitaban las márgenes del río Sonora, en el noroeste de Nueva España, Núñez nos dirá: «Ay tres maneras de venados: los de la vna dellas son tamaños como nouillos de Castilla (comparación por lo demás exagerada); ay casas de asiento que llaman *buíos*...» (Cap. XXXII). El vocablo *bohío* o *buío* es de origen arauaco o taíno. Otras formas menores de una perspectiva analógica, típicamente europea, se perciben en los Caps. XXII, XXXII y XXXIV.

suyos³⁰⁷. Ante tales posibilidades, es admirable la sutileza con que Núñez suele matizar esos incidentes que aluden a curaciones o al despliegue de dones sobrenaturales. Al referirse a tales experiencias, Cabeza de Vaca se cuidará de no atribuirse facultades milagrosas o de insinuar que poseía calificaciones para ejercer la medicina propiamente dicha. También insistirá en que esas prerrogativas se las imponían los indios, y que aceptarlas era una de las concesiones que él y sus compañeros hacían para sobrevivir, así como para impartir a través de sus acciones la fe cristiana: «En aquella ysla [del Mal Hado]... nos quisieron hazer físicos, sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo y con aquel soplo... echan dél la enfermedad, y mandáronnos que hiziésemos lo mismo... nosotros nos reíamos de ello, diciendo que era burla y que no sabíamos curar, y por esto nos quitauan la comida hasta que hiziésemos lo que nos dezían» (Cap. XV)³⁰⁸. Pero al familiarizarse con otras tribus que habitaban los llanos del sureste y suroeste de lo que es hoy Texas, Cabeza de Vaca aceptará sus funciones médicas con mayor solicitud y autoridad: «Aquí me traxeron vn hombre e me dixeron que auía mucho tiempo que le auían herido con vna flecha por el espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón... Yo le toqué y sentí la punta de la flecha y vi que la tenía atrauessada por la ternilla...³⁰⁹ torné a cortar más y metí la punta del cuchillo y con gran trabajo en fin la saqué. / Era muy larga... vsando de mi officio de medicina le di dos puntos...» (sic) (Cap. XXIX). Al examinar los hábitos de culturas muy disímiles, la investigación antropológica ha verificado, en numerosas ocasiones, que el rito del soplo es frecuente en ceremonias de curación³¹⁰. Pero observemos que Núñez, al iniciarse en esa práctica, adoptará sincréticamente — como era de esperarse — procedimientos que combinaban rezos, asociados con la tradición milagrera del Medioevo, y rituales que aprendió entre indígenas de aquellos parajes: «La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos y rezar vn *Pater noster* y vn *Aue María* y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diesse salud y espirasse³¹¹ en ellos que nos hiziessen algún buen tratamiento.» (sic) (Cap. XV).

Sintomático también de un proceso gradual de aculturación es este breve incidente que ocurre en llanuras próximas al río Nueces. Cabeza de Vaca y

307 Esas posibles acusaciones las anticipa y compensa Núñez — por lo menos en parte — al dar al último tercio de su narración el sesgo de una peregrinación evangélica y milagrera de corte medieval. Véase mi trabajo: «Pesquisas...», n.º 112.

308 Sobre las compensaciones recibidas en las ceremonias de curación Núñez nos dice: «y de todo ello nosotros tomáuamos vn poco y lo otro dáuamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiessse entre todos. / Cada vno con la parte que le cabía venían a nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer della...» (sic) (Cap. XXIX).

309 *ternilla*: «parte interior del cuerpo del animal más dura que la carne y más blanda que el hueso». *Aut.* Según esta descripción, se alude a porciones cartilaginosas, y en este caso al esternón, ubicado en el centro de la parte frontal del tórax.

310 Lévi-Strauss, pp. 168-169.

311 *espirasse en ellos*: «espirar vale asimismo infundir... animar y vivificar y mover las almas». *Aut.*

sus acompañantes, al ser recibidos por aquellas tribus, aceptarán gustosamente amuletos que les investían con la autoridad muy considerable del «físico» o hechicero: «Y quando llegamos cerca de las casas salió toda la gente a rescebirnos con mucho plazer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos dellos nos dieron dos calabazas, y de aquí començamos a llevar calabazas con nosotros y añadimos a nuestra autoridad esta cerimonia que para con ellos es muy grande» (Cap. XXIX)³¹². Y no sólo conservará los símbolos, sino que acepta por igual el estatus privilegiado de liderazgo que le confiere su profesión. (Ver: Caps. XXX, XXXI). Pero lo que no se nos revela en los *Naufragios* son las ceremonias de iniciación y los rituales que habitualmente se llevaban a cabo para verificar los poderes milagrosos del hechicero; poderes que —sin que Núñez lo advirtiera— confirmaban a diario las creencias de aquellos pueblos. Como bien sabemos, la antropología cultural cuenta ya con un número considerable de estudios que examinan esos complejos rituales de transición, mediante los que se hace posible la consagración colectiva del hechicero y del legado de creencias que él encarna. M.C. Stevenson, y posteriormente Lévi-Strauss, entre otros, han verificado las características de esas transiciones entre los indios zuñi de Nuevo México³¹³.

Para nosotros, el análisis de esos ejercicios rituales reviste una notable complejidad, sobre todo si se toma en cuenta que muchas culturas primitivas otorgaban a sus creencias y tradiciones orales un valor empírico que no corresponde, en modo alguno, a nuestras concepciones de lo verificable. Además, tengamos presente que la corroboración de facultades milagrosas estaba cifrada en convencionalismos narrativos, nociones legendarias y en un complejo muy variado de reacciones psicósomáticas que no siempre poseen equivalentes aceptables en nuestro trasunto cultural. Un primer incidente afortunado de curaciones podía motivar, a su vez, una serie de corroboraciones sucesivas cuya base podía ser enteramente imaginativa, pero aceptable en todo sentido para la comunidad³¹⁴. En un párrafo que ya he citado advertimos un posible ejemplo de incomprensión ante otros hábitos de pensamiento: es quizás el desconocimiento de aquellas circunstancias lo que le hace decir a Cabeza de Vaca: «Y antes que llegásemos a ellos, auisaron como ýuamos y dixeron de nosotros todo lo que los otros les auían enseñado, y añadieron mucho más, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de nouelas y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algún interesse.» (Cap. XXIX)³¹⁵.

312 Las observaciones de Núñez identifican culturas asentadas en torno al cultivo del maíz y legumbres, pero que retenían hábitos propios del paleoindiano nómada; hábitos que, paradójicamente, les sirvieron para sobrevivir al choque que significó la presencia de los europeos, como bien lo pone en evidencia Núñez en los Caps. XXXI-XXXVI.

313 Lévi-Strauss, pp. 166-169.

314 *Ibid.*, p. 168.

315 Puede sospecharse en esa aseveración un eco distante del pensamiento erasmista. La notación no es inoportuna si recordamos que su pariente Luis Núñez Cabeza de Vaca se señaló brevemente por tener opiniones de sesgo erasmista. Ver: Marcel Bataillon, *Erasmus en España* (México: Fondo de Cultura, 1950), p. 337.

En lo que he apuntado hasta aquí, reconoceremos una de las dimensiones más paradójicas de los *Naufragios*. Me refiero a que Núñez, como «médico» o *chamán* —y a pesar de sus prédicas evangélicas—, confirmaba a través de sus acciones benéficas un cúmulo de creencias enraizadas en el bagaje cultural de aquellas tribus. Es igualmente obvio que sus prácticas medicinales se apoyaban en un consenso de nociones y credos gestados —a lo largo de siglos— por aquellos pueblos primitivos. Sin más, las atribuciones de Cabeza de Vaca estaban implícitamente sancionadas por una tradición de supersticiones y creencias que se regeneraban y confirmaban en cada instancia curativa que él y los suyos llevaban a cabo. Así, las facultades desplegadas por Núñez le hacían asumir un conjunto de prerrogativas que eran, a un mismo tiempo, terapéuticas y hermenéuticas. Como mediador entre el ámbito humano y las fuerzas sobrenaturales, Núñez encarnaba, en nombre de la comunidad, un diálogo que tácitamente afirmaba las creencias de aquellas comunidades y el sentido mitocolegionario que ellos tenían, muy primitivamente, de su propia continuidad histórica.

Al revelarse como físico, Cabeza de Vaca aparecía, tácitamente, asido a fuerzas primordiales y a creencias que determinaban la cohesión de aquellas sociedades del paleoindiano americano con las que él vivió. De ese modo, en su persona y gestiones se resolvía —para los indios— la vacuidad semántica que se insinúa en todo acto que traduce lo sobrenatural a los códigos asequibles de la cotidianidad. Aun cuando las transferencias de significado efectuadas por el físico fuesen metafóricas o imaginativas, su presencia hacía que la relación entre creencia (lengua) y acontecer diario (praxis) se percibiera como un flujo directo, confirmado colectivamente en la persona del curandero. Creo que, a la postre, son esas paradójicas dimensiones del texto las que confieren a los *Naufragios* su más viva y a la vez secreta significación antropológica³¹⁶.

316 Un análisis más extenso de esa vertiente paradójica de los *Naufragios* se expone en mi estudio: «Los Naufragios...». Ver: n.º 113.

... de los que se refieren a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

... de los que se refieren a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

... de los que se refieren a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

... de los que se refieren a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

... de los que se refieren a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

317 Las observaciones de Núñez incluyen también referencias a la zona del mar y algunas por que revelan hábitos propios del pasado y no sólo las habito que, por otra parte, muestran los errores para subsanar el hecho que afecta a la prosa de los siglos, como bien se pone en evidencia Núñez en las Copias, XXXI, XXXVI.

318 L'Age-Seculaire, pp. 196-183.

319 *Ibid.*, p. 198.

320 Desde las páginas de esta introducción se ve el dibujo del pensamiento viajero. La intención no es imponer al lector que se centre en el particular Luis Núñez Cabeza de Vaca se refiere a los viajes de descubrimiento que se hicieron en el siglo XVI, y que son los que nos interesan en este estudio.

II. (d)

EL TEXTO DE CABEZA DE VACA Y LA NARRATIVA DE VIAJES: VESTIGIOS DE CODIFICACIONES LITERARIAS

LA INFORMACIÓN QUE HOY CONOCEMOS sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus antepasados parece vincularle, históricamente, con un amplio horizonte de navegaciones espectaculares, conquistas y leyendas. Lo que seguramente él no sospechó es que sus escritos breves se convertirían, con el paso de los años, en importante hito de una tradición narrativa de aventuras y viajes: tradición que se remonta a la antigüedad clásica y al mundo semítico, y que reaparecería con inusitada vitalidad imaginativa en los siglos XV y XVI³¹⁷. Resumir aquí ese vasto legado de textos sería inoportuno y me obligaría a una serie amplísima e injusta de omisiones. Sin embargo, algunas precisiones esquemáticas pueden hacerse, que nos servirán para aludir, ante todo, a la inmensa riqueza de esas modalidades narrativas, y también para señalar las dificultades que esos textos suponen cuando se intenta una gestión clasificadora³¹⁸. Sin abordar obras clásicas como la *Odissea*, la *Eneida* y las *Metamorfosis*, así como los linajes que derivan de esos textos seminales, advertiremos que buena parte de la historiografía grecorromana también está estrechamente vinculada a esa casi infinita narrativa de viajes. Al describir, por ejemplo, los paisajes de Lidia y sus regiones adyacentes, Herodoto se detiene con la curiosidad del viajero, para delinear «monumentos y costumbres de los lidios» (I, 93.2)³¹⁹. Allí, al descifrar el conteni-

317 La resonancia internacional de los *Naufragios* se registra en numerosas obras antes citadas y más recientemente en dos importantes estudios. Entre ellos destacan: Morison, *The European...*, pp. 516-528 y Boies Penrose, *Travel and Discovery in The Renaissance: 1420-1620* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1952).

318 La disparidad inherente a ese material se aprecia en la conocida obra de Phillip B. Gove, *The Imaginary Voyage in Prose Fiction* (New York: Columbia University Press, 1941). Esta obra repasa casi todos los estudios clásicos sobre la narrativa de viajes.

319 *Historias* (I-VI). Ed. de Carlos Schrader (Madrid: Gredos, 1977). Todas las citas provienen de esta edición. No olvidemos que los métodos historiográficos de Herodoto eran tema muy discutido en el siglo XVI. Ver: A.D. Momigliano, «The Place of Herodotus in the History of Historiography» *History VIII* (1958), pp. 1-13.

do de epitafios e inscripciones, una vez más se dejará llevar por su imaginación para recopiar datos que emanan, en gran medida, de sus propias suposiciones³²⁰. Igualmente astutas e interesantes son las especulaciones que, en otros momentos, le llevan a discernir los confines del mundo occidental³²¹.

Comentarios muy similares podrían hacerse sobre las «embajadas a Roma» que, con el habitual tesón de sus escrúpulos, nos relata Polibio en el libro XXIV de su *Historias*³²²; y otro tanto puede añadirse sobre las descripciones que Orosio ofrece en sus *Historias* nada menos que sobre «la situación de todo el orbe y del nombre y extensión de las regiones en que está dividido»³²³. En la tradición romana el mismo Cicerón, en su *De Oratore* había indicado que «la elaboración de una obra historiográfica se basa en el contenido y en la forma, pero el contenido exige la descripción minuciosa de sitios y regiones» (*Legitus* I, 5)³²⁴. El repaso brevísimo de esos textos primordiales nos interesa, no como mero respaldo erudito de la gestión investigadora, sino porque pone en evidencia la importante raíz historiográfica de la narrativa de viajes. Al evocar aquí las proporciones inmensas de esa tradición narrativa, que se reafirma en los *Naufraios*, queda sugerida otra vertiente de libros, en gran parte imaginarios, que exhibe, entre sus mejores ejemplos, textos de Jenofonte, Eratóstenes y Mariano de Tiro. Con ellos, y con las amplias visiones de una geografía imaginaria — también defendida por Platón —, se ensanchaba casi ilimitadamente la *oikumene* alejandrina (235-323 a.C.); ampliación que se llevó a cabo sobre todo en las rutas que han marcado, desde entonces, tanto la actividad exploratoria como los libros de viajes. En Roma, Estrabón continuaría ese proceso amplificador que elucidaba, a la vez, espacios geográficos y culturales, pero hoy sabemos que el alcance de su labor descriptiva se vio superado por la *Historia natural* (79 a.C.) de Plinio el Viejo. Este último es uno de los libros más sugestivos de su tiempo, y que tan profundo impacto tendría sobre la narrativa de viajes y la historiografía novomundista del siglo XVI³²⁵. Todo ese trasunto noticioso e imaginativo se reescribiría en América, sólo que siempre con la mezcla de ansiedades y fervor que de ordinario puede suscitar lo que nos es totalmente desconocido.

Contra lo que podría suponerse, el declive que trajo consigo la decadencia romana y la baja Edad Media no atenuaron radicalmente la producción de relatos en torno a viajes y sitios fabulosos. Si bien el estudio de la geografía se vio disminuido en sus aspectos científicos³²⁶, también debe señalarse

320 La transcripción que Herodoto ofrece de los textos que aparecen en las pirámides egipcias son, como es sabido, elucubraciones suyas. *Ibid.*, VI 53 (6.D.3).

321 *Ibid.*, III (115, 212).

322 *Historias*, Libro XXIV, 1, 230, ed. de Manuel Balash Recort (Madrid: Gredos, 1983).

323 *Historias* (I, 2, 86), Ed. de E. Sánchez Salor (Madrid: Gredos, 1982).

324 *Ibid.*, p. 30.

325 El historiador inglés John H. Elliott ha señalado el impacto de Plinio en la *Historia general y natural de Indias* de G. Fernández de Oviedo. Ver: *El viejo...*, p. 46.

326 Sobre esa orientación de la historiografía medieval y renacentista ver: Penrose, p. 8.

que el impacto profundo de la patrística cosmográfica marcó nuevos derroteros imaginarios para la relación geográfica. Hoy sabemos que las ilusorias visiones del mundo físico que concebió el Medioevo engendraron un número cuantioso de leyendas que se manifestaron en tratados y libros muy disímiles, así como en una pródiga narrativa hagiográfica de raíz popular³²⁷. Aquel mundo discernido en torno a Jerusalén, y fertilizado por ríos que fluían desde zonas paradisiacas, ciertamente no sería confirmado, en todos sus aspectos por san Agustín, Alberto Magno o san Isidoro³²⁸, pero sí por muchos otros que estaban más afectados por la devoción proselitista que por el limitado saber que poseían³²⁹.

Es admirable, al mismo tiempo, que ese vasto trasunto de fantasías geográficas tuviese una considerable influencia en proyectos de navegación y descubrimientos que se iniciaron en el Renacimiento; proyectos que se ejemplifican en las gestiones que inicia la Corona portuguesa, a partir de los reinados de Juan II y Enrique el Navegante³³⁰. Paradójicamente, más influencia tendrían sobre Colón que sobre los pragmáticos marinos portugueses aquellas imaginarias descripciones y cálculos que contenían la famosa *Imago mundi*, del obispo francés Pierre d'Ailly, así como la *Geografía* de Tolomeo: esta última, probablemente en la edición traducida por Jacobus Angelus (1310-1406)³³¹. Pero sin desvirtuar el alcance indiscutible de los libros antes citados, la síntesis más atrevida y popularizada de mitos clásicos, bíblicos y medievales — sobre geografías imaginarias — se había reunido en los afamados *Viajes* de Juan de Mandeville; libro éste que también figuró entre las obras y tratados que consultó Colón³³². Habrían de pasar muchos años antes de que ese voluminoso contingente de ficciones cosmográficas fuese desvirtuado por las revelaciones fácticas que permitieron los descubrimientos americanos³³³.

Los mapas de Juan de la Cosa (?—1510) y Martín Fernández de Enciso (1490-1527), serían ejemplos valiosos de ese proceso de avance científico que hicieron posibles los nuevos descubrimientos³³⁴. Si se piensa no sólo en la

327 Ver mi estudio: «Pesquisas...», n.º 112.

328 Penrose, p. 7.

329 Son famosos, en ese orden, los desmanes descriptivos del monje misionero Cosmas (540 d.D.). Es curioso que entre 1290 aproximadamente y 1400 apenas aparecen tratados de geografía como tal. *Ibid.*, p. 8.

330 Para el resumen más lúcido sobre ese período, ver: Daniel J. Boorstin *The Discoverers*, n.º 16; pp. 256-289.

331 La tortuosa trayectoria de la *Geografía*, la elucida Penrose, p. 10.

332 Los que hayan leído con cuidado las descripciones de China y reinos nórdicos que expone Mandeville, podrán verificar que Colón le leyó con más fascinación que minuciosidad. He consultado la edición inglesa de A.W. Pollard (Londres: McMillan & Co., 1923), pp. 139-162.

333 Los avances tecnológicos y de complicada artesanía que se llevaron a cabo en los siglos XVI y XVII los expone Carla Phillips en su excelente estudio *Six Galleons for the King of Spain* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986).

334 Sobre todo las deducciones cartográficas de Gerardo Mercator, Enrique Martellus y M. Waldseemüller. Ver: Boorstin, pp. 272-273.

acción descubridora, sino, además, en la extraordinaria proliferación de documentos y relaciones que motivó la presencia inesperada del Nuevo Mundo, concluiremos que las descripciones contenidas en muchos de esos novísimos textos sobrepasaban buena parte de lo que se había dicho sobre la antigüedad; y superaban, por cierto, las expectativas de los que seguían aquellos acontecimientos³³⁵.

Ese multifacético proceso descriptivo podría subdividirse en los siguientes ciclos: (a) el colombino, que abarcó nueve viajes exploratorios, incluidos, claro está, los cuatro del Almirante; (b) la exploración de América Central, emprendida entre 1509 y 1515; (c) la conquista de Nueva España y sus regiones adyacentes, consumada entre 1517 y 1542 aproximadamente; (d) y la del Perú y Nueva Granada que se efectuaron entre 1535 y 1548. En el caudal tan variado de documentos que esa inmensa actividad exploradora y política produjo, no siempre será factible la distinción nítida entre las relaciones históricas y otros escritos que registraban la información geográfica o los avatares de la navegación en Indias. En muchos órdenes, los célebres *Naufragios* de Alvar Núñez ejemplifican esas dificultades clasificatorias a que he aludido. Según veremos, el texto de Cabeza de Vaca —sin proponérselo— describirá, como las narraciones famosas de la antigüedad, todo un mundo desconocido, que nos llega —como en los textos de Herodoto— desde la leyenda, a través de conversaciones y también como el resultado ocasional de la verificación objetiva.

Pero antes de seguirle la pista a hechos y a personajes que exacerbaron la imaginación europea de fines del siglo XV, y principios del XVI, me parece necesario aludir —en una pesquisa de esta índole— a un vasto legado de libros y narraciones que se produjeron en aquel contexto histórico y que hoy aparecen como un sugestivo telón de fondo para la historiografía de Indias. Los que ahora recuerdo son, casi todos, libros españoles que apenas se han estudiado pero que, indirectamente, anticipan muchas de las proyecciones imaginativas y de los recursos expositivos que se utilizarían para describir el Nuevo Mundo³³⁶. En conjunto, se trata de narraciones inspiradas, a distancia, en el ambular caballeresco, en la hagiografía del Medioevo, en la novela bizantina y en acontecimientos históricos que retenían un sesgo heroico³³⁷. Así, Andrés Bernáldez (?-1513) (el Cura de los Palacios) en su *Historia de los Reyes Católicos...* (edición de 1856), enlaza ya las morosas relaciones habituales de los reinados castellanos con el despertar casi alucinado que produjo el

335 Sobre la percepción e indiferencia de los europeos ante el Nuevo Mundo, véase: Elliott, *El Viejo...*, pp. 41-70.

336 Se ha estudiado el impacto de la historiografía clásica, medieval y renacentista sobre las crónicas de Indias. Pero no se ha explorado la posible relación de esos libros de viajes —tan conocidos en el siglo XV— con las relaciones de historiadores novomundistas. Ver: Barbara W. Fick, *El libro de viajes en la España medieval* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1976).

337 Sobre la dimensión heroica e imaginativa de la historiografía medieval española consúltese: Robert Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV* (Madrid: Editorial Gredos, 1970).

descubrimiento del Nuevo Mundo. Es un momento aquél en que la fabulación histórica cuenta con no pocos ejemplos³³⁸. Propios de esa tradición castellana son los *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* y la *Crónica de don Pedro Niño*. Pero mucho más interés tiene la narración de Ruy González de Clavijo, autor de la famosa *Historia del Gran Tamorlán*. En ella se narran las supuestas gestiones que hace Enrique III de Castilla para engraciarse con el gran Tamerlán de Persia³³⁹. Casi todo su asunto deriva en un libro de viajes y en curiosas viñetas de ciudades y reinos entre los que figuran Gaeta, Mesina, Roda y Constantinopla. La narración se demora, particularmente, en la descripción de costumbres y peculiaridades culturales de diferentes sociedades, anticipando de esa manera elementos formales de la picaresca, y los registros temáticos y expresivos de la crónica de Indias³⁴⁰. Pero todavía más significativas, por su complejidad y refinamiento expositivo, son las *Andanzas y viajes de Pedro Tafur por diversas partes del mundo (1435-1439)*.

En los relatos de Tafur abundan descripciones muy logradas de ciudades egipcias, griegas, alemanas, turcas e italianas. En Italia, Tafur se encontrará nada menos que con el pródigo Niccolò Conti, veneciano de familia ilustre y viajero incansable por el Cercano Oriente, quien a su vez compartió un cúmulo muy amplio de noticias con Tafur. Conti, al parecer, se interesó principalmente por la descripción muy vívida que el español había logrado sobre la decadencia de Constantinopla³⁴¹; ciudad sobre la que Tafur intercala varias leyendas, entonces en boga, pero más allá del deleite que le producen esas ficciones, Tafur expone el criterio utilitario y retórico en que deben basarse los libros de viajes. Son textos, según él, que a todos benefician ya que en ellos puede alcanzarse un nivel cognoscitivo muy amplio de realidades geográficas y culturales. En su interesante prólogo, Tafur nos dice que mediante estos libros podremos «venir en conocimiento de lo más provechoso de la cosa pública e establecimiento della»³⁴². Vinculados a esas perspectivas y a esa tradición narrativa aparecen en Castilla otros libros como *Seguro de Tordesillas*, de Pedro Rodríguez de Velazco, y también el conocido *Libro del Passo Honroso de Suero de Quinoñes*, original de Pedro Rodríguez de Lena. Los sucesos de estirpe caballeresca que se relatan en esta última obra están parcialmente documentados en la *Crónica de Juan II* y en los conocidos anales de Zorita³⁴³.

338 Destacan, entre esos textos, las arengas imaginarias y las descripciones hiperbólicas de acciones militares que aparecen en la *Crónica de los Reyes Católicos* (1935) de Alonso Flores (—1476).

339 Penrose, p. 18.

340 Ver: Stephen Gilman, «Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula», en *Homenaje a Dámaso Alonso* (Madrid: Gredos, 1970), pp. 99-114.

341 Penrose, entre otros, comenta esa relación, casi de carácter novelesco, p. 23.

342 *Andanzas e viajes de Pedro Tafur por diversas partes del mundo auidos*. Ed. de José Ramos (Madrid: Asociación de Libreros, 1934). Observemos cuán próximos están los razonamientos de Tafur a las matizaciones que Núñez hace en su proemio a los *Naufragios*.

343 Ver: Ralph H. Vigil, *Alonso de Zorita: Royal Judge and Christian Humanist*, que en breve publicará la University of Oklahoma Press.

La que he resumido aquí es una secuencia de textos, más amplia de lo que podría suponerse, que anticipan el deambular picaresco y los vericuetos de la crónica indiana. En ellos se proponen, además, formas de la verosimilitud histórica que en el siglo XVI motivaron polémicas bien conocidas entre Antonio de Guevara (1481-1545), Pedro de Rúa (1480-1558), Ambrosio Morales (1513-1591) y otros humanistas e historiógrafos de la época³⁴⁴. Particularmente en los libros de viajes se formulaba toda una nueva epistemología del viajar, concebida ésta como actividad simbólica de una existencia cifrada en el afán de conocer y revelar; avidez que por duplicado se revela en el *Quijote*³⁴⁵. Otros libros de aquellos siglos, minuciosamente estudiados por Ángel Delgado Gómez³⁴⁶, como el *Aromatum* de G. García Orta —que a su vez había traducido el naturalista portugués Carlos Clusio— reaparecerán con notable frecuencia en el contexto literario del siglo XVI³⁴⁷. La necesidad de viajar era propugnada por la filosofía natural, elucidada, en parte, por Hipócrates, según la cual el conocimiento científico sólo es firme si se apoya en una inspección meticulosa del entorno³⁴⁸. Se vivía entonces un momento histórico en el que, con obvia inquietud renacentista, muchos se interesaban por desvelar los misterios infinitos del mundo que los rodeaba. En 1555, exactamente el mismo año que se publican en Valladolid los *Naufraios* de Alvar Núñez, también saldrá a la luz un libro de suma importancia que pertenecía a esa larga tradición de relatos de viajes que he esbozado. Se trata del *Viaje de Turquía* (1555), obra de autor desconocido, dedicada a Felipe II, y en la que se comenta explícitamente la actividad viajera. Apartándose de las acciones heroicas que tanto interesaban a Tafur, en el *Viaje de Turquía* se expone la necesidad de poseer otros tipos de conocimientos. En la dedicatoria leemos:

Aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conocer que natura puso en todos los hombres, César invictísimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fruto ninguno fábulas y ficciones, no puede mejor executarse que con la peregrinación y ver de tierras estrañas, considerando en quanta angustia se enzierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse y especular la infinita grandeza de este mundo, y por esto Homero, único padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo

344 Ver mi: *Vocación...*, n.º 24, pp. 15-80.

345 Aludo no sólo a las andanzas del protagonista como acto cognitivo, sino además a la duplicación interior de esa curiosidad, ejemplificada de otra manera en los relatos interpolados de «El curioso impertinente» y «El cautivo».

346 «El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*», trabajo que se publicará en las *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*.

347 La edición más asequible del fascinante *Aromatum* es la de Lisboa: Junta de Investigaciones de Ultramar, 1964. Este libro guarda relaciones —en cuanto a sistema descriptivo de flora y fauna— con obras como la *Historia general...* de Fernández de Oviedo y los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, entre otras.

348 De interés en este contexto es la obra de Christian K. Zacher, *Curiosity and Pilgrimage* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976); obra que se discute en el ensayo antes citado de A. Delgado.

de proponer a su Ulises por perfecto dechado de virtud y sabiduría, no sabe de que manera se entona, más alto, que con estas palabras: «Ayúdame a cantar oh musa! un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres de hombres»³⁴⁹.

Otro viajero, Pierre Belon, se trasladará a Turquía para hacernos, desde allí, revelaciones similares; y en su relato titulado *Les observations*, abogará, con la curiosidad del naturalista, en favor de esa labor cognoscitiva que encierra el viajar³⁵⁰. Sabemos que desde el siglo XV —y anteriormente— existió toda una documentada tradición apologética de la narración viajera; tradición que en la Edad Media se vio intensificada por los ciclos narrativos inspirados en las cruzadas y las peregrinaciones a los santos lugares. Pero más que ratificar ese hecho, ampliamente reconocido por la historiografía literaria, quiero destacar ahora una modalidad singularizada de ese discurso de viajeros que alcanzó gran difusión en la narrativa renacentista mediterránea, y que ocupa numerosos sectores de la historiografía indiana. Me refiero ahora a los relatos de naufragios³⁵¹, y en particular a las relaciones americanas que prepararon navegantes, soldados, burócratas y cronistas. Textos que, hasta bien entrado el siglo XIX, se leyeron en Europa con el deleite y hasta el espanto que producían los episodios más grotescos de la novela bizantina y de caballerías. Recordaremos en seguida que ese trasunto inagotable de informes y narraciones sobre desastres de la navegación se retoma, con espléndida ingeniosidad, en *La tempestad* (1610) de Shakespeare; y reaparece con otras características en la *Historia general de las Indias* (1552) del humanista Francisco López de Gómara; encontraremos en ella descripciones exóticas de la conquista de Yucatán, de la ciudad de Tenochtitlan, de bailes, ídolos y nigrománticos; narraciones que fueron leídas con la fascinación que podían despertar entonces los más descabellados relatos de ficción³⁵². Dentro de la secuencia tan desigual de hechos y datos que Gómara nos ofrece, destacarán las descripciones de naufragios y desastres que experimentó la navegación española en las interminables rutas americanas.

El mismo Gómara aparatosamente relata «La hambre, dolencias, guerra y victoria que tuvieron los españoles por defender sus personas y sus pueblos»; al mismo tiempo que nos refiere datos sobre «cocuyos, niguas, anima-

349 *Viaje de Turquía*. Ed. de Fernando García Salinero (Madrid: Cátedra, 1980), pp. 87-88.

350 El título completo de la obra es *Les observations des plusieurs singularitez et chose memorables trovees en Grece, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays estranges* (1558).

351 Fernand Braudel, en su obra clásica *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Vol. II (New York: Harper Torch Books, 1966), ha documentado el impacto económico y la importancia que en general tenía el tema de los naufragios y la piratería en el área mediterránea. I, pp. 276-293; II, pp. 967-1004. Braudel enumera y comenta numerosas fuentes bibliográficas sobre estos temas.

352 Véanse, entre otros, los siguientes capítulos: «Milagros de la conversión», p. 53; «Conquista de Yucatán», pp. 77-78; «Frutas y cosas que hay en el Darién», pp. 14-106. Cito por la ed. de Jorge García Lacroix (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978).

lejos pequeños y de lo bueno y lo malo»³⁵³, así como sobre pronósticos de destrucción que afligían a La Española. Del mismo modo, también se detendrá para relatarnos, con especial dramatismo, las vicisitudes de «La famosa nao Vitoria» y las desgracias ocurridas en el comercio de las especias³⁵⁴. En otros capítulos, ya próximos a la conclusión de su hermosa historia, Gómara nos describirá «La espantosa tormenta que hubo en Cuauhtemallán, donde murió doña Beatriz de la Cueva»³⁵⁵.

La lectura detallada de los textos históricos y de numerosos estudios especializados sobre navegación indiana demuestran, con toda claridad, el auge que alcanzó la literatura de naufragios entre cronistas y narradores de aquellos siglos³⁵⁶. De hecho, advertiremos que el mismo Fernández de Oviedo, en su *Historia general*, incide ampliamente en el tema de los «naufragios e infortunios» al que le dedica el libro quincuagésimo de su importante obra. Oviedo se ocupa en esas páginas de desastres ocurridos entre 1513 y 1548; y al describirlos cuenta, sobre todo, las calamidades que sufrieron embarcaciones que se ocupaban en tareas de exploración³⁵⁷. Al documentar esos acontecimientos, Oviedo se inserta en ellos como para subrayar, una vez más, su proximidad a todo lo que relata: «No hago mención de las muchas veces que en estas mares de acá en las de España y de Italia y Flandes, yo me he visto en tormentas muchas y muy grandes, de masteles quebrados e velas y antenas rompidas e otras fatigas, que cada una de ellas pensé que era la última hora allegada para la conclusión de mi vida...»³⁵⁸. Estudios recientes, antes mencionados, de José Luis Martínez, así como otros textos conocidos de B. Gómez Brito y W. Borah, demuestran cuánto abundó e interesó en los siglos XVI, XVII y XVIII esa narrativa de naufragios, desastres y piratería³⁵⁹. Los textos numerosísimos que pertenecen a esta tradición los han repasado Phillip Babcock Gove, Geoffrey Atkinson y otros eruditos de esa fascinante tradición³⁶⁰.

Tomando en consideración los avatares de esa modalidad narrativa que

353 *Ibid.*, pp. 41-49.

354 *Ibid.*, p. 149.

355 *Ibid.*, p. 301.

356 Ver: José Luis Martínez, «La piratería» y «Naufragios» en *Pasajeros de Indias* (Madrid: Alianza Universidad, 1983), pp. 11-123; 126-130. Otra obra de interés general sobre este tópico es: T. Desperthes y M. Duromensil, *Histoire des naufrages*, Vol. II (Paris: Thieriot Libraire, 1855).

357 *O*, IV, p. 305.

358 *Ibid.*, p. 307.

359 Ver: Bernardo Gómez Brito, *Historia trágico marítima*. Ed. de P. Blanco Suárez (Buenos Aires: Espasa Calpe, 1948); y de mayor rigor erudito, Woodrow Borah, *Comercio y navegación entre México y Perú en el siglo XVI*. Trad. R. Gómez Ciriza (México: Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1975).

360 Gove, pp. 37-41; 49; 65-69. De gran interés en el ámbito literario y cultural son las siguientes obras sobre el tema antiquísimo e inagotable de los naufragios: Cyrus Redding, *History of Shipwrecks and Disasters at Sea*. Vol. II (London: Whittaker, Treacher & Co., 1833); *The Book of Wonder Voyages*, ed. de J. Jacobs. Ilust. de J.D. Batten (London: David NVTJ-in-the-Strand, 1896). Ambos textos contienen numerosas ilustraciones que ejemplifican la visión romántica de esos acontecimientos.

tanto prosperó en el siglo XVI³⁶¹, conviene hacer ahora algunas aclaraciones sobre el cambio de título que sufrió la relación de Cabeza de Vaca. El profesor chileno Pedro Lastra, en un estudio antes citado³⁶², indica que el vocablo «naufragios» —que ya aparece en el primer capítulo de la edición de 1555— venía sugerido en el encabezamiento del índice donde se lee: «Tabla de los capítulos contenidos en la presente relación y naufragios del gobernador Aluar Nunez Cabeza de Vaca». El nuevo título de *Naufragios* debió ser aprobado por el autor cuando éste hizo las numerosas correcciones y cambios que aparecen en la edición de 1555³⁶³. Creo que el cambio de título de *Relación a Naufragios* remite directamente al contexto literario e historiográfico de la época que he descrito en estas páginas. Según lo hemos visto, el viaje, como actividad que comporta una multitud de revelaciones, ya era uno de los grandes temas de la literatura española y europea del siglo XVI³⁶⁴. Al considerar la aceptación de que disfrutó esa suerte de narraciones, creo que el título de *Naufragios* fue adoptado —probablemente en consultas con el editor— para insertar el texto de Núñez en esa categoría exitosa de narrativa viajera a la que sin duda pertenecía. Como lo veremos a continuación, los *Naufragios* asimilan varios recursos expresivos propios de la prosa de ficción y, en particular, de relatos y novelas sobre viajes ficcionalizados. Mi parecer es que ese cambio de título, un tanto oportunista, era todavía más efectivo si se toma en cuenta el sentido, a la vez literal y metafórico, que el vocablo «naufragios» retiene globalmente en la narración de Cabeza de Vaca.

Ecos de la tradición literaria

Sabemos muy bien que el propósito de Cabeza de Vaca no fue escribir ficción como tal. En otras partes de este estudio he subrayado que el marco de su relato se atiene, en general, a las codificaciones formalizadas de la relación como modalidad del discurso forense. Pero, al transformar su informe a la Corona en libro que alcanzaría alguna difusión, los moldes estrechos de la *relación* se verán superados por las exigencias que imponían al texto la

361 Recordemos que el tema de los naufragios aflora con facilidad en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso; concretamente en el conocido episodio novelesco acerca de Pedro Serrano (I, I, VII); el mismo asunto había aparecido en la *Elegía de varones ilustres de Indias* (1522-1607) según lo ha señalado José Luis Martínez, p. 121; y también aparece en el famoso *Carnero* (1637) de Juan Rodríguez Freyle; concretamente en el conocido episodio sobre Juana García. Véase mi *Vocación...*, n.º 2, pp. 123-154.

362 Ver: n.º 2.

363 La evolución del texto la comento en el apartado (I, d).

364 Eso se corrobora en textos importantes como el de Cristóbal Gutiérrez de Medina, *Viaje del virrey de Villena* (1640), ed. de Manuel Romero Terreros (México: Imprenta Universitaria, 1947); y Antonio de Guevara, *De muchos trabajos que se pasan en galeras* (1539). Ese texto, bastante raro, se ofrece como apéndice en la obra antes citada de José L. Martínez, pp. 123-234.

directriz autobiográfica y la natural inclinación del relator por vincular sus testimonios a los códigos que disfrutaban entonces de mayor vigencia entre sus posibles lectores; de ese empeño es testimonio el cambio de título que se sugiere ya en la edición de 1555. Hasta donde el cotejo lo permite, se puede identificar, en la edición original de 1542, una ligera aglutinación de fórmulas expresivas y tópicos que pertenecían principalmente a la narrativa de ficción. Pero antes de referirme a ellos, reconoceremos que al «hacer memoria» (en su Proemio) y construir una narración autobiográfica, los *Naufragios* se transforman gradualmente en metáfora de la existencia de Núñez; es decir en «el libro de una vida»³⁶⁵. Quisiera destacar en este contexto la manifiesta circularidad que la narración exhibe en su penúltimo capítulo³⁶⁶. Núñez no sólo retorna a su espacio de origen, sino que al abandonar Nueva España, como le ocurrió antes de salir de Cuba, se verá amenazado por tempestades y huracanes (Cap. I y Cap. XXXVII)³⁶⁷. Principalmente en el primer tercio de los *Naufragios* las tormentas —con el sesgo apocalíptico que tuvieron en la novela bizantina y aún en relatos antiquísimos de origen semítico—, aparecen y reaparecen como marco inestable que preconiza la trayectoria desastrosa que lleva la expedición. Lo tenebroso ocurre como elemento integral de la borrasca y también como emanación del que la contempla. «En esta tempestad y peligro anduimos toda la noche sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros. Andando en esto oímos toda la noche, especialmente desde el medio della, mucho estruendo y grande ruydo de bozes, y gran sonido de cascaules y de flautas y tamborinos y otros instrumentos que duraron hasta la mañana que la tormenta cessó» (Cap. I).

El navegar precario que podía lograrse con barcas improvisadas culmina finalmente en la isla del Mal Hado; isla que tan fácilmente evoca las islas homéricas, entre otras, pero, sobre todo, la isla maldita mencionada en el *Lai* de José de Arimatea, y en la que también se producen peligros y tormentas³⁶⁸; es, si se quiere, el opuesto, o la inversión de la isla bienaventurada: es decir, «la isla de joyas» que figura en los mitos griegos y que era el punto afortunado de llegada en la *peregrinatio*. Es esa precisamente la isla que buscó Ponce de León y cuya supuesta ruta le llevó a la Florida. Así también, la sugestiva «heuilleta de talabarte de espada» que Alonso del Castillo tomó de un indio (Cap. XXXII) nos remonta al «sentido de protección» que tradicionalmente se había asociado con la hebilla como reducción del escudo y resorte que ata extremos imaginativos de toda secuencia. En este caso también la veremos como expresión de una alucinante trayectoria que se

365 Véanse las referencias que hace sobre este conocido tópico J. Cirlot en su *Diccionario de símbolos* (Barcelona: Nueva Colección Labor, 1982), p. 463.

366 En la apreciación analítica del texto, y de cara a su reflexividad interior, es de especial interés la interpolación que hace Núñez de los relatos que le proporcionó Esquivel, Cap. XVIII.

367 La reincidencia del tópico parece indicar su uso deliberado. Ver: Caps. I, II, III, IV, VI, X, XXXVII, entre otros.

368 Cirlot, p. 122.

configura a un avatar circularizado³⁶⁹. Ecos del *locus amoenus*, según los formulismos identificados por Curtius, y muchos otros, se insinúan más de una vez en los *Naufragios*. Hacia el final de su camino, cuando Núñez ya anticipa jubilosamente que ha de verse rescatado, el proceso de evocación le hace aproximarse a visiones de tenue corte clásico³⁷⁰:

les mandamos que se asegurassen y assentassen sus pueblos y sembrassen y labrassen la tierra, que de estar despoblada estaua muy llena de monte, lo qual sin dubda es la mejor de quantas en estas Indias ay e más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos y otras muchas aguas muy buenas. Ay muestras grandes y señales de minas de oro e plata (Cap. XXXIV).

Aun en pasajes que se apartan de toda construcción hiperbólica, el texto de Cabeza de Vaca incorpora otros convencionalismos que ya habían aparecido en el proemio de sus *Naufragios*, y que se repiten con matices diferenciados. Así, el tópico de lo inexpresable o no recuperable —que tan honda raigambre clásica tiene—³⁷¹ reaparece más de una vez en los *Naufragios*. «Destos nos partimos y anduimos por tantas suertes de gentes y de tan diuersas lenguas que no basta memoria a poderlas contar...» (Cap. XXIX). Pero más efectivo es el uso de la *brevitas* como formulismo condensador³⁷². En el proemio nos dirá Núñez que al relatar «antes soy en todo más corto que largo». Ciertamente es que esta fórmula tenía, desde la antigüedad, igual vigencia en las narraciones históricas que en la ficción. No obstante, en los *Naufragios* el uso de la *brevitas* evoca la aplicación que de esa fórmula se hacía en textos literarios: «Los trabajos que en esto passé sería largo contarlos, assí de peligros y hambres como de tempestades...» (Cap. XVI). A propósito de lo que les ocurrió en la isla del Mal Hado, Núñez dirá: «mas yo he contado las más principales y más señaladas, por passar adelante y contar lo que más nos sucedió» (Cap. XV).

Si esos detalles ilustran una incorporación mesurada y a veces exigua de codificaciones literarias en los *Naufragios*³⁷³, es, sobre todo, la súbita apari-

369 *Ibid.*, p. 122.

370 Ver: Curtius, pp. 106, 192. Con ello no quiero inferir que Núñez hubiese alcanzado una formación humanística. Me refiero, más bien, a la reaparición de una fórmula descriptiva que tuvo una vigencia notable en el siglo XVI y en obras muy dispares.

371 *Ibid.*, pp. 120, 159.

372 *Ibid.*, pp. 487.

373 A otro nivel, existe siempre la posibilidad de sugestivas analogías con textos reconocidos. Sobre todo cuando advertimos que el contenido de los *Naufragios* se aproxima a las secuencias episódicas de narraciones clásicas. Así, por ejemplo, la construcción de barcas, hechas por la expedición de Narváez, con árboles que encontraron en el norte de la Florida, se vincula a episodios similares que recordaremos en obras célebres. Antonello Gerbi en *La naturaleza de las Indias nuevas* (México: Fondo de Cultura, 1978), ha puesto de relieve la vigencia del tópico de «los árboles que se convierten en naves», así como las relaciones de esos giros metafóricos con pasajes de la *Eneida* IX, 77-80; de las *Metamorfosis* de Ovidio, XIV, 50; y del *Orlando Furioso* de Ariosto, XXXIX, 26-28; obra esta última en que la fronda, al ser milagrosamente lanzada a las olas, se transformará («in un tratto diventaro navi», p. 31).

ción en el último capítulo de una nigromante y de profecías lo que más directamente vincula a los *Naufraios* con la tradición literaria como tal. La Mora de Hornachos pertenece, con toda claridad, al linaje de las celestinas³⁷⁴, que representan «Fabia» en el *Caballero de Olmedo* de Lope de Vega, «La Camacha» de Cervantes, «Juana García» de Rodríguez Freyle y la «Sycoray» de Shakespeare³⁷⁵. Hornachos era, en el siglo XVI, pueblo habitado por numerosos moriscos entre los que se suponía la existencia de nigrománticos³⁷⁶. La profecía fatídica e inesperada de la Mora descende, con variantes idealizadas y escatológicas, desde Virgilio a Cervantes, pasando por Tasso y reapareciendo en Milton. Es particularmente reveladora la elucidación que de este tópico ofrece Alban Forcione en su análisis del *Coloquio de los perros* y otros textos cervantinos³⁷⁷. Pero, más allá de esos vínculos y asociaciones, si viéramos el texto de Núñez como la encarnación de una profecía —emitida en este caso por una nigromante—, entonces cabría iniciar una valoración literaria del texto; lectura que también podría apoyarse en el acontecer novelesco que se insinúa en el regreso de Núñez a España. Nos sorprende que, en alta mar, la embarcación en que navega Cabeza de Vaca se vea amenazada por corsarios franceses. De esa aventura él reconstruye imaginativamente, y en su hispanizado portugués, las exclamaciones de un capitán lusitano que se expresa con la soltura pintoresca de sus equivalentes ficcionalizados (Cap. XXXVIII). Recordemos por último, y proyectándonos hacia textos posteriores a los *Naufraios*, que naufrago es el efebo de la *Primera soledad* (1611) de Góngora, y también lo serán, en el Nuevo Mundo, Antonio y su hijo en *La tempestad* (1611) de Shakespeare, así como el don Juan de Tirso en *El burlador de Sevilla* (1630). Todos ellos, como Alvar Núñez, recalán en playas desconocidas y habitadas por gente humilde; gente cuya presencia alude a un proceso de inversiones sutiles que a lo largo de siglos se han ritualizado en la narrativa de naufragios y catástrofes similares³⁷⁸. Al exponer en estas páginas algunos nexos leves que la narración de Cabeza de Vaca mantiene con una dilatada tradición literaria no he

374 Esa tradición la explicita María Rosa Lida de Malkiel en *La originalidad...*, n.º 224, pp. 242 y sigtes.

375 Ver mi: *Vocación...*, pp. 142-143.

376 Agradezco esos y otros datos históricos que me facilitaron, en ocasiones diversas, el conde Canilleros y Juan Pérez de Tudela. Ver, además: Julio Caro Baroja, *Algunos mitos españoles* (Madrid: Espasa Calpe, 1941).

377 *Cervantes and the Mystery of Lawlessness: A Study of El casamiento engañoso y El coloquio de los perros*. (Princeton: Princeton University Press, 1984), pp. 59-88.

378 Las implicaciones de esos rituales, codificados según aparecen en una vasta tradición mediterránea, se expone en los siguientes estudios: John Freccero, «The River of Death: Inferno II, 108», en *The world of Dante: Six Studies in Language and Thought*, ed. de S.B. Chandler y J.A. Molinaro (Toronto: Toronto University Press, 1966); Richard H. Lansing, «Two Similes in Dante's Commedia. The Shipwrecked Swimmer and Elijah's Ascent», en *Romance Philology*, XXVIII n.º 2 (1974), pp. 162-163. Una exposición más amplia de las posibles relaciones de los *Naufraios* con la narrativa de viajes aparece en *Hallazgos de la lectura: homenaje a Miguel Enguídanos* (Madrid: Edit. Porrúa, 1989), pp. 63-83.

querido inferir que todo ello se deba a una elección deliberada por parte de Núñez. Al comentar esa dimensión del texto he intentado verlo como una construcción narrativa en la que naturalmente van quedando atrapados tópicos, motivos y alusiones que derivan de un espontáneo proceso analógico. Los *Naufraios* concluyen, como recordaremos, con una identificación precisa de los supervivientes, de sus linajes y procedencias; pero junto a ese pequeño inventario, que parece ser cerrojo final del texto, paradójicamente —y en ese mismo capítulo— se abre la grieta que suscita la revelación profética. Así, el acto de premonición, con toda su posible arbitrariedad, se inserta, para siempre, en el texto de Núñez como una apertura creativa que posibilita lecturas diversas de los *Naufraios*.

NOTAS AMERICANAS

«La historia de América Latina se escribió una suma de historias desconocidas...»

«Cabeza de Vaca...»

PORRAJONES DE PESO. Al leer Núñez, y después de haber leído las introducciones que explican una clara relación de continuidad con la historiografía virreinal y la obra de americanistas producidos a partir del siglo XIX³⁷⁹. Sin entrar en otras consideraciones, sabemos que en nuestro amplio pasado colonial eran otros los marcos culturales y otros los hábitos mentales del escritor. Revalorizáramos, con igual facilidad, que mucho de lo que se escribió sobre América en aquellos siglos, pertenece a su tiempo, a un arraigado formato de rotación que hoy seguramente no equipararíamos con operaciones memorativas³⁸⁰. Pero si bien es cierto que para el lector actual muchos de esos discursos poseen una obvia utilidad educativa, lo mismo no podría decirse de narraciones que contienen secuencias específicas muy variadas y que a menudo inciden más allá de lo verificable. De hecho, los que señalo son textos que todavía reducen al curioso cabalero que siempre nos deja una escritura reinada, lo mismo o la revelación aguda que emana de lo mismo. Pienso que tales atributos, entre otros, justifican la pertinencia de textos, hoy obliques, como los *Naufraios* (1542) de

379 Cuestionamientos severos de los esquemas tradicionales de la historiografía hispana han sido formulados por Paul de Man en su importante estudio *History and Literary Experience*, en *Man's World and Image: Essays in the History of Contemporary Criticism* (Ithaca: Cornell University Press, 1965), y por Claudio Guillén en «Las transposiciones literarias históricas», en *Este y ese y la historia* (Barcelona: Editorial Crítica, 1962), pp. 70-106.

380 Variadas manifestaciones de esas narraciones aparecen, por ejemplo, en la novela *U.S.A.*, VIII, pp. 318, 347, 363; así como en las *Relaciones papeles de Juan de Pantoja*, ed. de Marcos Jiménez de la Espada (Madrid: B.A.E., 1963).

cuando insistir que todo esto se deba a una elección deliberada por parte de Núñez. Al comentar esta intención del texto he indicado visto como una cuestión de narración en la que el narrador — en el momento de escribir — se refiere a los hechos que ocurren en un momento preciso anterior a los acontecimientos como los relatos con una identificación precisa de los sujetos de los hechos, y por consiguiente, por tanto a los hechos que ocurren en el momento de escribir el texto, para poder hacer una referencia precisa a los hechos que ocurren en el momento de escribir el texto. Pero, más allá de esos vínculos y asociaciones, si verificamos el texto de Núñez como la continuación de una profecía — emitida en este caso por una narración — entonces cabría indicar una valoración literaria del texto, lectura que también podría apoyarse en el reconocido nivel de la novela que se insinúa en el regreso de Núñez a España. Nos sorprende que, en esta obra, la embarcación en que naufraga Cabeza de Vaca se ve amenazada por piratas barbares. De esa aventura se reconstruye imaginariamente, y en su hispanizado portugués, las exclamaciones de un capitán lusitano que se expresa con la cultura portuguesa de sus equivalentes hispanizados (Cap. XXXVIII). Reconocemos por último, y probablemente más acertado, los paralelos a los Naufragios que muestra el texto de la *Primera historia* (1611) de Oropesa, y también la serie, en el Nuevo Mundo, Antonio y su hijo en *La tempestad* (1611) de Shakespeare, así como el don Juan de Tuso en *El marqués de Sade* (1630). Todos ellos, como Alvar Núñez, recalcan en playas desconocidas y habitadas por gente humilde; gente cuya presencia añade a un proceso de inversiones sutiles que a lo largo de siglos se han ritualizado en la narrativa de naufragios y catástrofes similares³⁷⁴. Al exponer en estas páginas algunos nexos claves que la narración de Cabeza de Vaca mantiene con una dilatada tradición literaria no le

374 Esa tradición la explica María Rosa Lida de Malkiel en *La epopeya*, pp. 247 y 248.

375 Ver *op. cit.*, pp. 142-143.

376 Agudez, *loc. cit.* y otros datos similares que me facilitaron en algunas diversas, el señor González y Juan Pérez de Tanda. Ver, además, Julia Caro Baroja, *Agudez, mitos y epopeya* (Madrid: Espasa Calpe, 1941).

377 *Genesis and the Making of Paradise: A Study of II Corinthians* y *El origen de la parábola* (Princeton: Princeton University Press, 1961), pp. 2-48.

378 Las implicaciones de esos rituales, ritualizados según aparecen en una vasta tradición medieval, se exponen en los siguientes artículos: John Protektor, «The River of Desires: Inferno II, 106», en *The World of Dante: The Middle Ages*, ed. de S.B. Chandler y J.A. Moloney (Toronto: Toronto University Press, 1962); Richard H. Lanning, «Two Similes in Dante's *Commedia*: The Shipwrecked Sinner and Captain's Account», en *Romance Philology*, XXVIII n.º 2 (1974), pp. 102-103. Una exposición más amplia de las posibles relaciones de los Naufragios con la narrativa de viajes aparece en *Historia de la literatura hispanoamericana* (Madrid: Edic. Porrúa, 1981), pp. 28-31.

II. (e)

LOS NAUFRAGIOS EN LA TRADICIÓN NARRATIVA HISPANOAMERICANA

«La historia de América Latina es también una suma de esfuerzos desmesurados...»

(Gabriel García Márquez)

POR RAZONES DE PESO, al lector informado podrían parecerle arbitrarias las formulaciones que establecen una clara solución de continuidad entre la historiografía virreinal y la ficción americana producida a partir del siglo XIX³⁷⁹. Sin entrar en otras consideraciones, sabemos que en nuestro amplio pasado colonial eran otros los marcos culturales y otros los hábitos mentales del escritor. Reconoceríamos, con igual facilidad, que mucho de lo que se escribió sobre América, en aquellos siglos, pertenece, en su estirpe, a un artesanado forense de redacción que hoy seguramente no equipararíamos con creaciones memorables³⁸⁰. Pero si bien es cierto que para el lector actual muchos de esos documentos poseen una obvia caducidad expositiva, lo mismo no podría decirse de narraciones que contienen secuencias episódicas muy variadas y que a menudo inciden más allá de lo verificable. De hecho, los que señalo son textos que todavía inducen al curioso embeleso que siempre nos depara una escritura refinada, lo insólito o la revelación aguda que emana de lo nimio. Pienso que tales atributos, entre otros, justifican la perdurabilidad de textos, hoy célebres, como los *Naufragios* (1542) de

379 Cuestionamientos severos de los esquemas tradicionales de la historiografía literaria han sido formulados por Paul de Man en su importante estudio «Literary History and Literary Modernity», en *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983); y por Claudio Guillén en: «Las configuraciones históricas: historiología», en *Entre lo uno y lo diverso* (Barcelona: Editorial Crítica, 1985), pp. 362-432.

380 Variantes múltiples de esas narraciones aparecen, por ejemplo, en la famosa *C.D.I.*, XIII, pp. 318, 347, 463; así como en las *Relaciones geográficas de Indias: Perú*, III, ed. de Marcos Jiménez de la Espada (Madrid: B.A.E., 1965).

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, los *Comentarios reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso, o *El carnero* (1637) de Juan Rodríguez Freyle. Lógicamente, son esos rasgos diferenciales los que posibilitan las numerosas analogías que tantas veces se han propuesto entre esas narraciones tempranas y la ficción contemporánea³⁸¹. Tal vez esas convergencias analógicas sean inevitables, pero a otro nivel corroboraremos que la recuperación de textos de otros siglos no está determinada exclusivamente por el contenido episódico o temático de los mismos, sino más bien por las formas en que una lectura actual asume el legado inherente a esos escritos³⁸².

No sería desproporcionado añadir que pocas relaciones de nuestros siglos virreinales han mantenido la vigencia que hoy tienen los *Naufragios* en nuestra tradición narrativa³⁸³. En muchos órdenes, la *Relación* de Alvar Núñez ha permanecido como hito referencial o como reserva, casi inagotable, de información y anécdotas espectaculares³⁸⁴. Es posible que ese hecho nos sorprenda, si a la vez confirmamos la sencillez expositiva de la narración y la visible impericia con que Núñez resuelve algunas de las transiciones que su texto le exigía³⁸⁵. También es cierto que en sus escritos a veces resalta la observación ocasional o distraída³⁸⁶. Además, en los últimos quince capítulos la sintaxis suele recurrir al acoplamiento apresurado que deriva en des-

381 Tal vez uno de los casos más notables y recientes de esas repetidas analogías aparece en el discurso de Gabriel García Márquez ante la Academia Sueca. Ver: *La soledad de América Latina* (Bogotá: Corp. Editorial Universitaria, 1983), pp. 3-29. Otros enlaces imaginativos de esa índole aparecen en el estudio de Selma Calasans Rodríguez, «Cien años de soledad y las crónicas de la conquista», *Revista de la Universidad de México*, XXXVIII. Ver: n.º 23 (1983), pp. 13-16.

382 Véase, por ejemplo, el estudio de Roberto González Echevarría, «José Arrom, autor de la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*: picaresca e historia», en *Relecturas: estudios de literatura cubana* (Caracas: Monte Ávila, 1976), pp. 17-35; y mi trabajo: «La historia como pretexto: formas de la invención literaria en *El carnero*», en *La vocación...*, ver: n.º 24, pp. 123-154; otro nivel analítico se revela en el estudio de Stephanie Merrim, «Autobiography...» Ver: n.º 202.

383 Los estudios siguientes, entre muchos otros, ofrecen prueba de ello: David Bost, «The *Naufragios* of Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A Case of Historical Romance», *South Eastern Latinamericanist*, II (1983), pp. 3-12; Robert Lewis, «Los *Naufragios* de Alvar Núñez: historia y ficción», *Revista Iberoamericana*, n.º 120-121 (1982), pp. 681-694; Pedro Lastra, «Espacios de Alvar Núñez», ver: n.º 2; Luisa Pranzetti, «El naufragio como metáfora», *Literatura d'America*, Vol. I, n.º I (1980), pp. 5-28; Antonio Carreño, «*Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: hacia una retórica de la crónica colonial», *Revista Iberoamericana*; n.º 140 (1987), pp. 499-516; y mi estudio: «Pesquisas...». Ver: n.º 112 (1984), pp. 499-516. Para más datos bibliográficos véase: III (b).

384 La vigencia histórica y antropológica de los *Naufragios* se comenta en innumerables obras de gran difusión internacional. Sirvan como ejemplo: Francisco Esteve Barba, *Historiografía de Indias* (Madrid: Gredos, 1966), pp. 237-240; pp. 273, 280, 301; Morison, n.º 11, pp. 499-528. Véase, además, n.º 5.

385 Un ejemplo curioso, que ya he citado en otro contexto, ocurre en esta descripción: «Entre éstos [indios] ay vna lengua en que llaman a los hombres por mira acá, arre acá» (Cap. XXVI). Véanse, por ejemplo, las secuencias descriptivas al comienzo de los Caps. XVII, XXII y XXV.

386 A ellas se ha referido la profesora Stephanie Merrim en un sugestivo estudio titulado: «Historia y escritura en las crónicas de Indias: ensayo de método», *Explicación de textos literarios IX*, n.º 2 (1981), pp. 193-200. Ver también el inciso (I, d).

cripciones cacofónicas y en otros estorbos similares³⁸⁷. Pero en su abono debemos reconocer que el agrado que hoy nos producen los *Naufragios* no reside exclusivamente en la presencia sutil del incidente fabulado, sino más bien en la capacidad que muestra el relator para aludir a lo que hubo de ilusorio y enigmático en aquel acontecer histórico. Núñez, como Herodoto y Plinio, supo recordar los hechos, las cosas menudas y también los vuelcos del azar. Dicho en otros términos, en los breves capítulos de ese afamado libro ya se insinúa el comienzo de una pluralidad de valores que ha venido a ser sello distintivo de nuestra realidad cultural. Creo que, por ser así, el texto de Cabeza de Vaca tiende a insertarse, con sorprendente naturalidad, en el espléndido proceso creativo que exhibe la narrativa de ficción hispanoamericana.

Debido a la amplitud temática que detectamos en la narración de Cabeza de Vaca es factible relacionarla hoy con un extenso inventario de textos coetáneos y posteriores en los que se relatan, por ejemplo, los rigores del cautiverio, la navegación azarosa, aventuras muy variadas y materias etnográficas recogidas en innumerables relaciones históricas, así como en obras de creación. En la tradición literaria resaltarían en seguida las posibles asociaciones entre los *Naufragios* y los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). Menos directos, pero importantes, son los vínculos que existen a nivel anecdótico entre el texto de Núñez y el *Pastor de Noche Buena* (1644) de Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659). En ese plano de relaciones confirmaremos otros nexos, no menos significativos, que enlazan a los *Naufragios* con relatos que aparecen en *El carnero* (1636) de Juan Rodríguez Freyle (1566-1640?). Al orientar así nuestras lecturas también reconoceremos convergencias notables que sin duda conectan a la narración de Cabeza de Vaca con el *Cautiverio feliz* (c. 1650) de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-1682). Creo que el registro de esos sugestivos enlaces desborda, con mucho, las posibilidades de lo que puede elucidarse en estas breves notas introductorias. Con igual facilidad, y en el plano de las asociaciones más inmediatas, el texto de Núñez puede vincularse, en un extremo, con los episodios sobre naufragios que contienen, entre otros, los textos del Inca Garcilaso, Fernández de Oviedo y López de Gómara³⁸⁸; pero en un ámbito mucho más contiguo, la relación de Núñez también se articula con las famosas narraciones de Gabriel García Márquez tituladas *Relato de un naufrago que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber* (1970) y *El amor en los tiempos del cólera* (1985). Igualmente vívidas son las relaciones que se suscitan entre los *Naufragios* y las confesiones sobrecogedoras del ex esclavo Esteban Montejo que el escritor cubano Miguel Barnet

387 Quizá la instancia más notable es la narración en torno a «Mala Cosa» (Cap. XXII). Pero, en otros órdenes, no menos sugestiva es la relación interpolada que Núñez tomó de Esquivel (Cap. XVIII). Otras características similares del texto se elucidan en: (II, a).

388 Esos puntos de afinidad temática los comento, detalladamente, en: (II, a). Las familias de textos que se relacionan con los *Naufragios* las comenta Aníbal González Pérez en su espléndido estudio: «Los infortunios de Alonso Ramírez: picaresca e historia», *Hispanic Review*, LI, n.º 2 (1983), pp. 189-204.

reprodujo en *Biografía de un cimarrón* (1966)³⁸⁹. Las alusiones de Montejo a sus vicisitudes de prófugo desnudo que a duras penas sobrevive en los montes de Cuba, ciertamente evocan episodios que Núñez nos relata sobre su calamitosa vida en las costas del golfo de México.

Con una visión más holgada, también sería razonable asociar el texto de Alvar Núñez con otras variantes del discurso autobiográfico que se cultivó profusamente en la ficción y en la historiografía indiana durante los siglos XVI y XVII³⁹⁰. En apartados anteriores he apuntado que la etnografía americana repetidamente toma en cuenta el extenso repertorio de noticias contenido en los *Naufraios*. Sabemos, a propósito, el interés que la *Relación* y testimonios de Núñez tuvieron para José Toribio de Benavente (?-1569) (Motolinia), así como para fray Bernardino de Sahagún (1500-1590)³⁹¹. Con intereses muy similares, el provincial de la compañía de Jesús, Andrés Pérez de Ribas (1576-1655) incorporó lo narrado por Cabeza de Vaca a su conocida obra: *Páginas para la historia de Sinaloa y Sonora; triunfos de nuestra fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe* (1645); obra que, en su primer tomo, contiene una reproducción, ligeramente anotada, de los *Naufraios*³⁹².

Vistos en conjunto, los datos bibliográficos que documentan las relaciones entre el texto de Núñez y otras obras son prolijos y de índole muy variada. Pero, en definitiva, lo que me interesa destacar aquí no es una secuencia cuantiosa de noticias y textos en la que se haga referencia a las posibles filiaciones que esos escritos podrían tener con los *Naufraios*. Sabemos que esas compilaciones de datos bibliográficos tienen un valor relativo que no suele trascender la elemental facticidad de lo descrito. La excepción serían, claro está, aquellas instancias que confirman, por ejemplo, un hallazgo textual o relaciones inesperadas que se verifican entre el discurso historiográfico y la literatura de creación³⁹³.

Aparte de esos vínculos excepcionales que he examinado en otras partes

389 Sobre otros puntos de afinidad con textos muy diversos véase: José Luis Martínez, *Pasajeros...*, pp. 126-180, ver n.º 129. A propósito del curioso texto de Barnet, véase el importante estudio de Roberto González Echevarría, «*Biografía de un cimarrón and the Novel of the Cuban Revolution*», *Novel*, XIII, n.º 3 (1980), pp. 249-263.

390 Ejemplos notables de la importancia de esa postura narrativa y sus variantes los encontraríamos en *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568) de Bernal Díaz del Castillo, en los *Comentarios reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso y en *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1680) de Carlos Sigüenza y Góngora.

391 Ver el importante estudio de Jacques Lafaye: «Los milagros...», ver n.º 4, pp. 65-84. El conocido hispanista francés documenta el impacto y trasunto polémico de los *Naufraios* en los siglos XVI y XVII.

392 Vol. I (México: Editorial Layac, 1944), pp. 9-72.

393 Un libro que aporta numerosos hallazgos de ese tipo es el conocido estudio de Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid: Sociedad General Española de Librerías, 1928), pp. 49-55; y del mismo autor, *De la Torre...*, ver: n.º 12; p. 128; en otros planos, un ejemplo interesante de esos enlaces inesperados se produce en la breve *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, ed. de José J. Arrom (Lima: Petro-Perú, 1982).

de esta introducción, lo que me propongo aquí es registrar formas de interacción textual que ratifican, de otro modo, la vigencia funcional que ha tenido y puede tener el texto de Núñez. Me refiero ahora a los procesos de asimilación que suelen derivar en glosas enrevesadas, en la perifrasis o inclusive en redacciones muy dispares y de un ligero matiz paródico. Algunas de esas imbricaciones las he señalado ya en (I, d) y (II, a). Lo que deseo anticipar ahora es que, en el período republicano, el atractivo y significación de los *Naufraios* se vio con otros prismas históricos e ideológicos. En el siglo XIX el texto de Núñez coincidirá, por su contenido, con la añoranza romántica de nuestros orígenes; visión de carácter nostálgico que, desde un principio, trenzó la historia con el mito o con la ficción, y que con una perspectiva telúrica también intentó la codificación temática e ideológica de una «narrativa americana» singularizada³⁹⁴. Ese proyecto de recuperación, presente de tantas maneras en la literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX, se manifestaría, según lo veremos, en toda una serie de peregrinaciones imaginativas que intentaban el descubrimiento de una última realidad americana, casi siempre ignota y concebida en sus formas más elementales³⁹⁵. Pero antes de insertarse en esas formas más recientes de la tradición narrativa hispanoamericana, los *Naufraios* aparecieron integrados en la urdimbre de textos que desde el siglo XIX hemos valorado como fundadores del rico discurso sincrético hispanoamericano.

En otras ocasiones he apuntado la importancia que el cronista Fernández de Oviedo concedió a la *relación* que enviaron, a la Audiencia de La Española, Cabeza de Vaca y sus acompañantes³⁹⁶. Más que una reproducción del texto, lo que el hábil cronista nos dejó es una vasta e intrincada glosa que a su vez revela la asimilación y hasta el sutil predominio que el texto de Núñez asume en esa porción de la *Historia general y natural* de Fernández de Oviedo. Aunque ya me he referido a los múltiples enlaces que existen entre los *Naufraios* y la *Relación* y los comentarios que publicó Oviedo, me interesa destacar ahora otros eslabonamientos que existen entre los textos de ambos relatores. Veremos que la glosa preparada por Oviedo es suficientemente rica en sus matices y traslaciones sustitutivas como para que el cronista incorpore a su relación otras evocaciones literarias que el texto de Cabeza de Vaca le sugiere. En los últimos trozos del Cap. II, Libro XXXV, se relatan los patéticos incidentes de naufragios que produjeron la dispersión final del contingente que siguió a Narváez. Creo que nos interesaría ver cómo recons-

394 Sobre ese tema, tan confuso en la historiografía literaria hispanoamericana, véase el importante estudio de Carlos Alonso, *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochthony* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).

395 Esa conceptualización subyace en la afamada *María* (1867) de Jorge Isaacs; en *Cumandá* (1879) de Juan León Mera; y con otro sesgo más complejo, esa visión también reaparece en *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier, en *La casa verde* (1966) de Mario Vargas Llosa y en obras aun más recientes, como la antes citada: *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez.

396 Ver: «Pesquisas...», n.º 112

truye Oviedo esa porción de los *Naufragios* (Cap. X). Reproduzco una sección relativamente extensa de ese capítulo para que veamos el proceso de elaboración que se revela al cotejar la narración de Cabeza de Vaca con lo escrito por Oviedo. Dice el cronista:

E así le fue siguiendo obra de legua y media, e como la gente iba flaca e cansada, e había tres días que no comían sino maíz crudo, e un puño dello por ración, no pudieron tener con la del gobernador, [la barca] que andaba más y era más ligera, e iba menos embarazada. Y el tesorero rogó al gobernador que le hiciese dar un cabo a su barca, y él dijo que no lo podía hacer: que hiciese lo que pudiese, que no era tiempo de aguardar a nadie, sino que cada uno procurase de escapar la vida.

Y a continuación Oviedo añade:

No lo dijo así aquel memorable conde de Niebla, don Enrique de Guzmán, que por recoger a otros, recogéndolos en su barca, se hinchó de tantos que él y ellos se ahogaron en Gibraltar; pero el tesorero [Cabeza de Vaca] e los que iban con él, no le pedían a Narváez que los tomase en su barca, sino que les diese un cabo de cuerda para que su barca ayudase a andar a la otra: que ya si le diera, estaba en su mano soltarle cuando quisiera, conviniéndole. (p. 294)³⁹⁷.

El que señalo es un proceso de asimilación favorecido por la glosa y el circunloquio que, por sí solo, confirma el impacto de los textos de Núñez; pero el atractivo no radicaba en la efectividad literaria, como tal, de los *Naufragios*, sino más bien en la riqueza analógica que la narración suscita. Es esa dimensión del texto la que se revela, sólo que con mayor sutileza, en el Cap. XLVI de la *Historia general de las Indias* de López de Gómara; excepto que al retomar los datos proporcionados por Núñez el humanista, en este caso, concluirá su capítulo de una manera un tanto atropellada, añadiendo datos espectaculares y exagerando otros que se habían relatado discretamente en los *Naufragios*; es en ese trozo de la *Historia general...* donde se alude a puntas de flechas, supuestamente talladas sobre esmeraldas, o a la existencia de tribus que bebían «vino» en exceso³⁹⁸. Esas tergiversaciones fácticas, dramatizadas en exceso por Gómara, pueden cotejarse, sobre todo, con los cinco últimos capítulos de los *Naufragios*. Gómara no sólo altera, a su conveniencia, el orden de los hechos, sino que, además, alude a otros que eran ajenos al relato y que se refieren veladamente a la biografía de Cortés, que él redactaba por aquellos días³⁹⁹. Veámoslo:

397 En la nota 6, edición B.E.A., 1959 al pie de página, el cronista añade: «Joan de Mena en sus *Trescientas*, e su comentador en la copla CLIX e dende adelante...», p. 294. Se refiere Oviedo al *Laberinto de la fortuna* (1499). El comentarista aludido no es otro que Hernán Núñez conocido en la historia literaria española como el *Comendador griego* o como el Pinciano. Sabemos que en la edición de 1582 el Brocense comentaría el texto de Mena. Ver: María Rosa Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español* (México: Fondo de Cultura, 1950); *Juan de Mena: Laberinto de fortuna*, ed. de José M. Bleca (Madrid: Clásicos Castellanos, 119, 1943).

398 Ver: n.º 8, p. 68.

399 Gómara redactó casi todos sus textos en Valladolid. *Ibid.*, p. XII. Ver: n.º 8.

De trescientos españoles que salieron en tierra cerca de la Florida con Narváez, pienso que no escaparon sino Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Bejar y Estebanico de Azamor, loro⁴⁰⁰; los cuales anduvieron perdidos, desnudos y hambrientos nueve años y más por las tierras y gentes aquí nombradas, y por otras muchas; donde sanaron calenturientos, tullidos, mal heridos, y resucitaron un muerto, según ellos dijeron. Este Pánfilo de Narváez es a quien venció, prendió y sacó un ojo Fernando Cortés en Zempoallán de la Nueva España, como más largo se dirá en su coronica. Una morisca de Hornachos dijo que habría mal fin su flota, y que pocos escaparían de los que saliesen a la tierra donde él iba (p. 69).

Con otros propósitos, y basándose en datos y textos menos precisos, el misterioso Hidalgo de Elvas también reconstruyó, a su manera, y con recursos propios de la fabulación, hechos relacionados con las aventuras y tribulaciones de Núñez⁴⁰¹. En las secuencias, a veces lánguidas, de su *Relaçam verdadeira dos trabalhos...* (1557)⁴⁰², el Hidalgo, siguiendo viejos hábitos historiográficos (Cap. II) describe —casi como si las escuchara— las conversaciones que Núñez mantuvo en España (probablemente en Madrid, Valladolid y Sevilla) con Hernando de Soto y con el marqués de Astorga, así como las que en Monzón sostuvo Cabeza de Vaca con Carlos I. Al confirmar esos datos, el Hidalgo se refiere de paso a una «relación» que Núñez traía consigo que bien pudo ser copia de la enviada a La Española, o acaso una redacción primaria del texto que en 1542 se publicaría en Zamora⁴⁰³. Sin entrar en otros detalles, se nos da a entender que Cabeza de Vaca se negó a revelar algunas de las cosas más importantes que sabía sobre la Florida⁴⁰⁴. El Hidalgo añade que Núñez tuvo desavenencias con De Soto y también con parientes suyos que deseaban incorporarse a aquella nueva exploración de la Florida⁴⁰⁵. Conviene tener presente que el Hidalgo indirectamente presenta a Cabeza de Vaca como hombre un tanto huraño, misterioso e impulsado por ambiciones desmesuradas⁴⁰⁶.

Algunos años después, al preparar su hermosa narración sobre la expe-

400 *Loro*: «adjetivo [utilizado en los siglos XVI y XVII para designar personas]: de color amulado.» *M.M.*

401 Véase la glosa que de ese texto hace Henry R. Wagner, «Alvar Núñez...», n.º 68, p. 9.

402 El título de ese texto es: *Relaçam verdadeira dos trabalhos q' ho Governador don Fernando de Souto y certos fidalgos portugueses pasaron no descubrimiento da prouincia da Frolida* (sic). Ed. de Federico Gavazzo Perry Vidal (Lisboa: Divisão de Publicações e Bibliotecas, 1940).

403 Wagner, p. 9.

404 Esa deducción debió basarse en un dato o por lo menos en una suposición. El dato es que Núñez quería dar informes directamente a Carlos I. Lo que imaginaron muchos es que el informe se relacionaba, de alguna manera, con la localización de las siete ciudades de Cibola. Núñez compareció ante el rey en Monzón, probablemente en noviembre de 1538. Ver: Bishop, pp. 168-171.

405 *Ibid.*, p. 170.

406 Recuérdese que el Hidalgo de Elvas estuvo al servicio de Hernando de Soto. Es de esperar que al éste aludir a desavenencias entre Núñez y De Soto, el primero llevara la peor parte. *Ibid.*, pp. 169-170.

dición de Hernando de Soto a la Florida, el Inca Garcilaso convocará un amplio caudal de noticias que sobre aquellos hechos le llegaron a través de testimonios orales y relaciones escritas. La suya será una narración avalada más por la gracia de su talento narrativo que por el rigor de sus procedimientos historiográficos⁴⁰⁷. Entre las fuentes que Garcilaso cita y comenta figuraban, en primer plano, los *Naufragios*. Es casi seguro que la edición que él conoció fuera la de 1555⁴⁰⁸. Hay instancias, según lo he confirmado en otras ocasiones, en las que la narración del Inca se aproxima visiblemente a la sencillez descriptiva que distingue al texto de Núñez. Este fragmento del Cap. X nos serviría para ilustrar la relación entre ambos textos.

A cabo destes quatro días, nos tomó vna tormenta que hizo perder la otra varca y por gran misericordia que Dios tuuo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hazía, y con ser inuierno y el frío muy grande y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar auíamos resecebido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar....

En *La Florida*, del Inca, leemos:

Y, cuando pudieran hacer alguno, la vocería de la gente, que veía la muerte abajo, era tan grande que no les dejaba oírse; ni la oscuridad de la noche, que acrecienta las tormentas, daba lugar a que viesen lo que les convenía hacer; ni los que tenían algún ánimo y esfuerzo podían mandar, porque no había quien les obedeciese, que todo era llanto, grito, voces, alaridos y confusión (I Cap. VII)⁴⁰⁹.

Pero una vez registrados esos ecos de los *Naufragios* en otras narraciones prominentes del siglo XVI, lo que nos interesa ahora es acceder a otra suerte de apreciaciones que pondrán de manifiesto relaciones, de índole más sutil y menos predecibles, que los *Naufragios* han mantenido con formas diversas de la creación literaria hispanoamericana. El tipo de lectura que sugiero a continuación podría extenderse casi ilimitadamente, pero habrá que reducirla aquí a valoraciones de orden básico que ilustro a partir de obras fundamentales. Si reflexionamos sobre el valor documental que poseía en 1540 el texto de Núñez, y el que posee hoy, concluiremos que el acontecer histórico y las transformaciones del entorno físico han producido una notable dispersión de significados que incrementan la inevitable indeterminación informativa de la obra⁴¹⁰.

407 Ver mi *Historia...*, n.º 9, pp. 27-83.

408 Garcilaso terminaba de redactar *La Florida* (1605) hacia fines del siglo XVI. Es improbable que la edición zamorana del texto de Cabeza de Vaca aún fuese asequible en Montilla o Córdoba; por lo tanto, debió conocer la vallisoletana de 1555.

409 Cito por la edición de Carmelo Sanz de Santa María: *Obras completas del Inca Garcilaso* (Madrid: B.A.E., 1960).

410 Esa disolución del marco referencial se advierte al cotejar los estudios sobre la ruta de Cabeza de Vaca. Ver: Hallenbeck, n.º 66, pp. 105-306. Ver la sección I, c de este estudio introductorio.

Sabemos ya que los *Naufragios* aluden a contextos culturales y códigos lingüísticos hoy desaparecidos o transformados por el incesante avance colonizador. La geografía descrita por Núñez ha sufrido, desde entonces, alteraciones que anulan puntos clave de referencia. A esas dificultades habría que añadir las mutaciones que inevitablemente sufre el objeto histórico al pasar por el tamiz de la escritura. También, al considerar sus fuentes, concluiremos que el discurso logrado por Cabeza de Vaca (Caps. X-XXXV) viene a ser la contraposición sucesiva de contextos y significantes lingüísticos muy desiguales que en muchos casos no llegan a generar un significado preciso y coherente⁴¹¹. Al considerar otros aspectos de la narración he indicado que, como otras relaciones producidas en el siglo XVI, la de los *Naufragios* es la que quizá se aproxima más a un acto de traducción cultural, aunque sin alcanzar, por supuesto, la magnitud que en ese orden exhiben los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso⁴¹².

Necesariamente, la de Núñez tuvo que ser traducción perifrástica y gradualmente cada vez más distanciada de los hechos⁴¹³. Con ello quiero decir que cada nueva redacción —en su natural afán de perfectibilidad expositiva— implica un grado mayor de subordinación de los códigos lingüísticos indígenas a la escasa maleabilidad del castellano renacentista que poseía Núñez. De ahí la creciente indeterminación informativa a que he aludido. Al leer los *Naufragios* con una óptica literaria hispanoamericana actual, el texto aparece como un relato dotado de una creciente latitud connotativa que no siempre puede definirse con la precisión deseada⁴¹⁴.

Pienso que el incremento de esa capacidad connotativa que el texto posee emana de redacciones que no pasaban de ser precarios borradores en los

411 Es útil recordar que Núñez y sus acompañantes tuvieron que asimilar una variedad considerable de lenguas al cruzar las regiones hoy comprendidas entre el este de Texas y el área de Culiacán en Nueva España (Cap. XXXI). Esa condición, a veces indeterminada, de su escritura la comento en la Sección II a.

412 Sobre esa dimensión riquísima y compleja de los *Comentarios reales*, véase el valioso estudio de Margarita Zamora, *Language...*, ver: n.º 204. No olvidemos que el concepto explícito o velado de «traducción cultural» tiene una enorme importancia en las letras y el discurso cultural hispanoamericano. Esa vertiente está inferida de mil maneras en la literatura indigenista; sobre todo en obras como *Leyendas de Guatemala* (1930) de Miguel Ángel Asturias, *El Indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes y, con mayor riqueza imaginativa, en numerosos textos de J.L. Borges; y también en *Cien años de soledad* (1967); y con una intención más expositiva en *Historia de una pasión argentina* (1937) de E. Mallea. La significación colectiva que ese concepto puede tener la analiza, de modo muy convincente, Gustavo Pérez Firmat en su libro *The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989). Véase, además, el reciente estudio de Margarita Zamora, «Filología humanista e historia indígena en los *Comentarios reales*», *Revista Iberoamericana*, n.º 140 (1987), pp. 547-558.

413 Este singular comentario confirma lo que señalo: «Y así —nos dice Cabeza de Vaca en el Cap. XXXIV— les respondieron a la lengua de los christianos y lo mismo hizieron saber a los otros por vna lengua [traductor] que entre ellos auía, con quien nos entendíamos, y aquellos que la vsan llamamos propiamente Primahaitu, que es como dezir vascongados...» (sic).

414 Esas restricciones las comento con mayor amplitud en mis trabajos «Pesquisas», n.º 112, y «Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca». Ver: n.º 194.

que se compensa el alto grado de excentricidad cultural que, por razones diferentes, nos comunican los *Naufragios*; excentricidad analógica, que se refiere tanto a la marginalidad radical de los contextos culturales descritos como a las vivencias sin precedentes que experimentó el narrador. Es por ello que captamos — a partir del capítulo X — ese creciente residuo de indeterminación⁴¹⁵ que el texto exhibe y que se ve equilibrado, en parte, por el creciente protagonismo que el narrador asume en el resto de la obra. Al percibirlo de ese modo confirmamos, una vez más, la relación inestable que existe entre el simple diseño de la narración y los significados que se disuelven en sus páginas. Acaso es así porque el texto propone la coexistencia de factores culturales irreconciliables que apreciamos en el flujo de una narración taciturna y, muchas veces, reducida a sus instancias descriptivas más crudas y elementales (Cap. XIII)⁴¹⁶. A mi entender, esos rasgos que destacan en los *Naufragios* confieren a la narración una inesperada modernidad que desmiente, casi por sí sola, muchas de las concepciones ingenuas que nuestra historiografía literaria ha formulado sobre el texto de Cabeza de Vaca⁴¹⁷. Diría, además, que son esas características, entre otras, las que facilitan la inserción del texto de Núñez en la tradición narrativa hispanoamericana y en las corrientes de pensamiento que se consolidan al iniciarse la era republicana.

Reflejando orientaciones del pensamiento europeo, en Hispanoamérica se produjo, a partir del siglo XIX, un discurso centrado en la necesidad de redescubrimientos de «lo americano»; actividad que literalmente se vio confirmada en los múltiples libros de viajes escritos por naturalistas, exploradores y escritores que recorrieron numerosas áreas del Nuevo Mundo. En general, eran libros voluminosos que se produjeron, sobre todo, a partir del siglo XVIII. Ese vasto conglomerado de textos tiene, por cierto, en el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773) de Alonso Carrió de la Vadera (1715-1778), un ejemplar admirable de la gestión redescubridora a la que se sumaron en el siglo XIX científicos y observadores de otras latitudes⁴¹⁸. A partir de esa tan disímil sucesión de textos surgió, en Hispanoamérica, un discurso expositivo y de creación que aún nos incita a la exploración de lo fundamental de la cultura americana⁴¹⁹. En muchos órdenes, la «Silva a la agricultura de la

415 Recordemos, una vez más, que la ausencia de datos y relaciones sobre las áreas que Núñez conoció ciertamente le conferían una libertad casi ilimitada, pero a la vez el relator carecía del apoyo que textos previos podían haberle ofrecido como base adicional de su autoridad narrativa.

416 Me refiero a testimonios desgarradores que ya he señalado, y que están contenidos en los Caps. XVI y XVII.

417 La inercia imaginativa y crítica que persiste en esas nociones de la historiografía literaria las expone Edward Said en su libro *Beginnings* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1975), pp. 1-27.

418 El impacto considerable que tuvieron esos libros de viajes lo comenta Roberto González Echevarría en su importante libro *Myth and Archive...*, Ver: n.º 28.

419 Es esa la orientación que se corrobora una vez más en el libro de Arturo Uslar Pietri *La otra América* (Madrid: Alianza Editorial, 1974); y de mayor alcance son, en ese contexto, las observaciones que hace Alejo Carpentier en su ensayo *Tientos y diferencias* (México: Universidad Nacional Autónoma, 1964).

zona tórrida» (1826) de Andrés Bello (1781-1865), las odas de José María Heredia (1803-1839) tituladas «En el teocalli de Cholula» (1820) y «Al Niágara» (1825), así como la famosa *María* (1867) de Jorge Isaacs (1837-1895) y el *Martín Fierro* (1872) de José Hernández (1834-1886), son creaciones fundamentales en las que se intenta una aproximación a las formas primordiales de lo americano. Uno de los resortes idóneos de esa penetración analiticodescriptiva de lo americano se revelará, por supuesto, en el viaje, entendido a la vez como acto de inspección objetiva y como representación alegórica; viajes que —siguiendo a distancia la casi alucinante experiencia de Cabeza de Vaca— emprendieron, aunque cada uno a su manera, Alonso Ramírez, Concolorcorvo, Facundo, Martín Fierro y el mismo Don Segundo Sombra; este último ya bien entrado nuestro siglo⁴²⁰. Pero al mencionar el famoso personaje de Ricardo Güiraldes (1886-1927) tendríamos que recordar textos seminales de Horacio Quiroga (1878-1937), que se recopilaron en sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), o que se difundieron en publicaciones periódicas. «A la deriva» y «El hijo», entre otros, son relatos en los que el viaje asume implicaciones culturales y metafóricas de notable amplitud.

Distingo ahora la suerte de viaje que con itinerarios modificados por contextos dispares también emprenderían Santos Luzardo en *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos (1884-1969) y Arturo Cova en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928). Pero al recordar esos textos básicos de la narrativa criollista habría que añadir que todo ese ciclo de narraciones que se remontan a las dimensiones primarias de lo americano se reescribe y asimila, con una perspectiva de mayor alcance, en *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier (1904-1984). Ciertamente son muchas las diferencias que existen entre esa compleja novela y la escueta relación de Alvar Núñez. Para empezar, observaríamos que en *Los pasos perdidos* desconocemos la identidad del protagonista. Pero aunque así es, reconocemos —a otro nivel— una proyección autobiográfica que permanece como hebra central de la novela, y en la que el viaje —como en los *Naufragios*— se describe como un acto incesante de revelación. Tampoco puede ignorarse que en los *Naufragios* se narra un esfuerzo desesperado por retornar a lo conocido (Nueva España). No así, el protagonista de *Los pasos perdidos* inicia la búsqueda de una abstracción global y definitoria que sería el manantial recóndito de lo americano. Pero salvadas esas y otras diferencias, comprobaremos que la ambigüedad referencial —en lo que se refiere a la geografía— aproxima a ambos textos, aunque por razones muy diferentes. Más recientemente aún, Florentino Ariza, en *El amor en los tiempos del cólera*, inicia otra aventura que a su vez está condicionada por ecos de esas famosas novelas que he menciona-

420 A pesar de su obvia importancia en las letras e historiografía americanas, no disponemos aún de un estudio que considere el motivo del viaje en toda su latitud histórica y metafórica. La reflexión de mayor alcance —partiendo de textos de Alejo Carpentier— la ofrece Roberto González Echevarría en su libro *The Pilgrim at Home* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1977), pp. 97-154.

do. Es casi redundante insistir en que el tópico del viaje reaparecerá con señalada frecuencia, y con múltiples implicaciones, en nuestra prolongada narrativa de ficción⁴²¹.

Al producirse en la segunda mitad del siglo XX un discurso narrativo de mayor alcance cultural y complejidad formal, el viaje trascenderá, como era de esperarse, los escenarios rurales de América para incidir en valoraciones mucho más dilatadas de la cultura hispanoamericana. La trayectoria del fino mestizo de Coyoacán que Alejo Carpentier describe en su magistral narración titulada *Concierto barroco* (1974) es representativa del proceso de amplificación a que me he referido. Pero observaremos que, en esa novela, el itinerario es otro, tanto en tiempo como en espacio.

En vez de recorrer regiones de un mismo continente, el mestizo de Carpentier, en compañía de su criado, viaja por espacios culturales diferenciados en los que se yuxtaponen cronologías identificables; excepto que todo el montaje de un rico legado europeo aparece supeditado a un último referente americano que el coyoacano a la vez representa y disfruta. Así, al llegar el mestizo y su criado Filomeno al ruidoso y empobrecido Madrid de Goya, el narrador nos anticipa que aquel mexicano era «Nieta de gente nacida en algún lugar situado entre Colmenar de Oreja y Villamanrique del Tajo y que, por lo mismo, habían contado maravillas de los lugares dejados atrás, imaginábase el Amo que Madrid era otra cosa. Triste, deslucida y pobre le parecía esa ciudad, después de haber crecido entre las platas y tezontles de México»⁴²².

Si valoramos esos textos en toda su plenitud, también sería preciso reconocer que la imaginación creativa y peregrinante que recorre sectores muy variados de la cultura y la ficción americana se vio impulsada, desde el siglo XIX, por una ensayística en la que persiste una exaltación desproporcionada de imágenes telúricas que afirman repetidamente la singularidad de lo americano⁴²³. Los importantes ensayos de Andrés Bello sobre temas lingüísticos y culturales, el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento (1811-1888), páginas memorables de José Martí (1853-1895), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Alfonso Reyes (1889-1959), Alejo Carpentier y Octavio Paz (1914), entre otros, permanecen como sedimento fértil de una narrativa cuyo vuelo fabulador es hoy motivo de admiración y asombro para un vasto contingente internacional de lectores. En la narrativa reciente quizá no encontraremos una obra que ejemplifique mejor ese profundo nivel itinerante de reflexión histórica y cultural que *Terra Nostra* (1974), de Carlos Fuentes (1928); novela que enalza el trasunto mítico y cultural de

421 Muy significativos —aunque dentro de otra modalidad— son los viajes que se emprenden en relatos como «El viaje a la semilla» y «Semejante a la noche» de Alejo Carpentier, así como en «La tercera orilla del río» (1962) de João Guimarães Rosa.

422 (México: Siglo XXI, 1974), p. 27.

423 Ese pensamiento en sus vertientes más tradicionales se resume en el libro de Martin Stabb *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essays of Ideas 1890-1960* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1960).

América con el acontecer histórico de buena parte del mundo occidental⁴²⁴.

Tomando en cuenta la magnitud de ese marco de referencias, es evidente que los *Naufragios* se ubican en el vértice primario de un discurso cultural de considerable riqueza; discurso que, con propósitos creativos o eruditos, una y otra vez nos remite al multifacético texto de Cabeza de Vaca. Pero entiéndase que no aludo ahora a un discurso cuyas inquisiciones se formulan para sustentar distinciones maniqueas o analogías fáciles de corte tradicional. Me refiero, más bien, a un enunciado que frecuentemente emana de otros sistemas de relaciones y que pone de relieve, por ejemplo, la naturaleza insumisa de su aparente referencialidad. La que exalto es esa inquietante hendedura que inevitablemente existe entre nuestro lenguaje y las realidades objetivas que quisiéramos describir. Ese tipo de fisura incómoda es la que se dramatiza en «El sur» de Jorge L. Borges (1899-1985), en «La noche boca arriba» de Julio Cortázar (1914-1984) o en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes, y en tantas otras narraciones que se ubican en momentos muy diferentes del pasado americano. Es factible argüir que los *Naufragios*, como «Guayaquil» (1962) de Borges, *Pedro Páramo* (1954) de Juan Rulfo (1918-1987) o *Cien años de soledad* de García Márquez, nos remiten, en primer término, a codificaciones de la palabra escrita; pero en un segundo plano, casi todos esos textos también nos trasladan a espacios culturales centrados en mitos, leyendas o en los avatares mismos de la traducción.

En los *Naufragios*, como en esas obras de ficción, se hace referencia a sitios y a un acontecer que hoy tal vez sólo existe en la erudición libresco; conocimientos que pertenecen, casi en igualdad de condiciones, al testimonio, a la erudición histórica y a la narrativa de creación. Para concretar en otros términos las relaciones que he propuesto entre el texto de Cabeza de Vaca y los textos de ficción a que he aludido, señalaría que muchos de los datos lingüísticos recogidos por Núñez, en los *Naufragios*, son casi tan sugestivos, endebles o susceptibles de estar errados como los que nos describe Jorge L. Borges en su famoso «Informe de Brodie» (1962). Se trata de un relato basado en el supuesto diario de un misionero que conoció la vida íntima de culturas primitivas en África. Como en el cuento de Borges, los *Naufragios* también nos transmiten ecos de creencias atávicas hoy desaparecidas u olvidadas⁴²⁵. Evidentemente el texto de Núñez es, en su base, una relación informativa de experiencias y sitios que él conoció, pero esa realidad, como antes lo he subrayado, se transforma gradualmente en los remos de evocaciones que le imponían las reescrituras sucesivas que sufrió su texto.

424 Sobre el alcance de ese texto véase el estudio de Roberto González Echevarría, «Terra Nostra: Theory and Practice», en *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature* (Austin: Texas University Press, 1985). Mediante un análisis de sesgo deconstructivo, González Echevarría analiza, en profundidad, las formulaciones sobre la originalidad y la singularidad, que se han aplicado a la literatura hispanoamericana y que han servido como limitantes ataduras para la actividad crítica, pp. 8-32; 86-97.

425 *El informe de Brodie* (Buenos Aires, Emecé, 1972), pp. 132-151.

Al incorporar los *Naufragios* a una perspectiva literaria hispanoamericana, esa breve relación se insinúa, ante todo, como narración que retiene un importante valor testimonial. El de Núñez es un enunciado en el que aún nos seduce la fuerza elemental de su materia anecdótica y la crudeza narrativa con que se encaran lo paradójico y hasta lo desconocido. Pero más que una insólita odisea de prodigios y desventuras memorables, los *Naufragios* son —para la tradición literaria hispanoamericana— una inconclusa aventura narrativa concebida no sólo para acrecentar hazañas, sino además para afrontar un proceso de adquisiciones y pérdidas que, en buena proporción, se disuelven en el flujo siempre indefinido de sus páginas. Por último, vale la pena repetir que en la escritura de Núñez se dramatiza de muchas maneras la acción primigenia de nombrar lo desconocido; acción nominal que abarca tanto la materialidad equívoca de los hechos evocados como el registro de vivencias que esos acontecimientos produjeron⁴²⁶. Como todo texto poseedor de una considerable latitud semántica, los *Naufragios* no pueden inscribirse en clasificaciones y tipologías que serían ajenas a la constitución siempre plural de su hechura. A partir de esa observación, también podríamos deducir que la narración de Cabeza de Vaca es una forma seminal de los descubrimientos y redescubrimientos que desde el siglo XVI han consumado textos del Inca Garcilaso, Sarmiento, Pablo Neruda, Alejo Carpentier y García Márquez. Pero desde una perspectiva centrada en nuestra tradición cultural los *Naufragios* son, además —y acaso con mayor intensidad—, la expresión primigenia, en las letras americanas, de la soledad, el exilio y las vicisitudes imprevistas que siempre conlleva la recuperación de un pasado que depuran nuestros olvidos⁴²⁷.

426 Me refiero no tanto a episodios que puedan aproximarse a la ficción como a las ambigüedades e impresiones que genera una creciente y diversificada proyección autobiográfica.

427 Recordemos, por último, que el proceso de redacción, en sus diferentes etapas, comienza en 1527 y concluye hacia 1554 aproximadamente; todo lo cual sugiere que la escritura se va haciendo referente primordial de sí misma. Lo que sugiero es que cada redacción estará casi tan condicionada por escritos anteriores como por referencias específicas al contexto material de los acontecimientos descritos. Lo que acabo de afirmar —y que he documentado al describir la evolución del texto— confirma que Núñez invirtió una buena parte de sus esfuerzos en escribirse y reescribirse; sólo que esa labor quedará casi siempre oculta por el propósito oficial que parece inducirle a relatar sus experiencias.

III.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

1. — APARTE DE LAS ALUSIONES CONTINUAS que hacen los *Naufragios* hicieron sus cronistas Fernández de Oviedo y López de Gómara, entre otros, el primer documento que sitúa al texto de Núñez en un contexto polémico es *El examen de la historia que se dice de los naufragios, por los señores y milagros de Alcaí Nuñez Cabeza de Vaca. Contiene de los milagros, maravillas y de la virtud y bondad de la Milicia Christiana, un discurso que se hizo en su realida* (sic). Ed. de Andrés González Barcia (Madrid: Imprenta de Juan de Valdega, 1736), pp. 30. Se trata de una desmesurada réplica en la que el marqués de Soriano, Antonio Ardoiz, pretende desvirtuar los relatos que se había puesto el padre Henrico Filisotto a los *Naufragios*, en su cuarentario titulado *Nova Typis Transacta Narratio Nova Orbis Indiae Occidentalis* (1728). Esas objeciones estaban centradas en las supuestas facultades milagrosas que algunos le reconocían a Cabeza de Vaca y a sus acompañantes. Las refutaciones descabelladas de Ardoiz se basan en una red casi interminable de citas bíblicas o extraídas de la historiografía clásica. Son, en su mayoría, razonamientos filológicos que poco o nada tienen que ver con los hechos relatados por Núñez.

2. Brooks Henderson, Walter, *The New Argonauts* (London: Jonathan Cape of Bedford Square, 1928), pp. 20. Es este un poema de aliento épico que consta de una invocación y de ochocientos, compuesto en rima consonante, en los que se relatan «los viajes estelares de espíritus iluminados como lo fueron: sir Walter Raleigh, sir Francis Drake, Ponce de León y Nuñez Cabeza de Vaca» (sic). La obra lleva como sustantivo el registro «libera per vacuum, post vestigia principis». Un poema del texto confirma su notable proyección imaginativa y también su elevada elaboración. La sección que corresponde a las hazañas de Cabeza de Vaca comienza —entre

428 Todas las traducciones son mías.

Al incorporar los *Naufragios* a una perspectiva literaria hispanoamericana, esa breve relación es insólita, ante todo, como narración que tiene un importante valor testimonial. El de Núñez es un enunciado en el que aun por seduce la fuerza elemental de su materia anecdótica y la crudeza narrativa con que se encaran lo paradójico y hasta lo desconocido. Pero más que una insólita odisea de privilegios y desventuras memorables, los *Naufragios* son —para la tradición literaria hispanoamericana— una inconclusa aventura narrativa concebida no sólo para presentar hazañas, sino además para afrontar un proceso de adquisiciones y pérdidas que, en buena proporción, se disuelven en el tiempo. Por último, vale la pena repetir que en el momento de escribirlos, Núñez no sólo registra la acción primigenia de nombrar lo desconocido, acción nominal que abarca tanto la materialidad equívoca de los hechos evocados como el registro de vivencias que esos acontecimientos produjeron⁴²⁶. Como todo texto poseedor de una considerable latitud semántica, los *Naufragios* no pueden inscribirse en clasificaciones y apoloías que serían ajenas a la constitución siempre plural de su hechura. A partir de esa observación, también podríamos deducir que la narración de Cabeza de Vaca es una forma seminal de los descubrimientos y redescubrimientos que desde el siglo XVI han consumado textos del Inca Garcilaso, Sarmiento, Pablo Neruda, Alejo Carpentier y García Márquez. Pero desde una perspectiva contrada en nuestra tradición cultural los *Naufragios* son, además —y acaso con mayor intensidad—, la expresión primigenia, en las letras americanas, de la soledad, el exilio y las vicisitudes impensadas que siempre conlleva la recuperación de un pasado que depuras nuestros olvidos⁴²⁷.

⁴²⁶ Me refiero al texto episódico que nos dan aproximarse a la ficción como a las ambigüedades e impresiones que genera una escritura y diversidad de proyecciones autobiográficas.

⁴²⁷ Recordemos, por último, que el proceso de redacción, en sus diferentes etapas, comenzó en 1527 y concluyó hacia 1534 aproximadamente, año en el cual sugiere que la escritura se va haciendo reflexiva y consciente de sí misma. Lo que capta es que cada redacción está en un constante diálogo por escrito consigo misma como por reflexiones retrospectivas al contenido material de los acontecimientos descritos. Lo que sugiere de nuevo —y que he documentado al describir la escritura del texto—, es que Núñez usó una buena parte de sus esfuerzos en escribir y reescribir, sólo que esa labor esencial del escritor oscila por el propósito de dar un parecer informado a relatar sus experiencias.

III. (a)

OBRAS EXCEPCIONALES: IMÁGENES DE ALVAR NÚÑEZ EN LA CREACIÓN ARTÍSTICA

1. APARTE DE LAS ALUSIONES controvertidas que sobre los *Naufragios* hicieron los cronistas Fernández de Oviedo y López de Gómara, entre otros, el primer documento que sitúa al texto de Núñez en un contexto polémico es *El examen de la historica narracion de los naufragios, peregrinaciones y milagros de Alvar Nuñez Cabeza de Baca: Tratase de los milagros aparentes y verdaderos i de la virtud i bondad de la Milicia Christiana vanamente injuriada en los soldados* (sic). Ed. de Andrés González Barcia (Madrid: Imprenta de Juan de Zúñiga, 1736), pp. 50. Se trata de una desmesurada réplica en la que el marqués de Sorito, Antonio Ardoino, pretende desvirtuar los reparos que le había puesto el padre Honorio Filipono a los *Naufragios*, en su comentario titulado *Nova Typis Transacta Navigatio Novi Orbis Indie Occidentalis* (1728). Esas objeciones estaban centradas en las supuestas facultades milagrosas que algunos le reconocían a Cabeza de Vaca y a sus acompañantes. Las refutaciones descabelladas de Ardoino se basan en una red casi interminable de citas bíblicas o extraídas de la historiografía clásica. Son, en su mayoría, razonamientos silogísticos que poco o nada tienen que ver con los hechos relatados por Núñez.

2. Brooks Henderson, Walter. *The New Argonautica* (Londres: Jonathan Cape of Bedford Square, 1928), pp. 90. Es este un poema de aliento épico que consta de una invocación y de ocho cantos, compuesto en rima consonante, en los que se relatan «los viajes estelares de espíritus inmortales como lo fueron: sir Walter Raleigh, sir Francis Drake, Ponce de León y Núñez Cabeza de Vaca⁴²⁸» (sic). La obra lleva como subtítulo el epígrafe: «Libera per vacuum, posui vestigia princeps.» Un examen del texto confirma su notable proyección imaginativa y también su afectada elaboración. La sección que corresponde a las hazañas de Cabeza de Vaca contiene —entre

428 Todas las traducciones son mías.

otros pasajes— un diálogo altisonante y sin base histórica que se lleva a cabo a bordo de un galeón, entre Núñez y Ponce de León y que se representa en estos términos: «Así a mitad de la tarima y escaleras/ acompañados por los vientos que azotan al puente/ en la oscuridad que sobre cubierta se esparce/ ambos contemplan las opacas filas/ de soñolientos remeros/ que se inclinan como siluetas tenebrosas.» (p. 83)⁴²⁹.

3. Emmett, Cris. *Texas as it was Then* (San Antonio, Texas: The Naylor Co., 1935), pp. 54. La narración lleva como subtítulo: «Un resumen de las aventuras de Cabeza de Vaca y La Salle en Texas.» Es un texto bastante raro que posee la biblioteca Stearling de Yale University, y en el que se articulan caprichosamente las aventuras de estos dos exploradores que, en períodos muy disímiles, atravesaron territorios de Texas. En su base es una narración imaginativa que representa con sencillez casi pueril las comunidades indígenas que habitaron áreas próximas a la costa de Texas. Algunas de las descripciones están tomadas arbitrariamente de la relación que entre 1767-1768 escribió fray Gaspar José de Solís al visitar misiones ubicadas en aquellos territorios⁴³⁰.

4. Long, Haniel. *Interlinear to Cabeza de Vaca* (Santa Fe, New Mexico: Writers Editions, 1936), pp. 38. Long, poeta ocasional y autor de obras de difusión muy limitada, patrocinó esta edición. Es un poema en prosa en el que alternan trozos de los *Naufregios* y las visiones imaginarias de Long. Es obvia la simpatía que el autor siente por Cabeza de Vaca al hacerle decir: «Aunque joven, como yo era entonces, Ravena [la batalla] me enseñó cuán fácil es destruir material y espiritualmente» (p. 7). El texto de Long forma parte de una secuencia de narraciones similares que exaltan la espectacularidad de un acontecer casi novelesco que tantos consideran inherente a los *Naufregios*, y cuyos ejemplos más destacados se enumeran a continuación. A Long se debe también otra narración novelada sobre el mismo tema titulada: *The Power within us: Cabeza de Vaca's Relation* (New York: Duell, Solan and Pierce, 1944).

5. Wojciechowska, Maia A. *Odyssey of our Age: The Story of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*; illustrations by Alvin Smith (New York: Atheneum Publications, 1960), pp. 182. Esta es una ficcionalización para lectores juveniles en la que se desarrollan episodios notables de los *Naufregios*. El libro abunda en diálogos imaginarios y es representativo de otras versiones similares del texto de Cabeza de Vaca que se prepararon para lectores jóvenes; obras —en-

⁴²⁹ Como es bien sabido, Juan Ponce de León nació en Tervás de San Campos (Valladolid) en 1474. Era de origen noble y participó en el segundo viaje de Colón. El 27 de abril de 1513 descubrió la Florida.

⁴³⁰ El texto que conozco de esa relación es: *Diary of a Visit of Inspection of the Texas Missions Made by Fray Gaspar José de Solís in the Year of 1767-1768*. Trad. por M. Kress y publicado en la *Southwestern Historical Quarterly*, XXXV (1931), pp. 28-76.

tre otras— como la de Frank G. Slaughter, *Apalache Gold: The Fabulous Adventures of Cabeza de Vaca* (New York: Doubleday Books, 1954), pp. 254.

6. Terrell, John U. *Journey into Darkness* (New York: William Morrow and Co., 1962), pp. 290. Novelización confusa que pretende conseguir una mayor latitud creativa. Sin embargo, la narración se empeña en mantener un cierto rigor fáctico que está complementado por mapas. Pero es un empeño que a la postre fracasa debido a numerosos errores de carácter empírico que serían innecesarios en un texto de esta índole. Se alude a bulas papales —confundidas con tratados— y a indios taínos que en La Española aparecen bebiendo pulque; bebida desconocida por ellos (p. 10). Más lamentable aún es la retahíla de acusaciones que hace Terrell sin conocer el trasfondo histórico de los hechos a que alude. Al mismo autor se debe otra narración ficticia titulada: *Estevanico the Black* (Los Ángeles: Westernlore Press, 1968), pp. 115. En esta ocasión se relatan, principalmente, las supuestas andanzas del hábil marroquí que acompañó a Cabeza de Vaca, y que murió cuando servía de guía a fray Marcos de Niza en la expedición que este fraile emprendió para ubicar las siete ciudades de Cibola.

7. Hall Oakley. *The Children of the Sun* (New York: Atheneum Books, 1983), pp. 372. En este caso se trata de una novela más amplia y lograda que se inspira en los *Naufregios*. La novela describe la ruta de Núñez en el suroeste de Norteamérica y el norte de Nueva España. La obra contiene errores en las transcripciones fonéticas del castellano y delata la marcada antipatía del autor con respecto a la empresa española en América; rasgos esos que se hacen evidentes en la descripción de figuras históricas (p. 305).

8. *Cabeza de Vaca: A Cantata Based on the Experience and Letters of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Libreto de Allan Dowling y música de George Antheil (Water Gap, Pennsylvania: Templeton Publishing Co., 1961), pp. 56. La interpretación de esta pieza requiere: flauta, oboe, tres clarinetes, dos trompetas, dos trombones, instrumentos de percusión, piano, arpa, violines y coro. Antheil, alumno eminente de Ernest Block, compuso otras piezas que fueron interpretadas por la orquesta sinfónica de Berlín en 1922. Antheil también se distinguió como autor de novelas detectivescas; éxitos que le proporcionaron cargos honorarios en la policía de París.

9. De Grazia, Ettore. *De Grazia Paints Cabeza de Vaca: The First Non-Indian in Texas, New Mexico and Arizona, 1527-1536* (Tucson: Arizona University Press, 1973), pp. 70. Esta obra consta de cincuenta ilustraciones reproducidas a partir de dibujos, óleos, pinturas acrílicas y acuarelas. Todas las piezas y textos —salvo una muy breve introducción anónima— se deben a este conocido pintor y se inspiran en episodios destacados de los *Naufregios*, ocurridos en el suroeste de Norteamérica. Varias de esas obras se reproducen en esta edición, lo cual ha sido posible gracias a la generosidad de los herederos de Ettore De Grazia.

10. Contamos ahora con una versión cinematográfica de los *Naufragios* realizada en México, en 1990, por Nicolás Echevarría. Se basa en un guión de Echevarría y Guillermo Sheridan. Los actores principales son Juan Diego y Gerardo y Villareal entre otros. Con frecuencia la película se desentiende del texto, y propaga, una vez más, las desatinadas leyendas sobre los poderes sobrenaturales de Cabeza de Vaca.

III. (b)

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Sólo se comentan los estudios más valiosos, tanto para la investigación histórica, textual y literaria como para la antropológica. También se anotan algunas fichas cuyos títulos se prestan a confusiones. La notación v.p. equivale a: versión popular; t.s. significa: texto escolar.

I. Ediciones de la Relación o Naufragios en orden cronológico

- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *La relación que dio Alvar nuñez cabeça de vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde yua por gouernador Pamphilo de narbaez desde el año de veynte y siete hasta el año de treynta y seis que boluio a Sevilla con tres de su compañia*. Zamora, 1542. (sic)
- *La relación y comentarios del gouernador Alvar nuñez cabeça de vaca de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias*. Valladolid, 1555. (sic)
 - *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y Relación de La jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez en Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, que junto, traduxo en parte y sacó a la luz, ilustrados con eruditas notas y copiosos índices, el ilustríssimo Señor D. Andrés González Barcia*. Vol. I. Ed. de Andrés González Barcia Carballido y Zúñiga. Madrid, 1749. (sic)
 - *Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez*. Edición de Enrique de Vedia. *Biblioteca de Autores Españoles*. Vol. XXII. Madrid: Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra, 1852.
 - *Relación de los naufragios y comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*. Advertencias y edición de Manuel Serrano y Sanz. Vol. V. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1906.

- *Relación de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Buenos Aires: Editorial Estrada, 1909.
- *Relación y comentarios del gobernador Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Buenos Aires: Editorial Estrada, 1911.
- *Naufragios y Comentarios*. Madrid: Espasa Calpe, 1922.
- «Naufragios y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo Narváez.» En *Las cien mejores obras de la literatura española*. Vol. XXII. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1928.
- *Naufragios y comentarios*. Madrid: Biblioteca Popular Cervantes, 1934.
- *Naufragios y comentarios; con dos cartas*. Buenos Aires-México: Espasa Calpe Argentina, 1942.
- *Naufragios y comentarios*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1943.
- *Naufragios y comentarios*. Ed. de Justo García Morales. Madrid: Aguilar, 1958.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Vol. IV. Ed. de Juan Pérez de Tudela. Madrid: B.A.E., 1959, pp. 285-318.
- Hart, Billy Thurman. *A critical Edition with a Study of Style of La Relación by Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, Tesis doctoral inédita. Facultad de Letras. Los Ángeles: University of Southern California, 1974.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *Naufragios y comentarios*. Ed. de Roberto Ferrando. Madrid: Historia 16, 1984.
- Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Naufragios*. Ed. de Trinidad Barrera. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- *La relación o naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Ed. de Martín A. Favata y José B. Fernández (Potomac: Maryland: Scripta Humanistica, 1986).

II. Traducciones de la Relación o Naufragios

- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *Relazione che fece Alvaro Nñez detto Capo di Vacca: di quello che interuenne nell'Inde all'armata, della qual era gouernatore Pamphilo Naruaez, dell'anno 1527 fino al 1536*. Vol. III de *Delle navigationi et viaggi*. Traducida por Giovanni Battista Ramusio. Venecia: Nella Stamperia d'Givnt, 1565.
- *Relation et naufrages d'Alvar Nuñez Cabeça de Vaca*. Vol. VII. de *Voyages, Relations et Mémoires Originaux pour Servir a l'Histoire de la D'ecouverte de l'Amérique*. Traducida por Henri Ternaux-Compans. París: Arthus Bertrand, 1837.
- *Relation of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Traducida por Thomas Buckingham Smith. New York: Edición particular. 1851.
- *Relation of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Traducida por Thomas Buckingham Smith. New York: J. Munsell, 1871.

- *The Journey of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Traducida por Fanny Bandelier. New York: A.S. Barnes and Co. 1905, 1922, 1973.
- *Schiffbruche. Die unglucksfahrt der Narvaez-expedition nach der Sudkuste Nordamerikas in den jahren 1528 bis 1536*. Traducida por Franz Termer. Stuttgart: Strecker und Schroeder, 1925.
- *Cabeza de Vaca's Adventures in the Unknown Interior of America*. Traducida por Cyclone Covey. New York: Collier Books, 1961.

III. Selección de estudios que elucidan el contexto historicocultural y posibles relaciones textuales de los Naufragios

(a) LIBROS:

- América y la España del siglo XVI*. II Vols. Ed. de Francisco de Solano y Fermín del Pino. Madrid: Instituto Fernández de Oviedo (C.S.I.C.), 1982.
- Valiosa colección de estudios sobre historiografía y actividades culturales de la época.
- Ashford, Gerald. *Spanish Texas*. Austin: Jenkins Publishing Co. Inc., 1971.
- Baker, J.N.L. *History of Geographical Discovery and Exploration*. Boston: Houghton Migglin. 1930.
- Bancroft, Hubert Howe. *History of Central America*. San Francisco: A.L. Bancroft & Co., Publishers, 1886.
- *History of Texas*. San Francisco: A.L. Bancroft & Co., Publishers, 1886.
- *History of Central America*. San Francisco: A.L. Bancroft & Co., Publishers, 1887.
- *The North American States*. San Francisco: A.L. Bancroft & Co., Publishers, 1889.
- Bandelier, Adolphe F. *Contributions to the History of the Southwest Portion of the United States*. Cambridge: J. Wilson & Son, 1890.
- *Investigations Among the Indians*. Cambridge: J. Wilson & Son, 1892.
- Bartlett, John R. *Personal Narrative of Explorations and Incidents, etc*. London: G. Routledge, 1856.
- Beck, Horace P. *Folklore and the Sea*. Middletown, Conn.: Wesleyan University Press, 1973.
- Beltrán, Gonzalo A. *Medicina y magia: el proceso de aculturación en la estructura colonial*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1980.
- Biedma, Luis Hernández de. *Relación sobre la expedición de De Soto*. C.D.I. Serie I, Vol. III, 1870.
- Contiene referencias sobre la expedición de Narváez.
- Bolton, Herbert E. *Spanish Borderlands*. New Haven: Yale University Press, 1921.
- *Spanish Explorers in the Southwest*. New York: Charles Scribner's Sons, 1916.
- Brebner, J.B. *The Explorers of North America*. London: A & C Black Ltd., 1933.
- Brinton, Daniel G. *Notes on the Florida Peninsula*. New York: G.P. Putnam's Sons, 1859.

- Castañeda y Nájera, Pedro de. «Narración de la expedición de Coronado», en *The Coronado Expedition 1540-1542*. Ed. de George P. Winship. Washington: Government Printing Office, 1896.
Esta relación verifica datos contenidos en los *Naufraios*.
- Clarke, James S. *Naufraios or Historical Memoirs of Shipwrecks*. Vols. I, II. London: NVTJ-in-The Strand, 1805-1806.
- Clissold, Stephen. *The Seven Cities of Cibola*. New York: Clarkson N. Potter Inc., 1962.
Resume las investigaciones anteriores.
- Cox, E.G. *A Reference Guide to the Literature of Travel*. II Vols. Seattle: The University of Washington Press, 1935.
- Chiappelli, Fredi, ed. *First Images of America: the Impact of the New World on the Old*. II Vols. Berkeley: University of California, 1976.
- Dantín Cereceda, Juan. *Exploradores y conquistadores de Indias: relatos geográficos 1492-1540*. Madrid: Instituto Escuela, 1934.
- Defourmeaux, Marcelin. *Daily Life in Spain in the Golden Age*. New York: Praegu Publishers, 1971.
— *La Vie Quotidienne en Espagne au Siècle d'Or*. París: Hachette, 1964.
- De Wilt, Clinton. *The Conquistador Dog Texts*. California: Serendipity Books, 1976.
- Díaz de Guzmán, Ruy. *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*. Asunción: Ediciones Comuneris, 1980.
Contiene datos de gran interés sobre Núñez en el Paraguay.
Documentos para la historia eclesiástica y civil de la provincia de Texas o Nuevas Filipinas, 1720-1779. Madrid: Ediciones Porrúa, 1961.
- Domínguez, Luis L. *The Conquest of the River Plate in 1535-1555*. London: Hackluyt Society, First Series, 1891.
Contiene textos anotados de Núñez y U. Schmidel.
— *The Conquest of the River Plate (1535-1555)*. New York: B. Franklin, 1964.
- Fernández de Navarrete M. *Colección de viajes y descubrimientos*. Madrid: B.A.E., 1954.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Vol. CXX. Ed. de Juan Pérez de Tudela. Madrid: B.A.E., 1959.
Reproduce parcialmente y comenta la relación que Núñez y sus compañeros enviaron a la Audiencia de Santo Domingo.
- Fidalgo de Elvas. *Relaçam verdadeira dos trabalhos que o Governador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no descobrimento da provincia da Florida*. Ed. de Federico Gavazzo y Perry Vidal. Lisboa: Editorial Ática, 1940.
Contiene referencias a los *Naufraios*.
- Fritz, Florence. *Unknown Florida*. Coral Gables, Florida: University of Miami Press, 1963.
Da a Fort Myers como el punto de desembarco de Narváez en la Florida. Lo cual es improbable.
- Gandía, Enrique de. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Madrid: Sociedad Española de Librerías, 1929.

- *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay: los gobiernos de Pedro de Mendoza, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Domingo de Irala, 1535-1556*. Buenos Aires: A. García Santos, 1932.
De interés, sobre todo para el estudio de los *Comentarios*.
- Gatschet, Albert S. *The Karankawa Indians: the Coast People of Texas*. Cambridge, Mass.: Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, 1891.
- Gerbi, Antonello. *La naturaleza de las Indias Nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. México: Fondo de Cultura, 1978.
Esta obra ejemplar contiene referencias biográficas y datos generales sobre Núñez. Ver: pp. 273, 280, 301, n.º 14.
- González Barcia, Andrés. *Chronological History of the Continent of Florida*. Traducción y prólogo de Anthony Kerrigan. Gainesville: University of Florida Press, 1951.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: a Theory of Latin American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Gove, Phillip Babcock. *The Imaginary Voyage in Prose Fiction*. New York: Columbia Press, 1941.
- Greene, Thomas. «The Flexibility of the Self in Renaissance Literature», en *The Disciplines of Criticism*. Ed. Peter Demetz. New Haven: Yale University Press, 1968.
- Griffin, Clive. *The Crombergers of Seville: The History of a Printing and Merchant Dynasty*. Oxford: Oxford University Press, 1988.
- Hakluyt, Richard. *Principal Navigations*. New York: E.P. Dutton, 1907.
- Haring, G.H. *Spanish Empire in America*. New York: Oxford University Press, 1947.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*. X Vols. Asunción: Editorial Guaranía, 1944.
- Hidalgo de Elvas. *The Relation*. Ed. James Parker. Tampa: Florida Historical Society, 1933.
Ver la edición de la Colección Austral, Buenos Aires, 1952.
- Hodge, Frederick W. *Handbook of American Indians North of Mexico*. II Vols. Washington: Government Printing Office, 1907-1910.
Ofrece datos precisos sobre los aborígenes que conoció Núñez.
- *The Narrative of the Expedition of Coronado by Castañeda*. New York: Charles Scribner's Sons, 1907.
- *Spanish Explorers in the Southern United States*. New York: Charles Scribner's Sons, 1907. Reimpreso por: Barnes and Noble, New York, 1959.
Contiene una traducción de los *Naufraios* basada en la de B. Smith y la relación del Hidalgo de Elvas sobre la expedición de H. de Soto.
- Hodgen, Margaret T. *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1964.
- Iglesias, Ramón. *Columbus, Cortés and Other Essays*. Trad. de Lesley Byrd Simpson. Berkeley: University of California Press, 1969.
- Jackson, William R. *Early Florida through Spanish Eyes*. Coral Gables, Florida: University of Miami Press, 1954.

- Keniston, Hayward. *The Syntax of Castilian Prose: the Sixteenth Century*. Chicago: University of Chicago Press, 1937.
- Kirkpatrick, F.A. *The Spanish Conquistadores*. London: A & C Black, 1934.
- Ladrón de Guevara, Antonio. *Noticias de los poblados de que se compone el nuevo reyno de León y provincias de Coahuila y Texas*. Madrid: Ediciones Porrúa Turanzas, 1963.
- Lanciani, Giulia. *Os relatos de naufrágios na literatura portuguesa dos séculos XVI e XVII*. Lisboa: Instituto de Cultura Portuguesa, 1979.
- López de Gómara, Francisco. *Historia general de Indias y vida de Hernán Cortés*. Ed. de Jorge Gunía Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979. Ofrece un breve resumen de los Naufragios. Ver: pp. 66-69.
- Lowery, Woodbury. *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States 1513-1561*. New York: Russell and Russell, Inc., 1959.
- Lummis, Charles. *Los exploradores españoles del siglo XVI*. Barcelona: Editorial Araluce, 1959.
- Luxán, Diego Pérez de. *Expedition into New Mexico made by Antonio de Espejo, 1582-1583*. Trad. de George P. Hammond y A. Rey. Los Ángeles: The Quivira Society, 1929.
- Maravall, José Antonio. *Antiguos y modernos: la idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966. Especialmente útil para entender el contexto en que se escribieron los Naufragios. Ver: pp. 290-476.
- Mitchell, James L. *Earth Conquerors: The Lives and Achievements of the Great Explorers*. New York: Simon and Schuster, 1934. Ensayos sobre Colón, Cabeza de Vaca y Magallanes, entre otros.
- Montoya, Juan de. *Relación del descubrimiento de Nuevo México*. Trad. y ed. facsímil de la Quivira Society Publications. New York: Arno Press, 1967.
- Morison, Samuel Eliot. *The European Discovery of America: the Southern Voyages 1492-1616*. New York: Oxford University Press, 1974. El mejor resumen en inglés de las aventuras de Núñez, pero contiene algunos datos erróneos, pp. 497-536.
- Newton, Arthur Percival, ed. *The Great Age of Discovery*. London: University of London Press, Ltd., 1932. — *Travel and Travellers of the Middle Ages*. London: Witherby, 1930.
- Newcomb, W.W., Jr. *The Indians of Texas from Prehistoric to Modern Times*. Austin: University of Texas Press, 1961.
- Niza, Fray Marcos de. *The Journey of Fray Marcos de Niza*. Trad. de Cleve Hallenbeck. Dallas, Texas: University Press, 1949. — «Relación del Descubrimiento de las Siete Ciudades.» *Colección de documentos inéditos del archivo de Indias*. Serie I, Vol. III, 1870.
- Obregón, Baltasar. *Historia de los descubrimientos de la Nueva España*. México: Dept. Editorial de la Scría. de Educación, 1924.
- Penrose, Boies. *Travel and Discovery in the Renaissance 1420-1620*. Cambridge: Harvard University Press, 1952.

- Pfandl, Ludwig. *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII*. Trad. de P. Félix García. Barcelona: Ediciones Araluce, 1959.
- Ramos, Demetrio. *Ximénez de Quesada cronista*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos. C.S.I.C., 1972. Ilumina el ambiente en que Núñez pasó sus últimos años y los procedimientos historiográficos de la época, pp. 71-193.
- Redding, Cyrus. *A History of Shipwrecks and Disasters at Sea from the Most Authentic Sources*. Ed. de Cyrus Redding, II Vols. London: Whittaker, Treacher & Co. 1833.
- Robles, Vito Alessio. *Coahuila y Texas en la época colonial*. México: Editorial Cultura, 1938.
- Salas, Alberto María. *Las armas de la conquista*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1950.
- Sauer, Carl O. *The Early Spanish Main*. Berkeley: University of California Press, 1966. — *The Road to Cibola*. Berkeley: University of California Press, 1932. — *Sixteenth Century North America*. Berkeley: University of California Press, 1971.
- Schmidel, Ulrico. *Derrotero y viaje al Río de la Plata y Paraguay*. Ed. Roberto Quevedo. Asunción: Biblioteca Paraguaya, 1983. El importante texto de Schmidel aparece en español y en alemán.
- Shea, John Gilmory. «Ancient Florida», en *Narrative and Critical History of America*. Ed. de Justin Winsor. Vol. II. Boston: Houghton-Mifflin, 1886. Contiene datos e ilustraciones de interés.
- Slaughter, Frank G. *Apalache Gold: The Fabulous Adventures of Cabeza de Vaca*. New York: Doubleday, 1954. v.p.
- Tebeau, Charlton W. *A History of Florida*. Miami: University of Miami Press, 1971. Resume con precisión las incursiones españolas en la Florida.
- Tello, Fray Antonio. *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*. Guadalajara: La República Literaria, 1891.
- Thomas, Henry. *Spanish Sixteenth Century Printing*. New York: Charles Scribner's and Sons, 1926.
- Thomas, Lea. *Calendar of Twelve Travelers Through the Pass of the North*. El Paso, Texas: El Paso Electric Co., 1947.
- Twitchel, Ralph Emerson. *Leading Facts of New Mexican History*. Vol. I. Cedar Rapids, Michigan: The Torch Press, 1911.
- Vega, Garcilaso de la (el Inca). *La Florida del Inca*. Obras completas. IV Vols. Ed. de Carmelo Sanz de Santa María. Madrid: B.A.E., 1965. Contiene varias alusiones a los Naufragios.
- Vicens Vives, Jaime. *Historia social y económica de España y América*. Barcelona: Editorial Teide, 1957-1959.
- Wilgus, Curtis A. *The Historiography of Latin America. A guide to*

History Writings 1500-1800. New York: The Scarecrow Press, 1975.
Winship, George Parker. *The Coronado Expedition 1540-1542*. Washington: Government Printing Office, 1896.

— *The Journey of Coronado*. New York: H.S. Barnes, 1904. Reproduce el texto de Winship.

(b) **ARTÍCULOS:**

Allen, Peter R. «Utopia and European Humanism: the Function of the Prefatory Letters and Verses», *Studies in the Renaissance* X (1963): 91-107.

Anderson Imbert, Enrique. «Raconteurs of the Conquest», *Americas* XIV (1972): 59-62.

Armillas, Pedro. «La ecología del colonialismo en el nuevo mundo», *Revista de Indias* XLIII, n.º I-II January-June (1983): 295-300.

Benso, Silvia. «La técnica narrativa de Juan Rodríguez Fryle», *Thesaurus* XXXII (1977): 95-165.

Bower, Richard L. «Maritime Superstitions of the Arabs», *American Neptune* XV (1955): 5-48.

Bryan, Frank. «Early Texas Travelers», *Archeologist* VII (1956): 57-60.

Duque de Díaz Cerio, Juan P. «Shakespeare y América», *Revista de Indias*, Vol. XXIV, n.º 167-168 January-June (1982): 9-39.

Kurlat, Frida Weber de. «La forma en la ficción caballeresca», *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (1980): 353-355.

Lansing, Richard H. «Two Similes in Dante's Commedia: The Shipwreck Swimmer and Elijah's Ascent», *Romance Philology* XXVIII (1974): 161-177.

Lechner, J. «El concepto de policía y su presencia en la obra de los primeros historiadores de Indias», *Revista de Indias* XLI, n.º 165-166 (1981-1982): 395-410.

Levillier, Roberto. «Intermezzo Paraguayo», *Revista de Educación* III, n.º 8. Argentina: La Plata (1958): 249-263.

López-Baralt, Mercedes. «La crónica de Indias como texto cultural: articulación de los códigos icónicos y lingüísticos de la Nueva crónica de Guamán Poma», *R.I.* n.º 120-121 (1982): 465-553.

López Estrada, Francisco. «La retórica en las generaciones y semblanzas de Fernán Pérez Guzmán», *Revista de Filología Española* XXX (1946): 310-352.

Márquez, Antonio y Pérez, Carmen. «Los curanderos y santeros del alto río Negro como exponentes de un sincretismo cultural amazónico», *Revista Española de Antropología Americana* XIII (1983): 173-196.

Márquez de Villanueva, Francisco. «Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*. Madrid (1968): 192-206. «Letrados, Consejeros y Justicias», *Hispanic Review* LIII (1985): 201-227.

Merrim, Stephanie. «Historia y escritura en las crónicas de Indias: ensayo de un método», *Explicación de textos literarios*, IX, n.º 2 (1981): 193-202.

Agudo análisis textual, parcialmente dedicado a los Naufragios.

Mignolo, Walter. «El metatexto historiográfico y la historiografía indiana», *M.L.N.* XCVI (1981): 358-402.

Pérez, José Muñoz. «Los historiadores primitivos de Indias y el pensamiento geográfico», en *América y la España del siglo XVI*. I, Madrid: C.S.I.C. (1982): 133-188.

Phinney, A. H. «Narváez and the Soto: their Landing Places», *Florida Historical Quarterly* III, (1925): 15-21.

Regueiro González Barros, Antonio. «La flora americana en la España del Siglo XVI», en *América en la España del siglo XVI*. Vol. I (1982): 205-218.

Rodríguez-Vechini, Hugo. «Don Quijote y la Florida del Inca». *R.I.* XLVII, n.º 120-121, julio-diciembre (1982): 587-620.

Sauer, Carl O. «The Discovery of New Mexico Reconsidered», *New Mexico Historical Review* XI-XII (1936-1937): 220-287.

Excelente estudio sobre las expediciones descubridoras.

Wagner, Henry R. «Peter Martyr and His Works», *Proceedings of the American Antiquarian Society* LVI (1946): 238-88.

Washburn, Wilcomb E. «The Meaning of Discovery in the Fifteenth and Sixteenth Centuries», *The American Historical Review* LXXVIII (1962): 1-21.

White, H. «The Burden of History», *History and Theory*, Vol. V (1966): 124-142.

Zimmerman, T.C.P. «Confession and Autobiography in the Early Renaissance», en *Renaissance Studies in Honor of Hans Baron*. Ed. Anthony Molho y John Tedeschi. Florencia: G. C. Sansoni, 1971.

IV. *Estudios sobre Cabeza de Vaca y sus escritos*

(a) **LIBROS:**

Álvarez Morales, Miguel. *Cabeza de Vaca*. Barcelona: Alpha Internacional, 1974. v.p.

Antheil, George. *Cabeza de Vaca*. Pennsylvania: Templeton Publishing Co., 1961. t. s. v.p.

Baca y Delgado, Edward C. *Cabeza de Vaca*. New York: Dwell, Sloan and Pearce, 1944. t. s. v.p.

— *Cabeza de Vaca*. Las Cruces, New Mexico: 1982. t. s.

Belloquín García, Andrés. *Vida y hazañas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid: Editorial Voluntad, S.A., 1928. v.p.

Bishop, Morris. *The Odyssey of Cabeza de Vaca*. New York: Century Co., 1933. Hasta hoy la mejor biografía —aunque imaginativa— de Cabeza de Vaca.

— *The Odyssey of Cabeza de Vaca*. Wesport, Conn.: Greenwood Press, 1971. *Cabeza de Vaca's Great Journey*. Washington, D.C.: The Pan American Union, 1942.

- Calzada, Isidoro. *Alvar Núñez marangatu**: historia novelada del gran explorador de la conquista, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Asunción: Editorial Don Bosco, 1970.
- Cimorra, Clemente. *Vida y naufragios*. Antología, comentario y notas biográficas. Buenos Aires: Editorial Atlántida, 1940.
Resume datos conocidos.
- Fernández, José B. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: the Forgotten Chronicler*. Miami: Ediciones Universal, 1975.
Estudio descriptivo; resume investigaciones de interés.
- *Contributions of Alvar Núñez Cabeza de Vaca to History and Literature in the Southern United States*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Letras. Florida State University Tallahassee, 1973.
- Fernández Flores, Darío. *Drama y aventura de los españoles en Florida*. Madrid: Cultura Hispánica, 1963. v.p.
- Kerman, Gertrude Lerner. *Cabeza de Vaca Defender of the Indians*. New York: Harvey House, 1974. v.p.
- LaCalle, Carlos. *Noticias sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1961. v.p.
- Long, Haniel. *The Marvelous Adventure of Cabeza de Vaca and Malinche*. Prólogo de Henry Miller. London: Pan Books Ltd., 1983, v.p.
Reconstrucción apasionada de los hechos.
- *La merveilleuse aventure de Cabeza de Vaca Suivi de Malinche (Doña Marina)*. Paris: Hollier, 1970, 1976.
- *The Power Within Us*. California, Nevada City: H. Berliner, 1975. v.p.
- *The Power Within Us; Cabeza de Vaca's Relation of his Journey from Florida to the Pacific 1528-1536*. New York: Dwell, Sloan and Pearce, 1944.
Versión libre del texto de Núñez.
- Majó Framis, Ricardo. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid: Colección Gran Capitán, Cultura Hispánica, 1950. v.p.
- Miller, Henry. *The Power Within Us or The Story of Cabeza de Vaca, Transformation Four*. Edición de Stephan Schimanski y Henry Treece. Prólogo de Henry Miller. Londres: Lindsay Drummond Ltd., 1946. v.p.
Comentario imaginativo y curioso el de Miller.
- Mirksby, Jeanette. *The Gentle Conquistadors*. New York: Pantheon Books, 1969. v.p.
- Rodman, Maia. *Odyssey of Courage: the Story of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. New York: Atheneum, 1965. v.p.
- Salas, Manuel. *Dos Conquistadores: Cabeza de Vaca, Junípero Serra*. New York: Dryden Press, 1949. v.p.
- Syme, Ronald. *First Man to Cross America: the Story of Cabeza de Vaca*. New York: Morrow, 1961.
- Urdapilleta, Antonio. *Andanzas y desventuras de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1949, v.p.

* En guaraní significa relator prolífico.

Zubizarreta, Carlos. *Capitanes de la aventura: Cabeza de Vaca el infortunado*, Vol. I. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1957, v.p.

(b) **ARTÍCULOS:**

- Barrera López, Trinidad. «Problemas textuales de los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Historiografía y Bibliografía Americanistas*. XXX, n.º 2 (1986): 21-30.
Importante para el cotejo de los textos.
- Barrera López, Trinidad y Mora, Carmen de. «Los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca: entre crónica y novela», en *Jornadas de Andalucía en América*. II, Sevilla: Universidad de S. María de La Rábida, 1983. 331-364.
- Barris Muñoz, Rafael. «En torno a Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Boletín del Real Centro de Estudios Históricos de Andalucía*. I, n.º 42 (1927): 42-48.
- Baskett, James Newton. «Study of the Route of Cabeza de Vaca», *Quarterly of the Texas State Historical Association* X (1907): 246-279, 308-340.
- Bost, David H. «The *Naufragios* of Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A Case of Historical Romance», *South Eastern Latinamericanist* XXVII (1983): 3-12.
Sugestiva valoración literaria del texto.
- Castañeda y Nájera, Pedro de. «Narrative of the Expedition of Coronado», en *Bureau of American Ethnology. Fourteenth Annual Report*. Washington, D.C.: Smithsonian Institute, 1892.
- «Relación de la jornada de Cíbola», *Annual Report of the American Bureau of Ethnology*. Washington, D.C.: Smithsonian Institute, 1896.
- Coopwood, Bethel. «Route of Cabeza de Vaca», *Quarterly of the Texas State Historical Association* Vols. III, IV (1900): 234.
- «The Route of Cabeza de Vaca» (Part I), *Quarterly of the Texas State Historical Association* VIII (1899): 108-140.
- «The Route of Cabeza de Vaca» (Part II), *Quarterly of the Texas State Historical Association* VII (1900): 177-208.
- «The Route of Cabeza de Vaca» (Part IIIB), *Quarterly of the Texas State Historical Association* V, n.º 1 (1900): 1-32.
- «The Route of Cabeza de Vaca», *Quarterly of the Texas State Historical Association* III, n.º 4 (1900): 229-264.
- Chipman, Donald E. «In Search of Cabeza de Vaca's Route Across Texas: An Historiographical Survey», *Southwestern Historical Quarterly*, Vol. 91 octubre (1987): 127-148.
Ensayo valioso. Resume la bibliografía sobre el tema.
- Davenport, Herbert. «The Expedition of Pánfilo de Naváez by Gonzalo Fernández de Oviedo». *Southwestern Historical Quarterly* XXVII (1923): 120-139.
- «The Expedition of Pánfilo de Naváez by Gonzalo Fernández de Oviedo», *The Southwestern Historical Quarterly* XXVIII (1924): 124-163.
- Davenport, Herbert y Wells, Joseph K. «The First Europeans in Texas», *The Southwestern Historical Quarterly* XXII, n.º 2 (1918): 111-42.
- «The First Europeans in Texas, 1528-1536» (Part II), *The Southwestern Historical Quarterly* XXII, n.º 3 (1919): 205-259.

- «The Expedition of Pánfilo de Narváez by Gonzalo Fernández de Oviedo». Part II, *The Southwestern Historical Quarterly* XXVII (1924): 217-241; 276-304.
- DeWitt, Clinton. «Núñez Cabeza de Vaca», en *The Conquistador Dog Texts*. New York: New Rivers Press, 1976.
- Dowling, Lee. «Story vs. Discourse in The Chronicle of the Indies: Álvar Núñez Cabeza de Vaca's *Relación*», *Hispanic Journal* V, n.º 2 (1984): 89-99.
- Lectura informada sobre la organización retórica del texto.
- Fernández, José B. «Opposing Views of La Florida: Álvar Núñez Cabeza de Vaca and the Inca Garcilaso de la Vega», *Florida Historical Quarterly* VI, n.º 2 (1976): 170-180.
- Confrontación descriptiva de ambos textos.
- Gandía, Enrique de. «Aventuras desconocidas de Alvar Núñez en Italia y en España», en *De la Torre del Oro a las Indias*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, 1935.
- Ensayo polémico pero de gran interés.
- Gómez Aguirre, Carlos E. «Introducción al estudio de la crónica de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Repertorio Americano* IV, n.º 2 (1978): 18-25.
- Griego y Bravío, Alicia. «Alvar Núñez Cabeza de Vaca: un jerezano en lo desconocido», *Cádiz/Iberoamérica* n.º 2 (1984): 41-43.
- Krieger, Alex D. «The Travels of Álvar Núñez Cabeza de Vaca in Texas and Mexico, 1534-1536», *Homenaje a Pablo Martínez del Río: los orígenes americanos*. México: Instituto Nacional de Antropología XLI (1961): 459-475.
- Lafaye, Jacques. «Les miracles d'Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 1527-1536», *Bulletin Hispanique* LXIV (1962): 136-153.
- «Los milagros de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1527-1536)» en *Mesías, cruzadas, utopías: el judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*. México: Fondo de Cultura, 1984: 65-84.
- Estudio importante tanto para la investigación literaria como para la histórica.
- Lagmanovich, David. «Los Naufragios de Alvar Núñez como construcción narrativa», *Kentucky Romance Quarterly* XXV (1978): 22-37.
- Análisis suspicaz de la dimensión imaginativa del texto.
- Lastra, Pedro. «Espacios de Alvar Núñez: las transformaciones de una escritura», *Cuadernos Americanos*. CCIV, n.º 3 (1984): 150-163.
- «Espacios de Álvar Núñez: las transformaciones de una escritura», *Revista Chilena de Literatura* (1984): 89-102.
- Revelador cotejo de los textos de Núñez.
- Lewis, Robert E. «Los Naufragios de Alvar Núñez: historia y ficción.» *Revista Iberoamericana* XLVIII, n.º 120-121 julio-diciembre (1982): 681-694.
- Lectura penetrante del texto.
- McGann, T. F. «The Ordeal of Cabeza de Vaca», *American Heritage* XII (1960): 23-37.

- Molloy, Sylvia. «Formulación y lugar del "yo" en los Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca», *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* II (1980): 761-766.
- El mejor análisis de la proyección autobiográfica. Una versión más completa aparecerá en la *N.R.F.H.*
- Olscki, Leonardo. «What Columbus Saw Upon Landing in the West Indies», *The American Philosophical Society* LXXXIV (1941): 633-659.
- Pastor, Beatriz. «Desmitificación y crítica en la relación de los Naufragios», en *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas (1983): 294-337.
- Caracterización novedosa de los Naufragios.
- Phinney, A. H. «Narváez and De Soto: Their Landing Places and the Town of Espíritu Santo», *The Florida Historical Society Quarterly* III (1925): 15-21.
- Ponton, Brownie y Bates, McFarland H. «Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A Preliminary Report on His Wanderings in Texas», *Quarterly of the Texas State Historical Association* I (1898): 166-186.
- Pranzetti, Luisa. «El Naufragio como metáfora a propósito delle relazioni di Cabeza de Vaca», *Letteratura d'America*. I, n.º 1 (1980): 5-29.
- Ensayo repleto de agudezas.
- Pupo-Walker, E. «Los Naufragios de A. Núñez Cabeza de Vaca: notas sobre la relevancia antropológica del texto», *Revista de Indias* XLVII (septiembre), n.º 181 (1987): 755-776.
- «Notas para la caracterización de un texto seminal: los Naufragios de A. Núñez Cabeza de Vaca», *N.R.F.H.* XXXVIII, n.º 1 (1990): 163-196.
- «Los Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y la narrativa hispanoamericana», *Quinto Centenario* (Universidad Complutense de Madrid) VI, n.º 2, pp. 38-56.
- Rabassa, Gregory. «Cabeza de Vaca: hombre del renacimiento», *La Nueva Democracia* XLI, n.º 9 (1961): 64-76.
- Salas, Alberto. «Naufragios, prisioneros y renegados en la conquista de América», *Imago Mundi* II, n.º 7 (1955): 54-57.
- Salgado, César A. «De utopía a naufragio: hacia una hermenéutica antropológica de las crónicas de la conquista», Monografía inédita, Dept. de Literatura Comparada, New Haven: Yale University (1986): 1-26.
- Estudio de interés para la investigación literaria.
- Sauer, Carl O. «The Road to Cibola», *Serie Iberoamericana*, n.º I, Berkeley: University of California Press (1932): 1-58.
- Esta importante monografía contiene un apéndice con documentos valiosos sobre Cabeza de Vaca.
- Sopranis, Hipólito Sancho de. «Datos para el estudio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.» *Revista de Indias* XXVII (1947): 69-102.
- Sus investigaciones sobre la vida y genealogía de Núñez son las más precisas y documentadas.
- «Notas y documentos sobre Álvar Núñez Cabeza de Vaca», *Revista de Indias* XXIII (1961): 207-241.

- Stuck, Walter Goodloe. «Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1490-1564)», *Texas State Journal of Medicine* XXXII (1936): 15-21.
- Torre Revello, José. «A propósito del homenaje a Cabeza de Vaca», *Revista del Ateneo de Jerez de la Frontera* IV (1927): 22-42; 25-37.
- Wagner, Henry R. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Relación*. (Berkeley, 1924). Separata de *The Spanish Southwest 1542-1794*. Berkeley: J. J. Gillick & Co. Inc., 1924.
- Comentario sobre los textos de Núñez; contiene observaciones de interés.
- Williams, O.W. «The Route of Cabeza de Vaca in Texas», *Quarterly of the Texas State Historical Association* III (1899): 54-64.

IV. EL TEXTO

EL REY¹

POR QUANTO POR PARTE DE VOS, el governador² Alvar Núñez Cabeza de Vaca, vezino de la ciudad de Sevilla, nos bezistes relación diciendo que vos aviades compuesto un libro intitulado *Relación de lo que aviesse en las Indias*, en el armada³ de que vos yuades de gouernador. Y que assimismo aviades hecho componer otro intitulado *Comentarios*, que tratan de las crendiciones de la tierra y costumbres de la gente della. Lo qual era obra muy provechosa para las personas que auian de passar aquellas partes. Y porque el vn libro y el otro era todo vna misma cosa y comunia que de los dos se hiziesse vn volumen, nos suplicastes⁴ se dexasse licencia y facultad para por diez o doze años los pudiesades imprimir y vender, atento el provecho y utilidad que dello se seguia, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual, visto por los del nuestro Consejo⁵, juntamente con los dichos libros que de esso se haze mençion, fue acordado que dexamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razon; por la qual vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años proximos siguientes, que se cuentan del día de la fecha desta nuestra cédula, en adelante, vos, o quien vuestro poder oviere, podays imprimir y vender en estos nuestros reynos los dichos libros que de esso se haze mençion, ambos en vn volumen, siendo primeramente tassado el molde dello por los del nuestro Consejo y poniendose esta nuestra cédula con la dicha taxa al principio del dicho libro, y no en otra manera. Y man-

¹ Códex I (1493-1506) de España y V de Alemania, E. O. 100 como la original real.

² El día de agosto de 1540 Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue nombrado gobernador y capitán del Río de la Plata, Provincia de Guayana y de las Indias que son las que hoy son las Guayanas Francesas, y en su vez, fue como teniente y alcaide mayor.

³ En el año XVI era frecuente componer libros manuscritos y algunos se imprimieron. Véase el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 16, p. 121-122, Ver. n. 2.

⁴ El Consejo Real y Supremo de las Indias se constituyó en 1524 bajo la presidencia de Don García de Loaysa.

⁵ De más en, ante dicho.

- Smuck, Walter Goodloe. «Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1490-1564)», *Texas State Journal of Medicine* XXXII (1936): 13-21.
- Torre Revella, José. «A propósito del homenaje a Cabeza de Vaca», *Revista del Ateneo de Jerez de la Frontera* IV (1927): 22-42; 23-37.
- Wagner, Henry R. *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Relación*. (Berkeley, 1924). Separata de *The Spanish Southwest 1542-1724*. Berkeley: J. J. Gillick & Co. Inc., 1924.
- Comentario sobre los textos de Núñez; contiene observaciones de interés.
- Williams, O.W. «The Route of Cabeza de Vaca in Texas», *Quarterly of the Texas State Historical Association* 1925-26: 1-61.

EL TEXTO

EL REY¹

POR QUANTO POR PARTE DE VOS, el gouernador² Aluar Núñez Cabeça de Vaca, vezino de la ciudad de Seuilla, nos hezistes relación diziendo que vos auíades compuesto vn libro intitulado *Relación de lo que acaesció en las Indias*, en el armada³ de que vos ýuades de gouernador. Y que assimesmo auíades hecho componer otro intitulado *Comentarios*, que tratan de las condiciones de la tierra y costumbres de la gente della. Lo qual era obra muy prouechosa para las personas que auían de passar aquellas partes. Y porque el vn libro y el otro era todo vna misma cosa y conuenía que de los dos se hiziesse vn volumen, nos suplicastes os diéssemos licencia y facultad para que por diez o doze años los pudiessedes imprimir y vender, atento el prouecho y vtilidad que dello se seguía, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual, visto por los del nuestro Consejo⁴, juntamente con los dichos libros que de suso se haze mención, fue acordado que deuíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón; por la qual vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que se cuenten del día de la fecha desta nuestra cédula, en adelante, vos, o quien vuestro poder ouiere, podáys imprimir y vender en estos nuestros reynos los dichos libros que de suso⁵ se haze mención, ambos en vn volumen, siendo primeramente tassado el molde dellos por los del nuestro Consejo y poniéndose esta nuestra cédula con la dicha tassa al principio del dicho libro, y no en otra manera. Y man-

1 Carlos I (1500-1558) de España y V de Alemania. Z, O y R omiten la cédula real.

2 El 18 de enero de 1540 Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue nombrado adelantado y gouernador del Río de la Plata. Pero en la desastrosa expedición a la Florida ese título lo ostentaba Pánfilo de Narváez. Núñez, a su vez, iba como tesorero y alguacil mayor.

3 En el siglo XVI era frecuente anteponer *el* a sustantivos femeninos estuviere o no acentuada la vocal inicial. Keniston, 18. 121-18. 123. Ver: n.º 32.

4 El Consejo Real y Supremo de las Indias se estableció en 1524 bajo la presidencia de fray García de Loaysa.

5 de suso: *arc*, antes dicho.

damos que durante el dicho tiempo de los dichos diez años ninguna persona lo pueda imprimir, ni vender, sin tener el dicho vuestro poder, so pena que pierda la impresión que así hiziere y vendiere y los moldes y aparejos con que lo hiziere; y más incurra en pena de diez mil maravedís, los cuales sean repartidos: la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la nuestra Cámara. Y mandamos a todas y qualesquier nuestras justicias y a cada vna en su jurisdicción, que guarden, cumplan y executen esta dicha nuestra cédula y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma della no vayan, ni passen, ni consientan yr ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís⁶ para la nuestra Cámara a cada vno que lo contrario hiziere. Fecha en la villa de Valladolid a veynte y vn días del mes de março de mil y quinientos⁷ y cinquenta y cinco años.

*La Princesa*⁸. Por mandado de Su Magestad, Su Alteza, en su nombre.

Francisco de Ledesma⁹

POUR QUANTO POR PARTE DE VOS, el gouernador, Alvar Núñez Ca-
pita de Vaca, vecino de la ciudad de Sevilla, nos hicistes relación dicho
que vos auistes compuesto un libro intitulado *Relación de lo que acaesce en las
Indias*, en el qual se contiene de que vos auades de gouernador. Y que assi mismo
auistes hecho componer otro intitulado *Comentarios*, que tratan de las condi-
ciones de la tierra y costumbres de la gente della. Lo qual era obra muy
prochosa para las personas que auian de pasar a aquellas partes. Y porque
el vn libro y el otro era (como vos misma cosa y conuenia) que de los dos se
hiciese un volumen, nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para
que por diez o doze años los publicádes imprimir y vender, asienta el proce-
do y verdad de dello se segun, o como la nuestra merced fuere. Lo qual
visto por los del nuestro Consejo, juntamente con los dichos libros que de
nos se haze mención, fue acordado que dechamos mandar dar esta nuestra
cédula en la dicha razón, por la qual vos damos licencia y facultad para que
por tiempo de diez años siguientes, que se cuentan del día de la
fecha desta nuestra cédula, en adelante, vos o quien vuestro poder oviere,
podays imprimir y vender en estos nuestros Reynos los dichos libros que de
nos se haze mención, ambos en un volumen, siendo primeramente borrado
el molde dello por los del nuestro Consejo y ponidose en esta nuestra cédula
con la dicha tasa el privilegio del dicho libro, y no en otra manera. Y man-

6 Del árabe «murabetí». M.M. Moneda cuyo valor fluctuó considerablemente según la época. Así, en el siglo XVII 34 maravedís equivalían a un real. En este documento, que sólo aparece en la edición de 1555, se utiliza indistintamente maravedíos y maravedís.

7 quinientos: V, quinientos.

8 María de Tudor casó en 1554 con el príncipe Felipe, quien sería coronado un año después.

9 Francisco de Ledesma: Secretario (interino) del Consejo de Guerra. Ver: Ernesto Schafer, *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, II Vols. (Sevilla: Publicaciones del Centro de Estudios de Historia de América, 1935), Vol. I, pp. 44 y 369.

PROHEMIO

SACRA, CESÁREA, CATHÓLICA MAGESTAD

ENTRE QUANTOS PRÍNCIPES sabemos aya auido en el mundo, ninguno pienso se podría hallar a quien con tan verdadera voluntad, con tan gran diligencia y desseo ayan procurado los hombres seruir, como vemos que a Vuestra Magestad hazen oy. Bien claro se podrá aquí conoscer que esto no será sin gran causa y razón¹⁰; ni son tan ciegos los hombres, que a ciegas y sin fundamento todos siguiessen este camino, pues vemos que no sólo los naturales a quien¹¹ la fe y subjeción obliga a hazer esto, más aún los estraños trabajan por hazerles ventaja. Mas ya que el desseo y voluntad de seruir a todos en esto haga conformes, allende la ventaja que cada uno puede hazer, ay vna muy gran diferencia no causada por culpa dellos, sino solamente de la fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, mas¹² por sola voluntad y juyzio de Dios, donde nasce que vno salga con mas señalados seruicios que pensó, y a otro le suceda todo tan al reués, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia; y aún esta queda a las vezes tan encubierta que no puede boluer por sí.

De mí puedo dezir que en la jornada que por mandado de Vuestra Magestad hize de Tierra Firme, bien pensé que mis obras y seruicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepassados¹³; y que no tuuiera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuydado administran y tratan los cargos de Vuestra Magestad y les

10 Indirectamente este razonamiento alude a los nuevos súbditos que Núñez y los suyos ganaron para la Corona, y anticipa sutilmente la narración de sus vicisitudes.

11 quien: en los siglos XVI y XVII *quien* y *quienes* podían designar el plural. Keniston, 15. 153.

12 mas: Z, sino.

13 *antepassados*: Alvar Núñez alude principalmente a su abuelo paterno Pedro de Vera (1440-1500?), quien se había distinguido en la conquista de las islas Canarias. El apellido Vera lo tomó de su madre. Pedro pasó su infancia en la corte de Enrique IV, quien le nombró alférez y alguacil mayor de Jerez de la Frontera. Según se verá en Ic, Núñez también tuvo, por línea materna, antepasados de clara estirpe aristocrática.

haze merced. Mas como ni mi consejo, ni diligencia, aprouecharon para que aquello a que éramos ydos fuesse ganado conforme al seruicio de Vuestra Magestad, y por nuestros peccados permitiesse Dios que de quantas armadas a aquellas tierras han ydo ninguna se viesse en tan grandes peligros, ni tuiessse tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hazer más seruicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación de lo que en diez¹⁴ años que por muchas y muy estrañas tierras que anduue perdido y en cueiros, pudiesse saber y ver, así en el sitio de las tierras y prouincias y distancias dellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían y las diuersas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con quien conuersé y viuí; y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conoser, que dello en alguna manera Vuestra Magestad será seruido; porque aunque la esperança que de salir de¹⁵ entre ellos tuue siempre fue muy poca, el cuydado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria¹⁶ de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quisiesse traerme adonde agora estoy, pudiesse dar testigo de mi voluntad y seruir a Vuestra Magestad. Como la relación dello es auiso, a mi parescer, no liuiano, para los que en su nombre fueren a conquistar aquellas tierras y juntamente traerlos a conoscimiento de la verdadera fee y verdadero señor y seruicio de Vuestra Magestad¹⁷. Lo qual yo escreuí con tanta certinidad que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin dubda creerlas; y creer por muy cierto que antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto auerlo yo offrescido a Vuestra Magestad por tal. A la qual suplico la resciba en nombre de seruicio, pues éste sólo es el que vn hombre que salió desnudo pudo sacar consigo.

14 diez: Z, nueve.

15 salir de: Z, om.

16 tener particular memoria: según lo he indicado en páginas anteriores, esta expresión puede tener aquí un sentido levemente figurado ya que en los siglos XV, XVI y XVII «se toma asimismo por el escrito simple a que se remite el testador», o «se llama también [así] al quaderno, papel u otra cosa, en que se apunta o añora alguna cosa, para tenerla presente y que no se olvide». *Aut.* Cursiva mía.

17 Con delicada astucia retórica Núñez ofrece su escrito como importante compensación ante el fracaso sufrido por la expedición de Narváez.

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE CUENTA QUÁNDO PARTIÓ EL ARMADA Y LOS OFFICIALES Y GENTE QUE EN ELLA YUA

A DIEZ Y SIETE¹⁸ DÍAS del mes de Junio* de mil y quinientos y veynte y siete partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gouernador Pámpilo de Naruáez¹⁹, con poder y mandado de Vuestra Magestad para conquistar y gouernar las prouincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida²⁰, las quales son en Tierra Firme. Y la armada que lleuaua eran cinco nauíos²¹, en los quales, poco más o menos, yrían seyscientos²² hombres. Los oficiales que lleuaua (porque dellos se ha de hazer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeça de Vaca, por thesorero y por alguazil²³ mayor; Alonso Enríquez, contador; Alonso de Solís, por fator de

18 diez y siete: R, siete. Las fechas que fija Alvar Núñez pertenecen al calendario juliano. Para adaptarlas al gregoriano se añadirán diez días. No obstante, en esta edición se indican las fechas señaladas por Núñez.

19 Pámpilo de Narváez: nació en Cuéllar (1470-1528). Tuvo el rango de capitán bajo la tutela de Diego Velázquez, gobernador de Cuba; y por órdenes de éste intentó la captura de Hernán Cortés. La Corona le encomendó la conquista del territorio (17 de noviembre de 1526) que media entre la península de la Florida y el Río de las Palmas; río que hoy se encuentra en Tamaulipas (México) y que se conoce como Soto de la Marina. Ver: Andrés Belloguín García, *Vida y hazañas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (Madrid: Editorial Voluntad, 1928), pp. 20-25. Sin embargo, Hallenbeck apunta que se trata del río Grande, que corre a lo largo de la frontera entre EE.UU. y México, p. 43. Para otros datos, véase: Smith, pp. 17-18.

20 Florida: la península fue descubierta por el explorador Juan Ponce de León en 1513 y así nombrada porque desembarcó en ella el día de la Pascua Florida. En el siglo XVI, y posteriormente, Tierra Firme designaba las áreas continentales del Nuevo Mundo. Recordemos que hasta entrado el siglo XVI la Florida todavía se consideraba una isla.

21 nauíos: R, naos.

22 seyscientos: R, setecientos. Se observará que, de ordinario, Núñez prefiere cifras redondas que repetidamente difieren de las que cita Fernández de Oviedo, y veremos que ocasionalmente las dadas en V difieren también de R y Z.

23 alguazil: «oficial subalterno que ejecuta las disposiciones de tribunales», *Dic.* «Alguazil llaman en arábigo aquel que ha de prender e de ajusticiar... prende y recauda», *Cov*; contador: «el que

* Junio 17.

Vuestra Magestad, y por veedor yua vn frayle de la Orden de Sant Francisco²⁴, por commissario, que se llamaua fray Juan Suárez²⁵, con otros quatro frayles de la misma orden; llegamos a la isla de Sancto Domingo²⁶, donde estuuiamos casi quarenta y cinco²⁷ días proueyéndonos de algunas cosas necessarias, señaladamente de caualllos. Aquí nos faltaron de nuestra armada más de ciento y quarenta hombres²⁸, que se quisieron quedar allí, por los partidos y promessas que los de la tierra les hizieron.

De allí partimos y llegamos a Sanctiago²⁹, que es puerto en la isla de Cuba, donde en algunos días que estuuiamos el gouernador se rehizo de gente, de armas y de caualllos. Suscedió allí que vn gentilhombre que se llamaua Vasco Porcalles³⁰, vezino de la villa de la Trinidad, que es en la misma ysla, ofresció de dar al gouernador ciertos bastimentos que tenía en la Trinidad, que es cient leguas³¹ del dicho puerto de Sanctiago. El gouernador con toda la armada³² partió para allá; mas llegados a vn puerto que se dize Cabo de Sancta Cruz³³, que es mitad del camino, parecióle que era bien

ejerce contaduría», *Dic*; y también «el que cuenta nuevas y es hablador», *Aut*: recuérdese que importantes cronistas como lo fue Agustín de Zárate ostentaban el cargo de contador; *fator*: «oficial real que en las Indias recaudaba las rentas y rendía los tributos en especie perteneciente a la Corona», *Dic*; *veedor*: «jefe militar cuyas funciones eran semejantes a las de los modernos inspectores y directores generales», *Dic*; «En lo antiguo valía lo mismo que visitador», *Aut*; *comissario*: «el que tiene poder, facultad, y las veces de otro para executar alguna cosa, orden o despacho que le ha sido encargado». También: «el diputado que nombra y elige de su cuerpo cualquiera comunidad... para cuidar alguna dependencia, defender algún pleito, hacer algún cumplimiento u otro semejante encargo», *Aut*.

24 *Sant Francisco*: Z, señor Sanct Francisco.

25 *Juan Suárez*: fraile culto que llegó a Nueva España en 1524 y que fue superior del convento de Huexotzinco. Bancroft, p. 100. Z y O le designan erróneamente con el apellido Gutiérrez, p. 289. Oviedo no transcribe el título completo de esta parte de la relación que él utilizó. La parte omitida reza: «para venir a lo cual, se dirá primero lo que les intervino hasta que salieron los españoles e su gobernador Pánfilo del pueblo llamado Apalache» (nota de J. Amador de los Ríos reproducida en la edición de Pérez de Tudela, p. 289.)

26 Se calcula que llegaron a Santo Domingo hacia el 27 de septiembre. Smith, p. 12. O: «en cuarenta y cinco días llegaron a la isla Española...», p. 315. La cifra que da Oviedo hace la travesía demasiado veloz. Ver: Ic.

27 *casi quarenta y cinco*: R, cuarenta.

28 *más de ciento y quarenta hombres*: O, «hasta ciento y cuarenta personas...», p. 315.

29 *Sanctiago*: ciudad cubana situada en el extremo sureste de la isla y que fue fundada, como capital, por Diego Velázquez en 1515.

30 *Vasco Porcalles*: peninsular natural de Cáceres (Extremadura) que fundó en Cuba la villa de San Juan de los Remedios. Contribuyó a financiar la expedición de Hernando de Soto a la Florida y se incorporó a ella, pero en breve la abandonó para ubicarse en la villa cubana de Puerto Príncipe en la que murió. *Enc.* LXIV, pp. 671-672.

31 *leguas*: tal y como se utilizó en los siglos XVI y XVII es difícil precisar su equivalencia exacta. En la actualidad equivale, aproximadamente, a 4,9 km. Ver: Hallenbeck, pp. 111-112. Trinidad fue la tercera ciudad fundada por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez. Se encuentra entre los 21° y 42° de latitud norte. *Enc.*, LXIV, pp. 671-672.

32 *armada*: V, armadar.

33 *Cabo de Sancta Cruz*: primer cabo importante al oeste de Santiago de Cuba que hoy se llama Cabo Cruz.

esperar allí y embiar vn nauío que truxesse³⁴ aquellos bastimentos; y para esto mandó a vn capitán Pantoja³⁵ que fuesse allá con su nauío, y que yo para más seguridad fuesse³⁶ con él, y él quedó con quatro nauíos, porque en la ysla de Sancto Domingo auía comprado vn otro nauío. Llegados con estos dos nauíos al puerto de la Trinidad, el capitán Pantoja fue con Vasco Porcalles a la villa, que es vna legua de allí, para rescebir los bastimentos; yo quedé en la mar con los pilotos, los quales nos dixeron que con la mayor presteza que pudiésemos nos despachásemos de allí, porque aquel era vn muy mal puerto y se solían perder muchos nauíos en él; y porque lo que allí nos suscedió fue cosa muy señalada me pareció que no sería fuera de propósito y fin con que yo quise escreuir este camino³⁷, contarla aquí.

Otro día, de mañana, començó el tiempo a dar no buena señal, porque començó a llouer y el mar yua arzeziando tanto que aunque yo dí licencia a la gente que saliesse a tierra, como ellos vieron el tiempo que hazía y que la villa estaua de allí vna legua, por no estar al agua y frío que hazía muchos se boluieron al nauío. En esto vino vna canoa³⁸ de la villa, en que me traían vna carta de vn vezino de la villa, rogándome que me fuesse allá, y que me darían los bastimentos que ouiesse y necesarios fuessen; de lo qual yo me escusé diziendo que no podía dexar los nauíos. A medio día boluió la canoa con otra carta en que con mucha importunidad pedían lo mesmo y traían vn cauallo en que fuesse; yo dí la misma respuesta que primero auía dado, diziendo que no dexaría los nauíos; mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuesse porque diesse priessa que los bastimentos se truxessen lo más presto que pudiesse ser porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estauan con gran temor que los nauíos se auían de perder si allí estuuiessen mucho.

Por esta razón yo determiné de yr a la villa, aunque primero que fuesse dexé proueydo y mandado a los pilotos que si el sur, con que allí suelen perderse muchas vezes los nauíos, ventasse y se viessen en mucho peligro, diessen con los nauíos al traués y en parte que se saluasse la gente y los caualllos. Y con esto yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo por yr en mi compañía, los quales no quisieron salir, diziendo que hazía mucha agua y

34 *truxesse*: en el siglo XVI, y antes, el pretérito de indicativo y el imperfecto del subjuntivo se escribían indistintamente ux-(uj-) o ax-(-a-). Se dan con frecuencia las formas *truxo*, *truximos*, *traximos*, etc. Keniston, 37.541. Estas formas persisten hasta el siglo XVIII y aún reaparecen, por razones de afectación literaria, en textos contemporáneos. Ver: Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara* (Madrid: Espasa Calpe, 1967), p. 142.

35 *capitán Pantoja*: se trata de Juan Pantoja, que acompañó a Narváez en la primera de sus expediciones a México y que residió en Ixtlahuaca, Nueva España. Ver: Hodge, p. 15.

36 *fuesse*: Z, fuesse yo.

37 *escreuir este camino*: el obvio sentido figurado de esta expresión parece aludir al cariz de peregrinación que Núñez otorga, sobre todo, al último trecho de su aventura. *M.M.* verifica el amplio registro metafórico del vocablo.

38 *canoa*: palabra de origen arauaco utilizada principalmente en las Antillas «Embarcación ligera hecha de un tronco excavado simétricamente». *M.M.* documenta otros usos en Hispanoamérica.

frío y la villa estaua muy lexos; que otro día, que era domingo, saldrían con el ayuda de Dios a oír missa. A vna hora después de yo salido la mar començó a venir muy braua, y el norte fue tan rezió que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los nauíos al traués, por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios y mucha agua que hazía estuuieron aquel día y el domingo hasta la noche.

A esta hora el agua y la tempestad començó a crescer tanto que no menos tormenta auía en el pueblo que en la mar, porque todas las casas e yglesias se cayeron, y era necessario que anduuiésemos siete o ocho hombres abraçados vnos con otros para podernos amparar que el viento no nos lleuasse; y andando entre los árboles no menos temor teníamos dellos que de las casas, porque como ellos también cayán, no nos matassen debaxo. En esta tempestad y peligro anduuiamos toda la noche sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros. Andando en esto oymos toda la noche, especialmente desde el medio della, mucho estruendo y grande ruydo de bozes, y gran sonido de cascaueles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos que duraron hasta la mañana que la tormenta cessó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vio; yo hize vna prouança³⁹ dello, cuyo testimonio embié a Vuestra Magestad⁴⁰. El lunes por la mañana baxamos al puerto y no hallamos los nauíos; vimos las boyas dellos en el agua, adonde conoscimos ser perdidos, y anduuiamos por la costa por ver si hallaríamos alguna cosa dellos, y como ninguno hallássemos metímonos por los montes y andando por ellos vn quarto de legua de agua hallamos la barquilla de vn nauío, puesta sobre vnos árboles, y diez leguas de allí por la costa, se hallaron dos personas de mi nauío y ciertas tapas de caxas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conoscer; halláronse también vna capa y vna colcha hecha pedaços y ninguna otra cosa pareció.

Perdiéronse en los nauíos sesenta personas y veynte cauillos⁴¹. Los que auían salido a tierra el día que los nauíos allí llegaron, que serían hasta treynta, quedaron de los que en ambos nauíos auía. Assí estuuimos algunos días con mucho trabajo y necesidad, porque la prouisión y mantenimientos que el pueblo tenía se perdieron, y algunos ganados; la tierra quedó tal que era gran lástima verla; caydos los árboles, quemados⁴² los montes, todos sin

39 *prouança*: «averiguación o prueba que jurídicamente se hace de una cosa. Cosa o conjunto de ellas que acreditan una verdad o un hecho», *Dic.* «La averiguación o prueba que jurídicamente se hace de una cosa», *Aut.*

40 Según Fernández de Oviedo, ese documento comenzó a ser redactado en el puerto de Xagua (hoy Cienfuegos) hacia el 15 de febrero de 1527. Ver: n.º 43. Debió ser 1528, ya que la expedición salió de España el 17 de junio de 1527, p. 287. Si Núñez, como lo sugiere Oviedo, envió esta primera probanza desde Cuba, entonces cabe deducir que el texto de Cabeza de Vaca pasó —en diversas medidas— por cinco o probablemente seis estadios diferentes de elaboración. Ver: I.d.

41 *sesenta personas y veynte cauillos*: *R.*, mucha gente y mantenimiento.

42 *quemados los montes*: debe leerse como expresión con sentido figurado que alude, hiperbólicamente, a la destrucción causada por el huracán. Pero tengamos en cuenta que en el siglo XVI quemar «analógicamente vale malbaratar, destruir», *Aut.*

hojas ni yerua. Assí passamos hasta cinco días del mes de nouiembre, que llegó el gouernador con sus quatro nauíos, que también auían passado gran tormenta y también auían escapado por auerse metido con tiempo en parte segura. La gente que en ellos traía y la que allí halló estauan tan atemorizados de lo passado, que temían mucho tornarse a embarcar en inuierno, y rogaron al gouernador que lo passasse allí; y él, vista su voluntad y la de los vezinos, inuernó allí. Dióme a mi cargo de los nauíos y de la gente para que me fuesse con ellos a inuernar al puerto de Xagua⁴³, que es doze leguas de allí, donde estuue hasta veynte⁴⁴ días del mes de hebrero.

43 *puerto de Xagua* (Jagua): constituye lo que es hoy la entrada de la bahía de Cienfuegos; se encuentra en la costa sur de Cuba, a 56 km de Trinidad. Ver: n.º 40.

44 *veynte*: *O.*, «veinte y dos...», p. 287.

CAPÍTULO SEGUNDO

CÓMO EL GOVERNADOR VINO AL PUERTO DE XAGUA Y TRUXO CONSIGO A VN PILOTO

EN ESTE TIEMPO llegó allí el gouernador con vn vergantín que en la Trinidad compró, y traía consigo vn piloto que se llamaua Miruelo⁴⁵; auíalo tomado porque dezía que sabía y auía estado en el río de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del norte. Dexaua también comprado otro nauío en la costa de la Auana⁴⁶, en el qual quedaua por capitán Aluaro de la Cerda, con quarenta hombres y doze de cauallo⁴⁷; y dos días después que llegó el gouernador se embarcó, y la gente que lleuaua eran quatrocientos hombres y ochenta cauалlos en quatro nauíos y vn vergantín*. El piloto que de nueuo auíamos tomado metió los nauíos por los baxíos que dizen de Canarreo⁴⁸, de manera que otro día dimos en seco, y ansí estuuimos quinze⁴⁹ días tocando muchas vezes las quillas⁵⁰ de los nauíos en seco, al cabo de los quales** una tormenta del sur metió tanta agua en los baxíos que podimos salir, aunque no sin mucho peligro.

Partidos de aquí y llegados a Guaniguanico⁵¹ nos tomó otra tormenta

45 *Miruelo*: Diego Miruelo, miembro de una familia de navegantes afamados. Ver: Smith, p. 20.

46 *Auana*: Z, Lixarte (sic). En *V* y en este mismo capítulo también se lee *Auana* y *Hauana*.

47 *doze de cauallo*: O, «doze caballos...», p. 288.

48 *Canarreo*: R, Canarco. «En Cuba es carril o huella que dejan las ruedas de los carruajes», Alfredo N. Neves, *Diccionario de americanismos* (Buenos Aires: Sopena, 1975). Archipiélago en la costa sur de Cuba e inmediato a la península de Zapata.

49 *quinze*: R, veinte y cinco.

50 *quillas*: Z, tillas. «Quilla, madero largo que pasa de popa a proa del navío», *Aut*.

51 *Guaniguanico*: «Archipiélago adyacente a la costa norte de Cuba, correspondiente a la provincia de Pinar del Río. Es una cadena de bajos y cayos que se extiende desde la boca del puerto de Cabañas hasta 12 km al noreste de la Punta de Cajón», *Enc*. XI, p. 1561. Sobre las características e importancia antropológica de esta región véase: Swanton, pp. 33, 239.

* Febrero 20.

** Marzo 4.

que estuuimos a tiempo de perdernos. A cabo de Corrientes⁵² tuuimos otra, donde estuuimos tres días. Passados estos doblamos el cabo de Sant Antón⁵³ y anduuimos con tiempo contrario hasta llegar a doze leguas de la Hauana, y estando otro día para entrar en ella nos tomó vn tiempo de sur que nos apartó de la tierra y atrauessamos por la costa de la Florida y llegamos a la tierra, martes, doze días del mes de Abril, y fuymos costeando la vía de la Florida, y jueves sancto*, surgimos en la misma costa en la boca de vna baía⁵⁴, al cabo de la qual vimos ciertas casas y habitaciones⁵⁵ de indios.

52 *cabo de Corrientes*: está situado casi al extremo oeste de Cuba. La porción que se proyecta hacia el oeste se conoce hoy como Cabo Corrientes. *Enc*. XI, p. 1562.

53 *cabo de Sant Antón*: cabo de San Antonio, que se encuentra en el extremo oeste de la isla de Cuba.

54 *baía*: O, «bahía que era baja...», p. 287; R, bahía derecha. Pudo ser la que hoy se conoce como bahía de Sarasota en la costa oeste de la Florida. Hallenbeck, p. 36. Se supone que antes de llegar a la gran bahía de Tampa, visitaron la de Sarasota. Sin embargo, la descripción que Núñez ofrece se presta a dudas. Al parecer Narváez quiso establecer allí, o muy cerca de aquel sitio, una comunidad que llevaría el nombre de Bahía de la Cruz. (Cap. VIII). O (p. 287) suprime un gran número de detalles relacionados con la estadía de los españoles en la costa de la Florida.

55 *habitaciones*: O, «buhios...», p. 287. En los siglos xv y xvi, habitación tenía una significación algo más amplia que la que tiene hoy. «El lugar o casa donde se mora o vive», *Aut*. *buhíos*: casa. Del taíno bohío. *Mor*.

* Abril 14.

que estuvimos a tiempo de prenderlos. A cabo de Corrientes⁵⁶ unidos con donde estuvimos tres días. Pasados estos días volvíamos al cabo de San Antonio y anduvimos con tiempo concurro hasta llegar a doce leguas de la Habana y estando uno día para entrar en ella nos tomó un tiempo de ser que nos apartó de la costa y atravesamos por la costa de la Florida y llegamos a la tierra martes, doce días del mes de Abril y fuimos costeados la vía de la Florida y jueves sacro⁵⁷, surgimos en la misma costa en la boca de una baía⁵⁸, al cabo de la cual están las casas y habitaçiones⁵⁹ de indios.

CAPÍTULO TERCERO

CÓMO LLEGAMOS A LA FLORIDA

EN ESTE MISMO DÍA salió el contador Alonso Enríquez y se puso en una ysla que está en la misma baía y llamó a los indios, los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedaço de tiempo, y por vía de rescate⁵⁶ le dieron pescado y algunos pedaços de carne de venado. Otro día siguiente, que era viernes sancto*, el gouernador se desembarcó con la más gente que en los bateles que traía pudo sacar, y como llegamos a los buihíos o casas que auíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente⁵⁷ se auía ydo aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buihíos era muy grande, que cabrían en él más de trezientas personas; los otros eran más pequeños, y hallamos allí una sonaja⁵⁸ de oro entre las redes. Otro día el gouernador leuantó pendones por Vuestra Magestad y tomó la possessión de la tierra en su real nombre y presentó sus prouisiones⁵⁹ y fue obedescido por gouernador⁶⁰ como Vuestra Magestad lo mandaua.

Ansí mismo presentamos nosotros las nuestras ante él y él las obedesció como en ellas se contenía. Luego mandó que toda la otra gente desembarcasse⁶¹ y los cauallos que auían quedado, que no eran más de quarenta y dos, porque los demás, con las grandes tormentas y mucho tiempo que auían andado por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estauan

56 *rescate*: en este contexto «Vale [como] cambio o permuta», *Aut.*

57 *porque la gente...* R, desembarcando el gouernador se huyeron todos de las casas.

58 *sonaja*: «Un instrumento rústico que usan en las aldeas hecho de una tabla delgada, ancha como de cuatro dedos, y en ella unos agujeros más largos que anchos... manéjase regularmente con la mano derecha y dan con ella sobre la palma de la izquierda para que dando unas con otras haga son», *Aut.*

59 *prouisiones*: «Se llama asimismo el despacho u mandamiento, que, en nombre del Rey, expiden algunos tribunales», *Aut.*

60 *obedescido por gouernador*: O, «admitido por tal gouernador e capitán general...», p. 287.

61 *desembarcasse*: Z, desenbarcase.

* Abril 15.

tan flacos y fatigados que por el presente poco prouecho podimos tener de ellos. Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua⁶², no los entendíamos; más hazíannos muchas señas y amenazas y nos pareció que nos dezían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dexaron, sin que nos hiziesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

Los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua⁶², no los entendíamos; más hazíannos muchas señas y amenazas y nos pareció que nos dezían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dexaron, sin que nos hiziesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

Los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua⁶², no los entendíamos; más hazíannos muchas señas y amenazas y nos pareció que nos dezían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dexaron, sin que nos hiziesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

62 *lengua*: traductor. «Se toma así mismo por intérprete que sirve de declarar una lengua con otra», *Aut.*

...tañ ficos y fábidos que por el presente poco puencho podimos tener de los. Otro día los indios de aquel pueblo vieron a nosotros y aunque nos hablan como nosotros no entendamos lenguas, no los entendamos; más hazían muchas señas y amezas y nos parecían que nos decían que nos fuésemos de la tierra y con esto nos decían, sin que nos hiziesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

CAPÍTULO CUARTO

CÓMO ENTRAMOS POR LA TIERRA

OTRO DÍA ADELANTE*, el gouernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla y ver lo que en ella auía. Fuýmonos⁶³ con él el comissario y el veedor e yo, con quarenta hombres, y entre ellos seys de cauallo, de los quales poco nos podíamos aprouechar. Lleuamos la vía del norte⁶⁴ hasta que a hora de vísperas llegamos a vna baía muy grande⁶⁵, que nos pareció que entraua mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche y otro día** nos boluimos donde los nauíos y gente estauan. El gouernador mandó que el vergantín fuesse costeano la vía de la Florida y buscasse el puerto⁶⁶ que Miruelo el piloto auía dicho que sabía; más ya él lo auía errado, y no sabía en qué parte estáuamos, ni adonde era el puerto, y fuele mandado al vergantín, que si no lo hallasse, trauessasse a la Hauana, y buscasse el nauío que Aluaro de la Cerda tenía, y tomados algunos bastimentos nos viniessen a buscar⁶⁷. Partido el vergantín tornamos a entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente más, y costeamos la baía que auíamos hallado; y andadas quatro leguas tomamos quatro⁶⁸ yndios y mostrámosle⁶⁹ maíz para

63 *Fuýmonos*: Z, fuymosnos; O, «envió el gouernador seis de caballo e cuarenta hombres a pie...», p. 288.

64 *norte*: O, Nordeste, p. 288.

65 *baía muy grande*: debió ser la bahía de Tampa, que los españoles designaron bahía de Santa Cruz. El piloto Miruelo no supo identificar los canales que dan entrada a la bahía. Ese error le llevó a lo que es el área de Boca Ciega, a travéz de St. John's Pass. Ver: A.H. Phinney, «Narváez and De Soto: Their Landing Places and the Town of Espíritu Santo», *The Florida Historical Society* IV (enero 1925), pp. 15-21.

66 *puerto*: Z, puerro.

67 Al final de su relación Núñez explicará lo que ocurrió a esa misión de rescate. Ver: Caps. XXXVII, XXXVIII.

68 *quatro*: O, «tres», p. 288; R, om.

69 *mostrámosle*: Z, mostramosles. En el siglo XVI ambas formas podían expresar el plural. Keniston, 7. 311.

* Abril 18.

** Abril 19, 1528.

ver si lo conocían, porque hasta entonces no auíamos visto señal dél. Ellos nos dixeron que nos lleuarían donde lo auía, y así nos lleuaron a su pueblo, que es al cabo de la baía cerca de allí, y en él nos mostraron vn poco de maíz que aún no estaua para cogerse.

Allí hallamos muchas caxas⁷⁰ de mercaderes de Castilla, y en cada vna dellas estatua vn cuerpo de hombre muerto y los cuerpos cubiertos con vnos cueros de venados pintados⁷¹. Al comissario le pareció que esto era especie de ydolatría y quemó las caxas con los cuerpos⁷². Hallamos también pedaços de lienço y de paño y penachos⁷³ que parecían⁷⁴ de la Nueva España. Hallamos también muestras de oro. Por señas preguntamos a los indios de adónde auían auído aquella cosas. Señaláronnos que muy lexos de allí auía vna prouincia que se dezía Apalache⁷⁵, en la qual auía mucho oro, y hazían seña de auer muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Dezían que en Apalache⁷⁶ auía mucho, y tomando aquellos indios por guía, partimos de allí; y andadas diez o doze leguas hallamos otro pueblo de quinze casas, donde auía buen pedaço de maíz sembrado, que ya estaua para cogerse, y también hallamos alguno que estaua ya⁷⁷ seco. Y después de dos días que allí estuimos nos boluimos donde el contador y la gente y nauíos estauan, y contamos al contador y pilotos lo que auíamos visto y las nueuas que los indios nos auían dado; y otro día, que fue primero de mayo*, el gouernador llamó aparte al comissario y al contador y al veedor y a mí, y a vn marinero que se llamaua Bartolomé Fernández, y a vn escriuano que se dezía Hierónimo de Alaníz⁷⁸, y así juntos nos dixo que tenía en voluntad de entrar por la tierra adentro, y los nauíos se fuessen costeano hasta que llegassen al puerto, y que los pilotos dezían y creían que yendo la⁷⁹ vía de

70 *muchas caxas de mercaderes de Castilla*: O, «algunas cajas de Castilla grandes...», p. 288. R, arcas. Es posible que se trate de desperdicios que pudieron dejar en aquellas costas las expediciones de Alonso Álvarez de Pineda (1518) o la de Lucas Vázquez de Ayllón (1526) ver: Morrison, pp. 517-518.

71 *cueros de venados pintados*: O, «cueros pintados...», p. 288.

72 *Al comissario le pareció... cuerpos*: V, poresció. Oviedo discrepa en varios órdenes: «parecióles al comisario e frailes que aquellos eran idólatras, e los hizo el gouernador quemar. Así mismo se hallaron pedazos de zapatos e lienço, e de paño e hierro alguno; e preguntado los indios, dijeron por señas que lo habían hallado en un nauío que se había perdido en aquella tierra e bahía» (p. 288).

73 *pedaços de lienço y de paño penachos*: Z, om, y O, «pedazos de zapatos e lienço, e de paño e hierro alguno», p. 288.

74 *parecían*: Z, parecían ser.

75 *Apalache*: Z, Apalachen. La región a que se aludía estaba ubicada en torno a la cuenca del río Apalachicola. Ver: Ic, y Hallenbeck, p. 40. Además, véase Newcomb₁, pp. 30-31.

76 *Apalache*: Z, Palachen. En Z casi todas las referencias a la topografía, flora y fauna americanas aparecen con mayúsculas. No así en V.

77 *ya*: Z, om.

78 O, om las referencias a Fernández y a Alaníz. Pero en otra parte registra al licenciado Francisco Alaníz de Paz, II, p. 432.

79 *la*: Z, a.

* Mayo 1.

Palmas estauan muy cerca de allí; y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parecer.

Yo respondía que me parecía que por ninguna manera deua dexar los nauíos sin que primero quedassen en puerto seguro y poblado, y que mirasse que los pilotos no andauan ciertos, ni se affirmauan en vna misma cosa, ni sauían a que parte estauan, y que allende desto los cauallos no estauan para que en ninguna necessidad que se ofresciesse nos pudiésemos aprouechar dellos; y que sobre todo esto, ýuamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los yndios, ni saber lo que de la tierra queríamos, y que entráuamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella auía, ni de que gente estaua poblada, ni a que parte della estáuamos, y que sobre todo esto no teníamos bastimentos para entrar adonde no sabíamos. Porque, visto lo que en los nauíos auía, no se podía dar a cada hombre de ración⁸⁰ para entrar por la tierra más de vna libra de vizcocho⁸¹ y otra de tocino, y que mi parecer era que se deua embarcar e yr a buscar puerto y tierra que fuesse mejor para poblar, pues lo que auíamos visto en sí era tan despoblada y tan pobre quanto nunca en aquellas partes⁸² se auía hallado.

Al comissario le pareció todo lo contrario, diciendo que no se auía de embarcar, sino que yendo siempre hazia la costa fuessen en busca del puerto, pues los pilotos dezían que no estaría sino diez o quinze leguas de allí la vía de Pánuco⁸³, e que no era possible, yendo siempre a la costa, que no topássemos con él, porque dezían que entraua doze leguas adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallassen esperassen allí a los otros, y que embarcarse era tentar a Dios, pues desde⁸⁴ partimos de Castilla tantos trabajos auíamos passado, tantas tormentas, tantas pérdidas de nauíos y de gente auíamos tenido hasta llegar allí; y que por estas razones el se deua de yr por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros nauíos⁸⁵ con la otra gente se yrían la misma vía hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estauan pareció bien que esto se hiziesse assí, saluo al escriuano, que dixo que primero que desamparasse los nauíos los deua de dexar en puerto conocido y seguro y en parte que fuesse poblada; que esto hecho podría entrar por la tierra adentro y hazer lo que le pareciesse⁸⁶.

El gouernador siguió su parecer y lo que los otros le consejauan⁸⁷; yo,

80 *ración*: Z, razón.

81 *vizcocho*: «El pan que se cueze de propósito, para la provisión y matalotaje de las armadas y de todo género de vegeles», *Cov.*

82 *partes*: Z, pattes. Oviedo indica que en este trance Núñez añadió: «e también porque esperaban el bergantín e navío que es dicho que atendían con bastimento de la Habana...», p. 288.

83 *Pánuco*: la desorientación era extrema, pues no sabían que la región así designada estaba a unos 1.500 km al oeste. Ver: Hallenbeck, p. 39.

84 *desde*: arc, desde que.

85 *nauíos*: Z, om.

86 Es en esa ocasión cuando la expedición de Narváez comienza su desastrosa gestión exploratoria.

87 *consejauan*: arc, aconsejaban.

vista su determinación, requeríle de parte de Vuestra Magestad que no dexasse⁸⁸ los nauíos sin que quedassen en puerto y seguros, y ansí lo pedí por testimonio al escriuano que allí teníamos. El respondió que, pues él se conformaua con el parecer de los más de los otros oficiales y comissario, que yo no era parte⁸⁹ para hazerle estos requerimientos, y pidió al escriuano le diese por testimonio como por no auer en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los nauíos, leuantaua el pueblo que allí auía assentado e yua con él en busca del puerto y de tierra que fuesse mejor. Y luego mandó apercebir⁹⁰ la gente que auía de yr con él, que se proueyessen de lo que era menester para la jornada⁹¹. Y después desto proueydo, en presencia de los que allí estauan, me dixo que, pues yo tanto estoruaua y temía la entrada por la tierra, que me quedasse y tomasse cargo de los nauíos y la gente que en ellos quedaba, y poblasse si yo llegasse primero que él. Yo me escusé desto.

Y después de salidos de allí, aquella misma tarde, diciendo que no le parecía que de nadie se podía fiar aquello, me embió a dezir que me rogaua que tomasse cargo dello. Y viendo que importunándome tanto⁹², yo todavía me escusaua, me preguntó ¿qué era la causa porque huía de aceptallo? A lo qual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no auía de ver más los nauíos, ni los nauíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entrauan por la tierra adentro, y que yo quería más auenturarme al peligro que él y los otros se auenturauan, y passar por lo que él y ellos passassen, que no encargarme de los nauíos y dar ocasión que se dixesse que como auía contradicho la entrada me quedaua por temor, y mi honrra anduuiesse en disputa; y que yo quería más auenturar la vida que poner mi honrra en esta condición⁹³. El, viendo que conmigo no aprouechara, rogó a otros muchos que me hablassen en ello y me lo rogassen, a los quales respondí lo mismo que a él, y ansí proueyó por su teniente, para que quedasse en los nauíos, a vn alcalde que traía, que se llamaua Caruallo.

88 *dexasse*: Z, dexassen. Ambas formas podían ser equivalentes en el siglo XVI. Ver n.º 69.

89 *no era parte*: «En los pleitos se llama parte a la persona que tiene derecho o interés en ellos», *Aut.*

90 *apercebir*: «Prevenir, disponer, aparejar, preparar lo necesario para cualquier cosa», *Aut.*

91 *jornada*: «La marcha que regularmente se puede hacer en un día»; «Se toma también por todo el camino o viaje que se hace o se debe hacer», *Aut.* La misma fuente da tres significados adicionales, pero aún más ambiguos.

92 *tanto*: V, tarto.

93 No hay evidencia de que en las relaciones anteriores Núñez hubiese dado una proyección tan personal a este incidente. Recordemos que éstas son reflexiones muy posteriores a hechos que ahora parecen avalar su buen juicio, sobre todo al contrastarlo con los errores de Narváez.

CAPÍTULO CINCO

CÓMO DEXÓ LOS NAUÍOS EL GOVERNADOR

SÁBADO*, PRIMERO DE MAYO⁹⁴, el mismo día que esto auía passado, mandó dar a cada vno de los que auían de yr con él dos libras de vizcocho⁹⁵ y media libra de tozino, y así nos partimos para entrar en la tierra⁹⁶. La suma de toda la gente que lleuáuamos eran trezientos hombres; en ellos yua el comissario fray Juan Suárez y otro frayle que se dezía fray Juan de Palos⁹⁷ y tres clérigos y los oficiales. La gente de cauallo que con estos yuamos éramos quarenta de cauallo, y así anduimos con aquel bastimento que lleuáuamos⁹⁸ quinze días**, sin hallar otra cosa que comer, saluo palmitos⁹⁹ de la manera de los del Andaluzía. En todo este tiempo no hallamos indio ninguno, ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos a vn río que lo passamos con muy gran trabajo a nado y en balsas¹⁰⁰, detuuímonos vn día en passarlo***, que traía muy gran corriente¹⁰¹. Passados a la otra parte salie-

94 *Sábado, primero de mayo*: O, otro día..., p. 289.

95 *vizcocho*: O, «una libra de pan...», p. 289.

96 Es esta entrada la que en verdad organiza la actividad exploratoria hacia una región plagada de ciénagas, esteros, víboras y dotada de una vegetación muy intrincada.

97 *Juan de Palos*: no fraile sino hermano que llegó a Nueva España con fray Juan Suárez el 13 de mayo de 1524. Ver: Bancroft, p. 100. También Smith, p. 99.

98 *lleuáuamos*: Z, lleuamos.

99 *palmitos*: «Planta sylvestre que crece con abundancia en Andalucía y Valencia... se come de ella un cogollo tierno a manera de corazón... el cual se llama también palmito», *Aut.* En la Edad Media solía llamársele «palmino». *Cejador*. Sobre el conocimiento de la flora novomundista véase: Antonio M. Regueiro y González-Barros, «La flora americana en la España del siglo XVI», en *América en la España del siglo XVI*. (Madrid: Instituto Fernández de Oviedo [C.S.I.C.], 1982), pp. 205-218.

100 *y en balsas*: O, om.

101 *Hallenbeck* cree, con buenas razones, que se trata del río *Suwannee* en el norte de la Florida, p. 39. Smith lo designa como el río que las comunidades de seminolas llamaron *Oiusalacuche*,

* Dada la referencia anterior debió ser el domingo, 1.º de mayo.

** Mayo 15.

*** Mayo 16.

ron a nosotros hasta dozientos¹⁰² indios, poco más o menos; el gouernador salió a ellos, y después de auerlos hablado por señas ellos nos señalaron de suerte que nos ouimos de reuoluer¹⁰³ con ellos y prendimos cinco o seys, y estos nos lleuaron a sus casas, que estauan hasta media legua de allí, en las quales hallamos gran cantidad de maíz que estaua ya para cogerse, y dimos infinitas gracias a nuestro Señor por auernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nueuos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre; y a tercero día* que allí llegamos nos juntamos el contador y veedor y comissario e yo¹⁰⁴, y rogamos al gouernador que embiasse a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios dezían que la mar no estaua muy lexos de allí.

El nos respondió que no curássemos de hablar en aquello, porque estaua muy lexos de allí. Y como yo era el que más le importunaua, díxome que me fuesse¹⁰⁵ yo a descubrirla y que buscasse puerto, y que auía de yr a pie con quarenta hombres; y así otro día yo me partí con el capitán Alonso del Castillo y con quarenta hombres de su compañía; y así anduimos hasta hora de medio día, que llegamos a vnos placeles¹⁰⁶ de la mar que parecía que entrauan mucho por la tierra; anduimos por ellos hasta legua y media¹⁰⁷ con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de hostiones¹⁰⁸, de los quales rescebimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el río que primero auíamos atrauessado, que entraua por aquel mismo ancón¹⁰⁹. Y como no lo podimos passar por el mal aparejo¹¹⁰ que para ello teníamos, boluimos al real¹¹¹ y

p. 34. Smith dice que Oviedo llamó Cali a este río, pero ese dato no aparece en el sector correspondiente de la relación que O reproduce en su *Historia general*... Las culturas indígenas que encontraría la expedición de Narváez a partir de su desembarco hasta el extremo noroeste de la Florida fueron las siguientes: calusas, timucuas, apalaches y pensacolas. Ver: Ic.

102 *dozientos*: R, om.

103 *reuoluer*: «significa también mirar o registrar... se toma también por volver la cara al enemigo para embestirle». *Aut.* Éste es el primer altercado entre indios y españoles. Otras fuentes destacan las crueldades cometidas por la expedición de Narváez; noticias que otros desmienten, pero no de manera convincente. Ver: Smith, p. 34.

104 *el contador... y comissario e yo*: O, los oficiales e otros frayle..., p. 288. Diferencias de esta índole son frecuentes entre O, Z y V.

105 *me fuesse*: R, om me.

106 *placeles*: arc, placeres. «Banco de arena o piedra en el fondo del mar, llano y de bastante extensión», *Dic.* Esos placeres o bajíos abundan sobre todo en la costa oeste de la Florida.

107 *legua y media*: O, dos leguas..., p. 289.

108 *hostiones*: O, hostiars..., p. 289. «Algunos corruptamente dicen ostia y ostión a la ostra», *Cor.* La voz arcaica ostión aún se conserva en las Antillas.

109 *ancón*: ensenada o bahía de poco fondo. «Ensenada, puerto abierto que forma la mar en sus costas», *Aut.*

110 *aparejo*: «Prevenición, disposición, preparación de lo conducente y necesario para cualquier obra», *Aut.* «También se llamó y se llama así a un conjunto de poleas que se utilizan en la navegación a vela», *M.M.*

111 *real*: «Campo donde está acampado un ejército. Se toma también por el cuerpo de un ejército», *Aut.*

* Mayo 18.

contamos al gouernador lo que auíamos hallado y como era menester otra vez passar por el río por el mismo lugar que primero lo auíamos passado, para que aquel ancón se descubriese bien y viésemos si por allí auía puerto; y otro día* mandó a vn capitán que se llamaua Valençuela, que con sesenta¹¹² hombres y seys de cauallo passasse el río y fuesse por el abaxo¹¹³ hasta llegar a la mar y buscar si auía puerto, el qual, después de dos días** que allá estuuu, boluió y dixo que él auía descubierto el ancón y que todo era baía baxa¹¹⁴ hasta la rodilla y que no se hallaua puerto, y que auía visto cinco o seys canoas de indios que passauan de vna parte a otra y que lleuauan puestos muchos penachos¹¹⁵.

Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella prouincia que los indios nos auían dicho Apalache¹¹⁶, lleuando por guía los que dellos auíamos tomado, y assí anduimos hasta diez y siete de Junio***¹¹⁷, que no hallamos yndios que nos osassen esperar. Y allí salió a nosotros vn señor que le traía vn indio acuestas, cubierto de vn cuero de venado, pintado; traía consigo mucha gente y delante dél venían tañendo vnas flautas de caña; y assí llegó do estaua el gouernador y estuuu vna hora con él y por señas le dimos a entender que ýuamos a Apalache¹¹⁸, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache y que nos yría a ayudar contra él¹¹⁹. Nosotros le dimos cuentas y caxcaueles y otros rescates, y él dio al gouernador el cuero que traía cubierto, y assí se boluió y nosotros le fuymos siguiendo por la vía que él yua. Aquella noche llegamos a vn río, el qual era muy hondo y muy ancho y la corriente muy rezia¹²⁰, y por no atreueros a passar con balsas hezimos vna canoa para ello; y estuuimos en passarlo vn día****, y si los indios nos quisieran offender, bien nos pudieran estoruar el passo, y aún con ayudarnos ellos tuuimos mucho trabajo.

112 *sesenta*: O, cuarenta..., p. 289.

113 *abaxo*: hoy bajos o cabezos. «Se llama también el banco de arena», *Aut.* Estos bajos deben corresponder a la desembocadura del río Apalachicola. Hallenbeck, p. 40. Mi conocimiento de ese trecho de la costa corrobora la opinión de Hallenbeck.

114 Probablemente se trata de la amplia desembocadura de río *Suwannee*. Hallenbeck, p. 41.

115 *penachos*: «El copete de plumas que tienen algunas aves sobre la cabeza... adorno de plumas para poner encima de la celadas y morriones», *Aut.* Ver: n.º 73.

116 *Apalache*: Z, apalachen; R, Palachen. Por este nombre se aludía entonces a la región ubicada en el extremo sur de lo que es hoy el Estado de Georgia y la porción norte y noroeste de la Florida.

117 Lo ocurrido en ese lapso aproximado de 26 días no se documenta.

118 *Apalache*: Z, Apalachen.

119 *él*: aquí, como en otras ocasiones, el artículo asume la función de ellos. Al parecer el jefe o cacique a que alude Núñez debió ser *Ochile*, mencionado en las relaciones del Inca Garcilaso y el Hidalgo de Elvas y por el cronista oficial Antonio de Herrera. Smith, p. 34.

120 Todo parece indicar que se refiere al río Apalachicola. Hallenbeck, p. 40.

* Mayo 19.

** Mayo 21.

*** Junio 17.

**** Junio 20.

Vno de cauallo, que se dezía Juan Velázquez, natural de Cuéllar¹²¹, por no esperar entró en el río¹²², y la corriente, como era rezia, lo derribó del cauallo y se asió a las riendas y ahogo assí y al cauallo, y aquellos indios de aquel señor, que se llamaua Dulchanchellín¹²³, hallaron el cauallo y nos dixeron dónde hallaríamos a él por el río abaxo, y assí fueron por él, y su muerte nos dio mucha pena porque hasta entonces ninguno nos auía faltado.

El cauallo dio de cenar a muchos aquella noche. Passados de allí, otro día* llegamos al pueblo de aquel señor y allí nos embió maíz. Aquella noche, donde yuan a tomar agua nos flecharon¹²⁴ vn christiano y quiso Dios que no lo hirieron; otro día** nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales¹²⁵ paresciesse, porque todos auían huýdo; más yendo nuestro camino parescieron indios, los quales venían de guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron boluer ni esperar, mas antes se retiraron siguiéndonos por el mismo camino que lleuáuamos. El gouernador dexó vna celada de algunos de cauallo en el camino, que como passaron salieron a ellos y tomaron tres o quatro indios, y estos lleuamos por guías de allí adelante; los quales nos lleuaron por tierra muy trabajosa de andar y marauillosa de ver, porque en ella ay muy grandes montes y los árboles a marauilla altos; y son tantos los que están caýdos en el suelo, que nos embaraçauan el camino de suerte que no podíamos passar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estauan caýdos, muchos estauan hendidos desde arriba hasta abaxo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre ay muy grandes tormentas y tempestades.

Con este trabajo caminamos hasta vn día después de Sant Juan***, que llegamos a vista de Apalache¹²⁶ sin que los indios de la tierra nos sintiesen; dimos muchas gracias a Dios por vernos tan cerca dél creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos auían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos¹²⁷ que auíamos passado, assí por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que auíamos padescido, porque aunque algunas vezes halláuamos maíz, las más andáuamos siete e ocho leguas¹²⁸

121 *Cuéllar*: pueblo de la provincia de Segovia que limita al norte con Peñafiel, de Valladolid, y al este con Olmedo. Al sur limita con Sepúlveda. *Enc.* m XVI, p. 925.

122 *en el río*: Z, en el río con su cauallo. Según Hallenbeck se trata del río *Suwannee*, p. 40.

123 *Dulchanchellín*: la transcripción fonética de ese y otros nombres dificulta la identificación exacta de las tribus en cuestión.

124 *flecharon*: En el siglo XVI esta forma del verbo se utiliza frecuentemente en vez de atacaron. Ese vocablo aparece en la *Historia verdadera...* de Bernal Díaz del Castillo, en la relación de fray Marcos de Niza y en muchas otras relaciones que documentan exploraciones.

125 *naturales*: Z, naturles.

126 *Apalache*: Z, Apalachen.

127 *los grandes trabajos*: Z, nuestros trabajos grandes.

128 *siete e ocho leguas*: Z, siete o ocho..., O, «cuatro o cinco jornadas...», p. 289. Esas variantes entre V, Z, y O son muy frecuentes.

* Junio 21.

** Junio 22.

*** Junio 25.

sin toparlo; y muchos auía entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, lleuauan hechas llagas en las espaldas, de llevar las armas acuestas, sin otras cosas que se ofrescían¹²⁹. Mas con vernos llegados donde deseáuamos y donde tanto mantenimiento y oro nos auían dicho que auía, pareciónos que se nos auía quitado gran parte del trabajo y cansancio.

129 *sin otras cosas que se ofrescían*: léase: además de otras cargas.

en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los traen allí hasta que saben buscar de comer, y si acaso están fuera buscando de comer y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa¹²⁸.

Por allí la tierra es muy fértil¹²⁹, tiene muy buenos pastos para ganados, ay aules de muchas maneras¹³⁰, arseses en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorados¹³¹ y garzas y garzas, perdices, varias especies de palomas, neblis, gaulanes, canariotes¹³² y otras muchas aves. Dos años¹³³ después que llegamos a Palache*, los indios que de allí antes habido vinieron a nosotros de paz¹³⁴, trahieron consigo a sus mujeres y niños, y nosotros se los dimos, salvo que el younger de ellos que era el mayor, que de ellos oímos que

CAPÍTULO SEYS

CÓMO LLEGAMOS A APALACHE

LLEGADOS QUE FUAMOS A VISTA DE APALACHE¹³⁰, el gouernador mandó que yo tomasse nueue de cauallo y cinquenta peones¹³¹, y entrasse en el pueblo*, y así lo acometimos el veedor e yo; y entrados no hallamos sino mugeres y muchachos, que los hombres a la sazón no estauan en el pueblo; mas de ay a poco, andando nosotros por él, acudieron y començaron a pelear flechándonos y mataron el cauallo del veedor; mas al fin huyeron y nos dexaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaua ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado¹³². Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo, pequeñas y no buenas, con que las mugeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos¹³³ para moler maíz. En el pueblo auía quarenta casas pequeñas y edificadas baxas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suelen auer. El edificio es de paja y están cercados de muy espesso monte y grandes arboledas y muchos piélagos¹³⁴ de agua, donde ay tantos y tan grandes árboles caídos que embaraçan y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

130 *Apalache*: Z, Apalachen. R, Palachen... Se trataba, en esta ocasión, de una humilde aldea situada en el noroeste de la Florida en áreas próximas a Tallahassee, hoy capital del Estado de Florida. Bandelier, p. 25.

131 *peones*: «el soldado de a pie», *Aut.*

132 *encerrado*: almacenado. En el siglo XVI significaba «recoger, guardar, poner algo en parte segura», *Aut.*

133 *vasos*: «Cualquier pieza cóncava de varias materias dispuesta para recoger y contener en sí alguna cosa», *Aut.*

134 *piélagos*: «otros lugares do pueden anclar los navíos e non se podrían defender de gran tormenta, son dichos playas o piélagos», *Aut.*

* Junio 25 o 26.

CAPÍTULO SIETE

DE LA MANERA QUE ES LA TIERRA

LA TIERRA, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena y tierra firme¹³⁵; por toda ella ay muy grandes árboles y montes claros¹³⁶, donde ay nogales y laureles y otros que se llaman liquidámbares¹³⁷, cedros, saunas y enzinas y pinos y robles, palmitos baxos de la manera de los de Castilla¹³⁸. Por toda ella ay muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de passar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caydos. El suelo dellas es arena y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí¹³⁹. Ay en esta prouincia muchos maizales, y las casas están tan¹⁴⁰ esparzidas por el campo de la manera que están las de los Gelues¹⁴¹. Los animales¹⁴² que en ellas vimos son venados de tres maneras, conejos y liebres, ossos y leones y otras saluaginas¹⁴³, entre los quales vimos vn animal que trae los hijos en vna bolsa que

135 *tierra firme*: Z, tiesto y firme.

136 *montes claros*: «espacios despejados y sin grandes arboledas». «Lo que no está muy trabado y espeso», *Aut.*

137 *liquidámbares*: Z, «laqdabares...» (*Liquidambar styraciflua*). Con esta planta se preparaba un bálsamo aromático. «Resina líquida, de color claro muy parecida al ámbar y de un olor muy agradable», *Dic.*

138 *de los de Castilla*: O, «del Andalucía...», p. 289.

139 *que las de hasta allí*: se refiere a las lagunas.

140 *tan*: Z, *om.*

141 *los Gelues*: R, Vizcaya; O, «Xelves...», p. 289. Por Gelves podía aludirse al pueblo y pequeña región que está a orillas del río Guadalquivir a unos diez km. al sur de Sevilla. Ver: José E. Espinosa y E.A. Mercado, editores, *Los Naufragios y Relación* (Boston: D.C. Heath and Co., 1941), p. 11. A las campañas de Gelves se alude en el Primer tratado de *El Lazarillo de Tormes*. Ed. de A. Blecua (Madrid: Castalia, 1982).

142 *animales*: Z, «anima...».

143 *saluaginas*: «Fiera o animal montaraz», *Aut.* Varios investigadores destacan, con sorpresa, que Núñez nunca constata la presencia del cocodrilo o del pavo americano (*Meleagris gallopavo*). Ambos abundaban en regiones que él recorrió. El león a que alude Núñez debió ser el *Felis*

en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los traen allí hasta que saben buscar de comer, y si acaso están fuera buscando de comer y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa¹⁴⁴.

Por allí la tierra es muy fría¹⁴⁵; tiene muy buenos pastos para ganados; ay aues de muchas maneras¹⁴⁶; ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales¹⁴⁷ y garçotas y garças, perdizes; vimos muchos halcones, neblís, gauilanes, esmerejones¹⁴⁸ y otras muchas aues. Dos oras¹⁴⁹ después que llegamos a Palache*, los indios que de allí auían huýdo vinieron a nosotros de paz¹⁵⁰, pidiéndonos a sus mugeres e hijos, y nosotros se los dimos, saluo que el gouernador detuu vn cacique dellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados y luego otro día boluieron de guerra¹⁵¹, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estáuamos; mas como salimos, huyeron y acogiéronse a las lagunas que tenían muy cerca; y por esto y por los grandes maizales que auía no les podimos hazer daño, saluo a vno¹⁵² que matamos. Otro día siguiente**, otros indios de otro pueblo que estaua de la otra parte vinieron a nosotros y acometiéronnos de la mesma arte que los primeros, y de la mesma manera se escaparon, y también murió vno dellos. Estuuimos en este pueblo veynte y cinco¹⁵³ días***, en que hezimos tres entradas

concolor corvi. Ver: Eugene R. Hall, *The Mammals of North America* (New York: John Wiley & Sons, 1987), II, pp. 1042, 1053-54.

144 *bolsa*: se trata del oposum (*Didelphys virginiana*): pequeño marsupial americano que abunda, sobre todo, en el suroeste de Norteamérica. Ver: Eugene R. Hall, *ibid.* 1987, II, pp. 1042, 1053-1054.

145 No se comprende esa afirmación de Núñez ya que esa región en agosto es extremadamente calurosa. Bandelier, p. 27.

146 *aues de muchas maneras*: O, «palomas... papagayos de diversas maneras...», p. 316. Estos datos los desplaza el cronista para darlos al final de la relación que reelaboró. Ver: Frank M. Chapman, *Handbook of Birds of Eastern North America* (New York: Dover Publications, 1966), p. 248.

147 Recuérdese que Núñez, como otros exploradores europeos, designan la fauna americana basándose en las posibles semejanzas con las especies conocidas en Europa. El dorsal es la *Ibis aetiópica*. Hay una gran variedad de garzas en esta región similares al dorsal. Bandelier, p. 28.

148 *esmerejón*: halcón pequeño (*Falco columbarianus*) conocido en inglés como *pidgeon hawk*. El *neblí* (*Circus hudsonius*) se encuentra en Europa y en América; es el halcón conocido en Norteamérica como *marsh hawk* o *American harrier*.

149 Z, y O: «dos días...», p. 290. Son discrepancias de este tipo las que oscurecen la cronología de la expedición.

150 *vinieron a nosotros de paz*: «venir de paz, frase que vale venir sin ánimo de reñir, quando se temía lo contrario», *Aut.* Deriva de la conocida frase latina *pacificum venire*.

151 Oviedo pone de relieve la torpeza estratégica de Narváez y su desconocimiento total de las costumbres de los indios, p. 290; y Bandelier, p. 28.

152 *vno*: O, «dos o tres...», p. 290.

153 *veynte y cinco*: O, «veinte e seis...», p. 290.

* Junio 26.

** Junio 27.

*** Julio 19, 1528.

por la tierra, y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos passos¹⁵⁴ y montes y lagunas que tenía.

Preguntamos al cacique que les auíamos detenido y a los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vezinos y enemigos dellos, por la manera y población de la tierra y la calidad de la gente y por los bastimentos y todas las otras cosas della. Respondiéronnos cada vno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante auía menos gente y muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores della muy repartidos¹⁵⁵; y que yendo adelante auía grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados¹⁵⁶. Preguntámosle luego por la tierra que estaua hazia¹⁵⁷ el sur, ¿qué pueblos y mantenimientos tenía? Dixerón que por aquella vía¹⁵⁸, yendo a la mar, nueue jornadas, auía vn pueblo que llamauan Aute¹⁵⁹, y los indios dél tenían mucho maíz y que tenían frisoles y calabças¹⁶⁰, y que por estar tan cerca de la mar alcançauan pescados, y que estos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nueuas que de la población y de todo lo demás nos dauan, y como los indios nos hazían continua guerra hiriéndonos la gente y los cauallos en los lugares donde ýuamos a tomar agua; y esto desde las lagunas y tan a su saluo que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechauan y mataron vn señor de Tescuco¹⁶¹ que se llamaua don Pedro, que el comissario lleuaua consigo; acordamos de partir de allí e yr a buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos auían dicho; y assí nos partimos a cabo de veynte y cinco días* que allí auíamos llegado.

154 malos passos: Z, muy malos.

155 Las que encontraron, eran pequeñas agrupaciones de viviendas construidas sobre una armazón sencilla y techadas con paja de arbustos y pencas de palmas. El Inca Garcilaso imaginó esas comunidades como si fueran villas solariegas. *La Florida* (I, Cap. XXX).

156 Cabe apuntar que no hay regiones desérticas en el sureste de Norteamérica. Debe aludir a zonas en las que morían los árboles a consecuencia de persistentes inundaciones. Esos espacios son frecuentes en la Florida y en el sur de los estados de Georgia y Alabama.

157 hazia: Z, gazia.

158 aquella vía: Z, auía.

159 ...que llamauan Aute: Z, que llaman Aute. O, «había un pueblo que se dice Aute...», p. 290. R, había un pueblo dicho Aute. Se trataba de un caserío situado cerca de la desembocadura del río Apalachicola. Hallenbeck, pp. 41-42; y Bandelier, p. 29. Ver: W.T. Cash, *The Story of Florida* (New York: The American Historical Society, 1938), I, p. 24. El Hidalgo de Elvas, en su *Relaçam verdadeira...*, llama a esta comunidad *Ochete*. Ese dato señala cuán arbitrarias podían ser las transcripciones fonéticas que muchas veces estaban determinadas por la extracción lingüística del que escribía. He consultado el original de la *Relaçam* que se encuentra en la Colección Lennox de la New York Public Library.

160 calabças: O, om.

161 Tescuco: Z, Tesaico. O, «Nueva España...», p. 290. Se refiere a Texcoco, México. Esa comunidad mexicana fue, antes de la llegada de los españoles, la capital de Acolhuacán, uno de los reinos más importantes en el valle de Anáhuac. *Enc.* LXI, p. 313. Smith señala que el llamado don Pedro era Teitlahuequiziti, hermano de Ixthilyochitl; este último fue rey de Texcoco, p. 43. Sobre la sintaxis confusa de este y otros fragmentos, ver: I, e.

* Julio 19, 20.

El primero día passamos aquellas lagunas y passos sin ver indio ninguno; mas al segundo día llegamos a una laguna de muy mal passo, porque daua el agua a los pechos y auía en ella muchos árboles caídos. Ya que estáuamos en medio della nos acometieron muchos indios que estauan abscondidos¹⁶² detrás de los árboles porque no los viésemos; otros estauan sobre los caídos, y començáronnos a flechar de manera que nos hirieron muchos hombres y cauallos y nos tomaron la guía¹⁶³ que lleuáuamos, antes que de la laguna saliésemos; y después de salidos della nos tornaron a seguir queriéndonos estoruar el passo, de manera que no nos aproueçhaua salimos afuera, ni hazernos más fuertes y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna y desde allí nos herían la gente y cauallos. Visto esto, el gouernador mandó a los de cauallo¹⁶⁴ que se apeassen y les acometiessen a pie. El contador se apeó con ellos y assí los acometieron y todos entraron a bueltas¹⁶⁵ en vna laguna, y assí les ganamos el passo.

En esta rebuelta ouo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que lleuauan, y ouo hombres este día que juraron que auían visto dos robles, cada vno dellos tan grueso como la pierna por baxo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios, y esto no es tanto de marauillar vista la fuerça y maña con que las echan, porque yo mismo vi vna flecha en vn pie de vn álamo, que entraua por el vn xeme¹⁶⁶. Quantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan¹⁶⁷ crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lexos parecen gigantes. Es gente a marauilla bien dispuesta, muy enxutos y de muy grandes fuerças y ligereza¹⁶⁸. Los arcos que vsan son gruesos como el braço, de onze o doze palmos¹⁶⁹ de largo, que flechan a dozientos passos con tan gran tiento que ninguna cosa yerran. Passados que fuymos deste passo, de ay a vna legua llegamos a otra de la misma manera, saluo que por ser tan larga que duraua media legua era muy peor; éste¹⁷⁰ passamos libremente y sin estoruo de indios, que como

162 abscondidos: arc, escondidos.

163 la guía: ese vocablo aparece indistintamente como masculino y femenino y se tomaba por «la persona que encamina y enseña a otro», *Aut.* Véase el uso que hace de ese vocablo el Inca Garcilaso en *La Florida* (II, Cap. XII).

164 de cauallo: Z, de a cauallo.

165 entraron a bueltas: frase que proviene de «revolver sobre los enemigos; es de los que fingen huir y quando es tiempo buelven sobre los que vienen siguiéndolos mal ordenados», *Cov.* Ver: n.º 103.

166 xeme: «es género de medida... los muchachos comunmente llaman xeme lo que se alcança desde el dedo pulgar hasta el índice, que a mi parecer es lo mesmo que dos palmos», *Cov.* Sobre la destreza y alcance de las flechas utilizadas por los indios, ver Hallenbeck, p. 42.

167 tan: Z, om.

168 La descripción matizada por «a marauilla», «parecen gigantes» y demás, tiene el sesgo hiperbólico frecuente en relaciones de la época que caracterizan a indios de otras regiones. Con toda seguridad ésas eran tribus de apalaches. Ver: Newcomb₁, p. 30; y I, d.

169 de onze o doze palmos: R, ocho a doce. «Palmo es género de mesura; ay mayor y menor; el mayor en desuso lo describe San Isidoro *palmus est mesura a primo pollice, us que ad minimum digitum*; el menor se contiene en la palma, que consta de los cuatro dedos», *Cov.*

170 Aquí, como en otros pasajes, no resulta claro —dada la contorsión sintáctica— si el antecedente de «éste» es el primer «passo» o el segundo.

auían gastado en el primero toda la munición¹⁷¹ que de flechas tenían, no quedó con que osarnos acometer. Otro día siguiente*, passando otro semejante passo, yo hallé rastro de gente que yua adelante y di auiso dello al governador, que venía en la retaguarda; y así, aunque los indios salieron a nosotros, como ýuamos apercebidos no nos pudieron offender¹⁷², y salidos a lo llano fuéronnos todavía siguiendo; boluimos a ellos por dos partes y matámosles dos indios e hiriéronme a mi y dos o tres christianos¹⁷³, y por acogérsenos al monte no les podimos hazer más mal ni daño. Desta suerte caminamos ocho días**; y desde este passo que he contado no salieron más indios a nosotros, hasta vna legua adelante que es lugar¹⁷⁴ donde he dicho que ýuamos.

Allí yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios y sin ser sentidos dieron en la retaguarda, y a los gritos que dio vn muchacho de vn hidalgo de los que allí yuan, que se llamaua Auellaneda, el Auellaneda boluió, y fue a socorrerlos y los indios le acertaron con vna flecha por el canto de las coraças, y fue tal la herida que passó casi toda la flecha por el pescueço y luego allí murió y lo lleuamos hasta Aute¹⁷⁵. En nueue días*** de camino desde Apalache hasta allí, llegamos, y quando fuymos llegados hallamos toda la gente dél¹⁷⁶ yda, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frisoles que ya todo estaua para empeçarse a coger. Descansamos allí dos días**** y estos passados el gouernador me rogó que fuesse a descubrir la mar, pues los indios dezían que estaua tan cerca de allí; ya en este camino la auíamos descubierto por vn río muy grande que en él hallamos, a quien auíamos puesto por nombre el río de la Magdalena¹⁷⁷. Visto esto, otro día siguiente***** yo me partí a descubrirla¹⁷⁸, juntamente con el comissario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes¹⁷⁹ y otros siete de cauallo y cinquenta

171 *munición*: En el siglo XVI este vocablo tenía mayor latitud semántica. «Los pertrechos y bastimentos necesarios para la manutención de un ejército», *Aut.*

172 *offender*: En el siglo XVI, y antes, el significado de ese vocablo podía ser más específico. «Hacer daño a otro physicamente, hiriéndole o maltratándole», *Aut.*

173 *dos o tres christianos*: O, «cinco o seis españoles e algunos caballos...», p. 291.

174 *lugar*: Z, el lugar.

175 El contingente pasó dos días en Aute y partieron al tercer día. O dice que al segundo día continuaron la marcha, p. 291. A partir de este capítulo se hace confusa la determinación de las fechas ya que la descripción que Núñez ofrece contiene datos contradictorios. De aquí en adelante las fechas que señalo, al pie de página, difieren considerablemente de las que ha constatado Smith. Pero ambos cómputos son aproximaciones.

176 *dél*: léase: del pueblo.

177 *Magdalena*: Hallenbeck cree que se trata del río Apalachicola, p. 43. La narración sugiere que la expedición hacía ya trechos muy breues en su avanzadas. Tal vez de 5 a 3 km.

178 *a descubrirla*: alude a la costa.

179 Ésta parece ser la primera acción conjunta de Núñez, Castillo y Dorantes; ellos y el marroquí Estebanico serán los únicos supervivientes de la expedición.

* Julio 21.

** Julio 29.

*** Agosto 7.

**** Agosto 9.

***** Agosto 10.

peones, y caminamos hasta hora de vísperas que llegamos a vn ancón o entrada de la mar, donde hallamos muchos hostiones con que la gente¹⁸⁰ holgó y dimos muchas gracias a Dios por auernos traýdo allí.

Otro día*, de mañana, embié XX hombres a que conociessen la costa y mirassen la disposición della, los cuales boluieron otro día en la noche diciendo que aquellos ancones y baýas eran muy grandes y entrauan tanto por la tierra¹⁸¹ adentro que estoruauan mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaua muy lexos de allí. Sabidas estas nueuas y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí auía, yo me boluí al gouernador y quando llegamos hallámosle enfermo con otros muchos¹⁸², y la noche passada los indios auían dado en ellos y puéstolos en grandíssimo trabajo por la razón de la enfermedad que les auía sobreuenido; también les auían muerto vn cauallo. Yo di cuenta¹⁸³ de lo que auía hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuimos allí¹⁸⁴.

180 *gente*: V, gete.

181 En esta región —que yo he recorrido— aún se encuentra una vegetación costeña muy tupida y áspera, abundan grandes esteros, rías, lagunas y bajos que corresponden al extremo oeste de la Florida y al sur de los estados de Alabama y Misisipi.

182 *enfermo con otros muchos*: O, «hallaron al gouernador y al contador y el veedor caídos malos, e otros muchos...», p. 291.

183 *di cuenta*: Z, di cuenta al gouernador.

184 Con estoica, pero sutil objetividad, la narración va señalando —en este y el próximo capítulo— la progresiva desintegración de la fuerza expedicionaria, así como la ineficacia de Narváez y la creciente importancia de la gestión que Núñez asume. Ese proceso descriptivo destaca notablemente al contrastarlo con los textos anteriores a Z.

* Agosto 11, 1528.

CAPÍTULO OCHO

CÓMO PARTIMOS DE AUTE

OTRO DÍA SIGUIENTE partimos de Aute* y caminamos todo el día hasta llegar donde yo auía estado. Fue el camino en extremo trabajoso, porque ni los cauallos bastauan a llevar los enfermos, ni sabíamos que remedio poner, porque cada día adolescían; que fue cosa de muy gran lástima y dolor ver la necessidad y trabajo en que estáuamos. Llegados que fuymos, visto el poco remedio que para yr adelante auía, porque no auía dónde, ni aunque lo ouiera la gente pudiera passar adelante, por estar los más enfermos, y tales, que pocos auía de quien se pudiesse auer algún prouecho. Dexo aquí de contar esto más largo, porque cada vno puede pensar lo que se passaría en tierra tan estraña y tan mala y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar, ni para salir della; más como el más cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y deste nunca desconfiamos, sucedió otra cosa que agrauaua más que todo esto, que entre la gente de cauallo se comenzó la mayor parte dellos a yr secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio y desamparar al gouernador y a los enfermos, los quales estauan sin algunas fuerças y poder.

Mas como entre ellos auía muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte¹⁸⁵, no quisieron que esto passasse sin dar parte al gouernador y a los oficiales de Vuestra Magestad; y como les afeamos su propósito y les pusimos delante el tiempo en que desamparauan a su capitán, y los que estauan enfermos y sin poder, y apartarse, sobre todo, del seruicio de Vuestra Magestad, acordaron de quedar y que lo que fuesse de vno fuesse de todos, sin que ninguno desamparasse a otro. Visto esto por el gouernador, llamó a todos y a cada vno por sí, pidiendo parescer de tan mala tierra, para poder

185 *de buena suerte*: de buen linaje. «Suerte significa también estado o linaje. Tres hombres de baxa suerte...» *Aut.*

* Agosto 12.

salir della y buscar algún remedio, pues allí no lo auía, estando la tercia parte¹⁸⁶ de la gente con gran enfermedad y creciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos assí; de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hazía más graue; y vistos estos y otros muchos inconuenientes, y tentados¹⁸⁷ muchos remedios, acordamos en vno, harto difícil de poner en obra, que era hazer nauíos en que nos fuésemos.

A todos parecía imposible, porque nosotros no los sabíamos hazer, ni auía herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni xarcias¹⁸⁸, finalmente ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiesse nada para dar industria en ello, y sobre todo no auer que comer entre tanto que se hiziesen, y los que auían de trabajar, del arte¹⁸⁹ que auíamos dicho. Y considerando todo esto acordamos de pensar en ello más despacio, y cesó la plática aquel día y cada vno se fue encomendándolo a Dios nuestro Señor que lo encaminase por donde él fuesse más seruido. Otro día* quiso Dios que vno de la compañía vino diziendo que él haría vnos cañones¹⁹⁰ de palo, y con vnos cueros de venado se harían vnos fuelles, y como estáuamos en tiempo que qualquiera cosa harían que tuuiesse alguna sobrehaz¹⁹¹ de remedio nos parecía bien, diximos que se pudiesse por obra, y acordamos de hazer de los estribos y espuelas y ballestas y de las otras cosas de hierro que auía, los clauos y sierras y hachas y otras herramientas de que tanta necessidad auía para ello; y dimos por remedio que para auer algún mantenimiento en el tiempo que esto se hiziesse, se hiziesen quatro¹⁹² entradas en Aute con todos los cauallos y gente que pudiessen yr, y que a tercero día se matasse vn cauallo, el qual se repartiessse entre los que trabajauan en la obra de las varcas y los que estauan enfermos; las entradas se hizieron con la gente y cauallos que fue possible y en ellas se traxeron hasta quatrocientas¹⁹³ hanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencies con los indios.

Hezimos coger muchos palmitos para aprouecharnos de la lana y cober-

186 *la tercia parte*: Z, las tercias partes.

187 *tentados*: *arc*, intentados o procurados.

188 *ni pez, ni xarcias*: «pez, resina o sudor de crasso que arroja copiosamente el pino». *Aut.* Sustancia ésta que se utilizaba para calafatear las naves. *Xarcia*: «primitivamente significaba los aparejos y cabos de navío». *Aut.*

189 *del arte*: *arc*, de la manera. Las inmensas dificultades que suponía construir naves allí las ha comentado Hodge, p. 5.

190 *cañones*: O, «cañutos...», p. 292.

191 *sobrehaz*: «es la cubierta de cualquier cosa que la tapa y encubre», *Aut.* Aquí se hace referencia a todo material que fuese útil para construir las naves.

192 *Quatro*: O, «cuatro o cinco...», p. 291.

193 *quatrocientas hanegas*: O, «mucho maíz...», p. 292. En lo que a cifras se refiere, ésta es una de las pocas ocasiones en que los datos ofrecidos por Núñez son más categóricos que los que apunta Oviedo.

* Agosto 13.

tura¹⁹⁴ dellos, torciéndola y aderesçándola para vsar en lugar de estopa para las varcas; las quales se començaron a hazer con vn solo carpintero que en la compañía auía, y tanta diligencia pusimos que començándolas a quatro días de agosto*, a veynte días del mes de setiembre eran acabadas cinco varcas de a veynte y dos codos¹⁹⁵ cada vna, calafeteadas con las estopas de los palmitos, y breámoslas con cierta pez de alquitrán que hizo vn griego llamado don Theodoro¹⁹⁶, de vnos pinos, y de la misma ropa de los palmitos y de las colas y crines de los caualllos hezimos cuerdas y xarcias, y de las nuestras camisas, velas, y de las sabinas¹⁹⁷ que allí auía, hezimos los remos que nos pareció que era menester. Y tal era la tierra en que nuestros peccados nos auían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y ancles¹⁹⁸ de las varcas, ni en toda ella auíamos visto ninguna¹⁹⁹. Dessollamos también las piernas de los caualllos, enteras, y curtimos los cueros dellas para hazer botas en que lleuásemos agua.

En este tiempo algunos andauan cogiendo marisco por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos vezes que dieron en ellos, nos mataron diez hombres a vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los quales hallamos de parte a parte passados con flechas, que aunque algunos tenían buenas armas no bastaron a resistir para que esto no se hiziesse, por flechar con tanta destreza y fuerça como arriba he dicho²⁰⁰. Y a dicho y juramento²⁰¹ de nuestros pilotos, desde la baía que pusimos nombre de la Cruz, hasta aquí, anduimos dozientas y ochenta leguas, poco más o menos; en toda esta tierra no vimos sierra, ni tuuimos noticia della en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron²⁰² más de quarenta hombres de enfermedad y hambre²⁰³. A

194 *lana y cobertura*: por asociación, lana quiere decir aquí fibras de la palma o palmito que se utilizaban para calafatear las naves. Eran fibras que se hacían en imitación del cordel de «vellón o pelo de oveja». *Aut.* *Cobertura*: protección, «lo mismo que cubierta o tapa», *Aut.*

195 *veynte y dos codos*: como medida lineal, es la que abarca «la distancia que media desde el codo a la extremidad de la mano». *Dic.* En el siglo XVI tenía equivalencias disímiles. «El codo tenía seis palmos» (cuatro dedos hacen el palmo), *Aut.*

196 *llamado don Theodoro*: Z, tea («hastilla o raja de pino», *Aut.*) que un griego llamado don Teodoro traxo.

197 *sabinas*: «La sabina es hierba muy conocida de las mujeres» (por sus propiedades medicinales). *Aut.* «Cedro de España». *M.M.*

198 *lastre y ancles*: arc, lastre y anclas. Z, om ancles. «Lastre se llama también el peso que se echa en el fondo del navío para que entre en el agua la parte que se necesita», *Aut.*

199 En esta, como en otras oraciones, la cláusula final pone en duda el antecedente que en este caso debía ser «piedras».

200 La pericia guerrera de estos indios, y la ineficacia de las armas españolas para combates breves y esporádicos, contribuían a la desmoralización del contingente expedicionario. John U. Terrell en su obra *Journey Into Darkness* (New York: W. Morrow & Co., 1962) comenta la ineficacia militar de los españoles en ese tipo de lucha. pp. 26-27.

201 *a dicho y juramento*: O, «al parecer de los más que andovieron...», p. 292.

202 *se murieron*: Z, morieron otros.

203 *enfermedad y hambre*: O, «dolencias...», p. 292. R, om hambre.

* Debe ser hacia la mitad de agosto.

veynte y dos días del mes de setiembre* se acabaron de comer los caualllos²⁰⁴, que solo vno quedó, y este día nos embarcamos por esta orden. Que en la varca del gouernador yuan quarenta y nueue hombres. En otra, que dio al contador y comissario, yuan otros tantos²⁰⁵. La tercera dio al capitán Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, con quarenta y ocho hombres, y otra dio a dos²⁰⁶ capitanes que se llamauan Téllez y Peñalosa, con quarenta y siete²⁰⁷ hombres. La otra dio al veedor y a mí, con quarenta y nueue²⁰⁸ hombres; y después de embarcados los bastimentos y ropa no quedó a las varcas más de vn xeme de bordo fuera del agua, y allende desto yuamos tan apretados que no nos podíamos menear, y tanto puede la necesidad que nos hizo auenturar a yr desta manera y meternos en vna mar tan trabajosa y sin tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí yuan²⁰⁹.

204 *se acabaron... los caualllos*: O, «acabados de comer los caballos...», p. 292.

205 *En otra... yuan otros tantos*: O, «dio otra al contador e los frailes con cuarenta y siete hombres...», p. 292.

206 *dio a dos*: Z, otros dos.

207 *quarenta y siete*: O, «cuarenta y ocho...», p. 292.

208 *quarenta y nueue*: R, las cuatro.

209 Según el cómputo que hasta aquí puede colegirse, de un contingente aproximado de 300 personas quedaban, hasta ese momento, 242 y un caballo de los 40 que embarcaron en Cuba. Smith, p. 50.

* Septiembre 22.

CAPÍTULO NUEUE

CÓMO PARTIMOS DE BAÍA DE CAUALLOS

AQUELLA BAÍA DE DONDE PARTIMOS ha por nombre la baía de Cauillos²¹⁰, y anduimos siete días* por aquellos ancones, entrados en el agua hasta la cinta²¹¹, sin señal de ver ninguna cosa de costa, y al cabo dellos llegamos a vna yslla que estaua cerca de la tierra. Mi varca yua delante, y della vimos venir cinco canoas de indios, los quales las desampararon y nos las dexaron en las manos, viendo que yuamos a ellas; las otras varcas passaron adelante y dieron en vnas casas de la misma yslla²¹², donde hallamos muchas liças²¹³ y huevos dellas, que estauan secas, que fue muy gran remedio para la necesidad que lleuáamos. Después de tomadas passamos adelante y dos leguas de allí passamos vn estrecho que la yslla con la tierra hazía, al qual llamamos de Sant Miguel** por auer salido en su día por él, y salidos llegamos a la costa, donde con las cinco canoas que yo auía tomado a

210 Miembros de la expedición que Hernando de Soto llevó a la Florida (1540) visitaron esta bahía y allí los indios recordaron las desventuras sufridas por Narváez y los suyos. El Inca Garcilaso describe minuciosamente ese segundo encuentro entre europeos e indígenas en la Florida (II, I, Cap. IV). La bahía luego se designó *Saint Marks Bay*. El Hidalgo de Elvas se refiere a ese mismo incidente en su curiosa *Relaçam verdadeira...* Además, ver: Hodge, pp. 37, 162. Hallenbeck, sin embargo, estima que la bahía e isletas descritas por Alvar Núñez corresponden a la bahía de Apalachicola, p. 45. Smith resume la información cartográfica que sobre esta región se conoció hasta el siglo XVIII, pp. 6-9. Después de examinar este área parece mucho más factible que las barcas comenzaran la navegación en la bahía de Saint Marks (San Marcos); más tarde, merodeando la costa, debieron pasar por la bahía de Apalachicola.

211 *hasta la cinta*: arc. cintura; «cinta se suele tomar por cintura». *Aut.*

212 Todas las referencias indican que ésta debe ser la isla de San Vicente.

213 *liças*: Z, «licas...» La liza (pez teleosteo, *Mugil cephalus*) tiene el dorso negro y la parte inferior plateada. Es muy similar a la sardina, sólo que de mayor tamaño. Vive en grandes colonias cerca de rías, esteros y aguas de poca profundidad, tanto en las Antillas como en el golfo de México. En inglés se la conoce como *gray o black mullet*.

* Septiembre 29.

** Octubre 31.

los indios remediamos algo de las varcas, haziendo falcas²¹⁴ dellas y añadiéndolas de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el agua.

Y con esto tornamos a caminar por luengo de costa la vía del río de Palmas, creciendo cada día la sed y la hambre²¹⁵, porque los bastimentos eran muy pocos e yuan muy al cabo, y el agua se nos acabó porque las botas que hezimos de las piernas de los cauillos luego fueron podridas y sin ningún prouecho; algunas²¹⁶ veces entramos por ancones y baías que entrauan mucho por la tierra adentro; todas las hallamos baxas y peligrosas. Y así anduimos por ellas treynta días*, donde algunas veces halláamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya destos treynta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa, vna noche sentimos venir vna canoa, y como la vimos esperamos que llegasse, y ella no quiso hazer cara²¹⁷ y aunque la llamamos no quiso boluer ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos y fuýmonos nuestra vía; quando amanesció** vimos vna yslla pequeña y fuýmos a ella por ver si hallaríamos agua, mas nuestro trabajo fue embalde, porque no la auía. Estando allí surtos²¹⁸ nos tomó vna tormenta muy grande, porque nos detuimos seys²¹⁹ días*** sin que osássemos salir a la mar; y como auía cinco días que no beuíamos, la sed fue tanta que nos puso en necesidad de beuer agua salada y algunos se desatentaron²²⁰ tanto en ello que súpitamente se nos murieron cinco hombres²²¹.

Cuento²²² esto assí breuemente porque no creo que ay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos, pues considerando el lugar donde estáamos y la poca esperança de remedio que teníamos, cada vno puede pensar mucho de lo que allí passaría; y como vimos que la sed crescía y el agua nos mataua, aunque la tormenta no era cessada, acordamos de encomendarnos a Dios nuestro Señor y auenturarnos antes al peligro de la mar, que esperar la certinidad de la muerte que la sed nos daua; y assí salimos la vía donde auíamos visto la canoa la noche que por allí

214 *falcas*: «las tablas que se ponen de galeón a galeón sobre la borda para mayor adorno y seguridad de la gente», *Aut.*

215 En los siglos XV y XVI —notablemente en Andalucía, de donde provenía Núñez— la *h* inicial fue aspirada y por ello, con frecuencia, sustantivos femeninos con *ha* inicial se ven precedidos por el artículo del mismo género. Keniston, 18. 122.

216 *algunas*: Z, y mas a.

217 *no quiso hazer cara*: arc. «no quiso acercarse». «Hacer cara a alguna cosa...Hacer cara como fuente a quanto en ti se mira», *Aut.*

218 *surtos*: arc. anclados. «Dar fondo a la nave», *Aut.* Aquí se utiliza como participio pasado de surgir. «Surgidero es el sitio o paraje donde se da fondo a las naves», *Aut.*

219 *seys días*: O, «tres días...», p. 293.

220 *desatentaron*: arc. aturdido; «turbado el sentido o perder...el tiento», *Aut.*

221 *cinco hombres*: O, «cinco o seis...», p. 292.

222 *Cuento*: V, cuenton.

* Noviembre 1.

** Noviembre 2.

*** Noviembre 7, 1528.

veníamos*. Y en este día nos vimos muchas veces anegados y tan perdidos que ninguno ouo que no tuuiesse por cierta la muerte. Plugo a nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su fauor, que a puesta del sol boluimos vna punta que la tierra haze, adonde hallamos mucha bonança y abrigo. Salieron a nosotros muchas canoas y los indios que en ellas venían nos hablaron y sin querernos aguardar se boluieron. Era gente grande y bien dispuesta y no traían flechas, ni arcos. Nosotros les fuymos siguiendo hasta sus casas, que estauan cerca de allí a la lengua del agua, y saltamos en tierra y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofresció todo aquello al gouernador y tomándolo consigo lo lleuó a su casa.

Las casas déstos eran de esteras²²³, que a lo que pareció eran estantes²²⁴; y después que entramos en casa del cacique nos dio mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos y lo comieron en nuestra presencia y nos pidieron más y se lo dimos, y el gouernador le dio muchos rescates²²⁵, el qual, estando con el cacique en su casa, a media hora de la noche súpitamente los indios dieron en nosotros y en los que estauan muy malos, echados en la costa²²⁶, y acometieron también la casa del cacique donde el gouernador estaua y lo hirieron de vna piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al cacique, mas como los suyos estauan tan cerca soltóseles y dexóles en las manos vna manta de martas zebelinas²²⁷, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar y tienen vn olor que no parece sino de ambar y almizcle²²⁸, y alcança tan lexos, que de mucha cantidad se siente²²⁹; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como éstas.

Los que allí se hallaron, viendo al gouernador herido lo metimos en la varca e hezimos que con él se recogiesse²³⁰ toda la más gente a sus varcas y

223 *esteras*: «La pieza cosida de pleitas [faja o tira] del esparto o la hecha de juncos, u de palma.» *Aut.*

224 *eran estantes*: «En la náutica son los palos que están sobre las mesas de guarnición para atar con ellos los aparejos de la nao», *Aut.* Aquí la alusión debe ser al horcón o madero vertical con que se sostienen las vigas y aleros de las casas. *M.M.* Por extensión se alude a comunidades sedentarias.

225 *muchos rescates*: *O*, «cuentas y cascabeles...», p. 293.

226 *echados en la costa*: *O*, «mataron tres hombres que estaban echados en la costa enfermos...», p. 293.

227 *martas zebelinas*: mamífero carnívoro (*Mustela zibellina*) que tiene la piel de color pardo rojizo con algunos tonos oscuros. La marta cebellina más estimada procede de Siberia. En este caso parece tratarse de un castor (*Genus castor canadensis*), animal de piel codiciada que habitó casi todas las regiones de América del norte desde el sur de Alaska hasta California y Florida.

228 *almizcle*: (del árabe «al-misk»); la raíz de moscatel. También «sustancia aromática que se extrae de una bolsa que tiene en el vientre el almizclero (*Moschus moschiferus*), mamífero rumiante similar a la cabra». *M.M.* «Es un cierto licor que se cría en las bolsas de una especie de cabras montesas», *Aut.*

229 *que de mucha cantidad se siente*: léase: que se percibe a gran distancia. «Cantidad se toma por número grande, o porción grande de alguna cosa», *Aut.*

230 *recogiesse*: *Z*, recogesse.

* Noviembre 7 u 8.

quedamos hasta cinquenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche y con tanto ímpetu que cada vez²³¹ nos hazían retraer más de vn tiro de piedra; ninguno ouo de nosotros que no quedasse herido, e yo lo fuy en la cara, y si, como se hallaron pocas flechas, estuuieran más proueydos dellas, sin dubda nos hizieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Téllez con quinze hombres, y dieron en ellos por las espaldas y de tal manera les hizieron huyr que nos dexaron. Otro día*, de mañana, yo les rompí más de treynta canoas, que nos aprouecharon²³² para vn norte que hazía, que por todo el día ouimos de estar allí con mucho frío, sin osar entrar en la mar por la mucha tormenta que en ella auía. Esto pasado nos tornamos a embarcar y nauegamos tres días**, y como auíamos tomado poca agua y los vasos²³³ que teníamos para llevar, assimesmo eran muy pocos, tornamos a caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía entramos por vn estero y estando en él vimos venir vna canoa de indios; como los llamamos vinieron a nosotros, y el gouernador, a cuya varca auían llegado, pidióles agua, y ellos la ofrescieron con que les diessen en que la traxessen, y vn christiano griego llamado Dorotheo Theodoro²³⁴, de quien arriba se hizo mención, dixo que quería yr con ellos; el gouernador y otros se lo procuraron estoruar mucho y nunca lo pudieron, sino que en todo caso quería yr con ellos, y assí se fue y lleuó consigo vn negro²³⁵, y los indios dexaron en rehenes dos de su compañía, y a la noche los yndios boluieron y traxéronnos nuestros vasos sin agua, y no traxeron los christianos que auían lleuado, y los que auían dexado por rehenes, como los otros los hablaron quisiéronse echar al agua. Mas los que en la varca estauan los detuuieron y assí se fueron huyendo los indios de la canoa y nos dexaron muy confusos y tristes por auer perdido aquellos dos christianos.

231 *vez*: *V*, yez.

232 *aprouecharon*: *V*, aaprouecharon.

233 *vasos*: recipientes en los que se almacenaba el agua en las embarcaciones. «Vasos de calera», *Aut.*

234 En 1540 las tropas de Hernando de Soto supieron, por indios de esa región, que Doroteo no fue asesinado. Cabe especular que el griego se unió a los indios al ver la situación, cada vez más desastrosa, que padecían los españoles. Hallenbeck, p. 47.

235 Esta alusión demuestra que varios marroquíes se habían incorporado a la expedición de Narváez. Como es sabido, el marroquí Estebanico fue uno de los cuatro supervivientes que regresaron a Nueva España.

* Noviembre 9.

** Noviembre 11 o 12.

CAPÍTULO DIEZ

DE LA REFRIEGA QUE NOS DIERON LOS INDIOS

VENIDA LA MAÑANA* vinieron a nosotros muchas²³⁶ canoas de yndios, pidiéndonos los dos compañeros que en la varca auían quedado por rehenes. El gouernador dixo que se los daría con que traxessen los dos christianos que auían lleuado. Con esta gente venían cinco o seys señores²³⁷ y nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí auíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien auemos contado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas de la suerte de las que atrás auíamos tomado, y algunas dellas hechas por muy estraña manera, porque en ellas auía vnos lazos de labores de vnas pieles leonadas que parecían muy bien. Rogáuannos que nos fuésemos con ellos y que nos darían los christianos y agua y otras muchas cosas; y continuo²³⁸ acudían sobre nosotros muchas canoas procurando de tomar la boca de aquella entrada; y assí por esto como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos a la mar, donde estuuimos hasta mediodía con ellos.

Y como no nos quisiessen dar los christianos, y por este respecto nosotros no les diésemos los indios, començáronnos a tirar piedras con hondas, y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres o quatro arcos. Estando en esta contienda el viento refrescó y ellos se boluieron y nos dexaron, y assí nauegamos aquel día²³⁹ hasta hora de vísperas que mi varca, que yua delante, descubrió vna punta que la tierra hazía, y del otro cabo se vía un río muy grande²⁴⁰, y en vna ysleta que hazía la punta

236 *muchas*: O, «veinte...», p. 293.

237 *cinco o seys señores*: O, «tres o cuatro señores principales...», p. 293.

238 *continuo*: arc, continuo.

239 *aquel día*: O, «otros dos días...», p. 293.

240 *un río muy grande*: Todo parece indicar que se trata del río Misisipí.

* Noviembre 12.

hize yo surgir²⁴¹ por esperar las otras varcas. El gouernador no quiso llegar, antes se metió por vna baía muy cerca de allí en que auía muchas isletas, y allí nos juntamos²⁴² y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraua en la mar de auenida²⁴³. Y por tostar algún maíz de lo que traíamos, porque ya auía dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña acordamos de yr al río que estaua detrás de la punta, vna legua de allí, e yendo era tanta la corriente que no nos dexaua en ninguna manera llegar, antes nos apartaua de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla.

El norte que venía de la tierra començó a crescer tanto que nos metió en la mar sin que nosotros pudiésemos hazer otra cosa; y a media legua que fuymos metidos en ella fondamos y hallamos que con treynta braças no podíamos tomar hondo²⁴⁴, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar, y assí nauegamos dos días*²⁴⁵, todavía trabajando por tomar tierra, y al cabo dellos, vn poco antes que el sol saliesse, vimos muchos humeros²⁴⁶ por la costa y trabajando por llegar allá nos hallamos en tres braças de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como auíamos visto tantos humeros, creyámos que se nos podía recrescer²⁴⁷, algún peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que auíamos de hazer. Y por esto determinamos de esperar a la mañana, y como amanesció, cada varca se halló por sí perdida de las otras. Yo me hallé en treynta braças, y siguiendo mi viage, a hora de vísperas²⁴⁸ vi dos varcas y como fuy a ellas ví que la primera a que llegué era la del gouernador, el qual me preguntó que me parecía que deuíamos hazer. Yo le dixé que deuía recobrar aquella varca que yua delante y que en ninguna manera la dexasse, y que juntas todas tres varcas siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese lleuar. El me respondió que aquello no se podía hazer porque la varca yua muy metida en la mar y él quería tomar la tierra; y que si la quería yo seguir, que hiziesse que los de mi varca tomassen los remos y trabajassen, porque con fuerça de braços se auía de tomar la tierra; y esto le aconsejaua vn capitán que consigo lleuaua, que se llamaua Pantoja²⁴⁹, di-

241 *hize yo surgir*: «dar fondo [o anclar] la nave», Aut. «Término náutico, vale tomar puesto o echar áncoras en la playa», Cov. Ver: n.º 218.

242 *nos juntamos*: Z, nos justamos tos (sic).

243 *entraua en la mar de auenida*: «impetuosa y súbita creciente del río, u arroyo, por el concurso de muchas aguas», Aut.

244 *tomar hondo*: arc, medir la profundidad.

245 *dos días*: sin aclararlo, Smith traduce tres días lo cual altera, aún más, la aproximada cronología de la expedición. Tanto en Z como en V se lee dos días.

246 *humeros*: arc, humareda.

247 *podía recrescer*: V, podría; Z, podía. Al cotejar esta nota puede comprobarse que las ediciones de Barcia (1749), Vedia (1852) y Serrano y Sanz (1906) no siempre siguen el texto de V.

248 *hora de vísperas*: O, «mediodía...» p. 293.

249 *Pantoja*: V, Pantoia; Z, Pantoja. Una vez más se corrobora que V no siempre debe verse como una redacción corregida de Z.

* Noviembre 14, 1528.

ziéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seys no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre.

Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hizieron todos los que en mi varca estauan para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol²⁵⁰; mas como el gouernador lleuaua la más sana y rezia gente que entre toda auía²⁵¹, en ninguna manera lo podimos seguir, ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que para poderle seguir me diese vn cabo de su varca, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. Yo le dixé que pues vía la poca posibilidad que en nosotros auía para poder seguirle y hazer lo que auía mandado, que me dixesse que era lo que mandaua que yo hiziesse. El me respondió que ya no era tiempo de mandar vnos a otros; que cada vno hiziesse lo que mejor le paresciesse que era para saluar la vida, que él ansí lo entendía de hazer²⁵². Y diziendo esto se alargó con su varca y como no le pude seguir arribé sobre la otra varca que yua metida en la mar, la qual me esperó y llegado a ella hallé que era la que lleuauan los capitanes Peñalosa y Téllez.

Y ansí nauégamos quatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. A cabo destes quatro días²⁵³, nos tomó vna tormenta que hizo perder la otra varca y por gran misericordia que Dios tuuo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hazía, y con ser inuierno y el frío muy grande y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar auíamos rescebido²⁵⁴, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera que quando el sol se puso todos los que en mi varca venían estauan caydos en ella, vnos sobre otros, tan cerca de la muerte que pocos auía que tuuiesen sentido, y entre todos ellos a esta hora no auía cinco hombres en pie. Y quando vino la noche no quedamos sino el maestre e yo que pudiésemos marear la varca²⁵⁵, y a dos horas de la noche el maestre me dixo que yo tuuiese cargo della, porque él estaua tal que creya aquella noche morir. Y assí yo tomé el leme²⁵⁶ y passada media noche yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaua mejor y que él gouernaría hasta el día.

250 *casi puesto el sol*: O, «obra de legua y media...», p. 294.

251 *la más sana y rezia gente que entre toda auía*: O, «e como la gente iba flaca e cansada e había tres días que no comían sino maíz crudo, e un puño de ello por ración...», p. 294.

252 Al comentar estos incidentes, Oviedo vuelve a señalar, ásperamente, la ineficacia de Narváez. Ver: pp. 293-295. En la oración que sigue *alargó es arc* de marchó.

253 *quatro días*: O, «tres horas hasta la noche...», p. 293. Como se verá, la barca de Téllez y Peñalosa se adelantó a la de Alvar Núñez. Cinco años después, Cabeza de Vaca sabrá cuál había sido el destino de sus colegas. Hallenbeck indica que los datos sobre la profundidad de esas costas que describe Núñez no coinciden con los actuales, p. 49. La braza equivale a 1,67 metros. Es una medida náutica.

254 *rescebido*: Z, rasçcedo.

255 *marear la varca*: R, la de Vaca de Castro. En Z y V no se alude a ningún individuo con ese patronímico. *Marear*: significa en términos náuticos «gobernar y dirigir el navío». *Aut.*

256 *leme*: timón para gobernar la nave, voz que se supone derivada del inglés *helm*. *Dic.*

* Noviembre 18.

Yo, cierto, aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte que no ver tanta gente delante de mí de tal manera. Y después que el maestre tomó cargo de la varca yo reposé vn poco muy sin reposo, ni auía cosa mas lexos de mí entonces que el sueño. Ya cerca del alua* parescióme que oya el tumbo de la mar, porque como la costa era baxa sonaua mucho, y con este sobresalto llamé al maestre, el qual me respondió que creya que éramos cerca de tierra, y tentamos y hallámonos en siete braças y parescióle que nos deuíamos tener a la mar hasta que amaneciesse. Y assí yo tomé vn remo y bogué de la vanda de la tierra, que nos hallamos vna legua della, y dimos la popa a la mar. Y cerca de tierra nos tomó vna ola que echó la varca fuera del agua vn juego de herradura²⁵⁷, y con el gran golpe que dio, casi toda la gente que en ella estaua como muerta, tornó en sí²⁵⁸. Y como se vieron cerca de la tierra se comenzaron a descolgar y con manos y pies andando, y como salieron a tierra a vnos barrancos, hezimos lumbre y tostamos del maíz que traíamos y hallamos agua de la que hauía llouido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí y comenzaron algo a esforçarse. El día que aquí llegamos era sexto del mes de nouiembre²⁵⁹.

257 *un juego de herradura*: Smith cree que se alude aquí al juego de barra tal y como se practicaba en Navarra en el siglo XVI, p. 64. Hallenbeck (p. 49) estima, como mejores razones, que se trata de un antecedente del conocido juego que aún se practica con herraduras de caballos en el oeste de Norteamérica. La expresión equivale a una distancia aproximada de 4 metros.

258 Según Oviedo, los soldados perecieron en el curso de estas navegaciones, p. 294.

259 El cómputo efectuado hasta aquí parece indicar que Núñez está errado en sus cálculos. La diferencia sería de casi dos semanas.

* Noviembre 19.

CAPÍTULO ONZE

DE LO QUE AGAESCIO A LOPE DE OUIEDO
CON VNOS INDIOS

DESQUE LA GENTE OUO COMIDO mandé a Lope de Ouiedo, que tenía más fuerça y estaua más rezió que todos²⁶⁰, se llegasse a vnos árboles que cerca de allí estauan, y subido en vno dellos, descubriessse la tierra en que estáuamos y procurasse de auer alguna noticia della. El lo hizo assí y entendió que estáuamos en ysla²⁶¹ y vio que la tierra estaua cauada a la manera que suele estar tierra donde anda ganado, y parecióle por esto que deuíá ser tierra de christianos y ansí nos lo dixo. Yo le mandé que la tornasse a mirar muy más particularmente y viesse si en ella auía algunos caminos que fuessen seguidos, y esto sin alargarse mucho, por el peligro que podía auer. Él fue y topando²⁶² con vna vereda, se fue por ella adelante hasta espacio de media legua y halló vnas choças de vnos²⁶³ indios que estauan solas porque los indios eran ydos al campo; y tomó vna olla dellos y vn perrillo²⁶⁴ pequeño y vnas pocas de liças y assí se boluió a nosotros.

Y paresciéndonos que se tardaua embié otros dos christianos para que le buscassen y viessen qué le auía suscedido, y ellos²⁶⁵ le toparon cerca de allí y

260 todos: Z, «todos que...» Lope de Oviedo es una persona destacada en las primeras porciones de los *Naufragios*, pero Fernández Oviedo no le menciona.

261 ysla: probablemente se trata de la isla de Galveston en la costa de Texas. Hallenbeck, pp. 119-127.

262 y topando: Z, «topada...»

263 vnos: Z, om.

264 un perrillo: las frecuentes referencias que se hacen a este animal suelen indicar que se trata posiblemente del *raccoon* (*Procyon lotor*) que aquellos indios llamaron *arrathkane* o *arazcone*. Es un mamífero carnívoro, astuto y a veces feroz que se caza de noche y que posee una larga y espesa cola de tonos pardos y amarillos. Estos animales solían enterrarse con sus dueños según lo han revelado excavaciones recientes. El perrillo mudo a que aluden varios cronistas no se equipara a las variedades conocidas en Europa. Una representación escultural de ese animal que los indios consumían existe en los archivos arqueológicos de Vanderbilt University. Para más detalles véase: Charles Hudson, *The Southeastern Indians* (Knoxville: The University of Tennessee Press, 1976), pp. 288-290.

265 ellos: Z, ello.

vieron que tres indios, con arcos y flechas, venían tras dél llamándole, y él assimismo llamaua a ellos por señas.

Y assí llegó donde estáuamos y los indios se quedaron vn poco atrás, assentados en la misma ribera; y dende a²⁶⁶ media hora acudieron otros cien indios²⁶⁷ flecheros que, agora ellos fuessen grandes, o no, nuestro miedo les hazía parecer gigantes²⁶⁸, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estauan. Entre nosotros escusado era pensar que auría quién se defendiesse, porque difficilmente se hallaron seys que del suelo se pudiessen leuantar. El veedor e yo salimos a ellos y llamámosles y ellos se llegaron a nosotros; y lo mejor que podimos procurarnos de assegurarlos y assegurararnos, y dímosles cuentas y cascaueles, y cada uno dellos me dio vna flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dixerón que a la mañana boluerían y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían.

266 dende a: arc, después de.

267 cien indios: O, «doscientos...», p. 294. Z, flecheron.

268 parecer gigantes: la descripción de los indios de diversas regiones como gigantes se había popularizado desde las primeras exploraciones. Ver: John H. Elliott, *El Viejo mundo y el nuevo: 1492-1650* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), pp. 29-52; y R. Konetzke, *Descubridores y conquistadores de América* (Madrid: Editorial Gredos, 1968), pp. 72-73.

CAPÍTULO DOZE

CÓMO LOS INDIOS NOS TRUXERON DE COMER

OTRO DÍA*, SALIENDO²⁶⁹ EL SOL, que era la hora que los indios nos auían dicho, vinieron a nosotros como lo auían prometido y nos²⁷⁰ traxeron mucho pescado de vnas raýzes²⁷¹ que ellos comen y son como nuezes, algunas mayores o menores; la mayor parte dellas se sacan debaxo del agua y con mucho trabajo. A la tarde boluieron y nos traxeron más pescado y de las mismas raýzes e hizieron venir sus mugeres e hijos para que nos viessen, y así se boluieron ricos de cascaueles y cuentas que les dimos, y otros días nos tornaron a visitar con lo mismo que estotras vezes. Como nosotros víamos que estáuamos proueydos de pescado y de raýzes y de agua y de las otras cosas que pedimos²⁷², acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la varca de la arena en que estaua metida y fue menester que nos desnudássemos todos y passássemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estáuamos tales que otras cosas muy más liuianas bastauan para ponernos en él²⁷³. Y assí, embarcados, a dos tiros de ballesta²⁷⁴ dentro en la mar, nos dio tal golpe de agua que nos mojó a todos y como ýuamos desnudos y el frío que hazía era muy grande, soltamos los

269 *saliendo*: Z, de en saliendo.

270 *nos*: Z, om.

271 *raýzes*: probablemente se trata de la raíz de una planta (*Sagittaria L*) que crece en pantanos y tierras húmedas y que en inglés se conoce como *swamp potato* (patata de ciénagas). Suele cosecharse en verano y otoño. Hodge, p. 285. Newcomb² indica que pudiera tratarse del loto o nelumbo americano que en inglés se conoce como *water chiquapin*. p. 66.

272 *pedimos*: Z, podimos.

273 *para ponernos en él*: se alude a que la debilidad convertía todo esfuerzo en gran trabajo.

274 *tiros de ballesta*: el alcance máximo de la ballesta era, aproximadamente, de 100 metros. *Dic. M.M.* Ver: Edward Tunis, *Weapons: A Pictorial History* (Cleveland, Ohio-New York: The World Publishing Company, 1954), p. 74.

* Noviembre 20. A partir de este Cap. las referencias a fechas serán cada vez más ambiguas. Ver en torno a la n.º 275.

remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dio trastornó la varca; el veedor y otros dos se asieron della para escaparse; más sucedió muy al reués, que la varca los tomó debaxo y se ahogaron.

Como la costa es muy braua, el mar, de vn tumbo, echó a todos los otros, embueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma ysla, sin que faltassen más de los tres que la varca auía tomado debaxo. Los que quedamos escapados, desnudos como nascimos y perdido todo lo que traýamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era por nouiembre y el frío muy grande y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos; estáuamos hechos propria²⁷⁵ figura de la muerte. De mí se dezir que desde el mes de mayo passado yo no auía comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas vezes me ví en necesidad de comerlo crudo, porque aunque se mataron los cauillos entre tanto que las varcas se hazían, yo nunca pude comer dellos y no fueron diez vezes las que comí pescado.

Esto digo por escusar razones²⁷⁶, porque pueda cada vno ver que tales estaríamos. Y sobre todo lo dicho auía sobreuenido viento norte, de suerte que más estáuamos cerca de la muerte que de la vida; plugo a nuestro Señor que buscando los tizones del fuego que allí auíamos hecho hallamos lumbre con que hezimos grandes fuegos, y ansí estuuimos pidiendo a nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros peccados, derramando muchas lágrimas, auiendo cada uno lástima, no sólo de sí, mas²⁷⁷ de todos los otros que en el mismo estado vían²⁷⁸. Y a hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos auíamos ydo, nos boluieron a buscar y a traernos de comer; mas quando ellos nos vieron así en tan diferente hábito del primero y en manera tan estraña, espantáronse tanto que se boluieron atrás. Yo salí a ellos y llamélos y vinieron muy espantados; hízelos entender por señas como se nos auía hundido vna varca y se auían ahogado tres de nosotros, y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos y los que quedáuamos²⁷⁹ ýuamos aquel camino. Los indios, de ver el desastre que nos auía venido y el desastre en que estáuamos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros y con el gran dolor y lástima que ouieron de vernos en tanta fortuna²⁸⁰, comenzaron todos a llorar rezió y tan de verdad que lexos de allí se podía oyr, y esto les duró más de media hora, y cierto, ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo

275 *propria*: arc, propia.

276 *por escusar razones*: Z, para excusar razón. Léase: para no abundar en ello.

277 *mas*: las conjunciones adversativas *mas* y *antes* solían usarse en el siglo XVI en lugar de sino. «Ni tenían ni habían tenido cierto señor; antes habían vivido exentos», Hernán Cortés, *Segunda Carta-Relación*. «Sacando no por tassa pan, mas buenos pedazos», *Lazarillo de Tormes*, Edición de A. Blecua (Madrid: Editorial Castalia, 1982), p. 114.

278 *vían*: arc, veían. La prosa castellana del siglo XVI omite con frecuencia las formas reflexivas del verbo. Esa forma del imperfecto y el condicional *venía* comienzan a desaparecer hacia 1540. Ver: Lapesa, p. 392.

279 *quedáuamos*: Z, quedamos. Léase a continuación: nos esperaba el mismo destino.

280 *tanta fortuna*: se alude, paradójicamente, al infortunio extremo que padecían.

que en mí y en otros de la compañía creciesse más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Sossegado ya²⁸¹ este llanto yo pregunté a los christianos y dixé que si a ellos parecía rogaría a aquellos indios que nos lleuassen a sus²⁸² casas, y algunos dellos, que auían estado en la Nueva España, respondieron que no se deuía hablar en ello²⁸³, porque si a sus casas nos lleuauan nos sacrificarían a sus ídolos; mas visto que otro remedio no auía y que por qualquier otro camino estaua más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que dezían, antes rogué a los indios que nos lleuassen a sus casas, y ellos mostraron que auían gran plazer dello y que esperásemos vn poco, que ellos harían lo que queríamos, y luego treynta dellos se cargaron la leña y se fueron a sus casas, que estauan lexos de allí; y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron y lleuándonos asidos y con mucha priessa fuymos a sus casas, y por el gran frío que hazía y temiendo que en el camino alguno no²⁸⁴ muriesse o desmayasse, proueyeron que ouiesse quatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada vno dellos nos escalentauan²⁸⁵; y desde²⁸⁶ que²⁸⁶, vían que auíamos tomado alguna fuerça²⁸⁷ y calor nos lleuauan hasta el otro, tan apriessa que casi los pies no nos dejauan poner en el suelo, y desta manera fuymos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha vna casa para nosotros y muchos fuegos en ella; y desde a vn²⁸⁸ hora que auíamos llegado començaron a baylar y hazer grande fiesta (que duró toda la noche) aunque para nosotros no auía²⁸⁹ plazer, fiesta, ni sueño, esperando quando nos auían de sacrificar; y a la mañana* nos tornaron a dar pescado y rayzes y hazer²⁹⁰ tan buen tratamiento que nos asseguramos algo y²⁹¹ perdimos algo el miedo del sacrificio.

281 *ya*: Z, ya algo.

282 *sus*: Z, su.

283 *hablar en ello*: en los siglos XV-XVII *en* asume con frecuencia las funciones que hoy corresponden a las preposiciones *a* y *de*. Se trata de construcciones que por lo general derivan de ablativos en los que *en* puede anteponerse o suceder al infinitivo. Ese mismo rasgo sintáctico aparece en el Cap. XXXVI. Lapesa, p. 407.

284 *no muriesse*: no carece aquí de su habitual acepción negativa. Debe ser errata de copista o de impresión.

285 *nos escalentauan*: *arc*, calentaban.

286 *desde*: *arc*, desde que.

287 *alguna fuerça*: Z, fuerça.

288 *vn*: la omisión de la *a* en el artículo indefinido que precede a sustantivos que se inician con *a* o *ha* ya es rara en el siglo XVI. Keniston, 20.11-20.15.

289 *no auía*: Z, a uiendo.

290 *hazer*: Z, a hazer.

291 *y*: Z, he. Las cacofonías que se advierten en esta última oración evocan un lenguaje hablado frecuente en las relaciones de los descubrimientos y la conquista; naturalidad esa que en otros órdenes defendían los preceptistas de la época. Ver: Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Cristóbal Colón* (Madrid: Espasa Calpe, 1968), p. 69. Las precisiones que en ese estudio hace el filólogo sobre las desavenencias lingüísticas que se observan entre Nebrija y Valdés sugieren que la prosa de Núñez es, en efecto, una mezcla bastante equilibrada del castellano de Toledo y el de Andalucía. pp. 69-70.

* Noviembre 21.

CAPÍTULO TREZE

CÓMO SUPIMOS DE OTROS CHRISTIANOS

ESTE MISMO DÍA yo vi a vn indio de aquellos vn rescate²⁹², y conosci que no era de los que nosotros les auíamos dado, y preguntando donde le²⁹³ auían auido ellos, por señas me respondieron que se lo auían dado otros hombres como nosotros que estauan atrás. Yo, viendo esto, embié dos christianos y dos indios que les mostrassen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venían a buscarnos porque los indios que allá quedauan los auían dicho de nosotros; y estos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con toda la gente de su varca. Y llegados a nosotros se espantaron mucho de vernos de la manera que estáuamos y rescibieron muy gran pena por no tener qué darnos²⁹⁴; que ninguna otra ropa traían sino la que tenían vestida. Y estuuieron²⁹⁵ allí con nosotros y nos contaron cómo a cinco de aquel mismo mes²⁹⁶ su varca auía dado al traués legua y media de allí y ellos auían varca sin perderse ninguna cosa, y todos juntos acordamos de adobar su varca²⁹⁷ e yrnos en ella los que tuuiesen fuerça y dispusición para ello; los otros, quedarse²⁹⁸ allí hasta que

292 *rescate*: léase rescate. Las sibilantes sonoras *z*, *s*, *g* y *j* solían ensordecerse y confundirse con las sordas *c*, *ç* y *x*. Es esta una peculiaridad generalizada en Andalucía, la baja Extremadura y algunas regiones de América. Ver: Lapesa, p. 564. Ver: n.º 5, 56 y 225.

293 Ya en el siglo XVI, y sobre todo en las áreas centrales y nórdicas de Castilla, *le* se utilizó como forma masculina del complemento directo. En el sur se prefirió *lo* al referirse tanto a objetos como a personas. Sin embargo, en los *Naufragios* alternan ambos usos de *le* y *lo*. Keniston, 7, 132. Ver, Cap. XVII, p. 239.

294 *darnos*: O, «partieron con el tesoro [Cabeza de Vaca] e su compañía de la ropa e comida que era bien poca...», p. 294. El grupo encabezado por Castillo y Dorantes debió reunirse con Núñez en la isla a la entrada de la bahía de Galveston.

295 *estuuieron*: V, ostuuieron.

296 *a cinco de aquel mismo mes*: O, «noviembre...», p. 295.

297 *adobar su varca*: «adaptar, reparar, concertar alguna cosa». Cov.

298 *quedarse*: la ausencia de una forma verbal auxiliar antepuesta al infinitivo no es excepcional en la sintaxis del siglo XVI. Lapesa, p. 407.

conualeciessen, para yrse como pudiessen por luengo de costa y que esperassen allí hasta que Dios los lleuasse con nosotros a tierra de christianos.

Y como lo pensamos, assí nos pusimos en ello. Y antes que echásemos la varca al agua, Tauera²⁹⁹, vn cauallero de nuestra compañía, murió; y la varca que nosotros pensáuamos llevar hizo su fin y no se pudo sostener assí misma, que luego fue hundida. Y como quedamos del arte que he dicho y los más desnudos y el tiempo tan rezió para caminar, y passar ríos y ancones a nado, ni tener bastimento alguno, ni manera para llevarlo, determinamos de hazer lo que la necessidad pedía, que era inuernar allí. Y acordamos también que quatro hombres que más reziós estauan fuessen a Pánuco³⁰⁰, creyendo que estáuamos cerca de allí; y que si Dios nuestro Señor fuesse seruido de llevarlos allá diessen auiso de cómo quedáuamos en aquella ysla y de nuestra necessidad y trabajo. Estos eran muy grandes nadadores y al vno llamauan Alvaro Fernández, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaua Méndez, y al tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el quarto, Astudillo³⁰¹, natural de Çafra³⁰². Lleuauan consigo vn indio que era de la ysla³⁰³.

299 *Tauera*: por Talavera. *O, om.* Ese patronímico, según aparece en *V*, no era necesariamente una forma arcaica.

300 *Pánuco*: *V*, Panunco; *O, R, Z*, Panuco.

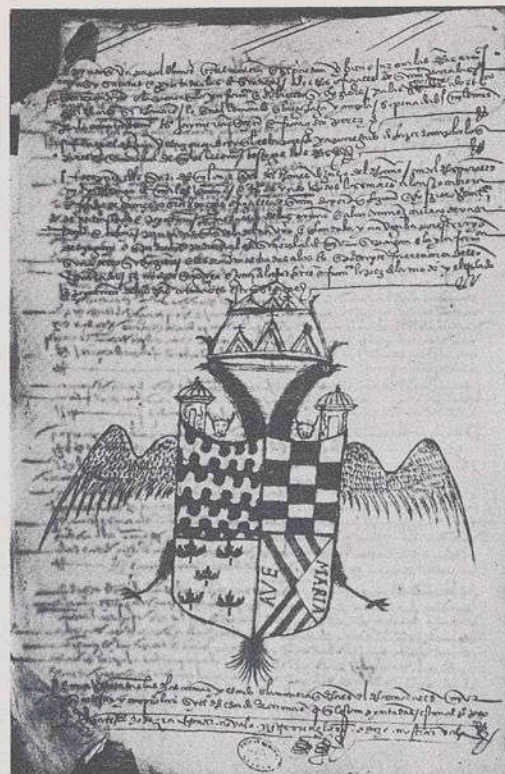
301 *Astudillo*: *Z*, Estudillo. Pudo tratarse del mismo Gaspar Astudillo que menciona Oviedo en su *Historia general...*, I, Caps. CXV, CXXV.

302 *Çafra*: Zafra, poblado de la provincia de Badajoz, situado en la baja Extremadura.

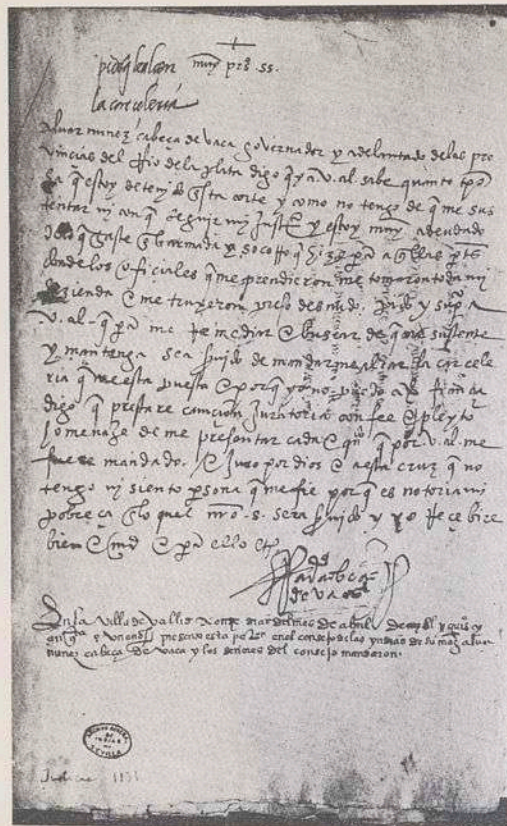
303 *ysla*: *Z*, ysla de Auía (sic). Smith, p. 73, y Herrera creyeron, erróneamente, que se trataba de la isla de Cuba. Estas islas ubicadas en la costa de Texas son llanas aunque cenagosas, y podían ser exploradas con relativa facilidad. Hallenbeck se equivoca al dar la denominación ysla de Auía como procedente de *V* en vez de *Z*. *O* no la menciona. *R*, isla que se llamaba Auía. En todo caso no sabemos qué significado puede tener aquí Auía.



1. Alvar Núñez Cabeza de Vaca (¿1491-1559?). Se desconoce el autor y la ubicación actual de esta rara pieza. Agradecemos a la casa McGraw-Hill la localización del retrato.



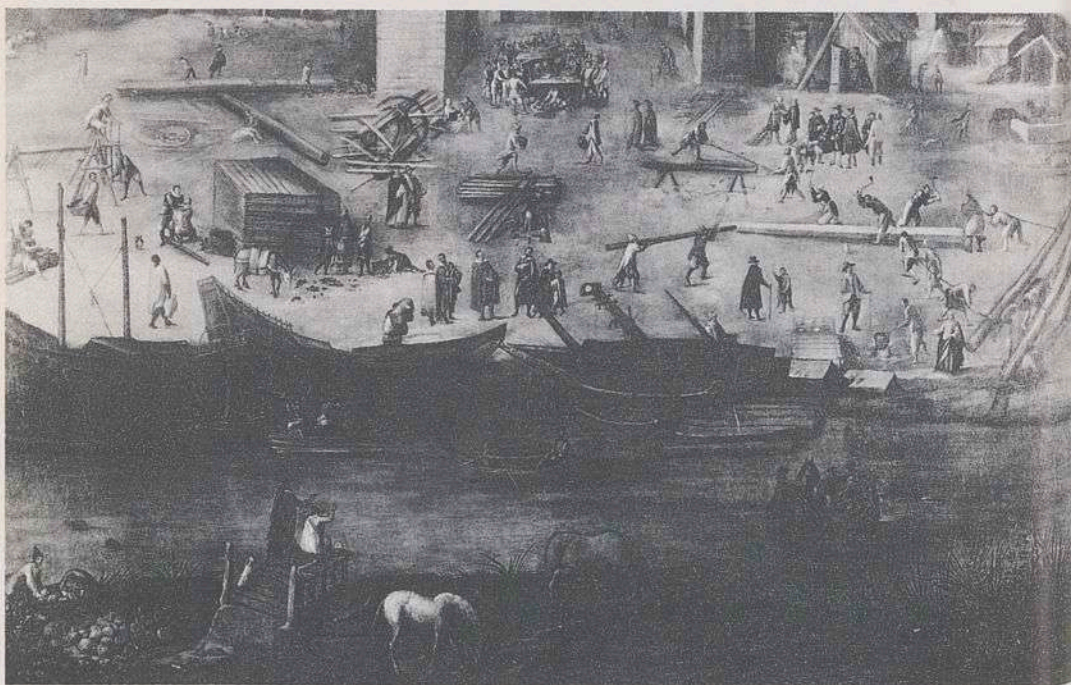
2. Escudo de armas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, según aparece en los documentos de acusaciones que se hicieron contra él. (Cortesía del Archivo de Indias).



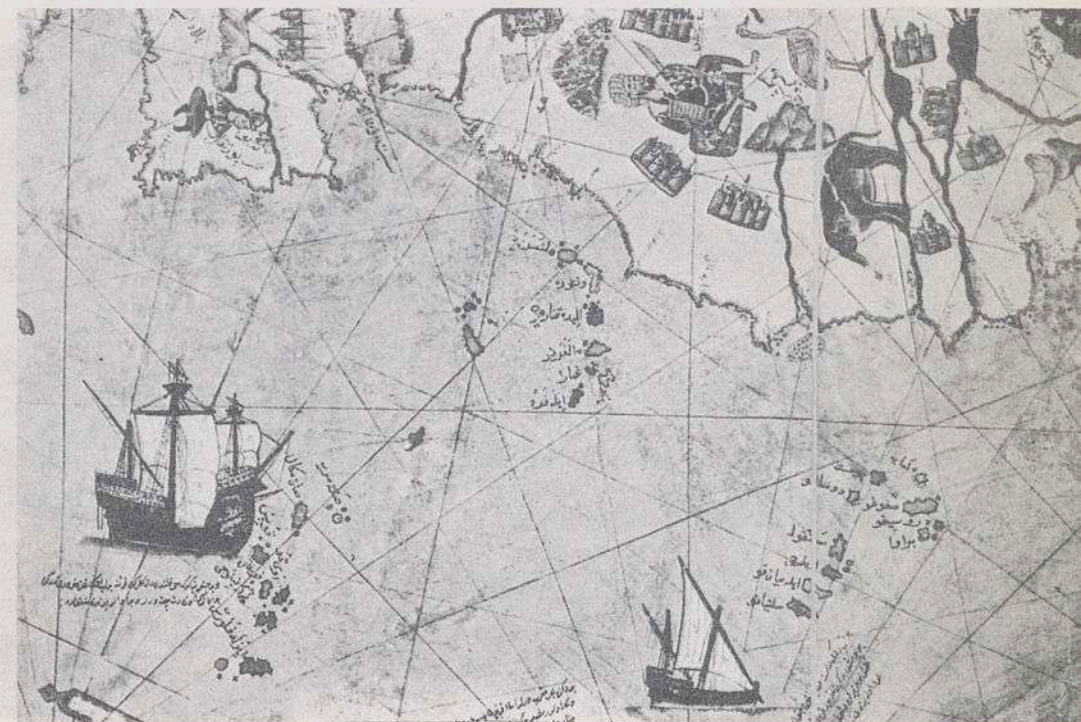
3. Petición autógrafa de Alvar Núñez Cabeza de Vaca al Consejo de Indias, 1551, en la que solicita que se le libere de encarcelamiento. (Cortesía del Archivo de Indias).



5. Portada de la primera edición de La relación (Naufragios), Zamora, 1542. (Cortesía de la New York Public Library).



4. Construcción de naves en Sevilla. ca. ¿1650? Óleo de un pintor flamenco desconocido. (Cortesía de la Hispanic Society of America).



6. Mapa de América preparado por el almirante turco Piri Reis, ca. 1513. (Cortesía de la James Ford Bell Library, University of Minnesota).

NOVAE INSVLAE XVII·NOVA TABVLA



10. Mapa del Nuevo Mundo. Según el grabado de Sebastián Münster. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University).



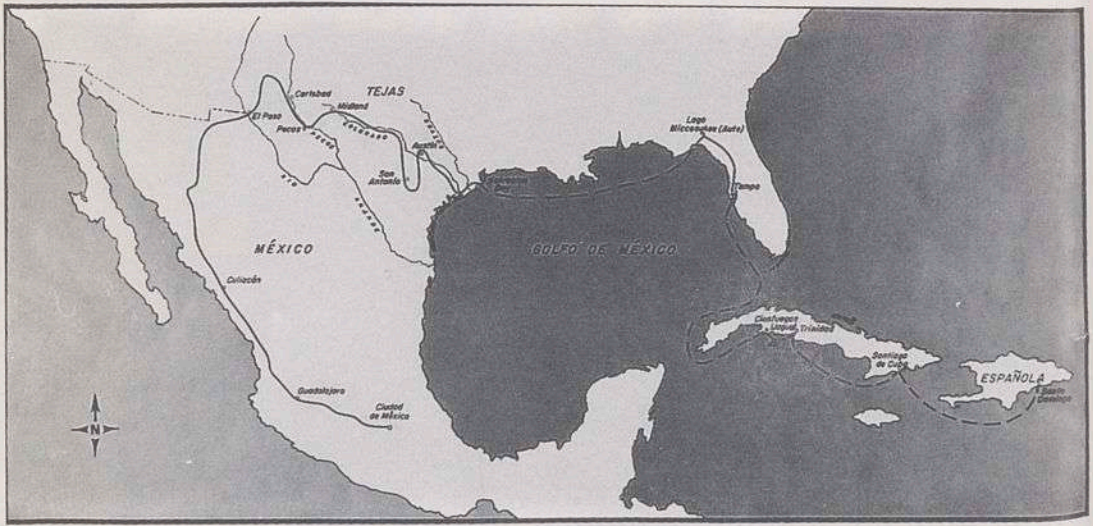
8. Portada de la segunda edición de La relación (Naufragios) y Comentarios, Valladolid, 1555. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University).

EL REY,
JOHN CARTER BROWN LIBRARY

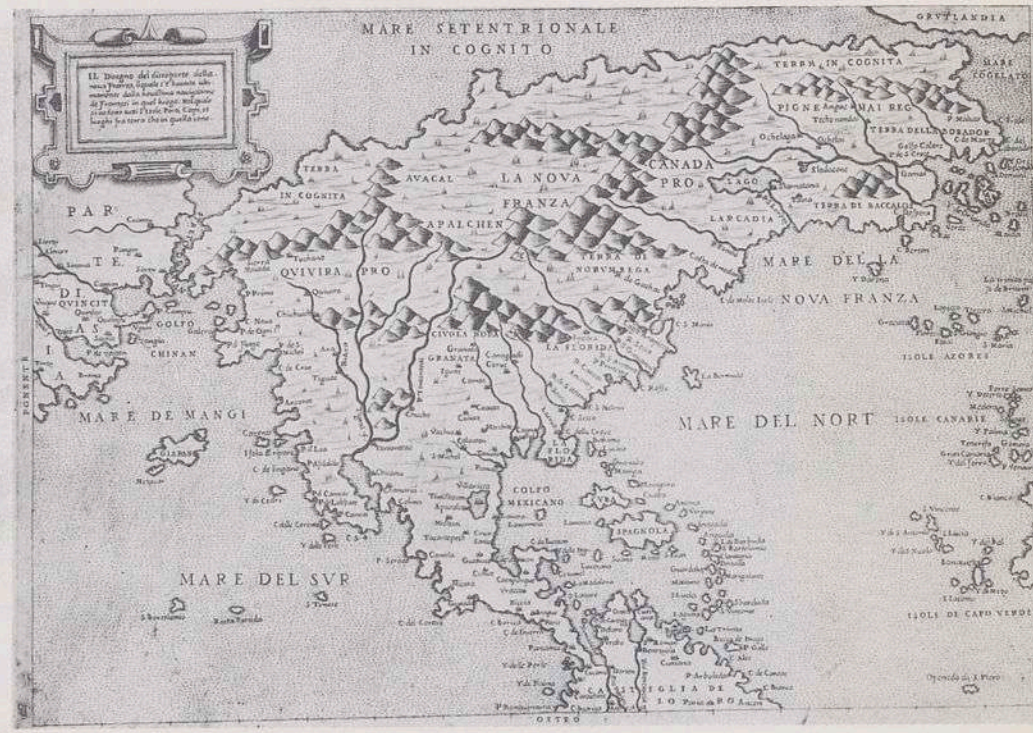
Or quinto por parte de vos governador Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, version de la ciudad de Sevilla nos heredes relación de su viaje de cinco años en un desierto, incluido el dictionario de vocablos de las Indias, que se ha de dar a vos para que los ponga en su libro, y que si lo mismo a otros hecho componer otro, incluido Comercio, que trata de las condiciones de la tierra, y costumbres de los indios. Lo qual era obra muy provechosa para las personas que salian de pasar esas las partes. Y porque el uno libro y el otro era de un solo asunto, y con tanta necesidad de cada uno de ellos, va unido en un volumen, y se imprimen en esta forma, y con licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que se contaren del día de la fecha desta nuestra cédula en adelante, vos o quien vos lo poder oviere, podays imprimir y vender en estos nuestros Reynos los dichos libros que de fuso fe hizo mención, en la forma que en ella se contiene, y en las condiciones que se siguen, por los del nuestro Consejo, y poniendo de esta nuestra cédula en el principio del dicho libro, y no en otra manera. Y mandamos que durante el dicho tiempo ados dichos diez años ninguna persona lo pueda imprimir ni vender sin tener el dicho nuestro poder, faga que a otros lo impida, que así lo hiciera y violare, y los males y daños que a lo contrario mas incurra en pena de diez mil maravedis los quales sean repartidos, la tercia parte para la persona o lo acudare, y la otra tercia parte para el juez que lo denunciare, y la otra tercia parte para la nuestra cámara. Y mandamos a todos y cada qual de los nuestros justicias, y a cada uno en su jurisdicción que guarden, cumplan y excojan esta nuestra cédula, y lo en ella contenido, y contra el tenor y forma della no pongan ni pongan impedimento, ni en ella pongan alguna manera, pena de la nuestra merced, y de diez mil maravedis para la nuestra cámara, a cada uno que lo contrario hiziere. Fecho en la villa de Valladolid a veinte y un dias del mes de Mayo. De mill y quinientos e cinco e cinquenta e cinco años.

La Princesa,
 Por mandado de su Magestad, su alteza en su nombre,
 Francisco de Ledesma.

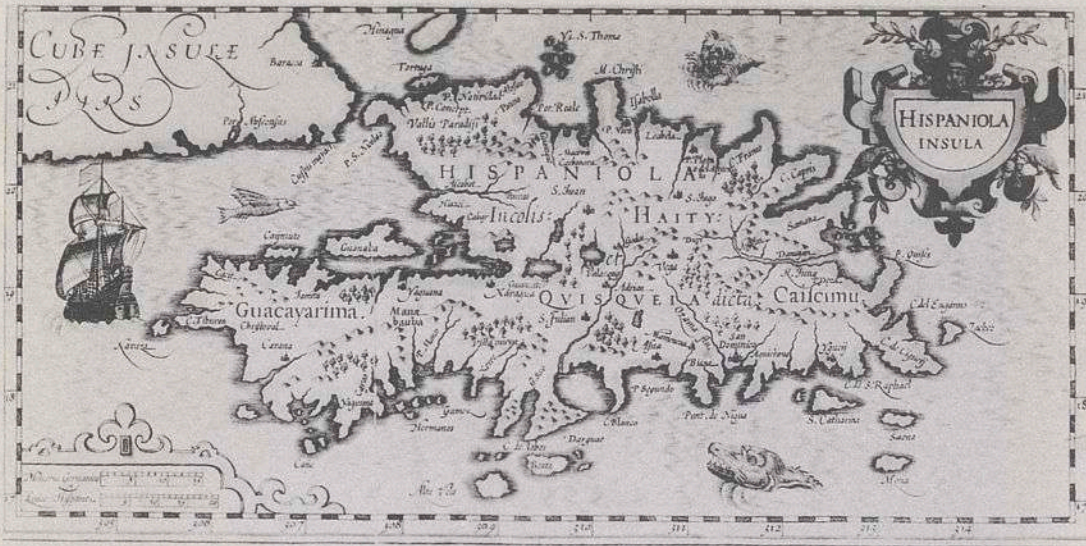
9. Primera cédula de licencia otorgada para la edición de 1555. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University).



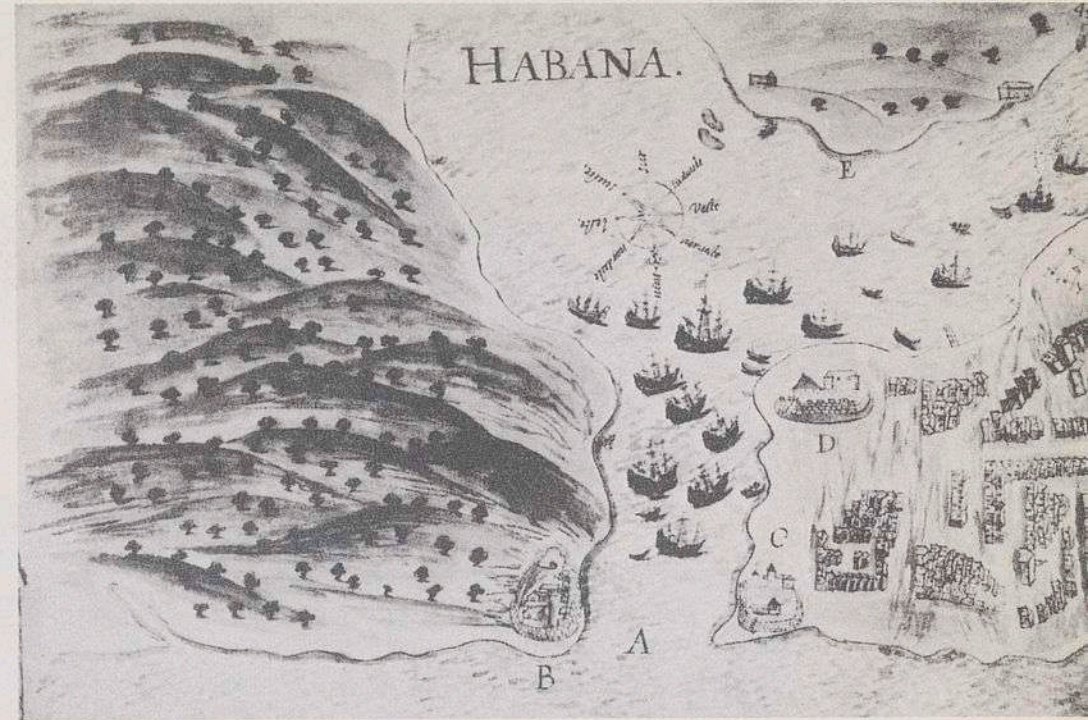
7. La trayectoria aproximada de la expedición de Pánfilo de Narváez y de los supervivientes de la misma. (Fondos cartográficos de Vanderbilt University).



11. Mapa de Norteamérica según Belognino Zaltieri, Venecia, 1566. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University).



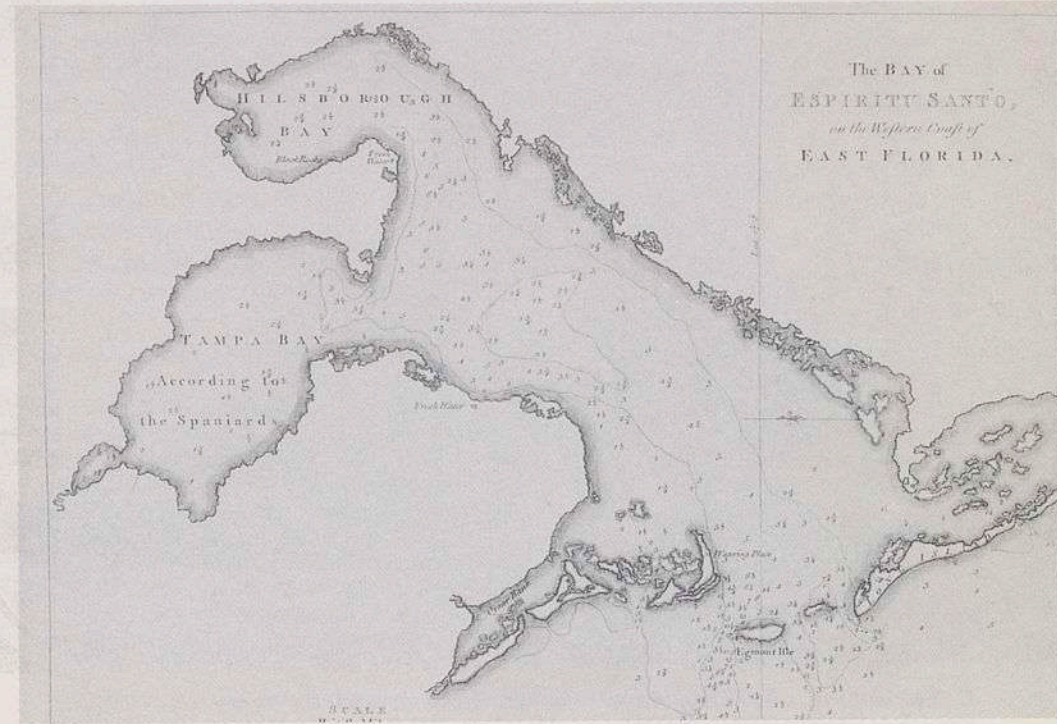
12. Mapa de La Española de fines del siglo XVI o comienzos del XVII. Atribuido a J.W. Blaeu. (Cortesía de la Hispanic Society of America).



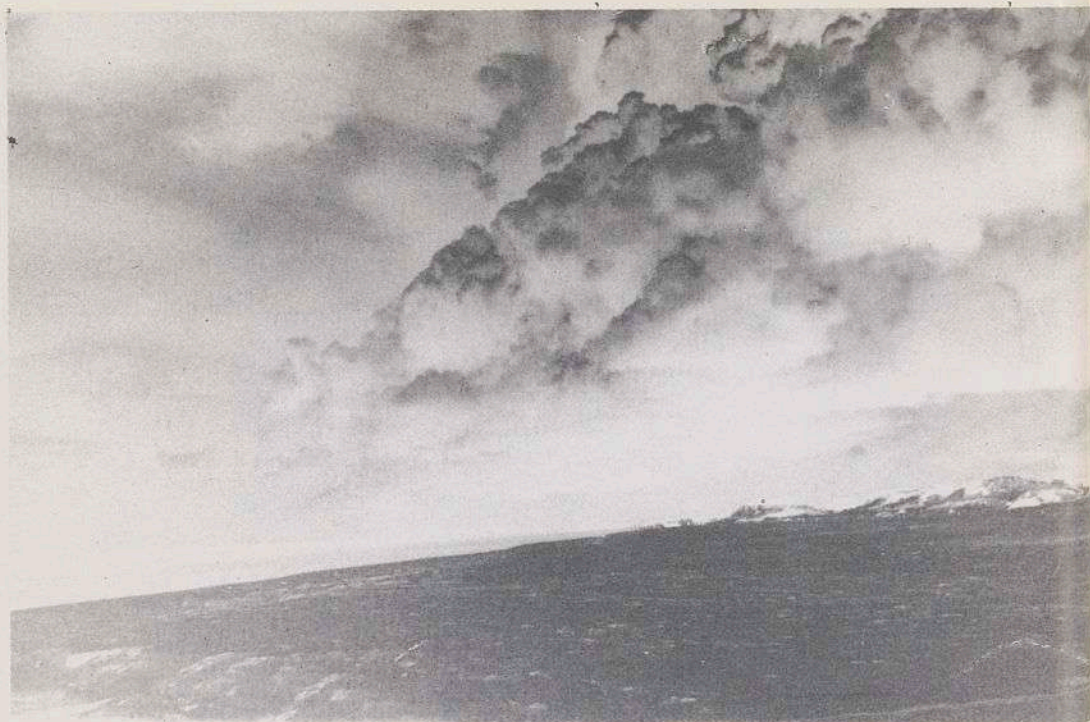
14. Bahía de La Habana, ca. 1615. Manuscrito de Nicolás de Cardona titulado Descripciones geográficas e hidrográficas de muchas tierras y mares del norte, y sur, en las Indias (sic) (Madrid, 1632). (Cortesía de la Biblioteca Nacional, Madrid). En este puerto hizo escala Cabeza de Vaca el 4 de mayo de 1537 al retornar a España.



13. Vista de Santo Domingo. Siglo XVII, ca. 1600. Grabado atribuido a un pintor flamenco desconocido. (Cortesía de la Hispanic Society of America).



15. Bahía de Tampa. Mapa del siglo XIX. Área en la que desembarcó la expedición de Pánfilo de Narváez en 1528. (Cortesía de la Florida Historical Society).



16. Costa oeste de la Florida en la que hicieron escala los españoles para obtener agua y provisiones. Isla de Santa Rosa, área de Pensacola. (Fotografía de Enrique Pupo-Walker).



17. Vista de la costa de la Florida, tal y como debió percibirla la expedición de Narváez. Foto ca. 1860. (Cortesía de la Florida Historical Society).

CAPÍTULO CATORZE

CÓMO SE PARTIERON CUATRO CHRISTIANOS

PARTIDOS ESTOS QUATRO CHRISTIANOS, dende a pocos días³⁰⁴ sucedió tal tiempo de fríos y³⁰⁵ tempestades que los indios no podían arrancar las raíces; y de los cañales³⁰⁶ en que pescauan ya no auía prouecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas començose a morir la gente y cinco christianos que estauan en rancho³⁰⁷ en la costa llegaron a tal estrecho que se comieron los vnos a los otros hasta que quedó vno solo, que por ser solo³⁰⁸ no huuo quien lo comiesse³⁰⁹. Los nombres dellos son estos: Sierra, Diego López, Corral, Palacios, Gonçalo Ruyz. Deste caso se alteraron tanto los indios y ouo entre ellos tan gran escándalo, que sin dubda si³¹⁰ al principio ellos lo vieran, los mataran y todos nos viéramos en grande trabajo; finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta³¹¹ hombres que de ambas partes allí llegamos quedaron viuos solo³¹² quinze; y después de muertos éstos, dio a los indios de la tierra vna enfermedad de estómago de que murió la mitad de la gente dellos, y creyeron que nosotros éramos los que los matáuamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar a los que auíamos quedado.

Ya que lo venían a poner en efecto, vn indio que a mí me tenía les dixo que no creyessen que nosotros éramos los que los matáuamos, porque si

304 a pocos días: O, «cinco o seis...», p. 297. Obsérvese la creciente imprecisión de las fechas.

305 y: Z, y de.

306 cañales: «caño o canal angosto». Dic.

307 en rancho: Z, xambo (sic). R, xancho. Léase: bajo techo.

308 solo: Z, om.

309 lo comiesse: éste es uno de los pocos casos en que una relación autorizada documenta explícitamente un grotesco episodio de canibalismo perpetrado por españoles. Ver, Cap. XVII.

310 sin dubda si: Z, que sí.

311 de ochenta: los que llegaron a la isla, encabezados por Núñez, Castillo y Dorantes, hacían un total de 97 personas. Los datos que aporta aquí Cabeza de Vaca son incompletos. Más tarde verificaría que otros dieciséis soldados habían sobrevivido. Hallenbeck, p. 53.

312 solo: el plural incorrecto solos ocurre en X, V y R. O, om.

nosotros tal poder tuuíéramos, escusáramos³¹³ que no murieran tantos de nosotros como ellos vían que auían muerto sin que les pudiéramos poner remedio, y que ya no quedáuamos sino muy pocos y que ninguno hazía³¹⁴ daño ni perjuyzio; que lo mejor era que nos dexassen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguieron este consejo y parescer, y así se estoruó su propósito. A esta ysla pusimos por nombre ysla de Malhado³¹⁵. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros³¹⁶. Tienen los hombres la vna teta horadada de vna parte a otra, y algunos ay que las tienen ambas, y por el agujero que hazen traen vna caña atrauessada, tan larga como dos palmos y medio y tan gruessa como dos dedos; traen también horadado el labio de abaxo y puesto en él vn pedaço de la caña, delgada como medio dedo.

Las mugeres son para mucho trabajo³¹⁷. La habitación que en esta ysla hazen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raýzes que he dicho, sacadas debaxo³¹⁸ el agua³¹⁹ por nouiembre y deziembre. Tienen cañales³²⁰ y no tienen más peces de para este tiempo³²¹, de ay adelante comen las raýzes. En fin³²² de hebrero van a otras partes a buscar con que mantenerse, porque entonces las raýzes comiençan a nascer y no son buenas. Es la gente del mundo que³²³ más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hazen; y quando acaesce que alguno se le muere el hijo,

313 *escusáramos*: Z, escuron.

314 *hazía*: Z, haziamos.

315 *Malhado*: R, «Malfondo...». Sin que sepamos por qué, a Oviedo le disgusta el nombre que Cabeza de Vaca y los suyos dieron a esta isla; el cronista censura arbitrariamente —en esta ocasión como en otras— que se haya elegido esa designación. Esta intervención de Oviedo ilustra hasta qué punto su redacción se superpone a la relación de Alvar Núñez y sus compañeros. Dice el cronista: «No quiero consentir al Cabeza de Vaca el nombre que en su impresión [se refiere a Z] da a aquella isla...», pp. 314-315. La descripción que Núñez ofrece de la isla evoca, como trasfondo, las desventuras de Ulises a manos de Calipso. También se describe en términos similares la isla de Naxos en la que Teseo abandona a Ariadna Ecos de Herodoto aparecen en estas descripciones, sobre todo en lo que se refiere a Lemnos y a Icaria. (V. 136-140.)

316 Hallenbeck identifica estas tribus como *capoques* y *han*, p. 54. Cabe añadir que Hallenbeck se extiende aquí en consideraciones antropológicas que no se basan en Z, V, R, ni en O; y que no provienen de investigaciones científicas reconocidas.

317 Esas divisiones del trabajo eran similares entre tribus más avanzadas y ubicadas en las regiones que hoy ocupan Texas, Arizona y Nuevo México. Newcomb, pp. 119-265 y sigtes.

318 *debaxo*: en el siglo XVI, *debaxo* y *baxo* de se usaron a menudo con significados equivalentes. Keniston, 41. 32.

319 *el agua*: léase: debajo del agua.

320 *cañales*: Z, canales. Oviedo describe así el régimen de vida que Núñez padeció entre aquellos indios, «y el tesoro se quedó allí do estaba cinco años e medio, cavando dende la mañana hasta la noche, sacando raíces con un coa o palo que usan los indios para aquello, de debajo de tierra e debajo del agua, e trayendo cada día una carga o dos de leña a cuestras sobre la carne e carone [lesión] de ella, sin tener ropa alguna, sino como salvaje o indio», p. 295.

321 *y no tienen... este tiempo*: léase: y en esta época no encuentran peces.

322 *En fin de*: arc, a fines de. En el siglo XV y XVI es común, en la prosa castellana, la supresión del artículo al constatar fechas y datos específicos.

323 *que*: Z, que a.

llóranle los padres y los parientes y todo el pueblo, y el llanto dura vn año cumplido³²⁴, que cada día por la mañana, antes que amanezca³²⁵ comiençan primero a llorar los padres y tras esto todo el pueblo, y esto mismo hazen al medio día y quando amanesce; y passado vn año que los han llorado, házenle³²⁶ las honrras del muerto y láuanse y límpianse del tizne que traen.

A todos los defuntos lloran desta manera, saluo a los viejos, de quien no hazen caso, porque dizen que ya han passado su tiempo y dellos ningún prouecho ay; antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento a los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, sino son los que entre ellos son físicos³²⁷, que a estos quémalos y mientras el fuego arde todos están baylando y haziendo muy gran fiesta, y hazen poluos los huessos. Y passado vn año, quando se hazen sus honrras todos se jassan³²⁸ en ellas y a los parientes dan³²⁹ aquellos poluos a beuer, de los huessos, en agua. Cada vno tiene vna muger conocida. Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos o tres y entre éstas ay muy gran amistad y conformidad. Quando viene que alguno casa su hija, el que la toma por muger, dende el día que con ella se casa todo lo que matare caçando, o pescando, todo lo trae la muger a la casa de su padre, sin osar tomar, ni comer, alguna cosa dello, y de casa del suegro le lleuan a él de comer; y en todo este tiempo el suegro, ni la suegra, no entran³³⁰ en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros, ni cuñados, y si acaso se toparen por alguna parte se desuían vn tiro de ballesta el vno del otro; y entre tanto que assí van apartándose³³¹, lleuan la cabeça baxa y los ojos en tierra puestos, porque tienen por cosa mala verse ni hablarse.

Las mugeres tienen libertad³³² para comunicar y conuersar con los suegros y parientes. Y esta costumbre se tiene desde la ysla hasta más de cinquenta leguas por la tierra adentro. Otra costumbre ay y es que quando algún hijo o hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dexan morir de hambre, y los parientes y los vezinos les proueen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuimos murió tanta gente de ellos, en las más casas auía muy gran hambre por

324 Téngase en cuenta que esos son datos aproximados. En contraste con Oviedo, Núñez suele preferir fechas exactas.

325 *amanezca*: Z, amanasca.

326 *házenle*: Z, hozēle.

327 *físicos*: arc, médicos. «Vale tanto vulgarmente como el que profesa la ciencia de la naturaleza de las cosas y sabe sus calidades y propiedades», *Aut*.

328 *se jassan*: por se sajan; significa hacerse un corte o herida. «Hacer o dar cortaduras», *Aut*. El verbo en sus diversos usos generalmente aparece como andalucismo. *Alcalá*.

329 *dan*: Z, davan.

330 *el suegro, ni la suegra, no entran*: en el siglo XVI no se usó en la misma oración con *ni* cuando esta última partícula negativa aparece después del verbo. La construcción que cito, en la que *ni* precede al verbo, es más frecuente en los siglos XIV y XV. Keniston, 40. 81-40.

331 *apartándose*: V, aportadosse.

332 *tienen libertad*: Z, la libertad.

guardar también su costumbre y cerimonia; y los que lo buscauan, por mucho que trabajauan, por ser el tiempo tan rezio no podían auer sino muy poco. Y por esta causa los indios que a mí me tenían se salieron de la ysla y en vnas canoas se passaron a Tierra Firme a vnas bayás adonde tenían muchos hostiones; y tres meses del año no comen otra cosa y beuen muy mala agua³³³. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificios de esteras sobre muchas cáxcaras de hostiones, y sobre ellos duermen en cueros y no los tienen sino es acaso³³⁴. Y así estuuiamos hasta en fin de abril*, que fuymos a la costa de la mar, a do comimos moras de çarças todo el mes, en el qual no cessan de hazer sus areyptos³³⁵ y fiestas³³⁶.

333 *muy mala agua*: O, dice: «agua sino salobre; e otros cuatro meses del año comen hierbas del campo e zarzamoras; e dos meses otros chupan unas raíces, e comen unas arañas muy grandes, e lagartijos e culebras e ratones, puesto que algunas veces tienen venados, e otros dos meses comen pescado que matan en canoas; e otras raíces comen que son turmas de tierra que sacan del agua...», p. 295. «Criadillas [o turmas] se llama también a cierto género de raíces redondas, que produce la tierra, sin hojas, sin tallo, y de color roxo, aunque las más delicadas y sabrosas son negras», *Aut.*

334 *y no los tienen sino es acaso*: léase: por si acaso lo tienen. Aunque no tiene mucho sentido, el antecedente de la frase parece ser «cáxcaras de hostiones». Smith, al traducir este pasaje, inexplicablemente indica que dormían sobre pieles, p. 77.

335 *areyptos*: vocablo de origen arauaco que alude a rituales indígenas que Oviedo y Núñez conocieron en las Antillas. Es factible que Núñez haya conocido esa voz en los escritos de Oviedo.

336 Lope de Hurtado informó a la Corona, desde Santiago de Cuba, que el 20 de mayo de 1529 había llegado a ese puerto una carabela que en vano trató de localizar a las tropas de Narváez cuando éstos se encontraban en el interior de la península. Smith, p. 79. Se observará, además, que en la cronología de la expedición han transcurrido cerca de cinco meses sin que se hagan alusiones específicas a fechas. Es comprensible que así sea dada las vicisitudes extremas en que se veían entonces los españoles.

* Abril, 1529.

CAPÍTULO QUINZE

DE LO QUE NOS ACAESCIÓ EN LA VILLA³³⁷

DE MALHADO

EN AQUELLA YSLA que he contado nos quisieron hazer físicos, sin examinarlos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo y con aquel soplo y las manos echan dél la enfermedad, y mandáronnos que hiziésemos lo mismo y siruíésemos en algo; nosotros nos reýamos de ello, diziendo que era burla y que no sabíamos curar, y por esto nos quitauan la comida hasta que hiziésemos lo que nos dezían. Y viendo nuestra porfía, vn indio me dixo a mí que yo no sabía lo que dezía en dezir que no aprouecharía nada aquello él sabía, ca³³⁸ las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud, y que él con vna piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaua y quitaua el dolor, y que nosotros, que éramos hombres³³⁹, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin nos vimos en tanta necesidad que los ouimos de hazer sin temer que nadie nos lleuasse por ello la pena³⁴⁰. La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que en viéndose enfermos, llaman vn médico y después de curado no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle.

Lo que el médico haze es dalle unas sajas³⁴¹ adonde tiene el dolor, y chúpanles alderredor dellas. Dan cauterios³⁴² de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy prouechosa, e yo lo he experimentado, y me sucedió³⁴³ bien dello; y después desto soplan aquel lugar que les duele y con esto creen

337 Sólo en este capítulo y en el XVI se utiliza villa en lugar de isla. En la Tabla de V se lee vila.

338 *ca*: *arc*, «que como adverbio causal vale lo mismo que porque», *Aut.*

339 Sorprende esa observación. Por *hombres* aquí se sobreentiende representantes de una cultura más avanzada. Alvar Núñez no suele despreciar al indio, sino todo lo contrario.

340 *sin temer que nadie nos lleuasse por ello la pena*: léase: sin que nos avergonzáramos.

341 *sajas*: ver: n.º 321.

342 *cauterios*: *arc*, de cauterizaciones. También se llamaba así al utensilio, «instrumento de hierro de que usan los cirujanos». *Aut.*

343 *sucedió*: Z, suçcedió.

ellos que se les quita el mal³⁴⁴. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos y rezar vn *Pater noster* y vn *Aue María* y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diese salud y espirasse³⁴⁵ en ellos que nos hiziesen algún buen tratamiento. Quiso Dios Nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos dezían a los otros que estauan sanos y buenos; y por este respecto nos hazían buen tratamiento y dexauan ellos de comer por dárnoslo a nosotros y nos dauan cueros y otras cosillas. Fue tan extremada la hambre que allí se passó que muchas vezes estuue tres días sin comer ninguna cosa, y ellos también lo estauan, y parecíame ser cosa impossible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necessidades me vi después, como adelante diré.

Los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y a los demás que auían quedado viuos, como eran de otra lengua y de otra parentela, se passaron a otra parte de la Tierra Firme a comer hostiones, y allí estuuieron hasta el primero día del mes de abril³⁴⁶, y luego boluieron a la ysla, que estaua³⁴⁷ de allí hasta dos leguas por lo más ancho del agua, y la ysla tiene media legua de traué y cinco en largo. Toda la gente desta tierra anda desnuda; solas las mugeres traen de sus cuerpos algo cubierto con vna lana que en los árboles se cría³⁴⁸. Las moças se cubren con vnos cueros de venados. Es gente muy partida³⁴⁹ de lo que tienen, vnos con otros. No ay entre ellos señor. Todos los que son de vn linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas: a los vnos llaman de capoques, y a los otros de han³⁵⁰; tienen por costumbre quando se conocen y de tiempo a tiempo se veen, primero que hablen³⁵¹, estar media hora llorando, y acabado esto

344 Los rituales que exigían las supuestas curaciones entre los indios de esta región, y regiones adyacentes, las observaron los jesuitas adscritos a las misiones de Sonora, en Nueva España. Un siglo después, el padre Ribas, que conoció el texto de los *Naufragios*, describiría los rituales que practicaban curanderos de comunidades indígenas entre las que vivió Cabeza de Vaca, Smith, p. 821. Ver, además, J. Burt y R.B. Ferguson, *Indians of the Southeast: Then and Now* (Nashville, New York: Abingdon Press, 1973), pp. 34, 66, 68, 118, 119 y sigtes.

345 y espirasse en ellos: «espigar vale assimismo infundir espíritu... animar y vivificar y mover las almas», *Aut.*

346 del mes de abril: O, «fin del mes de marzo, año de mil e quinientos e veinte y nueve...», p. 295.

347 que estaua: Z, estara.

348 una lana que en los árboles se cría: es la *Tillandsia usneoides*: planta parasitaria y adventicia que produce fibras colgantes, largas y muy resistentes de color verde grisáceo. En inglés ese musgo se conoce como *Spanish moss*. Esta planta abunda en las regiones subtropicales del suroeste de Norteamérica, y sobre todo en la Florida y Luisiana. Hawkings, Le Moyne, Escalante, Fontaneda y otros viajeros la describen repetidamente. Smith, p. 83.

349 gente muy partida: léase: generosa. «Vale también como franco, liberal y que reparte con otros lo que tiene», *Aut.*

350 capoques, y... han: eran tribus pertenecientes a culturas costeñas vinculadas a los carancaguas y coahuiltecas, Newcomb₁, pp. 33-52. En esta edición se comenta el significado antropológico que tienen algunas de las observaciones que hace Cabeza de Vaca sobre esas culturas, hoy desaparecidas. Ver: (II, c).

351 hablen: Z, se hablen.

aquel que es visitado se leuanta primero y da al otro todo quanto posee; y el otro lo rescibe, y de ay a vn poco se va con ello, y aún algunas vezes después de rescebido, se van sin que hablen palabra. Otras estrañas costumbres tienen; mas yo he contado las más principales y más señaladas, por passar adelante y contar lo que más nos sucedió.

CAPÍTULO DIEZ Y SEYS

CÓMO SE PARTIERON LOS CHRISTIANOS
DE LA YSLA DE MALHADO

DESPUÉS QUE DORANTES Y CASTILLO boluieron a la ysla recogieron consigo todos los christianos, que estauan algo esparzidos, y halláronse por todos catorze. Yo, como he dicho, estaua en la otra parte en Tierra Firme, donde mis indios me auían lleuado y donde me auía dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida³⁵², aquella bastaua para del todo quitármela. Y como los christianos esto supieron dieron a vn indio la manta de martas que del cacique auíamos tomado, como arriba diximos, porque los passasse donde yo estaua, para verme³⁵³. Y assí vinieron doze, porque los dos quedaron tan flacos que no se atreueron a traerlos consigo; los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes; Valdiuieso, Estrada, Tostado, Chaues, Gutiérrez, Esturiano, clérigo, Diego de Huelua, Esteanico el negro, Benítez. Y como fueron venidos a Tierra Firme hallaron otro que era de los nuestros, que se llamaua Francisco de León³⁵⁴, y todos treze por luengo de costa³⁵⁵. Y luego que fueron³⁵⁶ passados, los indios que me tenían me auisaron dello y como quedauan en la ysla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estoruó que no les pude seguir, ni los vi.

Yo huue de quedar con estos mismos indios de la ysla más de vn año³⁵⁷, y por el mucho trabajo que me dauan y mal tratamiento que me hazían

352 *esperança de vida*: Z, diera en esperanza de vida. La sintaxis contrahecha pudo derivar de experiencias lingüísticas drásticamente ajenas al castellano, y que el relator reconstruye años después.

353 La veracidad de esos encuentros y visitas las justifican unos y desmienten otros. Hallenbeck, pp. 56-57.

354 Cabeza de Vaca no explica cómo De León había sobrevivido y llegado hasta allí. Oviedo no lo menciona, y tampoco el Hidalgo de Elvas. Diego Dorantes y Valdivieso, antes mencionados, eran primos de Andrés Dorantes. Hodge, p. 69.

355 *por luengo de costa*: arc, a lo largo de la costa.

356 *fueron*: Z, fueron por.

357 *más de vn año*: la fecha podría ser abril o mayo de 1530.

determiné de huír dellos e yrme a los que moran en los montes y Tierra Firme, que se llaman los de charruco³⁵⁸, porque yo no podía sufrir la vida que con estos otros tenía, porque entre otros trabajos muchos, auía de sacar las raíces para comer, debaxo del agua, y entre las cañas donde estauan metidas en la tierra; y desto traía yo los dedos tan gastados que vna paja que me tocasse me hazía sangre dellos y las cañas me rompían por muchas partes porque muchas dellas estauan quebradas y auía de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía. Y por esto yo puse en obra de passarme a los otros y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hize mercader³⁵⁹ procuré de vsar el officio lo mejor que supe y por esto ellos me dauan de comer y me hazían buen tratamiento y rogáuanme que me fuesse de vnas partes a otras por cosas que ellos auían menester, porque por razón de la guerra que contino traen³⁶⁰, la tierra no se anda ni se contrata tanto³⁶¹. E ya con mis tratos y mercaderías entraua la tierra adentro³⁶² todo lo que quería y por luengo de costa me alargaua quarenta o cinquenta leguas³⁶³. Lo principal de mi trato era pedaços de caracoles de la mar y coraçones dellos y conchas con que ellos cortan³⁶⁴ vna fruta que es como frisoles³⁶⁵, con que se curan y hazen sus bayles y fiestas, y esta es la cosa de mayor prescio que entre ellos ay, y cuentas de la mar y otras cosas. Assí esto era lo que yo lleuaua la tierra adentro.

Y en cambio y trueco dello traía cueros y almagra³⁶⁶ con que ellos se

358 *Charruco*: sin duda se trata de un clan de los coahuiltecas pero Hodge, Hallenbeck, Smith y Bandelier no los identifican con suficiente especificidad. La transcripción al castellano hace pensar que pudo haber sido un clan adyacente a la cultura de los indios cados, ubicados al norte de esta región.

359 *yo me hize mercader*: O, «Andrés Dorantes...», p. 295. Esta divergencia es sorprendente y bien pudo ser un error de lectura por parte del cronista. En este sector de la narración, Oviedo concede una preponderancia a las acciones de Castillo y Dorantes que contrasta con el protagonismo que después se otorga Cabeza de Vaca. Cabe suponer que la relación aprovechada por Oviedo hacía más equitativa la participación de los tres españoles que sobrevivieron. Justo es que así sea si, según se cree, los tres colaborarán en la redacción del texto que se envió a la Audiencia de La Española. Ver: (I, e).

360 *traen*: Z, tienen.

361 *no se anda ni se contrata tanto*: léase: no se cuida ni cultiva. Cabeza de Vaca parece tener en mente el *contractus locationis* en lo que se refiere al uso y beneficios de la tierra. Ver: *Aut*.

362 *entraua la tierra adentro*: algunos de los que han examinado la ruta de Cabeza de Vaca estiman que éste pudo haber llegado hasta lo que es hoy el sur del estado de Oklahoma. Hallenbeck, p. 57. Esa aseveración me parece muy discutible, sobre todo si se toma en cuenta lo restringido que debía ser el itinerario de intercambios que estableció Núñez.

363 *quarenta o cinquenta leguas*: Z, cuarenta y cincuenta leguas. O, «cuarenta leguas adelante; e pasó, tres veces que fue, un ancón, el cual dice que cree que, por las señas de él, es que llaman del Espíritu Sancto...», p. 296. No parece tratarse del mismo ancón al que más abajo alude Cabeza de Vaca. Hodge, p. 153.

364 *con que ellos cortan*: Z, cortauan.

365 *frisoles*: arc, frijoles. En el siglo XVI este vocablo era un andalucismo; en Castilla era más común *pisol* o *frijol*. «Son habitats en forma de riñoncito», *Cov*; *Alcalá*.

366 *almagra*: léase: almagre; «óxido de hierro, más o menos arcilloso, muy abundante en la naturaleza, que se emplea en pintura. También conocido por almazarrón», *M.M.* «Especie de tierra colorada... que se sirve para teñir», *Aut*.

vntan y tiñen las caras y cabellos; pedernales para puntas de flechas, engrudo³⁶⁷ y cañas duras para hazerlas, y vnas borlas que se hazen de pelos de venados, que las tiñen y paran coloradas³⁶⁸; y este officio me estaua a mi bien, porque andando en él tenía libertad para yr donde quería y no era obligado a cosa alguna y no era esclauo, y donde quiera que yua me hazían buen tratamiento y me dauan de comer, por respecto de mis mercaderías, y lo más principal porque andando en ello yo buscava por donde me auía de yr adelante, y entre ellos era muy conocido; holgauan mucho quando me vían y les traía lo que auían menester, y los que no me conocían me procurauan y desseauan ver, por mi fama. Los trabajos que en esto passé sería largo contarlos, assí de peligros y hambres como de tempestades y fríos, que muchos dellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé. Y por esta causa yo no trataua el officio en inuierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus choças y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse.

Fueron casi seys años³⁶⁹ el tiempo que yo³⁷⁰ estuue en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andauan. La razón porque tanto me detuue fue por llevar comigo vn christiano que estaua en la ysla, llamado Lope de Ouiedo. El otro compañero de Alaniz, que con él auía quedado quando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego, y por sacarlo de allí yo³⁷¹, passaua a la ysla cada año³⁷² y le rogaua que nos fuésemos a la mejor maña que pudiésemos en busca de christianos; y cada año me detenía, diciendo que el otro siguiente nos yríamos. En fin, al cabo lo saqué y le passé el ancón e quatro ríos³⁷³ que ay por la costa, porque él no sabía nadar. Y ansí fuymos con algunos indios adelante hasta que llegamos a vn ancón que tiene vna legua de traués y es por todas partes hondo, y por lo que dél nos pareció y vimos es el que llaman del Espíritu Sancto³⁷⁴; y de la otra parte dél³⁷⁵ vimos vnos indios que vinieron a ver los nuestros y nos dixerón cómo más adelante auía tres hombres como nosotros y nos dixerón los nombres dellos³⁷⁶.

367 *engrudo*: «masa hecha con harina cocida en agua, que se emplea para pegar», *M.M.* «La talvina [postre] que se hace con harina desgastada en agua y a lento fuego». *Aut.*

368 *paran coloradas*: léase: borlas teñidas de rojo.

369 *casi seys años*: *O.* «cinco años y medios...», p. 295.

370 *yo*: *O.* «Andrés Dorantes...», p. 296.

371 *yo*: *O.* «Andrés Dorantes...», p. 296.

372 *cada año*: *O.* «dos veces...», p. 296.

373 *quatro ríos*: hoy se sabe que fueron los ríos siguientes: Oyster Creek, Brazos, San Bernardo y Caney Creek. Hallenbeck, p. 131.

374 *Espíritu Sancto*: en esta ocasión se trata de la bahía de Matagorda. Una sección de esa misma bahía aún retiene el nombre Espíritu Santo. Hallenbeck, p. 58. Smith ofrece la descripción más completa de esta bahía, pp. 88-89.

375 *parte dél*: *O.* «diez leguas adelante...», p. 296. En este caso, como en la oración anterior, «dél» parece remitir al sustantivo ancón.

376 *los nombres dellos*: *O.* «sus nombres...», p. 296.

* 1528-1533.

Y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frío y de hambre³⁷⁷. Y que aquellos indios de adelante, ellos mismos, por su passatiempo, auían muerto a Diego Dorantes y a Valdeuieso y a Diego de Huelua porque se auían passado de vna casa a otra; y que los otros indios sus vezinos, con quien agora estaua el capitán Dorantes, por razón de vn sueño que auían soñado auían muerto a Esquiuel y a Méndez³⁷⁸. Preguntámosles qué tales estauan los viuos; dixéronnos que muy mal tratados porque los mochachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les dauan muchas coces y bofetones y palos, y que esta era la vida que con ellos tenían.

Quesímonos³⁷⁹ informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella auía; respondieron que era muy pobre de gente y que en ella no auía que comer, y que morían de frío porque no tenían cueros, ni con qué cubrirse. Dixéronnos también si queríamos ver aquellos tres christianos, que de ay a dos días, los indios que los tenían vernían a comer nuezes³⁸⁰, vna legua de allí, a la vera de aquel río, y porque viésemos que lo que nos auían dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mío de bofetones y palos, e yo no quedé sin mi parte, y de muchos pellazos³⁸¹ de lodo que nos tirauan, y nos ponían cada día las flechas al coraçon diciendo que nos querían matar como a los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Ouiedo³⁸² mi compañero, dixo que quería boluerse con vnas mugeres de aquellos indios con quien auíamos passado el ancón que quedaua algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiziesse, y passé muchas cosas y por ninguna vía lo pude detener y assí se boluió e yo quedé solo con aquellos indios, los quales se llamauan queuenes, y los otros con quien él se fue, llaman deaguanes³⁸³.

377 *de frío y de hambre*: *O.* «habían muerto otros tres o cuatro cristianos...», p. 296. Aquí concluye la *Relación* que Alvar Núñez entregó al virrey Mendoza y que se ha reproducido en la *C.D.I.* vol. XIV, pp. 269-279.

378 *Méndez*: éste fue uno de los enviados anteriormente en busca del Pánuco. Esquiuel formó parte de la tripulación que se agrupó en la barca del contador Alonso Enriquez.

379 *Quesímonos*: *Z.* Quesimosnos.

380 *comer nuezes*: estas nueces eran, con toda seguridad, *pecan nuts* (*Carya olivaeformis*), que tanto abundan en estas regiones de Texas y el sureste de Norteamérica. Tiene el tamaño de una aceituna frondosa, su color es ocre oscuro y es muy apreciada comercialmente. Los indios aprovecharon esta nuez en la vasta cuenca del que hoy se denomina río Nueces. Bethel Coopwood identifica esas nueces como «pacanas» (*Carya illinoensis*), lo cual parece improbable. Ver: «The Route of Cabeza de Vaca», *Quarterly of the Texas State Historical Association* III (octubre, 1899), p. 121. *ic.*

381 *pellazos*: *arc.* bolas de lodo. Se llamaba pella a «La massa que se une y aprieta regularmente en forma redonda», *Aut.*

382 Ésta es la última noticia que se tuvo de Lope de Oviedo. Bishop, pp. 71-79; 84-86, sugiere que éste se amancebó con una india de la isla de Malhado, pero no hay datos que así lo comprueben; es cierto, por otra parte, que numerosos incidentes de esa índole se registraron durante la conquista.

383 *queuenes, y... deaguanes*: se refiere muy probablemente a los guevenes e iguaces según Hallenbeck, p. 77. Ferguson, basándose en las investigaciones de Krieger, estima que se trata de comunidades de indios muy próximos a la cultura carancagua; cultura que también hablaba uno de los muchos dialectos de la lengua coahuilteca. Ferguson, pp. 33-36; William B. Griffin, «Southern Periphery: East», *H.B.A.I.*, pp. 329-338.

CAPÍTULO DIEZ Y SIETE

CÓMO VINIERON LOS INDIOS Y TRUXERON
A ANDRÉS DORANTES Y A CASTILLO
Y A ESTEUANICO

DESDE A DOS DÍAS³⁸⁴ que Lope de Ouiedo se auía ydo, los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mesmo lugar que nos auían dicho, a comer de aquellas nuezes de que se mantienen, moliendo vnos granillos con ellas, dos meses³⁸⁵ del año, sin comer otra cosa, y aún esto no lo tienen todos los años, porque acuden vno, y otro no; son del tamaño de las de Galizia y los árboles son muy grandes y ay gran número dellos. Un indio me auisó cómo los christianos eran llegados y que si yo quería verlos me hurtasse³⁸⁶ e huyesse a vn canto³⁸⁷ de vn monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos auían de venir a ver aquellos indios y que me lleuarían consigo adonde los christianos estauan. Yo me confié dellos y determiné de hazerlo porque tenían otra lengua distinta de la de mis indios³⁸⁸. Y puesto por obra, otro día fueron y me hallaron en el lugar que estaua señalado, y assí me lleuaron consigo.

Ya que llegué cerca de donde tenían su aposento, Andrés Dorantes salió a ver quién era, porque los indios le auían también dicho cómo venía vn christiano; y quando me vió fue muy espantado, porque auía muchos días que me tenían por muerto, y los indios assí lo auían dicho. Dimos muchas gracias a Dios de vernos juntos, y este día fue vno de los de mayor plazer que en nuestros días auemos³⁸⁹ tenido. Y llegado donde Castillo estaua me pre-

384 *a dos días*: Z, y de ay; O, «dos o tres...», p. 296.

385 *dos meses*: O, «un mes...», p. 296.

386 *hurtasse*: «vale assi mismo desviarse de algún parage por evitar algún riesgo», *Aut.* Al consultar sus diversos significados, se observará que este uso del verbo ya era poco común en el siglo XVI.

387 *a vn canto*: «Se toma algunas veces por lado o parte... significa también punta, remate de una cosa», *Aut.*

388 *de la de mis indios*: el razonamiento de Núñez ilustra su desesperación ya que el uso de otra lengua no le garantizaría mejor trato entre esas tribus desconocidas.

389 *auemos*: *arc*, hemos.

guntaron que dónde yua. Yo le dixé que mi propósito era de passar a tierra de christianos y que en este rastro y busca yua. Andrés Dorantes respondió que muchos días auía que él rogaua a³⁹⁰ Castillo y a Esteuánico que se fuesen adelante, y que no lo osauan hazer porque no sabían nadar y que tenían mucho los ríos y ancones por donde auían de passar, que en aquella tierra ay muchos. Y pues Dios nuestro Señor auía sido seruido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinauan de huyr³⁹¹, que yo los passaría de los ríos y ancones que topássemos, y auisáronme que en ninguna manera diesse a entender³⁹² a los indios, ni conosciessen de mí, que yo quería passar adelante, porque luego me matarían; y que para esto era menester que yo me detuuiesse con ellos seys meses, que era tiempo en que aquellos indios yuan a otra tierra a comer tunas³⁹³.

Esta es vna fruta que es del tamaño de hueuos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómenlas tres meses del año³⁹⁴, en los quales no comen otra cosa alguna, porque el tiempo que ellos las cogían venían a ellos otros indios de adelante que traían arcos, para contratar y cambiar con ellos; y que quando aquellos se boluiesen nos huyríamos de los nuestros y nos bolueríamos con ellos. Con este concierto yo quedé allí y me dieron por esclauo a vn indio con quien Dorantes estaua, el qual era tuerto, y su muger y avn hijo que tenía y otro que estaua en su compañía; de manera que todos eran tuertos³⁹⁵. Estos se llaman marianes, y Castillo estaua con otros sus vezinos llamados yguas³⁹⁶. Y estando aquí ellos me contaron que después que salieron de la ysla de Malhado, en la costa de la mar hallaron la varca en que yua el contador y los frayles, al traués, y que yendo passando³⁹⁷ aquellos

390 *a*: Z, *om.*

391 *huyr*: Z, huir y. Con anterioridad a esta variante nótese que en V se lee: «y al cabo traerme... el antecedente es Dorantes.

392 *a entender*: Z, ender.

393 *a comer tunas*: se refiere a las frutas que produce el cacto *subgenus* de esta región del suroeste de Norteamérica. Es la fruta que en inglés se designa como *prickly pears*. Son monocotiledóneas de la familia *Opuntia vulgaris*. Hallenbeck, p. 65. Se observará, por otra parte, que Cabeza de Vaca no describe lo ocurrido en ese amplio intervalo de seis meses. Esas omisiones ocurren más de una vez, e ilustran las dificultades que supone establecer una cronología rigurosa de la trayectoria seguida por Núñez y sus acompañantes.

394 *tres meses del año*: O, «mes y medio a dos meses... cincuenta o sesenta días...», p. 296.

395 *tuertos*: Z, *om*; O, «el qual era tuerto...de manera que todos eran tuertos...», p. 296.

396 *yguas*: los indios marianes e iguazas habitaban regiones situadas al sur del área donde hoy se encuentra la ciudad de San Antonio, Texas. Ambas tribus pertenecían a familias lingüísticas afines a las habladas por los coahuiltecas. Al desplazarse en busca de tunas seguían la trayectoria del río San Antonio. John Upton Terrel, *Estevanico The Black* (Los Ángeles: Westernlore Press, 1968), p. 39.

397 *yendo passando*: La sucesión de los gerundios que omite la función habitual del participio es incorrecta y ya poco frecuente en la prosa del siglo XVI. Pero según Keniston, se observa aún en textos que hoy consideramos clásicos. «Teniendo yo requemando mi jarro», *Lazarillo de Tormes*, *op. cit.*, p. 101.

ríos, que son quatro muy grandes y de muchas corrientes, les lleuó las varcas³⁹⁸ en que passauan, a la mar, donde se ahogaron quatro³⁹⁹ dellos, y que assí fueron adelante hasta que passaron el ancón, y lo passaron con mucho trabajo, y a quinze leguas⁴⁰⁰ adelante hallaron otro, y que quando allí llegaron ya se les auían muerto dos compañeros en sesenta leguas⁴⁰¹ que auían andado, y que todos los que quedauan estauan para lo mismo, y que en todo el camino no auían comido sino cangrejos e yerua pedrera⁴⁰².

Y llegados a este último ancón⁴⁰³ dezían que hallaron en él indios⁴⁰⁴ que estauan comiendo moras y como vieron a los christianos se fueron de allí a otro cabo, y que estando procurando y buscando⁴⁰⁵ manera para passar el ancón, passaron a ellos vn indio y vn christiano; y que llegado conocieron que era Figueroa, vno de los quatro que auíamos embiado adelante en la ysla de Malhado, y allí les contó cómo él y sus compañeros auían llegado hasta aquel lugar, donde se auían muerto dos dellos y vn indio, todos tres de frío y de hambre⁴⁰⁶, porque auían venido y estado⁴⁰⁷ en el más rezió tiempo del mundo; e que a él y a Méndez auía tomado los indios. Y que estando con ellos Méndez auían huydo, yendo la vía, lo mejor que pudo, de Pánuco, y que los indios auían ydo tras él e que lo auían muerto; e que estando él con estos indios supo dellos como con los mariames⁴⁰⁸ estaua vn christiano que auía passado de la otra parte, e lo auía hallado con los que llamauan queuenes; y que este christiano era Hernando de Esquiuel, natural de Badajoz, el qual venía en compañía del comissario, e que él supo de Esquiuel el fin en que auían parado el gouernador, y contador⁴⁰⁹, y los demás; y le dixo que el contador y los frayles auían echado al traués su varca entre los ríos, y viniéndose por luengo de costa llegó la varca del gouernador con su gente en tierra, y él se fue con su varca hasta que llegaron a aquel ancón grande⁴¹⁰ y que allí

398 *lleuó las varcas*: O, «das balsas...», p. 296.

399 *quatro*: O, «dos...», p. 296.

400 *quinze leguas*: O, «tres o cuatro... otras cinco o seis...», p. 297.

401 *sesenta leguas*: O, «tres... tres o cuatro... otras cinco o seis...», p. 297. Es notable la latitud descriptiva que Oviedo concede a estos datos.

402 *yerua pedrera*: Hallenbeck la identifica como la yerba costeña que hoy se le llama *kelp* en inglés (*Macrocystis pyrefera*). Suele abundar más en la costa del Pacífico que en las áreas adyacentes al golfo de México. Sin mayores explicaciones, Oviedo la identifica como planta de la que «en España hacen vidro...» (sic), p. 296.

403 *último ancón*: O, «otro ancón pequeño...», p. 297.

404 *en él indios*: O, «un indio...», p. 297.

405 *estando procurando y buscando*: las sustituciones incorrectas del infinitivo por el gerundio se repiten en este capítulo y en otros. Fue un vicio frecuente en las redacciones no cultas, sobre todo en los siglos XVI y XVII. Véase: Lapesa, pp. 293-408; y Elizabeth Luna Trail y Claudia Parodi, «Sintaxis de los pronombres átonos en construcciones de infinitivo durante el siglo XVI», *Anuario de Letras*, XII (1974), pp. 197-220. Ver: n.º 397.

406 *de frío y de hambre*: O, «los dos de hambre, y el otro habían matado los indios...», p. 297.

407 *estado*: Z, andado.

408 *mariames*: en este capítulo también se utiliza marianes. Ver n.º Cap. XXXII y la sección II (c) de mi estudio introductorio.

409 *contador*: O, «Alonso Enríquez...», p. 297.

410 *ancón grande*: O, «ancón que es dicho que creían que es del Espíritu Sancto...», p. 297.

tornó a tomar la gente y la passó del otro cabo y boluió por el contador y los frayles y todos los otros.

Y contó cómo estando desembarcados, el gouernador auía reuocado el poder que el contador tenía de lugarteniente suyo; y dio el cargo a vn capitán que traía consigo, que se dezía Pantoja⁴¹¹; e que el gouernador se quedó en su varca y no quiso aquella noche salir a tierra y quedaron con él vn maestre⁴¹² y un page que estaua malo; y en la varca no tenían agua ni cosa ninguna que comer, e que a media noche el norte vino tan rezió que sacó la varca a la mar sin que ninguno la viesse, porque no tenía por resón⁴¹³ sino vna piedra; y que nunca más supieron dél⁴¹⁴; e que visto esto, la gente que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa e que como hallaron tanto estoruo de agua hizieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte, e que yendo adelante llegaron a vna punta de vn monte, orilla del agua, e que hallaron indios que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas⁴¹⁵ y se passaron de la otra parte a la costa; y los christianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de nouiembre, pararon en este monte porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frío y de hambre se començaron poco a poco a morir.

Allende desto, Pantoja, que por teniente auía quedado, les hazía mal tratamiento, y no lo pudiendo⁴¹⁶ sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcallo, el de la ysla de Cuba, que en el armada auía venido por maestre de campo, se reboluió⁴¹⁷ con él y le dió vn palo de que Pantoja quedó muerto; y assí se fueron acabando. Y los que morían, los otros los hazían tasajos⁴¹⁸, y el último que murió fue Sotomayor; y Esquiuel lo hizo tasajos y comiendo dél se mantuuó hasta primero de Março, que vn indio de los que allí auían huydo vino a ver si eran muertos y lleuó a Esquiuel⁴¹⁹ consigo, y estando en poder deste indio el Figueroa lo habló y supo dél todo lo que auemos conta-

411 Oviedo dice que Narváez quitó el mando a Pantoja, p. 316; Núñez dice lo contrario.

412 *maestre*: O, «piloto que llamaban Pérez...», p. 297. Z y V no aportan ese dato. Piloto: «Persona a quien, después del capitán, correspondía antiguamente el gobierno económico de las naves mercantes.» M.M.

413 *resón*: «ancla pequeña», Dic. «Voz, al parecer, derivada del catalán ruixó». Cov.

414 Hallenbeck estima que el verdadero propósito de Narváez era abandonar el contingente, y que por ello se quedó con el maestre a bordo. Tanto el padre Las Casas en su *Historia de Indias* (II, 405, 534-545-; III, 256) como Oviedo se refirieron despectivamente a Narváez. Este último cronista dirá: «ya sabemos que Narváez nunca estuvo en aquella tierra a donde pensó llevar esta gente, pensando ser señor y gouernador, e pareceme a sí solo supo gouernar. Puede haber mayor liviandad que escuchar y seguir tales adalides...», p. 298.

415 *sus canoas*: Z, las canoas.

416 *no lo pudiendo*: Z, podiendolo. En el siglo XVI el pronombre no solía anteposeerse al gerundio. Ese uso era más frecuente cuando el pronombre estaba precedido por una partícula negativa. Keniston, 9.7-9, 733.

417 *se reboluió*: léase: luchó con él. Ver: n.º 103.

418 *tasajos*, «tassajo, pedazo [o cecina], trozo de carne salada y conservada seca», M.M. El vocablo todavía se utiliza en regiones del Caribe.

419 *Esquiuel*: según Oviedo, Esquiuel murió un mes después de su entrevista con Figueroa, p. 298.

do y le rogó que se viniese con él para yrse ambos la vía del Pánuco; lo qual Esquiuel no quiso hazer, diziendo que él auía sabido de los frayles que Pánuco⁴²⁰ auía quedado atrás, y assí se quedo allí, y Figueroa se fue a la costa adonde solía estar.

420 Pánuco estaba a unos 300 km al sureste de la región que ahora recorrían Núñez y sus compañeros. Lo que aquí se refiere sobre la conversación entre Esquiuel y Figueroa debió ocurrir durante el invierno de 1528-1529.

CAPÍTULO DIEZ Y OCHO

DE LA RELACIÓN QUE DIO DE ESQUIUEL

ESTA CUENTA TODA dio Figueroa por la relación que de Esquiuel auía sabido, y assí de mano en mano llegó a mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda aquella armada ouo y los particulares casos que a cada vno de los demás acontecieron. Y dixo más: que si los christianos algún tiempo andauan por allí, podría ser que viessen a Esquiuel, porque sabía que se auía huydo de aquel indio con quien estaua, a otros que se dezían los mareas, que eran allí vezinos. Y como acabo de dezir⁴²¹, él y el asturiano se quisieran⁴²² yr a otros indios que adelante estauan, más como los indios que lo tenían⁴²³ lo sintieron, salieron a ellos y diéronles muchos palos y desnudaron al asturiano⁴²⁴ y passáronle vn braço con vna flecha; y en fin⁴²⁵, se escaparon huyendo y los christianos⁴²⁶ se quedaron con aquellos indios y acabaron con ellos que los tomassen por esclauos, aunque estando siruiéndoles fueron tan mal tratados dellos como nunca esclauos ni hombres de ninguna suerte lo fueron, porque de seys que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las baruas por su passatiempo, por sólo passar de vna casa a otra mataron tres, que son los que arriba dixé: Diego Dorantes, y Valdiuieso y Diego de Huelua⁴²⁷.

421 Si lo que se narra al final del capítulo anterior y al principio de éste acusa una cierta ambigüedad, es porque Núñez intenta evocar lo que en aquellas circunstancias otros le trasmitieron. De hecho, la narración aquí tiene el cariz propio de la materia interpolada.

422 *se quisieran*: esta forma del imperfecto de subjuntivo solía utilizarse en el siglo XVI en función del pluscuamperfecto de indicativo. En escritos diversos esta forma aparece más bien como un convencionalismo literario de sesgo arcaico. Keniston, 32. 81.

423 *lo tenían*: Z, los tenían.

424 La presencia del asturiano no se explica satisfactoriamente ya que éste era uno de los trece que marchó a la costa en la primavera de 1529 y nunca antes se le relacionó con Figueroa, sobre todo después que este último dejara la isla de Malhado. Hallenbeck, p. 63.

425 *y en fin*: V, y en fin fin.

426 *los christianos*: Z, otros christianos.

427 *Diego de Huelua*: O, «se murieron de hambre [Valdiuieso y Huelua] porque el Dorantes dice que los halló después de muertos...», p. 301.

Y los otros tres que quedauan esperauan parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida Andrés Dorantes se huyó y se passó a los mareames, que eran aquellos adonde Esquiuel auía parado; y ellos le contaron cómo auían tenido allí⁴²⁸ a Esquiuel y cómo estando allí se quiso huyr porque vna muger auía soñado que le auía de matar vn hijo; y los indios fueron tras él y lo mataron y mostraron a Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro⁴²⁹ y otras cosas que tenía. Esto hazen estos por vna costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dexan comer a perros y las echan por ay. La razón porque ellos lo hazen es, según ellos dizen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casassen sus hijas multiplicarían tanto sus enemigos que los sujetarían y tomarían por esclauos⁴³⁰, y por esta causa querían más matallas que no que dellas mismas nasciesse quien fuesse su enemigo.

Nosotros les diximos que ¿por qué no las casauan con ellos mismos y también entre ellos?; dixeron que era fea cosa⁴³¹ casarlas con sus parientes y que era muy mejor matarlas que darlas a sus parientes, ni a sus enemigos, y esta costumbre vsan estos y otros sus vezinos que se llaman los yguazes⁴³², solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y quando éstos se han de casar compran las mugeres a sus enemigos, y el precio que cada vno da por la suya es vn arco, el mejor que puede auer, con dos flechas, y si acaso no tiene arco, vna red hasta vna braça en ancho y otra en largo; matan sus hijos y mercan los agenos; no dura el casamiento⁴³³ más de quanto están contentos y con una higa⁴³⁴ deshazén el casamiento. Dorantes estuuó con éstos y desde a pocos días se huyó⁴³⁵. Castillo y Esteuanico se vinieron dentro a la Tierra Firme, a los yeguazes.

Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dexamos⁴³⁶; e traen la teta y el labio horadados⁴³⁷. Su

428 allí a: Z, allí al.

429 La referencia al «libro» de Esquiuel es, a la vez, enigmática y sugestiva, sobre todo si recordamos que fue él quien dio una «relación» a Figueroa y éste a Cabeza de Vaca. El dato alude a una interpolación problematizada por versiones disímiles y que pudo haber tenido una base textual; dato éste que, a su vez, expande el registro de fuentes que se condensan en los *Naufra- gios*.

430 por esclauos: Z, om.

431 era fea cosa: Z, cosa fea. Las matizaciones que se ofrecen en esta sección indican la precisión con que Alvar Núñez había aprendido las lenguas de aquellas tribus.

432 yguazes: Z, Yaguazes. En este Cap. también aparece *yeguazes*.

433 casamiento: Z, om.; O, «matan sus hijos y mercan los agenos; no dura el casamiento...», p. 302.

434 una higa: «Amuleto con que vanamente se persuadían los gentiles que se libran del mal de ojo». *Aut.*

435 se huyó: se cree que esto ocurrió en el verano de 1529, de lo que se infiere que estos sobrevivientes estuvieron con los iguaces casi cuatro años. De ser así, esta estancia supone una prolongada convivencia en la considerable intimidad que siempre genera la necesidad de sobrevivir.

436 dexamos: Z, desauamos.

437 horadados: V, labio horadados; Z, horadadas como ellos.

mantenimiento principalmente es raíces de dos o tres maneras y búscanlas por toda la tierra; son muy malas e hinchan los hombres que las comen. Tardan dos días en assarse y muchas dellas son muy amargas; y con todo esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen que no se pueden passar sin ellas, y andan dos o tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados⁴³⁸, y a tiempos toman algún pescado; mas esto es tan poco y su hambre tan grande que comen arañas e hueuos de hormigas y gusanos e lagartijas e salamanquesas e culebras y bíuoras⁴³⁹ que matan los hombres que muerden⁴⁴⁰ y comen tierra y madera e todo lo que pueden auer, y estiércol de venados y otras cosas que dexó de contar; y creo aueriguadamente que si en aquella tierra ouiesse piedras, las comerían. Guardan las espigas del pescado que comen e de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo e comer el poluo dello. Entre éstos no se cargan los hombres, ni lleuan cosa de peso, más lléuanlo las mugeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen.

No tienen tanto amor a sus hijos como los que arriba diximos⁴⁴¹. Ay algunos entre ellos que vsan peccado contra natura. Las mugeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veynte y quatro horas que ay entre día y noche no tienen sino seys horas de descanso y todo lo más de la noche passan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen. Y desque amanesce comiençan a cauar y a traer leña y agua a sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los más destes son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en bolviendo vno la cabeça, su hijo mesmo o su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho y son grandes borrachos y para esto beven ellos vna cierta cosa⁴⁴². Están tan vsados a correr que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen vn venado y desta manera matan muchos dellos, porque los siguen hasta que los cansan y algunas vezes los toman viuos. Las casas de ellos son de esteras puestas sobre quatro arcos; lléuanlas acuestas⁴⁴³ y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprouechar; es gente muy alegre por mucha hambre que tengan, por esso no dexan de baylar ni de hazer sus fiestas y areyíos⁴⁴⁴.

438 venados: según Hallenbeck se trataba de antílopes (*Cervus elephas*), p. 67.

439 culebras y bíuoras: O, «comen culebras e lagartijas, ratones, grillos, çigarras, ranas e toda cuanta sabandija...», p. 303.

440 muerden: Z, cuando pican. Se trata principalmente de la serpiente cascabel que abunda en todo el suroeste de Norteamérica y que en esas regiones aún se consume enlatada.

441 Ahora se refiere a las tribus con las que convivió en la isla de Malhado.

442 vna cierta cosa: Hodge, entre otros, deduce que esa bebida se preparaba con el peyote (*Lophophora williamsii*), cacto con propiedades narcóticas que utilizaron los indios kiowas, comaches y otras tribus en el suroeste de Norteamérica, p. 66. «Los indios la tenían por planta con propiedades medicinales», *Mor.*

443 acuestas. Z, y sacan estas.

444 areyíos: Cabeza de Vaca, erróneamente, parece interpretar la gran variedad de ceremonias y rituales de que hacían uso estos indios como una interminable sucesión de ocasiones festivas. Newcomb, 53-54; 55-79.

Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es quando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre y todo el tiempo se les passa en baylar, y comen dellas de noche y de día todo el tiempo que les duran; esprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar y después de secas pónenlas en vnas seras⁴⁴⁵, como higos, y guárdanlas para comer por el camino quando se bueluen, y las cáxcaras dellas muélenlas y házenlas poluo. Muchas vezes estando con éstos nos aconteció tres o quatro días estar sin comer porque no lo auía; ellos, por alegrarnos nos dezían que no estuuiésemos tristes, que presto auría tunas y comeríamos muchas y beueríamos del çumo dellas y terníamos⁴⁴⁶ las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna. Y desde el tiempo que esto nos dezían hasta que las tunas se ouiesesen de comer auía cinco o seys meses; y en fin ouimos de esperar aquestos seys meses⁴⁴⁷ y quando fue tiempo fuymos a comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de moxquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos y todo lo más del verano nos dauan mucha fátiga. Y para deffendernos⁴⁴⁸ dellos hazíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada para que no ardiessen e hiziéssen humo, y esta defensión⁴⁴⁹ nos daua otro trabajo; porque en toda la noche no hazíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daua, y sobre esto gran calor que nos causauan los muchos fuegos; y salíamos a dormir a la costa y si alguna vez podíamos dormir recordáuannos⁴⁵⁰ a palos para que tornássemos a encender los fuegos.

Los de la tierra adentro, para esto vsan otro remedio tan incomportable⁴⁵¹ y más que éste que he dicho, y es andar con tizonas en las manos, quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan, y también para sacar debaxo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas, para comerlas. Y también suelen matar venados cercándolos con muchos fuegos. Y vsan también esto por quitar a los animales el pasto que⁴⁵² la necesidad les haga yr a buscarlo a donde ellos quieren, porque nunca hazen assiento con sus casas sino donde ay agua y leña. Y alguna vez se cargan

445 *seras*: «bolsa de forma rectangular más larga que alta, hecha generalmente de esparto que se emplea para contener y transportar cosas», *M.M.* Ese tipo de bolsa doble se conoce hoy en diversas partes de Hispanoamérica como serón. En Colombia significa: «Carga de carbón o leña que puede llevar un caballo». *Mor.*

446 *terníamos*: tanto el futuro de indicativo como el condicional de *tener* podían retener, en el siglo XVI, la raíz *tern*. *Terníamos*, *ternán* y otras formas similares del verbo se verifican en *el Amadís de Gaula* (1508), Ed. de E.B. Place (Madrid, C.S.I.C., 1962), p. 19; en *La lozana andaluza* (1528), Ed. B. Damiani (Madrid, Castalia), p. 32.

447 *seys meses*: son estos intervalos, antes señalados, los que destacan como señalizaciones ambiguas de la secuencia narrativa.

448 *deffendemos*: *arc*, protegemos.

449 *defensión*: *arc*, precaución, amparo.

450 *recordáuannos a palos*: léase: nos castigaban a palos. «[Recordar] exitar, mover a otro.» *Aut.*

451 *incomportable*: *arc*, intolerable. «Lo que no se puede tolerar o llevar, física o moralmente», *Aut.*

452 *que*: *Z*, y que.

todos desta prouisión e van a buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no ay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hazen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleuen para el camino. Y quando parten, tales van de los mosquitos que parece que tiene enfermedad de Sant Lázaro⁴⁵³. Y desta manera satisfazen su hambre dos o tres vezes en el año, a tan grande costa⁴⁵⁴ como he dicho, y por auer passado por ello puedo afirmar que ningún trabajo que se sufra en el mundo yguala⁴⁵⁵ con éste. Por la tierra ay muchos venados y otras aues e animales de las que atrás⁴⁵⁶ he contado.

Alcançan aquí vacas⁴⁵⁷ e yo las he visto tres vezes y comido dellas y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas⁴⁵⁸, y el pelo muy largo, merino como vna bernia⁴⁵⁹; vnas son pardillas y otras negras y a mi parescer tienen mejor y más gruessa carne que de las de acá. De las que no son grandes hazen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hazen çapatos y rodela⁴⁶⁰; éstas vienen de hazia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda⁴⁶¹ la tierra más de quatrocientas leguas, y en todo este camino por los valles por donde ellas vienen, baxan las gentes que por allí habitan y se mantienen dellas y meten en la tierra grande cantidad de cueros⁴⁶².

453 *enfermedad de Sant Lázaro*: llagas de tipo leproso.

454 *costa*: «lo mismo que coste y costo», *Aut.*

455 *yguala*: en el siglo XVI las construcciones impersonales a menudo omitían la forma reflexiva. *Lapesa*, pp. 401-403.

456 *atrás*: *V*, otras.

457 *vacas*: bisonte americano. Ésta es la primera vez que se registra la existencia de este animal (*Bubalus bubalis*), similar, en algunos aspectos, al desaparecido bisonte europeo a (*Bison bonasus*).

458 *moriscas*: andalucismo. «Animal, planta o flor de tamaño pequeño», *Alcalá*. Se dan ejemplos variados.

459 *merino como vna bernia*: se designaba como bernia «cierta tela antigua de lana, muy gruesa, de la que se hacían capas», *M.M.* Merino era una variedad de carneros españoles, de lana fina y rizada. *Dic.* En ese contexto la frase en cuestión parece aludir a tela de lana rizada.

460 *rodela*: escudo (de armas) de forma redonda. *Cov.*, *M.M.*

461 *toda*: *Z*, om.

462 *cantidad de cueros*: *V*, contidad. Procedimiento que, al parecer, se utilizaba para curtir las pieles.

CAPÍTULO DIEZ Y NUEVE

DE CÓMO NOS APARTARON LOS INDIOS

QUANDO FUERON CUMPLIDOS los seys meses⁴⁶³ que yo estuue con los christianos esperando a poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los indios se fueron a las tunas, que auía⁴⁶⁴ de allí adonde las auían de coger hasta treynta leguas⁴⁶⁵; e ya que estáuamos para huynos, los indios con quien estáuamos vnos con otros riñeron sobre vna muger y se apuñaron apalearon y descalabraron vnos a otros; y con el grande enojo que ouieron, cada vno tomó su casa y se fue a su parte⁴⁶⁶, de donde fue necesario que todos los christianos que allí éramos también nos apartásemos⁴⁶⁷ y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año. Y en este tiempo yo passé muy mala vida, ansí por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios rescibía, que fue tal que yo me huue de huyr tres vezes de los amos que tenía⁴⁶⁸ y todos me anduuieron a buscar y poniendo diligencia para matarme, y Dios nuestro Señor por su misericordia⁴⁶⁹ me quiso guardar y amparar dellos. Y quando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos a juntar.

Ya que teníamos concertado de huynos y señalado el día, aquel mismo día los indios nos apartaron y fuymos cada vno por su parte e yo dixi a los otros compañeros que yo los esperarí en las tunas hasta⁴⁷⁰ que la luna

463 *seys meses*: debió ser aproximadamente de enero de 1532 a julio de 1533.

464 *auía*: Z, aura.

465 Hallenbeck (p. 63-66), y también Newcomb₁, (21-57; 40-49; 348-349), señalan que estas tribus recorrían vastas regiones en busca de alimentos; esos desplazamientos, desde el sureste de Texas hasta el sur de Oklahoma, abarcan distancias superiores a cuatrocientos kilómetros.

466 Núñez da a entender que eran separaciones familiares cuando en verdad se trataba de separaciones de clanes. Hallenbeck, p. 66; Newcomb₁, pp. 325-328; 298-308.

467 *apartásemos*: Z, apartarnos.

468 *tenía*: Z, tenían.

469 *misericordia*: V, mía.

470 *hasta*: Z, hasta a.

fuesse llena, y este día era primero de setiembre⁴⁷¹ y primero día de luna, y auíselos que si en este tiempo no viniessen al concierto, yo me yría solo y los dexaría.

Y ansí nos apartamos y cada vno se fue con sus indios e yo estuue con los míos hasta treze de luna⁴⁷², e yo tenía acordado de me huyr a otros indios en siendo la luna llena. Y a treze días del mes llegaron adonde yo estaua Andrés Dorantes y Esteuanico y dixéronme cómo dexauan a Castillo con otros indios que se llamauan anagados⁴⁷³ y que estauan cerca de allí, y que auían passado mucho trabajo y que auían andado perdidos. Y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hazia donde Castillo estaua e yuan a juntarse con los que lo tenían y hazerse amigos vnos de otros, porque hasta allí auían tenido guerra, y desta manera cobramos⁴⁷⁴ a Castillo. En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed y para remedio desto beuíamos el çumo de las tunas y sacáuamoslo en vn hoyo que en la tierra hazíamos, y desde estaua lleno beuíamos dél hasta que nos hartáuamos. Es dulce y de color de arroyo⁴⁷⁵; esto hazen por falta de otras vasijas. Ay muchas maneras de tunas y entre ellas ay algunas muy buenas, aunque a mí todas me parecían assí y nunca la hambre me dio espacio para escogerlas, ni para mientes⁴⁷⁶ en cuáles eran mejores.

Todas las más destas gentes beuen agua llouediza y recogida en algunas partes, porque aunque ay ríos, como nunca están de assiento nunca tiene agua conocida ni señalada. Por toda la tierra ay muy grandes y hermosas dehesas y de muy buenos pastos para ganados, e parésceme que sería tierra muy fructífera si fuesse labrada y habitada de gente de razón. No vimos sierra en toda ella en tanto que en ella estuuimos. Aquellos indios nos dixeron que otros estauan más adelante, llamados camones⁴⁷⁷, que viuen hazia la costa y auían muerto toda la gente que venía en la varca de Peñalosa y

471 En esta y otras ocasiones no sabemos cómo Núñez reconstruye las fechas con esa precisión. Los datos que aporta, sobre todo Smith (pp. 113-114), y que fueron facilitados por el Observatorio Nacional de Washington, indican que esa época pudo ser en torno a septiembre de 1532-1535. Hallenbeck (p. 151) estima que el año era 1534 y que el supuesto cómputo de Núñez era erróneo.

472 *hasta treze de luna*: léase después de treze lunas. Ver: n° 524.

473 *anagados*: Z, Eanagados. Tribu probablemente de filiación coahuilteca.

474 *cobramos*: recogimos o recobramos; «recobrar lo perdido», *Aut*.

475 *arroyo*: «Mosto cocido hasta que toma consistencia de jarabe. Almíbar de miel cocida», *M.M.* «Mosto cocido al fuego hasta quedar en... la tercer parte.» *Aut*.

476 *ni para mientes*: la expresión más común en el siglo XVI era: «ni por mientes». «Frase con que se niega enérgicamente alguna cosa afirmada por otro», *M.M.* Aquí tiene el sentido de la expresión «ni para elegir en manera alguna». Estos campos de tunas se encontraban principalmente en pequeños valles al sureste de San Antonio, Texas.

477 *camones*: esta tribu pareció habitar, hasta principios del siglo XIX, las regiones costeras del sureste de Texas. Hallenbeck, p. 68. Las tribus mencionadas en estos capítulos intercambiaban objetos, y en su vivir nómada se reunían para alimentarse de frutas y nueces. Todo lo cual indica que probablemente hablaban dialectos muy similares complementados, a su vez, por una compleja mímica. Hallenbeck, p. 70. Esta observación se confirma en el Cap. XX, p. 250.

Téllez⁴⁷⁸, y que venían tan flacos que aunque los matauan no se deffendían, y assí los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas dellos y dixerón que la varca estaua allí al traués. Esta es la quinta varca que faltaua, porque la del gouernador ya diximos como la mar la lleuó, y la del contador y los frayles la auían visto echada al traués en la costa, y Esquiuel contó el fin dellos. Las dos en que Castillo e yo e Dorantes yúamos ya hemos contado como junto a la isla de Malhado se hundieron⁴⁷⁹.

478 Recuérdese que Peñalosa y Téllez eran parte del grupo que acompañó a Núñez cuatro días después de separarse de Narváez. Cap. X. *O* no registra correctamente este episodio. Ver: pp. 295-302; y Bandelier, p. 52.

479 Estas breves recapitulaciones, además de su valor informativo, también son los nudos que atan la secuencia narrativa y sirven de contrapeso a la mera evocación de los hechos. Con todo, la recapitulación puede ofuscar nuestra reconstrucción de la cronología de lo ocurrido.

CAPÍTULO VEYENTE

DE CÓMO NOS HUYMOS

DESPUÉS DE AUERNOS MUDADO desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuymos huyendo⁴⁸⁰, confiando que aunque era ya tarde y las tunas se acabauan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra⁴⁸¹. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos auían de seguir, vimos vn humos e yendo a ellos después de vísperas⁴⁸² llegamos allá, do vimos vn indio que como vió que yúamos a él huyó sin querernos aguardar; nosotros embiamos al negro tras dél y como vio que yua solo, aguardólo. El negro le dixo que yúamos a buscar aquella gente que hazía⁴⁸³ aquellos humos. El respondió que cerca de allí estauan las casas⁴⁸⁴ y que nos guiaría allá; y assí lo fuymos siguiendo y él corrió a dar auiso de cómo yúamos, e a puesta del sol vimos las casas e dos tiros de vallesta antes que llegásemos a ellas hallamos quatro indios que nos esperauan y nos rescibieron bien. Diximosles en lengua de Mareames que yúamos a buscarlos, e ellos mostraron que se holgauan con nuestra compañía; e así nos lleuaron a sus casas, e a Dorantes e al negro aposentaron⁴⁸⁵ en casa de vn físico, e a mí e a Castillo en casa de otro⁴⁸⁶.

Estos tienen otra lengua e llámanse Auauares, e son aquellos que solían

480 *fuymos huyendo*: Hallenbeck (p. 153) estima que la fuga se llevó a cabo hacia principios de octubre de 1534.

481 *de tierra*: la supresión elíptica del artículo se aproxima más a las formas habladas que a la sintaxis propia de la época.

482 *después de vísperas*: esta expresión retiene el antiguo sentido romano «al crepúsculo de la tarde» u hora vespertina. Ver otros usos en *M.M.*

483 *hazía*: Z, hazían.

484 *las casas*: esta aldea debió estar ubicada en las partes altas de la cuenca del río Medina o del Guadalupe, al sureste de San Antonio. Hallenbeck, p. 149.

485 *apostentaron*: Z, apostentaronle.

486 *otro*: Z, otros.

lleuar los arcos a los nuestros e yuan⁴⁸⁷ a contratar con ellos, y aunque son de otra nación y lengua entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos⁴⁸⁸; y aquel mismo día auían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofresció muchas tunas porque ya ellos tenían noticia de nosotros, y como curáuamos, y de las marauillas que nuestro Señor con nosotros obraua, que aunque no ouiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada y darnos gente por donde muchos tiempos no la auía, y librarnos de tantos peligros y no permitir que nos matassen, y subtentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en coraçón⁴⁸⁹ que nos tratassen bien, como adelante diremos.

CAPÍTULO VEYNTE Y UNO

DE CÓMO CURAMOS AQUÍ VNOS DOLIENDES

AQUELLA MISMA NOCHE que llegamos vinieron vnos indios a Castillo y dixéronle que estauan muy malos de la cabeça, ruegoándole⁴⁹⁰ que los curasse; y después que los huuo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dixeron que todo el mal se les auía quitado; y fueron a sus casas y truxeron muchas tunas y vn pedaço de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era, y como esto entre ellos se publicó⁴⁹¹, vinieron otros muchos enfermos en⁴⁹² aquella noche a que los sanasse, y cada vno traía vn pedaço de venado; y tantos eran, que no sabíamos adonde poner la carne. Dimos muchas gracias a Dios porque cada día yua creciendo su misericordia y mercedes. Y después que se acabaron las curas començaron a baylar y hazer sus areyíos y fiestas hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días, por auer nosotros venido, y al cabo dellos les preguntamos por la tierra de adelante y por la gente que en ella hallaríamos y los mantenimientos que en ella auía.

Respondiéronnos que por toda aquella tierra auía muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente auía, porque todos eran ydos a sus casas con auer ya cogido las tunas, y que la tierra era muy fría y en ella auía muy pocos cueros. Nosotros, viendo esto, que ya el inuierno y tiempo frío entraua, acordamos de passarlo con éstos. A cabo de cinco días que allí auíamos llegado se partieron a buscar otras tunas a donde auía otra gente de otras nasciones y lenguas. Y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no auía tunas ni otra fruta ninguna⁴⁹³, allegamos⁴⁹⁴ a vn río donde asentamos nuestras casas y después de assentadas

490 *ruegoándole*: Z, ruegoándole.

491 *se publicó*: es significativo que ya en el siglo XVI esa expresión parecía tener un sesgo figurado. La voz retiene el sentido de promulgación. «No aprovecha ni daña publicación», *Aut.*

492 *en*: Z, om.

493 *ninguna*: Z, ningún.

494 *allegamos*: «allegar significa venir de parte a un lugar o sitio determinado». *Aut.*

487 *yuan*: Z, om.

488 *estáuamos*: Cabeza de Vaca corrobora la básica unidad lingüística que existía entre aquellas tribus que compartían el período paleoindiano, sólo que en etapas evolutivas desiguales.

489 *poner aquellas gentes en coraçón*: léase: predisponerlos favorablemente. En el siglo XVI la expresión «en coraçón» podía aludir a acciones generosas. «Vale asimismo ánimo, espíritu», *Aut.*

fuyamos a buscar vna fruta de vnos árboles, que es como hieros⁴⁹⁵; y como por toda esta tierra no ay caminos yo me detuue más en buscarla, la gente se boluío e yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí y plugo a Dios que hallé vn árbol ardiendo y al fuego dél passe aquel frío aquella noche; y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizonos y boluí a buscarlos y anduue desta manera cinco días⁴⁹⁶, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matasse en parte donde no tuuiesse⁴⁹⁷ leña, como en muchas partes no la auía, tuuiesse de que hazer otros tizonos y no me quedasse sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí⁴⁹⁸.

Y para las noches yo tenía este remedio, que me yua a las matas del monte que estaua cerca de los ríos⁴⁹⁹, y paraua en ellas antes que el sol se pusiesse, y en la tierra hazía vn hoyo⁵⁰⁰ y en él echaua mucha leña que se cría en muchos árboles de que por allí ay muy gran cantidad, e juntaua mucha leña de la que estaua caýda y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hazía⁵⁰¹ quatro fuegos en cruz e yo tenía cargo y cuydado de rehazer el fuego de rato en rato, y hazía vnas gauillas⁵⁰² de paja larga que por allí ay, con que me cobría en aquel hoyo, e desta manera me amparaua del frío de las noches; y vna dellas el fuego cayó en la paja con que yo estaua cubierto y estando yo durmiendo en el hoyo, començó a arder muy rezio, e por mucha priessa que yo me di a salir todavía saqué señal⁵⁰³ en los cabellos del peligro en que auía estado.

En todo este tiempo no comí bocado, ni hallé cosa que pudiesse comer; y como traýa los pies descalços corrióme dellos mucha sangre. Y Dios vsó comigo de misericordia que en todo este tiempo no ventó⁵⁰⁴ el norte, porque de otra manera ningún remedio auía de yo viuir. Y a cabo de cinco días llegué a vna ribera de vn río donde yo hallé a mis indios, que ellos y los

495 *hieros*: Z, hierros. Hiero o yero, «Planta herbácea anual, de la familia de las papilionáceas... con fruto o con vainas infladas...», *Dic.*

496 Esta es la segunda vez que Alvar Núñez pierde contacto con sus acompañantes. Hallenbeck (p. 70) sospecha, sin razones convincentes, que la separación no fue accidental.

497 *tuuiesse*: Z, huuiesse. Este episodio evoca las vicisitudes que el Inca Garcilaso narra en sus *Comentarios reales* (I,I, Cap. VIII).

498 Son afirmaciones como ésta las que demuestran hasta qué punto Cabeza de Vaca se compe- netró con la existencia precaria de aquellas comunidades indígenas.

499 Hallenbeck indica que Núñez se extravió cerca del valle que atraviesan el río Llanos y sus tributarios; y que se reunió con sus compañeros en la cuenca del río Colorado, p. 161. Alex D. Krieger señala, por su parte, que esto ocurrió entre octubre de 1534 y junio de 1535; y añade que Núñez y sus compañeros se hallaban en la cuenca del río Nueces, p. 466.

500 *en hoyo*: Z, un hoyo con una coçe. Este último vocablo debe ser errata de *coa*; instrumento simple que utilizaban los indios antillanos para la siembra, y en general para cavar. También se usó en México en la región del golfo. *Mor.*

501 *hazía*: V, gazía.

502 *gauillas*: «la junta [haz] de sarmientos o cañas de trigo çebada y otras cosas atadas entre sí». *Aut.*

503 *saqué señal*: léase: sufrí quemaduras.

504 *ventó*: Z, ventione; léase: no hubo brisas del norte.

christianos me contauan ya por muerto, e siempre creýan que alguna bíuora me auía mordido. Todos ouieron gran plazer de verme, principalmente los christianos, y me dixerón que hasta entonces auían caminado con mucha hambre, que esta era la causa que no me auían buscado, y aquella noche me dieron de las tunas que tenían. Y otro día partimos de allí y fuymos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisfizieron su gran hambre. Y nosotros dimos muchas gracias a nuestro Señor porque nunca nos faltaua su remedio.

CAPÍTULO VEYNTE Y DOS

CÓMO OTRO DÍA NOS TRUXERON⁵⁰⁵
OTROS ENFERMOS

OTRO DÍA DE MAÑANA vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estauan tollidos y muy malos y venían en busca de Castillo que los curasse, e cada vno de los enfermos ofresció su arco y flechas, y él los rescibió y a puesta del sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les embiasse⁵⁰⁶ salud, pues él vía que no auía otro remedio para que aquella gente nos ayudasse y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente que venida la mañana todos amanescieron tan buenos y sanos y se fueron tan rezios como si nunca ouieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiración y a nosotros despertó que⁵⁰⁷ diésemos muchas gracias a nuestro Señor a que más enteramente conociésemos su bondad y tuuiésemos firme esperança⁵⁰⁸ que nos auía de librar y traer donde le pudiésemos servir. Y de mí sé dezir que siempre tuue esperança en su misericordia que me auía de sacar de aquella captiuidad, y assí yo lo hablé siempre a mis compañeros.

Como los indios fueron ydos y lleuaron sus indios sanos, partimos donde estauan otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches⁵⁰⁹ e malicones⁵¹⁰, que son otras lenguas, y junto con ellos auía otros que se llamauan coayos e susolas, y de otra parte otros llamados atayos⁵¹¹, y estos tenían guerra con

505 *truxeron*: arc, trajeron. Ver: n.º 34.

506 *embiasse*: Z, diessemos.

507 *que*: Z, y que.

508 *esperança*: Z, entera esperança.

509 *cutalches*: Z, Cuthalchuches. Debió ser una rama de los coahuiltecas ampliamente diseminados en casi todo el sureste de Texas. Swanton. p. 240. Nótese que en este mismo Cap. Núñez utiliza cutalches y cutalchiches. Ver: n.º 522.

510 *malicones*: se trata, según las descripciones más recientes, de otra de las muchas ramas de la cultura coahuilteca. Newcomb, pp. 52-56.

511 *atayos*: según documentos recogidos por Smith (p. 27), los atayos o adayes ocuparon el territorio que hoy se encuentra entre el río Sabine y Nachitochesa, a una latitud norte de 32º.

los susolas, con quien se flechauan cada día. Y como por toda la tierra no se hablasse sino en los misterios que Dios Nuestro Señor con nosotros obraua, venían⁵¹² de muchas partes a buscarnos para que los curássemos; y a cabo de dos días que allí llegaron vinieron a nosotros vnos indios de los susolas e rogaron a Castillo que fuesse a curar vn herido e otros enfermos, y dixeron que entre ellos quedaua vno que estaua muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente quando las curas eran muy temerosas e peligrosas; e creya que sus peccados auían de estoruar que no todas vezes succediese bien el curar.

Los indios me dixeron que yo fuesse a curarlos, porque ellos me querían bien e se acordauan que les auía curado en las nuezes e por aquello nos auían dado nuezes e cueros, y esto auía passado quando yo vine a juntarme⁵¹³ con los christianos, e assí huue de yr con ellos y fueron conmigo⁵¹⁴ Dorantes y Esteuanico. Y quando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían yo vi el enfermo que ýuamos a curar, que estaua⁵¹⁵ muerto, porque estaua mucha gente al derredor dél llorando, y su casa deshecha⁵¹⁶, que es señal que el dueño estaua muerto. Y ansí, quando yo llegué hallé el indio los ojos bueltos e sin ningún pulso e con todas señales de muerto, según a mí⁵¹⁷ me pareció, e lo mismo dixó Dorantes. Yo le quité vna estera que tenía encima con que estaua cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuesse seruido de dar salud a aquel y a todos los otros que della tenían necesidad.

Y después de santiguado e soplado muchas vezes, me traxeron su arco y me lo dieron y una sera⁵¹⁸ de tunas molidas, e lleuáronme a curar otros muchos que estauan malos de modorra⁵¹⁹ y me dieron otras dos seras de tunas, las quales di a nuestros indios que con nosotros auían venido, y hecho esto nos boluimos a nuestro aposento, y nuestros indios a quien di las tunas se quedaron allá, y a la noche se boluieron a sus casas y dixeron que aquel que estaua muerto e yo auía curado, en presencia dellos se auía leuantado bueno y se auía paseado y comido e hablado con ellos, e que todos quantos auía curado quedauan sanos y muy alegres⁵²⁰. Esto causó muy gran admiración y espanto y en toda la tierra no se hablaua en otra cosa⁵²¹. Todos

512 *venían*: Z, an venido.

513 *juntarme*: V, juntaame.

514 *conmigo*: Z, y V, conmigo.

515 *estaua*: Z, esta.

516 *su casa deshecha*: Smith (p. 127) y otros corroboran que ese ritual se verifica entre varias tribus del oeste; él lo verificó entre los indios navajos.

517 *a mí*: Z, y a mi ansí.

518 *sera*: bolsa de carga. Ver: n.º 445.

519 *modorra*: «somnolencia pesada o adormecimiento causado por enfermedad», *M.M.* El mal de la modorra parece ser un andalucismo. *Alcalá*. En el siglo XVI las acepciones de modorra eran muy diversas. «Una gran pesadez, sueño violento.» *Aut.*

520 *alegres*: Z, sanos y sin calentura y muy alegres.

521 Este episodio y otras alusiones similares han causado las mayores controversias entre los comentaristas de los *Naufragios*. Hallenbeck, p. 72; Bandelier, p. 110; Serrano y Sanz, p. VII.

aquellos a quien esta fama llegaua nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos. Y quando los indios que estauan en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches⁵²², se ouieron de yr a su tierra, antes que se partiessen nos ofrescieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedasse, y diéronnos perdernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima.

Rogáronnos que nos acordásemos dellos y rogásemos a Dios⁵²³ que siempre estuuiesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo, auiéndonos dado todo lo mejor que tenían. Nosotros estuimos con aquellos indios auauares ocho meses, y esta cuenta hazíamos por las lunas⁵²⁴. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar y dezían que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no auían curado; más por la mucha importunidad que teníamos viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atreimiento y osar acometer qualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dicesse que quedaua sano y tanta confianza tenían que auían de sanar si nosotros los curásemos, que creyan que en tanto que nosotros allí estuuiésemos ninguno dellos auía de morir.

Estos y los de más atrás nos contaron vna cosa muy estraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que auía quinze o diez y seys años que auía acontecido, que dezían que por aquella tierra anduuo vn hombre que ellos llaman Mala Cosa⁵²⁵, y que era pequeño de cuerpo y que tenía baruas, aunque nunca claramente le pudieron⁵²⁶ ver el rostro, y que quando venía a la casa donde estauan se les leuantauan los cabellos y temblauan y luego parecía a la puerta de la casa vn tizón ardiendo e luego aquel hombre entraua y tomaua al que quería dellos e dáuales tres cuchilladas grandes por las hijadas⁵²⁷ con vn pedernal muy agudo, tan ancho como vna mano e dos

522 *cutalchiches*: Z, Culthalcuches. Núñez había permanecido con los avavares, lo cual hace suponer que estas dos tribus ocupaban áreas inmediatas.

523 Obsérvese que este pasaje sugiere que aquellos indígenas habían aceptado la fe cristiana gracias a la intervención de Núñez y sus acompañantes.

524 *por las lunas*: O, «dende primero de octubre hasta el mes de agosto del año venidero...» [¿1535?], p. 304.

525 *Mala Cosa*: la descripción que Cabeza de Vaca ofrece se equipara con otras representaciones del diablo recogidas en numerosas crónicas de Indias. Ver, por ejemplo, lo que sobre instancias de esta índole señala el padre José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*. Ed. de Edmundo O'Gorman (México: Fondo de Cultura Económica, 1949), p. 139; y Juan Rodríguez Freyle, *El camero* (Bogotá: Edit. Bedout, s.f., pp. 7-30); además, puede consultarse mi estudio sobre ese texto en *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (Madrid: Gredos, 1982), pp. 123-135; y Sabino Sola, *El diablo y lo diabólico en las letras americanas*. (Bilbao: Universidad de Deusto, 1973).

526 *podieron*: Z, pudieran.

527 *hijadas*: hijada o ijada. «El lado del animal debaxo del vientre junto al anca», *Aut.*

palmos en luengo⁵²⁸, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacáuales las tripas, y que cortaua de vna tripa poco más o menos de vn palmo y aquello que cortaua echaua⁵²⁹ en las brasas; y luego le daua tres cuchilladas en vn brazo, e la segunda daua por la sangradura y desconcertáuelo, y dende a poco se lo tornaua a concertar⁵³⁰ y poníale⁵³¹ las manos sobre las heridas; y deziánnos que luego quedauan sanos, y que muchas veces quando baylauan aparecía entre ellos, en hábito de muger vnas veces, y otras como hombre, e quando él quería tomaua el buhío o casa y subíala en alto y dende⁵³² a vn poco caía con ella y daua muy gran golpe.

También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; e que le preguntauan dónde venía e a qué parte tenía su casa, e que les mostró una hendedura en la tierra e dixo que su casa era allá debaxo⁵³³. Destas cosas que ellos nos dezían nosotros nos reýamos mucho, burlando dellas, e como ellos vieron que no lo creýamos, truxeron muchos de aquellos que dezían que él auía tomado y vimos las señales de las cuchilladas que él auía dado en los lugares, en la manera que ellos contauan⁵³⁴. Nosotros les diximos que aquel era vn malo, y de la mejor manera que podimos les dáuamos a entender que si ellos creyessen en Dios nuestro Señor e fuessen christianos, como nosotros, no ternían miedo de aquel, ni él osaría venir a hazelles aquellas cosas; y que tuuiesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuuiésemos él no osaría parescer en ella. Desto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían.

Estos indios nos dixeron que auían visto al esturiano y a Figueroa con otros que adelante en la costa estauan, a quien nosotros llamáuamos de los higos⁵³⁵. Toda esta gente no conocían los tiempos por el sol, ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos quando las frutas vienen a madurar⁵³⁶, y en tiempo que muere el pescado⁵³⁷; y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y exerci-

528 *luengo*: arc, de largo.

529 *echaua*: Z, echualo.

530 *concertar*: componer o curar; concertar. «Lo mesmo que componer», *Cov.*

531 *poníale*: Z, poniales.

532 *dende*: Z, dde. arc, desde.

533 La relación que conoció Oviedo no contenía este episodio ya que el cronista no hubiera perdido la oportunidad de comentar este incidente. Ésta, entre otras, destaca como una de las amplificaciones más significativas que aparecen en Z y en las ediciones subsiguientes.

534 *contauan*: Smith (pp. 127-128) indica que las cicatrices podían bien ser huellas de castigos impuestos a prisioneros de otras tribus.

535 *higos*: la fruta a que alude Cabeza de Vaca podría ser la *pitaya*, *pitaaya* o *pitahaya* (*Subgenus echinocereii*); la analogía pudo ser motivada por la forma en que se conservaba la fruta. Hallenbeck, p. 257.

536 *quando las frutas vienen a madurar*: se observará que Núñez gradualmente asimila esas y otras formas primitivas para medir el tiempo. Caps. XIX, XXII y XXXIII. Ver: n.º 524.

537 Son varias las explicaciones que se dan para aclarar la frase «en tiempo que muere el pescado». Hallenbeck añade que se trata simplemente de la época de la pesca, p. 73. Smith (p. 128) dedujo, con razones más convincentes, que se trata de períodos en los que se congelan las aguas poco profundas (*the shoal waters of Texas*), ocasionándose así la muerte de los peces. En

tados. Con estos siempre fuymos bien tratados, aunque lo que auíamos de comer lo cauáamos; y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los passados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcançan maíz, ni vellotas⁵³⁸, ni nuezes. Anduimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses⁵³⁹ que con ellos estuimos, los seys padescimos mucha hambre, que tanpoco alcançan pescado. Y al cabo desde tiempo⁵⁴⁰ ya las tunas començauan a madurar y sin que dellos fuésemos sentidos nos fuimos⁵⁴¹ a otros que adelante estauan, llamados maliacones⁵⁴²; estos estauan vna jornada⁵⁴³ de allí donde yo y el negro llegamos. A cabo de los tres días embié que traxesse a Castillo y a Dorantes.

Y venidos nos partimos todos juntos con los indios que yuan a comer vna frutilla⁵⁴⁴ de vnos árboles, de que se mantienen diez o doze días entre tanto que las tunas vienen. Y allí se juntaron con estos otros indios que se llaman arbadaos; y a éstos hallamos muy enfermos y flacos e hinchados⁵⁴⁵, tanto que nos marauillamos mucho, y los indios con quien auíamos venido se boluieron por el mismo camino. Y nosotros les diximos que nos queríamos quedar con aquellos, de que ellos mostraron pesar, y assí nos quedamos en el campo con aquellos cerca⁵⁴⁶ de aquellas casas. Y quando ellos nos vieron juntáronse después de auer hablado entre sí, y cada vno de ellos tomó el suyo por la mano y nos lleuaron a sus casas. Con estos padescimos más hambre que con los otros, porque en todo el día no comíamos más de dos puños de aquella fruta⁵⁴⁷, la qual estaua verde; tenía tanta leche que nos quemaua las bocas, y con tener falta de agua daua mucha sed a quien la

épocas de sequía, al quedar interrumpido el flujo de la corriente, en las charcas más pequeñas el agua se calienta excesivamente y mueren los peces. Esto ocurre, por ejemplo, en los tributarios menores del Guadalupe y del río San Antonio.

538 *vellotas*: esta nuez europea (bellota) que producen «plantas cupulíferas (*Genus balanus*) como las encinas (*Quercus ilex*), consistente en un aquenio con un involucre escamoso en la base», M.M. Refiriéndose a esta etapa de la trayectoria de los españoles, Hallenbeck apunta (pp. 215-218) erróneamente que Núñez y los suyos no habían conocido comunidades estables en las que se cosechara el maíz. Recordemos que las tribus que Narváez encontró en torno a Aute eran parcialmente sedentarias y practicaban el cultivo del maíz. Ver: Caps. VI-VIII.

539 En esta ocasión, como en casi todas, se trata de un cálculo aproximado.

540 La época debió ser en torno a agosto de 1535.

541 *fuimos*: V, fuemos. Z, fuésemos.

542 *maliacones*: son ramificaciones de los coahuiltecas que Núñez antes designó como malicones. Ver: n.º 510.

543 *jornada*: O, «siete leguas...», p. 304.

544 *vna frutilla*: O, «granillos...», p. 304.

545 *hinchados*: probablemente eran síntomas frecuentes producidos por la avitaminosis, causada a su vez por dietas muy reducidas que también suelen provocar edemas e inflamaciones abdominales. *The New Illustrated Medical Encyclopedia*, 4 vols. (New York: Aberdale Press), Vol. II, p. 72. Los que aquí se designan como arbadaos debieron ser una rama de la cultura coahuilteca. Newcomb, p. 92.

546 *cerca*: Z, acerca.

547 *fruta*: O, «e no otra cosa que eran aquellas hojas de tunas enterradas...e algunas tunas començaban a madurar...», p. 304.

comía. Y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros⁵⁴⁸, y a trueco dellos les dimos vnas redes y otras cosas e vn cuero⁵⁴⁹ con que yo me cubría.

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduimos desnudos, y como no estáuamos acostumbrados a ello a manera de serpientes mudáuamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y ayre⁵⁵⁰ hazíansenos en los pechos e en las espaldas vnos empeynes⁵⁵¹ muy grandes, de que rescebíamos muy gran pena por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas y hazían que las cuerdas se nos metían por los braços. Y la tierra es tan áspera y tan cerrada que muchas veces hazíamos leña en montes, que quando la acabáuamos de sacar nos corría por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topáuamos, que nos rompían por donde alcançauan. A las vezes me aconteció hazer leña donde después de auerme costado mucha sangre no la podía sacar, ni acuestas, ni arrastrando⁵⁵². No tenía, quando en estos trabajos me vía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesuchristo y en la sangre que por mí derramó, e considerar quanto más sería el tormento que de las espinas él padesció, que no aquel que yo entonces sufría.

Contrataua con estos indios haziéndoles peynes, y con arcos e con flechas e con redes. Hazíamos esteras, que son cosas de que ellos tienen mucha necesidad e aunque lo⁵⁵³ saben hazer no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto que comer. Y quando entienden en esto⁵⁵⁴ pasan muy gran hambre. Otras vezes me mandauan raer⁵⁵⁵ cueros y ablandarlos. Y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me dauan a raer alguno, porque yo lo rayá muy mucho⁵⁵⁶, y comía de aquellas raeduras y aquello me bastaua para dos o tres días. También nos aconteció con estos y con los que atrás auemos dexado, darnos vn pedaço de carne y comérnoslo assí crudo, porque si lo pusiéramos⁵⁵⁷ a assar, el primer indio que llegaua se lo lleuaua y comía; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estáuamos tales que nos dáuamos pena comerlo⁵⁵⁸ asa-

548 *dos perros*: se trata muy posiblemente de coyotes (*Canis latrans*) domesticados; animal que abunda en todo el sureste de Norteamérica. Sobre animales domesticados en las Américas, ver: Newcomb, pp. 17, 30.

549 *cuero*: O, «parte de los cueros de venados que llevaban...», p. 304.

550 *ayre*: V, oyre. Z, ayre.

551 *empeynes*: irritaciones prolongadas de la piel frecuentemente causadas por insolación o por fricciones excesivas. «Es una especie de tiña seca, que procede de cólera o flema sutil», *Aut.*

552 *arrastrando*: Z, rastrando.

553 Como en pasajes anteriores, *lo* aquí remite a un antecedente impreciso que, en este caso, parece ser esteras.

554 *quando entienden en esto*: *arc*, cuando se ocupan. «Entender significa también estar empleado y ocupado en hacer alguna cosa», *Aut.*

555 *raer*: «Quitar, como cortando y raspando, la superficie de alguna cosa», *Aut.*

556 *muy mucho*: recurso enfático común en el siglo XVI. Keniston, pp. 39, 74.

557 *pusiéramos*: Z, pusiésemos.

558 *comerlo*: Z, comello.

do e no lo podíamos también passar como crudo⁵⁵⁹. Esta es la vida que allí tuuimos y aquel poco substentamiento lo ganáuamos con los rescates que por nuestras manos hezimos⁵⁶⁰.

559 *e no lo podíamos también passar como crudo*: léase: y no podíamos comerlo tan bien como cuando estaba crudo. La sintaxis de esta oración es defectuosa: en vez de también, debió ser tan bien; de ahí, en parte, la dispersión de significados. Erratas de esta índole eran frecuentes en impresiones de la época. Ver: Konrad Haebler, *The Early Printers of Spain and Portugal* (London: Chiswick Press, 1896-1897), pp. 72-85.

560 Oviedo apunta que los españoles sólo pasaron ocho días con aquella tribu, p. 305.

lusan de veras y mostraban mucho temor. Y después que estuieron algo
descubiertos de nosotros, allegáramos con las manos al rostro y al cuerpo y
después traxen ellos sus mismas manos por sus caras⁵⁶¹ y sus cuerpos. Y así
estuvimos aquella noche y venida la mañana traxéronnos los enteros que
tenían, rogándonos que los sangrásemos, y nos dieron de lo que tenían
para comer, que eran hojas⁵⁶² de tunas y tunas verdes asadas. Y por el buen
tratamiento que nos hazían y porque aquello que tenían nos lo daban de
buena gana y volunta, quedamos allí un mes y diez días, como se ve en
esta historia. Y después que estuimos allí un mes y diez días, como se ve
en esta historia, quedamos allí un mes y diez días, como se ve en esta historia.

CAPÍTULO VEYNTE Y TRES

CÓMO NOS PARTIMOS DESPUÉS DE AUER COMIDO LOS PERROS

DESPUÉS QUE COMIMOS los perros, pareciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder yr adelante, encomendándonos a Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios y ellos nos encaminaron a otros de su lengua que estauan cerca de allí. E yendo por nuestro camino llouió, e todo aquel día⁵⁶¹ anduimos con agua⁵⁶²; y allende desto perdimos el camino e fuymos a parar a vn monte muy grande⁵⁶³, e cogimos muchas hojas de tunas e assámoslas⁵⁶⁴ aquella noche en vn horno que hezimos, e dímosles tanto fuego que a la mañana estauan para comer. Y después de auerlas comido encomendámonos⁵⁶⁵ a Dios y partúmonos, y hallamos el camino que perdido auíamos. Y passado el monte, hallamos otras casas⁵⁶⁶ de indios y llegados⁵⁶⁷, allá vimos dos mugeres y mochachos que se espantaron, que andauan por el monte y en vernos huyeron de nosotros y fueron a llamar a los indios que andauan por el monte. Y venidos paráronse a mirarnos detrás de vnos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor, y después de auerlos hablado, nos dixerón que tenían mucha hambre y que cerca de allí estauan muchas casas dellos propios, y dixerón que nos lleuarían a ellas.

Y aquella noche llegamos adonde auía cinquenta casas⁵⁶⁸, y se espan-

561 *día*: Z, y.

562 Según los cálculos de Hallenbeck (p. 166), Núñez debía encontrarse en estos momentos cerca de la confluencia de los ríos Concho y Colorado. Oviedo (p. 305), al referirse a esta etapa del viaje, calculaba que los españoles caminaban unas seis leguas diarias, lo cual parece exagerado si se toman en cuenta las asperezas de esta región.

563 Parece referirse más a una arboleda o conjunto de plantas que a un promontorio.

564 *assámoslas*: O, «enterraron muchas hojas de tuna, porque enterradas de un día para otro están menos ásperas e aptas para cozer mejor, e de mejor digestión...», p. 305.

565 *encomendámonos*: O, encomendamonos. Z, encomendamos.

566 *otras casas*: O, «dos o tres ranchos...», p. 305.

567 *llegados*: Z, llegados.

568 *cinquenta casas*: O, «cuarenta o cincuenta...», p. 305.

tauan de vernos y mostrauan mucho temor. Y después que estuuieron algo asosegados de nosotros, allegáuannos con las manos al rostro y al cuerpo y después traían ellos sus mismas manos por sus caras⁵⁶⁹ y sus cuerpos. Y así estuimos aquella noche, y venida la mañana traxéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer, que eran hojas⁵⁷⁰ de tunas y tunas verdes asadas. Y por el buen tratamiento que nos hazían y porque aquello que tenían nos lo dauan de buena gana y voluntad e holgauan de quedar sin comer por dárnoslo, estuimos con ellos algunos días⁵⁷¹. Y estando allí vinieron otros de más adelante. Quando se quisieron partir diximos a los primeros que nos queríamos yr con aquellos. A ellos les pesó mucho y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos dellos y los dexamos llorando por nuestra partida, porque les pesaua mucho en gran manera.

DESPUÉS QUE COMINGOS LOS PUEBLOS YERRENTOS QUE TENIAN
algún esfuerzo para poder ir adelante, encomendándonos a Dios nuestro
Señor para que nos guiasse, nos despedimos de aquellos indios y ellos nos
comunicaron a otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por
nuestro camino hallé e todo aquel día⁵⁶⁹ anduimos con agua⁵⁷⁰ y almorzo
desto partimos el camino e fuimos a parar a un monte muy grande⁵⁷¹, e
cogimos muchas hojas de tunas e asámoslas⁵⁷² aquella noche en un horno
que habíamos e dimosle tanto fuego que e la mañana cesauan para comer. Y
después de acuestas como encomendámonos⁵⁷³ a Dios y partimono, y ha-
llamos el camino que por el día antes. Y pasado el monte, hallamos otras
casas⁵⁷⁴ de indios y llegados⁵⁷⁵ allí vimos dos mugeres y muchachos que se
espantaron que andaban por el monte y en otros lugares de nosotros y
fueron a llamar a los indios que andaban por el monte. Y venidos pararon
a mirar de cerca de unos árboles, y llamámosles y almorzaron con mucho
trabajo, y después de acuestas llegados, nos dixeron que tenían mucha hambre
y que cerca de allí estaban muchas casas de los propios, y dixeron que nos
lleuáran a ellas.

Y aquella noche llegamos a donde está cinducua casa⁵⁷⁶ y se espantaron.

569 sus caras: Z, sus, sus caras.
570 hojas: Z, hijas.
571 algunos días: O, «quince...», p. 305. Una vez más estas disparidades son las que tan a menudo hacen confusa la cronología de la trayectoria seguida por los españoles.

569 sus caras: Z, sus, sus caras.

570 hojas: Z, hijas.

571 algunos días: O, «quince...», p. 305. Una vez más estas disparidades son las que tan a menudo hacen confusa la cronología de la trayectoria seguida por los españoles.

CAPÍTULO VEYNTE Y QUATRO

DE LAS COSTUMBRES DE LOS YNDIOS DE AQUELLA TIERRA

DESDE LA YSLA DE MALHADO, todos los indios que hasta esta tierra vimos tienen por costumbre desde el día que sus mugeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doze años, que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer⁵⁷². Preguntámosles que por qué los criauan así y dezían que por la mucha hambre que en la tierra auía, que acontecía muchas vezes, como nosotros víamos, estar dos o tres días sin comer, e a las vezes quatro; y por esta causa los dexauan mamar porque en los tiempos de hambre no muriessen, e ya que⁵⁷³ algunos escapassen, saldrían muy delicados y de pocas fuerças. Y si acaso acontecía caer enfermos algunos, déxanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden yr con ellos, se quedan; mas para llevar vn hijo o hermano se cargan y lo lleuan acuestas.

Todos estos acostumbra dexar sus mugeres quando entre ellos no ay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren; esto es entre los mancebos; mas los que tienen hijos permanescen con sus mugeres y no las dexan. Y quando en algunos pueblos riñen y trauan quistiones⁵⁷⁴ vnos con otros, apuñeáanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten⁵⁷⁵; algunas vezes los desparten mugeres entrando entre ellos, que hombres no entran a despartirlos, y por ninguna pasión que tengan no meten en ella arcsos, ni flechas. Y desde que se han apuñeado y pasado su quistión, toman sus casas y mugeres y vanse a⁵⁷⁶ a viuir por los campos y apartados

572 Esta información la confirman investigaciones recientes. Frederick Rueking, «The Economic System of the Coahuiltecan Indians of Southern and Northeastern Texas», *Texas Journal of Science*, Vol. V (1953), pp. 470-489; y Newcomb¹, pp. 29-81.

573 ya que: Z, que.

574 quistiones: arc, cuestiones.

575 desparten: arc, parten, se separan. «Apartar y dividir alguna cosa», *Aut.*

576 a: Z, om.

de los otros hasta que se les passa el enojo. Y quando ya están desenojados y sin yra, tórnanse a su pueblo y de ay adelante son amigos como si ninguna cosa ouiera passado entre ellos; ni es menester que nadie haga las amistades, porque desta manera se haze. Y si los que riñen no son casados vanse a otros sus vezinos y aunque sean sus enemigos los resciben bien y se huelgan mucho con ellos y les dan de lo que tienen; de suerte que quando es⁵⁷⁷ passado el enojo bueluen a su pueblo y vienen ricos.

Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos como ternían si fuessen criados en Ytalia⁵⁷⁸ y en continua guerra. Quando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, assientan sus casas a la orilla del monte más áspero y de mayor espessura que por allí hallan, y junto a él hazen vn fosso, y en éste duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda y hazen sus saeteras⁵⁷⁹, y están tan cubiertos y dissimulados que aunque estén cabe ellos no los veen⁵⁸⁰. Y hazen vn camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hazen lugar para que duerman las mugeres y niños, y quando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si ouiere espías crean que están en ellas. Y antes del alua tornan a encender los mismos fuegos, y si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el fosso salen a ellos y hazen desde las trincheas⁵⁸¹ mucho daño sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar. Y quando no ay montes⁵⁸² en que ellos puedan desta manera esconderse y hazer sus celadas, assientan en llano en la parte que mejor les paresce y cercanse de trincheas cubiertas con leña menuda y hazen sus saeteras con que flechan a los indios, y estos reparos⁵⁸³ hazen para de noche.

Estando yo con los de aguenes⁵⁸⁴, no estando auisados vinieron sus enemigos⁵⁸⁵ a media noche e dieron en ellos y mataron tres e hirieron otros muchos, de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desde sintieron que los otros se auían ydo, boluieron a ellas y recogieron todas las flechas que los otros les auían echado, y lo más encubiertamente que pudieron los siguieron y estuuieron aquella noche sobre sus casas sin que fuessen sentidos, y al quarto del alua les acometieron y les mataron cinco, sin mu-

577 es: Z, om.

578 Cabeza de Vaca parece aludir a sus experiencias militares en Italia. Ver: sección II, b del estudio introductorio.

579 saeteras: Z, salteras. «Saetera es una ventanilla angosta por la parte de afuera...y más ancha por dentro...que hacían en las torres y murallas para disparar las saetas estando ocultos», *Aut.*

580 que aunque estén cabe ellos no los veen: en el siglo XVI *cabe* significaba, entre otras cosas, «junto, cerca, inmediato», *Aut.*

581 trincheas: arc, trincheras. *Aut.*

582 montes: Z, montens.

583 reparos: los significados que este vocablo poseía en el siglo XVI difieren notablemente de los actuales, «preparaciones, recuperaciones», *Aut.*

584 aguenes: V, de Aguenes. Clan hoy identificado como deaguenes, era una comunidad afín a la cultura coahuilteca, como lo eran los que más adelante Cabeza de Vaca designa como queuenes.

585 Se refiere a las tribus designadas guevenes.

chos otros que fueron heridos, y les hizieron huyr e dexar sus casas y arcos con toda su hazienda. Y de ay a poco tiempo, vinieron las mugeres de los que se llamauan queuenes y entendieron entre ellos y los hizieron amigos, aunque algunas vezes ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes quando tienen enemistades particulares, quando no son de vna familia se matan de noche por assechanças, y vsan vnos con otros grandes crueldades⁵⁸⁶.

586 La antropología moderna ha puesto de relieve cuán valiosa y certera puede ser la información que recopiló Alvar Núñez. Ver, en la Introducción, el apartado II, c.

CAPÍTULO VEYNTE Y CINCO

CÓMO LOS INDIOS SON PRESTOS A VN ARMA

ÉSTA ES LA MÁS PRESTA gente para vn arma⁵⁸⁷ de quantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos a par de sí⁵⁸⁸ y vna dozena de flechas; y el que duerme tienza su arco y si no le halla en cuerda le da la buelta que ha menester⁵⁸⁹. Salen muchas vezes fuera de las casas, baxados por el suelo de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que ay; y si algo sienten en vn punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y assí están hasta el día corriendo a vnas partes y otras donde veen que es menester o piensan que pueden estar sus enemigos. Quando viene el día tornan a⁵⁹⁰ a afloxar sus arcos hasta que salen a caça. Las cuerdas de los arcos son nieruos⁵⁹¹ de venados.

La manera que tienen de pelear es abaxados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando, siempre de vn cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos, tanto que en semejantes partes pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuzes, antes los indios burlan dellos porque estas armas no aprouechan para ellos en campos llanos adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los cauallos son los que han de sojuzgar y lo que los indios vniuersalmente temen. Quien contra ellos ouiere de pelear ha⁵⁹² de estar muy auisado que no le sientan flaqueza, ni cobdicia de lo que tienen. Y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal, porque si temor les conocen o

587 *un arma*: léase: para utilizar armas.

588 *a par de sí*: *arc*, a mano. «Modo adverbial que vale cerca o inmediato», *Aut.*

589 *le da la buelta que ha menester*: léase: le da la tensión necesaria.

590 *a*: *V*, a.a. *Z*, a.

591 *nieruos*: *arc*, nervios. Se refiere más bien al uso de cartílagos en la confección de los arcos; procedimiento que era común entre cheroquíes, creeks y otras tribus.

592 *ha*: *V*, a.

alguna cobdicia, ella es gente que sabe conocer tiempos en que vengarse y toman esfuerço⁵⁹³ del temor de los contrarios.

Quando se han flechado en la guerra y gastado su munición⁵⁹⁴, buélense cada vno su camino sin que los vnos sigan a los otros, aunque los vnos sean muchos y los otros⁵⁹⁵ pocos, y esta es costumbre suya. Muchas vezes se pasan de parte a parte con las flechas y no mueren de las heridas si no toca en las tripas o en el corazón, antes sanan presto. Veen y oyen más y tienen más agudo sentido que quantos hombres yo creo que ay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frío, como aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros. Esto he querido contar porque allende que todos los hombres dessean saber las costumbres y exercicios de los otros, los que algunas vezes se vinieren a ver con ellos estén auisados de sus costumbres⁵⁹⁶ y ardides, que suelen no poco aprouechar en semejantes casos⁵⁹⁷.

593 *toman esfuerço*: se animan, «ánimo, brío, valor, denuedo...», *Aut.*

594 *munición*: ver: n.º 171.

595 *otros*: *V*, tros.

596 *costumbres*: *Z*, cotübne. El capítulo termina con una fórmula didáctica frecuente en la narrativa de viajes. Ver: sección (II, e) del estudio introductorio.

597 El razonamiento de Cabeza de Vaca era común en los libros de viajes; y era tópico frecuente en tratados y relaciones que se escribieron en la Edad Media sobre tierras remotas, tales como la peregrinación de Benjamín-Ben-Jonah de Tudela (1159-1173) que se recoge en el *Diario de la embajada de Enrique III de Castilla a Timur-Leng*, y en el famosísimo *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandeville, entre otros. Véase el prólogo de Marcos Jiménez de Espada a las *Andanças y viajes de Pedro Tafur, 1435-1439* (Madrid: Imprenta Miguel Ginesta, 1874), pp. VII-XXXVII. Reclamaciones y atributos similares también aparecen en los equívocos *Libros plúmbeos* y en cronicones de *Dextro*, *San Servando* y otros similares. Ver: José Godoy Alcántara, *Falsos cronicones* (Madrid: Editorial Tres Catorce Diecisiete, 1981). También debe tomarse en cuenta el valioso estudio de Peter E. Russell, «La heráldica en el *Libro del conocimiento*», en *Studia in Honorem al profesor Martín de Riquer* (Barcelona: Quaderns Cremà, 1987), pp. 687-697.

CAPÍTULO VEYENTE Y SEYS DE LAS NASCIONES Y LENGUAS

TAMBIÉN QUIERO CONTAR sus nasciones y lenguas que desde la ysla de Malhado hasta los últimos ay.⁵⁹⁸ En la ysla de Malhado ay dos lenguas: los vnos llaman de caoques⁵⁹⁹ y a los otros llaman de han. En la Tierra Firme, enfrente de la ysla, ay otros que se llaman de chorroco⁶⁰⁰ y toman el nombre de los montes donde viuen. Adelante, en la costa de la mar, habitan otros que se llaman doguenes⁶⁰¹. Y enfrente ellos otros que tienen por nombre los de mendica. Más adelante en la costa están los queuenes. Y enfrente de ellos, dentro en la Tierra Firme, los mariames; e yendo por la costa adelante están otros que se llaman guaycones. Y enfrente éstos, dentro en la tierra firme, los yguazes⁶⁰². Cabo⁶⁰³ éstos están otros que se llaman atayos, y detrás éstos otros acubadaos, y destes ay muchos por esta vereda adelante.

En la costa viuen otros llamados quitoles. Y enfrente éstos, dentro en la Tierra Firme, los auauares⁶⁰⁴. Con éstos se juntan los maliacones y otros cutalchiches⁶⁰⁵ y otros que se llaman susolas y otros que se llaman comos, y

598 *últimos ay*: Z, Cuchendados ay.

599 *caoques*: Z, canoques; parece tratarse de una tribu capoque. Estas tribus o clanes estaban ubicados entre las culturas carancaguas y la coahuilteca que habitaron principalmente el extremo este de la costa de Texas. Newcomb₁, pp. 34-35 y 64. Isabel Eguilaz, *Los indios del nordeste de México en el siglo XVIII*, Vol. VII (Sevilla: Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, 1965), p. 59. De los que conozco, en castellano, éste es el estudio que con mayor exactitud trata de ubicar la localización de estas tribus.

600 *chorruco*: Z, Charruco. Debió tratarse de una tribu próxima a la cultura carancagua ubicada en torno a la bahía de Galveston, Texas.

601 *doguenes*: Z, los deguenes.

602 *yguazes*: Z, Yeguazes. Es otra ramificación tribal, bien de la cultura carancagua, bien de la coahuilteca. Newcomb₁, pp. 37-49.

603 *cabo*: *arc*, después de. En el siglo XVI *cabo* asumía el significado de cabe «junto o cerca», *Aut*. «Desde junto a», *V.M.*

604 *auauares*: Z, Chauauares. Debió ser otro clan coahuilteca. Newcomb₁, p. 55.

605 *maliacones* y... *cutalchiches*: Z, Cutalchuches... *como*... *camoles*. Éstas, como las anteriores, parecen ser ramificaciones muy reducidas de la cultura coahuilteca. Las investigaciones antropológicas

adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante otros a quien nosotros llamamos los de los higos⁶⁰⁶. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diuersas. Entre éstos ay vna lengua en que llaman a los hombres por mira acá, arre acá⁶⁰⁷; a los perros, xo; en toda la tierra se emborrachan con vn humo⁶⁰⁸ y dan quanto tienen por él. Beuen

más informadas indican que Núñez y sus acompañantes, desde la estancia en la isla de Malhado (en la bahía de Galveston), conocieron por lo menos tres culturas diferenciadas. Los carancaguas que habitaron el este de las regiones costeras de Texas y que se extendieron aproximadamente hasta el área de Corpus Christi, Texas; se cree que hablaban una lengua similar a la de los coahuiltecas. Hoy se conocen, por lo menos, cuatro subgrupos de la cultura carancagua que son los siguientes —varios de ellos identificados por Núñez—: (a) los capoques, coaques o cocos y los han en el área de Galveston; (b) hacia la desembocadura del río Colorado los coanis y carancaguas, como tales; (c) hacia la bahía de Matagorda los corancagues y clamocetes; (d) los cobanes ocupan el área de la bahía de Copano y la isla de San José. Hodge ha señalado que la designación carancagua quiere decir «amante de los perros». Pero ese dato no añade información significativa. Eran los indígenas más corpulentos y aficionados a la guerra entre los que conocieron Núñez y sus acompañantes. Vivían principalmente de la pesca de moluscos y mariscos que abundan en esteros y ríos de esa región. La cultura carancagua se disolvió hacia fines del siglo XVIII, Newcomb₁, pp. 62-63. La otra cultura importante que Núñez probablemente conoció, principalmente en sus viajes como mercader hacia el noroeste, fueron tribus marginales de los indios cados o cadoas. Éstos habían logrado un nivel de desarrollo cultural muy superior a todas las demás tribus que habitaron las zonas limítrofes —hacia el sureste— entre los estados de Texas y Oklahoma. Los cados poseían un registro mayor de utensilios eficaces y practicaron la agricultura con éxito. Entre las tribus que pudo haber conocido Núñez figuraron los nabedoques, nacones y hainais. Remanentes dispersos de estas tribus están localizados hoy principalmente en el Estado de Oklahoma, Newcomb₂, 21-53. Como lo he señalado ya, de todas las culturas indígenas con las que convivió Cabeza de Vaca, la más extendida, primitiva y la que acusaba variantes más numerosas fue la coahuilteca, que es la que él designa, en este capítulo, como cutalchiches. Eran tribus nómadas que vivían de la caza y de frutas y nueces que recogían en sus ciclos migratorios; representaron una etapa elemental del período paleoindiano de las Américas. Newcomb₂, 31-37. Los susolas, así mencionados por Núñez, parecen haber sido una ramificación de la cultura *shoshoni* ubicada hacia las áreas centrales y nórdicas de Texas. Newcomb₂, pp. 156, 173, 190. Téngase en cuenta que al evocar esas comunidades indígenas Núñez, años después, las designa por medio de transcripciones al castellano que podían desfigurar fonéticamente la denominación indígena en cuestión; transcripciones que estaban naturalmente expuestas a todas las restas que conlleven los olvidos. No obstante, mucho de lo que hoy se sabe sobre estas tribus se debe a la información que Núñez recogió en su narración. Él fue el único europeo que convivió plenamente con estas tribus cuando no habían sido afectadas, en modo alguno, por la colonización y por los trastornos ecológicos posteriores. En la relación que Oviedo conoció, al parecer no se aludía, en detalle, a estas comunidades indígenas descritas por Núñez. Esas añadiduras ilustran el proceso de amplificaciones que produjo la considerable expansión del texto que se ofrece en Z.

606 *de los higos*: léase: los que comían higos. Esta designación, tan ambigua, parece ser un lapso en la memoria del narrador, ya que sus apuntes anteriores son mucho más precisos.

607 *arre acá*: Z, arraca. «Arre en sentido de aguejar para que andem», *Aut*.

608 *vn humo*: el humo se producía al ser quemado el peyote. Carl Sauer₂ (p. 88), entre otros, sugiere que pudo ser tabaco mezclado con otros ingredientes. Según Newcomb₂ (p. 159), el peyote, cacto alucinatorio que crece en forma de zanahoria, después de secarlo, era pulverizado; y se usaba disuelto en una bebida con una coloración similar al té. Smith, con datos más imprecisos, añade que esa bebida se hacía, en parte, con las hojas de un arbusto conocido entonces como *apalachine* (*Oilex cassine*). Indica (sin constatar fuentes adecuadas) que el arbusto era cultivado por los indígenas de aquellas regiones.

también otra cosa que sacan de las hojas de los árboles como de enzina, y tuéstanla en vnos botes al fuego y después que la tienen tostada hinchan⁶⁰⁹ el bote de agua y así lo tienen sobre el fuego, e quando ha heruido dos veces échanle en vna vasija y están enfriándola con media calabaza, y quando está con mucha espuma béuenla tan caliente quanto⁶¹⁰ pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beuen están dando bozes diziendo que ¿quién quiere beuer? Y quando las mugeres oyen estas bozes luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho⁶¹¹ cargadas no osan hazer otra cosa. Y si acaso alguna dellas se mueue, la deshonrran y la dan de palos y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beuer, y la que han beuido la tornan a lançar⁶¹², lo qual ellos hazen muy ligeramente y sin pena alguna.

La razón de la⁶¹³ costumbre dan ellos y dizen: que si quando ellos quieren beuer aquella agua las mugeres se mueuen de donde les toma la boz, que en aquella agua se les mete en el cuerpo vna cosa mala, y que dende a poco les haze morir⁶¹⁴. Y todo el tiempo que el agua está coziendo ha⁶¹⁵ de estar el bote atapado⁶¹⁶. Y si acaso está desatapado y alguna muger passa, lo derraman y no beuen más de aquella agua; es amarilla, y están beuiéndola tres días sin comer, y cada día beue cada vno arroba⁶¹⁷ y media della. Y quando las mugeres están con su costumbre⁶¹⁸ no buscan de comer más de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ella trae. En el tiempo que así estaua entre éstos vi vna diablura, y es que vi vn hombre casado con otro, y éstos son vnos hombres amarionados⁶¹⁹, impotentes, y andan tapados como mugeres y hazen officio de mugeres y tiran arco⁶²⁰ y lleuan muy gran carga; y entre éstos vimos muchos dellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas⁶²¹.

609 *hinchan*: Z, y V, hinchén.

610 *tan caliente quanto*: «quanto equivale también a lo mismo que todo u todo lo que», *Aut.* Keniston, 39, 41.

611 *mucho*: ya en el siglo XVI *mu* era la forma habitual que se anteponía al adjetivo. Keniston, 39, 631. «Usado como adverbio significa excesivamente...en gran manera», *Aut.*

612 *lançar*: léase: la desechan. En este pasaje el verbo significa «arrojar o despedir», *Aut.*

613 *de la*: Z, desta.

614 Sobre la preponderancia de estas creencias y su amplia diseminación, véase: Newcomb₂, p. 43.

615 *ha*: V, a; Z, a.

616 *atapado*: léase: tapado «[atapado] encubrir una cosa con otra», *Aut.*

617 *arroba*: veinticinco libras; aproximadamente once kilos o catorce litros. Esta medida acusa variantes en diversas regiones de España y América. Smith, p. 139.

618 *costumbre*: léase: cuando están en menstruación. «Por alusión se le da este nombre al menstuo u regla de las mujeres», *Aut.*

619 *amarionados*: «amariacados», *Aut.* O, «sodomitas...», p. 305. Ésta es una de las primeras verificaciones precisas de homosexualidad aceptada y resuelta entre indígenas del Nuevo Mundo. Las fuentes más autorizadas no registran la voz *amarionado*, que al parecer era un andalucismo.

620 *tiran arco*: Z, no tiran. Aquí Z parece tener más sentido.

621 *grandes cargas*: son observaciones de esta índole las que destacan el interés antropológico del texto.

CAPÍTULO VEYNTE Y SIETE

DE CÓMO NOS MUDAMOS Y FUYMOS BIEN RESCEBIDOS

DESPUÉS QUE NOS PARTIMOS de los que dexamos llorando, fuýmonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estauan fuymos bien rescebidos y truxeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dáuanos mucha harina de mezquiquez⁶²². Este mezquiquez es vna fruta que quando está en el árbol es muy amarga y es de la manera de algarrouas⁶²³, y cómese con tierra y con ella está dulce y bueno de comer⁶²⁴. La manera que tienen con ella⁶²⁵ es ésta: que hazen vn hoyo en el suelo, de la hondura que cada vno quiere, y después de echada la fruta en este hoyo, con vn palo tan gordo como la pierna y de braça y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo traen otros puños⁶²⁶ y échanla en el hoyo e tornan otro rato a moler, y después échanla en vna

622 *mezquiquez*: mezquite (*Prosopis juliflora*); se producía abundantemente en las cuencas de los ríos Nueces, Grande y otros que se entrecruzan en esa región de Texas. La planta es un arbusto leguminoso, diseminado de tal manera que obliteraba la vegetación de grandes extensiones. El fruto de esta planta se da en una vaina y tiene una apariencia similar a la del frijol gandul. Los indios lo trituraban para convertirlo en harina, que a su vez se diluía en agua. Esa harina gruesa e ingrata a nuestro paladar fue para los indios una fuente primordial de proteínas. Newcomb₂, p. 42. Varios investigadores corroboran que la harina se mezclaba para endulzarla. Hodge, p. 89, y Smith, p. 143. *Mor.*

623 *de algarrouas*: se alude aquí a las semillas del algarrobo (*Ceratonia siliqua*). Este árbol es una leguminosa papilionácea que produce largas vainas pardas y flores blancas.

624 La mezcla se hacía, en parte, para suplir deficiencias de minerales que solían padecer las sociedades primitivas. Frecuentemente se mezclaba esa harina con polvos de huesos humanos y de animales. Newcomb₂, p. 48.

625 *ella*: Z, el.

626 *otros puños*: Z, otra almohaçada. Se refiere a puñados de harina. Hallenbeck indica que esa mezcla no se hacía en huecos cavados en la tierra, sino en grandes depresiones de las rocas. Otras investigaciones arqueológicas así lo confirman. El almohaçada presente en Z no tiene sentido, ya que sería la porción de estiércol que se recogería con la almohaça o raqueta en las caballerizas. Sin embargo, el infinitivo almohazar solía tener, en sentido figurado, la acepción de un acto placentero. *M.M.*

vasija de manera de vna espuerta⁶²⁷, y échanle tanta agua que basta a cubririla de suerte que quede agua por cima⁶²⁸; y el que la ha molido pruéuala y si le paresce⁶²⁹ que no está dulce pide tierra y rebuéluela con ella, y esto haze hasta que la halla dulce, y assiéntanse todos alrededor y cada vno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas dellos tornan a echar sobre vnos cueros, y las cáxcaras⁶³⁰.

Y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el çumo y agua que dello sale; y las pepitas y cáxcaras tornan a poner en el cuero, y desta manera hazen tres o quatro vezes cada moledura. Y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes de la tierra y agua que han beuido. Y desto nos hizieron los indios muy gran fiesta y ouo entre ellos muy grandes bayles y areýtos⁶³¹ en tanto que allí estuuiamos. Y quando de noche durmíamos a la puerta del rancho donde estáuamos, nos velauan a cada vno de nosotros seys hombres con gran cuydado, sin que nadie nos osasse entrar dentro hasta que el sol era salido. Quando nosotros nos quisimos partir dellos, llegaron allí vnas mugeres de otros que viuían adelante, e informados dellas donde estauan aquellas casas nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que por aquel día nos detuuiésemos, porque las casas donde ýuamos estauan lexos y no auía camino para ellas, y que aquellas mugeres venían cansadas, y descansando otro día se yrían con nosotros y nos guiarían: y ansí nos despedimos. Y dende a poco las mugeres que auían venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; más como por la tierra no auía caminos, luego nos perdimos y ansí anduuiamos quatro⁶³² leguas y al cabo dellas llegamos a beuer a vn agua⁶³³ adonde hallamos las mugeres que nos seguían, y nos dixeron el trabajo que auían passado por alcançarnos.

Partimos de allí lleuándolas por guía, y⁶³⁴ passamos vn río quando ya vino la tarde, que nos daua el agua a los pechos⁶³⁵; sería tan ancho como el de Seuilla⁶³⁶ y corría muy mucho. Y a puesta del sol llegamos a cien casas⁶³⁷

627 *espuerta*: «recipiente hecho de esparto, mimbres u otro material entretrejido, redondo, ligeramente cóncavo y con dos asas», *M.M.* «Especie de vaso o cesta fabricado de esparto.» *Aut.*

628 *agua por cima*: léase: agua en la superficie visible.

629 *paresce*: *Z*, *paresçiere*.

630 *cáxcaras*: léase: cáscaras. Los sonidos prepalatales representados por *g*, *j*, y *x* aún se confundían en el siglo XVI. *Lapesa*, p. 369. «Cáxcara vale cáscara», *Aut.*

631 *areýtos*: como ya lo he señalado, Núñez emplea el vocablo taíno que aprendió en Cuba. A esas ceremonias algunas tribus coahuiltecas las llamaban *mitotes*. *Newcomb*₁, pp. 53-54.

632 *quatro leguas*: *O*, «dos o tres...», p. 306.

633 *vn agua*: *Z*, una, *O*, «una agua o río pequeño...», p. 306. *Vn agua*: era ya el uso más frecuente en Castilla la Nueva y Andalucía. *Menéndez Pidal*, *La lengua...*, pp. 50-51.

634 *y*: *V*, *v*.

635 *a los pechos*: *O*, «o la rodilla e al muslo...», p. 306.

636 *Seuilla*: *O*, «Guadalquivir en Sevilla...», p. 306. *Hallenbeck* (p. 170) estima que ese río era el Concho. Aquí, como en otras ocasiones, los cálculos de *Smith* (p. 143) difieren de los de *Hallenbeck*.

637 *cien casas*: *V*, *cosas*. *O*, «cient ranchos o más...», p. 306.

de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas auía a rescebirnos, con tanta grita que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas: traían las calabças horadadas⁶³⁸, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta y no las sacan sino a baylar, o para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos, y dizen que aquellas calabças tienen virtud y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las ay, ni saben donde las aya, sino que las traen los ríos quando vienen de auenida⁶³⁹. Era tanto el⁶⁴⁰ miedo y turbación que estos tenían, que por llegar más presto los vnos que los otros a tocarnos nos apretaron tanto que por poco nos ouieran de matar; y sin dexarnos poner los pies en el suelo nos lleuaron a sus casas, y tantos cargauan sobre nosotros y de tal manera nos apretauan que nos metimos en las casas que nos tenían hechas, y nosotros no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiziesen más fiesta con nosotros.

Toda aquella noche passaron entre sí en areýtos y bayles, y otro día de mañana nos traxeron toda la gente de aquel pueblo para que los tocásemos y sentiguásemos como auíamos hecho a los otros con quien auíamos estado. Y después desto hecho, dieron muchas flechas a las mugeres del otro pueblo⁶⁴¹ que auían venido con las suyas. Otro día partimos de allí y toda la gente del pueblo fue con nosotros y como llegamos a otros indios⁶⁴² fuymos bien rescebidos⁶⁴³, como de los passados, y ansí nos dieron de lo que tenían, y los venados que aquel día auían muerto⁶⁴⁴. Y entre estos vimos vna nueva costumbre, y es que los que venían a curarse, los que con nosotros estauan les tomauan el arco y las flechas y çapatos y cuentas, si las traían, y después de auerlas tomado nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y curados se yuan muy contentos diziendo que estauan sanos. Assí nos partimos de aquellos y nos fuymos a otros de quien fuymos muy bien rescebidos y nos traxeron sus enfermos, que santiguándolos⁶⁴⁵ dezían que estauan sanos, y el que no sanaua creya que podíamos sanarle⁶⁴⁶, y con lo que los otros que curáuamos les dezían, hazían tantas alegrías y bayles que no nos dexauan dormir.

638 *calabças horadadas*: se ha indicado, más de una vez, que esas calabacitas las arrastraban los ríos Grande, Pecos y afluentes de sus respectivas cuencas. *Hallenbeck*, p. 172.

639 *vienen de auenida*: «impetuosa y súbita creciente del río», *Aut.*

640 *tanto el*: *Z*, Era tanto era.

641 *otro pueblo*: *O*, «a un indio que iba con los cristianos con muchas flechas y cosas...», p. 306. Esta acción, así descrita, deja en suspenso su función aclaratoria.

642 *otros indios*: *O*, «legua y media de allí, a otro pueblo de otros septenta u ochenta ranchos...», p. 306.

643 *rescebidos*: *Z*, muy bien.

644 *auían muerto*: *O*, «ocho panes de harina, que es una cosa que allí comen aquella gente e la llaman *mesquito*...», p. 306.

645 *santiguándolos*: *Z*, santiguandodolos.

646 Al corregir su texto con vistas a la impresión de *Z*, Cabeza de Vaca parece comprender hasta qué punto esas curaciones fueron producto de la sugestión que resuelve una dolencia de carácter psicossomático.

CAPÍTULO VEYNTE Y OCHO DE OTRA NUEVA COSTUMBRE

PARTIDOS DÉSTOS, fuymos a otras muchas casas⁶⁴⁷, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es que rescibiéndonos muy bien, que los que yuan con nosotros los comenzaron a hazer tanto mal que les tomauan las haciendas y les saqueauan las casas, sin que otra cosa ninguna les dexassen; desto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que a aquellos que tan bien nos recebían se hazia⁶⁴⁸. Y también porque temíamos que aquello sería o causaría alguna alteración y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo, ni para⁶⁴⁹ osar castigar los que esto hazían, y⁶⁵⁰ ouimos por entonces de sufrir hasta que más autoridad entre ellos tuuiésemos, y también los indios mismos que perdían la hacienda, conociendo nuestra tristeza nos consolaron diziendo que de aquello no rescibiésemos pena, que ellos estauan tan contentos de auernos visto que dauan por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serían pagados de⁶⁵¹ otros que estauan muy ricos⁶⁵².

Por todo este camino teníamos muy gran trabajo por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huyr della aunque lo procuráuamos, porque era muy grande la priessa que tenían por llegar a tocarnos, y era tanta la importunidad⁶⁵³ dellos sobre esto, que passauan tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dexassen. Otro día nos traxeron toda la gente del

647 *muchas casas*: O, «otras seis leguas adelante, a otros tantos ranchos...», p. 306.

648 *hazia*: V, hazían.

649 *para*: Z, parr.

650 *y*: Z, om.

651 *de*: Z, om.

652 La observación tiene un valor relativo si se toma en cuenta que, desde el punto de vista de un español del rango social de Núñez, todos los indígenas que ocuparon aquellas regiones vivieron en la más severa pobreza.

653 *...importunidad*: léase: era tal la molestia que nos causaban; «continua molestia», *Aut.* Ver: n.º 725.

pueblo, y la mayor parte dellos son tuertos de nuues⁶⁵⁴, y otros dellos son ciegos dellas mismas, de que estáuamos espantados⁶⁵⁵. Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos⁶⁵⁶, más blancos que otros ningunos de quantos hasta allí auíamos visto. Aquí empeçamos a ver sierras⁶⁵⁷, y parecía que venían seguidas de hazia el mar del Norte⁶⁵⁸; y assí, por la relación⁶⁵⁹ que los indios desto nos dieron, creemos que están quinze leguas de la mar. De aquí nos partimos, con estos indios, hazia estas sierras que dezimos, y lleuáronnos por donde estauan vnos parientes⁶⁶⁰ suyos, porque ellos no nos querían llevar sino por do habitauan sus parientes, y no querían que sus enemigos alcançassen tanto bien como les parecía que era vernos. Y quando fuymos llegados, los que con nosotros yuan saquearon a los otros; y como sabían la costumbre, primero que llegásemos escondieron algunas cosas, y después que nos ouieron rescebido, con mucha fiesta y alegría, sacaron lo que auían escondido y viniéronnoslo a presentar. Y esto era cuentas y almagra y algunas taleguillas de plata⁶⁶¹.

Nosotros, según la costumbre, dímoslo luego a los indios que con nos venían, y quando nos lo ouieron dado comenzaron sus bayles y fiestas y embiaron a llamar otros de otro pueblo que estaua cerca de allí, para que nos viniessen a ver; y a la tarde vinieron todos y nos traxeron cuentas y arcos y otras cosillas que también repartimos⁶⁶². Y otro día, queriéndonos partir, toda la gente nos quería llevar a otros amigos suyos que estauan a la punta de las sierras, y dezían que allí auía muchas casas y gente e que nos darían muchas cosas; mas por ser fuera de nuestro camino no quesimos yr a ellos y tomamos por lo llano cerca de las sierras, las quales creyámos que no estauan lexos de la costa. Toda la gente della es muy mala; y teníamos por mejor de atrauessar la tierra, porque la gente que está más metida adentro⁶⁶³

654 *tuertos de nuues*: O, «en estos indios había muchos ciegos, e muchos tuertos de nubes en gran cantidad...», p. 306. Se refiere a «Manchas blanquecinas que se forman en la capa exterior de la córnea de los ojos, también llamada blancura de ojo», *M.M.*

655 *espantados*: V, espanntados.

656 *de muy buenos gestos*: léase: de muy buenos modales. «[Gesto] complacencia o displicencia de alguna cosa», *Aut.*

657 *sierras*: Hallenbeck estima que se refiere a la cordillera Davis, entre la alta y baja Guadalupe, pp. 172-175. Krieger disiente de ese cálculo, pp. 469-470.

658 *mar del Norte*: dada la localización del grupo no es fácil determinar si se referían al Pacífico o a las costas del golfo de México.

659 *relación*: desde el siglo XVI al XVIII, este vocablo fue sinónimo de noticia, relato e informe oficial. «Se llama también a aquel romance de algún suceso o historia», *Aut.*

660 *vnos parientes*: alude más bien a clanes que existían dentro de varias tribus de coahuiltecas, jumanos, sumas, etcétera.

661 *plata*: O, «margarita...» «Se llamaba margarita a la porción nacarada de las conchas», *M.M.* «Lo mismo que perla, aplícase a las más preciosas», *Aut.*

662 *repartimos*: siempre es útil recordar que Núñez nos ofrece tácitamente una traducción de vivencias experimentadas en otras lenguas; vivencias que no siempre reduce satisfactoriamente al castellano. Hallenbeck, pp. 78-80.

663 *adentro*: O, «pero ellos no quisieron ir sino arriba adentro porque estaban escarmentados de la costa...», p. 307. Las referencias a «tierra adentro» son ambiguas, sobre todo si recordamos que Núñez tenía entonces una noción muy imprecisa de su ubicación.

es más bien acondicionada y tratáuannos mejor, y teníamos por cierto que hallaríamos la tierra más poblada y de mejores mantenimientos. Lo último, hazíamos esto porque atrauessando la tierra víamos muchas particularidades della, porque si Dios nuestro Señor fuesse seruido de sacar alguno de nosotros y traerlo a tierra de christianos, pudiesse dar nueuas⁶⁶⁴ y relación della⁶⁶⁵. Y como los indios vieron que estáuamos determinados de no yr por donde ellos nos encaminauan, dixéronnos que por donde nos queríamos yr no auía gente, ni tunas, ni otra cosa alguna que comer, y rogáronnos que estuuiésemos allí aquel día, e así lo hezimos.

Luego ellos embiaron dos indios para que buscassen gente por aquel camino que queríamos yr; y otro día nos partimos llevando con nosotros muchos dellos, y las mugeres yuan cargadas de agua⁶⁶⁶, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad que ninguno osaua beuer sin nuestra licencia. Dos leguas de allí topamos los indios que auían ydo a buscar la gente e dixeron que no la hallauan; de lo qual los indios mostraron pesar y tornáronnos a rogar que nos fuésemos por la sierra. No lo quesimos hazer, y ellos, como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza se despedieron de nosotros e se boluieron el río abaxo a sus casas. Y nosotros caminamos por el río arriba y desde a vn poco topamos dos mugeres⁶⁶⁷ cargadas que como nos vieron pararon y descargáronse e traxéronnos de lo que lleuauan, que era harina de maíz⁶⁶⁸, y nos dixeron que adelante⁶⁶⁹ en aquel río hallaríamos casas e muchas tunas y de aquella harina. Y así nos despedimos dellas⁶⁷⁰ porque yuan a los otros donde auíamos partido. Y anduuiamos hasta puesta del sol y llegamos a vn pueblo de hasta veynte casas⁶⁷¹, adonde nos rescibieron llorando y con grande tristeza⁶⁷² porque sabían ya que adonde quiera que llegáuamos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañauan, y como nos vieron solos perdieron el miedo y diéronnos tunas y no otra cosa ninguna.

664 *nueuas*: Z, *neurs*.

665 Estas son, casi seguramente, consideraciones que Núñez interpone al ampliar su narración. Véase el proemio que debió ser el último texto escrito por Núñez.

666 *cargadas de agua*: ésta es la primera vez que se alude al transporte de agua. Hallenbeck (p. 179) estima que el contingente viajaba hacia el noroeste siguiendo la cuenca del río Pecos, cuyas aguas son bastante salobres, p. 179.

667 *dos mugeres*: O, «unos indios...», p. 307.

668 Habían pasado casi seis años sin comer maíz. El dato alude a comunidades asentadas que practicaban la agricultura. Obsérvese que en general han cesado las repetidas alusiones al hambre y otras carencias. Krieger (p. 470) cree que Núñez estaba entonces en compañía de los indios ópatas ubicados, en parte, en la cuenca del río Bavispe y hacia el extremo norte de Sonora.

669 *adelante*: V, *adolante*.

670 *dellas*: O, «[los indios] los llevaron...», p. 307.

671 *veynte casas*: O, «y al día siguiente llegaron a muchos ranchos...», p. 307.

672 *con grande tristeza*: la descripción de esta escena evoca la emotividad, convertida en tópico, que abunda en las biografías imaginarias de santos medievales. Son ilustrativos, por ejemplo, los episodios de intensa emoción mística ocurridos en las conversaciones entre Barlam y Josaphat. Ver: J.E. Keller y R. Linker, *Barlam y Josaphat*, prólogo de J.E. Keller y O. Impey (Madrid: C.S.I.C., 1979), pp. 120-123.

Estuuiamos allí aquella noche, y al alua, los indios que nos auían dexado el día passado, dieron en sus casas. Y como los tomaron descuydados y seguros tomáronles quanto tenían, sin que tuuiessen⁶⁷³ lugar donde asconder ninguna cosa, de que ellos lloraron mucho, y los robadores, para consolarles los dezían que eramos hijos del sol y que teníamos poder para sanar los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aun mayores que éstas. Como ellos las saben mejor hazer quando sienten⁶⁷⁴ que les conuiene, y dixéronles que nos lleuassen con mucho acatamiento y tuuiessen cuydado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diessen todo quanto tenían y procurassen de lleuarnos donde auía mucha gente, y que donde llegásemos robassen ellos y saqueasen⁶⁷⁵ lo que los otros tenían, porque así era costumbre⁶⁷⁶.

673 *tuuiessen*: Z, *uuiessen*.

674 *sienten*: en el siglo XVI y antes, este verbo podía ser sinónimo de creer o saber. Ver: *Comentarios reales* del Inca Garcilaso (I, I, Cap XVIII). Sin embargo, en el Cap. XXXI el verbo ya se utiliza con su acepción actual. «Vale también juzgar, opinar...», *Aut*.

675 *saqueasen*: V, *saquease*.

676 Smith (p. 148) calculó que Cabeza de Vaca y los suyos estaban entonces próximos a las montañas de San Saba. Oviedo obviamente exagera al señalar que los españoles iban seguidos por más de mil indios. Piénsese lo que suponía, para pueblos cazadores y de poca agricultura, alimentar diariamente un contingente tan nutrido.

CAPÍTULO VEYNTE Y NUEVE

DE CÓMO SE ROBAUAN LOS VNOS
A LOS OTROS

DESPUÉS⁶⁷⁷ DE AUERLOS INFORMADO y señalado bien lo que auían de hazer, se boluieron y nos dexaron con aquellos; los quales, teniendo⁶⁷⁸ en la memoria lo que los otros les auían dicho nos començaron⁶⁷⁹ a tratar con aquel mismo temor y reuerencia que los otros; e fuymos con ellos tres jornadas y lleuáronnos adonde auía mucha gente. Y antes que llegásemos a ellos, auisaron como ýuamos y dixeron de nosotros todo lo que los otros les auían enseñado, y añadieron mucho más, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de nouelas⁶⁸⁰ y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algún interesse⁶⁸¹. Y quando llegamos cerca de las casas salió toda la gente a rescebirnos con mucho plazer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos dellos nos dieron dos calabazas, y de aquí començamos a llevar calabazas con nosotros y añadimos a nuestra autoridad esta cerimonia que para con ellos es muy grande⁶⁸².

Los que nos auían acompañado⁶⁸³ saquearon las casas; mas como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo quanto tomaron, y más de la mitad dexaron perdido, y de aquí por la halda⁶⁸⁴ de la sierra nos fuymos

677 *después*: Z, y después.

678 *teniendo*: Z, tenido.

679 *començaron*: V, começaron.

680 *nouelas*: obsérvese que, en ese contexto, novela equivale a invenciones o fantasías. Ver: E.C. Riley, «Episodio, novela y aventura en *Don Quijote*», *Anales Cervantinos* V (1955-1956), pp. 208-230.

681 *interesse*: arc, interés.

682 *muy grande*: Hallenbeck (p. 84) apuntó, en efecto, que ese era el mayor homenaje que aquellos indios podían ofrecer. Ese dato, y otros similares, aluden también al proceso de aculturación por el que pasaban Núñez y sus acompañantes.

683 *acompañado*: Z, acopannado. La contracción de *m* en *ñ*, en general ya se había consolidado en el castellano del siglo XVI. Este detalle demuestra, una vez más, el sesgo un tanto arcaizante de la ortografía de Z. Ver: n.º 806.

684 *halda*: la presencia de la *h* aspirada es un tanto excepcional, pero es propia de la ortografía andaluza y toledana que promulgó Nebrija, entre otros. La *f* en posición inicial (falda, fazer,

metiendo por⁶⁸⁵ la tierra adentro más de cinquenta leguas⁶⁸⁶ y al cabo dellas⁶⁸⁷ hallamos quarenta casas, y entre otras cosas⁶⁸⁸ que nos dieron ouo Andrés Dorantes vn caxcauel gordo grande, de cobre⁶⁸⁹ y en el figurado⁶⁹⁰ vn rostro, y esto mostrauan ellos que lo tenían en mucho y les dixeron que lo auían auido de otros sus vezinos, e preguntándoles que dónde auían auido aquellos, dixéronles que lo auían traýdo de hazia el Norte y que allí auía mucho y era tenido en grande estima, y entendimos que do quiera que aquello auía venido auía fundición y se labraua de vaziado⁶⁹¹. Y con esto nos partimos otro día y atrauessamos vna sierra de siete leguas⁶⁹², y las piedras della eran de escorias de hierro, y a la noche llegamos a muchas casas⁶⁹³ que estauan assentadas a la ribera de vn muy hermoso río⁶⁹⁴, y los señores dellas salieron a medio camino a rescebirnos con sus hijos acuestas y nos dieron muchas taleguillas de margarita⁶⁹⁵ y de alcohol molido⁶⁹⁶, con esto se vntan ellos la cara; y dieron muchas cuentas y muchas mantas de vacas⁶⁹⁷ y cargaron a todos los que venían con nosotros de todo quanto ellos tenían.

Comían tunas e piñones⁶⁹⁸, ay⁶⁹⁹ por aquella tierra pinos chicos y las piñas dellos⁷⁰⁰ son como hueuos pequeños; mas los piñones son mejores que

etc.) se mantenía en Castilla y Aragón. Menéndez Pidal, *La lengua...*, p. 51. Algunos atribuyen la *h* aspirada, en estos casos, a influencias fónicas del árabe, pero no hay prueba convincente de ello. Ver variante: Cap. XXXI, en torno a n.º 782.

685 *por*: Z, om.

686 *cinquenta leguas*: O, «ochenta leguas...», p. 307.

687 *al cabo dellas*: O, «al pie de la sierra...», p. 307. Hallenbeck los sitúa ahora en el cruce de los ríos Peñasco y Elk Creek (pp. 181-182).

688 *otras cosas*: O, «ciertas mantas de algodón...», p. 307.

689 *caxcauel... de cobre*: O, «...dieron a los cristianos un cascabel de latón...», p. 307.

690 *figurado*: léase: configurado.

691 *vaziado*: «Fondo que queda en el neto del pedestal después de la faja o moldura que lo guarnece», *Dic*. El procedimiento empleaba fundiciones avanzadas de metal, lo cual es muy improbable. Sin embargo, Smith (p. 84) lo creyó factible. La expedición de Coronado tropezó, años después, con indicios similares de metal fundido.

692 En esa etapa se supone que cruzaban la sierra de Sacramento cerca del río Elk, en dirección hacia Tularosa. Hallenbeck, pp. 182-184.

693 *muchas casas*: O, «unos ranchos...», p. 307.

694 *vn muy hermoso río*: probablemente el río Tularosa. Hallenbeck, p. 183.

695 *margarita*: Z, marcasita; V, margaxita; O, «margarita...», p. 307. Margarita, del latín *micare* (brillar). Se trataba, en este caso, no de perla o plata, sino de cristalizaciones de silicatos que se yuxtaponen en capas sucesivas y que abundan en las regiones montañosas de Nuevo México y Arizona.

696 *alcohol molido*: «nombre con el que, en lo antiguo, se designaba la galena (sulfuro de plomo) que se ha llamado también alcohol de alfarero, por utilizarse para bañar y vidriar la alfarería ordinaria», *Naufragios* (Madrid: Austral, 1971), p. 71. «Polvillo negro que se hacía al principio con antimonio o con galena y después con negro de humo perfumado», *M.M.*

697 *mantas de vacas*: léase: de cueros.

698 *piñones*: en este caso se alude a nueces de pinos (*Pinus adultis*) que abundan en las sierras que están al oeste de Texas y Nuevo México. O, «e diéronles allí mucha cantidad de piñones tan buenos e mejores que los de Castilla...», p. 308.

699 *ay*: Z, y ay.

700 *dellos*: V, dellas.

los de Castilla⁷⁰¹, porque tienen las cáxcaras muy delgadas y quando están verdes muélenlos y házenlos pellas⁷⁰² y así los comen; y si están secos los muelen con cáxcaras y los comen hechos poluos. Y los que por allí nos resebían, desde nos auían tocado boluían corriendo hasta sus casas y luego dauan buelta a nosotros, y no cessauan de correr yendo y viniendo. Desta manera traýannos muchas cosas para el camino. Aquí me traxeron vn hombre e me dixerón que auía mucho tiempo que le auían herido con vna flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; dezía que le daua mucha pena e que por aquella causa siempre estaua enfermo. Yo le toqué y sentí la punta de la flecha y vi que la tenía atrauassada por la ternilla⁷⁰³, y con vn cuchillo⁷⁰⁴ que tenía le abrí el pecho hasta aquel lugar y vi que tenía la punta atrauassada y estaua muy mala de sacar; torné a cortar más y metí la punta del cuchillo y con gran trabajo en fin la saqué.

Era muy larga y con vn hueso de venado; vsando de mi officio de medicina⁷⁰⁵ le di dos puntos, y dados se me desangraua⁷⁰⁶, y con raspa de vn cuero le estanqué la sangre⁷⁰⁷ e quando huue sacado la punta pidiéronmela e yo se la di; y el pueblo todo vino a verla y la embiaron por la tierra adentro para que la viessen los que allá estauan; y por esto hizieron muchos bayles y fiestas como ellos suelen hazer. Y otro día⁷⁰⁸ le corté los dos puntos al indio y estaua sano y no parecía la herida que le auía hecho sino como vna raya de la palma de la mano⁷⁰⁹, y dixo que no sentía dolor ni pena alguna. Y esta cura nos dio entre ellos tanto crédito por toda la⁷¹⁰ tierra quanto ellos podían y sabían estimar y encarescer. Mostrámosles aquel caxcauel que traýamos y dixéronnos⁷¹¹ que en aquel lugar de donde aquel auía venido auía muchas planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho, y auía casas de assiento⁷¹², y esto creemos nosotros que es la mar del

701 *O* reproduce literalmente la analogía en p. 308.

702 *pellas*: Ver: n.º 381.

703 *ternilla*: «parte interior del cuerpo del animal más dura que la carne y más blanda que el hueso», *Aut.* Según esta descripción se alude a porciones cartilaginosas, probablemente del esternón.

704 *vn cuchillo*: Núñez se refiere a un instrumento de cuarzo, común entre los indios, que cumplía casi todas las funciones del cuchillo. Él no indica que hubiese conservado instrumentos de metal.

705 La alusión corrobora hasta qué punto Cabeza de Vaca había consolidado su función de curandero.

706 *desangraua*: *V*, *desanngraua*; *Z*, *om.*

707 *y con raspa de vn cuero le estanqué la sangre*: aquí raspa significa residuo. Es voz que se utiliza en América con acepciones muy diversas. Según *Cov.* alude al residuo de lo que se rae.

708 *otro día*: *Z*, y dende a dos días.

709 *Z*, *om.*: *O*, «lo siguiente y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano...», p. 308.

710 *la*: *Z*, *om.*

711 *dixéronnos*: *Z*, *dixerónnos*; *V*, *dixerónnos*.

712 *assiento*: se refiere a tribus más sedentarias que las que ellos conocieron en el golfo de México y en torno a San Antonio, Texas.

Sur⁷¹³, que siempre tuuimos noticia que aquella mar es más rica que la del Norte. Destos nos partimos y anduimos⁷¹⁴ por tantas suertes de gentes y de tan diuersas lenguas que no basta memoria a poderlas contar. Y siempre saqueauan los vnos a los otros y así los que perdían como los que ganauan quedauan muy contentos.

Lleuáuamos tanta compañía que en ninguna manera podíamos alernos con ellos. Por aquellos valles⁷¹⁵ donde ýuamos cada vno dellos lleuaua vn garrote⁷¹⁶ tan largo como tres palmos y todos yuan en ala⁷¹⁷ y en saltando alguna liebre (que por allí auía hartas) cercáuánla luego, y caían tantos garroses sobre ella que era cosa de marauilla: y desta manera la hazían andar de vnos para otros, que a mi ver era la más hermosa caça que se podía pensar, porque muchas vezes ellas se venían hasta las manos, y quando a la noche paráuamos eran tantas las que nos auían dado que traía cada vno de nosotros ocho o diez cargas dellas. Y los que traían arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartauan por la sierra a buscar venados y a la noche quando venían traían para cada vno de nosotros cinco o seys venados, y páxaros⁷¹⁸ y codornizes y otras caças; finalmente, todo quanto⁷¹⁹ aquella gente hallauan y matauan⁷²⁰ nos lo ponían delante, sin que ellos osassen tomar ninguna cosa aunque muriessen de hambre, que así lo tenían ya por costumbre después que andauan con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos, y las mugeres traían muchas esteras de que ellos nos hazían casas, para cada vno la suya aparte, y con toda su gente conocida⁷²¹, y quando esto era hecho mandáuamos que asassen aquellos venados y liebres⁷²² y todo lo que auían tomado, y esto también se hazía muy presto en vnos hornos, que para esto ellos hazían⁷²³; y de todo ello nosotros tomáua-

713 *mar del Sur*: todo parece indicar que se refiere al océano Pacífico.

714 *anduímos*: *V*, *anduímas*.

715 *aquellos valles*: Hallenbeck (pp. 192-194) indica que a partir de este pasaje, hasta el final del capítulo, Cabeza de Vaca narra una interpolación retrospectiva. Lo cree así porque dice que esta descripción remite al paisaje propio de la cordillera de Sacramento y al valle del río Pecos, y no a la región en que se encontraba en esta etapa. De ser así — y recuérdese que Hallenbeck había explorado estas zonas — se comprenderá una vez más la dificultad que supone trazar la ruta de Cabeza de Vaca.

716 *garrote*: «palo de grueso mediano y longitud proporcionada que tiene usos varios», *Aut.*

717 *yuan en ala*: léase: en fila. «Se dice quando algún número de gente se pone ordenada en línea recta». *Aut.*

718 *páxaros*: *Z*, muchos paxaros. Hallenbeck (p. 19) supone que Núñez alude al pavo americano (*Meleagris gallopavo*); suposición aventurada si se toma en cuenta el tamaño considerable de ese tipo de pavo.

719 *todo quanto*: *Z*, finalmente todo cuanto.

720 *matauan*: *Z*, mataua.

721 *conocida*: Núñez da a entender que él y sus acompañantes — a manera de jefes de clan o *pater familias* — encabezaban un contingente de indígenas. Son ellos los que organizan la distribución de alimentos. Esos y otros datos indican hasta dónde se habían adaptado los españoles a aquellas formas de vida.

722 *liebres*: Hallenbeck (p. 86) deduce que se trataba de conejos que abundan en esa región.

723 Antropológicamente, el dato es relevante porque identifica comunidades asentadas en torno a la agricultura, y con un registro alimenticio más variado.

mos vn poco y lo otro dáuamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiessse entre todos.

Cada vno con la parte que le cabía venían a nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer della, y muchas vezes traíamos con nosotros tres o quatro mil personas⁷²⁴, y era tan grande nuestro trabajo que a cada vno auíamos de soplar y santiguar lo que auían de comer y beuer, y para otras muchas cosas que querían hazer nos venían a pedir licencia, de que se puede ver que tanta importunidad⁷²⁵ rescebíamos. Las mugeres nos traían las tunas y arañas y gusanos y lo que podían auer, porque aunque se muriessen de hambre ninguna cosa auían de comer sin que nosotros la diésemos. E yendo con éstos passamos vn gran río⁷²⁶ que venía del Norte y passados vnos llanos de treynta leguas hallamos mucha gente que de lexos de allí venía a rescebirnos, y salían al camino por donde auíamos de yr e nos rescebieron de la manera de los passados.

CAPÍTULO TREYNTA

DE CÓMO SE MUDÓ LA COSTUMBRE DEL RESCIBIRNOS

DESDE AQUÍ OVO OTRA MANERA DE RESCEBIRNOS, en quanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos a traernos alguna cosa, a los que con nosotros venían no los robauan; mas después de entrados en sus casas ellos mismos nos ofrescían quanto tenían y las casas con ello; nosotros las dáuamos a los principales para que entre ellos las partiessen, y siempre los que quedauan despojados nos seguían, de donde crecía mucha gente para satisfacerse de su pérdida y dezíanles que se guardassen y no escondiessen cosa alguna de quantas tenían, porque no podía ser⁷²⁷ sin que nosotros lo supiésemos y haríamos luego que todos muriessen, porque el sol nos lo dezía⁷²⁸. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros días que con nosotros estauan nunca estauan sino temblando, e sin osar hablar, ni alçar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por más de cinquenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras⁷²⁹, y por ser tan secas no auía caça en ellas y por esto passamos mucha hambre, y al cabo vn río muy grande⁷³⁰, que el agua nos daua hasta los pechos, y desde aquí nos començó mucha de la gente que traíamos a adolecer, de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras auían passado, que por extremo eran agras y trabajosas⁷³¹.

727 *no podía ser*: léase: no podía hacerse. Sobre la gama de usos asignados a *ser* y *estar* en los siglos XVI y XVII ver: Lapesa, pp. 400-401. «[Ser] vale por servir, aprovechar, suceder», *Aut.*

728 *porque el sol nos lo dezía*: *Z, om.* Esta omisión y la indicada en la nota 709 —entre otras— son ejemplos importantes de las amplificaciones que contiene *V.*

729 Se supone que Núñez se refiere a la parte oeste de las sierras de Sacramento. Al parecer viajaban hacia el sur. Hallenbeck, p. 195.

730 No se ha determinado con exactitud a qué río se refiere Cabeza de Vaca. Ni Krieger (p. 470) ni Hallenbeck (p. 198) aportan datos precisos respecto a este posible hito geográfico.

731 *eran agras y trabajosas*: *agras* es voz arcaica que, sobre todo en Andalucía, describía tierras escarpadas. *Cor.* «Conocerás mis agras palabras», *La Celestina* 2 (R.3.17).

724 *quatro mil personas*: *O*, «más de dos mil ánimas...», p. 307.

725 *tanta importunidad*: léase: cuanta molestia nos imponían. Ver: n.º 653.

726 *un gran río*: Hallenbeck (p. 194) lo identifica como el río Pecos.

Estos mismos nos lleuaron a vnos llanos⁷³² al cabo de las sierras, donde venían a rescebirnos de muy lexos de allí y nos rescibieron como los passados e dieron tanta hazienda⁷³³ a los que con nosotros venían, que por no poderla lleuar dexaron la mitad y diximos a los indios que lo auían dado que lo tornassen a tomar y lo lleuassen porque no quedasse allí perdido. Y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre después de auer vna vez ofrescido, tornarlo a tomar; y assí no lo teniendo en nada lo dexaron todo perder. A estos diximos que queríamos yr a la puesta del sol. Y ellos respondiéronnos que por allí estaua la gente muy lexos. Y nosotros les mandáuamos⁷³⁴ que embiassen a hazerles saber cómo nosotros ýuamos allá, y desto se escusaron lo mejor que ellos podían porque ellos eran sus enemigos y no querían que fuésemos a ellos; mas no osaron hazer otra cosa.

Y assí embiaron dos mugeres, vna suya y otra que dellos⁷³⁵ tenían captiua, y embiaron éstas porque las mugeres pueden contratar aunque aya guerra. Y nosotros las seguimos e paramos en vn lugar donde estaua concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco días⁷³⁶ y los indios dezían que no deuían de hallar gente. Dixímosles que nos lleuassen hazia el norte; respondieron de la misma manera, diziendo que por allí no auía gente, sino muy lexos, e que no auía que comer, ni se hallaua agua. Y con todo esto nosotros porfiamos y diximos que por allí queríamos yr, y ellos todavía se escusauan de la mejor manera que podían, y, por esto, nos enojamos e yo me salí vna noche a dormir en el campo, apartado dellos; mas luego fueron donde yo estaua y toda la noche estuuieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diziéndome quan atemorizados estauan⁷³⁷, rogándonos que no estuuiésemos más enojados e que aunque ellos supiesen morir en el camino nos lleuarían por donde nosotros quisiésemos yr. Y como nosotros todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitasse, sucedió vna cosa estraña, y fue que este día mesmo adolescieron muchos dellos y otro día siguiente murieron ocho hombres⁷³⁸. Por toda la tierra donde esto se supo ouieron tanto miedo de nosotros que parecía en vernos⁷³⁹ que de temor auían de morir.

732 *vnos llanos*: O, «los llevaron a más de cient ranchos que estaban en un llano...», p. 308. Debe referirse a las planicies que se encuentran entre las sierras de Sacramento y Hueco. Hallenbeck, p. 198.

733 *hazienda*: léase: provisiones. O, «piñones en cantidad...», p. 308. «Hacienda se llama también a los bienes», *Aut.*

734 *mandáuamos*: Z, mandamos.

735 Es notable que Oviedo, al referirse a este incidente, simplemente dice: «E así se fueron los cristianos con toda la gente tras aquellas dos mujeres... mudándose cada día...», p. 308. No se alude, por ejemplo, a las prerrogativas que tenían las mujeres en lo que a concertar paz y guerra se refiere.

736 *cinco días*: más adelante — en este capítulo — Núñez se contradice al indicar que las mujeres regresaron al cabo de tres días.

737 *estauan*: V, estoauan.

738 *ocho hombres*: O, «muchos hombres...», p. 308. Además, O añade que «Andrés Dorantes dijo a un indio suyo que les dijese que por aquello que querían hacer, se habían de morir...», p. 308.

739 *vernos*: Z, verlos.

Rogáronnos que no estuuiésemos enojados, ni quisiésemos que más dellos muriessen; y tenían por muy cierto que nosotros los matáuamos con solamente quererlo. Y a la verdad nosotros rescebíamos tanta pena desto que no podía ser mayor, porque allende de ver los que morían temíamos que nos muriésemos⁷⁴⁰ todos, o nos dexassen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ay adelante hiziessen lo mismo viendo lo que a estos auía acontecido. Rogamos a Dios nuestro Señor que lo remediase, y ansí començaron a sanar todos aquellos que auían enfermado. Y vimos vna cosa que fue de grande admiración, que los padres y hermanos y mugeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena, y después de muertos ningún sentimiento hizieron, ni los vimos llorar, ni hablar vnos con otros, ni hazer otra ninguna muestra⁷⁴¹, ni osauan llegar a ellos hasta que nosotros los mandáuamos lleuar a enterrar. Y más de quinze días⁷⁴² que con aquellos estuuimos a ninguno vimos hablar vno con otro, ni los vimos reyr, ni llorar a ninguna criatura, antes porque vna lloró la lleuaron muy lexos de allí y con vnos dientes de ratón, agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas.

E yo, viendo esta crueldad y enojado dello, les pregunté que por qué lo hazían, e respondiéronme que para castigarla porque auía llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían ponían⁷⁴³ a todos los otros que nueuamente venían a conoscernos, a fin que nos diessen todo quanto tenían, porque sabían que nosotros no tomáuamos nada y lo auíamos de dar todo a ellos⁷⁴⁴. Esta fue la más obediente gente⁷⁴⁵ que hallamos por esta tierra, y de mejor condición, y comúnmente son muy dispuestos. Conualescidos los dolientes e ya que auía tres días que estáuamos allí llegaron las mugeres que auíamos embiado, diziendo que auían hallado muy poca gente, y que todos auían ydo a las vacas, que era en tiempo dellas. Y mandamos a los que auían estado enfermos que se quedassen, y los que estuuiessen⁷⁴⁶ buenos fuessen con nosotros, y que dos jornadas⁷⁴⁷ de allí aquellas mismas dos mugeres yrían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos rescibiessen; e con esto otro día de mañana todos los que más rezios estauan partieron con nosotros e a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Esteuanico⁷⁴⁸, el negro, lleuando por guía las dos mugeres, e la que dellas era captiua los lleuó a vn río⁷⁴⁹ que corría entre

740 *nos muriésemos*: Z y V, muriessen.

741 *ninguna muestra*: léase: ninguna señal de tristeza.

742 *quinze días*: O, «quinze días no más...», p. 308.

743 *ponían*: léase: comunicaban. «Vale también por exponer», *Aut.*

744 Sin duda existían acuerdos y ceremonias que Núñez no especifica en este caso.

745 *gente*: V, gete. Esta alusión parece referirse a indios sumas o jumanos. Krieger, p. 470. Una vez más la información que Núñez da sobre estas comunidades se aproxima a un moderno criterio antropológico.

746 *los que estuuiessen*: O, «veinte o treinta dellos que estauan...», p. 308.

747 Las referencias, un tanto ambiguas, a jornadas son otro obstáculo cuando tratamos de discernir la ruta de Alvar Núñez.

748 *Esteuanico*: Z, Esteoanico.

749 No hay indicios suficientemente claros sobre la ubicación de este río. Hallenbeck, p. 214.

vnas sierras, donde estaua vn pueblo en que su padre viuía; y éstas fueron las primeras casas que vimos que tuuiesen parescer y manera dello.

Aquí llegaron Castillo y Esteuanico y después de auer hablado con los indios, a cabo de tres días, vino Castillo adonde nos auía dexado y traxo cinco o seys de aquellos indios y dixo como auía hallado casas de gente e de assiento y que aquella gente comía frisoles y calabazas⁷⁵⁰, y que auía visto maíz. Esta fue la cosa del mundo que más nos alegró y por ello dimos infinitas gracias a Nuestro Señor. Y dixo que el negro vernía con toda la gente de las casas a esperar⁷⁵¹ al camino cerca de allí. Y por esta causa partimos y andada legua y media topamos con el negro y la gente que venían a rescibirnos, y nos dieron frisoles y muchas calabazas para comer e para traer agua, y mantas de vacas y otras cosas⁷⁵². Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, partímonos de los primeros dándoles lo que nos auían dado, e fuýmonos con estos y a seys⁷⁵³ leguas de allí, ya que venía la noche llegamos a sus casas, donde hizieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuuimos vn día, y el siguiente nos partimos, y lleuámoslos con nosotros a otras casas de assiento donde comían lo mismo que ellos.

Y de ay adelante ouo otro nueuo vso, que los que sabían de nuestra yda no salían a rescibirnos a los caminos, como los otros hazían, antes los halluamos en sus casas y tenían hechas otras para nosotros, y estauan todos assentados y todos tenían bueltas las caras hazia la pared, y las cabeças baxas⁷⁵⁴ y los cabellos puestos delante de los ojos y su hazienda puesta en montón en medio de la casa. Y de aquí adelante començaron a darnos muchas mantas de cueros y no tenían cosa que no nos diessen. Es la gente de mejores cuerpos que vimos y de mayor viueza e habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntáuamos, y llamámoslos de las vacas⁷⁵⁵, porque la mayor parte que dellas mueren⁷⁵⁶ es cerca de allí, y por aquél río arriba, más de cinquenta leguas van matando muchas dellas. Esta gente andan del todo desnudos a la manera de los primeros que hallamos. Las mugeres andan cubiertas con vnos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos que no siruen para la guerra.

750 *calabazas*: O, «calabazas...», p. 309. Se trata de calabacillas (*Genus cucurbita*). Smith cree erróneamente que se trata de melones, p. 158. Es significativo que Núñez y sus compañeros identifican el desarrollo cultural y la estabilidad de comunidades indígenas a partir de la dieta que mantenían.

751 *esperar*: Z, esperamos.

752 *cosas*: V, con O, «cueros de venados e sus arcos y flechas...», p. 309.

753 *a seys*: O, «cinco o seis...», p. 309.

754 Hallenbeck (p. 88), entre otros, señala que esa actitud de los indios implica el reconocimiento de poderes sobrenaturales.

755 Según las precisiones aportadas por varios especialistas —basadas en el cotejo de datos ofrecidos por Núñez y Espejo—, estos pueblos o comunidades eran de indios jumanos, o quizá conchos, que a la postre, ante la presión de la conquista, se fundieron con tribus apaches y se los conoció como «apaches jumanos», Newcomb₂, p. 233.

756 *que dellas mueren*: léase: la mayor parte de las que matan.

Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembrauan maíz; respondiéronnos que lo hazían por no perder lo que sembrassen, porque dos años arreo⁷⁵⁷ les auían faltado las aguas y auía sido el tiempo tan seco que a todos les auían perdido los maíces, los topos⁷⁵⁸, e que no osarían tornar a sembrar sin que primero ouiesse llouido mucho, y rogáuamos que dixésemos al cielo que llouiesse y se lo rogássemos; y nosotros se lo prometimos de hazerlo así. También nosotros quesimos saber de donde auían traydo aquel maíz, y ellos nos dixerón que de donde el sol se ponía, e que lo auía por toda aquella tierra; mas que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por donde yriámos bien y que nos informassen del camino, porque no querían yr allá. Dixéronnos que el camino era por aquel río arriba hazia el norte, e que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer sino vna fruta que llaman chacán⁷⁵⁹, y que la machucan entre vnas piedras y aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca, y assí era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo⁷⁶⁰ podimos comer. Y dixéronnos también que entre tanto que nosotros fuésemos por el río arriba yriámos siempre por gente que eran sus enemigos y hablauan su misma lengua, y que no tenían que darnos cosa a comer; mas que nos rescibirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían; mas que todavía les parecía que en ninguna manera no deuíamos tomar aquel camino.

Dubdando lo que haríamos y qual camino tomaríamos que más a nuestro propósito y prouecho fuesse, nosotros nos detuuimos con ellos dos días. Dáuamos a comer frisoles y calabazas; la manera de cozerlas es tan nueua que por ser tal yo la quise aquí poner para que se vea y se conozca quan diuersos y estraños son los ingenios e industrias de los hombres humanos⁷⁶¹. Ellos no alcançan ollas, y para cozer lo que ellos quieren comer hinchan⁷⁶² media calabaza grande de agua y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender y toman el fuego, y quando veen que están ardiendo tómanlas con vnas tenazas de palo y échanlas en aquella agua que está en la calabaza hasta que la hazen heruir con el fuego que las

757 *dos años arreo*: consecutivos «sucesivamente, sin interrupción ni intermisión», *Aut*.

758 *los topos*: según *Cov*, «topo» como variante de *tope* pudo ser un anglicismo de estirpe marinera. *M.M.* explica «topos» como medida utilizada por indios norteamericanos, pero sin especificar regiones. Aquí ese vocablo parece aludir al ciclo de cosechas. «Vale también el espacio de legua y media. En este sentido es voz indiana», *Aut*.

759 *chacán*: enebrina (*Juniperus comunis*), fruta del llamado cedro de Virginia que produce una resina olorosa que se utilizó abundantemente en la farmacopea decimonónica. Z, «unos árboles crían que llaman chacan entre unas piedras»; O, «llaman masarrones que cogían de unos árboles que eran muy mala cosa, e aun no para bestias, sino para aquellas que lo muelen con unas piedras: en fin es todo pabillos, e así se come...», p. 310.

760 *lo*: Z, la.

761 *hombres humanos*: la redundancia interesa por la simpatía y certidumbre con que Núñez contempla —en contraste con otros contemporáneos suyos— la condición humana en el indio.

762 *hinchan*: Z, V, hinchen.

pedras lleuan, y quando veen que el agua hierue echan en ella lo que han de cozer⁷⁶³; y en todo este tiempo no hazen sino sacar vnas piedras y echar otras ardiendo para que el⁷⁶⁴ agua hierua para cozer lo que quieren, y assí lo cuezen⁷⁶⁵.

763 *han de cozer*: O, «la harina de los fesoles...», p. 310.

764 *el*: Z, la.

765 *y assí lo cuezen*: Z, om. Según Hodge (p. 105), esa manera de preparar los alimentos era propia de pueblos nómadas. Los indios jumanos, también conocidos como *suma* o *shuman*, ocuparon varias aldeas en la confluencia del río Conchos y el río Grande. Estos mismos indios, al ser encontrados en 1582 por la expedición de Antonio Espejo, aún recordaban a Cabeza de Vaca y a sus acompañantes. Hodge, p. 102. Ese dato parece fijar de manera incontrovertible esa parte de la trayectoria de Alvar Núñez.

CAPÍTULO TREYNTA Y UNO

DE CÓMO SEGUIMOS EL CAMINO DEL MAÍZ

PASSADOS DOS DÍAS que allí estuimos determinamos de yr a buscar el maíz y no quesimos seguir el camino de las vacas porque es hazia el norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuuimos por cierto que yendo la puesta del sol auíamos de hallar lo que desseáuamos; y así seguimos⁷⁶⁶ nuestro camino y atrauessamos toda la tierra hasta salir a la mar del sur, e no bastó estoruarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que auíamos de passar (como a la verdad la passamos) por todas las diez y siete⁷⁶⁷ jornadas que nos auían dicho. Por todas ellas, el río arriba, nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta, más nuestro mantenimiento era cada día tanto como vna mano de vnto⁷⁶⁸ de venado que para estas necesidades⁷⁶⁹ procuráuamos siempre de guardar. Y así passamos todas las diez y siete⁷⁷⁰ jornadas y al cabo dellas trauessamos el río y caminamos otras diez y siete⁷⁷¹. A la puesta del sol, por vnos llanos y entre vnas sierras muy grandes que allí se hazen⁷⁷²; allí hallamos vna gente que la tercera parte del año no comen sino vnos poluos de paja⁷⁷³, y por ser aquel tiempo quando nosotros por allí caminamos, ouímoslo también de comer, hasta que acabadas estas jornadas hallamos casas de asiento adonde auía mucho maíz allegado, y dello y de su⁷⁷⁴ harina nos

766 *seguimos*: Z, se seguimos.

767 *diez y siete*: O, «treinta o cuarenta...», p. 310.

768 *vnto*: O, «pedacitos de gordura de venado...», p. 310. «Unto se toma por lo mismo que unguento», Aut.

769 *necesidades*: Z, necesidad.

770 *diez y siete*: O, «quince...», p. 310.

771 *diez y siete*: O, «veinte...», p. 310. Es difícil verificar si Cabeza de Vaca aporta mayor consistencia numérica que la que ofrece Oviedo.

772 *se hazen*: Z, que y allí se hazen.

773 *poluos de paja*: O, «hierbas, e mataban mucha caza de liebre...», p. 310. Sauer y Hallenbeck (p. 91) creen que se trata de una mezcla de plantas aromáticas.

774 *su*: Z, om.

dieron mucha cantidad, y de calabazas e frisoles e mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos auían traýdo e con esto se boluieron los más contentos del mundo.

Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por auernos traýdo allí, adonde auíamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas casas auía algunas dellas que eran de tierra⁷⁷⁵, y las otras todas son de esteras de cañas⁷⁷⁶; y de aquí passamos más de cien leguas de tierra⁷⁷⁷ y siempre hallamos casas de asiento y mucho mantenimiento de maíz y frisoles. Y dáuamos muchos venados y muchas mantas de algodón mejores que las de la Nueva España. Dáuamos también muchas cuentas y de vnos corales que ay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hazia el norte; y finalmente dieron aquí todo quanto tenían y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas⁷⁷⁸, y con estas flechas hazen ellos sus areýtos y bayles. Y paresciéndome a mí que eran muy buenas les pregunté que donde las auían auído, e dixeron que las traýan de vnas sierras muy altas que están hazia el norte y las comprauan a trueco⁷⁷⁹ de penachos y plumas de papagayos⁷⁸⁰; y dezían que auía allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes.

Entre estos vimos las mugeres más honestamente tratadas⁷⁸¹ que a ninguna parte de Indias que ouiésemos visto. Traen vnas camisas de algodón que llegan hasta⁷⁸² las rodillas e vnas medias mangas encima dellas, de vnas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, e enxabónanlas con unas raýzes que alimpian⁷⁸³ mucho, y así las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante y cerradas con vnas correas; andan calçados con çapatos. Toda esta gente venían a nosotros a que los tocássemos y santiguássemos y eran en esto tan importunos que con gran trabajo lo sufríamos, porque dolientes y sanos todos querían yr santiguados. Acontecía muchas vezes que de las mugeres que con nosotros yuan parían algunas, y luego en nasciendo nos traýan la criatura a que la santiguássemos y tocássemos⁷⁸⁴.

775 *de tierra*: O, «fechas de tapias con sus terrados, las más de peracas [«arca hecha de cuero» Aut.] así que serían como emplantas [empleitas, tejidos] o cosa tejida de hojas de palma o bejucos, u otra trabazón semejante...», p. 310. En gran medida, las matizaciones descriptivas que Oviedo ofrece parecen ser añadidura suya.

776 *cañas*: Z, cama.

777 *cien leguas de tierra*: O, «sería más de doscientas leguas a Culucán...», p. 310.

778 *y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas*: Z, dieron a Dorantes esmeraldas. O, «alguna turquesa...», p. 310. Se trata de la piedra azul cerúlea que los indios navajos llaman *chalchenite* o *chalcheuít*. Se la encuentra incrustada en estrías dentro de otras rocas. Está compuesta de hidrofosfatos de aluminio y su coloración está determinada por la proporción de cobre que contiene.

779 *trueco*: arc, trueque.

780 *papagayos*: aves prehensoras (*Platicercus eximius*) de plumajes vistosos.

781 *honestamente tratadas*: Z, tratados.

782 *hasta*: V, hata.

783 *alimpian*: arc, limpian.

784 *santiguássemos y tocássemos*: O, «e otras recién paridas venían con los niños en brazos a se despedir de los cristianos, dando a los niños tres o cuatro granos de maíz en las manos, porque los tomasen los cristianos e les diesen licencia, paresciéndoles que si aquellos tomaban de los niños, que nunca habían de adolecer ni estar malos...», p. 311.

Acompañáuamos siempre hasta dexarnos entregados a otros, y entre todas estas gentes se tenía por muy cierto que veníamos del cielo⁷⁸⁵. Entre tanto que con estos anduimos caminamos todo el día sin comer hasta la noche, y comíamos⁷⁸⁶ tan poco que ellos se espantauan de verlo. Nunca nos sintieron cansancio y a la verdad nosotros estáuamos tan hechos al trabajo que tampoco lo sentíamos.

Teníamos con ellos mucha autoridad y grauedad y para conseruar esto les habláuamos pocas vezes. El negro les hablaua siempre, se⁷⁸⁷ informaua de los caminos que queríamos yr y los pueblos que auía y de las cosas que queríamos saber⁷⁸⁸. Passamos por gran número y diuersidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos fauoresció, porque siempre nos entendieron y les entendimos. Y así preguntáuamos y respondían por señas⁷⁸⁹ como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya, porque aunque sabíamos seys lenguas no nos podíamos en todas partes aprouechar dellas porque hallamos más de mil diferencias⁷⁹⁰. Por todas estas tierras los que tenían guerras con los otros se hazían luego amigos para venirnos a rescibir y traernos todo quanto tenían, y desta manera dexamos toda la tierra en paz⁷⁹¹. Y diximosles por las señas por que nos entendían que en el cielo auía un hombre que llamáuamos Dios, el qual auía criado el cielo y la tierra, y que éste adoráuamos nosotros y teníamos por Señor y que hazíamos lo que nos mandaua y que de su mano venían todas las cosas buenas; y que si así ellos lo hiziesen les yría muy bien dello. Y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua ouiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dexáramos christianos. Esto les dimos a entender lo mejor que podimos e de ay adelante quando el sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al cielo y después las traýan por todo su cuerpo, y otro tanto hazían quando se ponía. Es gente bien acondicionada y aproueçada y para seguir qualquiera cosa bien aparejada⁷⁹².

785 *veníamos del cielo*: Z, «que ellos no alcançan ni tienen noticia de donde vienen, dicen que vienen del cielo». O, «porque todas las cosas que ellos alcançan ni tienen noticia de donde vienen, dizen que vienen del cielo...», p. 310.

786 *comíamos*: V, «comianos...»

787 *se*: Z, «y se...»

788 *Ese afán por informar destaca en las etapas más bien tardías del viaje, y cuando tenían mejor sustento.*

789 *por señas*: ese tipo de comunicación señalizada tenía una vigencia muy considerable entre indios norteamericanos. Ver: *Aboriginal Sign Languages of the Americas and Australia*, Vol. II, Ed. de D.J. Vmiker-Sebeok y Thomas Sebeok (New York-London: Plenum Press, 1978), pp. 109-184; 257-302.

790 *diferencias*: V, diferecias.

791 *en paz*: Z, om.

792 *bien aparejada*: léase: preparada. Se observará que, en estas etapas tardías de su trayectoria, Núñez y sus acompañantes parecen asumir una misión evangelizadora que contrasta notablemente con los propósitos que declaran al desembarcar en la Florida. Ese sesgo misionero de los sobrevivientes lo reconoce Oviedo, p. 314.

CAPÍTULO TREYNTA Y DOS

DE CÓMO NOS DIERON LOS CORAÇONES
DE LOS VENADOS

EN EL PUEBLO⁷⁹³ DONDE NOS DIERON LAS ESMERALDAS, dieron a Dorantes más de seyscientos coraçones de venado, abiertos⁷⁹⁴, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento; y por esto le pusimos nombre el Pueblo de los Coraçones⁷⁹⁵, y por él es la entrada para muchas prouincias que están a la mar del Sur; y si los que la fueren a buscar por aquí no entraren, se perderán, porque la costa no tiene maíz y comen poluo de bledo⁷⁹⁶ y de paja y de pescado que toman en la mar con balsas, porque no alcançan canoas. Las mugeres cubren sus vergüenças con hierua y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la vía de aquellos pueblos que nosotros truximos, ay más de mil leguas de tierra poblada y tienen mucho mantenimiento porque siembran⁷⁹⁷ tres veces en el año frisoles y maíz. Ay tres maneras⁷⁹⁸ de venados: los de la vna dellas son tamaños como nouillos de Castilla; ay casas de assiento que llaman

793 *en el pueblo...*: O, «tres pueblos que estaban juntos e pequeños, en que había hasta veinte casas en ellos...», p. 311. Hodge, Bandelier y Sauer, entre otros, localizan esa aldea, llamada por Oviedo y otros «villa de los corazones», en la vecindad mexicana de Ures, pueblo situado a unos 72 km de la costa del Pacífico y a unos 24 km al sur de Hermosillo. Krieger (pp. 471-472), sin embargo, estima que esa localidad estaba muy cerca de Torres, en la carretera que cruza el Estado de Sonora de norte a sur; carretera que marca aproximadamente la ruta que siguió en 1540 Francisco Vázquez de Coronado.

794 *abiertos*: O, «coraçones de venados escalados [cortados «en cuadritos», *Aut.*] e abiertos...», p. 311. Esta ofrenda y su significación la comenta el padre Las Casas en su *Historia apologetica de las Indias occidentales*, III, cap. 168.

795 La designación dada por Cabeza de Vaca a esa localidad se mantuvo por algunos años. Hallenbeck (p. 230), por su parte, estimó que esa aldea o aldeas estaban ubicadas en la cuenca del río Sonora, cerca del Puerto del Sol.

796 *bledo*: planta solanácea (*Chenopodium*). Según Krieger (p. 472), las así descritas eran comunidades costeñas, tal vez más pobres y primitivas.

797 *siembran*: V, sienmbrean.

798 *maneras*: V, manenas.

buíos⁷⁹⁹, y tienen yerua⁸⁰⁰, y esto es de vnos árboles al tamaño de mançanos e no es menester más de coger la fruta y vntar la flecha con ella; y si no tiene fruta quiebran vna rama y con la leche que tienen hazen lo mesmo⁸⁰¹.

Ay muchos destos árboles que son tan ponçoñosos que si majan⁸⁰² las hojas dél e las lauan en alguna agua allegada, todos los venados y qualesquier otros animales que della beuen rebientan luego. En este pueblo estuuiamos tres días y a vna jornada⁸⁰³ de allí estaua otro en el qual nos tomaron tantas aguas que porque vn río⁸⁰⁴ creció mucho no lo podimos passar y nos detuuiamos allí quinze días⁸⁰⁵. En este tiempo Castillo vio⁸⁰⁶ al cuello de vn indio vna heuilleta de talabarte de espada⁸⁰⁷, y en ella cosido vn clauo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquella e dixéronnos que auían venido del cielo. Preguntámosle más que quién la auía traído de allá, e respondieron que vnos hombres que traían baruas como nosotros, que auían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caualllos y lanças y espadas y que auían alanceado dos de ellos⁸⁰⁸. Y lo más dissimuladamente que podimos les preguntamos: ¿qué se auían hecho aquellos hombres?; y respondiéronnos que se auían ydo a la mar y que metieron las lanças por debaxo del agua y que ellos se auían también metido por debaxo y que después los vieron yr por cima hazia⁸⁰⁹ puesta del sol.

Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por aquello que oímos, porque estáuamos desconfiados⁸¹⁰ de saber nueuas de christianos⁸¹¹,

799 *buíos*: Z, de toda la gente las casas de asiento son buios. [«Del taíno choza o cabaña, *Mon.*] Esa designación de las casas es de Alvar Núñez. Es vocablo que él aprendió en Cuba y que nunca fue usado por indígenas mexicanos de esas regiones. Oviedo designa estas comunidades como *massarrones* [comunidades rústicas], p. 310. Esta libertad que Núñez se permite al atribuirle a aquellos indios un vocablo antillano nos hace poner en duda otras transcripciones que se incluyen en su texto.

800 *yerua*: o ierba, «degumbres [o frutas] que se crían en los huertos». *Aut.* Ver: n.º 773.

801 Pudo tratarse del árbol designado en inglés como *milk bush* (*Euphorbia tirucali*), bastante común en la región descrita por Cabeza de Vaca. Oviedo, tan riguroso en estas labores, no identifica la planta.

802 *majan*: «machacar o quebrantar alguna cosa». *Aut.*

803 *vna jornada*: O, «treinta leguas...», p. 311.

804 *vn río*: O, «un río que descubrió Nuño de Guzmán...», p. 311. No sabemos cómo Oviedo pudo hacer, a distancia y a partir de un texto más condensado, identificaciones tan exactas.

805 *quinze días*: Sauer, entre otros, opinó que Núñez recordó mal el número de jornadas y el sitio en el que los detuvo la inundación. Sauer cree que esa localidad se llama hoy Onabas, situada en las márgenes del río Yaqui y muy cerca de Soyopa. Hallenbeck, pp. 235-236.

806 *vio*: Z, vido. Esta forma verbal corrobora la preponderancia de formas arcaicas en Z.

807 *talabarte de espada*: «talabarte, la pretina que se ciñe a la cintura». *Aut.* O, «hebilleta de cinto o talabarte» p. 311.

808 *alanceado dos de ellos*: arc, «[lanceado]» «herido con lanza», *Aut.* O, «dos alanceaban e los mataban...», pp. 311-312.

809 *hazia*: Z, hasta. La descripción que evoca Núñez es confusa y parece remitir a visiones míticas de lo ocurrido. La supresión de la conjunción y el artículo acentúan aún más la notable ambigüedad de este trozo.

810 *desconfiados*: V, descofiados.

811 *nueuas de christianos*: más adelante Núñez, al localizar el río Petután [Petatlán] o Petatlán, ofrecerá datos más precisos sobre este incidente. Hallenbeck, p. 237.

y por otra parte nos vimos en gran confusión y tristeza creyendo que aquella gente no sería sino algunos que auían venido por la mar a descubrir; más al fin, como tuuimos tan cierta nueua dellos, dímonos más priessa a nuestro camino y siempre halláuamos más nueua de christianos. Y nosotros les dezíamos que les ýuamos a buscar para dezirles que no los matassen, ni tomasen por esclauos, ni los sacassen de sus tierras, ni les hiziessen otro mal ninguno; y desto ellos se holgauan mucho. Anduimos mucha tierra y toda la hallamos despoblada porque los moradores della andauan huyendo por las sierras, sin osar tener casas, ni labrar, por miedo de los christianos. Fue cosa de que tuuimos muy gran lástima viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y de ríos y ver los lugares despoblados y quemados y la gente tan flaca y enferma, huýda y escondida toda. Y como no sembrauan, con tanta hambre se mantenían con corteza de árboles y raýzes. Desta hambre a nosotros alcançáuamos⁸¹² parte en todo este camino, porque mal nos podían⁸¹³ ellos proueer estando tan desuenterados⁸¹⁴ que parecía que se querían morir.

Truxéronnos mantas⁸¹⁵ de las que auían escondido por los christianos, y diéronnoslas, y aún contáronnos como otras vezes auían entrado los christianos por la tierra e auían destruydo y quemado los pueblos y lleuado la mitad de los hombres y todas las mugeres y muchachos, y que los que de sus manos se auían podido escapar andauan huyendo. Como los víamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar, ni labrar la tierra, antes estauan determinados⁸¹⁶ de dexarse morir y que esto tenían por mejor que esperar ser tratados con tanta crueldad como hasta allí; y mostrauan grandíssimo plazer con nosotros, aunque temimos que llegados a los que tenían la frontera con los christianos y guerra con ellos, nos auían de maltratar y hazer que pagássemos lo que los christianos contra ellos hazían. Mas como Dios nuestro Señor fue seruido de traernos hasta ellos, començáronnos a temer y acatar como los passados, y aún algo más, de que no quedamos poco marauillados, por donde claramente se vee que estas gentes todas para ser atraýdos a ser christianos y a obediencia de la imperial Magestad, han de ser lleuados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no.

Estos nos lleuaron a vn pueblo⁸¹⁷ que está en vn cuchillo de vna sierra y se ha de subir a él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaua junta, recogidos por miedo de los christianos. Rescibiéronnos muy bien y diéronnos quanto tenían y diéronnos más de dos mil cargas de maíz,

812 *alcançáuamos*: A, y V: alcançaua.

813 *podían*: V, podan.

814 *desuenterados*: Z, desnaturados.

815 *mantas*: Z, cuentas y mantas.

816 *determinados*: Z, determina.

817 *vn pueblo*: la aldea, según Hallenbeck (p. 239), debió ser San José de Delicias, en las sierras al noroeste de Sinaloa. En ésta, como en tantas otras ocasiones, la identificación de esas comunidades ha sido y sigue siendo motivo de controversia.

que dimos a aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos auían traýdo. Y otro día despachamos de allí quatro mensageros por la tierra, como lo acostubráuamos hazer, para que llamassen y conuocassen toda la más gente que pudiesen, a vn pueblo que está tres jornadas de allí. Y hecho esto, otro día nos partimos con toda la gente que allí estaua y siempre halláuamos rastro y señales adonde auían dormido christianos, y a medio día topamos⁸¹⁸ nuestros mensageros que nos dixeron que no auían hallado gente, que toda⁸¹⁹ andauan por los montes, escondidos, huyendo porque los christianos no los matassen e hiziessen esclauos, y que la noche passada auían visto a los christianos estando ellos detrás de vnos árboles mirando lo que hazían y vieron cómo lleuauan muchos indios en cadenas, y desto se alteraron los que con nosotros venían y algunos dellos se boluieron para dar auiso por la tierra cómo venían christianos, y muchos más hizieran esto si nosotros no les dixéramos que no lo hiziessen ni tuuiessen temor, y con esto⁸²⁰ se aseguraron y holgaron mucho. Venían entonces con nosotros indios de cien leguas⁸²¹ de allí y no podíamos acabar con ellos que se boluiesen a sus casas, y por asegurarlos dormimos aquella noche allí, y otro día caminamos y dormimos en el camino. Y el siguiente día los que auíamos embiado por mensageros nos guiaron adonde ellos auían⁸²² visto los christianos, y llegados a hora de vísperas vimos claramente que auían dicho la verdad y conoscimos la gente que era de a cauallo, por las estacas en que los cauallos auían estado atados. Desde aquí, que se llama el río de Petután⁸²³, hasta el río⁸²⁴ donde llegó Diego de Guzmán, puede auer hasta él desde donde supimos de christianos, ochenta leguas⁸²⁵. Y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doze leguas. Y desde allí hasta la mar del Sur auía doze leguas⁸²⁶. Por toda esta tierra, donde alcançan sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol, hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente, tanto que por enero haze gran calor. Desde allí hazia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrada y pobre, donde⁸²⁷ passamos grande e increíble hambre. Y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelíssima⁸²⁸ y de muy mala inclinación y costumbres. Los indios que tienen casa⁸²⁹ de asiento y los de atrás ningún caso hazen de oro y plata, ni hallan que pueda auer prouecho dello.

818 *topamos*: Z, tomamos.

819 *toda*: Z, todas.

820 *esto*: Z, estos.

821 *cien leguas*: O, «ochenta leguas atrás...», p. 312.

822 *auían*: Z, auia.

823 *Petután*: no es el río Petlatán, sino el Sinaloa. Bancroft, p. 36.

824 Se refiere al río Yaqui que Diego de Guzmán cruzó el 4 de octubre de 1583. Bancroft, p. 66.

825 *ochenta leguas*: Z, cient leguas o más...

826 *doze leguas*: Z, y desde allí al pueblo de los coraçones auía cinco leguas...

827 *donde*: Z, dodde.

828 *crudelíssima*: arc, superlativo de cruel; Z, crudelima.

829 *casa*: Z, casas.

CAPÍTULO TREYNTA Y TRES

CÓMO VIMOS RASTRO DE CHRISTIANOS

DESPUÉS QUE VIMOS RASTRO claro de christianos y entendimos que tan cerca estáuamos dellos, dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable captiuero, y el plazer que desto sentimos júzuelo cada vno quando pensare el tiempo que en aquella tierra estuuimos y los peligros y trabajos por que passamos. Aquella noche yo rogué a vno de mis compañeros que fuesse tras los christianos, que yuan por donde nosotros dexáuamos la tierra assegurada y auía tres días de camino⁸³⁰. A ellos se les hizo de mal esto, escusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno dellos lo pudieran hazer mejor que yo, por ser más rezios y más moços, más vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y onze indios⁸³¹, y por el rastro que hallaua siguiendo a los christianos passé por tres lugares donde auían dormido; y este día anduue diez leguas.

Y otro día de mañana alcançé quatro christianos⁸³² de caualllo que rescibieron gran alteración de verme tan estrañamente vestido⁸³³ y en compañía de indios. Estuuiéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablauan ni acertauan a preguntarme nada. Yo les dixé que me lleuassen adonde estaua su capitán; y assí fuymos media legua de allí donde

830 Obsérvese que en estos capítulos finales destaca un afán por resumir lo acontecido y queda cada vez más acentuado el protagonismo de Alvar Núñez.

831 *onze indios*: O, «una docena...», p. 312.

832 Los encontró cerca de Sinaloa y Ocoroni. Hallenbeck, p. 240. Fray Antonio Tello apuntó lo siguiente: «Cabeza de Vaca, Estebanico y once indios encontraron al capitán Lázaro de Cabrerros con tres de a caballo en los Ojuelos, a una jornada de Tzinaba, en el río de Petlatán». *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Jalisco en el Nuevo Reino de la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México* (Guadalajara: Imprenta de la República Literaria, 1891), p. 186.

833 Tello apuntó: «Los peregrinos venían con el cabello largo hasta la cinta y la barba a los pechos, desmelenados, con unos sombreros de palma vestidos de unas esclavinas de pieles de venado adobado y con pelo, descalzos, llenos de grietas, el rostro y manos tostadas del sol y frío, y los calzones de palma hilada», *ibid.*, p. 187.

estaua Diego de Alcaraz⁸³⁴, que era el capitán; y después de auerlo hablado me dixo que estaua muy perdido allí porque auía muchos días que no auía podido tomar indios y que no auía por donde yr, porque entre ellos començaua a auer necesidad y hambre. Yo le dixé cómo atrás quedauan Dorantes y Castillo, que estauan diez leguas de allí, con muchas gentes que nos auían traído. Y él embió luego tres de caualllo y cinquenta indios de los que ellos traían y el negro boluió con ellos para guiarlos, e yo quedé allí y pedí que me diessen por testimonio el año y el mes y día que allí auía llegado y la manera en que venía, y ansí lo hizieron⁸³⁵. Deste río hasta el pueblo de los christianos, que se llama Sant Miguel⁸³⁶, que es de la gouernación de la provincia que dizen la Nueva Galizia⁸³⁷, ay treynta leguas⁸³⁸.

834 Diego de Alcaraz fue un explorador de poca importancia y señalado por su crueldad y falta de dones para el mando. George Parker Winship, *The Coronado Expedition: 1540-1542* (Washington: Government Printing Office, 1896), p. 426. Durante su participación en la empresa de Coronado, Alcaraz fue muerto por los indios.

835 El dato comprueba, una vez más, la desorientación cronológica de Núñez y su afán por legalizar toda circunstancia significativa.

836 *Sant Miguel*: hoy Culiacán, comunidad que fue fundada por Nuño de Guzmán en 1531. Carl Sauer, «The Discovery of New Mexico Reconsidered», *New Mexico Historical Review*, XII (1937), p. 239.

837 La provincia entonces llamada Nueva Galicia comprendía, aproximadamente, el territorio que hoy ocupan los estados de Aguascalientes, Jalisco y una buena porción de Zacatecas, así como partes de Durango y San Luis de Potosí. En el siglo XVI (1533), la capital de esa vasta provincia fue Guadalajara. *Enc.*, XXXVIII, pp. 1443-1444. Ver: Cap. XXXVI.

838 *treynta leguas*: O, «treinta y cinco leguas o más...», p. 313.

CAPÍTULO TREYNTA Y QUATRO DE CÓMO EMBIÉ POR LOS CHRISTIANOS

PASSADOS CINCO DÍAS, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que auían ydo por ellos, y traían consigo más de seyscientas personas que eran de aquel pueblo que los christianos auían hecho subir al monte y andauan ascondidos por la tierra; y los que hasta allí con nosotros auían venido los auían sacado de los montes y entregado a los christianos, y ellos auían despedido todas las otras gentes que hasta allí auían traído. Y venidos adonde yo estaua, Alcaraz⁸³⁹ me rogó que embiássemos a llamar la gente de los pueblos que están a vera del río, que andauan ascondidos por los montes de la tierra, y que les mandássemos que truxessen de comer, aunque esto no era menester porque ellos siempre tenían⁸⁴⁰ cuydado de traernos todo lo que podían. Y embiamos luego nuestros mensageros a que los llamassen y vinieron seyscientas personas, que nos truxeron todo el maíz, que alcançauan; y traíanlo en vnas ollas tapadas⁸⁴¹ con barro en que lo auían enterrado y escondido, y nos truxeron todo lo más que⁸⁴² tenían; mas nosotros⁸⁴³ no quesimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro a los christianos para que entre sí la repartiessen.

Y después desto, passamos muchas⁸⁴⁴ y grandes pendencias⁸⁴⁵ con ellos porque nos querían hazer los indios que trayámos, esclauos, y con este enojo al partir dexamos muchos arcos turquescos que trayámos y muchos çurro-

839 Alcaraz y sus secuaces habían transformado la empresa colonizadora en simple bandidaje. Bandelier, p. 186; y Hallenbeck, p. 95. Al parecer el instigador de esos desmanes fue el mismo Guzmán.

840 tenían: Z, tetenían.

841 tapadas: Z, tapiadas.

842 todo lo más que: Z, lo que más.

843 nosotros: V, nesotros.

844 muchas: Z, muchas cosas.

845 pendencias: léase: desacuerdos, conflictos. «Riña, contienda, debate», Aut.

nes⁸⁴⁶ y flechas y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó dellas y así las perdimos. Dimos a los christianos muchas mantas de vaca e otras cosas que traýámos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se boluïessen a sus casas y se assegurassen e sembrassen su maíz. Ellos no querían sino yr con nosotros hasta dexarnos, como acostumbrauan, con otros indios, porque si se boluïessen sin hazer esto temían que se morirían, que para yr con nosotros no temían a los christianos ni a sus lanças. A los christianos les pesaua desto y hazían que su lengua les dixesse que nosotros éramos dellos mismos y nos auíamos perdido mucho tiempo auía, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, a quien auían de obedescer⁸⁴⁷ y seruir⁸⁴⁸. Más todo esto los indios tenían en muy poco o no nada de lo que les dezían, antes vnos con otros entre sí platicauan diziendo que los christianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol y ellos donde⁸⁴⁹ se pone; y que nosotros sanáuamos los enfermos y ellos matauan⁸⁵⁰ los que estauan sanos, y que nosotros veníamos desnudos y descalços y ellos vestidos y en caualllos y con lanças, y que nosotros no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo quanto nos dauan tornáuamos luego a dar y con nada nos quedáuamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo quanto hallauan y nunca dauan nada a nadie; y desta manera relatauan⁸⁵¹ todas nuestras cosas y las encarecían; por el contrario, de los otros.

Y así les⁸⁵² respondieron a la lengua de los christianos y lo mismo hizieron saber a los otros por vna lengua que entre ellos auía, con quien nos entendíamos, y aquellos que la vsan llamamos propiamente⁸⁵³ Primahaitu⁸⁵⁴, que es como dezir vascongados, la qual más de quatrocientas leguas de las que anduimos hallamos vsada entre ellos sin auer otra por todas

846 çurrones: «La bolsa grande de pellejo, de que regularmente usan los pastores para guardar y llevar la comida...», Aut.

847 obedescer: V, obedecer.

848 Esta fricción inmediata entre Cabeza de Vaca y los españoles que ellos encontraron en Nueva Galicia demuestra hasta qué punto los años de convivencia con aquellas comunidades indígenas había transformado sus actitudes y valores. Nótese cuán diferentes son sus observaciones sobre los primeros indios que encontró la expedición de Narváez. Caps. V, VI y sigtes.

849 donde: Z, de donde.

850 matauan: Z, mantauan.

851 relatauan: Z, traya.

852 Es evidente que el complemento directo de respondieron es *la lengua*, en cuyo caso en vez de *les* debía ser *le*. Pero como los indios respondían a los españoles, ese nivel de comunicación parece determinar, en este caso, el uso de *les*. Sobre el problemático uso de *le* y *les* en el siglo XVI véase: José Caso González, *La vida del Lazarillo de Tormes* (Madrid: B.A.E., Anejo XVII, 1967), p. 126.

853 propiamente: Z, om.

854 Primahaitu: Smith (p. 189) deduce que ese vocablo está tomado de la lengua ópata o de la que hablaban los indios pimas. Como ya lo he indicado, ambas comunidades vivieron en amplias zonas del norte de México. Son las dificultades inherentes a esas lenguas las que suscitan en la mente de Núñez la asociación con el vascuence. Según Hodge, p. 115, la transcripción del término no es correcta.

aquellas tierras⁸⁵⁵. Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros⁸⁵⁶ christianos y con mucho trabajo e importunación los hezimos boluer a sus casas y les mandamos que se asegurassen y assentasen sus pueblos y sembrassen y labrassen la tierra, que de estar despoblada estaua ya muy llena de monte, lo qual sin dubda es la mejor de quantas en estas Indias ay e más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres vezes en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos y otras muchas aguas muy buenas⁸⁵⁷. Ay muestras grandes y señales de minas de oro e plata; la gente della es muy bien acondicionada; siruen a los christianos (los que son amigos) de muy buena voluntad.

Son muy dispuestos, mucho más que los de México, y finalmente es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena. Despedidos los indios, nos dixeron que harían lo que mandáuamos y assentarían sus pueblos si los christianos los dexauan; e yo assí lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hizieren será por culpa de los christianos. Después que ouimos embiado a los indios en paz y regraciándoles el trabajo que con nosotros auían passado, los christianos nos embiaron, debaxo de cuatela⁸⁵⁸, a vn Zebreros, alcalde, y con él otros dos. Los quales nos lleuaron por los montes e despoblados por apartarnos de la conuersación de los indios y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hizieron, donde parece quanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andávamos a les buscar libertad y quando pensáuamos que la teníamos sucedió tan al contrario⁸⁵⁹, porque tenían acordado de yr a dar en los indios que embiáuamos asegurados y de paz. Y assí como lo pensaron lo hizieron; lleuáronnos por aquellos montes dos días, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perescer⁸⁶⁰ de sed y della se nos ahogaron⁸⁶¹ siete hombres; y muchos amigos⁸⁶² que los christianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro día a medio día adonde aquella noche hallamos nosotros el agua. Y caminamos con ellos

855 *usada entre... aquellas tierras*: Z, usada antes no hallamos otra por toda ella. La distancia de «cuatrocientas leguas» parece ser una obvia exageración.

856 *Finalmente, nunca... de los otros*: la construcción ofuscada de esta oración infiere que nunca pudieron hacerle creer a los indios que Núñez y los suyos eran como los de la tropa que capitaneaba Alcaraz.

857 La codificación descriptiva de este pasaje evoca el *locus amoenus*; ver: estudio introductorio II, a.

858 *debaxo de cuatela*: léase: escoltados.

859 *Después que ouimos embiado... contrario*: Ese pasaje reza en Z: «E después que los huimos embiado / debaxo de cautela los christianos nos enbiaron con un alcalde que se llamaua Zebreros y con el otros tres cristianos / donde parece quanto se engañan los pensamientos de los hombres / q nosotros andauamos a les buscar y quando pensauamos la que teníamos sucedió tan al contrario; y por apartarnos de conuersación de los indios nos lleuaron por los môtes despoblados / a fin q no viessemos lo que ellos hazían ni sus tratamientos» (sic). Aunque Alvar Núñez no lo dice explícitamente, a él y a sus acompañantes los llevaron prisioneros a Culiacán. Hallenbeck, p. 97.

860 *perescer*: arc, perecer; Z, desaparecer.

861 *ahogaron*: alusiones antitéticas de este tipo son frecuentes en la narrativa del siglo XVI.

862 Alude a los indios que servían de cómplices a Zebreros y Alcaraz.

veynte y cinco leguas, poco más o menos, y al fin dellas llegamos a vn pueblo de indios de paz y el alcalde que nos lleuaua nos dexó allí, y él passó adelante otras tres⁸⁶³ leguas a vn pueblo que se llamaua Culiacán⁸⁶⁴, adonde estaua⁸⁶⁵ Melchior Díaz⁸⁶⁶, alcalde mayor y capitán de aquella prouincia⁸⁶⁷.

863 *tres*: O, «ocho...», p. 313.

864 *Culiacán*: O, «Culuacán, que fue poblada en la costa de la mar del Sur, al poniente, por Nuño de Guzmán...», p. 313.

865 *estaua*: Z, esta.

866 *Melchor Díaz*: persona que disfrutó de una excelente reputación. Murió en la exploración del río Colorado que dirigiría Coronado. Era pariente cercano de Juan Díaz, clérigo eminente que destaca en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Edición de Carmelo Sanz de Santa María (Madrid: C.S.I.C., 1982), pp. 57-105.

867 Interesa destacar que, al cotejar la relación dada por Oviedo con los *Naufragios*, se observará que el cronista —como funcionario que era de la Corona— es más parco al referirse al conflicto entre españoles que ocurre en esta etapa final de la narración.

CAPÍTULO TREYNTA Y CINCO

DE CÓMO EL ALCALDE MAYOR NOS RESCIBIÓ
BIEN LA NOCHE QUE LLEGAMOS

COMO EL ALCALDE MAYOR⁸⁶⁸ fue ausiado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió y vino adonde⁸⁶⁹ nosotros estábamos y lloró mucho con⁸⁷⁰ nosotros, dando loores a Dios nuestro Señor por auer vsado de tanta misericordia con nosotros, e nos habló y trató muy bien e de parte del governador Nuño de Guzmán⁸⁷¹ e suya nos ofresció todo lo que tenía y podía y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros auíamos hallado; y tuuimos por cierto que si él se hallara allí se escusara lo que con nosotros y con los indios se hizo. Y passada aquella noche otro día nos partimos⁸⁷² y el alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuuiesemos allí y que en esto haríamos muy gran seruicio a Dios⁸⁷³ y a Vuestra Magestad, porque la tierra estaua despoblada y sin labrarse y toda muy destruyda y los indios andauan escondidos e huydos por los montes sin querer venir a hazer assiento en sus pueblos; y que los embiássemos a llamar y les⁸⁷⁴ mandássemos de parte de Dios y de Vuestra Magestad que viniessen y poblassen en lo llano y labrassen la tierra. A nosotros nos pareció esto muy difficultoso de poner en effecto, porque no traíamos indio ninguno de los nuestros, ni de los que nos solían acompañar y entender en estas cosas.

868 *Como el alcalde mayor fue ausiado*: Z, el cual como supo.

869 *adonde*: Z, donde.

870 *con*: V, co.

871 Nuño Beltrán de Guzmán fue nombrado governador de la región de Pánuco en 1526, y al año siguiente pasó a ser presidente de la Audiencia. Entre 1529 y 1531 se dedicó a la exploración de lo que hoy es el noroeste de México; región que más tarde se designó Nueva Galicia. Guzmán destacó por su crueldad y por los repetidos excesos de violencia que cometió en contra de los indios. A la postre sus arrebatos de violencia lo llevaron a la cárcel con la consiguiente pérdida de todos sus cargos y privilegios. Se dice que murió en 1544 en la más miserable pobreza. Hodge, p. 285.

872 *partimos*: Z, parimos para Auhacan (sic).

873 *Dios*: Z, dios nuestro señor.

874 *les*: Z, y que les.

En fin auenturamos a esto dos⁸⁷⁵ indios de los que traían allí captiuos, que eran de los mismos de la tierra y éstos se auían hallado con los christianos quando primero llegamos a ellos y vieron la gente que nos acompañaua y supieron dellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras auíamos traído y tenido, y las maravillas que auíamos hecho y los enfermos que auíamos curado y otras muchas cosas. Y con estos indios mandamos a otros del pueblo que juntamente fuessen y llamassen los indios que estauan por las sierras alçados⁸⁷⁶, y los del río de Petaan⁸⁷⁷, donde auíamos hallado a los christianos, y que les dixessen que viniessen a nosotros porque les queríamos hablar. Y para que fuessen seguros y los otros viniessen les dimos vn calabazo⁸⁷⁸ de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado), y con éste ellos fueron y anduieron por allí siete días⁸⁷⁹ y al fin dellos vinieron y truxeron consigo tres señores de los que estauan alçados por las sierras, que traían quinze⁸⁸⁰ hombres y nos truxeron cuentas y turquesas y plumas. Y los mensageros nos dixeron que no auían hallado a los naturales del río donde auíamos salido, porque los christianos los auían hecho otra vez huyr a los montes.

Y el Melchior Díaz dixo a la lengua que de nuestra parte les hablasse a aquellos indios y les dixesse como veníamos de parte de Dios que está en el cielo y que auíamos andado por el mundo muchos años⁸⁸¹ diziendo a toda la gente que auíamos hallado que creyessen en Dios y lo siruiesen porque era señor de todas quantas cosas auía en el mundo⁸⁸². Y que él daua galardón y pagaua a los buenos, e pena perpetua de fuego a los malos, y que quando los buenos morían los lleuaua al cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre, ni frío, ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria que se podría pensar. Y que los que no le querían creer ni obedescer sus mandamientos, los echaua debaxo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el qual nunca se auía de acabar, sino atormentarlos para siempre, e que allende desto si ellos quisiessen ser christianos y servir a Dios⁸⁸³ de la manera que les mandássemos, que los christianos les ternían por hermanos y los tratarían muy bien y nosotros les mandaríamos⁸⁸⁴ que no les hiziessen

875 *dos*: O, «dos o tres...»

876 *alçados*: «[alzar] es más usado en la acepción de rebelarse», *Aut.*

877 *Petaan*: Z, Petachan. Hoy río Sinaloa. La región de Petatlán configuraba el extremo norte del Imperio azteca. El vocablo, según Smith, p. 193, parece derivar de *petlatl*, que en náhuatl significa tapiz o alfombra.

878 *calabazo*: O, «que era un calabazo que solían traer cada uno en las manos...», p. 314. Se refiere a las calabacillas obtenidas en las zonas próximas a los ríos Pecos y Grande.

879 *siete días*: O, «cinco o seis...», p. 314.

880 *quinze*: O, «quinze o diez y seis...», p. 314.

881 *muchos años*: Z, nueue.

882 La narración adquiere, en estos pasajes, el sesgo de una parodia bíblica que evoca — a distancia — la «Epístola a los Gálatas», del apóstol Pablo (3:22).

883 *Dios*: Z, dios nuestro señor.

884 *mandaríamos*: Z, mandarimos.

ningún enojo, ni los sacassen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; más que si esto no quisiessen hazer, los christianos les tratarían muy mal y se los lleuarían por esclauos a otras tierras.

A esto respondieron a la lengua que ellos serían muy buenos christianos y seruirían a Dios. Y preguntados en qué adorauan y sacrificauan y a quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a vn hombre que estaua en el cielo.

Preguntámosles cómo se llamaua y dixeron que Aguar⁸⁸⁵, e que creyan que él auía criado todo el mundo y las cosas dél. Tornámosles a preguntar cómo sabían esto. Y respondieron que sus padres y abuelos se lo auían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia desto y sabían que el agua y todas las buenas cosas las embiaua aquél. Nosotros les diximos que aquél que ellos dezían nosotros lo llamáuamos Dios, y que ansí lo llamassen ellos y lo siruiessen y adorassen como mandáuamos y ellos se hallarían muy bien dello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido y que assí lo harían⁸⁸⁶. Y mandámosles que baxassen⁸⁸⁷ de las sierras y viniessen seguros y en paz y poblassen toda la tierra e hiziessen sus casas e que entre ellas hiziessen vna para Dios, y pusiessen a la entrada vna cruz como la que allí teníamos; e que quando viniessen allí los christianos los saliessen a reseibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los lleuassen a sus casas y les diessen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal, antes serían sus amigos. Y ellos dixeron que ansí lo harían como nosotros lo mandáuamos. Y el capitán les dio mantas y los trató muy bien, y assí se boluieron lleuando los dos que estauan captiuos e auían ydo por mensajeros. Esto pasó en presencia del escriuano que allí tenían y otros muchos testigos⁸⁸⁸.

885 *Aguar*: tal vez por distorsiones sufridas en la transcripción fonética, no he podido identificar esa deidad.

886 Parece exagerada la obediencia que Núñez atribuye a indios que habían mantenido las mismas creencias durante siglos.

887 *baxassen*: Z, abaxassen. Esas formas verbales coexistieron en los siglos XV y XVI, sólo que *abaxassen* era principalmente transitivo y reflexivo. *Cor.*

888 *testigos*: una vez más se verifica el interés de Núñez por dar un cariz legal a los hechos. Ver: n.º 89.

CAPÍTULO TREYNTA Y SEYS

DE CÓMO HEZIMOS HAZER YGLESIAS EN AQUELLA TIERRA

COMO LOS INDIOS SE BOLUIERON TODOS, los de aquella prouincia, que eran amigos de los christianos, como tuuieron noticia de nosotros nos vinieron a ver y nos truxeron cuentas y plumas. Y nosotros les mandamos que hiziessen yglesias y pusiessen cruces en ellas, porque hasta entonces no las auían hecho. Y hezimos traer los hijos de los principales señores e baptizarlos. Y luego el capitán hizo pleyto omenaje a Dios⁸⁸⁹, de no hazer ni consentir hazer entrada ninguna, ni tomar esclauo por la tierra y gente que nosotros auíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que Su Magestad y el gouernador Nuño de Guzmán, o el visorey en su nombre, proueyessen en lo que más fuesse seruicio de Dios⁸⁹⁰ y de Su Magestad. Y después de bautizados los niños nos partimos para la villa de Sant Miguel, donde como fuymos llegados* vinieron indios que nos dixeron como mucha gente baxaua de las sierras y poblauan en lo llano y hazían yglesias y cruces y todo lo que les auíamos mandado; y cada día teníamos nueuas de como esto se yua haziendo y cumpliendo más enteramente.

Y passados quinze días que allí auíamos estado llegó Alcaraz con los christianos que auían ydo en aquella entrada y contaron al capitán como eran baxados de las sierras los indios y auían poblado en lo⁸⁹¹ llano y auían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estauan despoblados y desiertos, y que los indios les salieron a reseibir con cruces en las manos y les lleuaron a sus casas y les dieron de lo que tenían y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal nouedad y de que los indios les dixeron como estauan ya asegurados, mandó que no les hiziessen mal, y ansí se

889 *hizo pleyto omenaje a Dios*: Desde la Edad Media hasta principios del siglo XVIII pleito también significó «lo mismo que homenaje», *Aut.*

890 *Dios*: Z, dios nuestro señor.

891 *lo*: Z, lo lo.

* Abril 1, 1536.

despidieron. Dios nuestro Señor por su infinita misericordia quiera que en los días de Vuestra Magestad y debaxo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al Verdadero Señor que los crió y redimió. Lo qual tenemos por cierto que así será y que Vuestra Magestad ha de ser⁸⁹² él que lo ha de poner⁸⁹³ en efecto (que no será tan difícil de hazer)⁸⁹⁴, porque dos mil leguas que anduimos por tierra y por la mar en las varcas y otros diez meses que después de salidos de captiuos sin parar anduimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni ydolatría⁸⁹⁵. En este tiempo trauessamos de vna mar a otra y por la noticia que con mucha diligencia alcançamos a entender de vna costa a la otra, por lo más ancho⁸⁹⁶ puede auer dozientas leguas, y alcançamos a entender que en la costa del sur ay perlas y mucha riqueza y que todo lo mejor y más rico está cerca della.

En la villa de Sant Miguel estuuiamos hasta quinze días del mes de mayo*; y la causa de detenernos allí tanto fue porque de allí hasta la ciudad de Compostela, donde el governador Nuño de Guzmán residía, ay cien leguas y todas son despobladas y de enemigos, y ouieron de yr con nosotros gente con que yuan veynte de cauallo que nos acompañaron hasta quarenta leguas; y de allí adelante vinieron con nosotros seys christianos que traían quinientos indios hechos esclauos. Y llegados en Compostela el governador nos rescibió muy bien y de lo que tenía nos dio de vestir, lo qual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo; y passados diez o doze días partimos para México y por todo el camino fuimos bien tratados de los christianos y muchos nos salían a ver por los caminos⁸⁹⁷ y dauan gracias a Dios⁸⁹⁸ de auernos librado de tantos peligros. Llegamos a México, domingo, vn día antes de la víspera de Santiago**, donde del Visorey y del Marqués del Valle⁸⁹⁹, fuimos muy bien tratados y con mucho

892 *ha de ser*: Z y V registran a. Dado que a continuación se usa correctamente el tiempo verbal compuesto, debió ser errata de copista o de impresión.

893 *lo ha de poner*: Z, a de poner esto.

894 Habitualmente Z abre el paréntesis con un guión y lo cierra con dos puntos.

895 Esa afirmación contradecía lo que la mayor parte de los europeos daban por sentado.

896 *ancho*: Z, ancha. Según el cronista mayor Antonio de Herrera (1559-1625), esa distancia, en extremo subestimada, es la que Alvar Núñez y sus acompañantes declararon ante notario al llegar a la comunidad de San Miguel. Smith, p. 196.

897 *camino*: Z, cami.

898 *Dios*: Z, dios nuestro señor.

899 *Marqués del Valle*: Hernán Cortés (1485-1547). Don Antonio de Mendoza fue virrey de Nueva España de 1535 a 1550.

* Mayo 15.

** Julio 25, 1536.

plazer rescebidos⁹⁰⁰ e nos dieron de vestir y ofrescieron todo lo que tenían, y el día de Santiago ouo fiesta y juego de cañas y toros⁹⁰¹.

900 Importa destacar aquí que la mayor parte de lo que se narra en este capítulo no se describe en la relación que conoció Oviedo. Este sector de los *Naufragios* debe representar, por lo tanto, una amplificación considerable. Oviedo indica con toda claridad que conoció Z. Ver: Cap. VII, p. 315.

901 En Nueva España, Cabeza de Vaca y sus acompañantes finalmente supieron lo que ocurrió a las embarcaciones que Narváez destacó en la costa de la Florida al iniciarse la expedición. Después de una prolongada e inútil búsqueda, esas embarcaciones se dirigieron a Nueva España. Juan Ortiz, uno de los soldados que Narváez envió a Cuba en busca de provisiones, al regresar fue capturado por los indios. Finalmente fue rescatado por Hernando de Soto. Hallenbeck, p. 101. Los infortunios de Ortiz los dramatizaría —entre otros— el Inca Garcilaso en *La Florida* (II, I, Cap. XI).

CAPÍTULO TREYNTA Y SIETE

DE LO QUE ACONTESCIÓ QUANDO ME QUISE VENIR

DESPUÉS QUE DESCANSAMOS EN MÉXICO dos meses yo me quise venir en estos reynos, e yendo a embarcar en el mes de octubre, vino vna tormenta⁹⁰² que dio con el nauío al traués y se perdió⁹⁰³. Y visto esto, acordé de dexar passar el inuierno, porque en aquellas partes es muy rezió tiempo para nauegar en él; y después de passado el inuierno, por quaresma nos partimos de México Andrés Dorantes e yo para la Vera Cruz⁹⁰⁴ para nos embarcar, y allí estuuimos esperando tiempo hasta domingo⁹⁰⁵ de Ramos que nos embarcamos, y estuuimos embarcados más de quinze días por falta de tiempo⁹⁰⁶. Y el nauío en que estáuamos hazía mucha agua. Yo me salí dél y me passé a otro⁹⁰⁷ de los que estauan para venir, y Dorantes se quedó en aquél. Y a diez días del mes de abril* partimos del puerto tres nauíos y nauegamos juntos ciento y cinquenta leguas; y por el camino los dos nauíos hazían mucha agua y vna noche nos perdimos de su conserua⁹⁰⁸ porque los pilotos y maestros (según después pareció)⁹⁰⁹ no osaron passar adelante

902 *tormenta*: Z, tormenmenta.

903 Irónicamente, la entrada y salida de Alvar Núñez en América se vio marcada por naufragios.

Esa suerte de señalización quizá pudo influir en el título que a la postre se dio a la narración.

904 *Vera Cruz*: la villa de Vera Cruz, situada en el golfo de México, fue fundada por Hernán Cortés el 21 de abril de 1519, y se la designó como «La Villa Rica de la Vera Cruz». Fue el puerto más importante en el virreinato de la Nueva España. Se ha repetido, en algunas ocasiones, que Castillo también viajó a España con Alvar Núñez y Dorantes, pero no hay prueba de ello.

905 *domingo*: Z, domido.

906 *falta de tiempo*: léase: falta de buen tiempo para navegar.

907 *otro*: Z y V, otros.

908 *nos perdimos de su conserua*: léase: se malograron las provisiones.

909 *pareció*: Z y V no cierran el paréntesis.

* Abril 10, 1537.

con sus nauíos y boluieron otra vez⁹¹⁰ al puerto do auían partido, sin darnos cuenta dello ni saber más dellos; y nosotros seguimos nuestro viaje. Y a quatro días de mayo* llegamos al puerto de la Hauana, que es en la ysla de Cuba, adonde estuuimos esperando los otros dos nauíos, creyendo⁹¹¹ que vernían, hasta dos días de Junio** que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que auía pocos días que auían tomado allí tres nauíos nuestros.

Y llegados sobre⁹¹² la ysla de la Belmuda⁹¹³ nos tomó vna tormenta que suele tomar a todos los que por allí passan; la qual es conforme a⁹¹⁴ la gente que dizen que en ella anda, y toda vna noche nos tuuimos por perdidos⁹¹⁵. Y plugo a Dios que venida la mañana cessó la tormenta y seguimos nuestro camino. A cabo de veynte y nueue días que partimos de la Hauana, auíamos andado mil y cien leguas que dizen que ay de allí hasta el pueblo de los Açores⁹¹⁶. Y passando otro día por la ysla que dizen del Cuerdo⁹¹⁷ dimos con vn nauío de franceses; a ora de medio día nos començó a seguir con vna carauela que traía tomada de portugueses, y nos dieron caça y aquella tarde vimos otras nueue velas y estauan tan lexos que no podimos conoscer si eran portugueses o de aquellos mesmos que nos seguían. Y quando anochesció estaua el francés a tiro de lombarda⁹¹⁸ de nuestro nauío y desque fue oscuro hurtamos la derrota⁹¹⁹ por desuiarnos dél; y como yua tan junto de nosotros nos vió y tiró la vía de nosotros, y esto hezimos tres o quatro vezes y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dexaua para la mañana.

Plugo a Dios que quando amanesció nos hallamos⁹²⁰ el francés y nosotros juntos y cercados de las nueue velas que he dicho, que a la tarde antes

910 *otra vez*: Z, de traues.

911 *creyendo*: V, creyedo.

912 *llegados sobre*: la sustitución de la preposición *a* por *sobre* parece ser frecuente en el argot marino de la época. En este contexto, *sobre* retiene una de las acepciones propias de su raíz latina supra. *Aut.*

913 *Belmuda*: Bermudas, grupo de islas a 32° y 20° de latitud norte y a 965 km del cabo Hatteras (hoy en la costa de Carolina del Norte). La isla principal, Main Island o Bermuda, ocupa el centro del archipiélago. *Enc.*, VIII, pp. 310-311.

914 *a*: Z, como.

915 Hay toda una larga tradición de alusiones imaginativas a esas tormentas (huracanes) que la navegación española encontró en torno a estas islas. Ver: la sección II d del estudio introductorio.

916 *Açores*: provincia portuguesa que consta de nueve islas y algunos islotes en el océano Atlántico, están a 1380 km de cabo Roca en Portugal; y entre los 36° y 39°, 44' de latitud N. y 27°, 35' y 33°, 27' de longitud O. *Enc.*, VI, pp. 1379-1380.

917 *Cuerdo*: o Corvo, una de las islas Açores; está situada al noreste del archipiélago. *Ibid.*

918 *a tiro de lombarda*: dadas las variaciones de su calibre y las diversas clases de proyectiles (generalmente rocas) que utilizó este tipo de cañón, es casi imposible calcular con alguna exactitud la distancia a que se alude aquí. *Enc.*, VIII, pp. 1542-1543.

919 *derrota*: Z, deróta.

920 *hallamos*: V, hollomos.

* Mayo 4, 1537.

** Junio 2, 1537.

auíamos visto, las quales conoscíamos⁹²¹ ser de la armada de Portugal, y di gracias a nuestro Señor por auerme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar. Y el francés, como conoció ser el armada de Portugal, soltó la carauela que traía tomada, que venía cargada de negros, la qual traía consigo para que creyésemos que eran portugueses⁹²² e la esperásemos, y quando la soltó dixo al maestre y piloto della que nosotros éramos franceses y de su conserua. Y como dixo esto metió sesenta remos en su nauío y así a remo y a vela se començó a yr y andaua tanto que no se puede creer. Y la carauela⁹²³ que soltó se fue al galeón y dixo al capitán que el nuestro nauío y el otro eran de franceses, y como nuestro nauío arribó al galeón y como toda la armada vía⁹²⁴ que ýuamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses⁹²⁵ se pusieron a punto de guerra y vinieron sobre nosotros y llegados cerca les saluamos. Conocido que éramos amigos se hallaron burlados por auérseles escapado aquel corsario con auer dicho que éramos franceses y de su compañía, y así fueron cuatro carauelas tras él. Y llegado a nosotros el galeón, después de auerles saludado nos preguntó el capitán Diego de Silueira que de donde veníamos y que mercadería traíamos, y les respondimos que veníamos de la Nueva España y que traíamos plata y oro. Y preguntónos qué tanto sería. El maestro le dixo que traería trezientos mil castellanos⁹²⁶. Respondió el capitán: «*boa fee que venis muito ricos, pero trazedes muy ruyn nauío y muyto ruyn artilleria; jo fi de puta! can a renegado*⁹²⁷ frances e que bon bocado perdido⁹²⁸, bota Deus. Ora sus pos⁹²⁹ vos auedes escapado, seguime e non vos apartedes de mi; que con ajuda de Deus en vos porne⁹³⁰ en Castela.⁹³¹» Y dende a poco boluieron las carauelas que auían seguido tras el

921 *conoscíamos*: Z, conocimos.

922 *portugueses*: en este capítulo también aparece *portugueses*. El uso inestable de *u* por *o* (sospino, suspiro, etc.) y viceversa era frecuente en el siglo XVI. Lapesa, pp. 368-369. Esas variantes también ocurren en los Caps. XIII y XXXI, entre otros.

923 *carauela*: Z, carauella.

924 *vía*: Z, vido. Esta y otras formas verbales indican una mayor persistencia de formas arcaicas en Z.

925 *franceses*: Z, Fraçeses.

926 *castellanos*: «Moneda antigua de oro que corrió en España y que ya no tiene uso. En el reinado de los Reyes Católicos valía 490 maravedíes de plata, que hacían 14 reales... en los reinados siguientes varió su valor», *Dic* (1780).

927 *can a renegado*: Z, cuan arrenegado.

928 *perdido*: Z, perde.

929 *pos*: Z, poys.

930 *porne*: Z, pondré.

931 Este incidente, de amplio cariz imaginativo, evoca episodios de aventuras, secuestros y rescates que instituyeron la narrativa breve italiana (Bandello, Cintio, etc.) y la novelística bizantina; narraciones que tan populares fueron en el Renacimiento. Esa tradición la documentan *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (1617) de Cervantes y *Selas de aventuras* (1565) de Jerónimo de Contreras. Obsérvese, por otra parte, que el portugués que Núñez dice citar está notablemente hispanizado, no sintácticamente pero sí en su ortografía. Una versión más aproximada al portugués sería: «*boa fê que vindes muitos ricos mas trazedes muy ruim nauío y muyto ruyn artilharía; jo filho de puta! cão a renegado frances e que bom bocado perdeu; bota Deus ora vos haveis escapado seguime e não vos apartades de mim; que com ajuda de Deus eu vos proei em Castela.*» Las formas

francés, porque les pareció que andaua⁹³² mucho y por no dexar el armada que yua en guarda de tres naos que venían cargadas de especería. Y así llegamos a la ysla Tercera⁹³³, donde estuuiamos reposando quinze días, tomando refresco⁹³⁴ y esperando otra nao que venía cargada de la India, que era de la conserua de las tres naos que traía el armada. Y passados los quinze días nos partimos de allí con el armada y llegamos al puerto de Lisboa a nueue de Agosto*, bíspera de señor Sant Laurencio⁹³⁵, año de mil y quinientos y treynta y siete años. Y porque es así la verdad como arriba en esta relación digo, lo firmé de mi nombre. *Cabeca de Vaca*. Estaua firmado de su nombre y con el escudo de sus armas la relación donde éste⁹³⁶ se sacó⁹³⁷.

alteradas del portugués y el castellano son frecuentes en el siglo XVI dado el proceso de interacción cultural y administrativa que entonces se llevaba a cabo entre ambas naciones.

932 *andaua*: Z, andauaua.

933 *Tercera*: isla del archipiélago de las Azores. Así nombrada por haber sido la tercera que se descubrió entre 1444 y 1450. *Enc*, LX, pp. 1151-1152.

934 *tomando refresco*: reponiéndose de la travesía. «Alimento moderado, o reparo que se toma para fortalecerse y continuar en el trabajo». *Aut*.

935 *Sant Laurencio*: [Lorenzo] Z, Llorente. Se celebra el 10 de agosto. Esta variante, entre otras, nos demuestra hasta qué punto Z fue producto de una impresión descuidada y sin supervisión eficaz. *Conserua*, en este contexto, significa navegar juntos.

936 *éste*: Z, esto.

937 Nótese que esta última oración indica la intervención de otro narrador en tercera persona, o en todo caso la de un escribano o amanuense. Dado el contenido y carácter de este capítulo cabe deducir que Núñez quiso concluir aquí, pero luego decidió añadir el Cap. XXXVIII, tan excepcional en su contenido. Casi todo lo narrado en este capítulo no lo reproduce Oviedo.

* Agosto 9, 1537.

CAPÍTULO TREYNTA Y OCHO

DE LO QUE SUSCEDIÓ A LOS DEMÁS QUE
ENTRARON EN LAS INDIAS

PUES⁹³⁸ HE HECHO RELACIÓN de todo lo susodicho en el viaje y entrada y salida de la tierra hasta boluer a estos reynos, quiero assimesmo hazer memoria y relación de lo que hizieron los nauíos y la gente que en ellos quedó, de lo qual no he hecho memoria en lo dicho atrás porque nunca tuuimos noticia dellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente dellos en la Nueva España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el successo e todo el fin dello de que manera passó⁹³⁹. Después que dexamos los tres nauíos, porque el otro era ya perdido en la costa braua, los quales quedauan a mucho peligro y quedauan en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos. Entre los quales quedauan diez mugeres casadas, y vna dellas auía dicho al gouernador muchas cosas que le acaescieron en el viaje antes que le suscediessen⁹⁴⁰; y esta le dixo quando entraua por la tierra que no entrasse, porque ella creyá que él, ni ninguno de los que con él yuan, no saldrían de la tierra, y que si alguno saliesse que haría Dios por él muy grandes milagros; pero⁹⁴¹ creyá que fuessen pocos los que escapassen, o no ningunos (sic), y el gouernador entonces le respondió que él y todos los que con él entrauan yuan a pelear y conquistar muchas y muy estrañas gentes y tierras. Y que tenía por muy cierto que conquistándolos auían de morir muchos, pero aquellos que quedassen serían de buena ventura y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenía de la riqueza que en aquella tierra auía⁹⁴².

Y díxoles más, que le rogaua que ella le dixesse las cosas que auía dicho, passadas y presentes, ¿quién se las auía dicho? Ella le respondió y dixo que

938 *Pues*: Z, E pues.

939 *de que manera passó*: ver: n.º 901.

940 Esta parece ser una astuta anticipación de lo que más adelante dice Alvar Núñez sobre la Mora de Hornachos.

941 *pero*: Z, pero que.

942 Queda implícito aquí que Cabeza de Vaca y sus acompañantes debían ser generosamente retribuidos; argumento común en relaciones escritas por descubridores y conquistadores.

en Castilla vna mora de Hornachos⁹⁴³ se lo auía dicho, lo qual antes que partiésemos de Castilla nos lo⁹⁴⁴ auía a nosotros dicho y nos auía suscedido todo el viaje de la misma manera que ella nos auía dicho. Y después de auer dexado el gouernador por su teniente y capitán de todos los nauíos y gente que allí dexaua, a Caruallo, natural de Cuenca, de Huete⁹⁴⁵, nosotros nos partimos dellos dexándoles el gouernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos a los nauíos y siguiessen su viaje derecho la vía del Pánuco, e yendo siempre costeando la costa y buscando lo mejor que ellos pudiessen el puerto, para que en hallándolo parassen en él y nos esperassen⁹⁴⁶. En aquel tiempo que ellos se recogían en los nauíos dizen que aquellas personas que allí estauan vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella muger dixo a las otras, que pues sus maridos entrauan por la tierra adentro y ponían sus personas en tan gran peligro, no hiziessen en ninguna manera cuenta dellos y que luego mirassen con quién se auían de casar, porque ella assí lo auía de hazer; y assí lo hizo que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los nauíos. Y después de partidos de allí los nauíos hizieron vela y siguieron su viaje y no hallaron el puerto adelante y boluieron atrás.

Y cinco leguas más abaxo⁹⁴⁷ de donde auíamos desembarcado hallaron el puerto que entraua siete o ocho leguas la tierra adentro y era el mismo que nosotros auíamos descubierto, adonde hallamos las caxas de Castilla que atrás se ha dicho, a do estauan los cuerpos de los hombres muertos, los quales eran christianos. Y en este puerto y esta costa anduuieron los tres nauíos y el otro que vino de la Hauana y el vergantín buscándonos cerca de vn año, y como no nos hallaron fuéronse a la Nueva España. Este puerto que dezimos⁹⁴⁸ es el mejor del mundo y entra⁹⁴⁹ la tierra adentro siete o ocho leguas y tiene seys braças a la entrada, y cerca de tierra tiene cinco, y es lama el suelo dél e no ay mar dentro, ni tormenta⁹⁵⁰ braua, que como los nauíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado⁹⁵¹.

943 *Hornachos*: pueblo de la provincia de Badajoz, situado al este de Tierra de Barros y en las faldas de las colinas que llevan ese mismo nombre. En el siglo XVI fue una comunidad algo celebrada por su carácter pintoresco y acaso por contar con una notable población de moriscos y judíos conversos. *Enc.* XXVIII, p. 591. La noticia me fue facilitada por Juan Pérez de Tudela y por el conde de Canilleros.

944 *nos lo*: V, Inoso.

945 *Huete*: la referencia es a Huete, de Cuenca, pueblo situado al oeste de la ciudad de Cuenca y al sureste del río Huete. *Enc.* XXVIII, p. 591.

946 Esas embarcaciones con toda seguridad pasaron muy cerca de la ruta que a lo largo de la costa seguían las precarias balsas en que navegaron Narváez y los demás supervivientes. Hallenbeck, p. 101. Al parecer navegaban a uno o dos km de la costa, siempre visible por sus arenas de blancura excepcional, sobre todo en la trayectoria que va desde Apalachicola, Florida, a Mobile, Alabama.

947 *abaxo*: léase arriba.

948 *dezimos*: Z, om.

949 *entra*: Z, entra en.

950 *tormenta*: V, ormenta.

951 *pescado*: Z, pescados. Léase: es buena allí la pesca.

Está cien leguas de la Hauana, que es vn pueblo de christianos en Cuba, y está a norte sur con este pueblo, y aquí reynan las brisas siempre y van y vienen de vna parte a otra en quatro días, porque los nauíos van y vienen⁹⁵² a quartel⁹⁵³.

Y pues he dado relación de los nauíos, será bien que diga quién⁹⁵⁴ son y de qué lugar destos reynos, los que nuestro Señor fue seruido de escapar destos trabaxos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca⁹⁵⁵, hijo del dotor Castillo y de doña Aldonça Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorantes, natural de Béjar⁹⁵⁶ y vezino de Gibrleón⁹⁵⁷. El tercero es Aluar Núñez Cabeça de Vaca, hijo de Francisco de Vera⁹⁵⁸ y nieto de Pedro de Vera⁹⁵⁹ el que ganó a Canaria, y su madre se llamaua doña Teresa Cabeça de Vaca, natural de Xerez de la Frontera. El quarto se llama Esteuanico⁹⁶⁰; es negro alárabe, natural de Azamor⁹⁶¹.

DEO GRACIAS⁹⁶²

952 *vienen*: *V*, vnaein.

953 *a quartel*: expresión marinera; «aquartelar, presentar más al viento la superficie de una vela de cuchillo, llevando hacia barlovento su puño y cazándola, si es preciso, a esta banda, para que la proa caiga hacia atrás», *Dic*.

954 *quién*: *Z*, a quienes.

955 *Salamanca*: se refiere a la ciudad y no a la provincia.

956 *Béjar*: pueblo en la porción norte y montañosa de la provincia de Salamanca; comunidad famosa, entre otras razones, por sus baños termales. *Enc*, VII, p. 1477.

957 *Gibrleón*: pueblo de la provincia de Huelva y cercano a la desembocadura del río Odiel. *Enc*, XVI, p. 1560.

958 *Francisco de Vera* (1440-1500). Como su padre, éste participó en la conquista de Canarias. Bishop, pp. 7-8. *Enc*, LXVII, p. 1345. Ver: n.º 13.

959 *Pedro de Vera* (?-1512). Una noticia extensa sobre el padre y el abuelo de Alvar Núñez la expone A. Belloguín García en *Vida y hazañas...*, pp. 8-11.

960 Sobre la identidad y leyendas que suscitó este fascinante personaje véase: John Upton Terrel, *Esteuanico The Black* (Los Ángeles: Westernlore Press, 1968).

961 *Azamor*: Acemur, Azamur o Açemur: pueblo del reino de Marruecos situado en la desembocadura del río Umn-Er-Rebia. *Enc*, II, p. 64.

962 *Deo gracias*: En *Z* se lee: Fin, seguido del colofón siguiente: «Fue impreso el presente tratado en la magnífica / noble / y antiquíssima ciudad de Zamora, por los honrrados varones Agustín de Paz y Juan Picardo compañeros impressores de libros vezinos de la dicha ciudad. A costa y espensas del virtuoso varon Juan Pedro Musetti mercader de libros vezino de Medina del Campo. Acabose en seis diaz del mes de octubre. Año del nascimiento de nuestro señor salvador Jesu Cristo de mil y quinientos y cuarenta y dos Años» (sic).

TABLA DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN LA PRESENTE RELACION Y NAUFRAGIOS DEL GOVERNADOR ALUAR NUNEZ CABEÇA DE VACA⁹⁶³

El Rey (Licencia)	177
PROEMIO	179
CAP. I. Quándo partió el armada en que yua el dicho Cabeça de Vaca, y quien yua en ella	181
CAP. II. Cómo el Governador vino al puerto de Xagua y truxo consigo vn piloto	186
CAP. III. Cómo llegaron a la Florida	188
CAP. IV. Cómo entraron por la tierra de la Florida adentro	190
CAP. V. ⁹⁶⁴ Cómo y a qué recaudo dexó los nauíos el Governador ..	194
CAP. VI. De cómo llegaron Apalache ⁹⁶⁵	199
CAP. VII. De la manera y sitio de aquella tierra	200
CAP. VIII. Cómo partieron de Aute	206
CAP. IX. Cómo partieron de baña de Cauillos	210
CAP. X. De la refriega que ouieron con los indios	214
CAP. XI. De lo que acaesció a Lope de Ouiedo con vnos indios ..	218
CAP. XII. Cómo los indios les truxeron de comer	220
CAP. XIII. Cómo supieron de otros christianos	223
CAP. XIV. Cómo se partieron quatro christianos	225
CAP. XV. De lo que les acaesció en la villa ⁹⁶⁶ de Malhado	229
CAP. XVI. Cómo se partieron de la ysla de Malhado	232
CAP. XVII. Cómo los indios truxeron a Andrés Dorantes y a Castillo y a Esteuanico	236

963 *Z* y *R*: carecen de una tabla de capítulos. Obsérvese que en *V* el contenido de las tablas puede diferir notablemente del encabezamiento de los capítulos. Véanse, por ejemplo, Caps. I y V. Obsérvese que en *V*, a partir del Cap. V la designación ordinal de los capítulos se hace numeral. En *V*, la Tabla no utiliza números romanos para indicar los capítulos, sino que se presentan ordinalmente.

964 *Cap*: *V*, capítul.

965 *llegaron Apalache*: este es un caso por lo demás frecuente en el siglo XVI, de la *a* embebida. Keniston, 2, 156.

966 *villa*: *V*, vila.

CAP. XVIII.	De la relación que dio Figueroa, de Esquiuel	241
CAP. XIX.	De cómo apartaron los indios a los christianos unos de otros	246
CAP. XX. ⁹⁶⁷	Cómo los christianos se huyeron de los indios	249
CAP. XXI.	De cómo curauan los dolientes	251
CAP. XXII.	Cómo les traían muchos enfermos	254
CAP. XXIII.	Cómo se comieron los perros, y se partieron por falta de comida	261
CAP. XXIV.	De la costumbre de los indios de aquella tierra ⁹⁶⁸	263
CAP. XXV.	Cómo los indios son prestos a vn arma	266
CAP. XXVI.	De las nasciones y lenguas de aquellas tierras	268
CAP. XXVII.	De cómo se mudaron los christianos y fueron bien rescebidos	271
CAP. XXVIII.	De las costumbres de la tierra	274
CAP. XXIX.	De la costumbre de robarse los vnos indios a los otros	278
CAP. XXX.	De cómo se mudó la costumbre del rescebir los christianos	283
CAP. XXXI.	De cómo siguieron el camino del maíz por tener comida	289
CAP. XXXII.	De cómo dieron a los christianos muchos coraçones de venados	292
CAP. XXXIII. ⁹⁶⁹	Cómo hallaron ⁹⁷⁰ rastro de christianos	296
CAP. XXXIV.	De cómo Alvar Núñez embió por los christianos que andauan con los indios	298
CAP. XXXV.	De cómo Melchor Díaz, alcalde mayor de Culiaçán, los recibió bien	302
CAP. XXXVI.	Cómo hizieron hazer yglesias en aquella tierra	305
CAP. XXXVII.	De lo que les aconteció quando se quisieron venir a Castilla	308
CAP. XXXVIII.	En que da cuenta de lo que más aconteció a los que fueron a las Indias, y cómo perescieron todos	312

Fin de tabla deste presente libro

*Ingenium volitat*⁹⁷¹

*Paupertas deprimit ipsum*⁹⁷²

967 *Cap. V, copitul.*

968 *V* indica como paginación folio XXVI, pero en el texto aparece XXXVII. El título de este capítulo aparece en XXXVI, pero el capítulo como tal comienza en el folio XXXVII.

969 *XXXIII: V, treynla.*

970 *hallaron: V, hallaro.*

971 *Ingenium volitat:* el ingenio cimbra.

972 *Paupertas deprimit ipsum:* la pobreza oprime.

V

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO

Abellán, Jer. L., 16	Aquino, Santo Tomás de, 80
Academias de la Historia, 71	Atauaco (lengua), 183
Acosta, José de, 87, 105, 106, 110, 256	Arcaísmos castellanos y leoneses en Z, 74
Aculturación regresiva, 102	Archivo de Indias (fragmento de), 79
Aguirre Gómez, Carlos E., 25	Ardoino, Antonio (Marqués de Soriano), 157
Agustín, San, 129	Armaten, José de, 136
Alambus (México), 36	Armas, 51
Alaniz de Paz, Francisco, 191	Arnillas, Pedro, 168
Alaniz, Jerónimo, 191, 232, 234	Arroyo, José J., 142, 144
Alcazar, Diego de, 230, 302, 303	Ashford, Gerald, 16, 163
Alcollahuacán (México), 202	Aspectos problemáticos de los Naufragos, 111
Alhaja, Martín, 26	Asargo, Marqués de, 140
Allen, Peter R., 163	Astudillo, 701
Alonso, Carlos, 145	Asurias, Miguel Ángel, 189
Altoaguero, Ángel de, 64	Atlixco, Coahuila, 134
Alvarez de Flores, Alonso, 191	Audencia de Santo Domingo, 79
Alvarez Morales, Miguel, 169	Auis (Isle), 224
Amador de los Ríos, José, 18, 69	Austin (Texas), 34
Ameyán y Mayo, Agustín, 25	Aute (Florida), 31, 202, 204
Anahuac (México), 202	Autoría indeterminada (Naufragos), 94
Anderson Imbert, Enrique, 168	Avalle Arce, Juan B., 16, 28
Angelus, Jacobo, 219	Avellaneda, 204
Anthell, George, 159, 162	Avolas, Juan de, 36
Anullón, Norma, 19	Azamor (Marruecos), 314
Antropología cultural, 134	
Apalache (Florida), 191, 196, 197, 199, 200, 201, 204	
Apalachicola (Florida), 25	

CAP. XVIII	De la relación que dio Figueroa, de Esquivel	241
CAP. XIX	De cómo apartaron los indios a los cristianos unos de otros	246
CAP. XX ⁹⁶⁷	Cómo los cristianos se huyeron de los indios	249
CAP. XXI	De cómo curaban los dolientes	251
CAP. XXII	Cómo se curaban muchos enfermos	254
CAP. XXIII	Cómo se comieron los perros, y se partieron por falta de comida	261
CAP. XXIV	De la costumbre de los indios de aquella tierra	263
CAP. XXV	Cómo los indios se pusieron a un arma	265
CAP. XXVI	De cómo se curaban los enfermos	268
INDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO		
	Índices	271
CAP. XXVIII	De las costumbres de la tierra	274
CAP. XXIX	De la costumbre de robarse los vinos indios a los otros	278
CAP. XXX	De cómo se mudó la costumbre del rescate de los cristianos	283
CAP. XXXI	De cómo siguieron el camino del maíz por tener comida	289
CAP. XXXII	De cómo dieron a los cristianos muchos compañeros de venadas	292
CAP. XXXIII ⁹⁶⁸	Cómo hallaron rastro de cristianos	296
CAP. XXXIV	De cómo Alvar Núñez cambió por los cristianos que andaban con los indios	298
CAP. XXXV	De cómo Melchor Díaz, alcaide mayor de Culaçán, los recibió bien	302
CAP. XXXVI	Cómo hicieron hacer iglesias en aquella tierra	305
CAP. XXXVII	De lo que les aconteció cuando quisieron venir a Castilla	308
CAP. XXXVIII	En que da cuenta de lo que más aconteció a los que fueron a las Indias, y cómo perecieron todos	317
	Fin de tabla deste presente libro	

Ingeniería Civil

Propiedad de la Universidad

967 Cap. I, página 10.

968 F. indica como paginación folio XXVI, pero en el texto aparece XXXVII. El título de este capítulo aparece en XXXVI, pero el capítulo como tal comienza en el folio XXXVII.

969 XXXIII, F. veintinueve.

970 Indios, F. treinta.

971 Indios, F. treinta y uno.

972 Indios, F. treinta y dos.

Abellán, José L., 16	Aquino, Santo Tomás de, 89
Academia de la Historia, 71	Arauco (lengua), 183
Acosta, José de, 87, 105, 106, 110, 256	Arcaísmos castellanos y leoneses en Z, 74
Aculturación regresiva, 108	Archivo de Indias (fragmento de R), 79
Aguirre Gómez, Carlos E., 25	Ardoino, Antonio (Marqués de Sorito), 157
Agustín, San, 129	Arimatea, José de, 136
Alamos (México), 56	Arkansas, 61
Alaníz de Paz, Francisco, 191	Armillas, Pedro, 168
Alaniz, Jerónimo, 191, 232, 234	Arrom, José J., 142, 144
Alcaraz, Diego de, 298, 302, 305	Ashford, Gerald, 16, 163
Alcolhuacán (México), 202	Aspectos problemáticos de los Naufragios, 111
Alhaja, Martín, 26	Astorga, Marqués de, 147
Allen, Peter R., 168	Astudillo, 224
Alonso, Carlos, 145	Asturias, Miguel Angel, 149
Altolaquirre, Angel de, 84	Atkinson, Geoffrey, 134
Alvarez de Pineda, Alonso, 191	Audiencia de Santo Domingo, 79
Alvarez Morales, Miguel, 169	Auíá (isla), 224
Amador de los Ríos, José, 18, 69	Austin (Texas), 54
Amezúa y Mayo, Agustín, 25	Aute (Florida), 31, 202, 204
Anáhuac (México), 202	Autoría indeterminada (<i>Naufragios</i>), 94
Anderson Imbert, Enrique, 168	Avalle Arce, Juan B., 16, 23
Angelus, Jacobo, 219	Avellaneda, 204
Antheil, George, 159, 169	Ayolas, Juan de, 36
Antillón, Norma, 16	Azamor (Marruecos), 314
Antropología cultural, 114	
Apalache (Florida), 191, 196, 197, 199, 200, 201, 204	
Apalachicola (Florida), 83	

- Baca y Delgado, Edward C., 169
 Baker, J.N.L., 163
 Balash Recort, Manuel, 128
 Ballesteros Bereta, Antonio, 17
 Bancroft, Hubert H., 49, 163, 295
 Bandelier, Fanny, 199, 200, 202
 Bandelier, Adolphe F., 163, 256, 292, 298
 Barnet, Miguel, 144
 Barrera López, Trinidad, 161, 171
 Barris Muñoz, Rafael, 20, 171
 Bartlett, John R., 163
 Baskett, James Newton, 44, 171
 Bataillon, Marcel, 124
 Bates, McFarland H., 173
 Beazley, Raymond, 21
 Beck, Horace P., 163
 Béjar (Prov. de Salamanca), 314
 Bello, Andrés, 151, 152
 Belloguín García, Andrés, 24, 169, 181, 314
 Belón, Pierre, 133
 Beltrán de Guzmán, Nuño, 297, 298, 305
 Beltrán, Gonzalo Aguirre, 163
 Benavente, Conde, 104
 Benavente, Fray Toribio (Motolinia), 104
 Benítez, 232
 Benso, Silvia, 168
 Bernáldez, Andrés, 130
 Bethel, Leslie, 21
 Biedma, Luis Hernández de, 163
 Bishop, Morris, 19, 26, 27, 29, 33, 169, 235, 314
 Blecua, Alberto, 221
 Block, Ernest, 159
 Boaiateran, Pierre, 22
 Boas, Franz, 116, 119, 120
 Bohemia, Jacobo, 22
 Bolton, Herbert E., 163
 Bonnamico, Lazzaro, 21
 Boorstin, Daniel J., 21, 129
 Borah, Woodrow, 134
 Borges, Jorge L., 149, 153
 Bost, David, 142, 171
 Bourne Gaylord, Edward, 117
 Bousoño, Carlos, 16
 Bower, Richard L., 168
 Braudel, Fernand, 133
 Brebner, John B., 104, 163
 Brinton, Daniel G., 163
 Brooks, Henderson W., 157
 Bryan, Frank, 168
 Bunbury, E.H., 21
 Burro (montañas, México), 55
 Burt, J., 230
 Cabañas (Cuba), 186
 Cabeza de Vaca, Alvar Núñez (homónimo), 27
 Cabeza de Vaca, Leonor, 24
 Cabeza de Vaca, Luis, 24, 124
 Cabrera, Alonso, 37
 Cabrereros, Lázaro de, 296
 Calasanz Rodríguez, Selma, 142
 Calzada, Isidoro, 170
 Camino escrito; tópico, 183
 Campbell, Lyle, 58, 99
 Canarreos (bajos, Cuba), 186
 Canibalismo entre europeos, 119, 225, 239
 Canilleros, Conde de, 313
 Cardona, Ramón, 28
 Carlos I, 21, 32, 34, 104
 Carpentier, Alejo, 145, 150, 151, 152
 Carrió de la Vandra, Alonso, 150
 Carvajal, Alonso de, 20, 28
 Carvallo, 192, 313
 Casa de Contratación, 17, 23, 34
 Casas, Fray Bartolomé de las, 23, 33, 105, 108, 109, 239, 292
 Cash, W.T., 202
 Caso González, José, 299
 Castañeda y Nájera, Pedro de, 164, 171
 Castañeda, Carlos E., 44
 Castillo Maldonado, Alonso del, 31, 52, 53, 56, 67, 69, 79, 95, 117,

- 136, 195, 204, 209, 225, 230, 232, 234, 242, 247, 249, 285, 298, 314
 Castro-Klarén, Sara, 16
 Cejador y Frauca, Julio, 115
 Cerda, Alvaro de la, 186, 190
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 138
 Cíbola (ciudades), 32, 98
 Cicerón, M.T., 89, 128
 Cienfuegos (Cuba), 30, 185
 Cieza de León, Pedro, 86
 Cimorra, Clemente, 170
 Clarke, James S., 164
 Clissold, Stephen, 164
 Codificaciones literarias, 137-139
 Colón, Cristóbal, 21, 22, 29, 129, 130
 Combates con los indios, 208
 Comentarios sobre la relevancia de los *Naufragios* (siglo XVI), 103-105
 Compostela (México), 306
 Consejo de Indias, 23, 24, 25, 39, 40, 138, 178
 Construcción de barcas, 208-209
 Conti, Niccolò, 131
 Coopwood, Bethel, 44, 171, 235
 Copulata de Leyes de Indias, 85
 Corona, Francisco, 29
 Coronado, Luis de, 109
 Corpus Christi (Texas), 61
 Corral, 225
 Corrientes, Cabo de (Cuba), 187
 Cortázar, Julio, 153
 Cortés, Hernán, 19, 21, 23, 31, 56, 86, 91, 104, 146, 221
 Cosa, Juan de la, 129
 Cosmografía y navegación, 21-22
 Covey, Cyclone, 77, 114
 Covington, Paula, 16
 Covos, Francisco de los, 84
 Cox, E.G., 164
 Crispin, John, 16
 Cuéllar (Prov. de Segovia), 197
 Culiacán (México), 32, 56, 122, 299-301
 Curtius, Ernst Robert, 88, 97, 106
 Chandler, S.B., 138
 Chaves, 232
 Chiapelli, Fredi, 164
 Chihuahua (México), 55
 Chipman, Donald, 44, 171
 D'Ailly, Pierre, 22, 129
 Damiani, B., 244
 Dantín Cereceda, Juan, 164
 Davenport, Herbert, 44, 171
 De Man, Paul, 139
 De Grazia, Ettore (ver láminas), 159
 De Witt, Clinton, 164, 172
 Deficiencias informativas (*Naufragios*), 103-104
 Defourmeaux, Marcelin, 164
 Delgado Gómez, Angel, 132
 Demetz, Peter, 165
 Densidad de la población indígena (norte de la Florida), 195
 Derecho indiano, 84, 85-86
 Desperthes, T., 134
 Díaz, Melchor, 56, 301, 303
 Díaz, Bernal, 17, 33, 41, 86, 87, 91, 131, 197, 301
 Díaz de Guzmán, Ruy, 164
 Dieta de la expedición de Narváez, 194
 Discrepancias textuales, 69-79
 Discrepancias sobre la ruta inicial, 192-193
 Disolución de la tropa, 206
 Distorsiones analógicas, 122
 Diversidad cultural, 109
 Domínguez, Luis L., 164
 Dorantes, Andrés, 31, 42, 52, 53, 56, 68, 69, 79, 93, 104, 119, 204, 225, 230, 232, 234, 236, 242, 247, 249, 284, 298, 314
 Dorantes, Diego, 232, 235
 Dos Cabezas (sierras, México), 55
 Dowling, Allan, 159
 Dowling, Lee, 172

- Drake, Sir Francis, 157
 Drucker, P. 118
 Dulchanchellín, 197
 Duque de Díaz Cerio, Juan P., 168
 Duromensil, M., 134
- Editio princeps (Naufragios)*, 71
 Efectividad descriptiva, 11
 Eliade, Mircea, 118, 119, 120, 121, 122
 Elliot, John H., 20, 21, 29, 87, 128, 219
 El Paso (Texas), 55
 Elvas, Hidalgo de, 115, 164, 196, 202
 Emmett, Cris, 158
 Enguídanos, Miguel, 16, 138
 Enríquez, Alonso (contador), 181, 189
 Equivalencias monetarias (siglo XVI), 178
 Eratóstenes, 128
 Ercilla, Alonso de, 108
 Espejo, Antonio, 44
 Espínola, Cristóbal, 34
 Espinoza, José, 200
 Esquilaz, Isabel, 52, 115
 Esquivel, Hernando de, 118, 119, 143, 235, 239
 Estebanico, 31, 32, 52, 56, 232, 242, 247, 285, 296, 314
 Esteve Barba, Francisco, 22, 103
 Estopiñán, Pedro, 28, 37
 Estrabón (geografía), 128
 Estrada, 232
 Esturiano (Asturiano), 232
 Evolución del texto (sección I, d).
- Fauna y Flora (norte de la Florida), 201; flora, suroeste de Norteamérica, 230
 Favata, Martín, 76, 162
 Ferguson, R.B., 230, 235
 Fernández, Alvaro, 224
 Fernández, Bartolomé, 191
 Fernández de Córdoba, Francisco, 71
 Fernández de Enciso, Martín, 129
 Fernández de Navarrete, Martín, 44, 67, 164
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 18, 19, 20, 22, 23, 33, 39, 40, 41, 48, 55, 68, 70, 91, 93, 104, 110, 121, 128, 143, 145, 146, 157, 164, 171, 181, 194
 Fernández de Zurita, Diego, 26
 Fernández Flores, Darío, 18
 Fernández, José B., 76, 162, 170, 172
 Ferrando, Roberto, 25, 41, 162
 Fick, Bárbara, 130
 Figueroa, Beatriz, 26
 Figueroa, 224, 242
 Figueroa, Juan de, 29
 Filipono, Honorio, 19, 157
 Flores, Alonso, 131
 Flores, Darío, 170
 Forcione, Alban, 138
 Foucault, Michel, 110
 Freccero, John, 138
 Fritz, Florence, 164
 Fuentes, Carlos, 152, 153
- Gallegos, Baltazar, 34
 Gallegos, Rómulo, 150, 183
 Galveston (Texas), 52, 115
 Gandía, Enrique de, 20, 26, 27, 28, 37, 40, 164, 172
 García Gallo, Alfonso, 84
 García de Lara, Fray, 28
 García Márquez, Gabriel, 142
 García Morales, Justo, 162
 García Orta, G., 132
 García Salinero, Fernando, 133
 Gatschet, Albert, 165
 Gavazzo, Federico, 164
 Gelves (Sevilla), 68, 200
 Gerbi, Antonello, 20, 41, 87, 110, 165
 Gestión de Núñez en Paraguay, 111

- Gibraleón (Prov. de Huelva), 314
 Gil, Juan, 16, 25, 27, 29
 Gil, Martín, 25
 Gilman, Stephen, 131
 Goddard, Ives, 99
 Godoy Alcántara, José, 267
 Gómez Aguirre, Carlos E., 172
 Gómez Brito, B., 134
 Gómez de Santaya, Alonso, 41
 Góngora, Luis de, 138
 González Barcia Carballido y Zúñiga, Andrés, 74, 79, 157, 165, 215
 González-Barros, Antonio M. Regueiro y, 168
 González de Clavijo, Ruy, 131
 González Echevarría, Roberto, 16, 23, 84, 86, 142, 144, 150, 151, 153, 165
 González, J. N., 19
 González Pérez, Aníbal, 16, 143
 Gove, Phillip Babcock, 127, 134, 165
 Greene, Thomas, 165
 Griego y Bravío, Alicia, 172
 Griffin, Clive, 41, 165
 Griffin, William B., 235
 Guaniguanico (Cuba), 186
 Guevara, Antonio de, 132, 135
 Guicciardini, Francesco, 21
 Guillén, Claudio, 140
 Guillén, Rodrigo, 25
 Güiraldes, Ricardo, 151
 Gurriá Lacroix, Jorge, 19, 133
 Gutiérrez, 232
 Gutiérrez de Medina, Cristóbal, 135
 Guzmán, Diego, 295
 Guzmán, Enrique de, 146
 Guzmán, Pedro, 27
- Haebler, Konrad, 41, 67
 Hakluyt, Richard, 165
 Hall, Eugene R., 200
 Hallenbeck, Cleve, 32, 43, 44, 47, 48, 49, 52, 117, 122, 148, 181, 187, 192, 194, 196, 197, 202, 203, 204, 217, 218, 224, 225, 226, 232, 233, 234, 237, 243, 247, 248, 249, 256, 262, 272, 275, 278, 279, 283, 284, 286, 289, 292, 293, 298
- Haring, G. H., 165
 Hart, Billy Thurman, 74, 162
 Habana (Havana, Lixarte, Cuba), 186
 Hebreo, León, 87
 Henríquez Ureña, Pedro, 152
 Heredia, José María de, 150
 Hernández, Pedro, 15, 34, 37, 72, 94
 Hernández de Biedma, Luis, 115
 Hernández, José, 150
 Herodoto, 119, 127, 143, 226
 Herrera y Tordesillas, Antonio de, 17, 18, 19, 165, 196, 224, 306
 Hodge, Frederick W., 114, 165, 207, 220, 232, 233, 271, 287, 288, 292, 299, 301
 Hodgen, Margaret T., 165
 Hornachos (prov. de Badajoz), 94
 Howarth, William, 97
 Hudson, Charles, 218
 Huelva, Diego de, 232, 235, 242
 Huete (prov. de Cuenca), 313
- Iglesias, Ramón, 165
 Impacto de los descubrimientos, 21-23
 Impresores en España y América, 41
 Indígenas: de Florida, Texas, Nuevo México, Arizona y Nueva España (México). Florida (y áreas próximas): apalaches, 60; calusas y timucuas, 58, 59, caps. VI y VII; mobilas, 61; muscogus, 61; pensacolas, 60. Tribus y clanes de posible filiación coahuilteca (Texas, México): aguenes, 246; anagados, 247; arbadaos, 258; atayos, 254; avavares, 249; camones, 247; carancaguas, 52, 53, 214-226; chorruchos, 237; coa-

- yos, 254; cutalches, 254; choctaw, 114; deaguenes o deaguanes, 235-238; gaycones, 268; han, 268; maliacones, 256; mariames, 256; quevevenes, 265; susolas, 255; yguazes, 237. Culturas sedentarias: cado o cadoas, 269-290; jumanos, 58-61; pápagos, 61; pimas (altos y bajos), 58-61, 292-999; ópatas, 58-61, 299. Caracterizaciones generales de comunidades de Nueva España, cap. XXIX, XXXIII. Alimentación, 115, 220, 228, 235-238, 243-244, 247, 270, 272. Animales domesticados, 218. Bebidas y objetos ceremoniales, 54, 122, 227, 230, 273, 278. Cacería y armamentos, 62, 243, 266, 267. Expresiones de duelo, 284-285. Ejemplos de organización social, 115-116. Efectos sociales de la menstruación, 270. Folklore y creencias, 101. Homosexualidad y sodomía, 120-121, 270. Labores de la mujer, 284. Medidas del tiempo, 257. Pericia guerrera, 208. Chamanismo y curaciones, 227-229, caps. XXI y XXII. Vestimenta, 286, 290
- Información antropológica, 115, 116
Irregularidades sintácticas y ortográficas, 74-76
Irresolución configurativa del texto, 101-102, 153-154
Isaacs, Jorge, 145
Isidoro, San, 129
Isla de Avía (Cuba), 69
- Jackson, William R., 165
Jagua (Cuba), 30
Jenofonte, 128
Jiménez de Espada, Marcos, 67, 91, 139, 267
Jiménez, Juan, 27
Jiménez Moreno, N., 115
Jiménez de Quesada, Gonzalo, 17, 33, 70
John Carter Brown Library, 71
Jrade, Cathy L., 16
Julio II, 28
- Kagan, Richard, 23, 27
Keller, John E., 276
Keniston, Hayward, 166, 182, 183, 216, 226, 227, 270
Kerman, Gertrude L., 170
Kerrigan, Anthony, 74, 163
Kessing, Félix M., 114
Kessing, Roger M., 114
Kirkpatrick, F.A., 166
Konetzke, R., 219
Krieger, A.D., 44, 113, 172, 235, 252, 275, 276, 283, 285, 292
Kroeber, A.L., 119
- La Habana, 68
La Calle, Carlos, 18, 170
Ladrón de Guevara, Antonio, 165
Lafaye, Jacques, 18, 19, 105, 144, 172
Lagmanovich, David, 172
Lanciani, Giulia, 166
Lansing, Richard H., 138, 168
Lastra, Pedro, 16, 142, 172
Lastray Terry, Juan de, 25
Lazarillo de Tormes, 200, 221, 237
Le Roy, Luis, 21
Lechner, J., 168
Ledesma, Francisco de, 178
León, Francisco de, 232
Leporeus, Gulielmus, 89
Lévi-Strauss, Claude, 114, 115, 120, 123
Levillier, Roberto, 168
Lewis Robert, E., 142, 172
Libro del buen amor, 115
Lida de Malkiel, María Rosa, 146
Linaje de Alvar Núñez, 179
Linker, Robert, 276
Long, Haniel, 158, 170

- Lope de Hurtado, 228
Lope de Oviedo, 52, 115, 218, 232, 234
Lope de Vega, 110, 138
López, Diego, 225
López, Antonio, 35
López Estrada, Francisco, 168
López Manuel, Francisco, 28
López y Fuentes, Gregorio, 148
López de Gómara, Francisco, 18, 21, 23, 33, 88, 120, 121, 133, 143, 146, 157, 166
López-Baralt, Mercedes, 168
Loaisa, Fray García de, 177
Lowery, Woodbury, 44, 166
Lummis, Charles, 166
Luxán, Diego Pérez de, 166
- Magallanes, Fernando de, 29
Magno, Alberto, 89
Maíz (cultivo), 195-199
Majó Framis, Ricardo, 170
Maldonado, Aldonça, 314
Malhado (isla de Galveston, Texas), 51, 61, 67, 68, 119, 136, 137, 218; se identifica, 226; escapan de allí, 233; noticias retrospectivas, 237, 263, 268
Mandeville, John, 22, 129, 267
Manzano, Juan, 22
Maravall, José A., 20, 166
Mar del Sur, 281
Marianne, Mithun, 58, 100
Marmolejo, María (esposa de Alvar Núñez), 29
Márquez, Antonio, 168
Márquez de Villanueva, Francisco, 23, 168
Martellies, Enrique, 129
Martí, José, 152
Martínez, José Luis, 134, 135, 143
Martínez de Irala, Domingo, 36, 37
Martire de Anghiera, Pietro, 22, 106, 110
McFarland, Bates H., 44
Mc Gann, T.F., 172
Medina Sidonia, Duque de, 24, 29
Medina, Pedro de, 24
Memoria (arte de la), 88, 89, 129, 180
Mena, Juan de, 146
Méndez, 119, 224, 235
Mendoza, Antonio, 32, 54, 67, 91, 93, 104, 305
Mendoza, Pedro, 33, 34
Menéndez Pidal, Ramón, 222, 272
Mera, Juan León, 145
Mercado, E. A., 200
Mercator, Gerardo, 21, 129
Merrim, Stephanie, 142, 168, 173
Mesilla (México), 55
Metales (México), 295
Metape (México), 56
Mexía, Pedro, 88
Mezquite, 53
Mignolo, Walter, 169
Miller, Henry, 168
Milton, John, 138
Mimbres (montañas, México), 55
Mímica (lenguaje), 58, 99-100, 291
Miruelo, Diego, 186, 190
Mirksby, Jeanette, 170
Mitchell, James L., 166
Mobile (Alabama), 61, 114
Molho, Anthony, 169
Molinero, J.A., 138
Molloy, Sylvia, 95, 173
Momigliano, A. D., 127
Montoya, Juan de, 166
Morales, Antonio, 132
Morreale, Margherita, 25
Morison, Samuel E., 19, 21, 27, 30, 31, 127, 166, 191
Motivos retóricos, 89, 90
Muenster, Sebastián, 22
Murphy, James, 84
Museo Británico, 71
- Narraciones intercaladas, 238-245
Narrativa de viajes e historiografía

- clásica y española, 127, 128, 129, 130
- Narváz, Pánfilo de, 24, 30, 31, 44, 50, 52, 60, 68, 78, 84, 91, 103, 111, 192, 193, 194, 306
- Naturalistas y viajeros, 150
- Naufragios en el golfo de México (Galveston), 220-221
- Navegación (golfo de México), 210-212
- Neves, Alfredo N., 186
- Newcomb, William W., 58, 59, 60, 61, 115, 117, 118, 121, 166, 191, 203, 220, 226, 247, 263, 270, 271, 276, 286
- Newton, Arthur P., 166
- Nigrománticas; linaje literario, 138
- Niño, Andrés, 91
- Niza, Fray Marcos de, 32, 159, 166, 197
- Noticias sobre los supervivientes, 234-235
- Nueva Galicia (su extensión), 297
- Núñez, Hernán (el Pinciano), 146
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar: biografía, 17-42; campañas militares en Italia, 28-30; primera travesía, 30; desorientación en el norte de la Florida, 196-197; actividades como mercader y curandero, 233-234; trayectoria en Texas, 52, 53; ruta hacia Nueva España, 249; llegada a Nueva España, 296; estaba en Paraguay, 38-40; acusaciones, litigios y condenas, 38-40; muerte, 41
- Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco, 143
- Oakley, Hall, 159
- Obregón, Baltasar, 166
- Obregón, Mauricio, 21
- Ocala (Florida), 60
- Ocoromi (México), 296
- O'Gorman, Edmundo, 108, 256
- Ojuelos (México), 296
- Oklahoma, 233
- Olmedo (Prov. de Valladolid), 197
- Olney, James, 97
- Olscki, Leonardo, 173
- Onabas (México), 293
- Orlando (Florida), 60
- Orosio, P., 128
- Orozco Berra, Manuel, 100
- Ortiz, Alfonso, 58
- Ortiz, Juan, 306
- Otero D'Costa, Enrique, 17
- Pagden, Anthony, 107, 109, 119
- Palacios, 225
- Palafox Mendoza, Juan, 143
- Palomera, Esteban, 84
- Palos, Fray Juan de, 193
- Pantoja, 239
- Pantoja, Juan, 183, 239
- Panuco (México), 192
- Parker, James, 167
- Pascal, Roy, 98
- Pastor, Beatriz, 173
- Paz, Agustín de, 71, 314
- Paz, Octavio, 152
- Peloncillo (montañas, México), 55
- Peñafiel (Prov. de Valladolid), 197
- Peñalosa, 31, 209, 213, 215, 248
- Penrose, Boies, 127, 128, 131, 166
- Pensacola (Florida), 114
- Pérez, José Muñoz, 169
- Pérez, Carmen, 168
- Pérez de Luján, Diego, 44
- Pérez de Ribas, Andrés, 144
- Pérez de Tudela, Juan, 16, 18, 164, 313
- Pérez Firmat, Gustavo, 149
- Período paleoindiano, 58
- Perrilla (México), 55
- Petit, Eugène, 84
- Petlatán (México), 295
- Peyote (planta), 53
- Pfandl, Ludwig, 167
- Phillips, Carla R., 33, 129
- Phinney, A. H., 169, 173

- Picardo, Juan, 71, 314
- Piedras valiosas, 290
- Pigaffeta, Antonio, 110
- Pinar del Río (Cuba), 186
- Pino, Fermín del, 163
- Place, E. B., 244
- Plinio el Viejo, 128
- Plutarco, 22
- Polibio, 128
- Poligamia, 118, 296
- Ponce de León, Juan, 157, 181
- Ponce, Diego, 27, 157
- Ponton, Brownie, 44, 173
- Porcallo de Figueroa, Vasco, 30, 182, 183, 239
- Porqueras Mayo, Alberto, 88
- Porrúa Venero, José, 16
- Pranzetti, Luisa, 173
- Probanzas, redacción, 91
- Profecías, 84; Cap. XXXVIII
- Proemio: argumentación retórica, 87, 88
- Propósito testimonial (*Naufra-gios*), 267
- Proyección autobiográfica (*Naufra-gios*), 90, 91, 97
- Pueblo de los Corazones (Ures, México), 56, 292
- Pulido, Rubio, 70
- Punta de Cajón (Cuba), 186
- Punto de desembarco (Florida), 190
- Pupo-Walker, Enrique, 173, 256
- Quevedo, Roberto, 167
- Quiroga, Horacio, 150
- Rabasa, Gregory, 173
- Raleigh, Walter, 157
- Ramos, Demetrio, 17, 33, 69, 167
- Rangel, Rodrigo, 115
- Rasquiza, Jaime, 40
- Redacción del texto, 88, 89
- Redding, Cyrus, 134, 167
- Regueiro, Antonio M., 194
- Relaciones: retórica forense, 84, 85, 86; variantes en la narrativa hispanoamericana, 143-144
- Retórica medieval, 84
- Reyes, Alfonso, 152
- Riley, E. C., 278
- Rincón (México), 55
- Río de las Palmas (México), 181
- Ríos: Apalachicola (Florida), 51, 196, 202, 210; Barrendas (México), 55; Big Springs (Texas), 54; Brazos (Texas), 61; Colorado (Texas), 252; Conchos (Texas), 252; Elk Creek (Texas), 279; Gila (Texas, México), 62; Grande (Texas, México), 54, 122; Guadalquivir (Sevilla), cap. XXVII; Iguazú, 33; Llanos (Texas), 252; Magdalena (Florida), 204; Mimbres (México), 55; Mississippi (Louisiana), 214-215; de las Palmas, 31, 181; Pecos (Texas), 122; Peñasco (Texas), 279; Petlatán (México), 293; Río de la Plata, 32; Sabine (Texas), 254; San Antonio (Texas), 53; San Simón (México), 55; Sinaloa (México), 295; Sonora (México), 122, 292; Suwannee (Florida), 194, 196, 197; Tularosa (Texas), 54, 279
- Rivera, José E., 150
- Robles, Vito Alessio, 167
- Robles, Humberto, 20
- Rodman, Maia, 170
- Rodríguez Fonseca, Juan, 23
- Rodríguez Freyle, Juan, 142, 256
- Rodríguez de Lena, 131
- Rodríguez de Velasco, Pedro, 129
- Rodríguez-Vechini, Hugo, 169
- Rúa, Pedro de, 132
- Rueking, Frederick, 263
- Ruiz Cabeza de Vaca, Fernando, 25
- Ruiz Ramón, Francisco, 16
- Rulfo, Juan, 153

- Russell, Peter E., 16, 267
 Ruy, Z., 225
- Sahagún, Fray Bernardino de, 144
 Said, Edward, 150
 Saint Clements Point (Florida), 30
 Saint Marks Bay (Bahía de los Caballos, Florida), 220
 Salamanca (ciudad), 314
 Salas, Alberto M., 167, 173
 Salas, Manuel, 170
 Salazar, Juan, 37
 Salgado, César A., 173
 San Antonio, Cabo de (Cuba), 187
 San Bernardino (México), 55
 San José de Delicias (México), 294
 San Juan, Alfonso, 39
 San Miguel (México), 297, 305, 306
 San Saba (México), 276
 San Vicente (Florida), 120
 Sanabria, Juan de, 39
 Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), 67
 Santa Catalina (Brasil), 33
 Santa Cruz, Cabo de (Cuba), 30, 182
 Santa Rosa (Florida), 61
 Santiago de Cuba, 182, 228
 Santo Domingo (primer desembarco), 182
 Sanz de Santa María, Carmelo, 87, 148, 165
 Sarasota (Florida), 187
 Sarmiento, Domingo F., 152
 Sauer, Carl O., 32, 43, 44, 167, 169, 173, 289, 292, 293, 297
 Schader, Carlos, 127
 Schafer, Ernesto, 23, 24, 178
 Schimansky, Stephan, 170
 Schmidel, Ulrico, 36, 167
 Sepúlveda (Prov. de Segovia), 197
 Serrano y Sanz, Manuel, 15, 28, 76, 79, 160, 256
 Shakespeare, William, 133, 138
 Shea, John Gilmary, 167
 Sierra Caballo (México), 55
 Sierra de Sacramento (México), 55
 Sierras (primera verificación), 275
 Sigüenza y Góngora, Carlos, 143, 144
 Silveira, Diego de, 310
 Sinaloa (pueblo, México), 297
 Sintaxis irregular, 202; variantes sintácticas, 224
 Slaughter, Frank G., 158, 167
 Smith, Alvin, 158
 Smith, Buckingham, 40, 84, 181, 194, 195, 196, 202, 215, 224, 234, 247, 270, 271, 272, 299, 306
 Sobreques Vidal, Santiago, 21
 Sola, Sabina, 256
 Solano, Francisco de, 163
 Solís, 31
 Solís, Alonso de (veedor), 180
 Solís, Fray Gaspar José de, 118, 158
 Sonora (México), 56, 276, 292
 Soprani, Hipólito Sancho de, 20, 24, 25, 26, 173
 Soto, Hernando de, 30, 31, 33, 34, 61, 114, 147, 165, 210, 307
 Soto de la Marina (México), 181
 Sotomayor, 119, 239
 Soyopa (México), 56, 293
 Spores, Ronald, 16, 113
 Stabb, Martín, 152
 Stevenson, A.C., 120
 Stuck, Walter Goodloe, 173
 Suárez, Fray Juan, 152
 Suárez, Enrique, 31
 Sueños (significado), 120
 Swanton, John R., 59, 60, 61, 114, 115
 Syme, Ronald, 170
- Tafur, Pedro, 131
 Tallahassee (Florida), 31, 51, 83, 199
 Tampa (Florida), 60, 187
 Tampico (México), 31
 Tate, Robert, 130
 Tauera (Talavera), 224

- Taylor, Allan, 100
 Taylor, E.B., 116
 Tebeau, Charlton W., 167
 Tedeschi, John, 169
 Téllez, 31, 209, 213, 215, 248
 Tello, Fray Antonio, 167, 296
 Teodoro, Dorotheo, 32, 208, 213
 Terrel, John U., 18, 117, 158, 208, 237, 314
 Tetlahuesquiziti, 202
 Texas, 57, 58, 59, 60, 61
 Texcoco (México), 202
 Thoheim, Geza, 120
 Thomas, Henry, 167
 Thomas, Lea, 167
 Tiro, Mariano de, 128
 Tolomeo, 22
 Torres Revello, José, 20, 174
 Torres Mendoza, Luis, 91
 Tostado (A. de Madriga), 232
 Traducciones implícitas (*Naufra-
gios*), 148
 Trayectoria: fijaciones y discrepancias, 47
 Treece, Henry, 170
 Trinidad, Villa de (Cuba), 30, 182
 Tudela, Ben-Jonah, 267
 Tudor, María de, 178
 Tunis, Edward, 220
 Twitchel, Ralph Emerson, 167
 Tzinaba (México), 296
- Umiker-Sebeok, Jean, 58
 Ures (México), 56
 Urdapilleta, Antonio, 170
 Uslar Pietri, Arturo, 150
- Valadés, Fray Diego, 89
 Valdivieso, 232, 235
 Valenzuela (capitán), 196
 Valor informativo (*Naufra-
gios*), 111
 Vanderbilt University:
 archivos arqueológicos, 16, 218
- Vargas, Luis de, 27
 Vargas Llosa, Mario, 145
 Vázquez de Coronado, Francisco, 109, 292, 296
 Vázquez de Ayllón, Lucas, 191
 Vedía, Enrique de, 27, 79, 160, 215
 Vega, (el Inca) Garcilaso de la, 19, 23, 41, 86, 91, 106, 108, 114, 142, 165, 167, 196, 252, 306
 Velázquez, Diego, 181
 Velázquez, Juan, 196
 Venegas, García, 37
 Vera, Fernando, 26
 Vera, Francisco, 21, 314
 Vera, María de, 26
 Vera, Pedro de, 26, 27, 314
 Veracruz, Villa de (México), 309
 Viaje (motivo y metáfora), 127
 Vicens Vives, Jaime, 167
 Vidal, Perry, 164
 Villalobos, Marcelo, 38, 39
 Vizcaya, 67
- Wagner, Herny R., 169, 174
 Washburn, Wilcomb E., 169
 Weber de Kurlat, Frida, 168
 White, H., 169
 Wilgus, Curtis A., 167
 Williams O. W., 44, 174
 Winship, George P., 164, 167, 297
 Winsor, Justin, 113, 167
- Xagua (Jagua, Cuba), 30, 95, 185, 186
- Zacher, Christian K., 132
 Zafra (Prov. de Badajoz), 224
 Zamora, Margarita, 87, 148
 Zebreros, 300
 Zimmerman, Price T.C.P., 169
 Zubizarreta, Carlos, 170
 Zurita, Teresa, 26, 314
 Zúñiga, Juan de, 19

IV
ÍNDICE DE LÁMINAS E ILUSTRACIONES

Entre págs. 224-225

Alvar Núñez Cabeza de Vaca (¿1492-1559?). Se desconoce el autor y la ubicación actual de esta rara pieza. Agradecemos a la casa McGraw-Hill la localización del retrato

Escudo de armas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, según aparece en los documentos de acusaciones que se hicieron contra él. (Cortesía del Archivo de Indias.)

Petición autógrafa de Alvar Núñez Cabeza de Vaca al Consejo de Indias, 1551, en la que solicita que se le libre de encarcelamiento. (Cortesía del Archivo de Indias.)

Construcción de naves en Sevilla. ca. ¿1650? Óleo de un pintor flamenco desconocido. (Cortesía de la Hispanic Society of America.)

Portada de la primera edición de La relación (Naufragios.) Zamora, 1542. (Cortesía de la New York Public Library.)

Mapa de América preparado por el almirante turco Piri Reis, ca. 1513. (Cortesía de la James Ford Bell Library, University of Minnesota.)

La trayectoria aproximada de la expedición de Pánfilo de Narváez y de los supervivientes de la misma. (Fondos cartográficos de Vanderbilt University.)

Portada de la segunda edición de La relación (Naufragios) y Comentarios, Valladolid, 1555. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University.)

Primera cédula de licencia otorgada para la edición de 1555. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University.)

Mapa del Nuevo Mundo (ca. 1540), según el grabado de Sebastián Münster, 1540. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University.)

Mapa de Norteamérica según Belognino Zaltieri, Venecia, 1566. (Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University.)

Mapa de La Española de fines del siglo XVI o comienzos del XVII. Atribuido a J.W. Blaeu. (Cortesía de la Hispanic Society of America.)

Vista de Santo Domingo. Siglo XVII, ca. 1600. Grabado atribuido a un pintor flamenco desconocido. (Cortesía de la Hispanic Society of America.)

Bahía de La Habana, ca. 1615. Manuscrito de Nicolás de Cardona titulado Descripciones geographicas e hidrographicas de muchas tierras y mares del norte, y sur, en las Indias (sic) (Madrid, 1632). (Cortesía de la Biblioteca Nacional, Madrid.) En este puerto hizo escala Cabeza de Vaca el 4 de mayo de 1537 al retornar a España.

Bahía de Tampa. Mapa del siglo XIX. Área en la que desembarcó la expedición de Pánfilo de Narváez en 1528. (Cortesía de la Florida Historical Society.)

Costa oeste de la Florida en la que hicieron escala los españoles para obtener agua y provisiones. Isla de Santa Rosa, área de Pensacola. (Fotografía de Enrique Pupo-Walker.)

Vista de la costa de la Florida, tal y como debió percibirla la expedición de Narváez. Foto ca. 1860. (Cortesía de la Florida Historical Society.)



Vista de Santo Domingo. Siglo XVII, ca. 1600. Grabado atribuido a un pintor flamenco desconocido. (Cortesía de la Hispanic Society of America.)



Bahía de La Habana, ca. 1615. Manuscrito de Nicolás de Cardona titulado "Descripciones geográficas e hidrográficas de muchas tierras, mares del norte, y sur, en las Indias (sic)" (Madrid, 1632). (Cortesía de la Biblioteca Nacional, Madrid.) En este puerto hizo escala Cabeza de Vaca el 4 de mayo de 1537 al retornar a España.

Bahía de Tampa. Mapa del siglo XIX. Área en la que desembarcó la expedición de Pánfilo de Narváez en 1528. (Cortesía de la Florida Historical Society.)

Costa norte de la Florida en la que hicieron escala los españoles para obtener agua y provisiones. Isla de Santa Rosa, área de Pensacola. (Fotografía de Enrique Pupo-Walker.)

Vista de la costa de la Florida, tal y como debía percibirla la expedición de Narváez. Foto ca. 1850. (Cortesía de la Florida Historical Society.)





1001266685

